

LA ARAUCANA

DE

DON ALONSO DE ERCILLA.

EDICION DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

TOMO PRIMERO.



MADRID
IMPRENTA NACIONAL
1866.

BIBLIOTECA SELECTA

DE

AUTORES CLÁSICOS ESPAÑOLES.

LA ARAUCANA

DE

DON ALONSO DE ERCILLA.

EDICION DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

TOMO PRIMERO.



MADRID
IMPRENTA NACIONAL
1866.


LIBRARY OF THE TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
28 JAN. 1929
OF OXFORD

ADVERTENCIA.

Radical y patriótico es el pensamiento, concebido por la Academia Española, de publicar una Biblioteca selecta de nuestros clásicos autores, y desarrollado estuviera en parte ó del todo, si no lo embarazara la escasez de recursos. Conatos hubo de acometer y superar las dificultades hácia la fecha de la última edicion del *Quijote*, ilustrada por el Académico insigne D. Martin Fernandez Navarrete. De cerca debia seguir Ercilla á Cervantes, y D. José Vargas Ponce tuvo á cargo la ilustracion de *La Araucana*.

Este preclaro hijo de Cádiz se hallaba en relaciones íntimas con la Academia desde mozo; no era más que guardia marina, cuando alcanzó el premio ofrecido al autor del mejor *Elogio de Don Alonso el Sábio*. Dotado de superior entendimiento y felíz

memoria; á su sabor en el estudio y acaudalando instruccion vasta; con el estímulo poderoso del lauro debido al primer ensayo de su pluma, la manejó de fácil manera sobre diversos géneros literarios, y dando quizá forma y vida á un centenar de composiciones. Su buen humor y estro fecundo le valieron justa reputacion de poeta festivo; su profundo conocimiento de nuestros fastos y su recto juicio sobre las personas y las cosas, de que hizo gala por conducto de la imprenta á menudo, le elevaron al puesto gloriosamente ocupado en la Academia de la Historia por Montiano y Luyando y por Campomanes; su acendrado patriotismo y su amor á las políticas reformas, sentimientos acreditados de igual modo por su expedita pluma durante la heróica guerra de la independencia, le trajeron de diputado á las Córtes ordinarias; méritos grandes se le conocian además de buen crítico y de literato eminente, y con admitirle en su seno, los galardonó la Academia Española. No pudo asistir más que once meses á sus juntas y en dos períodos bien lejanos; de Febrero á Mayo de 1814 el primero, y de Junio de 1820 á Enero de 1821 el segundo, cuyo espacio llena su destierro político de la córte, socolor de encomendarle el arreglo del Archivo de Indias. Repetidamente mostróse fiel por extremo á la memoria agradable del orígen de sus estrechas relaciones con nuestra Academia, al promover dos certámenes literarios; en la junta de 22 de Marzo de 1814 el uno, y en la de 27 de Julio

de 1820 el otro, para premiar á los más dignos panegiristas del dos de Mayo, y del sistema constitucional en oposicion del absoluto. Sin embargo de su ausencia forzosa de seis años, activa correspondencia mantuvo con la Academia Española; ya haciendo puntual referencia de lo mucho que en Hamburgo se estimaban las obras antiguas de nuestros buenos escritores; ya anunciando el envio de la *Silva de Romances viejos castellanos*, recien dada á luz en la capital de Austria; ya mandando obsequioso dos obras suyas, de índole tan diferente como *el Tontorronton* y el discurso laureado sobre los servicios hechos de 1808 á 1816 por su ciudad nativa. Aun fué el 13 de Julio de 1819 de mayor precio la remision del plan formado para la publicacion de *La Araucana*, con la vida de Ercilla y diversas notas. Aquí trajo personalmente el 23 de Diciembre de 1820 su análisis del poema famoso, y el 18 de Enero de 1821 cierta exposicion autógrafa del poeta ilustre. Más no fué dado avanzar al respetable Señor Vargas Ponce, pues le sobrevino á poco la muerte, el 6 de Febrero, cuando le faltaban cuatro meses é igual número de dias para cumplir sesenta y un años.

Bien desdorante ingratitud hubiera sido no pagar tributo de alabanza á quien supo diligente reunir datos muy preciosos, y de ellos principió á hacer buen uso con observaciones de crítica sana; datos y observaciones, que sobremanera facilitan la tarea confiada á débiles fuerzas hoy que por dicha está la Academia

Española en situacion bastante holgada, para antender á popularizar las obras de nuestros mejores ingenios. Casi todas las de Vargas Ponce adolecen de superabundancia de noticias y reflexiones de varias clases, no siempre oportunas; escritor de erudicion extensa, á la pluma daba leve impulso, y de ella fluian especies como á raudales, produciendo así frecuentísimas divagaciones. Sin menoscabo de su legítima fama, necesario es decir que se deleitaba en hacer larga referencia de todo ó de mucho al autor ó al libro que traia entre manos; y esto mismo le sucedió entonces. Su *Advertencia preliminar* especificaba el método preferible para la edicion proyectada. Al frente iba á poner la vida de Ercilla; despues el análisis completo de su obra; luego su parangon peculiar con las antiguas composiciones metrificadas, especialmente con las españolas, y más de propósito con las de su continuador y su antagonista; en seguida la exposicion de la influencia de su poema sobre los posteriores; á continuacion *La Araucana* toda; para principio de remate un comentario particular sobre cada canto y sus partes constitutivas, sin omitir su enlace respecto del conjunto, ni sus bellezas más sobresalientes, ni sus descuidos y sus tachas; además una coleccion de las sentencias de Ercilla, para que más fácilmente se retuvieran de memoria; y á lo último un gran cúmulo de ilustraciones, ociosas algunas de todo punto. Muy contra la voluntad expansiva del Señor Vargas Ponce, quizá labrara así

un monumento grandioso, para sepultura de *La Araucana*.

Otro método parece más recomendable, y consiste en dar á conocer al autor afamado, y en decir de su libro lo suficiente para engolosinar á los lectores, con la explicacion de su esencia y su forma, si bien hecha de modo de no desflorar el asunto á fuerza de citas de pasajes, y de laboriosos y prolijos desmenuzamientos, ó de áridas y rebuscadas ponderaciones. Por via de apéndice cabe agregar notas que satisfagan á los eruditos, y completen lo que á la totalidad del trabajo pueda servir de lustre y realce. Así lo quiere sin duda la Academia Española; su edicion de *La Araucana* debe sobrepujar por esmerada y correcta á cuantas se conocen hasta el dia, señalándose además por contener todo lo de interés verdadero y relativo al célebre poeta, de quien todavía se ignora mucho; y aunque la tarea está encomendada al menor de sus individuos, con celo ardoroso, y voluntad firme, y tenaz perseverancia, se esforzará por suplir lo que le falte de suficiencia, y por quedar airoso bajo el aspecto de corresponder á la confianza de la Corporacion y de no amancillar sus blasones.

INTRODUCCION.

DON ALFONSO DE ERCILLA.

SU VIDA Y SU ARAUCANA.

I.

Oriundo de Bermeo, natural de la metrópoli andaluza y colegial de Bolonia, Fortun García de Ercilla adquirió tal renombre de jurisconsulto en Italia que el gran papa Leon X le quiso persuadir á fijar la residencia en Roma, á la par que se propuso el emperador Cárlos V traerle al Consejo y Cámara de Castilla. Por la regencia del Consejo de Navarra y por el Consejo de las Ordenes hubo de pasar en el breve término de dos años, para ascender á la superior magistratura. De cuarenta y en Dueñas por Setiembre de 1534 fué su temprana muerte, cuando estaba designado para maestro del príncipe de Asturias. A su mujer Doña Leonor de Zúñiga dejó tres hembras y tres varones, el menor de poco más de un año, nacido en Madrid el de 1533 á 7 de Agosto, y lla-

mado Alonso, que es de quien se refieren aquí las vicisitudes. Su madre quedaba en situacion holgada como poseedora del señorío de Bobadilla, sin venir á menos por su incorporacion á la corona, pues resarcida fué con el cargo de guarda mayor de las damas de la infanta Doña María; y así tuvo proporcion de hacer paje del príncipe D. Felipe al huérfano Benjamin de su casa.

Constando que el emperador Cárlos habia mandado escribir la obra de los *Oficios de la Casa Real* á Gonzalo Fernandez de Oviedo, sin otro fin que el de establecer y ordenar el cuarto de su primogénito querido, segun lo trazaron del todo para el príncipe D. Juan sus abuelos augustos, no se necesitan conjeturas en testimonio de que fué esmerada la educacion de D. Alonso de Ercilla. Además de la enseñanza de maestros doctos, desde mancebo comenzó á reunir la instruccion variada y fructuosa, que se adquiere en los viajes y con el trato de las córtes. A los quince años salió por vez primera de España, cuando en 1548 fué el príncipe D. Felipe á tomar posesion del Brabante, y hasta 1551 acompañóle por Italia, Alemania y el Luxemburgo; recorriendo así buena parte de lo mejor de Europa en ocasion de tanto brillo, siempre entre espectáculos y festejos, y alternando con los personajes de más nota. Despejadísimo y amigo de saber como pocos, naturalmente sacó buen fruto de tan sublíme escuela, cuyas lecciones volvia á aprovechar en seguida, acompañando á Bohemia á su

madre, y dejándola allí con la infanta Doña María y su esposo el achiduque Maximiliano. Entonces le fué dado visitar el Austria, la Hungría y otros países del Norte; y explayándose más y más su espíritu juvenil y ardoroso, no concebía sino ideas elevadas, ni su corazon se alimentaba más que de sentimientos de honor y de gloria. Corta residencia hizo en España á la vuelta del segundo viaje, y al tercero salió en 1554 con el príncipe D. Felipe, ya rey de Nápoles y próximo esposo de Doña María de Inglaterra en segundas nupcias, solemnizadas con espléndidas fiestas, cuyas descripciones llenan las historias. De qué modo influyeron sobre el ánimo de Ercilla no es posible determinarlo á fondo; por inferencia cabe acaso decir sin yerro que no le satisfacia el regalado bullicio de los palacios, y que sus ímpetus le aguijaban á mudar prestamente de vida.

Aun colmaba de agasajos al rey Felipe la córte de Londres, cuando á Europa llegó noticia alarmante de las turbaciones del Perú y de Chile, promovidas las primeras por la deslealtad del cruel Francisco Hernandez Giron, y las segundas por el amor de los araucanos á la nativa independencia. Virey del Perú fué nombrado el marqués de Cañete, D. Andrés Hurtado de Mendoza, y Adelantado de Chile se hizo á Gerónimo de Alderete, varon afamado allí por su buen seso y por su arrojo. En Londres le conoció Ercilla, y entusiasmado con la relacion de sus fatigas y aventuras y con la poética descripcion de tan

remotos países, anhelante por correr mundo, ansioso de lauro, é inducido por su enérgico temple á conseguirlo entre la agitacion de las campañas, mejor que entre el ocio de las córtes, á ir en compañía del Adelantado se determinó por impulso propio; y obtenida licencia del rey Felipe, muy alegre se ciñó espada, y hácia el año de 1555 y desde la cubierta de un barco divisaba las costas españolas cada vez en más lejano horizonte, hasta perderlas de vista sin derramar llanto.

Siempre extasía la contemplacion del Océano tranquilo ó proceloso: Ercilla lo surcaba en edad florida y con númen lozano: fijamente habia alcanzado á algunos contemporáneos de Cristóbal Colon y de los Pinzones, y conocido á bastantes de los asistentes á las conquistas de los imperios de Motezuma y Atahualpa: sin duda por lecturas estaba al tanto de los sucesos del Nuevo-Mundo: á bordo se hubo de enterar de los de más reciente fecha por voz de testigos oculares y áun quizá de actores; y de cierto oiria embelesado una vez y otra á Gerónimo de Alderete hablar de Chile y del Arauco. Poco interesa averiguar si fué su navegacion larga ó corta; verosímilmente los dias se le volaron fugaces bajo la intuitiva y doble impresion de pasmosos recuerdos y de mágicas esperanzas, hasta que en el curso del viaje le sobrevino gran desventura. A su entrada en la vida se habia quedado sin padre, y ahora faltóle valedor al principio de su carrera, pues murió Alde-

rete en el istmo de Panamá y cerca de la pequeña Taboga. Desamparado siguió hácia Lima, donde ya Hernandez Giron habia pagado sobre el patíbulo sus traiciones, y desde donde el marqués de Cañete se aprestaba á enviar socorros á Chile.

En aquella region apartada y descubierta por Diego de Almagro, pronto hizo asiento Pedro de Valdivia, fundando á Santiago, la Imperial y otras ciudades; recientemente le habian derrotado y muerto los araucanos, y Francisco de Villagran le sucedió al frente de los españoles, puestos otra vez en fuga por Caupolican y obligados á abandonar la ciudad de la Concepcion á los vencedores. De resultas al virey del Perú llegaron mensajeros en demanda de auxilios y de su hijo D. García Hurtado de Mendoza con la investidura de jefe. Mancebo era de veintiun años, si bien de tan acreditados brios que no se podia atribuir la ardiente súplica á ruin lisonja. Ya habia asistido en Córcega á la expulsion de los franceses, y en Toscana á la toma de Sena bajo las órdenes de Don Alonso de Lugo, y en Flandes y á las del emperador Cárlos al triunfo obtenido junto á Rentin contra Enrique II de Francia, obrando siempre como quien arrostraba los peligros por natural hervor de la sangre, tras de abandonar su casa y emprender la profesion de la milicia sin el beneplácito paterno. Ahora lo obtuvo ámplio, y hácia Chile despachó socorros por tierra, tomando en persona el mismo rumbo desde el Callao y con la gente principal en

naves. A bordo fué tambien D. Alonso de Ercilla, esperanzado en medrar bajo el nuevo jefe, á quien llevaba dos años, y conocia desde Madrid y Londres.

Felizmente surgió la flota en Coquimbo: dos leguas adentro se alzaba la Serena, donde se detuvo D. García lo necesario para que su autoridad fuera acatada por todos, áun á costa de imponer prisiones y castigos severos; y otra vez en franquía las naves, tras de sufrir deshecha borrasca, por Mayo de 1557 surgieron en la isla de Talcaguano. Pacífico mensaje del Arauco recibió allí el jefe; mas, sospechando que sus caciques prevenian las armas, á tierra firme dispuso que pasaran ciento y treinta jóvenes de los más intrépidos y robustos, para levantar un fuerte junto á la costa. Entre ellos fué D. Alonso de Ercilla, siempre alentado *á dar un tiento á la fortuna*; y por igual señalóse al prevenir la defensa en un dia que al repeler el asalto de ocho mil araucanos en 10 de Agosto y despues de más de seis horas de combate. Dentro del fuerte de Penco se mantuvieron los españoles hasta llegar los caballos y demas socorros por tierra: ya teniéndolos bajo su mano, D. García movióse adelante; y apenas cruzado el caudaloso Biobio en 10 de Octubre, Caupolican le vino á presentar batalla. Principio tuvo por una fuerte espolonada de la caballería de Alonso Reinoso, capitan á cuyas órdenes iba Ercilla, y terminó con insigne victoria, tras de fiera lucha en un pantano, donde los indios se acogieron por miedo á los caballos y donde les

destrozaron los arcabuces. Otra vez demostraron su indomable teson y patriótico ardimiento en Millarapue el 30 de Noviembre, y mucho costó de fatiga arrancarles el triunfo, pues lo disputaron ya fugitivos dentro de enmarañado bosque, sin que osaran los nuestros penetrar por la horrenda espesura. A Ercilla atrajo el bélico ruido: notada fué del maestre de campo Juan Remon su llegada, y al punto dijo en voz de aliento:—«¡Ea, D. Alonso, esta es ocasion »de señalarse con honra!»—Oyendo su nombre y observando que le miraban todos, compelido por la vergüenza y sin poder ya excusar el trance, á pié y espada en mano acometió la peligrosísima empresa: unos pocos le siguieron á la desesperada; otros le ayudaron despues con furia, y por su gallarda intrepidez fué conducida la jornada á perfecto remate.

Así pudieron todos trasponer el cerro de Andalican y echar los cimientos de Cañete de la Frontera y hacer por el Arauco muy vigorosas entradas. Prisionero cogió Ercilla en una de ellas al animoso Cariolano, poco ántes de contarse entre los cincuenta españoles, llevados á la Imperial por el Capitan D. Miguel de Velasco, para traer de allí provisiones: ya volvían por la más fragosa hondura de la quebrada de Puren con dos mil cabezas de ganado y otras vituallas, cuando el fiel Cariolano vino á avisar á su señor de que los araucanos se disponian á interceptar el socorro, y de que por el rio le salvaria á nado, en

ocasion de referirle afligida Glaura cómo habia perdido á su esposo. No era otro que Cariolano; y Ercilla premióle con la libertad en seguida. Furiosamente salieron los araucanos de su celada, y á los españoles atropellaron sobre angosturas, donde ni áun podian revolver los caballos. Vencidos estaban sin remedio bajo el ímpetu de tanta muchedumbre: por fortuna pudo Ercilla romper hasta un hueco del monte, y arrinconados vió allí diez camaradas: con brio estimulóles á trepar á la cumbre por breñosa aspereza; y ya arriba, á impeler piedras y á disparar los arcabuces hácia donde más cargaban los indios, de cuyo modo les sobrecogieron de súbito miedo y les obligaron á rápida fuga. Todos los españoles fueron heridos y saqueados en parte; mas al fuerte de Tucapel dieron vista, y sus compañeros les saludaron con aclamaciones triunfales.

Otra vez se aventuraron los araucanos á reñida y sangriente batalla, de que salieron con tales apariencias de vencidos y escarmentados que Hurtado de Mendoza se creyó en proporcion de atender á vigorizar las leyes en toda la comarca de Chile; y encomendando la custodia del fuerte de Tucapel á Reinoso, hácia la Imperial emprendió la marcha. Presto se apartó Ercilla de su lado, por ser de los treinta que á Reinoso volvieron á dar ayuda la víspera de lanzarse los araucanos en su contra. De resultas de trato doble de un indio mozo, Caupolican dispuso á medio dia el ataque, bajo la certidumbre de coger

desprevenidos y hasta durmiendo á los españoles; é informado Reinoso de todo, los tenia muy vigilantes y con anhelo por esgrimir las armas. Supérfluos aparecieran más pormenores sobre esta jornada lastimosa: allí perdieron muchos enemigos la vida, se dispersaron los restantes, y el mismo Caupolican tuvo que andar oculto de un lado á otro, no valiéndole tal cautela, pues la traicion de un indio le condujo á prision y al cadalso.

Satisfactorio es consignar que Ercilla solo de oidas supo la iniquidad enorme; ya á la sazon iba con su gefe á la exploracion de tierras ignotas, las más rudas y descompuestas del mundo, hácia el estrecho de Magallanes. Jamás la naturaleza opuso mayores estorbos á los hombres: como un mes avanzaron los nuestros con falsas guias, y sin otra que el sol á veces, cuando no lo ocultaban espesas y lóbregas nubes, ó árboles gigantescos y tupido ramaje, por entre rios caudalosos y hondos pantanos; hácia enhiestas cumbres ó espantables derrumbaderos; sobre pedruscos salientes ó arraigados matorrales, que rompian al golpe de picos y azadones, para asentar la planta; cubiertos de sangre, de sudor y de lodo; sufriendo furiosas ventiscas é inundantes lluvias; no hallando varias noches donde reclinar los cuerpos lasos; dejándose á pedazos los vestidos entre las zarzas, y apretándoles el hambre aquejadora las cuerdas del duro tormento, hasta que por fin divisaron el archipiélago de Chonos. Tres islas visitó Ercillá á

bordo de una piragua, por inquirir el trato y ejercicio, las leyes y costumbres, los ritos y las ceremonias de sus naturales: con diez amigos arriscados cruzó luego el desaguadero impetuoso, que separa del continente á la isla de Chiloe, internándose media milla más que todos, y escribiendo sobre la corteza de un árbol con su cuchillo, que *ántes que otro alguno habia llegado allí el* 28 *de Febrero de* 1558 *á las dos de la tarde.*

Por menos mal camino les condujo un indio jóven á la vuelta; y en los vecinos de la Imperial hallaron generosidad agasajadora. Allá recibieron una fausta nueva de España, la de la victoria de San Quintin sin duda, alcanzada el mismo dia en que del fuerte de Penco rechazaron ciento treinta españoles á ocho-mil araucanos. Con este motivo se celebraron justas: sobre el mayor ó menor lucimiento en las suertes, D. Alonso de Ercilla y D. Juan de Pineda se trabaron de palabras, que subieron hasta provocaciones sobre la mejor ó peor calidad de la estirpe, en términos de no poder ya estar las espadas ociosas. A la par que las de ambos, se desenvainaron otras muchas; pero afortunadamente sosegóse el alboroto sin correr sangre. Muy preciosa la quiso derramar el jóven caudillo, dando bulto de premeditado motin al caso no pensado, por aceleramiento propio, y quizá tambien por malévola sugestion de su secretario Ortigosa, y condenando á Ercilla y Pineda á ser degollados en la plaza. Nada valieron súplicas y recomendaciones: tal

vez temia el gefe que su autoridad padeciera menoscabo, si revocaba la arbitraria sentencia; y así aferróse en que se ejecutara á todo trance. Levantado estuvo el tablado, y todo induce á suponer que Ercilla y Pineda llegaron al pie de sus escalones: siendo amados de sus compañeros por valerosos, y bien quistos por liberales, clamor general escucharon con voces de ruego y en son de amenaza á favor de su vida; y la debieron á la necesidad perentoria de evitar el motin violento, que estallara de golpe, si llegaba á ejercer su oficio el verdugo.

Trascendental fué tal desman á la posteridad más remota, pues Ercilla narraba con fácil estro cuanto acontecia en la magna lucha, sobre los mismos lugares, hurtando el tiempo que podia al descanso, para tenerlo de ócio y lograr que no pasaran oscurecidas las hazañas de sus compatriotas, áun con el trabajo de estar falto de papel á veces, y de haber de escribir sobre cuero y en pedazos de cartas; y desde que se le atropelló de tal modo, no quiso ya dar la habitual ocupacion á su pluma. Abreviadamente dijo solo, que sufrió prision larga, sin dejar de servir de dia y de noche en la frontera, donde hubo contínuos rebatos y estratagemas peligrosas para los españoles, hasta que en el asalto y gran batalla de la albarrada de Quipeo les regocijó la más esclarecida victoria. Por especificacion de ajeno relato consta que Ercilla tuvo nuevas ocasiones de

acrecer sus timbres en una emboscada; y durante la resistencia al asalto furioso, dado á la Imperial por los araucanos; y rigiendo una gallarda escuadra de veinte jóvenes contra mayor número de puelches á orillas del Maule, y de andalicanos sobre su territorio; y sustentando lid singular con el cacique Elicura y tendiéndole muerto en la última y decisiva jornada, que fué el año de 1558 á 13 de Diciembre, y en la cual perecieron todos los jefes enemigos más afamados.

No maravilla que Arauco apareciera ya bajo el yugo de los españoles. Ante la perspectiva de reposo, y cada vez más estimulado y roido por el agravio, siempre fresco dentro del alma, Ercilla aceleró su partida repentina de aquella ingratísima tierra, que le costaba tanto de afan y sangre; y en un bajel de trato llegó al Callao sin el menor contratiempo. De Lima salió nuevamente á probar fortuna contra Lope de Aguirre, fiero guipuzcoano, asesino del capitan Pedro de Ursúa, con quien desde el Perú habia ido á la conquista de los omeguas, y cruel tirano hasta el extremo de matar á su propia hija. Más de dos mil millas le separaban de Venezuela; pero acostumbrado á carrera más larga, por mar tomó la via sin demora ninguna, y áun así al mismo tiempo fueron su llegada á Panamá y la del anuncio de estár Lope de Aguirre ya degollado y hecho cuartos. Una enfermedad prolija y extraña detuvo á Ercilla en Tierra-Firme; y tan luego como se vió convalecido,

por las islas Terceras y el año 1562 hizo rumbo hácia España.

Aquí supo la reciente muerte de su amada madre, ocurrida en el palacio de Viena; circunstancia dolorosa que no le permitió la quietud apetecida tras largo viaje, por la necesidad imprescindible de emprender el tercero á Alemania, así que dió cuenta á Felipe II de sus penalidades y aventuras. D. Fadrique de Portugal era caballerizo mayor de la tercera esposa del rey de España, y queria pasar á segundas nupcias con Doña Magdalena de Ercilla, dama de la misma reina que su difunta madre. Para traerla de Hungría, su hermano D. Alonso cruzó la Francia y el Austria, y por los cantones suizos y el Languedoc fué á principios de 1564 su retorno. Interceptando las nieves sobre el puerto de San Adrian la carretera, algunos dias hubo de estar en Mondragon y algunos pueblos alaveses: quizá del historiador Garivay fué conocido entonces; y cobrándose aficion grande, sin propósito deliberado le dió materia para mencionar estimablemente hechos suyos en las *Genealogías.*

Ya en su patria de asiento y con insólito descanso, lo más del tiempo dedicó á poner en órden y pulir sus papeles sueltos y relativos á las proezas de sus compatriotas en las antárticas regiones. Galanteador era como jóven y español y soldado: atractivos de apostura grata y de produccion amena tenia de sobra para cautivar damas; y así el año de 1566 fué

padre de un hijo, á quien puso Diego por nombre. Poco más anduvo de soltura en amorosos extravíos, celebrando á principios de 1570 con Doña María de Bazan su boda, y mereciendo el alto honor de que la apadrinaran el Archiduque Rodulfo y Doña Ana de Austria, cuarta mujer del rey Felipe. Doméstica y no interrumpida ventura le deparó su compañera, muy noble de prosápia, insigne por su cristiandad y virtudes y áun por su claro entendimiento, que se deleitaba en cultivar con lecturas de historia. Otra gran satifaccion tuvo este mismo año al publicar la primera parte de *La Araucana*, perfectamente recibida en España y Europa y el Nuevo-Mundo, de manera de colocarle unos al nivel y otros por encima de Ariosto: nada vanaglorioso y modesto por demas en el comun trato, á los que le conocian más de cerca produjo mayor asombro con su libro, no juzgándole capaz de brillar por la pluma como por la espada. Merced del hábito de Santiago le hizo Felipe II al año siguiente, honrosa insignia que tambien habia llevado su ilustre padre sobre la toga; en la parroquia de San Justo y dia del aniversario de la sangrienta batalla, decidida en Millarapue solo por su arrojo, le armó caballero el personaje que despues fué duque de Lerma.

Tres años adelante seguia en Real favor nuestro D. Alonso, y lo demuestra la circustancia de elegirle el secretario Juan de Vivanco, para sacar de pila á su hijo D. Bernardino, cuya partida de bau-

tismo tiene la fecha de 4 de Mayo de 1574 y se halla en los libros de la parroquia de Santiago. Aun aspiraba á más laureles, en ocasion de sitiar á Tunez y la Goleta los turcos, y de recorrer el célebre D. Juan de Austria las costas, desde Génova hasta Sicilia, con el ardimiento de su gran corazon y la vehemente prisa de ir al socorro. De Nápoles habian de zarpar las naves, y allá voló Ercilla, alentado como de costumbre; desdichadamente solo para saber la súbita y triste noticia de haber podido más la fuerza numérica de los sitiadores que el heroismo de los sitiados. Entonces dirigióse á Roma, y nuestro embajador y su pariente Don Juan de Zúñiga le presentó el 6 de Abril de 1575 al papa, Gregorio XIII de nombre y natural de Bolonia, donde habia conocido de jóven á Fortun García de Ercilla. De pronto supuso que hablaba con su nieto, y de su persona y literatura le hizo grandes elogios; mucho se holgó de saber que era hijo y de oirle atentamente la relacion de sus aventuras, con especialidad hácia el estrecho de Magallanes; y tras largo rato, le dió su bendicion y extraordinarias indulgencias á la despedida.

Cuarta vez estuvo Ercilla en Alemania, debiendo acogida graciosa al emperador Maximiliano y á la emperatriz Doña María, de quien fué servidora su madre, no menos que á Rodulfo, su padrino de boda y ya rey de Hungría. Por Setiembre de 1575 asistió en Praga á su coronacion de rey de Bohemia, y en Ratisbona á su eleccion por rey de Romanos; ya le

habia creado su gentil-hombre, y en calidad de camarero le llevó la falda en las ceremonias. Vasto y fecundo asunto de reflexiones elevadas le hubieron de ofrecer los contrastes de su azarosa existencia, al renovar entre festejos lucidos la memoria de los gozados allí con la delicia de los años primaverales, y al interponer los recuerdos vivos de todo linaje de peligros y privaciones, hasta subir casi al patíbulo y estar á punto de perecer de miseria. Despues de las solemnidades, se dió á visitar las comarcas de Estiria y Carintia y hasta Croacia, de donde obtuvo licencia para traer doce caballos; y en el trono imperial dejó ya á Rodulfo, cuando por Italia y el Friuli vino en 1577 á España. Tambien se sabe que el año mismo fué á Uclés á profesar de caballero de Santiago, con fecha de 14 de Diciembre y en manos del prior Diego Aponte de Quiñones, posteriormente obispo de Oviedo.

Sin pensamiento de tornar á salir de Madrid por entonces, se aplicó á imprimir el año de 1578 la segunda parte de *La Araucana*; mas no pudo saborear los parabienes con descanso, obligándole comision honrosísima á nuevo é impensado viaje. Felipe II habia sabido la llegada del duque Erico de Bransuich y de la duquesa el 14 de Octubre á Barcelona: áun apresurándose á disponer que los vireyes de Cataluña y de Aragon les tratasen como era de razon y les proveyesen de lo necesario, mayor demostracion le pareció propia de los respetos debidos á la hija de su pri-

ma la duquesa de Lorena; y así, por la satisfaccion que tenia de la persona y cordura de D. Alonso de Ercilla, su gentil-hombre, le previno que por la posta les saliese al encuentro, y les entregase cartas, y les hiciese ofrecimientos cordiales en su nombre y el de su augusta esposa. A la par que su deseo de verlos pronto, les debia significar la conveniencia de que se quedasen en Zaragoza, si bien proponiéndoselo de manera que lo tomaran á buena parte; y no imaginaran que se hacia por otro fin que el de la comodidad de sus personas; puesto que el rey trataba de ir á Monzon de meses atrás á celebrar córtes á los aragoneses, no habia partido á causa de forzosos y no interrumpidos impedimentos, y todavía estaba en ánimo de emprender la jornada lo más presto que fuere posible. Despues de estar con los duques el tiempo necesario para hacer este oficio y dejarlos contentos y quietos, se volveria á dar cuenta particular al rey de todo lo que hubiese pasado.

Autógrafas existen las cartas escritas al Secretario Gabriel de Zayas por D. Alonso de Ercilla, y así consta puntualmente su desempeño lucido en la comision importante. De Madrid salió el 26 de Octubre y á los tres dias llegó á Zaragoza, no pudiendo acreditar mayor diligencia, por el mal aparejo que en las postas habia de caballos. Alojamiento dióle el virey conde de Sástago en su casa; y al duque y á la duquesa de Bransuich fué á visitar á Fuentes. Le recibieron con bondad y cortesía, y

desde luego les indujo á su quedada en Zaragoza, de tan hábil manera que se mostraron alegres y muy reconocidos á la merced y el favor de los reyes en cuidar así de su reposo. Prudentemente apaciguó las diferencias suscitadas entre el virey y el Justicia sobre hospedar el duque y tener cada cual su palabra' mostrando ser más conforme á la Real voluntad que ocupara particular aposentamiento, y eligiendo por sí mismo la casa de D. Juan de Gamboa; y ocasion tuvo de encomiar al virey por su espíritu conciliador y rumboso porte con los egregios viajeros, á quienes envió caballos y coches, y dispuso buen recibimiento en la ciudad el 5 de Noviembre, y facilitó el modo de que allí se valieran de una cédula para Madrid y de la suma de cinco mil escudos, sin dejar de atender con la vireina á su distraccion y regalo. No pudo Ercilla resistir las instancias de permanecer en su compañía hasta dejarlos establecidos, como que llegaban desalumbrados, á causa de la variacion de trato y costumbre, no muy ricos y con pocos criados útiles á lo menos, tomados los más en Italia al paso, pues los que traian antiguos por miedo á la Inquisicion se quedaron en Trento, y daba lástima que no se entendieran unos á otros. Ciertos genoveses procedentes de la corte fueron á besar las manos al duque, y como hombres que se preciaban de discursos, le imposibilitaron la ida del rey hasta la primavera, afirmándole haber llamado á córtes de Castilla, y que no se po-

dian despachar ántes. Mal corazon le pusieron de igual modo varios caballeros y señoras, y de resultas mandó á buscar á Ercilla, con quien estuvo muy triste, al tratar de sus negocios y al encarecer la pérdida del tiempo. Le aquietó el Real comisionado á fuerza de mansas razones, que hubo de repetir á Madama por encargo especial de su esposo, y resueltos quedaron ambos á no pensar en mudanza alguna, hasta que los reyes fueran á Zaragoza, ó se les enviara licencia para que viniesen á besarles en Madrid las manos. Así dió Ercilla su comision por finalizada, y apresuróse á conseguir que particularmente entendiera el rey de sus labios adonde enderezaba el duque de Bransuich los designios.

Datos hay seguros para saber algo de lo que puso en conocimiento del soberano. Por mandato expreso de su madre política venia el duque, trayendo una carta recomendatoria de sus servicios y autorizada con la firma del gran D. Juan de Austria, que habia muerto á principios de aquel mes de Octubre. Anheloso por echarse á los pies del monarca y retenido en Zaragoza por órden suya, tanto le melancolizaba el contratiempo que ya habia enunciado intencion formal de retroceder á embarcarse en Barcelona, si no se le autorizaba para seguir á la corte muy pronto. Una guarda tenia de veinticuatro hombres, y á los zaragozanos daba en rostro que fueran con los arcabuces y las mechas encendidas á todas partes y que entraran así por los tem-

plos. Enterado el monarca de todo, á la capital de Aragon tuvo que volver el 5 de Diciembre D. Alonso de Ercilla con reales órdenes terminantes; una relativa á acompañar á Madrid al duque, la cual supo con mucho gozo; otra para que deshiciera su guarda, y tomóla de manera que hubo necesidad de reportamiento para no quedar muy desavenidos. No le quiso apretar demasiado, por conocer que pasado el primer ímpetu se dejaba persuadir y venia á lo bueno; y volviendo á tratar del negocio, le indujo á tener su consejo por sano.

Repartidas tenian los duques las jornadas de forma de llegar á Madrid en diez dias, y el 17 de Diciembre salieron por fin de Zaragoza, bajo la palabra empeñada por Ercilla de que á tiempo se recibiria el pasaporte solicitado, para que ni en Tortuera ni en Torrubia les abriesen los cofres. Reservadamente lo habia recomendado mucho al Secretario Zayas, en el concepto de ser de interés corto, á causa de la poca ropa nueva del duque, salvo si debian derecho las joyas, porque las llevaba Madama de las ricas que habia jamás visto, especialmente en perlas y piedras. Cuando cenaban la primera noche de viaje, le llegaron á D. Alonso las dos cédulas de paso y de guia, y así tuvieron muy buena y regalada cena, y contentísimo el duque las hizo leer á voces en presencia de todos. Esta predisposicion excelente aprovechó Ercilla, á fin de procurar con buena maña detener algunos dias á los ilustres via-

jeros en el camino, sin darles á entender que se le ordenaba de la corte, mientras se hacian reparos en la casa donde habian de posar y se proveian las cosas necesarias á su hospedaje. Desde luego se propuso dificultar las jornadas; y hacer que parasen lo posible sin sospecha en Torija; y pintarles como descortesía no aceptar los ofrecimientos del duque del Infantado, si les queria agasajar en su Palacio de Guadalajara; y exponerles asimismo la inconveniencia de que unos príncipes como ellos entrasen en la corte, sin tener vista primero y repartida por persona entendida su posada y la de sus criados; con todo lo cual se lisonjeaba de lograr que hasta despues de año nuevo permanecieran en Alcalá de Henares. Bueno era el plan á todas luces; pero no fácil de llevar á cabo, porque el duque tenia mucha prisa de llegar á Madrid y de obtener el gobierno de uno de los estados españoles. Entre los hombres de cuenta de su comitiva figuraba Andrea Doria, que, no pensando incurrir en yerro, siempre andaba muy á su gusto, y le hacia formar propósitos no practicables, de que Ercilla se veia obligado á sacarle en fuerza de industria, contraviniendo á su voluntad á veces por términos suaves. Entonces el marqués de Ayamonte era gobernador del estado de Milan y capitan general de Italia: al duque de Bransuich dijeron por el camino que este prócer habia pasado á Flandes, con lo que se abria una gran puerta á sus pretensiones y se le avivaba el anhelo de ver al

monarca, fundándose en ofrecimientos suyos hechos por cartas y que no permitian excusa. De todo avisaba perspicaz Ercilla, por si pareciere á su Magestad buscarla con tiempo, y cerrar la puerta que el duque hallaba tan abierta.

Hasta la raya de Castilla acompañaron al duque tres señores principales de Zaragoza, con muchos criados, halcones y perros, para venir de caza por el camino: despues tuvo excelente acogida en todos los lugares, aunque, por estar míseros y faltos de ropa, las damas de la duquesa durmieron vestidas algunas noches; pero de buenos y baratos comestibles proveyó abundantemente el alcalde Tejada. Así llegaron á Torija la víspera de Pascua á la caida de la tarde, persuadidos á parar en Guadalajara, segun les tirase de la capa el duque del Infantado: lo hizo tan cortamente que en veinticuatro horas no recibieron cumplimiento ninguno; y ya determinaron no aceptar por tardío el de mayor instancia. Aun retrayéndose Ercilla de ir en contra, por las cosas y juramentos que oyó al duque, modo tuvo de alargar las jornadas, con escribir á Bartolomé de Santoyo y á su muger Doña Ana de Ondegardo, á fin de que enmendasen la cortedad del duque del Infantado en su casa de Alcalá de Henares. Allí se hospedaron el segundo dia de Pascua, y prevaliéndose de conocer á Santoyo y su esposa, ya les tenian comunicado el proyecto de partir la duquesa al Escorial á la lijera, sin noticia de Ercilla, que paró el golpe con solo

decir verazmente cómo el marqués de Ayamonte no era ido á Flandes. Por fin pudo afirmar D. Alonso al Secretario Gabriel de Zayas, que desde allí vendria un criado de los duques á repartir el aposento á su modo, y que no se moverian de Alcalá ántes de entrar el año.

Llenos están los despachos del conde de Sástago de alabanzas de Ercilla, por su discrecion y buen modo, por su entendimiento é industria; pero nada caracteriza mejor su porte que este breve pasaje de carta propia.—«Del humor y proceder del duque no »quiero decir lo que podria hasta que allá su con- »dicion apruebe mi paciencia, á costa de la cual »le llevo contento por los términos y pasos que »S. M. ha ordenado; habiendo recibido por cada cosa »tantos encuentros que hubieran desbaratado á un »hombre muy compuesto; que, como los alemanes »son de natura sospechosos, y más los de menos »entendimiento, aunque el duque lo tenga bueno, se »entrega á su condicion más que cuantos hasta hoy »he conocido: la de Madama es de un ángel y el »entendimiento muy bueno; pero tiénela el marido »tan sujeta y temerosa de sus ímpetus que se queda »con los buenos deseos y razones en el estómago. »Estas y otras cosas entenderá vuestra merced más »particularmente cuando le bese las manos.»—¿Dónde cabe ya encajar como oportuna y verídica la especie, echada á volar por el autor de los *Avisos para Palacio*, sobre que delante del Rey no acertaba

jamás D. Alonso de Ercilla á decir palabra, en términos de haberle de excitar Felipe II á que le hablara por escrito?

Casi todo anunciaba entonces que la sucesion á la corona de Portugal no se decidiria sin lides, y Ercilla lisonjeóse de lucir otra vez su denuedo y sus arreos militares. Con espíritu belicoso, y servicios y merecimientos, y edad pujante y salud robusta para hacer buena figura en campaña; con testimonio reciente del aventajado concepto que Felipe II tenia de su persona; con valedores activos y celosos dentro de Palacio, como que su hermano D. Juan era limosnero mayor de la Reina y maestro del Infante D. Fernando, sin adolecer de lijero juicio se podia ya imaginar en el ejército y á la cabeza de alguna escuadra de jinetes. Dignas de su alto númen eran la guerra con Portugal y la segura victoria de España: créditos gozaba muy justos de manejar bien la espada y la pluma; y que lo quiso así practicar entonces, se vé á las claras en la exposicion de su célebre canto sobre ser la guerra de derecho de gentes, y declarar el que al reino de Portugal tuvo el Rey D. Felipe juntamente con los requerimientos que hizo á los portugueses para justificar más sus armas.

En un vuelo se llevó la conquista de Portugal á remate, y D. Alonso de Ercilla no fué partícipe de tamaña gloria; caso tambien trascendental á las generaciones futuras. Se habia propuesto cantar el

furor de Castilla, el derecho al reino de Portugal remitido á las armas sangrientas, la paz convertida en rabiosa discordia, las lanzas arrojadas de una y otra parte á los parientes pechos; y á punto de ir ya á romper la batalla, cuando se le representaban el rumor de trompas sonorosas y los estandartes tremolando al viento, de súbito varió de tono, dejando la tarea á más felices escritores, y diciendo que la suerte buena valia más que el trabajo infructuoso como el suyo, que en seco y vacío habia dado siempre. Tras de reseñar sus grandes peligros y trabajos en el Real servicio, con penetrante acento expuso la perseverancia de su voluntad y el desmayo de su esperanza, abatido como estaba por la porfía de su estrella: satisfecho declaróse de haber seguido la carrera difícil por derecha via: de manifiesto puso espíritu grande al proclamar la doctrina sublíme de que las honras consistian en el merecimiento legítimo del premio, no en su logro; y enérgicamente calificó de cobarde el disfavor que le tenia arrinconado.

Aquí hay que descender por fuerza de los hechos á las conjeturas. Alguna poderosa enemistad embarazaba los adelantos de Ercilla, y de juro no era otra que la de D. García Hurtado de Mendoza, hijo del marqués de Cañete, nieto por su madre del conde de Osorno y casado con hija del conde de Lemos, cuyos entronques, y la circunstancia de regir la hueste el duque de Alba, de sobra alcanzaban á indisponer en el Real ánimo sin extraordinario es-

fuerzo á quien todo lo pospuso á la verdad y no pensó nunca en merecer bien de su caudillo con lisonjas. Hurtado de Mendoza estaba quejoso de no hacer en *la Araucana* un papel semejante al de Aquiles ó el de Eneas en los poemas inmortales de Homero y Virgilio; y hasta lo tuvo por ofensa grave é intencionada, segun lo comprueban diversas frases de sus panegiristas, Cristóbal Suarez de Figueroa en los *Hechos del cuarto marqués de Cañete*, y Pedro de Oña en el *Arauco domado*. A la campaña de Portugal fué aquel personaje de capitan de una de las veinte compañías de hombres de armas, que para su guarda tenia Castilla, mandadas por grandes y calificados títulos del reino; y en posicion hallóse de impedir que D. Alonso de Ercilla ganara más lauro, hasta dando color de conveniencia pública á su particular venganza. Desde luego pudo hacer gala de celo por la militar disciplina, y tildar á Ercilla como de condicion turbulenta, sin más que pintar lo acontecido en la Imperial á su modo: con las dos partes de la Araucana en la mano, y al son de sentir lastimado el amor á la patria, muchos pasajes le facilitaban el testimonio de que de la pluma de Ercilla libraban á veces mejor los indios que los españoles; y sesgando con dañino espíritu de fanatismo los reparos, hasta cabia poner en tela de juicio sus creencias religiosas, pues dijo que en su edad no eran tantos los santos como antes; y censuró la fácil credulidad en milagros, bajo el concepto

explícito de que *las cosas de esta vida van por su natural curso*; y no omitiendo apuntar como digno móvil de la conquista de América el afan laudable de convertir infieles, tras de mencionar que iban franciscanos, dominicos y mercenarios en el socorro enviado por mar á Chile, al describir luego insultos y aún atrocidades tremendas, ni por asomo ocurrió á Ercilla la intervencion de un fraile para poner coto á los excesos, ó para endulzar las amargas tribulaciones de la gente vencida. Cuáles de estas ú otras especies hizo D. García valer contra D. Alonso, no se puede afirmar con datos; que su enemistad prepotente le cortó de plano la carrera, no admite duda; y de justicia es consignar que perpétuamente redundará tal proceder en desdoro de la alta fama del cuarto marqués de Cañete.

Frente por frente de la casa llamada del Cordon tenia Ercilla la suya propia; y retirado allí gozaba las consideraciones debidas á su clase y renombre, aunque le desatendiera el monarca. Doña María de Bazan labraba su ventura, y bajo el amparo de su deudo el marqués de Santa Cruz ponia á su hijo D. Diego, para que aprendiera á marchar por entre laureles á la gloria. Frecuentemente le designaba el Consejo de Castilla para examinar libros; á los años de 1580 y 1582 corresponden sus aprobaciones de las *Poesías* de Garcilaso con las anotaciones de Herrera, y de las *Rimas* pertenecientes á este poeta magno. De la casa imperial de Alemania y en 1585 recibia

nueva y señaladísima honra, con la demanda de su retrato, para la coleccion de españoles contemporáneos é ilustres. Paulo Jovio habia puesto en boga la costumbre de que á tales retratos acompañaran elogios, y el de Ercilla fué escrito por el licenciado Cristóbal Mosquera de Figueroa: hoy no ofrece interés alguno: lleno está de lugares comunes, trasminando á escolasticismo, y completamente vacío de noticias, que no se hallen más de relieve en *La Araucana*: hasta se resienten de exíguas las que apunta referentes á su persona, limitándose á decir que era de barba crespa, y de cabello levantado y de ojos constantes, lo cual se advierte á la simple vista del mismo retrato, que dá testimonio de su gentil rostro y apostura. Tambien de Ercilla tienen aprobaciones de 1586 á 1587 el *Cancionero* de Lopez Maldonado, la primera, segunda y tercera parte del *Caballero Asisio* de Fray Gabriel de Mata, las *Rimas* de Vicente Espinel y el *Florando de Castilla* del licenciado Jerónimo de Huerta. Para su corazon paternal fué el año de 1588 por demás aciago: ya iba á zarpar la Invencible Armada del Puerto de Lisboa, cuando el marqués de Santa Cruz pasó allí de esta vida á la eterna: le sucedió en el mando el duque de Medinasidonia: en la expedicion á Inglaterra fué D. Diego de Ercilla, mozo de poco más de cuatro lustros, entre los que montaban la nao de San Márcos, y transido de pena supo su padre que aumentó el número de las anegadas, sin salvarse ninguno de los de

á bordo. Vivamente se nos representa lo contristado de su espíritu en los últimos versos de *La Araucana*, cuya tercera parte sacó á luz al siguiente año. Allí aparece con la persuasion de no estar lejano del fin y término postrero, y con el propósito de acabar de vivir antes de que la existencia incierta acabara su curso; volviéndose á Dios al cabo, por no ser nunca tarde, y parando la pluma tras de escribir que razon era llorar y no cantar en lo sucesivo.

Nuevas aprobaciones de obras equivalen á fe de vida tan interesante como ya decadente: por los concisos y selectos dictámenes de Ercilla, de 1589 á 1592 empezaron á circular sin tropiezo la *Conquista de Granada* de Duarte Diaz y *Varias obras en lengua portuguesa y Castellana*, y el *Arte Poética* de Juan Diaz Rengifo. Del año de 1593 hay cuatro cartas suyas, familiares y dirigidas á Valladolid con las fechas de 8 de Mayo, de 31 de Octubre, de 22 y 29 de Diciembre, y el sobre para D. Diego Sarmiento de Acuña, comendador de Calatrava. Su habitual jovialidad conservaba á los sesenta años, segun revela este bellísimo pasaje.—«Vuestra Merced, mi Se»ñor, piensa que no hay más sino venirse á Madrid »i comerse la hacienda de los amigos, y ganarles su »dinero, y volverse con salud á casa; pues sepa »Vuestra Merced que no ha de pasar así, porque »me dejó tan picado que pienso ir á ese lugar á des»quitarme, no solo de lo que Vuestra Merced me »ganó, sino de lo que me comió, que cierto me ha

»dejado en el hospital; y con todo esto puedo certi»ficar á Vuestra Merced que su ausencia se ha sen»tido mucho en esta casa y lo poco que, hablando »verdades, se sirvió de ella. Hános quedado un con»suelo, el cual es que nunca se acaban en esta corte »de una vez los negocios, y que Vuestra Merced ha »de volver á los que dejó comenzados; Dios sabe lo »que yo lo deseo y que sean tan grandes que obli»guen á traer Vuestra Merced á mi señora Doña »Costanza de asiento á ella, donde sirviésemos á su »Merced Doña María y yo como deseamos.»—Otros períodos se pudieran transcribir no menos agradables. De tiempo húmedo y de lluvias contínuas hablaba la víspera de Todos Santos, y de no ir á Valladolid á pasar el invierno, porque se habia hecho muy perezoso: en Diciembre las nieblas fueron muchas, y tuvo que guardar casa y cama; al secretario Paredes llamaba íntimo amigo suyo, y hacia mencion del cardenal archiduque Alberto como de persona con quien tenia íntimo trato.

Ya en 1594 aprobó Ercilla *Las Navas de Tolosa*, poema heróico de Cristóbal de Mesa. Desconsoladoras son las noticias posteriores y referentes al célebre autor de *La Araucana*. En 24 de Noviembre estaba postrado por enfermedad grave, que no le permitia descargar su ánima y conciencia, ni otorgar testamento; y su cara mujer lo hizo autorizada en debida forma, y segun su voluntad conocida de ntes. Por las mandas consta que tenia varios sobri-

nos, á quienes legaba rentas ó bienes, y pajes, lacayos, mozos de cámara y de cocina y caballeriza y otros criados, de quienes tambien hizo memoria, no con mayor largueza, porque al servicio de su mujer quedaban todos. Aun instituyendo á Doña María de Bazan por su universal heredera, le mandó la suma de diez mil ducados, para ayuda del monasterio que trataba de fundar y donde se les habia de enterrar juntos; á cuyo sitio quiso igualmente que se trasladaran los huesos de su hermana Doña Magdalena, sepultada á la sazon en el convento de San Francisco de esta corte. Piedad filial acreditó en el codicilo del dia siguiente, destinando al monasterio de benedictinos de Nuestra Señora de Valvanera la limosna de quinientos ducados, para que los empleara en renta ó censo á razon de catorce, bajo obligacion de rogar á Dios por su alma, y de hacer un paño negro de luto con el hábito de Santiago de grana colorada, á fin de que estuviera perpétuamente sobre la tumba donde yacian sus padres, de modo que, gastado uno, se hiciera otro nuevo. En union de su amada esposa habian de ser testamentarios el conde de Francambuz y Don Sancho de la Cerda, aquel embajador del emperador y este mayordomo de la emperatriz de Alemania, D. Pedro de Guzman y Don Alvaro de Córdoba, ambos de la cámara del Príncipe de Asturias, y Fray Juan de Villoslada, prior de la iglesia de San Martin de esta villa; con personas de tanta calidad se hallaba nuestro D. Alonso en es-

trechísimas relaciones. Su fallecimiento aflictivo fué el martes 29 de Noviembre: depositado estuvo su cadáver en el convento de carmelitas descalzas, vulgo Baronesas, hasta que la viuda fundó otro de la misma órden y con la advocacion de San José en sus casas propias de la villa de Ocaña, tan presurosamente que el 22 de Noviembre de 1595 logró que se instalaran allí las monjas; sin duda con el patético designio de dar sepultura á su esposo amado al año cabal de llorarle difunto.

Siempre Felipe II llamó á D. Alonso de Ercilla su gentil hombre; nunca se quiso llamar D. Alonso de Ercilla más que gentil hombre del emperador de Alemania. ¿Por ventura trataría de formular así una respetuosa protesta del agravio de la postergacion á que le condenaba el uno, y dar testimonio de agradecimiento á las honras con que le distinguia el otro? Quizá tambien autorizarian á pensar de esta suerte sus diversas dedicatorias: todas fueron al rey de España; pero el tono de la primera sube hasta el entusiasmo, y el de la última semeja de ceremonia pura. Con probada suficiencia y servicios relevantes para ascender en la milicia, ó brillar en la diplomacia, tan desatendido y olvidado se vió del todo que, á no tener hacienda propia, fijamente viviera casi de limosna y acabara punto menos que de miseria, como poco despues Cervantes. Nada pudieron las tenaces injusticias contra su ínclita fama: desde el rincon de su hogar tranquilo, donde todo era dicha y holgura,

á la inmortalidad levantó el vuelo y posólo magestuosamente por los siglos de los siglos sobre su cumbre, gracias á *La Araucana*. Tarea agradable es ahora la de reseñar su naturaleza y desempeño, como que resultan halagos para el patriotismo, atractivos para el amor á nuestra clásica literatura, y satisfacciones para el anhelo de rendir homenaje á la bien conquistada gloria.

II.

Juan de Guzman se contaba entre los mejores discípulos del Brocense; contemporáneo fué de la publicacion de *La Araucana* y autor del *Convite de oradores*, donde escribió rotundamente que teníamos un Homero en Ercilla. Bartolomé Rodriguez Paton dijo el año de 1621 en su *Elocuencia Española* que muchos llamaban á D. Alonso de Ercilla el Homero de España. D. Diego Saavedra y Fajardo quiso como dar á entender en la *República literaria* que Ercilla tuvo intencion de escribir una epopeya, no pudiendo acaudalar toda la erudicion requerida para estos estudios, por la ocupacion de las armas, si bien mostró en *La Araucana* un gran natural y espíritu con facilidad clara y fecunda. Lopez Sedano en el *Parnaso*

Español puso por nota que Ercilla ocupaba el primer lugar entre los infinitos épicos de la musa castellana. Lampillas en el *Ensayo histórico apologético de la literatura española* se entusiasmó hasta el extremo de aseverar que *La Araucana* era el segundo poema épico español anterior á *La Jerusalen* del Taso. Andrés en la *Historia del orígen, progreso y estado actual de toda la literatura* dió á Ercilla entre los épicos un puesto bastante distinguido por la novedad de la materia de *La Araucana*, por algunos buenos pasajes y por haber tomado parte en la accion del poema. El Padre Luis Minguez en las *Adiciones á la Enciclopedia metódica* llamó segundo Virgilio español á Ercilla. Masdeu en el *Arte poética* expuso que desde el principio hasta el fin habria que leer *La Araucana*, para fijar bien lo que es epopeya. Nuestro Don Francisco Antonio Gonzalez dirigió el 15 de Junio de 1818 una instancia al teniente corregidor Don Angel Fernandez de los Rios, por comision de la Academia Española, y palabras suyas son las siguientes.—«Estando proyectada la edicion de *La Araucana*, poema épico y produccion de D. Alonso de Ercilla......» Mayor ó menor mérito recomienda á los citados escritores; una misma opinion emiten contextes; se les puede reputar como autoridades; pero, con todos estos requisitos, desde luego partieran descarriados cuantos les tomaran por guia en tal punto.

Nadie supera en calidad al autor mismo para

dar testimonio irrefragable de la naturaleza esencial de su obra. D. Alonso de Ercilla se propuso cantar los hechos de los esforzados españoles, que sujetaron al yugo la no domada cerviz de Arauco, y las temerarias y memorables empresas de sus naturales, por ser proporcionada la estimacion de los vencedores á la reputacion propia de los vencidos. Prolija fuera por demás la simple enumeracion de los lugares, donde afirma terminantemente que escribe historia. Como su relacion arranca desde el descubrimiento y la poblacion de Chile, y contiene las campañas de Valdivia y de Villagran contra los araucanos, á las cuales no se halló presente, por necesidad hubo de consultar sobre los sucesos todos á los españoles y á los indios, no adoptando sino aquello en que unos y otros estaban acordes. Entre los lances de la guerra fué notable la retirada súbita de Caupolican y su ejército poderoso de la Imperial y sus cercanias, cuando la ciudad se encontraba sin armas, vituallas ni municiones: por obra se tuvo de milagro; y tras de andar con dudas, lo admitió Ercilla como cierto, quitándole escrúpulos de raíz la insistencia de los araucanos en dar fé unánime de lo acontecido cuatro años antes de hacer la descripcion puntual su pluma. Ya que pudo hablar como testigo, se obligó á que fuera más autorizada la historia, pues en aquellas tierras midieron sus pies todas las pisadas. Repetidas veces dijo con explícitas frases, que iba la verdad sin corromper y desnuda por completo de artificios,

de fingimientos y de poéticos adornos: á menudo echó de ver que su escritura se resintiria quizá de trabajosa y de larga, por ir tan arrimado á la verdad y tratando siempre de una misma cosa, y por ser malo de un terron sacar zumo: á sus ojos parecian como pintados los cuidados y contentos, que no son de amores, ocurriéndole qué gusto hubiese recibido y dado con andar por campos y jardines, y elegir flores olorosas, y entretejer fábulas deleitables; pero metido tan adentro de voluntad propia en escenas de batallas, horrores, muertes y destrozos, se creyó sin arbitrio para suspender la obra empezada con el buen celo de que de tanto valor quedase perpétua memoria. Algo introdujo maravilloso, para dar amenidad á su libro, por medio de visiones en sueños y de la ida á la cueva del hechicero Fiton dos veces; cuyas licencias poéticas son demostracion acabada y palpable de la vocacion especial que de historiador tenia Ercilla, no permitiéndoselas más que para hacer la descripcion del mundo y para pintar las celebérrimas batallas de San Quintin y de Lepanto. Buscando campo descubierto y anchura, donde espaciar el ánimo fatigado y sentir y proporcionar algun recreo, tambien intercaló otro episodio, sin conexion alguna con las guerras de Arauco, socolor de entretener á soldados españoles durante cierta marcha; y aquí se atuvo asimismo del modo más rigoroso á la historia, narrando verazmente la de la preclara fundadora de Cartago, heroina infamada

por el eminente Virgilio. Nada hay que neutralice ó atenúe la índole exclusivamente histórica de *La Araucana*, hasta el punto de no habérsele escapado nunca á Ercilla ni aún la voz genérica de *poema*, aplicable á todo libro metrificado.

Al escribir historia de esta manera, D. Alonso de Ercilla continuaba las tradiciones de su patria. Estrabon afirma que los turdetanos tenian sus leyes é historias en verso: de Metelo se dice como positivo que llevó poetas cordobeses á Roma, para celebrar sus hazañas: Lucano y Silio Itálico fueron poetas historiadores. Viniendo á los tiempos de la formacion del habla castellana, aún balbuciente produjo los poemas del *Cid* y de *Santo Domingo de Silos*, verdaderos cronicones en rimas: nuestro D. José Caveda patentiza que antiguos cantares entraron como elementos constitutivos de la *Crónica general de España* de Alonso el Sabio; y que por la poesía adquirieron carta de naturaleza en la historia los amores de Florinda, la odiosa venganza de su padre, la visita de D. Rodrigo al encantado palacio de Toledo, las traidoras sugestiones de D. Opas, los prodigios del alzamiento y de la victoria de Pelayo, la aparicion de Santiago en Clavijo, y mucho de lo referente á personajes como Bernardo del Carpio, el conde Fernan Gonzalez y los siete infantes de Lara. Reciente está la publicacion del poema de Rodrigo Yañez sobre el reinado de *Alonso Onceno*: muchas de las coplas de Juan de Mena son pura historia: Lorenzo Galindez

de Carvajal atestigua que el poeta Hernando de Rivera iba con Fernando el Católico á la conquista de Granada, y que su composicion era diario y sabroso plato de la Real mesa, teniendo allí á los mismos héroes por censores, y depurándose la verdad hasta quedar acrisolada. No son estos más que ligeros apuntes de los copiosos ejemplares que se pudieran citar en corroboracion de haber practicado felizmente D. Alonso de Ercilla la antigua costumbre española de referir historia en verso, y como testigo presencial de los sucesos todos, sin que dén tampoco á *La Araucana* el menor viso de epopeya la division en cantos, ni las moralidades al principio de cada uno de ellos. Si division tal constituyera precepto seguro, no serian poemas épicos *la Iliada y la Eneida*, pues la tienen ambos en libros; lo de hacerse en cantos significa sólo que, siendo propios los versos para cantados por su armonía, se cortan sin otro objeto que el de proporcionar descanso oportuno así al cantor como á los oyentes. Acerca de que las moralidades caben holgadamente en la historia, supérfluas aparecerian doctas disertaciones, bastando conmemorar los escritos inmortales de Salustio y Plutarco.

Entre los contemporáneos del autor ilustre, ni los muchos admiradores y amigos, ni los pocos desentonadores del aplauso general con censuras, le miraron como trasunto del famoso alfarero de la *Epístola á los Pisones*; antes bien creyeron unos y otros que su obra de ánfora tuvo principio y remate. Grave

dijo el licenciado Cristóbal Mosquera de Figueroa, dedicándole merecido elogio, que, ayudado de las fuerzas de su ingenio y de sus estudios, con generoso cuidado hizo en verso heróico la relacion verídica de las jornadas de los españoles á lo más apartado y escondido de la tierra, para que fuese más universal esta forma de escritura, cuanto lo es más la poesía que la historia. Ya muerto D. Alonso de Ercilla, casi al mismo tiempo empezaron á circular por España la cuarta y quinta parte de *La Araucana* desde Barcelona, y la primera del *Arauco Domado* desde la ciudad de los Reyes. Mozos eran sus respectivos autores D. Diego de Santistéban Osorio y el licenciado Pedro de Oña: con distinto fin tomaron la pluma; y sin saber uno de otro, se precavieron acordes contra la nota de osadía, por volver á materia ya tratada superiormente. Santistéban Osorio quiso proseguir y acabar lo que el sutil, histórico y elegante poeta D. Alonso de Ercilla dejó comenzado, no por modo de competencia, sino *por ser historia tan recibida de todos*, y por parecerle que servia así á sus aficionados, y pagaba el debido tributo á quien escribió su poema con tantas ventajas. Oña supuso que, rencoroso y apasionado, Ercilla calló de propósito los méritos y la gloria del cuarto marqués de Cañete, y que por eso *quedó su historia deslustrada y en opinion quizá de ménos cierta*, no embarazándole esta censura meticulosa, para calificar de *divino al autor de la riquísima Araucana*. Luis Alfonso Caravallo en su

Cisne de Apolo, Vicente Espinel en su *Casa de la Memoria* y Cristóbal de Mesa en su *Restauracion de España*, por historiador y poeta ensalzaron á Ercilla. Tan vergonzantemente como el licenciado Pedro de Oña le habia criticado en verso, años adelante le criticó el doctor Cristóbal Suarez de Figueroa en prosa, y por la causa idéntica de forjar el supuesto de que introdujo un cuerpo sin cabeza, ó un ejército sin memoria de caudillo; todo para decir á buenos entendedores y como de pasada, que por pasion *quedó casi como apócrifa en opinion de las gentes la historia, que llegara á lo sumo de verdadera*, si el autor insigne adulara al cuarto marqués de Cañete, á semejanza del que á sus *Hechos* dió pomposo y exagerado bulto.

Necesidad hay de abreviar citas, no haciéndolas ya sino de los tiempos de la crítica en progreso magestuoso. Don Ignacio Luzan divulgó sazonada enseñanza, para formar juicio sobre las obras de literatura á tenor de las reglas del arte y del buen gusto, y en su *Poética* estimable dijo de plano.—«Segun »Aristóteles las acciones épicas deben ser desemejan»tes de las historias acostumbradas, porque en las »historias se refieren las cosas como fueron y segun »el curso regular y ordinario de las cosas; pero en la »epopeya todo ha de ser extraordinario, admirable y »figurado. Por esto muchos poemas, como *la Farsa»lia de* Lucano, *La Araucana* de D. Alonso de Erci»lla, *la Austriada* de Juan Rufo, *la Mejicana* de Ga-

»briel Laso, *la vida de S. Josef* del Maestro Josef »de Valdivieso, *la España libertada* de Doña Isabel »de Ferreira, y otros muchos, por faltarles esta »calidad y *ser meramente historias, no tienen en rigor »derecho alguno al título de epopeyas.*» Lumbrera de críticos españoles fué D. Juan Pablo Forner á fines del siglo pasado: muy bien le cuadra tal calificacion por varios escritos; sus *Exequias de la lengua castellana*, *Fábula Menipea* entre otros. Allí puso á la cabeza de los poetas épicos á Balbuena, Ariosto de España; á Zárate dando la derecha á Cristóbal de Mesa, y detrás no pocos autores, que en sus poemas acumularon todas las riquezas épicas de profuso modo, sin haber acertado á componer una buena epopeya; y de seguida escribió con textuales palabras.—«Alonso »de Ercilla y Juan Rufo precedian *á los históricos*, »aquel magestuoso, noble, vivísimo en las pinturas »y descripciones, maravilloso en los afectos y pocas »veces inferior á la grandeza de la trompa; este gra»ve, natural, aliñado, más elocuente que poeta.» Autoridades tenemos dentro de casa muy dignas, y que redondean el juicio crítico del todo. Solemnemente y sin asomo de duda afirma D. José Vargas Ponce que *La Araucana* es una historia, y que su texto se lo persuadirá siempre al lector de criterio no obtuso. D. Manuel José Quintana expresa con severo tono que, despues de la protesta de D. Alonso de Ercilla sobre su intento de *hacer una historia* de las guerras de Arauco, no es justo pedir lo que no quiso

poner en su libro; y que así los preceptistas poéticos se hallan extrañamente desconcertados cuando quieren ajustar *La Araucana* al cánon de sus teorías.

Superabundantes pruebas son las alegadas, para testimonio de haber incurrido en equivocacion grande cuantos llamaron Homero ó Virgilio español al célebre autor de *La Araucana*. Sin embargo, no hay que arrumbarlos con aire de menosprecio, cual á hombres de escaso valer ó superficial juicio. Su error merece indulgencia lata y áun respeto profundo, como derivado radicalmente de acendradísimo amor á la patria, y nutrido por el anhelo noble de enriquecer la literatura nacional con una epopeya. Para dar figura de verdad notoria á su yerro enorme, les suministraba fundamento la accion misma de obra tan afamada, con extraordinaria copia de personajes y de sucesos historiales, que de épicos tienen visos y que los cantores de Aquiles y de Eneas prohijaran de buen talante. Fascinados por apariencias tan seductoras, no pudieron ya discurrir exentos de preocupaciones, á fin de hallar la clave de todo, mediante el exámen sencillo de quiénes eran históricamente los españoles y los araucanos, al tiempo de su pasmosa lucha. M. Prat anduvo atinado en su *Revolucion de Bayona*, proclamando con arranque espontáneo de ánimo sincero y persuasivo que los españoles dieron cima en el nuevo mundo á lo fingido por la antigüedad respecto de sus semidioses. Derrocados fueron los grandes imperios de Méjico

y del Cuzco, sin que los dos célebres extremeños de Medellin y de Trujillo capitanearan mayor hueste que la enviada en socorro de Chile. Allí poseian veinte leguas de término los araucanos, de tierra no áspera y rodeada por tres ciudades españolas, teniendo contra sí además en el centro dos plazas; y sin pueblo formado, ni muro, ni sitio fuerte para su reparo, ni armas defensivas, con puro valor y porfiada determinacion redimieron y sustentaron su independencia contra tan fieros enemigos como los españoles, tras de abrasar con patriótica saña sus casas y haciendas, y defendiendo unos terrenos secos y campos incultos y pedregosos. Por gozar la libertad nativa derramaron tanta sangre así suya como de españoles, que habia pocos lugares que no estuviesen teñidos de ella y poblados de huesos; no faltando á los muertos quien les sucediese en llevar su opinion adelante, pues los hijos, ganosos de la venganza de sus muertos padres, con la natural rabia que los movia y el valor heredado de ellos, acelerando el curso de los años, ántes de tiempo tomaban las armas y se ofrecian al rigor de la guerra; y tanta era la falta de gente, por la mucha fenecida en esta demanda, que, para hacer más cuerpo y henchir los escuadrones, tambien las mujeres iban á las batallas, y peleando algunas veces como varones, se entregaban con grande ánimo á la muerte. No son estas ponderaciones de Ercilla, pues le acreditan de veraz muy preciosos datos.

Imaginaria ó transitoria fué la sumision de los indómitos araucanos al yugo de los intrépidos españoles. Ya iba á dejar el vireinato del Perú D. García Hurtado de Mendoza, cuando á principios de 1596 le halagaba Pedro de Oña con la publicacion de su poema; y en el prólogo dijo estas mismas palabras.—«Acordé dalle el título de *Arauco domado*, porque, aunque sea verdad que agora por culpas nuestras no lo esté, lo estuvo en su gobierno.» Fray Alonso Fernandez refiere en su *Historia eclesiástica* lo ejecutado el año de 1605 por los araucanos. Tomando la ofensiva, millares de ginetes y peones suyos destruyeron cinco ciudades, la Imperial entre ellas, á pesar de la gran resistencia de los españoles; y derribaron otros tantos conventos de la órden de Santo Domingo, martirizando á la mayor parte de los religiosos, y llevándose esclavas más de mil personas, entre las cuales habia no poca gente principal y criada en mucho regalo. Aun concentrándose la autoridad gubernativa, desde el establecimiento de capitanía general y de audiencia en Santiago de Chile, casi dos siglos pugnaron tenaces por mantener su independencia los araucanos, y al cabo de ellos no rindieron la cerviz á la servidumbre, sino que se limitaron á capitular con los españoles en la forma significada por esta noticia de interés sumo. Contra la metrópoli esgrimia el Perú las armas, al tiempo en que D. José Vargas Ponce preparaba la edicion del poema de D. Alonso de Ercilla, é indagando el jefe

español á cuál de las dos parcialidades se inclinarian los araucanos, su principal cacique le dió la siguiente respuesta.—«Nosotros estamos convencidos á que »no somos para sostener guerra contra el señor de »España: *como sus aliados* estamos dispuestos á rom»per dos lanzas y á matar dos caballos en su ayu»da.»—Al fin emancipóse de España la América del continente: sus cuatro vireinatos y sus diversas capitanías generales se transformaron de súbito en repúblicas más ó menos extensas: todas se hallan devoradas por la anarquía desde entónces, áun la sometida al régimen imperial por extranjero y pujante influjo; todas, ménos la de Chile, y lo revelaria de manera notoria, á falta de otros documentos, un signo de autenticidad singular y magnitud extraordinaria. Miéntras execraba el Perú todo lo concerniente á Francisco Pizarro, y miéntras Méjico estuvo á pique de escandalizar al universo y de cubrirse de eterno oprobio, profanando la tumba de Hernan Cortés y aventando sus venerandas cenizas, Chile dedicaba á Pedro de Valdivia una estátua, en memoria de serle deudores sus ciudadanos de cuanto promueve y fomenta la ilustracion y ventura de las naciones. Pues todos los elementos de robusta vitalidad organizadora y atractiva, de eficaz trascendencia para consumar el acto sublime y honroso de asentar la independencia sobre sólidas bases, y de hacer plena justicia y rendir homenaje de respeto á la dominacion derrocada, no han bastado á los chilenos para obtener más que

la alianza de los araucanos, tan libres hoy como ántes y despues de sus renombradísimas guerras.

Cuando los españoles tenian asombrado y agitado el antiguo mundo con su ambicion y su poder, y descubierto y subyugado el nuevo con su osadía, unos salvajes oscuros les disputaban heróicamente su pobre, lejano y estrecho territorio; y así no debe mover á extrañeza que abunden rasgos épicos en *La Araucana*, siendo verídica historia de tan pertinaz lucha, bien que la amenicen los halagos de la poesía encantadora. Solo falta ya determinar fijamente cómo llevó Don Alonso de Ercilla á término su propósito deliberado.

III.

Con *La Araucana* es imposible parangonar *El Monserrate* ni *La Austriada*; por lo cual hace mal efecto que Miguel de Cervantes elevara al nivel de D. Alonso de Ercilla á Cristóbal de Virues y á Juan Rufo, estando tan por encima de ambos que adoleceria de ocioso cuanto se adujese como prueba. Desde el padre jesuita Alonso de Ovalle, que imprimió su *Historia de Chile* el año 1646 en Roma, hasta el el conde de Maule, que el año 1805 dió á luz en Madrid su traduccion excelente del *Compendio*, escrito por el abate D. Juan Ignacio de Molina en lengua italiana, todos los historiadores de aquel país remoto califican de conforme á la verdad y digna de

entero crédito la relacion hecha por nuestro Don Alonso, de los sucesos de que fué testigo de vista. Al interés de la verdad fiel se agrega el mérito de *no cegarle pasion y huir de quitar á ninguno lo que es suyo*, resaltando por consiguiente la imparcialidad más severa en las hermosas páginas de *La Araucana*. Para muestra se apuntarán aquí muy contados ejemplos. Tachado fué el autor preclaro de haber omitido rencoroso las alabanzas de su caudillo Don García Hurtado de Mendoza: no blasonaba de gerarquía angélica D. Alonso de Ercilla, y como hombre pudo sin duda conservar ingrata memoria del que le quiso conducir al cadalso y despues ejercitó el influjo en daño de su carrera lucida; pero ni asomos de malevolencia y ménos de saña se notan por cierto en quien una vez y otra le hizo representar magna figura. Segun el texto de *La Araucana*, al poco tiempo de la victoria lograda á las márgenes del Biobio, un mozo gallardo se presentó á retar con ademan irrespetuoso y bárbara arrogancia de parte de Caupolican al jefe de los españoles; y delante de mucha gente le dijo á gritos: que si era ambicioso de honor bien ganado, su próspera fortuna le deparaba la ocasion propicia de remitir á las armas el mejor derecho en singular combate y entre los dos campos, al romper la siguiente mañana. Reposado oyóle Hurtado de Mendoza encarecer lo grande y notorio del peligro, y áun casi alardear lo imposible de la victoria; y sintiéndose con aliento superior á la

responsabilidad formidable de aventurar en personal contienda el fruto de fatigas tan rudas, no dijo más que estas heróicas palabras: *Contento soy con aceptar el combate, y á su voluntad puede venir seguro al plazo y lugar señalados*; tras de lo cual fuese el indio jurando que tan osada respuesta le haria por siempre famoso. Bien se pueden rebuscar é inquirir los más recortados pasajes de quienes hicieron como incienso de la pluma para sublimar al cuarto marqués de Cañete con el humo de la lisonja; nada se hallará semejante ni de lejanía en grandeza á su situacion más que humana, sobre los términos de Chile y del orbe conocido hasta entónces; afirmando el pié en la raya divisoria y á la puerta del país ignoto; delante de un puñado de españoles, y arengándolos como á la nacion toda, vencedora de imposibles y hasta de la fuerza de las estrellas y de los elementos, admirada por sus hazañas en dos largos mundos, digna por su bravura de conquistar otro, donde tanta gloria y riqueza le tenian aparejadas los hados; é influyendo en su ánimo de forma que libremente pisaron de tropel la nueva tierra, jamás batida de pié extranjero.

Al dar principio á la pintura de esta expedicion árdua, Ercilla consigna que el interés allana montes y quebranta dificultades: cuando, superadas las indecibles del penoso y largo camino, se vieron los españoles á la márgen de extendido lago adonde arribaron piraguas con gentes sencillas, que les trajeron abundantes comestibles, sin querer nada en trueque,

oportunamente expresa cómo tan sincera bondad revelaba de sobra que allí no habian penetrado aún la maldad, el robo y la injusticia, alimento comun de las guerras, y añade que ellos mismos, abriéndose paso con la insolencia de costumbre, les dieron bien pronto ancha entrada; pero ántes de esta declaracion ingénua, al trazar los accidentes continuos y enormes con que hubieron de luchar sus camaradas en aquella exploracion más que atrevida, hasta la extremidad pavorosa de *cortarles un dejativo sudor frio todo el vigor de los miembros cansados*, ya habia dicho en tono de muy noble orgullo que *el corazon les restauró las fuerzas é hizo fácil todo lo porvenir y menospreciable cualquier escollo, considerando la gloria que aseguraba el trabajo.* No se concibe puntualizacion de más perfilada franqueza relativamente al contraste de heroismo y codicia de los españoles en la prodigiosa conquista de las Indias Occidentales.

Siempre que de los araucanos habla D. Alonso de Ercilla, su bello carácter moral resplandece con vivísima lumbre. Aun hostilizándolos bizarramente y cumpliendo los deberes de militar y español en la dura campaña, no puede ménos de celebrar sus proezas y el sentimiento de patriotismo que les impele y estimula á no soltar las armas de las encallecidas manos. Solícito é infatigable anhela y procura la total victoria de España, á la par que humano y sensible ante la desventura, se interesa por los vencidos; y da libertad á sus esclavos; y defiende la

existencia del implacable Galvarino hasta de sus mismos furores; y ya que, por estar lejos, no puede salvar al fuerte Caupolican del cruel Reinoso, á lo ménos vierte lágrimas de dolor y de admiracion sobre su acerbo y doloroso castigo. «Así en medio de »aquel campo, en que sólo se veian y se oian la agi»tacion de la independencia, los esfuerzos de la in»dignacion y los gritos de la rabia de parte de los »indios; y de la de sus dominadores irritados el or»gullo de la fuerza, el desprecio hácia los salvajes, y »los rigores de una autoridad ofendida y desairada, »el jóven poeta es el sólo que en su conducta y sus »versos aparece como hombre entre aquellos tigres »feroces, oyendo las voces de la clemencia y de la »compasion y siguiendo las máximas de la equidad y »de la justicia.» Verazmente pudo Santistéban Osorio significar por boca de Glaura la expresion dulce de la gratitud de los araucanos á Ercilla con esta sentidísima frase: «*Dichoso el hombre que es alabado en la lengua del vulgo*»: y en lo sublime rayó Quintana, de quien es el pasaje antecedente, al aseverar que los hechos de Ercilla pertenecen á categoría harto más respetable que la de altos, porque son magnánimos y buenos, y que en ese concepto ningun poeta épico se ha mostrado al mundo de un modo tan interesante.

Sin comentarios y sin notas se comprende bien *La Araucana*, porque allí el dificilísimo arte de contar está llevado á la perfeccion suma. Descriptos ad-

mirablemente los lugares, determinados con fiel puntualidad los tiempos, definidas á maravilla las costumbres, puestos en accion á su debido turno los personajes, la narracion es animada y calorosa y á todo comunica mágico impulso, como hecha en el rico idioma de la imaginacion y del sentimiento. No hay protagonista entre los españoles: además de sus varios caudillos, desde Almagro hasta Hurtado de Mendoza, á las veces figuran como héroes principales Remon ó Reinoso: cuando la ciudad de la Concepcion es abandonada, nadie supera á Doña Mencía de Nidos en varonil esfuerzo: siempre encantarán el pundonor y el arrojo de Martin de Elvira por recuperar su perdida lanza; así como no dejará de producir asombro el pujante empuje del genovés Andrea. Tampoco entre los araucanos hay personajes que ocupen el primer término de contínuo. Si Caupolican es su jefe, ni con la inquebrantable constancia en las venturas y adversidades alcanza á eclipsar la brillantez genuina de Lautaro, trasformado súbitamente de indio yanacona en salvador heróico de su raza; de Tucapel y de Rengo, émulos en la indómita braveza; de Galvarino, desesperado é iracundo contra los que reputa por tiranos; de Orompello, jamás rendido á la fatigosa y sangrienta lucha. Aun siendo todos feroces, valientes hasta la temeridad y membrudos, su aparente semejanza desaparece bajo la magistral pluma de Ercilla, que dibuja sus caractéres con diversos rasgos y muy distintas proporciones.

Por sesudísimos sobresalen Peteguelen y Colocolo: viejos son ambos y hombres de gran consejo, y no hay posibilidad racional de confundir á uno y otro, diferenciándose tanto la índole y el tono de sus respectivos discursos. Variada es asimismo la expresion del amor conyugal en las palabras y las acciones de Glaura y de Guacolda, de Tegualda y de Fresia, mujeres que se presentan con tanta novedad y distincion á nuestra fantasía por efecto de la claridad con que las vió el poeta en la suya, y las supo retratar en sus versos al vivo.

¿Dónde hallar mayor calor é igual movimiento á los de las batallas, descriptas en *La Araucana* por quien anduvo revuelto entre los azares y fué partícipe de sus peligros? «Vénse allí las cosas, no se leen: »los bárbaros gallardos se animan con tal brio, aco»meten con tal furia y descargan sus golpes con tal »fuerza, que se oyen estallar las celadas y abollarse »los arneses de los castellanos, á quienes la ligereza »le sus caballos no salva, ni su valor y disciplina »lefiende. ¿Dónde más bien que en el cantor de »Arauco está expresado aquel espíritu imprevisto y »fuerza irresistible en el ataque, que obliga á ceder á »los acometidos por valientes que sean; aquella ver»güenza que los constriñe á volver al peligro para no »pasar por la afrenta de vencidos; aquel desengaño »cruel de que la resistencia es en balde y convierte el »valor y la esperanza en terror y en agonía; en fin, el »flujo y reflujo de desgracia y de fortuna, de aliento

»y desaliento que hay en los combates, cuando están »sostenidos ménos por la táctica y disciplina que por »el esfuerzo personal y las pasiones?» De este inimitable modo bosqueja Quintana el gran mérito de las batallas descriptas por D. Alonso de Ercilla, mostrándose constantemente fogoso, rápido y de espíritu extraordinario, segun palabras de Vargas Ponce; con adoptar los dictámenes juiciosos de críticos tan esclarecidos, nada se toma de fuera de casa.

Dentro del asunto del libro se hallan muy preciosos ornatos, que distraen de sañudas refriegas y dan variedad al conjunto: selectísimos cuadros forma la pintura de la extraña manera de proceder á la eleccion de general entre los caciques, de las juntas de guerrra de los araucanos, de sus juegos y regocijos; así como la de la grande tormenta que entre el rio de Maule y el puerto de la Concepcion experimentaron los españoles, y de sus padecimientos en las jornadas angustiosas hácia el estrecho de Magallanes. Varios episodios se podian arrancar de cuajo, segun rígidos preceptistas, no teniendo enlace alguno con el poema: sin embargo, para no hacer desatentadas mutilaciones, tambien hay la regla segura de que á todo autor se le vé retratado en sus obras. Eliminadas de *La Araucana* las descripciones del mundo y de las batallas de San Quintin y de Lepanto, se mermaria á sabiendas y mucho la natural expansion de los sentimientos patrióticos y áun domésticos de Ercilla. Tentadora por demas era para su

mente juvenil de poeta y soldado la circunstancia de coincidir en el mismo dia la gloriosa batalla de San Quintin y la bizarra defensa del fuerte de Penco: ante la más alta ocasion que vieron los siglos su númen fecundo se habia de exaltar poderoso; del siempre vencedor y nunca vencido marqués de Santa Cruz era pariente; por maestro eligióle de su único hijo. ¿Cómo formar capítulo de culpas de que en *La Araucana* diera cabida al fruto de su ardiente inspiracion sobre el nacional triunfo de Lepanto? ¿Ni cómo hacer abstraccion redonda de pasajes, en que dedicó memoria tierna al país de donde era oriundo, y dulce plática amorosa á la ilustre dama, que vino á labrar su ventura? *Para decir bien siempre es buen tiempo y la verdad en cualquiera sazon debe ser bien escuchada*; máximas tan morales alegó por excusa de la digresion hecha con el propósito noble de restituir en su honor á Dido. ¿No se le han de admitir como descargo absoluto? Nada tiene que ver con *La Araucana* su postrer canto, principiado y seguido en bélico tono, y terminado en voz de dolor y llanto de gemido, que traspasan y parten el alma..... A los artífices de preceptos se proporcionara quizá gusto con la supresion de esos episodios; pero la bella y simpática figura moral del autor afamado apareceria incompleta, al modo que la imágen física del que se mirara á un espejo falto á trechos de azogue.

Abundante mies hay en *La Araucana* donde cosechar tesoros de elocuencia, graduada á tenor de

las distintas circunstancias de los personajes, que aspiran á captarse la voluntad ó el afecto de sus auditorios; comparaciones variadas, numerosas, precisas y de mérito relevante, como de talento observador en grado sumo, que habia estudiado la naturaleza bajo diversos climas; sentencias graves y sensatas, ó máximas sólidas y saludables de política y guerra, de alta moral y práctica de vida, que aleccionan el corazon y elevan el espíritu de los lectores; todo sin trasposiciones violentas ni oscuridades, con lenguaje propio, fluido y correcto, y en diccion natural y pura. No son bellas, dulces y sonoras todas sus octavas: á las veces decaen sus versos, por falta de tono en el número y los sonidos, y de esmero y elegancia en las rimas: quizás se encuentren algunas frases ó expresiones triviales; pero es tarea ingrata y poco digna y ménos justa la de hacer hincapié excesivo en ligeros defectos, ora provengan de descuido, ora de la mísera condicion humana, donde brillan y centellean miles y miles de primores á todas luces.

Hora es de resumir especies. Criado en palacio desde la infancia; de corte en corte desde la adolescencia; sintiéndose desde el albor de la juventud lozana con espíritu belicoso, que pudo ciertamente desfogar en Europa y con graduacion corespondiente á su clase, D. Alonso de Ercilla y Zúñiga se resolvió á pelear en América de simple voluntario, quizá buscando medicina en la ausencia contra malaventurados amores. Aunque ejecutó con la espada mu-

cho más de lo que dijo con la pluma, segun testimonio fidedigno de su antagonista Pedro de Oña, allí se le pudieron aproximar bastantes é igualar no pocos por el denuedo, si bien la inspiracion poética le elevaba imponderablemente sobre el nivel de todos: con ella exaltada ante el espectáculo asombroso de las extrañas costumbres, del carácter indomable y del heróico valor de los araucanos, desde luego puso por obra el gran designio de trasmitir á la posteridad las hazañas de sus compatriotas, hostilizando y venciendo á enemigos de tanta intrepidez y teson tanto en defender su independencia. A España trajo los preciosos borradores á la vuelta de siete años: cerca de veinte dedicó á ponerlos en órden y darlos forma y revestirlos de ornato y gala: versado estaba en los clásicos antiguos: le eran familiares los italianos y españoles, notándosele preferencia por Ariosto y por Garcilaso; y opulento de númen y con grande fondo de estudio y rectitud suprema de juicio y caudal valioso de nobilísimos sentimientos, se halló fuerzas muy superiores á la carga, que voluntariamente habia echado sobre sus hombros. Así dominó por completo la materia de *La Araucana*: y compuso un excelente libro histórico de buena poesía, donde el arte de contar está llevado á perfeccion maravillosa, no alcanzada ni de lejos por ningun otro poeta ni prosista de entónces, y cuya diccion es tan pura que rara frase ó voz se encontrarán allí usadas en distinto sentido que ahora. Por consiguiente D. Alonso de

Ercilla y Zúñiga figura entre los primeros clásicos españoles, á la par de Fray Luis de Granada y Miguel de Cervantes; y entre nuestros más estimables libros se contará *La Araucana*, miéntras la hermosa lengua de Castilla suene en labios de hombres, y miéntras sea base principal de crítica sana el buen gusto.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

Si pensara que el trabajo que he puesto en esta obra me habia de quitar tan poco el miedo de publicarla, sé cierto de mí que no tuviera ánimo para llevarla al cabo. Pero considerando ser la historia verdadera y de cosas de guerra, á las cuales hay tantos aficionados, me he resuelto en imprimirla, ayudando á ello las importunaciones de muchos testigos que en lo de mas dello se hallaron, y el agravio que algunos españoles recibirian quedando sus hazañas en perpetuo silencio, faltando quien las escriba; no por ser ellas pequeñas, pero porque la tierra es tan remota y apartada y la postrera que los españoles han pisado por la parte del Perú, que no se puede tener della casi noticia, y por el mal aparejo y poco tiempo que para escrebir hay con la ocupacion de la guerra, que no da lugar á ello; y así el que pude hurtar le gasté en este libro, el cual porque fuese mas cierto y verdadero se hizo en la misma guerra

y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel, y en pedazos de cartas, algunos tan pequeños que apenas cabian seis versos, que no me costó despues poco trabajo juntarlos; y por esto, y por la humildad con que va la obra, como criada en tan pobres pañales, acompañándola el celo y la intencion con que se hizo, espero que será parte para poder sufrir quien la leyere las faltas que lleva. Y si á alguno le pareciere que me muestro algo inclinado á la parte de los araucanos, tratando sus cosas y valentías mas extendidamente de lo que para bárbaros se requiere; si queremos mirar su crianza, costumbres, modos de guerra y ejercicio della, veremos que muchos no les han hecho ventaja, y que son pocos los que con tal constancia y firmeza han defendido su tierra contra tan fieros enemigos como son los españoles. Y cierto es cosa de admiracion que, no poseyendo los araucanos mas de veinte leguas de término, sin tener en todo él pueblo formado, ni muro, ni casa fuerte para su reparo, ni armas, á lo menos defensivas, que la prolija guerra y españoles las han gastado y consumido, y en tierra no áspera, rodeada de tres pueblos españoles y dos plazas fuertes en medio della, con puro valor y porfiada determinacion hayan redimido y sustentado su libertad, derramando en sacrificio della tanta sangre así suya como de españoles, que con verdad se puede decir haber pocos lugares que no estén della teñidos y poblados de huesos; no faltando á los muertos quien les suceda en llevar su opinion adelante; pues los hijos, ganosos de la venganza de sus muertos padres, con la natu-

ral rabia que los mueve y el valor que dellos heredaron, acelerando el curso de los años, antes de tiempo tomando las armas, se ofrecen al rigor de la guerra; y es tanta la falta de gente por la mucha que ha muerto en esta demanda, que, para hacer mas cuerpo y henchir los escuadrones, vienen tambien las mujeres á la guerra, y peleando algunas veces como varones, se entregan con grande ánimo á la muerte. Todo esto he querido traer para prueba y en abono del valor destas gentes, digno de mayor loor del que yo le podré dar con mis versos. Y pues, como dije arriba, hay agora en España cantidad de personas que se hallaron en muchas cosas de las que aquí escribo, á ellos remito la defensa de mi obra en esta parte, y á los que la leyeren se la encomiendo.

DECLARACION DE ALGUNAS COSAS DE ESTA OBRA.

PORQUE HAY EN ESTE LIBRO ALGUNAS COSAS Y VOCABLOS QUE POR SER DE INDIOS NO SE DEJAN BIEN ENTENDER, ME PARECIÓ DECLARARLAS AQUÍ PARA QUE FÁCILMENTE SE ENTIENDAN.

Angol. Valle donde los españoles poblaron una ciudad, y le pusieron por nombre *Los confines de Angol.*

Apó. Señor ó capitan absoluto de los otros.

Arauco (*el Estado de*). Es una provincia pequeña de veinte leguas de largo y siete de ancho poco mas ó menos, la cual ha sido la mas belicosa de todas las Indias; y por esto es llamado el *Estado indómito.* Llámanse los indios de él Araucanos, tomando el nombre de la provincia.

Arcabuco. Espesura grande de árboles altos y boscaje.

Bohío. Es una casa pajiza grande, de sola una pieza sin alto.

Cacique. Quiere decir señor de vasallos, que tiene gente á su cargo. Los caciques toman el nombre de los valles de donde son señores, y de la misma manera los hijos ó sucesores que suceden en ellos: declárase esto porque los que mueren en la guerra

se oirán despues nombrar en otra batalla; entiéndase que son los hijos ó sucesores de los muertos.

Caupolican. Fué hijo de *Leocan*, y *Lautaro* hijo de *Pillan*. Declaro esto, porque como son capitanes señalados, de los cuales la historia hace muchas veces mencion, por no poner tantas veces sus nombres, me aprovecho de los de sus padres.

Cauten. Es un valle hermosísimo y fértil, donde los españoles fundaron la mas próspera ciudad que ha habido en aquellas partes, la cual tenia trescientos mil indios casados de servicio: llamáronla *La Imperial*, porque, cuando entraron los españoles en aquella provincia, hallaron sobre todas las puertas y tejados águilas imperiales de dos cabezas hechas de palo, á manera de timbre de armas; que cierto es extraña cosa y de notar, pues jamás en aquella tierra se ha visto ave con dos cabezas.

Coquimbo. Es el primer valle de Chile donde pobló el capitan Valdivia un pueblo que le llamó *La Serena*, por ser él natural de La Serena: tiene un muy buen puerto de mar, y llámase tambien el pueblo Coquimbo, tomando el nombre del valle.

Chaquiras. Son unas cuentas muy menudas á manera de aljofar, que las hallan por las marinas, y cuanto mas menudas, son mas preciadas: labran y adornan con ellas sus llautos, y las mujeres sus hinchos, que son como una cinta angosta que les ciñe la cabeza por la frente á manera de bicos ó ciertas puntillas de oro que se ponian en los birretes de terciopelo con que antiguamente se cubria la cabeza: andan siempre en cabello, y suelto por los hombros y espalda.

Chile. Es una provincia grande que contiene en sí otras muchas provincias: nómbrase Chile por un valle principal llamado así: fué sujeto al Inga rey del Perú, de donde le traían cada año gran suma de oro, por lo cual los españoles tuvieron noticia deste valle; y cuando entraron en la tierra, como iban en demanda del valle de Chile, llamaron Chile á toda la provincia hasta el estrecho de Magallanes.

Eponamon. Es nombre que dan al demonio, por el cual juran cuando quieren obligarse infaliblemente á cumplir lo que prometen.

Jota. Véase *Ojota*.

Llauto. Es un trocho ó rodete redondo, ancho de dos dedos, que ponen en la frente y les ciñe la cabeza: son labrados de oro y chaquira con muchas piedras y dijes en ellos, en los cuales asientan las plumas ó penachos de que ellos son muy amigos: no los traen en la guerra, porque entonces usan celadas.

Mapochó. Es un hermoso valle donde los españoles poblaron la ciudad de *Santiago*, y llámase asimismo el pueblo Mapochó.

Mita. Es la carga ó tributo que trae el indio tributario.

Mitayo. Es el indio que la lleva ó trae.

Ojota, y por contraccion *jota*. Especie de calzado que usaban las indias, el cual era á modo de los alpargates de España. Dábalas el novio á la novia al tiempo de casarse: si era doncella se las daba de lana, y si no, de esparto.

Paco. Especie de carnero que se cria en Indias, algo

mayor que el comun. Son muy lanudos y tienen el cuello muy largo. Son de varios colores, blancos, negros ó pardos. Es animal muy útil y provechoso, porque su carne es sabrosa y mantiene mucho. Sirve para el tráfico y conduccion de las mercaderías y géneros que se llevan de una parte á otra. Los pacos á veces se enojan y aburren con la carga, y échanse con ella, sin remedio de hacerlos levantar.

Pálla. Es lo que llamamos nosotros señora: pero entre ellos no alcanza este nombre sino á la noble de linaje, y señora de muchos vasallos y hacienda.

Penco. Es un valle muy pequeño y no llano, pero porque es puerto de mar poblaron en él los españoles una ciudad, la cual llamaron *La Concepcion*.

Puelches. Se llaman los indios serranos, los cuales son fortísimos y ligeros, aunque de menos entendimiento que los otros.

Valdivia. Es un pueblo bueno y provechoso: tiene un puerto de mar por un rio arriba, tan seguro, que varan las naos en tierra, y está fundado no muy lejos de un gran lago, al cual y á la ciudad llamó Valdivia de su nombre. Entiéndese que cuando se fundaron estos pueblos era Valdivia capitan general de los españoles, y á él se atribuye la gloria del descubrimiento y poblacion de Chile.

Vicuña. Cabra montés que se cria en Indias: no tiene cuernos y es mas alta de cuerpo que una cabra por grande que sea. Su lana es finísima y nunca pierde el color.

Villa-Rica. Es otro pueblo que fundaron los españoles á la ribera de un lago pequeño cerca de dos

volcanes, que lanzan á tiempos tanto fuego y tan alto que acontece llover en el pueblo ceniza.

Yanacónas. Son indios mozos amigos que sirven á los españoles, andan en su traje, y algunos muy bien tratados, que se precian mucho de policía en su vestido: pelean á las veces en favor de sus amos, y algunos animosamente, en especial cuando los españoles dejan los caballos y pelean á pié, porque en las retiradas los suelen dejar en las manos de los enemigos, que los matan cruelísimamente.

CANTO PRIMERO.

El cual declara el asiento y descripcion de la provincia de Chile y Estado de Arauco, con las costumbres y modos de guerra que los naturales tienen; y asimismo trata en suma la entrada y conquista que los españoles hicieron hasta que Arauco se comenzó á rebelar.

No las damas, amor, no gentilezas
De caballeros canto enamorados;
Ni las muestras, regalos, ni ternezas
De amorosos afectos y cuidados:
Mas el valor, los hechos, las proezas
De aquellos españoles esforzados,
Que á la cerviz de Arauco, no domada,
Pusieron duro yugo por la espada.

Cosas diré tambien harto notables
De gente que á ningun rey obedecen,
Temerarias empresas memorables
Que celebrarse con razon merecen;
Raras industrias, términos loables
Que más los españoles engrandecen;
Pues no es el vencedor más estimado
De aquello en que el vencido es reputado.

Suplícoos, gran Felipe, que mirada
Esta labor, de vos sea recebida,
Que, de todo favor necesitada,
Queda con darse á vos favorecida:
Es relacion sin corromper, sacada
De la verdad, cortada á su medida;
No desprecieis el dón, aunque tan pobre,
Para que autoridad mi verso cobre.

Quiero á Señor tan alto dedicarlo,
Porque este atrevimiento lo sostenga,
Tomando esta manera de ilustrarlo,
Para que quien lo viere en más lo tenga:
Y si esto no bastare á no tacharlo,
Á lo menos confuso se detenga,
Pensando que, pues va á vos dirigido,
Que debe de llevar algo escondido.

Y haberme en vuestra casa yo criado,
Que crédito me da por otra parte,
Hará mi torpe estilo delicado,
Y lo que va sin órden lleno de arte:
Así, de tantas cosas animado,
La pluma entregaré al furor de Marte;
Dad orejas, Señor, á lo que digo,
Que soy de parte de ello buen testigo.

Chile, fértil provincia, y señalada
En la region Antártica famosa,
De remotas naciones respetada
Por fuerte, principal y poderosa,
La gente que produce es tan granada,
Tan soberbia, gallarda y belicosa,
Que no ha sido por rey jamás regida,
Ni á extranjero dominio sometida.

Es Chile Norte Sur de gran longura,
Costa del nuevo mar del Sur llamado;
Tendrá del Este al Oeste de angostura
Cien millas, por lo más ancho tomado,
Bajo del polo Antártico en altura
De veinte y siete grados, prolongado
Hasta do el mar Océano y Chileno
Mezclan sus aguas por angosto seno.
Y estos dos anchos mares, que pretenden,
Pasando de sus términos, juntarse,
Baten las rocas y sus olas tienden;
Mas esles impedido el allegarse;
Por esta parte al fin la tierra hienden
Y pueden por aquí comunicarse:
Magallanes, Señor, fué el primer hombre
Que, abriendo este camino, le dió nombre.
Por falta de piloto, ó encubierta
Causa, quizá importante y no sabida,
Esta secreta senda descubierta
Quedó para nosotros escondida:
Ora sea yerro de la altura cierta,
Ora que alguna isleta removida
Del tempestuoso mar y viento airado,
Encallando en la boca, la ha cerrado.
Digo que Norte Sur corre la tierra,
Y baña la del Oeste la marina;
Á la banda del Este va una sierra
Que el mismo rumbo mil leguas camina:
En medio es donde el punto de la guerra
Por uso y ejercicio más se afina:
Venus y Amor aquí no alcanzan parte;
Solo domina el iracundo Marte.

Pues en este distrito demarcado,
Por donde su grandeza es manifiesta,
Está á treinta y seis grados el Estado
Que tanta gente extraña y propia cuesta:
Este es el fiero pueblo no domado
Que tuvo á Chile en tal estrecho puesta,
Y aquel que por valor y pura guerra
Hace en torno temblar toda la tierra.

Es Arauco, que basta, el cual sujeto
Lo mas de este gran término tenia,
Con tanta fama, crédito y conceto
Que del un polo al otro se extendia:
Y puso al español en tal aprieto
Cual presto se verá en la carta mia:
Veinte leguas contienen sus mojones,
Poséenla diez y seis fuertes varones.

De diez y seis caciques y señores
Es el soberbio estado poseido,
En militar estudio los mejores
Que de bárbaras madres han nacido:
Reparo de su patria y defensores,
Ninguno en el gobierno preferido;
Otros caciques hay, mas por valientes
Son estos en mandar los preeminentes.

Solo al señor de imposicion le viene
Servicio personal de sus vasallos,
Y en cualquiera ocasion cuando conviene
Puede por fuerza al débito apremiallos;
Pero así obligacion el señor tiene
En las cosas de guerra doctrinallos,
Con tal uso, cuidado y diciplina,
Que son maestros despues de esta doctrina.

En lo que usan los niños, en teniendo
Habilidad y fuerza provechosa,
Es que un trecho seguido han de ir corriendo
Por una áspera cuesta pedregosa;
Y al puesto y fin del curso revolviendo
Le dan al vencedor alguna cosa:
Vienen á ser tan sueltos y alentados
Que alcanzan por aliento los venados.

Y desde la niñez al ejercicio
Los apremian por fuerza y los incitan,
Y en el bélico estudio y duro oficio,
Entrando en más edad, los ejercitan:
Si alguno de flaqueza da un indicio,
Del uso militar lo inhabilitan;
Y al que sale en las armas señalado
Conforme á su valor le dan el grado.

Los cargos de la guerra y preeminencia
No son por flacos medios proveidos,
Ni van por calidad, ni por herencia,
Ni por hacienda y ser mejor nacidos;
Mas la virtud del brazo y la excelencia,
Esta hace á los hombres preferidos;
Esta ilustra, habilita, perficiona
Y quilata el valor de la persona.

Los que están á la guerra dedicados
No son á otro servicio constreñidos,
Del trabajo y labranza reservados
Y de la gente baja mantenidos:
Pero son por las leyes obligados
De estar á punto de armas proveidos,
Y á saber diestramente gobernallas
En las lícitas guerras y batallas.

Las armas dellos más ejercitadas
Son picas, alabardas y lanzones,
Con otras puntas largas enhastadas
De la facion y forma de punzones:
Hachas, martillos, mazas barreadas,
Dardos, sargentas, flechas y bastones,
Lazos de fuertes mimbres y bejucos,
Tiros arrojadizos y trabucos.
Algunas destas armas han tomado
De los cristianos nuevamente agora,
Que el continuo ejercicio y el cuidado
Enseña y aprovecha cada hora;
Y otras, segun los tiempos, inventado,
Que es la necesidad grande inventora,
Y el trabajo solícito en las cosas,
Maestro de invenciones prodigiosas.
Tienen fuertes y dobles coseletes,
Arma comun á todos los soldados,
Y otros á la manera de sayetes,
Que son, aunque modernos, más usados:
Grevas, brazales, golas, capacetes
De diversas hechuras encajados,
Hechos de piel curtida y duro cuero,
Que no basta ofenderle el fino acero.
Cada soldado una arma solamente
Ha de aprender y en ella ejercitarse,
Y es aquella á que más naturalmente
En la niñez mostrare aficionarse:
Desta sola procura diestramente
Saberse aprovechar, y no empacharse
En jugar de la pica el que es flechero,
Ni de la maza y flechas el piquero.

Hacen su campo, y muéstranse en formados
Escuadrones distintos muy enteros,
Cada hila de más de cien soldados,
Entre una pica y otra los flecheros,
Que de lejos ofenden desmandados
Bajo la proteccion de los piqueros,
Que van hombro con hombro, como digo,
Hasta medir á pica al enemigo.

Si el escuadron primero que acomete
Por fuerza viene á ser desbaratado,
Tan presto á socorrerle otro se mete,
Que casi no da tiempo á ser notado;
Si aquel se desbarata, otro arremete,
Y estando ya el primero reformado,
Moverse de su término no puede
Hasta ver lo que al otro le sucede.

De pantanos procuran guarnecerse
Por el daño y temor de los caballos,
Donde suelen á veces acogerse,
Si viene á suceder debaratallos:
Allí pueden seguros rehacerse,
Ofenden sin que puedan enojallos;
Que el falso sitio y gran inconveniente
Impide la llegada á nuestra gente.

Del escuadron se van adelantando
Los bárbaros que son sobresalientes,
Soberbios cielo y tierra despreciando,
Ganosos de extremarse por valientes;
Las picas por los cuentos arrastrando,
Poniéndose en posturas diferentes,
Diciendo: «Si hay valiente algun cristiano
Salga luego adelante mano á mano.»

Hasta treinta ó cuarenta en compañía,
Ambiciosos de crédito y loores,
Vienen con grande orgullo y bizarría
Al son de presurosos atambores:
Las armas matizadas á porfía
Con varias y finísimas colores;
De poblados penachos adornados
Saltando acá y allá por todos lados.

Hacen fuerzas ó fuertes cuando entienden
Ser el lugar y sitio en su provecho,
Ó si ocupar un término pretenden,
Ó por algun aprieto y grande estrecho,
De do más á su salvo se defienden,
Y salen de rebato á caso hecho,
Recogiéndose á tiempo al sitio fuerte,
Que su forma y hechura es desta suerte.

Señalado el lugar, hecha la traza,
De poderosos árboles labrados
Cercan una cuadrada y ancha plaza
En valientes estacas afirmados,
Que á los de fuera impide y embaraza
La entrada y combatir, porque, guardados
Del muro los de dentro, fácilmente
De mucha se defiende poca gente.

Solian antiguamente de tablones
Hacer dentro del fuerte otro apartado,
Puestos de trecho á trecho unos troncones
En los cuales el muro iba fijado
Con cuatro levantados torreones
Á caballero del primer cercado,
De pequeñas troneras lleno el muro,
Para jugar sin miedo y más seguro.

En torno desta plaza poco trecho
Cercan de espesos hoyos por de fuera:
Cual es largo, cual ancho, y cual estrecho;
Y así van, sin faltar desta manera,
Para el incauto mozo que de hecho
Apresura el caballo en la carrera
Tras el astuto bárbaro engañoso,
Que le mete en el cerco peligroso.

Tambien suelen hacer hoyos mayores
Con estacas agudas en el suelo,
Cubiertos de carrizo, yerba y flores,
Porque puedan picar más sin recelo:
Allí los indiscretos corredores,
Teniendo solo por remedio el cielo,
Se sumen dentro y quedan enterrados
En las agudas puntas estacados.

De consejo y acuerdo una manera
Tienen de tiempo antiguo acostumbrada;
Que es hacer un convite y borrachera
Cuando sucede cosa señalada:
Y así cualquier señor que la primera
Nueva del tal suceso le es llegada,
Despacha con presteza embajadores
Á todos los caciques y señores;

Haciéndoles saber como se ofrece
Necesidad y tiempo de juntarse,
Pues á todos les toca y pertenece,
Que es bien con brevedad comunicarse:
Segun el caso, así se lo encarece,
Y el daño que se sigue dilatarse;
Lo cual, visto que á todos les conviene,
Ninguno venir puede que no viene.

Juntos, pues, los caciques del senado
Propóneles el caso nuevamente;
El cual por ellos visto y ponderado,
Se trata del remedio conveniente;
Y resueltos en uno, y decretado,
Si alguno de opinion es diferente,
No puede en cuanto al débito eximirse,
Que allí la mayor voz ha de seguirse.

Despues que cosa en contra no se halla,
Se va el nuevo decreto declarando
Por la gente comun y de canalla,
Que alguna novedad está aguardando:
Si viene á averiguarse por batalla,
Con gran rumor lo van manifestando
De trompas y atambores altamente,
Porque á noticia venga de la gente.

Tienen un plazo puesto y señalado
Para se ver sobre ello y remirarse,
Tres dias se han de haber ratificado
En la difinicion sin retractarse:
Y el franco y libre término pasado,
Es de ley imposible revocarse;
Y así como á forzoso acaecimiento
Se disponen al nuevo movimiento.

Hácese este concilio en un gracioso
Asiento en mil florestas escogido,
Donde se muestra el campo más hermoso
De infinidad de flores guarnecido;
Allí de un viento fresco y amoroso
Los árboles se mueven con ruïdo,
Cruzando muchas veces por el prado
Un claro arroyo limpio y sosegado,

Do una fresca y altísima alameda
Por órden y artificio tienen puesta
En torno de la plaza, y ancha rueda
Capaz de cualquier junta y grande fiesta,
Que convida á descanso, y al Sol veda
La entrada y paso en la enojosa siesta:
Allí se oye la dulce melodía
Del canto de las aves y armonía.

Gente es sin Dios ni ley, aunque respeta
Á aquel que fué del cielo derribado,
Que como á poderoso y gran profeta
Es siempre en sus cantares celebrado:
Invocan su furor con falsa seta
Y á todos sus negocios es llamado,
Teniendo cuanto dice por seguro
Del próspero suceso ó mal futuro.

Y cuando quieren dar una batalla
Con él lo comunican en su rito,
Si no responde bien, dejan de dalla,
Aunque más les insista el apetito;
Caso grave ó negocio no se halla
Do no sea convocado este maldito;
Llámanle *Eponamon*, y comunmente
Dan este nombre á alguno si es valiente.

Usan el falso oficio de hechiceros,
Ciencia á que naturalmente se inclinan,
En señales mirando y en agüeros,
Por las cuales sus cosas determinan:
Veneran á los necios agoreros
Que los casos futuros adivinan;
El agüero acrecienta su osadía,
Y les infunde miedo ó cobardía.

Algunos de estos son predicadores,
Tenidos en sagrada reverencia,
Que solo se mantienen de loores,
Y guardan vida estrecha y abstinencia:
Estos son los que ponen en errores
Al liviano comun con su elocuencia,
Teniendo por tan cierta su locura
Como nos la evangélica escritura.

Y estos que guardan órden algo estrecha
No tienen ley, ni Dios, ni que hay pecados;
Mas solo aquel vivir les aprovecha
De ser por sábios hombres reputados:
Pero la espada, lanza, el arco y flecha
Tienen por mejor ciencia otros soldados;
Diciendo que el agüero alegre ó triste
En la fuerza y el ánimo consiste.

En fin, el hado y clima de esta tierra.
Si su estrella y pronóstico se miran,
Es contienda, furor, discordia, guerra,
Y á solo esto los ánimos aspiran:
Todo su bien y mal aquí se encierra;
Son hombres que de súbito se aíran,
De condicion feroces, impacientes,
Amigos de domar extrañas gentes.

Son de gestos robustos, desbarbados,
Bien formados los cuerpos y crecidos,
Espaldas grandes, pechos levantados,
Recios miembros, de nervios bien fornidos;
Ágiles, desenvueltos, alentados,
Animosos, valientes, atrevidos,
Duros en el trabajo, y sufridores
De frios mortales, hambres y calores.

No ha habido rey jamás que sujetase
Esta soberbia gente libertada,
Ni extranjera nacion que se jactase
De haber dado en sus términos pisada;
Ni comarcana tierra que se osase
Mover en contra y levantar espada:
Siempre fué exenta, indómita, temida,
De leyes libre y de cerviz erguida.
El potente rey Inga, aventajado
En todas las antárticas regiones,
Fué un señor en extremo aficionado
Á ver y conquistar nuevas naciones;
Y por la gran noticia del estado
Á Chile despachó sus Orejones;
Mas la parlera fama de esta gente
La sangre les templó y ánimo ardiente.
Pero los nobles Ingas valerosos
Los despoblados ásperos rompieron,
Y en Chile algunos pueblos belicosos
Por fuerza á servidumbre redujeron:
Á do leyes y edictos trabajosos
Con dura mano armada introdujeron,
Haciéndoles con fueros disolutos
Pagar grandes subsidios y tributos.
Dado asiento en la tierra y reformado
El campo con ejército pujante,
En demanda del reino deseado
Movieron sus escuadras adelante:
No hubieron muchas millas caminado,
Cuando entendieron que era semejante
El valor á la fama que alcanzada
Tenia el pueblo araucano por la espada.

Los Promaucaes de Maule, que supieron
El vano intento de los Ingas vanos,
Al paso y duro encuentro les salieron,
No menos en buen órden que lozanos;
Y las cosas de suerte sucedieron
Que, llegando estas gentes á las manos,
Murieron infinitos Orejones
Perdiendo el campo y todos los pendones.
Los indios Promaucaes es una gente
Que está cien millas antes del estado,
Brava, soberbia, próspera y valiente,
Que bien los españoles la han probado:
Pero con cuanto digo, es diferente
De la fiera nacion, que, cotejado
El valor de las armas y excelencia,
Es grande la ventaja y diferencia.
Los Ingas, que la fuerza conocian
Que en la provincia indómita se encierra,
Y cuán poco á los brazos ganarian
Llegada al cabo la empezada guerra;
Visto el errado intento que traian,
Desamparando la ganada tierra,
Volvieron á los pueblos que dejaron
Donde por algun tiempo reposaron.
Pues don Diego de Almagro, Adelantado,
Que en otras mil conquistas se habia visto,
Por sábio en todas ellas reputado,
Animoso, valiente, franco y quisto,
Á Chile caminó determinado
De extender y ensanchar la fe de Cristo;
Pero en llegando al fin de este camino
Dar en breve la vuelta le convino.

Á solo el de Valdivia esta victoria
Con justa y gran razon le fué otorgada,
Y es bien que se celebre su memoria,
Pues pudo adelantar tanto su espada:
Este alcanzó en Arauco aquella gloria,
Que de nadie hasta allí fuera alcanzada;
La altiva gente al grave yugo trujo,
Y en opresion la libertad redujo.

Con una espada y capa solamente,
Ayudado de industria que tenia,
Hizo con brevedad de buena gente
Una lucida y gruesa compañía;
Y con designio y ánimo valiente
Toma de Chile la derecha via,
Resuelto en acabar de esta salida
La demanda difícil ó la vida.

Vióse en el largo y áspero camino
Por la hambre, sed y frio en gran estrecho;
Pero con la constancia que convino
Puso al trabajo el animoso pecho:
Y el diestro hado y próspero destino
En Chile le metieron, á despecho
De cuantos estorbarlo procuraron,
Que en su daño las armas levantaron.

Tuvo á la entrada con aquellas gentes
Batallas y rencuentros peligrosos,
En tiempos y lugares diferentes,
Que estuvieron los fines bien dudosos;
Pero al cabo por fuerza los valientes
Españoles, con brazos valerosos,
Siguiendo el hado y con rigor la guerra,
Ocuparon gran parte de la tierra.

No sin gran riesgo y pérdidas de vidas
Asediados seis años sostuvieron,
Y de incultas raices desabridas
Los trabajados cuerpos mantuvieron,
Do las bárbaras armas oprimidas
Á la española devocion trujeron,
Por ánimo constante y raras pruebas
Criando en los trabajos fuerzas nuevas.

Despues entró Valdivia conquistando
Con esfuerzo y espada rigurosa,
Los Promaucaes por fuerza sujetando,
Curios, Cauquenes, gente belicosa;
Y, el Maule y raudo Itáta atravesando,
Llegó al Andaliën, do la famosa
Ciudad fundó de muros levantada,
Felice en poco tiempo y desdichada.

Una batalla tuvo aquí sangrienta
Donde á punto llegó de ser perdido:
Pero Dios le acorrió en aquella afrenta;
Que en todas las demas le habia acorrido:
Otros dello darán más larga cuenta,
Que les está este cargo cometido;
Allí fué preso el bárbaro Ainavillo,
Honor de los Pencones y caudillo.

De allí llegó al famoso Biobío,
El cual divide á Penco del estado,
Que del Nibequeten, copioso rio,
Y de otros viene al mar acompañado;
De donde con presteza y nuevo brio,
En órden buena y escuadron formado
Pasó de Andalican la áspera sierra,
Pisando la araucana y fértil tierra.

No quiero detenerme más en esto,
Pues que no es mi intencion dar pesadumbre;
Y así pienso pasar por todo presto,
Huyendo de importunos la costumbre:
Digo con tal intento y presupuesto
Que antes que los de Arauco á servidumbre
Viniesen, fueron tantas las batallas,
Que dejo por prolijas de contallas.

Ayudó mucho el ignorante engaño
De ver en animales corregidos
Hombres que por milagro y caso extraño
De la region celeste eran venidos:
Y del súbito estruendo y grave daño
De los tiros de pólvora sentidos,
Como á inmortales dioses los temian,
Que con ardientes rayos combatian.

Los españoles hechos hazañosos
El error confirmaban de inmortales,
Afirmando los más supersticiosos,
Por los presentes los futuros males:
Y así tibios, suspensos y dudosos,
Viendo de su opresion claras señales,
Debajo de hermandad y fe jurada
Dió Arauco la obediencia jamás dada.

Dejando allí el seguro suficiente
Adelante los nuestros caminaron;
Pero todas las tierras llanamente,
Viendo Arauco sujeta, se entregaron;
Y reduciendo á su opinion gran gente
Siete ciudades prósperas fundaron,
Coquimbo, Penco, Angol y Santiago,
La Imperial, Villa-Rica, y la del Lago.

El felice suceso, la victoria,
La fama y posesiones que adquirian
Los trujo á tal soberbia y vanagloria,
Que en mil leguas diez hombres no cabian;
Sin pasarles jamás por la memoria
Que en siete piés de tierra al fin habian
De venir á caber sus hinchazones,
Su gloria vana y vanas pretensiones.

Crecian los intereses y malicia,
Á costa del sudor y daño ajeno,
Y la hambrienta y mísera codicia
Con libertad paciendo iba sin freno:
La ley, derecho, el fuero y la justicia
Era lo que Valdivia habia por bueno,
Remiso en graves culpas y piadoso,
Y en los casos livianos riguroso.

Así el ingrato pueblo Castellano,
En mal y estimacion iba creciendo,
Y siguiendo el soberbio intento vano
Tras su fortuna próspera corriendo:
Pero el Padre del cielo soberano
Atajó este camino, permitiendo
Que aquel á quien él mismo puso el yugo
Fuese el cuchillo y áspero verdugo.

El estado Araucano acostumbrado
Á dar leyes, mandar y ser temido,
Viéndose de su trono derribado,
Y de mortales hombres oprimido;
De adquirir libertad determinado,
Reprobando el subsidio padecido,
Acude al ejercicio de la espada,
Ya por la paz ociosa desusada.

Dieron señal primero y nuevo tiento
(Por ver con qué rigor se tomaria)
En dos soldados nuestros, que á tormento
Mataron sin razon y causa un dia:
Disimulóse aquel atrevimiento,
Y con esto crecióles la osadia;
No aguardando á mas tiempo, abiertamente
Comienzan á llamar y juntar gente.

Principio fué del daño no pensado
El no tomar Valdivia presta enmienda
Con ejemplar castigo del estado;
Pero nadie castiga en su hacienda:
El pueblo sin temor desvergonzado
Con nueva libertad rompe la rienda
Del homenaje hecho y la promesa,
Como el segundo canto aquí lo expresa.

CANTO II.

Pónese la discordia que entre los caciques de Arauco hubo sobre la eleccion de capitan general, y el medio que se tomó por el consejo del cacique Colocolo, con la entrada que por engaño los bárbaros hicieron en la casa fuerte de Tucapél, y la batalla que con los españoles tuvieron.

Muchos hay en el mundo que han llegado
Á la engañosa alteza desta vida,
Que Fortuna los ha siempre ayudado
Y dádoles la mano á la subida,
Para, despues de haberlos levantado,
Derribarlos con mísera caïda,
Cuando es mayor el golpe y sentimiento
Y menos el pensar que hay mudamiento.

No entienden con la próspera bonanza
Que el contento es principio de tristeza,
Ni miran en la súbita mudanza
Del consumidor tiempo y su presteza:
Mas con altiva y vana confianza
Quieren que en su fortuna haya firmeza;
La cual, de su aspereza no olvidada,
Revuelve con la vuelta acostumbrada,

Con un revés de todo se desquita,
Que no quiere que nadie se le atreva,
Y mucho más que dá siempre les quita,
No perdonando cosa vieja ó nueva:
De crédito y de honor los necesita,
Que en el fin de la vida está la prueba,
Por el cual han de ser todos juzgados,
Aunque lleven principios acertados.

Del bien perdido al cabo ¿qué nos queda
Sino pena, dolor y pesadumbre?
Pensar que en él Fortuna ha de estar queda,
Antes dejara el Sol de darnos lumbre:
Que no es su condicion fijar la rueda,
Y es malo de mudar vieja costumbre.
El más seguro bien de la Fortuna
Es no haberla tenido vez alguna.

Esto verse podrá por esta historia:
Ejemplo dello aquí puede sacarse,'
Que no bastó riqueza, honor y gloria,
Con todo el bien que puede desearse,
Á llevar adelante la victoria;
Que el claro cielo al fin vino á turbarse,
Mudando la Fortuna en triste estado
El curso y órden próspera del Hado.

La gente nuestra ingrata se hallaba
En la prosperidad que arriba cuento,
Y en otro mayor bien, que me olvidaba,
Hallado en pocas casas, que es contento:
De tal manera en él se descuidaba
(Cierta señal de triste acaecimiento)
Que en una hora perdió el honor y estado
Que en mil años de afan habia ganado.

Por dioses, como dije, eran tenidos
De los indios los nuestros; pero olieron
Que de mujer y hombre eran nacidos,
Y todas sus flaquezas entendieron:
Viéndolos á miserias sometidos,
El error ignorante conocieron,
Ardiendo en viva rabia avergonzados
Por verse de mortales conquistados.

No queriendo á más plazo diferirlo,
Entre ellos comenzó luego á tratarse
Que, para en breve tiempo concluirlo
Y dar el modo y órden de vengarse,
Se junten á consulta á difinirlo,
Do venga la sentencia á pronunciarse,
Dura, ejemplar, cruël, irrevocable,
Horrenda á todo el mundo y espantable.

Iban ya los caciques ocupando
Los campos con la gente que marchaba,
Y no fué menester general bando,
Que el deseo de guerra los llamaba
Sin promesas, ni pagas, deseando
El esperado tiempo, que tardaba,
Para el decreto y áspero castigo,
Con muerte y destruccion del enemigo.

De algunos que en la junta se hallaron
Es bien que haya memoria de sus nombres,
Que, siendo incultos bárbaros, ganaron
Con no poca razon claros renombres:
Pues en tan breve término alcanzaron
Grandes victorias de notables hombres,
Que de ellas darán fé los que vivieren,
Y los muertos allá donde estuvieren.

Tucapél se llamaba aquel primero
Que al plazo señalado habia venido;
Este fué de cristianos carnicero,
Siempre en su enemistad endurecido,
Tiene tres mil vasallos el guerrero,
De todos como rey obedecido.
Ongol luego llegó, mozo valiente;
Gobierna cuatro mil, lucida gente.
Cayocupil, cacique bullicioso,
No fué el postrero que dejó su tierra;
Que allí llegó el tercero, deseoso
De hacer á todo el mundo él solo guerra:
Tres mil vasallos tiene este famoso
Usados tras las fieras en la sierra.
Millarapué, aunque viejo, el cuarto vino,
Que cinco mil gobierna de contino.
Paicabí se juntó aquel mismo dia,
Tres mil fuertes soldados señorea.
No lejos Lemolemo dél venia,
Que tiene seis mil hombres de pelea.
Mareguano, Gualemo y Lebopía
Se dan prisa á llegar, porque se vea
Que quieren ser en todo los primeros;
Gobiernan estos tres tres mil guerreros.
No se tardó en venir, pues, Elicura,
Que al tiempo y plazo puesto habia llegado,
De gran cuerpo, robusto en la hechura,
Por uno de los fuertes reputado:
Dice que estar sujeto es gran locura
Quien seis mil hombres tiene á su mandado.
Luego llegó el anciano Colocolo;
Otros tantos y más rige este solo.

Tras éste á la consulta Ongolmo viene,
Que cuatro mil guerreros gobernaba.
Purén en arribar no se detiene,
Seis mil súbditos éste administraba.
Pasados de seis mil Lincoya tiene,
Que bravo y orgulloso ya llegaba,
Diestro, gallardo, fiero en el semblante,
De proporcion y altura de gigante.

Peteguelen, cacique señalado,
Que el gran valle de Arauco le obedece
Por natural Señor, y así el estado
Este nombre tomó, segun parece,
Como Venecia, pueblo libertado,
Que en todo aquel gobierno más florece:
Tomando el nombre de él la Señoría,
Así guarda el estado el nombre hoy dia.

Este no se halló personalmente,
Por estar impedido de cristianos;
Pero de seis mil hombres que él valiente
Gobierna, naturales araucanos,
Acudió desmandada alguna gente
Á ver si es menester mandar las manos.
Caupolican el fuerte no venia,
Que toda Pilmaiquen le obedecia.

Tomé y Andalican tambien vinieron,
Que eran del auracano regimiento,
Y otros muchos caciques acudieron,
Que por no ser prolijo no los cuento.
Todos con leda faz se recibieron,
Mostrando en verse juntos gran contento.
Despues de razonar en su venida
Se comenzó la espléndida comida.

Al tiempo que el beber furioso andaba,
Y mal de las tinajas el partido,
De palabra en palabra se llegaba
Á encenderse entre todos gran ruïdo:
La razon uno de otro no escuchaba:
Sabida la ocasion do habia nacido,
Vino sobre cuál era el más valiente
Y digno del gobierno de la gente.

Así creció el furor, que derribando
Las mesas, de manjares ocupadas,
Aguijan á las armas, desgajando
Las ramas al depósito obligadas;
Y dellas se aperciben, no cesando
Palabras peligrosas y pesadas,
Que atizaban la cólera encendida
Con el calor del vino y la comida.

El audaz Tucapél claro decia
Que el cargo de mandar le pertenece,
Pues todo el universo conocia
Que si va por valor que lo merece:
«Ninguno se me iguala en valentía;
De mostrarlo estoy presto, si se ofrece,
(Añade el jactancioso) á quien quisiere;
Y aquel que esta razon contradijere...»

Sin dejarle acabar, dijo Elicura:
«Á mí es dado el gobierno desta danza,
Y el simple que intentáre otra locura
Ha de probar el hierro de esta lanza.»
Ongolmo, que el primero ser procura,
Dice: «Yo no he perdido la esperanza
En tanto que este brazo sustentáre
Y con él la ferrada gobernáre.»

De cólera Lincoya y rabia insano
Responde: «Tratar de eso es devaneo,
Que ser señor del mundo es en mi mano,
Si en ella libre este baston poseo.»
«Ninguno, dice Ongol, será tan vano
Que ponga en igualárseme el deseo,
Pues es más el temor que pasaria
Que la gloria que el hecho le daria.»

Cayocupil furioso y arrogante
La maza esgrime, haciéndose á lo largo,
Diciendo: «Yo veré quién es bastante
Á dar de lo que ha dicho más descargo:
Haceos los pretensores adelante,
Veremos de cuál de ellos es el cargo;
Que de probar aquí luego me ofrezco
Que más que todos juntos lo merezco.»

»Alto, sús, que yo aceto el desafío
(Responde Lemolemo), y tengo en nada
Poner á nueva prueba lo que es mio,
Que más quiero librarlo por la espada:
Mostraré ser verdad lo que porfío
Á dos, á cuatro, á seis en la estacada;
Y si todos cuestion quereis conmigo,
Os haré manifiesto lo que digo.»

Purén, que estaba aparte, habiendo oido
La plática enconosa y rumor grande,
Diciendo, en medio de ellos se ha metido,
Que nadie en su presencia se desmande;
Y ¿quién á imaginar es atrevido
Que donde está Purén más otro mande?
La grita y el furor se multiplica,
Quién esgrime la maza, y quién la pica.

Tomé y otros caciques se metieron
En medio de estos bárbaros de presto,
Y con dificultad los despartieron,
Que no hicieron poco en hacer esto:
De herirse lugar aún no tuvieron,
Y en voz airada ya el temor pospuesto,
Colocolo, el cacique más anciano,
Á razonar así tomó la mano.—

«Caciques, del estado defensores,
Codicia de mandar no me convida
Á pesarme de veros pretensores
De cosa que á mí tanto era debida:
Porque, segun mi edad, ya veis, señores.
Que estoy al otro mundo de partida;
Mas el amor que siempre os he mostrado
Á bien aconsejaros me ha incitado.

»¿Por qué cargos honrosos pretendemos
Y ser en opinion grande tenidos,
Pues que negar al mundo no podemos
Haber sido sujetos y vencidos?
Y en esto averiguarnos no queremos,
Estando áun de españoles oprimidos:
Mejor fuera esa furia ejecutalla
Contra el fiero enemigo en la batalla.

»¿Qué furor es el vuestro ¡oh araucanos!
Que á perdicion os lleva sin sentido?
¿Contra vuestras entrañas teneis manos,
Y no contra el tirano en resistillo?
¿Teniendo tan á golpe á los cristianos
Volveis contra vosotros el cuchillo?
Si gana de morir os ha movido,
No sea en tan bajo estado y abatido.

»Volved las armas y ánimo furioso
Á los pechos de aquellos que os han puesto
En dura sujecion, con afrentoso
Partido, á todo el mundo manifiesto;
Lanzad de vos el yugo vergonzoso;
Mostrad vuestro valor y fuerza en esto:
No derrameis la sangre del estado
Que para redimirnos ha quedado.
»No me pesa de ver la lozanía
De vuestro corazon, antes me esfuerza;
Mas temo que esta vuestra valentía,
Por mal gobierno, el buen camino tuerza:
Que, vuelta entre nosotros la porfia,
Degolleis nuestra patria con su fuerza:
Cortad, pues, si ha ser desa manera,
Esta vieja garganta la primera:
»Que esta flaca persona, atormentada
De golpes de fortuna, no procura
Sino el agudo filo de una espada,
Pues no la acaba tanta desventura.
Aquella vida es bien afortunada
Que la temprana muerte la asegura;
Pero, á nuestro bien público atendiendo,
Quiero decir en esto lo que entiendo.
»Pares sois en valor y fortaleza;
El cielo os igualó en el nacimiento;
De linaje, de estado y de riqueza
Hizo á todos igual repartimiento;
Y en singular por ánimo y grandeza
Podeis tener del mundo el regimiento:
Que este precioso don, no agradecido,
Nos ha al presente término traido.

»En la virtud de vuestro brazo espero
Que puede en breve tiempo remediarse,
Mas ha de haber un capitan primero
Que todos por él quieran gobernarse:
Este será quien más un gran madero
Sustentáre en el hombro sin pararse;
Y pues que sois iguales en la suerte,
Procure cada cual ser el más fuerte.»—
Ningun hombre dejó de estar atento
Oyendo del anciano las razones,
Y puesto ya silencio al parlamento,
Hubo entre ellos diversas opiniones:
Al fin, de general consentimiento,
Siguiendo las mejores intenciones,
Por todos los caciques acordado
Lo propuesto del viejo fué acetado.
Podria de algunos ser aquí una cosa
Que parece sin término notada,
Y es que en una provincia poderosa,
En la milicia tanto ejercitada,
De leyes y ordenanzas abundosa,
No hubiese una cabeza señalada
Á quien tocase el mando y regimiento,
Sin allegar á tanto rompimiento.
Respondo á esto, que nunca sin caudillo
La tierra estuvo electo del senado;
Que, como dije, en Penco el Ainavillo
Fué por nuestra nacion desbaratado;
Y viniendo de paz, en un castillo
Se dice, aunque no es cierto, que un bocado
Le dieron de veneno en la comida,
Donde acabó su cargo con la vida.

Pues el madero súbito traïdo,
(No me atrevo á decir lo que pesaba),
Era un macizo líbano fornido,
Que con dificultad se rodeaba:
Paicabí le aferró ménos sufrido,
Y en los valientes hombros le afirmaba;
Seis horas le sostuvo aquel membrudo,
Pero llegar á siete jamás pudo.

Cayocupil al tronco aguija presto,
De ser el más valiente confiado,
Y encima de los altos hombros puesto.
Lo deja á las cinco horas de cansado:
Gualemo lo probó, jóven dispuesto,
Mas no pasó de allí; y esto acabado,
Ongol el grueso leño tomó luego:
Duró seis horas largas en el juego.

Purén tras él lo trujo medio dia,
Y el esforzado Ongolmo más de medio;
Y cuatro horas y media Lebopía,
Que de sufrirle más no hubo remedio:
Lemolemo siete horas le traia,
El cual jamás en todo este comedio
Dejó de andar acá y allá saltando,
Hasta que ya el vigor le fué faltando.

Elicura á la prueba se previene,
Y en sustentar el líbano trabaja;
Á nueve horas dejarle le conviene,
Que no pudiera más si fuera paja.
Tucapelo catorce lo sostiene,
Encareciendo todos la ventaja.
Pero en esto Lincoya apercibido
Mudó en un gran silencio aquel ruïdo.

De los hombros el manto derribando
Las terribles espaldas descubria,
Y el duro y grave leño levantando
Sobre el fornido asiento le ponia:
Corre ligero aquí y allí, mostrando
Que poco aquella carga le impedia:
Era de Sol á Sol el dia pasado,
Y el peso sustentaba aún no cansado.

Venia aprisa la noche, aborrecida
Por la ausencia del Sol; pero Diana
Les daba claridad con su salida,
Mostrándose á tal tiempo más lozana;
Lincoya con la carga no convida
Aunque ya despuntaba la mañana,
Hasta que llegó el Sol al medio cielo,
Que dió con ella entonces en el suelo.

No se vió allí persona en tanta gente
Que no quedase atónita de espanto,
Creyendo no haber hombre tan potente
Que la pesada carga sufra tanto:
La ventaja le daban, juntamente
Con el gobierno, mando, y todo cuanto
Á digno general era debido,
Hasta allí justamente merecido.

Ufano andaba el bárbaro y contento
De haberse más que todos señalado;
Cuando Caupolican á aquel asiento
Sin gente á la ligera habia llegado:
Tenia un ojo sin luz de nacimiento,
Como un fino granate colorado;
Pero lo que en la vista le faltaba
En la fuerza y esfuerzo le sobraba.

Era este noble mozo de alto hecho,
Varon de autoridad, grave y severo,
Amigo de guardar todo derecho,
Áspero, riguroso, justiciero,
De cuerpo grande y relevado pecho,
Hábil, diestro, fortísimo y ligero,
Sábio, astuto, sagaz, determinado,
Y en casos de repente reportado.

Fué con alegre muestra recibido,
Aunque no sé si todos se alegraron:
El caso en esta suma referido
Por su término y puntos le contaron:
Viendo que Apolo ya se habia escondido
En el profundo mar, determinaron
Que la prueba de aquel se dilatase
Hasta que la esperada luz llegase.

Pasábase la noche en gran porfia
Que causó esta venida entre la gente;
Cuál se atiene á Lincoya, y cuál decia
Que es el Caupolicano más valiente:
Apuestas en favor y contra habia,
Otros sin apostar dudosamente
Hácia el oriente vueltos aguardaban
Si los febeos caballos asomaban.

Ya la rosada Aurora comenzaba
Las nubes á bordar de mil labores,
Y á la usada labranza dispertaba
La miserable gente y labradores:
Ya á los marchitos campos restauraba
La frescura perdida y sus colores,
Aclarando aquel valle la luz nueva,
Cuando Caupolican viene á la prueba.

Con un desden y muestra confiada
Asiendo del troncon duro y ñudoso,
Como si fuera vara delicada,
Se le pone en el hombro poderoso:
La gente enmudeció, maravillada
De ver el fuerte cuerpo tan nervoso;
La color á Lincoya se le muda,
Poniendo en su victoria mucha duda.
El bárbaro sagaz despacio andaba,
Y á toda priesa entraba el claro dia;
El Sol las largas sombras acortaba,
Mas él nunca descrece en su porfia:
Al ocaso la luz se retiraba,
Ni por esto flaqueza en él habia:
Las estrellas se muestran claramente,
Y no muestra cansancio aquel valiente.
Salió la clara Luna á ver la fiesta
Del tenebroso albergue húmido y frio,
Desocupando el campo y la floresta
De un negro velo lóbrego y sombrio:
Caupolican no afloja de su apuesta,
Antes con nueva fuerza y mayor brio
Se mueve y representa de manera
Como si peso alguno no trujera.
Por entre dos altísimos egidos
La esposa de Titon ya parecia,
Los dorados cabellos esparcidos,
Que de la fresca helada sacudia,
Con que á los mustios prados florecidos
Con el húmido humor reverdecia,
Y quedaba engastado así en las flores
Cual perlas entre piedras de colores.

El carro de Faeton sale corriendo
Del mar por el camino acostumbrado:
Sus sombras van los montes recogiendo
De la vista del Sol; y el esforzado
Varon, el grave peso sosteniendo,
Acá y allá se mueve no cansado;
Aunque otra vez la negra sombra espesa
Tornaba á parecer corriendo apriesa.

La Luna su salida provechosa
Por un espacio largo dilataba:
Al fin turbia, encendida y perezosa,
De rostro y luz escasa se mostraba:
Paróse al medio curso más hermosa
Á ver la extraña prueba en qué paraba;
Y viéndola en el punto y ser primero
Se derribó en el ártico hemisfero;

Y el bárbaro en el hombro la gran viga.
Sin muestra de mudanza y pesadumbre,
Venciendo con esfuerzo la fatiga,
Y creciendo la fuerza por costumbre.
Apolo en seguimiento de su amiga
Tendido habia los rayos de su lumbre;
Y el hijo de Leocan en el semblante
Más firme que al principio y más constante.

Era salido el Sol cuando el enorme
Peso de las espaldas despedia,
Y un salto dió en lanzándole disforme,
Mostrando que áun más ánimo tenia:
El circunstante pueblo en voz conforme
Pronunció la sentencia, y le decia:
«Sobre tan firmes hombros descargamos
El peso y grave carga que tomamos.»

El nuevo juego y pleito difinido,
Con las más ceremonias que supieron
Por sumo capitan fué recebido,
Y á su gobernacion se sometieron.
Creció en reputacion, fué tan temido,
Y en opinion tan grande le tuvieron,
Que ausentes muchas leguas dél temblaban,
Y casi como á rey le respetaban.

Es cosa en que mil gentes han parado,
Y están en duda muchos hoy en dia,
Pareciéndoles que esto que he contado
Es alguna ficcion ó poesía:
Pues en razon no cabe, que un senado
De tan gran diciplina y policía
Pusiese una eleccion de tanto peso
En la robusta fuerza y no en el seso.

Sabed que fué artificio, fué prudencia
Del sábio Colocolo, que miraba
La dañosa discordia y diferencia
Y el gran peligro en que su patria andaba,
Conociendo el valor y suficiencia
De este Caupolican que ausente estaba,
Varon en cuerpo y fuerzas extremado,
De rara industria y ánimo dotado.

Así propuso astuta y sábiamente,
Para que la eleccion se dilatase,
La prueba al parecer impertinente
En que Caupolican se señalase,
Y en esta dilacion secretamente
Dándole aviso, á la eleccion llegase,
Trayendo así el negocio por rodeo
Á conseguir su fin y buen deseo.

Celebraba con pompa allí el senado
De la justa eleccion la fiesta honrosa,
Y el nuevo capitan, ya con cuidado
De dar principio á alguna grande cosa,
Manda á Palta sargento que, callado,
De la gente más presta y animosa
Ochenta diestros hombres aperciba,
Y á su cargo apartados los reciba.

Fueron pues escogidos los ochenta
De más esfuerzo y ménos conocidos;
Entre ellos dos soldados de gran cuenta
Por quien fuesen mandados y regidos,
Hombres diestros, usados en afrenta,
Á cualquiera peligro apercebidos,
El uno se llamaba Cayeguano
El otro Alcatipay de Talcaguano.

Tres castillos los nuestros ocupados
Tenian para el seguro de la tierra,
De fuertes y anchos muros fabricados,
Con foso que los ciñe en torno y cierra·
Guarnecidos de pláticos soldados,
Usados al trabajo de la guerra,
Caballos, bastimento, artillería
Que en espesas troneras asistia.

Estaba el uno cerca del asiento
Adonde era la fiesta celebrada;
Y el araucano ejército contento,
Mostrando no tener al mundo en nada:
Que con discurso vano y movimiento
Queria llevarlo todo á pura espada;
Pero Caupolican más cuerdamente
Trataba del remedio conveniente.

Habia entre ellos algunas opiniones
De cercar el castillo más vecino;
Otros, que con formados escuadrones
Á Penco enderezasen el camino:
Dadas de cada parte sus razones,
Caupolican en nada desto vino,
Antes al pabellon se retiraba
Y á los ochenta bárbaros llamaba.

Para entrar al castillo fácilmente
Les da industria y manera disfrazada,
Con expresa instruccion que plaza y gente
Metan á fuego y á rigor de espada:
Porque él luego tras ellos diligente
Ocupará los pasos y la entrada:
Despues de haberlos bien amonestado
Pusieron en efeto lo tratado.

Era en aquella plaza y edificio
La entrada á los de Arauco defendida,
Salvo los necesarios al servicio
De la gente española, estatuïda
Á la defensa de ella y ejercicio
De la fiera Belona embravecida;
Y así los cautos bárbaros soldados
De feno, yerba y leña iban cargados.

Sordos á las demandas y preguntas,
Siguen su intento y el camino usado,
Las cargas en hilera y órden juntas,
Habiendo entre los haces sepultado
Astas fornidas de ferradas puntas;
Y así contra el castillo, descuidado
Del encubierto engaño, caminaban,
Y en los vedados límites entraban.

El puente, muro y puerta atravesando,
Miserables, los gestos afligidos,
Algunos de cansados cojeando,
Mostrándose marchitos y encojidos;
Pero dentro las cargas desatando,
Arrebatan las armas atrevidos,
Con amenaza, orgullo y confianza
De la esperada y súbita venganza.

Los fuertes españoles salteados,
Viendo la airada muerte tan vecina,
Corren presto á las armas, aterrados
De la extraña cautela repentina;
Y, á vencer ó morir determinados,
Cuál con celada, cuál con coracina,
Salen á resistir la furia insana
De la brava y audaz gente araucana.

Asáltanse con ímpetu furioso,
Suenan los hierros de una y otra parte;
Allí muestra su fuerza el sanguinoso
Y más que nunca embravecido Marte:
De vencer cada uno deseoso,
Buscaba nuevo modo, industria y arte
De encaminar el golpe de la espada
Por do diese á la muerte franca entrada.

La saña y el coraje se renueva
Con la sangre que saca el hierro duro,
Y la española gente á la india lleva
Á dar de las espaldas en el muro.
Ya el infiel escuadron con fuerza nueva
Cobra el perdido campo mal seguro,
Que estaba de los golpes esforzados
Cubierto de armas, y ellos desarmados.

Viéndose en tanto estrecho los cristianos,
De temor y vergüenza constreñidos,
Las espadas aprietan en las manos,
En ira envueltos y en furor metidos:
Cargan sobre los fieros araucanos,
Por el ímpetu nuevo enflaquecidos;
Entran en ellos, hieren y derriban,
Y á muchos de cuidado y vida privan.
Siempre los españoles mejoraban,
Haciendo fiero estrago y tan sangriento
En los osados indios, que pagaban
El poco seso y mucho atrevimiento:
Casi defensa en ellos no hallaban:
Pierden la plaza y cobran escarmiento:
Al fin de tal manera los trataron
Que á fuerza de los muros los lanzaron.
Apenas Cayeguan y Talcaguano
Salian, cuando con paso apresurado
Asomó el escuadron caupolicano
Teniendo el hecho ya por acabado;
Mas viendo el esperado efeto vano,
Y el puente del castillo levantado,
Pone cerco sobre él, con juramento
De no dejarle piedra en el cimiento.
Sintiendo un español mozo que habia
Demasiado temor en nuestra gente,
Más de temeridad que de osadía,
Cala sin miedo y sin ayuda el puente,
Y puesto en medio dél alto decia:
«Salga adelante, salga el más valiente:
Uno por uno á treinta desafío,
Y á mil no negaré este cuerpo mio.»

No tan presto las fieras acudieron
Al bramar de la res desamparada,
Que de lejos sin órden conocieron
Del pueblo y moradores apartada,
Como los araucanos cuando oyeron
Del valiente español la voz osada,
Partiendo más de ciento presurosos,
Del lance y cierta presa codiciosos.

No porque tantos vengan temor tiene
El gallardo español, ni esto le espanta,
Antes al escuadron que espeso viene
Por mejor recibirle se adelanta:
El curso enfrena, el ímpetu detiene
De los fieros contrarios, que con tanta
Furia se arroja entre ellos sin recelo,
Que rodaron algunos por el suelo.

De dos golpes á dos tendió por tierra,
La espada revolviendo á todos lados:
Aquí esparce una junta, y allí cierra
Á donde ve los más amontonados:
Igual andaba la desigual guerra
Cuando los españoles bien armados,
Abriendo con presteza un gran postigo
Salen á la defensa del amigo.

Acuden los contrarios de otra parte,
Y en medio de aquel campo y ancho llano
Al ejercicio del sangriento Marte
Viene el bando español y el araucano:
La primera batalla se desparte,
Que era de ciento á un solo castellano,
Vuelven el crudo yerro no teñido
Contra los que del fuerte habian salido.

Arrójanse con furia, no dudando,
En las agudas armas por juntarse,
Y con las duras puntas van tentando
Las partes por do más puedan dañarse:
Cual los cíclopes suelen martillando
En las vulcanas yunques fatigarse,
Así martillan, baten y cercenan,
Y las cavernas cóncavas atruenan.

Andaba la victoria así igualmente;
Mas gran ventaja y diferencia habia
En el número y copia de la gente,
Aunque el valor de España lo suplia:
Pero el soberbio bárbaro impaciente,
Viendo que un nuestro á ciento resistia,
Con diabólica furia y movimiento
Arranca á los cristianos del asiento.

Los españoles sin poder sufrillo
Dejan el campo, y de tropel corriendo
Se lanzan por las puertas del castillo,
Al bárbaro la entrada resistiendo,
Levan el puente, calan el rastrillo,
Reparos y defensas previniendo,
Suben tiros y fuegos á lo alto,
Temiendo el enemigo y fiero asalto.

Pero viendo ser todo perdimiento,
Y aprovecharles poco ó casi nada,
De voto y de comun consentimiento
Su clara destruicion considerada,
Acuerdan de dejar el fuerte asiento;
Y así en la escura noche deseada,
Cuando se muestra el mundo más quiëto
La partida pusieron en efeto.

A punto estaban y á caballo, cuando
Abren las puertas, derribando el puente,
Y á los prestos caballos aguijando
Al escuadron embisten de la frente;
Rompen por él hiriendo y tropellando,
Y sin hombre perder dichosamente
Arriban á Puren, plaza segura,
Cubiertos de la noche y sombra escura

Mientras esto en Arauco sucedia,
En el pueblo de Penco más vecino,
Que á la sazon en Chile florecia,
Fértil de ricas minas de oro fino,
El capitan Valdivia residia;
Donde la nueva por el aire vino,
Que afirmaba con término asignado
La alteracion y junta del estado.

El comun, siempre amigo de ruïdo,
La libertad y guerra deseando,
Por su parte alterado y removido,
Se va con este son desentonando:
Al servicio no acude prometido,
Sacudiendo la carga y levantando
La soberbia cerviz desvergonzada,
Negando la obediencia á Cárlos dada.

Valdivia, perezoso y negligente,
Incrédulo, remiso y descuidado,
Hizo en la Concepcion copia de gente,
Más que en ella en su dicha confiado:
El cual, si fuera un poco diligente,
Hallaba en pié el castillo arruïnado,
Con soldados, con armas, municiones,
Seis piezas de campaña y dos cañones.

Tenia con la Imperial concierto hecho
Que alguna gente armada le enviase,
La cual á Tucapel fuese en derecho,
Donde con él á tiempo se juntase:
Resoluto en hacer allí de hecho
Un ejemplar castigo, que sonase
En todos los confines de la tierra,
Porque jamás moviesen otra guerra.
Pero dejó el camino provechoso,
Y, descuidado dél, torció la via,
Metiéndose por otro, codicioso,
Que era donde una mina de oro habia:
Y de ver el tributo y don hermoso,
Que de sus ricas venas ofrecia,
Paró de la codicia embarazado,
Cortando el hilo próspero del hado.
A partir (como dije) antes, llegaba
Al concierto en el tiempo prometido:
Mas el metal goloso que sacaba
Le tuvo á tal sazon embebecido:
Depues salió de allí, y se apresuraba
Cuando fuera mejor no haber salido.
Quiero dar fin al canto, porque pueda
Decir de la codicia lo que queda.

CANTO III.

Valdivia con pocos españoles y algunos indios amigos camina á la casa de Tucapel para hacer el castigo. Mátanle los araucanos á los corredores en el camino en un paso estrecho y dánle despues la batalla, en la cual fué muerto él y toda su gente por el gran esfuerzo y valentía de Lautaro.

¡Oh incurable mal! ¡oh gran fatiga
Con tanta diligencia alimentada!
Vicio comun y pegajosa liga,
Voluntad sin razon desenfrenada;
Del provecho y bien público enemiga;
Sedienta bestia, hidrópica hinchada,
Principio y fin de todos nuestros males.
¡Oh insaciable codicia de mortales!

No en el pomposo estado á los señores
Contentos en el alto asiento vemos,
Ni á pobrecillos bajos labradores
Libres de esta dolencia conocemos:
Ni el deseo y ambicion de ser mayores
Que tenga fin y límite sabemos:
El fausto, la riqueza y el estado,
Hincha, pero no harta, al más templado.

Á Valdivia mirad, de pobre infante
Si era poco el estado que tenia,
Cincuenta mil vasallos que delante
Le ofrecen doce marcos de oro al dia:
Esto y áun mucho más no era bastante,
Y asi la hambre allí lo detenia;
Codicia fué ocasion de tanta guerra,
Y perdicion total de aquesta tierra.
Esta fué quien halló los apartados
Indios de las antárticas regiones;
Por esta eran sin órden trabajados
Con dura imposicion y vejaciones:
Pero rotas las cinchas de apretados,
Buscaron modo y nuevas invenciones
De libertad, con áspera venganza,
Levantando el trabajo la esperanza.
Cuán cierto es, como claro conocemos,
Que al doliente en salud consejos damos,
Y aprovecharnos dellos no sabemos;
Pero de predicarlos nos preciamos.
Cuando en la sosegada paz nos vemos,
¡Qué bien la dura guerra platicamos!
¡Qué bien damos consejos y razones
Lejos de los peligros y ocasiones!
¡Cómo de los que yerran abominan
Los que están libres en seguro puerto!
¡Qué bien de allí las cosas encaminan,
Y dan en todo un medio y buen concierto!
¡Con qué facilidad se determinan,
Visto el suceso y daño descubierto!
Dios sabe aquel que la derecha via,
Metido en la ocasion, acertaria.

Valdivia iba siguiendo su jornada,
Y el duro disponer del hado duro,
No con la furia y priesa acostumbrada,
Présago y con temor de mal futuro:
Sospechoso de bárbara emboscada,
Por hacer el camino más seguro,
Echó algunos delante para prueba,
Pero jamás volvieron con la nueva.
Viendo los nuestros ya que al plazo puesto
Los tardos corredores no volvian,
Unos juzgan el daño manifiesto,
Otros impedimentos les ponian:
Hubo consejo y parecer sobre esto;
Al cabo en caminar se resolvian,
Ofreciéndose todos á una suerte,
Á un mismo caso y á una misma muerte.
Aunque el temor allí tras esto vino,
En sus valientes brazos se atrevieron,
Y á su próspera suerte y buen destino
El dudoso suceso cometieron:
No dos leguas andadas del camino,
Las amigas cabezas conocieron,
De los sangrientos cuerpos apartadas,
Y en empinados troncos levantadas.
No el horrendo espectáculo presente
Causó en los firmes ánimos mudanza;
Antes con ira y cólera impaciente
Se encienden más, sedientos de venganza:
Y de rabia incitados nuevamente
Maldicen y murmuran la tardanza:
Solo Valdivia calla y teme el punto;
Pero rom pió el silencio y pena junto

Diciendo: «¡Oh compañeros! do se encierra
Todo esfuerzo, valor y entendimiento:
Ya veis la desvergüenza de la tierra,
Que en nuestro daño dá bandera al viento:
Veis quebrada la fe, rota la guerra,
Los pactos van del todo en rompimiento:
Siento la áspera trompa en el oido,
Y veo un fuego diabólico encendido.
»Bien conoceis la fuerza del estado;
Con tanto daño nuestro autorizada:
Mirad lo que fortuna os ha ayudado
Guiando con su mano vuestra espada;
El trabajo y la sangre que ha costado,
Que de ella está la tierra alimentada;
Y pues tenemos tiempo y aparejo,
Será bueno tomar nuevo consejo.
»Quien estos son tendreis en la memoria,
Pues hay tanta razon de conocellos,
Que si de ellos no hubiésemos vitoria
Y en campo no pudiésemos vencellos,
Será tal su arrogancia y vanagloria,
Que el mundo no podrá despues con ellos;
Dudoso estoy, no sé, no sé qué haga
Que á nuestro honor y causa satisfaga.»
La poca edad y menos experiencia
De los mozos livianos que allí habia,
Descubrió con la usada inadvertencia
Á tal tiempo su necia valentía,
Diciendo: «¡Oh capitan! danos licencia,
Que solos diez sin otra compañía
El bando asolaremos araucano,
Y haremos el camino y paso llano.

»Lo que jamás hicimos en estrecho,
No es bien por nuestro honor que lo hagamos,
Pues cierto es, que cuanto habemos hecho,
Volviendo atrás un paso, lo manchamos:
Mostremos al peligro osado pecho,
Que en él está la gloria que buscamos.»
Valdivia, de la réplica sentido,
Enmudeció de rabia y de corrido.

¡Oh Valdivia, varon acreditado!
¡Cuánto la verde plática sentiste!
No solias tú temer como soldado;
Mas de buen capitan ahora temiste:
Vas á precisa muerte condenado,
Que como diestro y sábio lo entendiste;
Pero quieres perder antes la vida
Que sea en tí una flaqueza conocida.

En esto acaso llega un indio amigo,
Y á sus piés en voz alta arrodillado
Le dice: «¡Oh capitan! mira que digo
Que no pases el término vedado:
Veinte mil conjurados, yo testigo,
En Tucapel te esperan, protestado
De pasar sin temor la muerte honrosa
Antes que vivir vida vergonzosa.»

Alguna turbacion dió de repente
Lo que el amigo bárbaro propuso:
Discurre un miedo helado por la gente;
La triste muerte en medio se les puso:
Pero el gobernador osadamente,
Que tambien hasta allí estuvo confuso,
Les dice: «Caballeros, qué dudamos?
¿Sin ver los enemigos nos turbamos?»

Al caballo con ánimo hiriendo,
Sin más les persuadir, rompe la via,
De los miembros el miedo sacudiendo,
Le sigue la esforzada compañía:
Y en breve espacio el valle descubriendo
De Tucapel, bien lejos parecia
El muro, antes vistoso levantado,
Por los anchos cimientos asolado.

Valdivia aquí paró, y dijo: «¡Oh constante
Española nacion de confianza!
Por tierra está el castillo tan pujante,
Que en él solo estribaba mi esperanza:
El pérfido enemigo veis delante;
Ya os amenaza la contraria lanza:
En esto más no tengo que avisaros,
Pues solo el pelear puede salvaros.»

Estaba como digo así hablando,
Que aún no acababa bien estas razones,
Cuando por todas partes rodeando
Los iban con espesos escuadrones,
Las astas de anchos hierros blandeando,
Gritando: «Engañadores y ladrones!
La tierra dejareis hoy con la vida,
Pagándonos la deuda tan debida.»

Viendo Valdivia serle ya forzoso
Que la fuerza y fortuna se probase,
Mandó que al escuadron ménos copioso
Y más vecino, á fin que no cerrase,
Saliese Bobadilla, el cual furioso,
Sin que Valdivia más le amonestase,
Con poca gente y con esfuerzo grande,
Asalta el escuadron de Mareande.

La piquería del bárbaro calada,
Á los pocos soldados atendia;
Pero al tiempo del golpe levantada,
Abriendo un gran portillo, se desvia;
Dales sin resistir franca la entrada,
Y en medio el escuadron los recogia;
Las hileras abiertas se cerraron,
Y dentro á los cristianos sepultaron.

Como el caiman hambriento, cuando siente
El escuadron de peces, que cortando
Viene con gran bullicio la corriente,
El agua clara en torno alborotando,
Que, abriendo la gran boca, cautamente
Recoge allí el pescado, y apretando
Las cóncavas quijadas lo deshace,
Y al insaciable vientre satisface:

Pues de aquella manera recogido
Fué el pequeño escuadron del homicida,
Y en un espacio breve consumido,
Sin escapar cristiano con la vida:
Ya el araucano ejército movido
Por la ronca trompeta obedecida,
Con gran estruendo y pasos ordenados
Cerraba sin temor por todos lados.

La escuadra de Mareande encarnizada
Tendia el paso con más atrevimiento;
Viéndola así Valdivia adelantada,
No escarmentado, manda á su sargento,
Que, escogiendo la gente más granada,
Dé sobre ella con recio movimiento;
Pero diez españoles solamente
Pusieron á la muerte osada frente.

Contra el escuadron bárbaro importuno,
Ir se dejan sin miedo á rienda floja,
Y en el encuentro de los diez, ninguno
Dejó allí de sacar la lanza roja:
Desocupó la silla solo uno,
Que con la basca y última congoja
De la rabiosa muerte el pecho abierto,
Sobre la llaga en tierra cayó muerto.

Y los nueve despues tambien cayeron,
Haciendo tales hechos señalados,
Que digna y justamente merecieron
Ser de la eterna fama levantados:
Hechos pedazos todos diez murieron,
Quedando de su muerte antes vengados:
En esto la española trompa oida
Dió la postrer señal de arremetida.

Salen los españoles de tal suerte
Los dientes y las lanzas apretando,
Que de cuatro escuadrones, al más fuerte
Le van un largo trecho retirando:
Hieren, dañan, tropellan, dan la muerte,
Piernas, brazos, cabezas cercenando:
Los bárbaros por esto no se admiran,
Antes cobran el campo y los retiran.

Sobre la vida y muerte se contiende,
Perdone Dios á aquel que allí cayere;
Del un bando y del otro así se ofende,
Que de ambas partes mucha gente muere:
Bien se estima la plaza y se defiende;
Volver un paso atrás ninguno quiere:
Cubre la roja sangre todo el prado,
Tornándole, de verde, colorado.

Del rigor de las armas homicidas
Los templados arneses reteñian,
Y las vivas entrañas escondidas
Con carniceros golpes descubrian:
Cabezas de los cuerpos divididas,
Que aún el vital espíritu tenian,
Por el sangriento campo iban rodando,
Vueltos los ojos ya paladeando.

El enemigo hierro riguroso
Todo en color de sangre lo convierte;
Siempre el acometer es más furioso,
Pero ya el combatir es ménos fuerte;
Ninguno allí pretende otro reposo
Que el último reposo de la muerte:
El más medroso atiende con cuidado
Á solo procurar morir vengado.

La rabia de la muerte y fin presente
Crió en los nuestros fuerza tan extraña,
Que con deshonra y daño de la gente
Pierden los araucanos la campaña:
Al fin dan las espaldas, claramente
Suenan voces: vitoria! España! España!
Mas el incontrastable y duro hado
Dió un extraño principio á lo ordenado.

Un hijo de un cacique conocido,
Que á Valdivia de paje le servia,
Acariciado dél y favorido,
En su servicio á la sazon venia;
Del amor de su patria conmovido,
Viendo que á más andar se retraia,
Comienza á grandes voces á animarla,
Y con tales razones á incitarla:

«¡Oh ciega gente, del temor guiada!
¿Á do volveis los temerosos pechos?
Que la fama en mil años alcanzada
Aquí perece y todos vuestros hechos:
La fuerza pierden hoy, jamás violada,
Vuestras leyes, los fueros y derechos:
De señores, de libres, de temidos,
Quedais siervos, sujetos y abatidos.
»Manchais la clara estirpe y decendencia,
Y engerís en el tronco generoso
Una incurable plaga, una dolencia,
Un deshonor perpétuo, ignominioso:
Mirad de los contrarios la impotencia,
La falta del aliento, y el fogoso
Latir de los caballos, las ijadas
Llenas de sangre y de sudor bañadas.
»No os desnudeis del hábito y costumbre
Que de nuestros abuelos mantenemos,
Ni el araucano nombre de la cumbre
Á estado tan infame derribemos:
Huid el grave yugo y servidumbre;
Al duro hierro osado pecho demos;
¿Por qué mostrais espaldas esforzadas
Que son de los peligros reservadas?
»Fijad esto que digo en la memoria,
Que el ciego y torpe miedo os va turbando;
Dejad de vos al mundo eterna historia,
Vuestra sujeta patria libertando:
Volved, no rehuseis tan gran vitoria,
Que os está el hado próspero llamando:
Á lo menos firmad el pié ligero,
Vereis cómo en defensa vuestra muero.»

En esto una nervosa y gruesa lanza
Contra Valdivia, su señor, blandia:
Dando de sí gran muestra y esperanza,
Por más los persuadir arremetia;
Y entre el hierro español así se lanza
Como con gran calor en agua fria
Se arroja el ciervo en el caliente estío,
Para templar el sol con algun frio.
De solo el primer bote uno atraviesa,
Otro apunta por medio del costado,
Y aunque la dura lanza era muy gruesa
Salió el hierro sangriento al otro lado:
Salta, vuelve, revuelve con gran priesa
Y barrenando el muslo á otro soldado,
En él la fuerte pica fué rompida,
Quedando un grueso trozo en la herida.
Rota la asta dañosa, luego aferra
Del suelo una pesada y dura maza;
Mata, hiere, destroza y echa á tierra,
Haciendo en breve espacio larga plaza:
En él se resumió toda la guerra;
Cesa el alcance y dan en él la caza;
Mas él aquí y allí va tan liviano,
Que hieren por herirle el aire vano.
¿De quién prueba se oyó tan espantosa,
Ni en antigua escritura se ha leido,
Que estando de la parte vitoriosa
Se pase á la contraria del vencido?
Y que solo valor, y no otra cosa,
De un bárbaro muchacho, haya podido
Arrebatar por fuerza á los cristianos
Una tan gran vitoria de las manos?

No los dos Publios Decios, que las vidas
Sacrificaron por la patria amada,
Ni Curcio, Horacio, Scevola y Leonidas
Dieron muestra de sí tan señalada:
Ni aquellos que en las guerras más reñidas
Alcanzaron gran fama por la espada,
Furio, Marcelo, Fulvio, Cincinato,
Marco Sergio, Filon, Sceva y Dentato.

Decidme: estos famosos, ¿qué hicieron
Que al hecho deste bárbaro igual fuese?
¿Qué empresa ó qué batalla acometieron
Que á lo menos en duda no estuviese?
¿Á qué riesgo y peligro se pusieron
Que la sed del reinar no los moviese;
Y de intereses grandes insistidos
Que á los tímidos hacen atrevidos?

Muchos emprenden hechos hazañosos
Y se ofrecen con ánimo á la muerte,
De fama y vanagloria codiciosos,
Que no saben sufrir un golpe fuerte;
Mostrándose constantes y animosos,
Hasta que ven ya declinar su suerte,
Faltándoles valor y esfuerzo á una,
Roto el crédito frágil de fortuna.

Este el decreto y la fatal sentencia,
En contra de su patria declarada,
Turbó y redujo á nueva diferencia,
Y al fin bastó á que fuese revocada:
Hizo á Fortuna y Hados resistencia,
Forzó su voluntad determinada,
Y contrastó el furor del vitorioso,
Sacando vencedor al temeroso.

Estaba el suelo de armas ocupado,
Y el desigual combate más revuelto,
Cuando Caupolicano reportado,
Á las amigas voces habia vuelto:
Tambien habian sus gentes reparado,
Con vergonzoso ardor en ira envuelto,
De ver que un solo mozo resistia
Á lo que tanta gente no podia.

Cual suele acontecer á los de honrosos
Ánimos, de repente inadvertidos,
Ó cuando en los lugares sospechosos
Piensan otros que van desconocidos,
Que en pendencias y encuentros peligrosos
Huyen; pero si ven que conocidos
Fueron de quien los sigue, avergonzados
Vuelven furiosos, del honor forzados:

Así los araucanos revolviendo
Contra los vencedores arremeten;
Y las rendidas armas esgrimiendo,
Á voces de morir todos prometen:
Treme y gime la tierra del horrendo
Furor con que ambas partes se acometen,
Derramando con rabia y fuerza brava
Aquella poca sangre que quedaba.

Diego Oro allí derriba á Paynaguala,
Que de una punta le atraviesa el pecho;
Pero Caupolicano le señala,
Dejándole gozar poco del hecho.
Al sesgo la ferrada maza cala,
Aunque el furioso golpe fué al derecho;
Pues quedó por de dentro la celada
De los bullentes sesos rociada.

Tras este otro tendió desfigurado,
Tanto que nunca más fué conocido;
Que la armada cabeza y todo el lado
Donde el golpe alcanzó quedó molido:
Valdivia con Ongolmo se ha topado,
Y hánse el uno al otro acometido,
Hiere Valdivia á Ongolmo en una mano,
Haciendo el araucano el golpe en vano.

Pasa recio Valdivia, y va furioso,
Que con Ongolmo más no se detiene,
Y adonde Leucoton, mozo animoso,
Estaba en una gran pendencia, viene:
Que contra Juan de Lamas y Reinoso
Solo su parte y opinion mantiene;
El cual con su destreza y mucho seso
La guerra sustentaba en igual peso.

Partióse esta batalla, porque, cuando
Valdivia llegó á donde combatia,
Parte acudió del araucano bando,
Que en su ayuda y defensa se metia:
Fuese el daño y destrozo renovando;
De un cabo y de otro gente concurria:
Sube el alto rumor á las estrellas,
Sacando de los hierros mil centellas.

Gran rato anduvo en término dudoso
La confusa vitoria de esta guerra,
Lleno el aire de estruendo sonoroso,
Roja de sangre y húmida la tierra:
Quién busca y solo quiere un fin honroso,
Quién á los brazos con el otro cierra,
Y por darle más presto cruda muerte
Tienta con el puñal lo ménos fuerte.

Á Juan de Gudiël no le fué sano
El tenerse en la lucha por maestro,
Porque sin tiempo y con esfuerzo vano
Cerró con Guaticol, no menos diestro:
Y en aquella sazon Puren, su hermano,
Que estaba cerca dél, en el siniestro
Lado le abrió con daga una herida,
Por do la muerte entró y salió la vida.
Andrés de Villaroel, ya enflaquecido
Por la falta de sangre derramada,
Andaba entre los bárbaros metido
Procurando la muerte más honrada.
Tambien Juan de las Peñas, mal herido,
Rompiendo por la espesa gente armada,
Se puso junto dél; y así la suerte
Los hizo á un tiempo iguales en la muerte.
Era la diferencia incomparable
Del número infiël al bautizado:
Es el un escuadron inumerable,
El otro hasta sesenta numerado:
Ya incierta la Fortuna variable,
Que dudosa hasta entonces habia estado,
Aprobó la maldad, y dió por justa
La causa y opinion hasta allí injusta.
Dos mil amigos bárbaros soldados,
Que el bando de Valdivia sustentaban,
En el flechar del arco ejercitados,
El sangriento destrozo acrecentaban
Derramando más sangre, y esforzados
En la muerte tambien acompañaban
Á la española gente, no vencida
En cuanto sustentar pudo la vida.

Cuando de aqueste y cuando de aquel canto
Mostraba el buen Valdivia esfuerzo y arte,
Haciendo por la espada todo cuanto
Pudiera hacer el poderoso Marte:
No basta á reparar él solo tanto,
Que falta de los suyos la más parte:
Los otros, aunque ven su fin tan cierto,
Ningun medio pretenden ni concierto.

De dos en dos, de tres en tres cayendo
Iba la desangrada y poca gente,
Siempre el ímpetu bárbaro creciendo,
Con el ya declarado fin presente:
Fuese el número flaco resumiendo
En catorce soldados solamente,
Que constantes rendir no se quisieron
Hasta que al crudo hierro se rindieron.

Solo quedó Valdivia acompañado
De un clérigo, que acaso allí venia;
Y viendo así su campo destrozado,
El mal remedio y poca compañía,
Dijo: «Pues pelear es excusado,
Procuremos vivir por otra via.»
Pica en esto al caballo á toda prisa,
Tras él corriendo el clérigo de misa.

Cual suelen escapar de los monteros
Dos grandes jabalis fieros, cerdosos,
Seguidos de solícitos rastreros
De la campestre sangre codiciosos:
Y salen en su alcance los ligeros
Lebreles irlandeses generosos;
Con no menor codicia y piés livianos
Arrancan tras los míseros cristianos.

Tal tempestad de tiros, Señor, lanzan,
Cual el turbion que granizando viene:
En fin, á poco trecho los alcanzan,
Que un paso cenagoso los detiene:
Los bárbaros sobre ellos se abalanzan:
Por valiente el postrero no se tiene:
Murió el clérigo luego, y maltratado
Trujeron á Valdivia ante el senado.

Caupolican, gozoso en verle vivo
Y en el estado y término presente,
Con voz de vencedor y gesto altivo
Le amenaza y pregunta juntamente.
Valdivia, como mísero cautivo,
Responde y pide humilde y obediente
Que no le dé la muerte, y que le jura
Dejar libre la tierra en paz segura.

Cuentan que estuvo de tomar movido
Del contrito Valdivia aquel consejo;
Mas un pariente suyo empedernido,
Á quien él respetaba por ser viejo,
Le dice: «¿Por dar crédito á un rendido
Quieres perder tal tiempo y aparejo?»
Y apuntando á Valdivia en el celebro
Descarga un gran baston de duro enebro.

Como el furioso toro, que apremiado
Con fuerte amarra al palo, está bramando,
De la tímida gente rodeado,
Que con admiracion le está mirando;
Y el diestro carnicero ejercitado,
El grave y duro mazo levantando,
Récio al cogote cóncavo deciende,
Y muerto estremeciéndose le tiende:

Así el determinado viejo cano,
Que á Valdivia escuchaba con mal ceño,
Ayudándose de una y otra mano,
En alto levantó el ferrado leño:
No hizo el crudo viejo golpe en vano,
Que á Valdivia entregó al eterno sueño,
Y en el suelo con súbita caïda,
Estremeciendo el cuerpo, dió la vida.

Llamábase este bárbaro Leocato,
Y el gran Caupolican dello enojado,
Quiso enmendar el libre desacato,
Pero fué del ejército rogado;
Salió el viejo de aquello al fin barato,
Y el destrozo del todo fué acabado,
Que no escapó cristiano de esta prueba
Para poder llevar la triste nueva.

Dos bárbaros quedaron con la vida
Solos de los tres mil; que como vieron
La gente nuestra rota y de vencida,
En un jaral espeso se escondieron:
De allí vieron el fin de la reñida
Guerra, y puestos en salvo lo dijeron,
Que como las estrellas se mostraron,
Sin ser de nadie vistos se escaparon.

La escura noche en esto se subia
Á más andar á la mitad del cielo,
Y con las alas lóbregas cubria
El orbe y redondez del ancho suelo:
Cuando la vencedora compañía,
Arrimadas las armas sin recelo,
Danzas en anchos cercos ordenaban,
Donde la gran vitoria celebraban.

Fué la nueva en un punto discurriendo
Por todo el araucano regimiento,
Y antes que el Sol se fuese descubriendo
El campo se cubrió de bastimento;
Gran multitud de gente concurriendo,
Se forma un general ayuntamiento
De mozos, viejos, niños y mujeres,
Partícipes en todos los placeres.

Cuando la luz las aves anunciaban,
Y alegres sus cantares repetian,
Un sitio de altos árboles cercaban,
Que una espaciosa plaza contenian:
Y en ellos las cabezas empalaban
Que de españoles cuerpos dividian:
Los troncos, de sus ramas despojados,
Eran de los despojos adornados;

Y dentro de aquel círculo y asiento,
Cercado de una amena y gran floresta,
En memoria y honor del vencimiento,
Celebran de beber la alegre fiesta:
El vino así aumentó el atrevimiento
Que España en gran peligro estaba puesta;
Pues que promete el mínimo soldado
De no dejar cimiento levantado.

Era allí la opinion generalmente
Que sin tardar, doblando las jornadas,
Partiese un grueso número de gente
Á dar en las ciudades descuidadas:
Que tomadas de salto y de repente,
Serian con solo el miedo arruïnadas;
Y la patria en su honor restituïda
No dejando cristiano con la vida.

Y dado órden bastante, y esto hecho,
Para acabar de ejecutar su saña
Con gran poder y ejército, de hecho
Querian pasar la vuelta de la España:
Pensándola poner en tanto estrecho,
Por fuerza de armas, puestos en campaña,
Que fuesen cultivadas las iberas
Tierras de las naciones extranjeras.
El hijo de Leocano bien entiende
El vano intento, y quiere desviarlo,
Que como diestro y sábio, otro pretende,
Y por mejor camino enderezarlo:
El tiempo espera y la sazon atiende
Que estén mejor dispuestos á tratarlo:
La fiesta era acabada y borrachera,
Cuando á todos los habla en tal manera:
«Ménos que vos, señores, no pretendo
La dulce libertad tan estimada,
Ni que sea nuestra patria, yo defiendo,
En el sublime trono restaurada;
Mas hase de atender á que, pudiendo
Ganar, no se aventure á perder nada;
Y así, con este celo y fin, procuro
No poner en peligro lo seguro.
»Tomad con discrecion los pareceres
Que van á la razon más arrimados,
Pues cobrar vuestros hijos y mujeres
Está en ir los principios acertados:
Vuestra fama, el honor, tierra y haberes,
Á punto están de ser recuperados;
Que el tiempo, que es el padre del consejo,
En las manos nos pone el aparejo.

»Á Valdivia y los suyos habeis muerto,
Y una importante plaza destruido:
Venir á la venganza será cierto
Luego que en las ciudades sea sabido:
Demos al enemigo el paso abierto:
Esto asegura más nuestro partido:
Vengan, vengan con furia á rienda suelta,
Que dificil será despues la vuelta.

»La vitoria tenemos en las manos,
Y pasos en la tierra mil seguros,
De ciénagas, lagunas y pantanos,
Espesos montes ásperos y duros:
Mejor pelean aquí los araucanos:
Españoles mejor dentro en sus muros:
Cualquier hombre, en su casa acometido,
Es más sábio, más fuerte y atrevido.

»Esto os vengo á decir, porque se entienda
Cuanto con más seguro acertaremos,
Para poder tomar la justa emienda,
Que en sitios escogidos esperemos,
Donde no habrá en el mundo quien defienda
La razon y derecho que tenemos:
Cuando temor tuviesen de buscarnos,
Á sus casas iremos á alojarnos.»

Con atencion de todos escuchada
Fué la oracion que el general hacia,
Siendo de los más de ellos aprobada,
Por ver que á su remedio convenia;
La gente ya del todo sosegada,
Caupolican al jóven se volvia
Por quien fué la vitoria, ya perdida,
Con milagrosa prueba conseguida.

Por darle más favor, lo tenia asido
Con la siniestra de la diestra mano,
diciéndole: «¡Oh varon, que has extendido
El claro nombre y límite araucano!
Por tí ha sido el estado redimido,
Tú le sacaste del poder tirano:
Á tí solo se debe esta vitoria,
Digna de premio y de inmortal memoria.

»Y señores, pues es tan manifiesto
(Esto dijo volviéndose al senado)
El punto en que Lautaro nos ha puesto,
(Que así el valiente mozo era llamado):
Yo por remuneralle en algo desto,
Con vuestra autoridad que me habeis dado
Por paga, aunque á tal deuda insuficiente,
Le hago capitan y mi teniente.

»Con la gente de guerra que escogiere,
Pues que ya de sus obras sois testigos,
En el sitio que más le pareciere
Se ponga á recebir los enemigos,
Adonde hasta que vengan los espere;
Porque yo con la resta y mis amigos
Ocuparé la entrada de Elicura,
Aguardando la misma coyuntura.»

Del grato mozo el cargo fué acetado
Con el favor que el general le daba:
Aprobólo el comun aficionado;
Si á alguno le pesó no lo mostraba:
Y por el órden y uso acostumbrado
El gran Caupoliçan le trasquilaba,
Dejándole el copete en trenza largo
Insignia verdadera de aquel cargo.

Fué Lautaro industrioso, sábio, presto,
De gran consejo, término y cordura,
Manso de condicion y hermoso gesto,
Ni grande ni pequeño de estatura;
El ánimo en las cosas grandes puesto,
De fuerte trabazon y compostura,
Duros los miembros, recios y nervosos,
Anchas espaldas, pechos espaciosos.

Por él las fiestas fueron alargadas,
Ejercitando siempre nuevos juegos
De saltos, luchas, pruebas nunca usadas,
Danzas de noche en torno de los fuegos:
Habia precios y joyas señaladas,
Que nunca los troyanos ni los griegos,
Cuando los juegos más continuáron,
Tan ricas y estimadas las sacaron.

Llegó á Caupolican estando en esto
Un bárbaro turbado sin aliento,
Perdida la color, mudado el gesto,
Cubierto de sudor y polvoriento,
Diciéndole: «Señor, socorre presto,
Tu campo es roto y cierto el perdimiento;
Que la gente que estaba en la emboscada
Es muerta la más della y destrozada.

»Por tierra de Elicura son bajados
Catorce valentísimos guerreros,
De corazas finísimas armados,
Sobre caballos prestos y ligeros:
Por estos solos son desbaratados
Dos escuadrones tuyos de piqueros;
Y visto el gran estrago, al improviso
Partí corriendo á darte de ello aviso.»

Caupolican con muestra no alterada,
Hizo que del temor se asegurase,
Diciendo que tan poca gente armada
Al cabo era imposible que escapase;
Y con la diligencia acostumbrada
Mandó al nuevo teniente que guiase
Con la más presta gente por la via,
Que luego con el resto le seguia.

Lautaro, en lo acetar no perezoso,
Escogiendo una escuadra suficiente,
Marcha con tanta priesa, codicioso
De ganar opinion entre la gente.....
Mas de Marte el estruendo sonoroso
Me llama, que me tardo injustamente:
De los catorce es tiempo que se trate,
Y del sangriento y áspero combate.

Extiéndase su fama y sea notoria,
Pues que tanto su espada resplandece,
Y de ellos se eternice la memoria
Si valor en las armas lo merece:
Testimonio dará dello la historia;
Pero acabar el canto me parece;
Que á decir tan gran cosa no me atrevo,
Si no es con nuevo aliento y canto nuevo.

CANTO IV.

Vienen catorce españoles por concierto á juntarse con Valdivia en la fuerza de Tucapel: hallan los indios en una emboscada con los cuales tuvieron un porfiado reencuentro: llega Lautaro con gente de refresco: mueren siete españoles y todos los amigos que llevan: escápanse los otros por una gran ventura.

¡Cuán buena es la justicia y qué importante
Por ella son mil males atajados,
Que si el rebelde Arauco está pujante
Con todos sus vecinos alterados,
Y pasa su furor tan adelante,
Fué por no ser á tiempo castigados:
La llaga que al principio no se cura
Requiere al fin mas áspera la cura.

Que no es virtud, más vicio y negligencia,
Cuando de un daño otro mayor se espera,
El no curar con hierro la dolencia,
Si del mal lo requiere la manera:
Mas no con tal rigor que la clemencia
Pierda su fuerza y la virtud entera;
Clemente es y piadoso el que sin miedo
Por escapar el brazo corta el dedo.

No quiero yo decir que á cada paso
Traiga el hierro en la mano la justicia,
Sino segun la gravedad del caso,
Y la importancia y fin de la malicia:
Pues vemos claro en el presente paso,
Que al cabo, corrompida de avaricia,
Dió á la maldad lugar que se arraigase,
Y en los ánimos más se apoderase.
Mas no se ha de entender, como el liviano
Que se entrega al primero movimiento,
Que por ser justiciero es inhumano,
Y por alcanzar crédito es sangriento;
Y como aquel que con injusta mano,
Sin término, sin causa y fundamento,
Por solo liviandad y vanagloria,
Quiere dejar de su maldad memoria.
No faltara materia y coyuntura
Para mostrar la pluma aquí curiosa;
Mas no quiero meterme en tal hondura,
Que es cosa no importante y peligrosa:
El tiempo lo dirá, y no mi escritura,
Que quizá la tendrán por sospechosa:
Solo diré que es opinion de sábios,
Que donde falta el rey sobran agravios.
Pero á nuestro propósito tornando,
Dejaré de tratar de sinrazones,
Que es trabajar en vano, derramando
Al viento en el desierto las razones:
De los nuestros diré, que peleando
Estaban con los fieros escuadrones,
Ganando fama y prez, honor y gloria,
Haciendo cosas dignas de memoria.

Fué hecho tan notable, que requiere
Mucha atencion, y autorizada pluma:
Y así digo que aquel que lo leyere,
En que fué de los grandes se resuma:
Diré cuanto en mi estilo yo pudiere,
Aunque toda será una breve suma;
Y los nombres tambien de los soldados,
Que con razon merecen ser loados.

Almagro, Cortés, Córdova, Nereda,
Moran, Gonzalo Hernandez, Maldonado,
Peñalosa, Vergara, Castañeda,
Diego García Herrero el arriscado,
Pero Niño, Escalona, y otro queda
Con el cual es el número acabado;
Don Leonardo Manrique es el postrero,
Igual en el valor siempre al primero.

Estos catorce son los que venian
Á verse con Valdivia en el concierto,
Que del pueblo Imperial partido habian
Sin saber que Valdivia fuese muerto:
Por la alta cuesta de Puren subian,
Y en el más alto asiento y descubierto
Los caminos de rama ven sembrados,
Señal de paga y junta de soldados.

Conocen que la tierra está alterada,
Y que de gentes hacen llamamiento;
No torcieron por esto la jornada,
Ni les mudó el temor el firme intento:
La fresca y nueva aurora colorada
Daba con su venida gran contento,
Y las sombras del Sol se retraian,
Cuando el licúreo valle descubrian.

Aquí estaban los indios emboscados
Esperando á los nuestros si viniesen
Por cogerlos sin órden descuidados
Antes que de peligro se advirtiesen:
De un bosque á mano hecho rodeados,
Para que más cubiertos estuviesen,
Hasta que, inadvertidos del engaño,
Pudiesen á su salvo hacer el daño.
Los catorce españoles abajaban
Por un repecho, al valle enderezando,
Donde ocultos los bárbaros estaban
Cubiertos de los ramos aguardando:
Los nuestros con el bosque aún no igualaban
Cuando los indios, súbito sonando
Bárbaras trompas, roncos tamborinos,
Los pasos ocuparon y caminos.
En cazador no entró tanta alegría,
Cuando más sin pensar la liebre echada
De súbito por medio de la via
Salta de entre los piés alborotada;
Cuanto causó la muestra y vocería
Del vecino escuadron de la emboscada
Á nuestros españoles, que al instante
Arrojan los caballos adelante.
En un punto los bárbaros formaron
De puntas de diamante una muralla;
Pero los españoles no pararon
Hasta de parte á parte atravesalla:
Hombres, picas y mazas tropellaron,
Revuelven, por dar fin á la batalla,
Con más valor y esfuerzo que esperanza,
Vista de los contrarios la pujanza.

De tres dos escuadrones desviados
El paso les cerraron y la huida:
Viéndose así de bárbaros cercados,
Piensan abrir por ellos la salida:
Otra vez arremeten apiñados,
Y aunque una escuadra dellos fué rompida
Volvieron á su puesto recogidos,
Quedando desta vuelta mal heridos.

Dos veces embistieron desta suerte,
Las cerradas escuadras tropellando;
Mas viéndose cercanos á la muerte,
Prosiguen su derrota, enderezando
Al desolado sitio y casa fuerte,
Á diestro y á siniestro derribando,
Que los indios entre ellos van mezclados,
Hiriéndoles tambien por todos lados.

Estréchase el camino de Elicura
Por la pequeña falda de una sierra:
La causa y la razon de esta angostura
Es un lago que abajo el valle cierra:
Para los nuestros esto fué ventura,
Pues siguen su jornada haciendo guerra,
Que solo un español que atrás venia
La bárbara arrogancia resistia.

Ellos que iban así por una espesa
Mata, al calar de un áspero collado
Ven un indio salir á toda priesa,
El vestido y el rostro demudado,
El cual en el camino se atraviesa,
Y del seno sacó un papel cerrado
Que Juan Gomez de Almagro el propio dia,
Dando aviso á Valdivia escrito habia.

El mismo mensajero ven lloroso,
Que dellos adelante habia partido:
De Valdivia el suceso lastimoso
Les dijo, y lo demas acontecido:
Y que el castillo el bárbaro furioso
Le habia por los cimientos destruido.
Viendo el remedio y presupuesto vano,
Tomaron á la diestra un sitio llano.

Era el sitio de lomas rodeado,
Aunque por esta senda y paso abierto,
Del Este, Norte, Oeste está abrigado,
Y el Sur le hiere casi en descubierto,
Por do seguido va el camino usado,
De los ligeros bárbaros cubierto
En espaciosa hila prolongada,
Sedientos de la sangre bautizada.

Tras los nuestros los bárbaros saliendo,
En el llano asimismo repararon,
Y la gente esparcida recogiendo,
Dos gruesos escuadrones reformaron:
Los catorce españoles, conociendo
Que era mejor romper, se aparejaron;
Mueven los escuadrones concertados
Por el fuerte Lincoya gobernados.

Con flautas, cuernos, roncos instrumentos,
Alto estruendo, alaridos desdeñosos,
Salen los fieros bárbaros sangrientos
Contra los españoles valerosos,
Que convertir esperan en lamentos
Los arrogantes gritos orgullosos:
Tanto el esfuerzo y ánimo les crece,
Que poca gente en contra les parece.

Aunque allí un español desfigurado,
Que yo no digo aquí cuál dellos era,
Dijo, viendo tan poca gente al lado:
«¡Oh si nuestro escuadron de ciento fuera!»
Pero Gonzalo Hernandez animado,
Vuelto al cielo, responde; «Á Dios pluguiera
Fuéramos solos doce, y dos faltaran,
Que doce de la fama nos llamaran.»
Los caballos en esto apercibiendo,
Firmes y recogidos en las sillas,
Sueltan las riendas, y los piés batiendo,
Parten contra las bárbaras cuadrillas:
Las poderosas lanzas requiriendo,
Afiladas en sangre las cuchillas,
Llamando en alta voz á Dios del cielo,
Hacen gemir y retemblar el suelo.
Calan de fuerte fresno como vigas
Los bárbaros las picas al momento,
De la suerte que suelen las espigas
Derribarse al furor del recio viento:
No bastaron las armas enemigas
Al ímpetu español y movimiento,
Que los nuestros rompieron por un lado,
Dejando el escuadron aportillado.
A un tiempo los caballos volteando,
Lejos las rotas lanzas arrojadas,
Vuelven al enemigo y fiero bando,
En alto ya desnudas las espadas:
Otra vez arremeten, no bastando
Infinidad de puntas enastadas,
Puestas en contra de la airada gente,
Á que no se mezclasen igualmente.

Los unos, que no saben ser vencidos,
Los otros á vencer acostumbrados
Son causa que se aumenten los heridos,
Y que bajen los brazos más pesados:
De llamas los arneses encendidos,
Con gran fuerza y presteza golpeados,
Formaban un rumor, que el alto cielo
Del todo parecia venir al suelo.

El buen Gonzalo Hernandez, presumiendo
Imitar al de Córdova famoso,
Iba por el ejército rompiendo,
No menos diestro y fuerte que animoso;
Peñalosa y Vergara, conociendo
Que vencer ó morir era forzoso,
Hacen de sus personas arriscadas
De esfuerzo y fuerza pruebas señaladas:

El valiente soldado de Escalona,
La rigurosa espada ejercitando,
Aventura y señala su persona
Mil bárbaros valientes señalando:
Don Leonardo Manrique no perdona
Los golpes que recibe, antes doblando
Los suyos con gran priesa y mayor ira,
Los castiga, maltrata y los retira.

Otro, pues, que de Córdova se llama,
Mozo de gran esfuerzo y valentía,
Tanta sangre araucana allí derrama,
Que hizo más de cien viudas aquel dia:
Por una que venganza al cielo clama,
Saltan todas las otras de alegría;
Que al fin son las mujeres variables,
Amigas de mudanzas y mudables.

Cortés y Pero Niño por un lado
Hacen un fiero estrago y cruda guerra;
Moran, Gomez de Almagro y Maldonado
Siembran de cuerpos bárbaros la tierra:
El Herrero, como hombre acostumbrado
Y diestro en golpear, mata y atierra:
Pues Nereda tambien, que era maestro,
Hiere, derriba á diestro y á siniestro.
Como si fueran á morir desnudos,
Las rabiosas espadas así cortan;
Con tanta fuerza bajan golpes crudos,
Que poco fuertes armas les importan:
Lo que sufrir no pueden los escudos,
Los insensibles cuerpos lo comportan
En furor encendidos, de tal suerte,
Que no sienten los golpes ni áun la muerte.
Antes de rabia y cólera abrasados,
Con poderosos golpes los martillan,
Y de muchos con fuerza redoblados
Los cargados caballos arrodillan:
Abollan los arneses relevados,
Abren, desclavan, rompen, deshebillan:
Ruedan las rotas picas y celadas,
Y el aire atruena el son de las espadas.
Lincoya combatiendo y derribando
Anima con hervor los escuadrones,
Contra su fuerza y maza no bastando
De crestas altas fuertes morriones.
Cortés un golpe suyo reparando,
La cabeza inclinó entre los arzones,
Llevándole el caballo medio muerto,
Suelto el freno, corriendo á campo abierto.

Con el cuello inclinado, adormecido
Acá y allá el caballo le traia;
Pero tornando luego en su sentido,
Vergonzoso las riendas recogia:
Vuelve á buscar aquel que le ha herido,
Y al punto que miró le conocia,
Que al mayor araucano que allí andaba
De los hombros arriba le llevaba.

Conócelo tambien en la braveza
Que mostraba, animando allí su gente,
Y en la facilidad y ligereza
Con que esgrime la maza diestramente.
Como el suelto lebrel, por la maleza
Se arroja al jabalí fiero y valiente.
Así asalta Cortés al araucano,
La adarga al pecho, el duro hierro en mano.

Al través le hirió por un costado,
No le valiendo el coselete duro:
Mas de aquella manera le ha mudado,
Que mudara un peñasco ó fuerte muro:
Pasa recio el caballo espoleado,
Y Cortés de Lincoya ya seguro,
Por medio de la espesa escuadra hiende,
Y al un lado y al otro muchos tiende.

Almagro cuerpo á cuerpo combatia
Con el jóven Guacon, soldado fuerte;
Pero presto la lid se decidia,
Que poco se mostró neutral la suerte;
De un golpe Almagro al bárbaro heria,
Por donde una ancha puerta abrió á la muerte,
Sale de ella de sangre roja un rio,
Y ocupa el desangrado cuerpo el frio.

Airado Castañeda en la batalla
Mata, tropella, daña, hiere, ofende;
Acaso á Narpo á la derecha halla,
Y allí la rigurosa espada tiende:
No le valió el jubon de fina malla,
Ni un peto de dos cueros le defiende
Que la furiosa punta no calase,
Y el cuerpo del espíritu privase.

La gente una contra otra se embravece,
Crece el hervor, coraje y la revuelta,
Y el rio la corriente sangre crece,
Bárbara y española toda envuelta:
Del grueso aliento el aire se escurece,
Alguna infernal furia andaba suelta,
Que por llevar á tantos en un dia
Diabólico furor les infundia.

Tanto el teson entre ellos ha durado,
Que espanta cómo alzar pueden los brazos;
Estaban por el uno y otro lado
De amontonados cuerpos los ribazos.
El Sol habia en su curso declinado,
Cuando ya sin vigor hechos pedazos,
De manera igualmente enflaquecian,
Que moverse adelante no podian.

Como el aliento y fuerzas van faltando
Á dos valientes toros animosos,
Cuando en la fiera lucha porfiando
Se muestran igualmente poderosos,
Que se van poco á poco retirando
Rostro á rostro con pasos perezosos,
Cubiertos de un humor y espeso aliento,
Y esparcen con los piés la arena al viento;

Los dos puestos así se retiraron,
Sin sangre y sin vigor desalentados,
Que jamás las espaldas se mostraron,
Mas siempre frente á frente careados,
Ambos á un mismo tiempo repararon,
Á un punto hicieron alto, y desviados
Los unos de los otros tanto estaban,
Que aún un tiro de flecha no distaban.
Mirábanse del uno y otro bando
En el sitio y contrario alojamiento,
Cubiertos de agua y sangre y jadeando,
Que no pueden hartarse del aliento:
Los fatigados miembros regalando,
El pecho y boca abierta al fresco viento,
Que con templados soplos respiraba,
Mitigando del Sol la fuerza brava.
Y desde allí con lenguas injuriosas
Á falta de las manos se ofendian:
Diciéndose palabras afrentosas
La muerte con rigor se prometian;
Y á vueltas de esto, flechas peligrosas
Los enemigos arcos despedian,
Que aunque el aliento y fuerza les faltaba
El rabioso rencor las arrojaba.
Yo no sé de cuál brazo descansado
Una flecha con ímpetu saliendo,
Á manera de rayo arrebatado,
El aire con rumor iba rompiendo:
Tocó en soslayo á Córdova en un lado,
Y la furiosa punta no prendiendo,
Torció á Moran el curso, y encarnada
Por el ojo derecho abrió la entrada.

El buen Moran con mano cruda y fuerte
Sacó la flecha y ojo en ella asido;
Gonzalo, al duro paso de la muerte
Le apercibe y esfuerza condolido;
Pero Moran gritó: «No estoy de suerte
Que me sienta de esfuerzo enflaquecido;
Que solo, así herido, soy bastante
Á vencer cuantos veis que están delante.»

Pica el caballo temerariamente,
Que galopear no puede de cansado,
Contra todo aquel número de gente,
Que en escuadron estaba reformado:
Pero Gonzalo Hernandez diligente
Se le puso delante acelerado,
Que ya Lincoya al paso le salia,
Y al puesto, aunque por fuerza, le volvia.

Con grande alarde, estruendo y movimiento,
Sobre la cumbre de una verde loma,
Tendidas las banderas por el viento,
Lautaro con la presta gente asoma.
Como cuando de lejos el hambriento
Leon, viendo la presa, placer toma,
Y mira acá y allá, feroz rugiendo,
El bedijoso cuello sacudiendo;

Lautaro así veloz por un repecho
Bajaba, enderezando á los de España,
Pensando él solo dar fin á aquel hecho,
Si no le desamparan la campaña.
Delante de su gente va gran trecho:
Digna es de celebrarse tal hazaña;
Solos catorce esperan, hechos piezas,
Rotos los brazos, piernas y cabezas.

Cuatro mil sobrevienen vitoriosos,
Apiñados los nuestros los esperan,
No de ver tanta gente temerosos,
Porque aún morir con más honor quisieran;
Los fieros enemigos orgullosos
En alta voz gritaban: «Mueran ! mueran !»
Y el Lincoyano ejército animado,
Tambien acometió por otro lado.

Lanzaron los caballos los cristianos,
Batiendo bien de espacio el hueco suelo
Contra los descansados araucanos
Que fieros amenazan tierra y cielo:
Vienen con tardos piés á prestas manos,
Y del primer encuentro hecho un hielo
Pero Niño tocó la blanca arena,
Bañándola de sangre en larga vena.

Atravesóle el cuerpo la herida,
Aunque en atribuirla hay desconcierto:
Unos dicen que Angol fué el homicida,
Otros que Leocoton, y esto es más cierto:
Cualquier de ellos que fué, de gran caida
Pero Niño quedó en el campo muerto
Con un trozo de pica atravesado,
Donde fué del tropel despedazado.

Tambien el de Manrique volteando
Á los piés de Lautaro muerto vino;
Rompen los otros doce, enderezando
Por las espesas armas al camino:
Pero Ongolmo, los piés apresurando,
De un golpe derribó fuera de tino
Á Nereda, que en guerras era experto;
Cortés de muy herido cayó muerto.

Tras él al suelo fué Diego García,
De una llaga mortal abierto el pecho;
De otro golpe Escalona se tendia
Que Tucapel le acierta por derecho:
Los demas españoles en la via
(Considere quien ya se vió en estrecho)
Con cuánta priesa baten las ijadas
De los lasos caballos desangradas.
El fiero Tucapel haciendo guerra
Á todos con audacia los asalta,
Y en viendo que estos dos baten la tierra,
Gallardo por encima dellos salta:
Topa á Almagro y con él ligero cierra,
En los piés levantado y la maza alta,
Que sobre él derribándola venia
Con toda la pujanza que tenia.
Ó fué mal tiento, ó furia que llevaba,
Ó que el Sumo Señor quiso librallo,
Que el tiro á la cabeza señalaba,
Y á dar vino á las ancas del caballo:
Con tanta fuerza el golpe le cargaba,
Que Almagro más no pudo meneallo,
Quedando derrengado de manera
Que si fuera de masa ó blanda cera.
Almagro con presteza por un lado,
Viendo el caballo cojo, se derriba,
Ora fué su ventura y diestro hado,
Ora siniestro del que tras él iba,
El cual era el valiente Maldonado,
Que envuelto en sangre y polvo al punto arriba
Que el golpe segundaba Tucapelo,
Y por poco con él diera en el suelo.

Con el jinete estribo en el derecho
Lado al bárbaro encuentra de pasada,
Y cuatro ó cinco pasos ó más trecho
Lo lleva hácia delante por la estrada:
Brama el bárbaro ardiendo de despecho:
Víbora no se vió más enconada,
Ni pisado escorpion vuelve tan presto
Como el indio volvió el airado gesto.
Muda el intento, muda la sentencia
Que contra Juan de Almagro dado habia,
Y la furiosa maza é impaciencia
Al triste Maldonado revolvia:
Cala un golpe con toda su potencia,
Mas el presto caballo se desvia;
Tucapel de furioso el tiro yerra,
Y el ferrado troncon metió por tierra.
No escapó Maldonado de la muerte,
Que al punto llega el bravo Lemolemo
Con un largo baston ñudoso y fuerte,
A manera de corvo y grueso remo;
Y un golpe le señala de tal suerte,
Que no le erró el ferrado y duro extremo,
Ni celada prestó de estofa llena,
Que los sesos saltaron por la arena.
En esto una gran nube tenebrosa,
El aire y cielo súbito turbando,
Con una obscuridad triste y medrosa
Del Sol la luz escasa fué ocupando:
Salta aquilon con furia procelosa
Los árboles y plantas inclinando,
Envuelto en raras gotas de agua gruesas,
Que luego descargaron más espesas.

Como el diestro atambor, que apercibiendo
Al duro asalto y fiera batería,
Va con los tardos golpes previniendo
La presta y animosa compañía,
Pero el punto y señal última oyendo,
Suena la horrenda y áspera armonía:
Así el negro nublado turbulento
Lanza un diluvio súbito y violento.

En escura tiniebla el cielo vuelto,
La furiosa tormenta se esforzaba,
Agua, piedras y rayos todo envuelto
En espesos relámpagos lanzaba:
El araucano ejército revuelto
Por acá y por allá se derramaba:
Crece la tempestad horrenda, tanto
Que á los más esforzados puso espanto.

De Juan Gomez la próspera ventura
Hizo que al punto el cielo se cerrase,
Y la tiniebla de la noche escura
Gran rato en su favor se anticipase:
Turbado se metió en una espesura
Hasta tanto que el ímpetu pasase
De aquella gente bárbara furiosa,
De la española sangre codiciosa.

Cuando vió en su violencia el torbellino
Y que él podia salir más encubierto,
El bosque deja y toma su camino,
Que el temor se le muestra bien abierto:
Cayendo y levantando al cabo vino,
De sangre, lodo y de sudor cubierto,
Junto donde los nuestros esperaban
Si las furiosas aguas aplacaban.

Estaban del camino desviados,
Y uno de los caballos relinchando,
El español con pasos sosegados
Al alegre rumor se fué acercando:
Llegó adonde los seis amedrentados
Con baja voz estaban dél tratando,
Y en aquella sazon se les presenta,
Dándoles del suceso entera cuenta.
Con espanto fué luego conocido,
Que entre ellos ya por muerto se tenia,
Y cada uno de lástima movido,
Á morir en su ayuda se ofrecia;
Mas él como animoso y entendido,
Viendo que aprovechar no le podia,
Dice: «De mí, señores, nadie cure,
La vida el que pudiere la asegure.»
Esto no dijo bien, cuando esforzado
Por el bosque tomó una senda incierta,
Y aquella más usada deja á un lado,
De gente y pueblos bárbaros cubierta:
Otro trance mayor le está guardado;
Pero pues hay de Chile historia cierta,
Allí lo podrá ver el que quisiere,
Si gana de saberlo le viniere.
El coronista Estrella escribe al justo
De Chile y del Perú en latin la historia,
Con tanta erudicion, que será justo
Que dure eternamente su memoria;
Y la vida de Cárlos Quinto Augusto,
Y en versos los encomios y la gloria
De varones ilustres en milicia,
Gobernacion, en letras y justicia.

Vuelvo á los seis guerreros, que sintiendo
La desgracia de Almagro, lo mostraban:
Pero ayudalle en ella no pudiendo,
Á la Imperial ciudad enderezaban:
La tempestad furiosa iba creciendo,
Relámpagos y truenos no cesaban,
Hasta que salió el Sol y el claro dia
La plaza de Puren les descubria.

Era un castillo, el cual con poca gente
Le habia Juan Gomez antes sustentado,
Hallándose una noche de repente
De multitud de bárbaros cercado:
Repelidos al fin gallardamente,
Fué por su industria el cerco levantado:
No escribo esta batalla, aunque famosa,
Por no tardarme tanto en cada cosa.

Allí los seis guerreros arribados
Fueron con tierna muestra recebidos
De los caros amigos admirados
De verlos á tal término traidos;
Míseros, afligidos, demudados,
Flacos, roncos, deshechos, consumidos,
Corriendo sangre y lodo, sin celadas,
Las armas con las carnes destrozadas.

Casi veinticuatro horas sustentaron
Las armas defendiendo su partido,
Que nunca en este tiempo descansaron,
Haciendo lo que habeis, Señor, oido:
Un rato en el castillo reposaron,
Del cual la noche atrás habian salido,
No con poco temor de los de casa,
Y más cuando supieron lo que pasa.

La sangre les cuajó un temor helado,
Gran turbacion les puso á todos, cuando
El caso de Valdivia desastrado
Les fueron por sus términos narrando:
Y así viendo el castillo mal parado,
De consejo comun, considerando
La pujanza que el bárbaro traia,
Le dejaron desierto el mismo dia.
Hácia Cauten tomaron la jornada,
Llevando á Almagro acaso de camino,
Que por venir la noche tan cerrada
Libre salió del campo lautarino:
La fuerza fué por tierra derribada,
Que luego el enemigo pueblo vino
Talando municiones y comidas,
Que en el castillo estaban recogidas.
Dieron vuelta los bárbaros gozosos
Hácia donde su ejército venia,
Retumbando en los montes cavernosos
El alegre rumor y vocería;
Y por aquellos prados espaciosos,
Con la alegre vitoria de aquel dia,
Tales cantos y juegos inventaban
Que el cansancio con ellos engañaban.
Juntos, el general con grave muestra
Los habla y los recibe alegremente;
Y asiendo blandamente de la diestra
Al valiente Lautaro, su teniente,
Una escuadra le entrega de maestra,
Escogida, gallarda y buena gente,
En armas y trabajo ejercitada,
Para cualquier empresa y gran jornada.

A Lautaro dejemos pues en esto,
Que mucho su proceso me detiene:
Forzoso á tratar dél volveré presto,
Que llegar hasta Penco me conviene,
Pues hace tanto á nuestro presupuesto
Decir cómo á la guerra se previene
Que sangrienta y mortal se aparejaba,
Y el justo sentimiento que mostraba.

Ya la fama, ligera embajadora
De tristes nuevas y de grandes males,
Á Penco atormentaba de hora en hora,
Esforzando su voz ruines señales:
Cuando llegan los indios á deshora,
Los dos que ya conté que en los jarales,
Viendo á Valdivia roto, se escondieron,
Y éstos el triste caso refirieron.

Por mensajeros ciertos entendiendo
El duro y desdichado acaecimiento,
Viejos, mujeres, niños concurriendo,
Se forma un triste y general lamento:
El cielo con aguda voz rompiendo,
Hinchen de triste lástimas el viento
Nuevas viudas, huérfanas, doncellas;
Era una dolorosa cosa vellas.

Los blancos rostros, más que flores bellos,
Eran de crudos puños ofendidos,
Y manojos dorados de cabellos
Andaban por los suelos esparcidos;
Vieran pechos de nieve y tersos cuellos
De sangre y vivas lágrimas teñidos;
Y rotos por mil partes y arrojados
Ricos vestidos, joyas y tocados.

No con menor estruendo los varones
De la edad más robusta juntamente
Daban de su dolor demostraciones,
Pero con otro modo diferente:
Suenan las armas, suenan municiones,
Suena el nuevo aparato de la gente;
Y la ronca trompeta del dios Marte
Á guerra incita ya por toda parte.

Unos botas espadas afilaban,
Otros petos mohosos enlucian,
Otros las viejas cotas remallaban,
Hierros otros en astas engerian,
Cañones reforzados apuntaban,
Al viento las banderas descogian,
Y en alardosa muestra los soldados
Iban por todas partes ocupados.

Caudillo era y cabeza de la gente
Francisco Villagran, varon tenido
Por sábio en la milicia y suficiente,
Con suma diligencia prevenido:
De Pedro de Valdivia fué teniente,
Despues de su persona obedecido:
Sentido del suceso y caso fuerte
Brama por la venganza de su muerte.

Las mujeres de nuevos alaridos
Hieren el alto cóncavo del cielo,
Viendo al peligro puestos los maridos
Y ellas en tal trabajo y desconsuelo:
Con lagrimosos ojos y gemidos,
Echadas de rodillas por el suelo,
Les ponen los hijuelos por delante;
Pero cosa á moverlos no es bastante.

Ya de lo necesario aparejados
En demanda del bárbaro salian,
De arneses lucidísimos armados,
Que vistosos de lejos parecian:
Las mujeres por torres y tejados
Con fijos ojos tiernos los seguian;
Y echándoles de allí mil bendiciones,
Vuelven á Dios el ruego y peticiones.

Del tropel se despiden ciudadano,
Que del pueblo saliera á acompañallos,
Y en busca del ejército araucano
Pican á toda priesa los caballos:
Dejan á la siniestra á Mareguano,
Y á la diestra de Talca los vasallos,
Hijo de Talcaguano, que su tierra
La ciñe casi en torno el mar y sierra.

De los seguros límites pasando,
Pisan de Andalican la enjuta arena,
Y el espacioso llano atravesando,
Suben las lomas, y el rumor no suena;
Y al pié del cerro andálico llegando,
Sin entender lo que Lautaro ordena,
Solo el miedo de entrar por el estado
Les mitigó el furor demasiádo.

Un paso peligroso, ágrio y estrecho,
De la banda del Norte está á la entrada
Por un monte asperísimo y derecho,
La cumbre hasta los cielos levantada:
Está tras este un llano á poco trecho,
Y luego otra menor cuesta tajada,
Que divide el distrito andalicano
Del fértil valle y límite araucano.

Esta cuesta Lautaro habia elegido
Para dar la batalla, y por concierto
Tenia todo su ejército tendido
En lo más alto della y descubierto:
Viendo que á pié en lo llano es mal partido
Seguir á los caballos campo abierto,
El alto y primer cerro deja exento,
Pensando allí alcanzarlos por aliento.
Porque se tome bien del sitio el tino
Quiero aquí figurarle por entero:
La subida no es mala del camino,
Mas todo lo demas despeñadero:
Tiene al Poniente al bravo mar vecino,
Que bate al pié de un gran derrumbadero,
Y en la cumbre y más alto de la cuesta
Se allana cuanto un tiro de ballesta.
Estaba el alto cerro coronado
Del poderoso ejército enemigo,
Y el camino al entrar desocupado,
Sin defensa ni estorbo, como digo:
Pasado el primer monte, habia llegado
Al pié deste segundo bando amigo;
Pero aquí Villagran confuso estuvo,
Que el peligroso trance le detuvo.
Como el romano César, receloso
El pié en el Rubicon fijó á la entrada,
Pensando allí de nuevo el peligroso
Hecho que acometia y gran jornada;
Al fin soltó las riendas animoso;
Diciendo: «Sús! la suerte ya es echada!....»
Así nuestro español rompió el camino,
Dando libre la rienda á su destino.

Apenas el primer paso habia dado,
Cuando luego tras él osadamente
Por el fragoso monte levantado
Alegre comenzó á subir la gente:
Lautaro sin moverse, arrinconado,
Franca les da la entrada llanamente;
Diez mil hombres gobierna, gente usada
En el duro ejercicio de la espada.
Tenia su campo en torno de la cuesta,
Y mandado que nadie se moviese
Un paso á comenzar la dura fiesta,
Hasta que el son de arremeter se oyese,
Con una irremisible pena puesta
Para aquel que del término saliese;
Que estaban así quedos y callados
Cual si fueran en mármoles mudados.
Pues la española gente, deseando
Ejercitar la vencedora diestra,
Se va á los enemigos acercando
Por la banda del bárbaro siniestra:
Lautaro al puesto término llegando,
Presenta la batalla en bella muestra,
Con gran rumor de bárbaras trompetas,
Atambores, bocinas y cornetas.
Paréceme, Señor, que será justo
Dar fin al largo canto en este paso,
Porque el deseo del otro mueva el gusto,
Y porque de cantar me siento laso.
Suplícoos que el tardar no os dé disgusto,
Pareciéndoos que voy tan paso á paso,
Que áun de gentes agravio una gran suma,
Atento á no llevar prolija pluma.

CANTO V.

Contiénese la reñida batalla que entre los españoles y los araucanos hubo en la cuesta de Andalican, donde por la astucia de Lautaro y el demasiado trabajo de los españoles, fueron los nuestros desbaratados, y muertos más de la mitad de ellos, juntamente con tres mil indios amigos.

Siempre el benigno Dios, por su clemencia,
Nos dilata el castigo merecido,
Hasta ver sin emienda la insolencia
Y el corazon rebelde endurecido:
Y es tanta la dañosa inadvertencia,
Que aunque vemos el término cumplido
Y ejemplo del castigo en el vecino,
No queremos dejar el mal camino.

Dígolo, porque viene muy contenta
Nuestra gente española á las espadas,
Que en el fin de Valdivia no escarmienta,
Ni mira haber seguido sus pisadas:
Presto la vereis dar estrecha cuenta
De las culpas presentes y pasadas;
Que el verdugo Lautaro, ardiendo en saña
Se muestra con su gente en la campaña.

Villagran con la suya á punto puesto,
En el estrecho llano se detiene;
Plantando seis cañones en buen puesto,
Ordena aquí y allí lo que conviene:
Estuvo sin moverse un rato en esto
Por ver el órden que Lautaro tiene,
Que ocupaba su gente tanto trecho
Que mitigó el ardor de más de un pecho.

De muchos fué esta guerra deseada;
Pero sabe ora Dios sus intenciones,
Viendo toda la cuesta rodeada
De gente en concertados escuadrones:
La sangre, del temor ya resfriada,
Con presteza acudió á los corazones;
Los miembros, del calor desamparados,
Fueron luego de esfuerzo reformados.

Con nuevo encendimiento están bramando,
Porque la trompa del partir no suena;
Tanto el trance y batalla deseando
Que cualquiera tardanza les da pena.
De la otra parte el araucano bando,
Sujeto á lo que su caudillo ordena,
Rabiaba por cerrar; mas la obediencia
Le pone duro freno y resistencia.

Como el feroz caballo, que impaciente,
Cuando el competidor ve ya cercano,
Bufa, relincha, y con soberbia frente
Hiere la tierra de una y otra mano;
Así el bárbaro ejército obediente,
Viendo tan cerca el campo castellano,
Gime por ver el juego comenzado,
Mas no pasa del término asignado.

Desta manera, pues, la cosa estaba,
Ganosos de ambas partes por juntarse;
Pero ya Villagran consideraba
Que era dalles más ánimo el tardarse:
Tres bandas de jinetes apartaba
De aquellos codiciosos de probarse,
Que á la seña, sin más amonestallos,
Ponen las piernas recio á los caballos.

El campo con ligeros piés batiendo,
Salen con gran tropel y movimiento;
Rauco se estremeció del son horrendo,
Y la mar hizo extraño sentimiento.
Los corregidos bárbaros temiendo
De Lautaro el expreso mandamiento,
Aunque por los herir se deshacian,
El paso hácia adelante no movian.

Con el concierto y órden que en Castilla
Juegan las cañas en solemne fiesta,
Que parte y desembraza una cuadrilla,
Revolviendo la darga al pecho puesta:
Así los nuestros firmes en la silla,
Llegan hasta el remate de la cuesta,
Y vuelven casi en cerco á retirarse,
Por no poder romper sin despeñarse.

Toman al retirar la vuelta larga,
Y desta suerte muchas vueltas prueban;
Pero todas las veces una carga
De flecha, dardo y piedra espesa llevan:
Á algunos vale allí la buena adarga;
Las celadas y grebas bien aprueban,
Que no pueden venir al corto hierro
Por ser peinado en torno el alto cerro.

Firme estaba Lautaro sin mudarse,
Y cercada de gente la montaña;
Algunos que pretenden señalarse
Salen con su licencia á la campaña:
Quieren uno por uno ejercitarse
De la pica y baston con los de España;
Ó dos á dos, ó tres á tres soldados,
Á la franca eleccion de los llamados.

Usando de mudanzas y ademanes
Vienen con muestra airosa y contoneo,
Más bizarros que bravos alemanes,
Haciendo aquí y allí gentil paseo:
Como los diestros y ágiles galanes
En público ejercicio del torneo,
Así llegan gallardos á juntarse
Y con las duras puntas á tentarse.

Quien piensa de la pica ser maestro
Sale á probar la fuerza y el destino,
Tentando el lado diestro y el siniestro,
Buscando lo mejor con sábio tino:
Cuál acomete, vence y hurta presto,
Hallando para entrar franco el camino;
Cuál hace el golpe vano, y cuál tan cierto
Que da con su enemigo en tierra muerto.

Otros de estas posturas no se curan,
Ni paran en el aire y gentileza;
Que el golpe sea mortal solo procuran,
Y en el cuerpo y los piés llevar firmeza:
Con ánimo arrojado se aventuran,
Llevados de la cólera y braveza;
Ésta á veces los golpes hace vanos,
Y ellos venir más juntos á las manos.

Pero por más veloz en la corrida
El mozo Curioman se señalaba,
Que con gallarda muestra y atrevida
Larga carrera sin temor tomaba:
Y blandiendo una lanza muy fornida
En medio de la furia la arrojaba,
Que nunca de ballesta al torno armada
Jara con tal presteza fué enviada.
Habia siete españoles ya herido,
Mas nadie se atraviesa á la venganza,
Que era el valiente bárbaro temido
Por su esfuerzo, destreza y gran pujanza:
En esto Villagran algo corrido,
Viéndole despedir la octava lanza,
Dijo con voz airada: «¿No hay alguno
Que castigue este bárbaro importuno?»
Diciendo esto, miraba á Diego Cano,
El cual de osado crédito tenia,
Que, una asta grüesa en la derecha mano,
Su rabican preciado apercebia;
Y al tiempo cuando el bárbaro lozano
Con fuerza extrema el brazo sacudia,
En la silla los muslos enclavados
Hiere al caballo á un tiempo entrambos lados.
Con menudo tropel y gran ruïdo
Sale el presto caballo desenvuelto
Hácia el gallardo bárbaro atrevido,
Que en esto las espaldas habia vuelto;
Pero el fuerte español, embebecido
En que no se le fuese, el freno suelto,
Bate al caballo á priesa los talones
Hasta los enemigos escuadrones.

No el araucano y fiero ayuntamiento
Con las espesas picas derribadas,
Ni el presuroso y recio movimiento
De mazas y de bárbaras espadas
Pudieron resistir al duro intento
Del airado español, que las pisadas
Del ligero araucano iba siguiendo,
La espesa turba y multitud rompiendo:

Donde á pesar de tantos y á despecho,
Con grande esfuerzo y valerosa mano
Rompe por ellos, y la lanza el pecho
De aquel que dilató su muerte en vano:
Y glorioso del bravo y alto hecho,
Al caballo picó á la diestra mano,
Abriendo con esfuerzo y diestro tino
Por medio de las armas el camino.

Luego se arroja el escuadron jinete
Al araucano ejército llamando,
Que á esperarle parece que acomete,
Y váse luego al borde retirando:
Una, cuatro y diez veces arremete,
Poco el arremeter aprovechando;
Que en aquella sazon ninguna espada
Habia de sangre bárbara manchada.

Los cansados caballos trabajaban,
Mas poco del trabajo se aprovecha,
Que los nuestros en vano les picaban,
Heridos y hostigados de la flecha:
Las bravezas de algunos aplacaban
Viéndose en aquel punto y cuenta estrecha,
Ellos lasos, los otros descansados,
Los pasos y caminos ya cerrados.

La presta y temorosa artillería
Á toda furia y priesa disparaba,
Y así en el escuadron indio batia,
Que cuanto topa enhiesto lo allanaba:
De fuego y humo el cerro se cubria,
El aire cerca y lejos retumbaba:
Parece con estruendo abrirse el suelo
Y respirar un nuevo Mongibelo.

Visto Lautaro serle conveniente
Quitar y deshacer aquel nublado,
Que lanzaba los rayos en su gente
Y habia gran parte della destrozado;
Al escuadron que á Leucoton valiente
Por su valor le estaba encomendado
Le manda arremeter con furia presta
Y en alta voz diciendo le amonesta:

« ¡Oh fieles compañeros vitoriosos
Á quien fortuna llama á tales hechos!
¡Ya es tiempo que los brazos valerosos
Nuestras causas aprueben y derechos!
¡Sús, sús, calad las lanzas animosos!
¡Rompan los hierros los contrarios pechos,
Y por ellos abrid roja corriente
Sin respetar á amigo ni á pariente!

» A las plazas guiad, que si ganadas
Por vuestro esfuerzo son, con tal vitoria
Célebres quedarán vuestras espadas,
Y eterna al mundo dellas la memoria:
El campo seguirá vuestras pisadas,
Siendo vos los autores desta gloria.»
Y con esto la gente envanecida
Hizo la temeraria arremetida.

Por infame se tiene allí el postrero,
Que es la cosa que entre ellos más se nota;
El más medroso quiere ser primero
Á probar si la lanza lleva bota:
No espanta ver morir al compañero,
Ni llevar quince ó veinte una pelota,
Volando por los aires hechos piezas,
Ni el ver quedar los cuerpos sin cabezas.

No los perturba y pone allí embarazo,
Ni punto los detiene el temor ciego;
Antes si el tiro á alguno lleva el brazo,
Con el otro la espada esgrime luego:
Llegan sin reparar hasta el ribazo
Donde estaba la máquina del fuego;
Viéranse allí las balas escupidas
Por la bárbara furia detenidas.

Los demas arremeten luego en rueda,
Y de tiros la tierra y sol cubrian:
Pluma no basta, lengua no hay que pueda
Figurar el furor con que venian:
De voces, humo, fuego y polvareda
No se entienden allí ni conocian;
Mas poco aprovechó este impedimento,
Que ciegos se juntaban por el tiento.

Tardaron poco espacio en concertarse
Las enemigas haces ya mezcladas:
Lo que allí se vió más para notarse
Era el presto batir de las espadas:
Procuran ambas partes señalarse,
Y así vieran cabezas y celadas
En cantidad y número partidas,
Y piernas de sus troncos divididas.

Unos por defender la artillería,
Con tal ímpetu y furia acometida;
Otros por dar remate á su porfia
Traban una batalla bien reñida:
Para un solo español cincuenta habia,
La ventaja era fuera de medida;
Mas cada cual por sí tanto trabaja,
Que iguala con valor á la ventaja.
No quieren que atrás vuelva el estandarte
De Cárlos Quinto, Máximo, glorioso,
Mas que, á pesar del contrapuesto Marte,
Vaya siempre adelante vitorioso:
El cual terrible y fiero á cada parte,
Envuelto en ira y polvo sanguinoso,
Daba nuevo vigor á las espadas,
De tanto combatir áun no cansadas.
Renuévase el furor y la braveza
Segun es el herir apresurado,
Con aquel mismo esfuerzo y entereza
Que si entonces la hubieran comenzado:
Las muertes, el rigor y la crueza,
Esto no puede ser significado,
Que la espesa y menuda yerba verde
En sangre convertida el color pierde.
Villagran la batalla en peso tiene,
Que no pierde una mínima su puesto;
De todo lo importante se previene,
Aquí va, y allí acude, y vuelve presto:
Hace de capitan lo que conviene
Con usada experiencia; y fuera desto,
Como usado soldado y buen guerrero
Se arroja á los peligros el primero.

Andando envuelto en sangre á Torbo mira
Que en los cristianos hace gran matanza;
Lleva el caballo, y él llèvado de ira
Requiere en la derecha bien la lanza:
En los estribos firme al pecho tira;
Mas la codicia y sobra de pujanza
Desatentó la presurosa mano,
Haciendo antes de tiempo el golpe en vano.

Hiende el caballo desapoderado
Por la canalla bárbara enemiga,
Revuelve á Torbo el español airado,
Y en bajo el brazo la jineta abriga;
Pásale un fuerte peto tresdoblado
Y el jubon de algodon, y en la barriga
Le abrió una gran herida por do al punto
Vertió de sangre un lago y la alma junto.

Saca entera la lanza, y derribando
El brazo atrás, con ira la arrojaba:
Vuelve la furiosa asta rechinando
Del ímpetu y pujanza que llevaba,
Y á Corpillan que estaba descansando
Por entre el brazo y cuerpo le pasaba,
Y al suelo penetró sin dañar nada,
Quedando media braza en él fijada.

Y luego Villagran, la espada fuera,
Por medio de la hueste va á gran priesa;
Haciendo con rigor ancha carrera
Adonde va la turba más espesa.
No ménos Pedro de Olmos de Aguilera
En todos los peligros se atraviesa,
Habiendo él solo muerto por su mano
Á Guancho, Canio, Pillo y Titaguano.

Hernando y Juan, entrambos de Alvarado,
Daban de su valor notoria muestra,
Y el viejo gran jinete Maldonado
Voltea el caballo allí con mano diestra,
Ejercitando con valor usado
La espada, que en herir era maestra,
Aunque la débil fuerza envejecida
Hace pequeño el golpe y la herida.
Diego Cano á dos manos, sin escudo,
No deja lanza enhiesta ni armadura,
Que todo por rigor de filo agudo
Hecho pedazos viene á la llanura:
Pues Peña, aunque de lengua tartamudo,
Se revuelve con tal desenvoltura
Cual Cesio entre las armas de Pompeo,
Ó en Troya el fiero hijo de Peleo.
Por otra parte el español Reinoso,
De ponzoñosa rabia estimulado,
Con la espada sangrienta va furioso
Hiriendo por el uno y otro lado;
Mata de un golpe á Palta, y riguroso
La punta enderezó contra el costado
Del fuerte Ron, y así acertó la vena,
Que la espada de sangre sacó llena.
Bernal, Pedro de Aguayo, Castañeda,
Ruiz, Gonzalo Hernandez, y Pantoja
Tienen hecha de muertos una rueda
Y la tierra de sangre toda roja:
No hay quien ganar del campo un paso pueda
Ni el espeso herir un punto afloja,
Haciendo los cristianos tales cosas
Que las harán los tiempos milagrosas.

Mas eran los contrarios tanta gente,
Y tan poco el remedio y confianza,
Que á muchos les faltaban juntamente
La sangre, aliento, fuerza y la esperanza:
Llevados, pues, al fin de la corriente,
Sin poder resistir la gran pujanza,
Pierden un largo trecho la montaña
Con todas las seis piezas de campaña.

Del antiguo valor y fortaleza
Sin aflojar los nuestros siempre usaron;
No se vió en español jamás flaqueza
Hasta que el campo y sitio les ganaron:
Mas viéndose á tal hora en estrecheza,
Que pasaba de cinco que empezaron,
Comienzan á dudar ya la batalla
Perdiendo la esperanza de ganalla.

Dudan por ver al bárbaro tan fuerte,
Cuando ellos en la fuerza iban menguando;
Representóles el temor la muerte,
Las heridas y sangre resfriando:
Algunos desaniman de tal suerte
Que se van al camino retirando,
No del todo, Señor, desbaratados,
Mas haciéndoles rostro y ordenados.

Pero el buen Villagran, haciendo fuerza,
Se arroja y contrapone al paso airado,
Y con sábias razones los esfuerza,
Como de capitan escarmentado,
Diciendo: «Caballeros, nadie tuerza
De aquello que á su honor es obligado;
No os entregueis al miedo, que es, yo os digo,
De todo nuestro bien grande enemigo.

»Sacudidle de vos, y vereis luego
La deshonra y afrenta manifiesta:
Mirad que el miedo infame, torpe y ciego
Más que el hierro enemigo aquí os molesta:
No os turbeis, reportaos, tened sosiego,
Que en este solo punto teneis puesta
Vuestra fama, el honor, vida y hacienda,
Y es cosa que despues no tiene emienda.

»¿A dó volveis sin órden y sin tiento,
Que los pasos tenemos impedidos?
¿Con cuánto deshonor y abatimiento
Seremos de los nuestros acogidos?
La vida y honra está en el vencimiento,
La muerte y deshonor en ser vencidos:
Mirad esto, y vereis huyendo cierta
Vuestra deshonra y más la vida incierta.»

De la plaza no ganan cuanto un dedo
Por esto y otras cosas que decia,
Segun era el terror y extraño miedo
En que el peligro puesto los habia.
«¿Dónde quedar mejor que aquí yo puedo?»
Diciendo Villagran, con osadía
Temeraria arremete á tanta gente,
Solo para morir honradamente.

La vida ofrece de acabar contenta,
Por no estar al rigor de ser juzgado;
Teme más que á la muerte alguna afrenta
Y el verse con el dedo señalado:
No quiere andar á todos dando cuenta
Si á volver las espaldas fué forzado;
Que por dolencia ó mancha se reputa
Tener hombre el honor puesto en disputa.

Cuán bien desto salió, que del caballo
Al suelo le trujeron aturdido;
Cuál procura prendello, cuál matallo;
Pero las buenas armas le han valido;
Otros dicen á voces: «¡Desarmallo!»
Acude allí la gente y el ruïdo.....
Mas quien saber el fin desto quisiere,
Al otro canto pido que me espere.

CANTO VI.

Prosigue la comenzada batalla, con las extrañas y diversas muertes que los araucanos ejecutaron en los vencidos, y la poca piedad que con los niños y mujeres usaron, pasándolos todos á cuchillo.

Al valeroso espíritu, ni suerte,
Ni revolver de hado riguroso
Le pueden presentar caso tan fuerte
Que le traigan á estado vergonzoso;
Como ahora á Villagran, que con su muerte,
No siendo de otro modo poderoso,
Piensa atajar el áspero camino
Adonde le tiraba su destino.

Sus soldados, el paso apresurando,
En confuso monton se retrujeron,
Cuando en el nuevo y gran rumor mirando
Á su buen capitan en tierra vieron:
Solos trece, la vida despreciando,
Los rostros y las riendas revolvieron;
Rasgando á los caballos los ijares
Se arrojan á embestir tantos millares.

Con más valor que yo sabré decillo
El pequeño escuadron ligero cierra,
Abriendo en los contrarios un portillo,
Que casi puso en condicion la guerra:
Rompen hasta do el mísero caudillo
De golpes aturdido estaba en tierra,
Sin ayuda y favor desamparado,
De la enemiga turba rodeado.

Todos á un tiempo quieren ser primeros
En esta empresa y suerte señalada,
Y estaban como lobos carniceros
Sobre la mansa oveja desmandada,
Cuando discordes con ahullidos fieros
Forman música en voz desentonada;
Y en esto los mastines del egido
Llegan con gran presteza á aquel ruïdo;

Así los enemigos apiñados,
En medio al triste Villagran tenian,
Que por darle la muerte, embarazados,
Los unos á los otros se impedian:
Mas los trece españoles esforzados,
Rompiendo á la sazon, sobrevenian
De roja y fresca sangre ya cubiertos
De aquellos que dejaban atrás muertos.

Con gran presteza, del amor movidos,
Adonde á Villagran ven se arrojaban,
Y los agudos hierros atrevidos
De nuevo en sangre nueva remojaban:
Desamparan el cerco los heridos,
Acá y allá medrosos se apartaban:
Algunos sustentaban con más suerte
Su parte y opinion hasta la muerte.

Si un espeso monton se deshacia,
Desocupando el campo escarmentados,
Otra junta mayor luego nacia,
Y estaban sus lugares ocupados:
Del sueño Villagran aún no volvia;
Mas tal maña se dieron sus soldados,
Y así las prestas armas revolvieron,
Que en su acuerdo á caballo lo pusieron.

A tardarse más tiempo fuera muerto,
Y á bien librar salió tan mal parado
Que, aunque estaba de planchas bien cubierto,
Tenia el cuerpo molido y magullado:
Pero del sueño súbito despierto,
Viendo trece españoles á su lado,
Olvidando el peligro en que aún estaba,
Entre los duros hierros se lanzaba.

Por medio del ejército enemigo
Sin escarmiento ni temor hendia,
Llevando en su defensa al bando amigo,
Que destrozando bárbaros venia:
Trillan, derriban, hacen tal castigo
Que duran las reliquias hoy en dia,
Y durará en Arauco muchos años
El estrago y memoria de los daños.

Bernal hiere á Mailongo de pasada
De un valiente altibajo á fil derecho;
No le valió de acero la celada,
Que los filos corrieron hasta el pecho:
Aguilera al través tendió la espada,
Y al dispuesto Guaman dejó mal trecho;
Haciendo ya el temor tan ancha senda
Que bien pueden correr á toda rienda.

Salen, pues, los catorce vitoriosos
Donde los otros de su bando estaban,
Que turbados, sin órden, temerosos
De ver su muerte ya remolinaban:
No bastaron ni fueron poderosos
Villagran y los otros que llegaban
Á estorbar el camino comenzado,
Que ya el temor gran fuerza habia cobrado.

Viendo bravo y gallardo al araucano,
Del todo de vencer desconfiados,
Y los caballos sin aliento, en vano
De importunas espuelas fatigados;
Á grandes voces dicen: «¡A lo llano!
No estemos desta suerte arrinconados;»
Y con nuevo temor y desatino
Toman algunos dellos el camino.

Cual de cabras montesas la manada,
Cuando á lugar estrecho es reducida,
De diestros cazadores rodeada
Y de importunos tiros perseguida;
Que viéndose ofendida y apretada,
Una rompe el camino y la huïda,
Siguiendo las demas á la primera;
Así abrieron los nuestros la carrera.

Uno, dos, diez y veinte desmandados
Corren á la bajada de la cuesta,
Sin órden ni atencion apresurados,
Como si al palio fueran sobre apuesta:
Aunque algunos valientes ocupados
Con firme rostro y con espada presta,
Combatiendo animosos, no miraban
Cómo así los amigos los dejaban.

No atienden al huir, ni se previenen
De remedio tan flaco y vergonzoso;
Antes en su batalla se mantienen,
Trayendo el fin á término dudoso·
Y con heróicos ánimos detienen
De los indios el ímpetu furioso,
Y la disposicion del duro hado
En daño suyo y contra declarado.
Y así resisten, matan y destruyen,
Contrastando al destino, que parece
Que el valor araucano disminuyen,
Y el suyo con difícil prueba crece:
Mas viendo á los amigos cómo huyen,
Que á más correr la gente desparece,
Hubieron de seguir la misma via,
Que ya fuera locura y no osadía.
Quiero mudar en lloro amargo el canto,
Que será á la sazon más conveniente,
Pues me suena en la oreja el triste llanto
Del pueblo amigo y género inocente.
No siento el ser vencidos, tanto cuanto
Ver pasar las espadas crudamente
Por vírgenes, mujeres, servidores,
Que penetran los cielos sus clamores.
La infantería española sin pereza
Y gente de servicio iban camino,
Que el miedo les prestaba ligereza,
Y más de la que á algunos les convino;
Pues con la turbacion y gran torpeza
Muchos perdieron de la cuesta el tino,
Ruedan unos, los lomos quebrantados,
Otros hechos pedazos despeñados.

Quedan por el camino mil tendidos,
Los arroyos de sangre el llano riegan,
Rompiendo el aire el llanto y alaridos
Que en son desentonado al cielo llegan:
Y las lástimas tristes y gemidos,
Puestas las manos altas, con que ruegan
Y piden de la vida gracia en vano
Al inclemente bárbaro inhumano.

El cual siempre les iba caza dando,
Con mano presta y piés en la corrida,
Hiriendo sin respeto y derribando
La inútil gente, mísera, impedida,
Que á la amiga nacion iba invocando
La ayuda en vano á la amistad debida,
Poniéndole delante con razones
La deuda, el interés y obligaciones.

Y aunque más las razones obligaban,
Si alguno á defenderlos revolvia,
Viendo cuanto los otros se alargaban,
Alargarse tambien le convenia.
Ni á los que por amigos se trataban,
Ni á las que por amigas se debia,
Con quien habia amistad y cuenta estrecha,
Llamar, gemir, llorar les aprovecha.

Que ya los nuestros sin parar en nada
Por la carrera de su sangre roja
Dan siempre nueva furia á su jornada,
Y á los caballos priesa y rienda floja:
Que ni la voz de vírgen delicada,
Ni obligacion de amigos los congoja:
La pena y la fatiga que llevaban
Era que los caballos no volaban.

Sordos á aquel clamor y endurecidos,
Miden con sueltos piés el verde llano;
Pero algunos de lástima movidos,
Viendo el fiero espectáculo inhumano,
De una rabiosa cólera encendidos,
Vuelven contra el ejército araucano
Que corre por el campo derramado,
La más parte en la presa embarazado.
Determinados de morir, revuelven
Haciendo al sexo tímido reparo,
Y de suerte en los bárbaros se envuelven,
Que á más de diez la vuelta costó caro:
Por esto los primeros aún no vuelven,
Que quieren que el partido sea más claro,
Y no poner la vida en aventura,
Cuanto lejos de allí tanto segura.
Torna la lid de nuevo á refrescarse;
De un lado y otro andaba igual trabada:
Pecho con pecho vienen á juntarse,
Lanza con lanza, espada con espada;
Pueden los españoles sustentarse,
Que la gente araucana derramada
El alcance sin órden proseguia
Haciendo todo el daño que podia.
Cual banda de cornejas esparcidas
Que por el aire claro el vuelo tienden,
Que de la compañera condolidas,
Por los chirridos la prision entienden,
Las batidoras alas recogidas
Á darle ayuda en círculo decienden;
El bárbaro escuadron de esta manera
Al rumor endereza la carrera.

La gente que de acá y de allá discurre,
Viendo el tumulto y aire polvoroso
Deja el alcance, y de tropel concurre
Al son de las espadas sonoroso:
Cada araucano con presteza ocurre
Adonde era el favor más provechoso,
Y los sangrientos hierros en las manos,
Cercan el escuadron de los cristianos.

La copia de los bárbaros creciendo,
Crece el son de las armas y refriega,
Y los nuestros se van disminuyendo,
Que en su ayuda y socorro nadie llega:
Pero con grande esfuerzo combatiendo
Ninguno la persona á ciento niega,
Ni allí se vió español que se notase
Que á su deuda una mínima faltase.

Mas de la suerte, como si del cielo
Tuvieran el seguro de las vidas,
Se meten y se arrojan sin recelo
Por las furiosas armas homicidas:
Caen por tierra, y echan por el suelo,
Dan y reciben ásperas heridas,
Que el número dispar y aventajado
Suple el valor y el ánimo sobrado.

Y así se contraponen, no temiendo
La muerte y furia bárbara importuna,
El ímpetu y pujanza resistiendo
De la gente, del hado y la fortuna:
Mas contrastar á tantos no pudiendo
Sin socorro, favor ni ayuda alguna,
Dilatando el morir, les fué forzoso
Volver á su camino trabajoso.

Parece el esperar más desatino,
Que van los delanteros como el viento;
Usar de aquel remedio les convino
Y no del temerario atrevimiento:
Muchos mueren en medio del camino
Por falta de caballos y de aliento,
Y de sangre tambien, que el verde prado
Quedaba de su rastro colorado.

Flojos ya los caballos y encalmados,
Los bárbaros por piés los alcanzaban,
Y en los rendidos dueños derribados
Las fuerzas de los brazos ensayaban:
Otros de los peones empachados,
Digo, de los cristianos que á pié andaban,
Casi moverse al trote no podian,
Que con solo el temor los detenian.

Los cansados peones se contentan
Con las colas ó aciones aferradas,
Y en vano lastimosos representan
Estrechas amistades olvidadas:
De sí los de á caballo los ausentan,
Si no pueden á ruego, á cuchilladas,
Como á los más odiosos enemigos;
Que no era á la sazon tiempo de amigos.

Atruena todo el valle el gran bullicio,
Armas, grita, clamor triste se oia
De la gente española y de servicio
Que á manos de los indios perecia:
No se vió tan sangriento sacrificio,
Ni tan extraña y cruda anatomía
Como los fieros bárbaros hicieron
En dos mil y quinientos que murieron.

Unos vienen al suelo mal heridos,
De los lomos al vientre atravesados,
Por medio de la frente otros hendidos,
Otros mueren con honra degollados:
Otros, que piden medios y partidos,
De los cascos los ojos arrancados,
Los fuerzan á correr por peligrosos
Peñascos sin parar precipitosos.

Y á las tristes mujeres delicadas
El debido respeto no guardaban,
Antes con más rigor por las espadas
Sin escuchar sus ruegos las pasaban:
No tienen miramiento á las preñadas,
Mas los golpes al vientre encaminaban,
Y aconteció salir por las heridas
Las tiernas pernezuelas no nacidas.

Suben por la gran cuesta al que más puede,
Y paga el perezoso y negligente,
Que á ninguno más vida se concede
De cuanto puede andar ligeramente:
Y aquel torpe es forzoso que se quede
Que no es en la carrera diligente;
Que la muerte que airada atrás venia,
En afirmando el pié le sacudia.

Aunque la cuesta es áspera y derecha,
Muchos á la alta cumbre han arribado,
Adonde una albarrada hallaron hecha,
Y el paso con maderos ocupado:
No tiene aquel camino otra deshecha,
Que el cerro casi en torno era tajado;
Del un lado le bate la marina,
Del otro un gran peñon con él confina.

Era de gruesos troncos mal pulidos
El nuevo muro en breve tiempo hecho,
Con arte unos en otros engeridos
Que cerraban la senda y paso estrecho:
Dentro estaban los indios prevenidos,
Las armas sobre el muro y antepecho;
Que segun orgullosos se mostraban,
Al cielo, no á la gente, amenazaban.
Viendo los españoles ya cerrados
Los pasos y cerrada la esperanza,
Á pasar ó morir determinados,
Poniendo en Dios la firme confianza,
De la albarrada un trecho desviados
Prueban de los caballos la pujanza,
Corriendo un golpe de ellos á romperla,
Y los bárbaros dentro á defenderla.
Así la gente estaba detenida,
Que todo su trabajo no importaba,
Ni al peligro hallaba la salida,
Hasta que el viejo Villagran llegaba:
Que vista la excusada arremetida
Cuán poco en el remedio aprovechaba,
Sin temor de morir ni muestra alguna
Dió aquí el último tiento á la fortuna.
Estaba en un caballo derivado
De la española raza poderoso,
Ancho de cuadra, espeso, bien trabado,
Castaño de color, presto, animoso,
Veloz en la carrera y alentado,
De grande fuerza y de ímpetu furioso,
Y la furia sujeta y corregida
Por un débil bocado y blanda brida.

El rostro le endereza, y al momento
Bate el presto español recio la ijada,
Que sale con furioso movimiento
Y encuentra con los pechos la albarrada:
No hace en el romper más sentimiento
Que si fuera en carrera acostumbrada,
Abriendo tal camino, que pasaron
Todos los que de abajo se escaparon.
Los bárbaros airados defendian
El paso, pero al cabo no pudieron,
Que por más que las armas esgrimian
Los fuertes españoles los rompieron:
Unos hácia la mano diestra guian,
Otros tan buen camino no supieron,
Tomando á la siniestra un mal sendero
Que á dar iba en un gran despeñadero.
A la siniestra mano hácia el Poniente
Estaban dos caminos mal usados,
Éstos debian de ser antiguamente
Por do al agua bajaban los venados:
Digo en tiempos pasados, que al presente
Por mil partes estaban derrumbados,
Y el remate tajado con un salto
De más de ciento y veinte brazas de alto.
Por órden de Natura no sabida,
Ó por gran sequedad de aquella tierra,
Ó algun diluvio grande y avenida,
Fué causa de tajarse aquella sierra:
Pues por allí la gente mal regida
Ocupada del miedo de la guerra,
Huyendo de la muerte ya sin tino
Á dar derechamente en ella vino.

La inadvertida gente iba rodando
Que repararse un paso no podia,
El segundo al primero tropellando,
Y el tercero al segundo recio envia:
El número se va multiplicando,
Un cuerpo mil pedazos se hacia,
Siempre rodando con furor violento
Hasta parar en el más bajo asiento.
Como el fiero Tifeo, presumiendo
Lanzar de sí el gran monte y pesadumbre,
Cuando el terrible cuerpo estremeciendo
Sacude los peñascos de la cumbre,
Que vienen con gran ímpetu y estruendo
Hechos piezas abajo en muchedumbre;
Así la triste gente mal guiada
Rodando al llano va despedazada.
Pero aquella que el buen camino tiene,
De verle con presteza el fin procura:
Ninguno por el otro se detiene,
Que detenerse ya fuera locura:
Rodar tambien alguno le conviene,
Que más de lo posible se apresura:
Á caballo y á pié, y áun de cabeza
Llegaron á lo bajo en poca pieza.
Sueltos iban caballos por el prado,
Que muertos los señores han caïdo;
Otros desocuparlos fué forzado
Que por flojos la silla habian perdido:
Cuál ligero cabalga y cuál turbado,
Del temor de la muerte ya impedido,
Atinar al estribo no podia,
Y el caballo y sazon se le huia.

No aguardaban por esto, mas corriendo
Juegan á mucha priesa los talones,
Al delantero sin parar siguiendo,
Que no le alcanzarán á dos tirones:
Votos, promesas entre sí haciendo
De ayunos, romerías, oraciones,
Y áun otros reservados solo al Papa
Si Dios de este peligro los escapa.

Venian ya los caballos por el llano
Las orejas tremiendo derramadas:
Quiérenlos aguijar, mas es en vano,
Aunque recio les abren las ijadas:
El hermano no escucha al caro hermano;
Las lástimas allí son excusadas:
Quien dos pasos del otro se aventaja,
Por ganar otros dos muere y trabaja.

Como el que sueña que en el ancho coso
Siente al furioso toro avecinarse,
Que piensa atribulado y temeroso
Huyendo de aquel ímpetu salvarse,
Y se aflige y congoja presuroso
Por correr, y no puede menearse;
Así estos á gran priesa á los caballos
No pueden, aunque quieren, aguijallos.

Haciendo el enemigo gran matanza
Sigue el alcance y siempre los aqueja:
Dichoso aquel que buen caballo alcanza,
Que de su furia un poco más se aleja:
Quién la adarga abandona, quién la lanza,
Quién de cansado el propio cuerpo deja;
Y así la vencedora gente brava
La fiera sed con sangre mitigaba.

A aquel que por desdicha atrás venia,
Ninguno, aunque sea amigo, le socorre,
Despacio el más ligero se movia,
Quien el caballo trota mucho corre:
El cansancio y la sed los afligia:
Mas Dios, que en el mayor peligro acorre,
Frenó el ímpetu y curso al enemigo,
Segun en el siguiente canto digo.

CANTO VII.

Llegan los españoles á la ciudad de la Concepcion hechos pedazos, cuentan el destrozo y pérdida de nuestra gente, y vista la poca que para resistir tan gran pujanza de enemigos en la ciudad habia, y las muchas mujeres, niños y viejos que dentro estaban, se retiran en la ciudad de Santiago. Asimismo en este canto se contiene el saco, incendio y ruina de la ciudad de la Concepcion.

Tener en mucho un pecho se debria
Á dó el temor jamás halló posada,
Temor que honrosa muerte nos desvia
Por una vida infame y deshonrada:
En los peligros grandes, la osadía
Merece ser de todos estimada:
El miedo es natural en el prudente,
Y el saberlo vencer, es ser valiente.

Esto podrán decir los que picaban
Los cansados caballos aguijando;
Pues tanto de temor se apresuraban
Que les daremos crédito áun callando;
Con los prestos calcaños lo afirmaban,
Con piernas, brazos, cuerpo ijadeando;
Tambien los araucanos sin aliento
La furia iban perdiendo y movimiento.

Que del grande trabajo fatigados
En el largo y veloz curso aflojaron,
Y por el gran teson desalentados
Á seis leguas de alcance los dejaron.
Los nuestros, del temor más aguijados,
Al entrar de la noche se hallaron
En la extrema ribera del Biobío,
Adonde pierde el nombre y ser de rio.

Y á la orilla un gran barco asido vieron
De una gruesa cadena á un viejo pino:
Los más heridos dentro se metieron,
Abriendo por las aguas el camino;
Y los demas con ánimo atendieron
Hasta que el esperado barco vino,
Y con la diligencia comenzada
Á la ciudad arriban deseada.

Puédese imaginar cual llegarian
Del trabajo y heridas maltratados,
Algunos casi rostros no traian,
Otros los traen de golpes levantados:
Del infierno parece que salian:
No hablan ni responden elevados:
Á todos con los ojos rodeaban;
Y más callando el daño declaraban.

Despues que dió el cansancio y torpe espanto
Licencia de decir lo que pasaba,
Dejando el pueblo atónito ya cuanto,
Súbito en triste tono levantaba
Un alboroto y doloroso llanto,
Que el gran desastre más solemnizaba;
Y al son discorde y áspera armonía
La casa más vecina respondia.

Quién llora el muerto padre, quién marido,
Quién hijos, quién sobrinos, quién hermanos;
Mujeres como locas sin sentido
Ansiosas tuercen las hermosas manos:
Con el fresco dolor crece el gemido,
Y los protestos de accidentes vanos:
Los niños abrazados con las madres
Preguntaban llorando por sus padres.

De casa en casa corren publicando
Las voces y clamores esforzados
Los muertos que murieron peleando
Y aquellos infelices despeñados:
Mozas, casadas, viudas lamentando,
Puestas las manos y ojos levantados,
Piden á Dios, para dolor tan fuerte,
El último remedio de la muerte.

La amarga noche sin dormir pasaban
Al son de dolorosos instrumentos;
Mas el dia venido, se atajaban
Con otro mayor mal estos lamentos;
Diciendo que á gran furia se acercaban
Los araucanos bárbaros sangrientos,
En una mano hierro, en otra fuego,
Sobre el pueblo español, de temor ciego.

Ya la parlera Fama pregonando
Torpes y rudas lenguas desataba:
Las cosas de Lautaro acrecentando,
Los enemigos ánimos menguaba:
Que ya cada español casi temblando,
Dando fuerza á la Fama, levantaba
Al más flaco araucano hasta el cielo,
Derramando en los ánimos un hielo.

Levántase un rumor de retirarse,
Y la triste ciudad desamparalla,
Diciendo que no pueden sustentarse
Contra los enemigos en batalla:
Corrillos comenzaban á formarse:
La voz comun aprueba el despoblalla:
Algunos con razones importantes
Reprobaban las causas no bastantes.

Dos varias partes eran admitidas,
Del temor y el amor de la hacienda;
La poca gente, muertes y heridas,
Dicen que la ciudad no se defienda:
Las haciendas y rentas adquiridas,
Al liberal temor cogen la rienda:
Mas luego se esforzó y creció de modo,
Que al fin se apoderó de todo en todo.

La gente principal claro pretende
Desamparar el pueblo y propio nido:
El temoroso vulgo áun no lo entiende,
Mas tiende oreja atenta á aquel ruïdo,
Visto el público trato, más no atiende;
Que súbito, alterado y removido,
De nuevo esfuerza el llanto y las querellas,
Poniendo un alarido en las estrellas.

Quién á su casa corre pregonando
La venida del bárbaro guerrero;
Quién aguija la silla, procurando
Cincharla en el caballo más ligero:
Las encerradas vírgenes, llorando
Por las calles sin manto ni escudero,
Atónitas, de acá y allá perdidas,
Á las madres buscaban desvalidas.

Como las corderillas temerosas
De las queridas madres apartadas,
Balando van perdidas presurosas,
Haciendo en poco espacio mil paradas,
Ponen atenta oreja á todas cosas,
Corren aquí y allí desatinadas;
Así las tiernas vírgenes llorando,
Á voces á las madres van llamando.
De rato en rato se renueva y crece
El llanto, la afliccion y el alarido:
Tal voz hay que de súbito enmudece,
Reduciendo el sentir solo al oïdo:
Cualquier sombra, Lautaro les parece,
Su rigurosa voz cualquier ruïdo,
Alzan la grita y corren, no sabiendo
Mas de ver á los otros ir corriendo.
Era cosa de oir bien lastimosa
Los suspiros, clamores y lamento,
Haciéndoles mayores cualquier cosa
Que trae de nuevo el miedo por el viento:
Desampara la turba temorosa
Sus casas, posesion y heredamiento,
Sedas, tapices, camas, recamados,
Tejos de oro y de plata atesorados.
Si alguno hace protestos, requiriendo
Que no sea la ciudad desamparada,
Responde el principal: «Yo no lo entiendo
Ni de mi voluntad soy parte en nada.»
Pero el temor un viejo posponiendo,
Les dice: «¡Gente vil, acobardada,
Deshonra del honor y ser de España!
¿Qué es esto, dónde vais, quién os engaña?»

No fué esta correccion de algun provecho
Ni otras cosas que el viejo les decia;
Muestran todos hacerse á su despecho
Y van al que más corre ya la via.
Es justo que la fama cante un hecho
Digno de celebrarse hasta el dia,
Que cese la memoria por la pluma
Y todo pierda el ser y se consuma.
Doña Mencía de Nidos, una dama
Noble, discreta, valerosa, osada,
Es aquella que alcanza tanta fama
En tiempo que á los hombres es negada:
Estando enferma y flaca en una cama,
Siente el grande alboroto, y esforzada,
Asiendo de una espada y un escudo,
Salió tras los vecinos como pudo.
Ya por el monte arriba caminaban,
Volviendo atrás los rostros afligidos
Á las casas y tierras que dejaban,
Oyendo de gallinas mil graznidos:
Los gatos con voz hórrida maullaban,
Perros daban tristísimos aullidos,
Progne con la turbada Filomena
Mostraban en sus cantos grave pena.
Pero con más dolor doña Mencía,
Que dello daba indicio y muestra clara,
Con la espada desnuda lo impedia,
Y en medio de la cuesta y dellos pára.
El rostro á la ciudad vuelto decia:
«¡Oh valiente nacion, á quien tan cara
Cuesta la tierra y opinion ganada
Por el rigor y filo de la espada!

»Decidme, ¿qué es de aquella fortaleza
Que contra los que así temeis mostrastes?
¿Qué es de aquel alto punto y la grandeza
De la inmortalidad á que aspirastes?
¿Qué es del esfuerzo, orgullo, la braveza
Y el natural valor de que os preciastes?
¿Adónde vais, cuitados de vosotros
Que no viene ninguno tras nosotros?
»¡Oh cuántas veces fuistes imputados
De impacientes, altivos, temerarios,
En los casos dudosos arrojados,
Sin atender á medios necesarios:
Y os vimos en el yugo traer domados
Tan gran número y copia de adversarios,
Y emprender y acabar empresas tales
Que distes á entender ser inmortales!
»¡Volved á vuestro pueblo ojos piadosos,
Por vos de sus cimientos levantado;
Mirad los campos fértiles viciosos
Que os tienen su tributo aparejado;
Las ricas minas, y los caudalosos
Rios de arenas de oro, y el ganado,
Que ya de cerro en cerro anda perdido,
Buscando á su pastor desconocido.
»Hasta los animales, que carecen
De vuestro racional entendimiento,
Usando de razon se condolecen,
Y muestran doloroso sentimiento:
Los duros corazones se enternecen,
No usados á sentir, y por el viento
Las fieras la gran lástima derraman,
Y en voz casi formada nos infaman.

»Dejais quietud, hacienda y vida honrosa,
De vuesto esfuerzo y brazos adquirida,
Por ir á casa ajena embarazosa
Á do tendremos mísera acogida:
¿Qué cosa puede haber más afrentosa
Que ser huéspedes toda nuestra vida?
¡Volved, que á los honrados vida honrada
Les conviene, ó la muerte acelerada!
»¡Volved, no vais así de esa manera,
Ni del temor os deis tan por amigos;
Que yo me ofrezco aquí, que la primera
Me arrojaré en los hierros enemigos!
¡Haré yo esta palabra verdadera
Y vosotros sereis dello testigos!
Volved! volved!» gritaba, pero en vano,
Que á nadie pareció el consejo sano.
Como el honrado padre recatado,
Que piensa reducir con persuasiones
Al hijo, del propósito dañado,
Y está alegando en vano mil razones,
Que al hijo incorregible y obstinado
Le importunan y cansan los sermones:
Así al temor la gente ya entregada,
No sufre ser en esto aconsejada.
Ni á Paulo le pasó con tal presteza
Por las sienes la Jáculo serpiente,
Sin perder de su vuelo ligereza,
Llevándole la vida juntamente,
Como la odiosa plática y braveza
De la dama de Nidos por la gente,
Pues apenas entró por un oïdo
Cuando ya por el otro habia salido.

Sin escuchar la plática, del todo
Llevados de su antojo caminaban:
Mujeres sin chapines por el lodo
Á gran priesa las faldas arrastraban:
Fueron doce jornadas de este modo,
Y á Mapochó al fin dellas arribaban:
Lautaro, que se siente descansado,
Me da priesa, que mucho me he tardado.

No es bien que tanto dél nos descuidemos,
Pues él no se descuida en nuestro daño,
Y adonde le dejamos volveremos,
Que fué donde dejó el alcance extraño:
En muy poco papel resumiremos
Un gran proceso y término tamaño:
Que fuera necesario larga historia
Para ponerlo extenso por memoria.

Mas con la brevedad ya profesada
Me detendré lo ménos que pudiere,
Y las cosas menudas, de pasada
Tocaré lo mejor que yo supiere:
Pido que atenta oreja me sea dada,
Que el cuento es grave y atencion requiere,
Para que con curiosa y fácil pluma
Los hechos de estos bárbaros resuma;

Que luego que el alcance hubo cesado
Volviendo al hijo de Pillan gozoso,
Que atrás un largo trecho habia quedado,
Más por autoridad que de medroso,
Al general despachan un soldado,
Alojándose el campo en el gracioso
Valle de Talcamábida importante,
De pastos y comidas abundante.

Un bárbaro valiente, que tenia
La estancia y heredad en aquel valle,
Halló un indio cristiano por la via;
Pero no se preciando de matalle,
Prisionero á su casa le traia,
Y comienza en tal modo á razonalle:
«La vida ¡oh miserable! quiero darte,
Aunque no la mereces por tu parte.

»Pues que ya que á la guerra tú venias,
Gozando del honor de los guerreros,
¿Por qué con las mujeres te escondias
Viendo á hierro morir tus compañeros?
Mujer debes de ser, pues que temias
Tanto de alguna espada los aceros;
Y así quiero que tengas el oficio
En todo lo que toca á mi servicio.»

Mandó que del oficio se encargase
Que á la mujer honesta es permitido,
Y la posada y cena concertase,
En tanto que del sueño convencido
Los fatigados miembros recrease:
Y habiéndose á su cama recogido,
Al mundo el Sol dos vueltas habia dado,
Y no habia el araucano despertado:

Sepultado en un sueño tan profundo
Como si de mil años fuera muerto,
Hasta que el claro Sol dió luz al mundo
Á la vuelta tercera, que despierto
Pidió la usada ropa, y lo segundo
Si estaba la comida ya en concierto:
El diligente siervo respondia
Que despues de guisada estaba fria:

Diciéndole tambien cómo habia estado
Cincuenta horas de término en el lecho,
Del trabajo y manjares olvidado,
Con todo lo demas que se habia hecho;
Y que el comer estaba aparejado,
Si del sueño se hallaba satisfecho.
El bárbaro responde: «No me espanto
De haber sin despertar dormido tanto;
»Que el cuidoso Lautaro apercebido,
Por hacer desear vuestra llegada,
La gente en escuadrones ha tenido
Con tal órden y tasa castigada,
Que áun el sentarnos era defendido
En acabando Apolo su jornada,
Hasta que ya los rayos de su lumbre
Nos daban de la vuelta certidumbre.
»Si alguno de su puesto se movia,
Sin esperar descargo le empalaba,
Y aquel que de cansado se dormia
En medio de dos picas le colgaba:
Quien cortaba una espiga, allí moria,
De más de la racion que se le daba:
Con órdenes estrechas y precetos
Nos tuvo, como digo, así sujetos.
»Desta suerte estuvimos los soldados
Más de catorce noches aguardando,
Las picas altas, á ellas arrimados,
Vuestra tarda venida deseändo:
Del sueño y del cansancio quebrantados,
Pasando gran trabajo, hasta cuando
Supimos que llegábades ya junto,
Que nos quitó el cansancio en aquel punto.»

Viendo el silencio que en el valle habia,
Le pregunta si el campo era partido
El mozo dice: « Ayer antes del dia
Salió de aquí con súbito ruïdo;
Afirmarte la causa no sabria;
Aunque por claras muestras he entendido
Que la ciudad de Penco torreada
Era del español desamparada.»
Así era la verdad, que caminado
Habian los escuadrones vencedores
Hácia el pueblo español desamparado
De los inadvertidos moradores.
La codicia del robo y el cuidado
Les puso espuelas y ánimos mayores:
Siete leguas del valle á Penco habia
Y arribaron en solo medio dia.
Á vista de las casas, ya la gente
Se reparte por todos los caminos,
Porque el saco del pueblo sea igualmente
Lleno de ropa y falto de vecinos:
Apenas la señal del partir siente,
Cuando cual negra banda de estorninos
Que se abate al monton del blanco trigo,
Baja al pueblo el ejército enemigo.
La ciudad yerma en gran silencio atiende
El presto asalto y fiera arremetida
De la bárbara furia, que deciende
Con alto estruendo y con veloz corrida:
El ménos codicioso allí pretende
La casa más copiosa y bastecida:
Vienen de gran tropel hácia las puertas,
Todas de par en par francas y abiertas.

Corren toda la casa en el momento,
Y en un punto escudriñan los rincones;
Muchos por no engañarse por el tiento
Rompen y descerrajan los cajones;
Baten tapices, rimas y ornamento,
Camas de seda y ricos pabellones,
Y cuanto descubrir pueden de vista,
Que no hay quien los impida ni resista.
No con tanto rigor el pueblo griego
Entró por el troyano alojamiento,
Sembrando frigia sangre y vivo fuego,
Talando hasta en el último cimiento;
Cuanto de ira, venganza y furor ciego,
El bárbaro, del robo no contento,
Arruïna, destroza, desperdicia,
Y así aún no satisface su malicia.
Quién sube la escalera y quién abaja,
Quién á la ropa y quién al cofre aguija,
Quién abre, quién desquicia y desencaja,
Quién no deja fardel ni baratija;
Quién contiende, quién riñe, quién baraja,
Quién alega y se mete á la partija:
Por las torres, desvanes y tejados
Aparecen los bárbaros cargados.
No en colmenas de abejas la frecuencia,
Priesa y solicitud, cuando fabrican
En el panal la miel con providencia,
Que á los hombres jamás lo comunican;
Ni aquel salir, entrar y diligencia
Con que las tiernas flores melifican,
Se pueden comparar, ni ser figura
De lo que aquella gente se apresura

Alguno de robar no se contenta
La casa que le da cierta ventura;
Que la insaciable voluntad sedienta
Otra de mayor presa le figura:
Haciendo codiciosa y necia cuenta
Busca la incierta y deja la segura;
Y llegando, el Sol puesto, á la posada,
Se queda por buscar mucho sin nada.

Tambien se roba entre ellos lo robado,
Que poca cuenta y amistad habia,
Si no se pone en salvo á buen recado,
Que allí el mayor ladron más adquiria;
Cuál lo saca arrastrando, cuál cargado
Va, que del propio hermano no se fia:
Más parte á ningun hombre se concede
De aquello que llevar consigo puede.

Como para el invierno se previenen
Las guardosas hormigas avisadas,
Que á la abundante troje van y vienen
Y andan en acarreos ocupadas,
No se impiden, estorban, ni detienen,
Dan las vacías paso á las cargadas;
Así los araucanos codiciosos
Entran, salen y vuelven presurosos.

Quien buena parte tiene, más no espera,
Que presto pone fuego al aposento;
No aguarda que los otros salgan fuera,
Ni tiene al edificio miramiento:
La codiciosa llama de manera
Iba en tanto furor y crecimiento,
Que todo el pueblo mísero se abrasa,
Corriendo el fuego ya de casa en casa.

Por alto y bajo el fuego se derrama,
Los cielos amenaza el son horrendo,
De negro humo espeso y viva llama
La infelice ciudad se va cubriendo:
Treme la tierra en torno, el fuego brama,
De subir á su esfera presumiendo:
Caen de rica labor maderamientos
Resumidos en polvos cenicientos.

Piérdese la ciudad más fertil de oro
Que estaba en lo poblado de la tierra,
Y adonde más riquezas y tesoro,
Segun fama, en sus términos se encierra:
¡Oh cuántos vivirán en triste lloro
Que les fuera mejor contínua guerra!
Pues es mayor miseria la pobreza
Para quien se vió en próspera riqueza.

Á quien diez, y á quien veinte, y á quien treinta
Mil ducados por año les rentara:
El más pobre tuviera mil de renta,
De aquí ninguno de ellos abajara:
La parte de Valdivia era sin cuenta,
Si la ciudad en paz se sustentara,
Que en torno la cercaban ricas venas
Fáciles de labrar y de oro llenas.

Cien mil casados súbditos servian
Á los de la ciudad desamparada,
Sacar tanto oro en cantidad podian
Que á tenerse viniera casi en nada:
Esto que digo y la opinion perdian
Por aflojar el brazo de la espada,
Ganados, heredades, ricas casas,
Que ya se van tornando en vivas brasas.

La grita de los bárbaros se entona,
No cabe el gozo dentro de sus pechos,
Viendo que el fuego horrible no perdona
Hermosas cuadras ni labrados techos:
En tanta multitud no hay tal persona
Que de verlos se duela así deshechos;
Antes suspiran, gimen y se ofenden
Porque tanto del fuego se defienden.

Paréceles que es lento y espacioso,
Pues tanto en abrasarlos se tardaba,
Y maldicen al Tracio proceloso
Porque la flaca llama no esforzaba:
Al caer de la casas sonoroso
Un terrible alarido resonaba,
Que junto con el humo y las centellas,
Subiendo amenazaba las estrellas.

Crece la fiera llama en tanto grado
Que las más altas nubes encendia;
Tracio con movimiento arrebatado
Sacudiendo los árboles venia;
Y Vulcano al rumor, súcio y tiznado,
Con los herreros fuelles acudia,
Que ayudaron su parte al presto fuego,
Y así se apoderó de todo luego.

Nunca fué de Neron el gozo tanto
De ver en la gran Roma poderosa
Prendido el fuego ya por cada canto,
Vista solo á tal hombre deleitosa;
Ni aquello tan gran gusto le dió, cuanto
Gusta la gente bárbara dañosa
De ver cómo la llama se extendia,
Y la triste ciudad se consumia.

Era cosa de oir dura y terrible
De estallidos el son y grande estruendo;
El negro humo espeso é insufrible,
Cual nube en aire, así se va imprimiendo:
No hay cosa reservada al fuego horrible,
Todo en sí lo convierte, resumiendo
Los ricos edificios levantados
En antiguos corrales derribados.

Llegado al fin el último contento
De aquella fiera gente vengativa,
Aún no parando en esto el mal intento,
Ni planta en pié, ni cosa dejan viva.
El incendio acabado, como cuento,
Un mensajero con gran priesa arriba
Del hijo de Leocan, y su embajada
Será en el otro canto declarada.

CANTO VIII.

Júntanse los caciques y señores principales á consejo general en el valle de Arauco. Mata Tucapel al cacique Puchecalco, y Caupolican viene con poderoso ejército sobre la ciudad Imperial, fundada en el valle de Canten.

Un limpio honor del ánimo ofendido
Jamás puede olvidar aquella afrenta,
Trayendo al hombre siempre así encogido
Que dello sin hablar da larga cuenta:
Y en el mayor contento, desabrido
Se le pone delante, y representa
La dura y grave afrenta, con un miedo
Que todos le señalan con el dedo.

Si bien esto los nuestros lo miraran
Y al temor con esfuerzo resistieran,
Sus haciendas y casas sustentaran,
Y en la justa demanda fenecieran:
De mil desabrimientos no gustaran,
Ni al terrero del vulgo se pusieran;
Del vulgo, que jamás dice lo bueno,
Ni en decir los defectos tiene freno.

Pero de un bando y de otro contemplada
La diferencia en número de gentes,
La ciudad sin reparos, descercada,
Con otra infinidad de inconvenientes:
Y el ver puestas al filo de la espada
Las gargantas de tantos inocentes,
Niños, mujeres, vírgenes sin culpa,
Será bastante y lícita disculpa.

Si no es disculpa y causa lo que digo,
Se puede atribuir este suceso
Á que fué del Señor justo castigo,
Visto de su soberbia el gran exceso:
Permitiendo que el bárbaro enemigo,
Aquel que fué su súbdito y opreso,
Los eche de su tierra y posesiones,
Y les ponga el honor en opiniones.

Bien que en la Concepcion copia de gente
Estaba á la sazon, pero gran parte
De barba blanca y arrugada frente,
Inútil en la dura y bélica arte,
Y poca de la edad más suficiente
Á resistir el gran rigor de Marte
Y á la parcial fortuna, que se muestra
En todos los sucesos ya siniestra.

¿Quién podrá con el bando lautarino,
Viendo que su opinion tanto crecia,
Y la fortuna próspera el camino
En nuestro daño y su provecho abria?
No piensa reparar hasta el divino
Cielo y arruïnar su monarquía,
Haciendo aquellos bárbaros bizarros,
Grandes fieros, bravezas y desgarros.

Pues al pueblo de Penco desolado
Y de la fiera llama consumido,
Dije como á gran priesa habia llegado
Un indio mensajero, conocido,
Que por Caupolican era enviado;
Y habiendo de su parte encarecido
La gran batalla, digna de memoria,
Las gracias les rindió de la vitoria.

Dijo tambien, sin alargar razones,
Que el general mandaba que partiese
Lautaro con los prestos escuadrones,
Y en el valle de Arauco se metiese,
Donde el senado y junta de varones
Tratase lo que más les conviniese;
Pues en el fértil valle hay aparejo
Para la junta y general consejo.

En oyendo Lautaro aquel mandato,
Levanta el campo, sin parar camina,
Deja gran tierra atrás, y en poco rato
Al monte Andalicano se avecina:
Y por llegar con súbito rebato
El camino torció por la marina,
Ganoso de burlar al bando amigo,
Tomando el nombre y voz del enemigo.

Tanto marchó, que al asomar del dia
Dió sobre el general súbitamente,
Con una baraunda y vocería
Que puso en arma y alteró la gente:
Mas vuelto el alboroto en alegría,
Conocida la burla claramente,
Los unos y los otros sin firmarse
Sueltas las armas corren á abrazarse.

Caupolican alegre, humano y grave,
Los recibe, abrazando al buen Lautaro,
Y con regalo y plática süave
Le da prendas y honor de hermano caro:
La gente, que de gozo en sí no cabe,
Por la ribera de un arroyo claro,
En juntas y corrillos derramada,
Celebra de beber la fiesta usada.

Algun tiempo pasaron despues de esto
Antes que el gran senado fuese junto,
Tratando en su jornada y presupuesto
Desde el principio al fin sin faltar punto:
Pero al término justo y plazo puesto
Llegó la demas gente, y todo á punto,
Los principales hombres de la tierra
Entraron en consulta á uso de guerra.

Llevaba el general aquel vestido
Con que Valdivia ante él fué presentado;
Era de verde y púrpura, tejido
Con rica plata y oro recamado,
Un peto fuerte, en buena guerra habido,
De fina pasta y temple relevado,
La celada de claro y limpio acero,
Y un mundo de esmeralda por cimero.

Todos los capitanes señalados
Á la española usanza se vestian,
La gente del comun y los soldados
Se visten del despojo que traian;
Calzas, jubones, cueros desgarrados,
En gran estima y precio se tenian;
Por inútil y bajo se juzgaba
El que español despojo no llevaba.

A manera de triunfos, ordenaron
El venir á la junta así vestidos
Y en el consejo, como digo, entraron
Ciento y treinta caciques escogidos:
Por su costumbre antigua se sentaron,
Segun que por la espada eran tenidos.
Estando en gran silencio el pueblo ufano,
Así soltó la voz Caupolicano.—

«Bien entendido tengo yo, varones,
Para que nuestra fama se acreciente,
Que no es menester fuerza de razones,
Mas solo el apuntarlo brevemente;
Que, segun vuestros fuertes corazones,
Entrar la España pienso fácilmente,
Y el gran Emperador invicto Carlo
Al dominio araucano sujetarlo.

»Los españoles vemos que ya entienden
El peso de las mazas barreadas,
Pues ni en campo ni en muro nos atienden:
Sabemos cómo cortan sus espadas,
Y cuán poco las mallas los defienden
Del corte de las hachas aceradas;
Si sus picas son largas y fornidas,
Con las vuestras han sido ya medidas.

»De vuestro intento asegurarme quiero,
Pues estoy del valor tan satisfecho,
Que gruesos muros de templado acero
Allanareis poniéndoles el pecho:
Con esta confianza, yo el primero
Seguiré vuestro bando y el derecho
Que teneis de ganar la fuerte España
Y conquistar del mundo la campaña.

»La deidad de esta gente entenderemos
Y si del alto cielo cristalino
Deciende, como dicen, abriremos
Á puro hierro anchísimo camino;
Su género y linaje asolaremos:
Que no bastará ejército divino,
Ni divino poder, esfuerzo y arte,
Si todos nos hacemos á una parte.

»En fin, fuertes guerreros, como digo,
No puede mi intencion más declararse.
Aquel que me quisiere por amigo,
Á tiempo está que puede señalarse:
Téngame desde aquí por enemigo
El que quisiere á paces arrimarse.»—
Aquí dió fin y su intencion propuesta,
Esperaba sereno la respuesta.

Ceja no se movió, y áun el aliento
Apenas al espíritu halló via
Miéntras duró el soberbio parlamento,
Que el gran Caupolicano les hacia.
Hubo en el responder el cumplimiento
Y ceremonia usada en cortesía;
Á Lautaro tocaba, y excusado,
Lincoya así responde levantado.—

«Señor, yo no me he visto tan gozoso
Despues que en este triste mundo vivo,
Como en ver manifiesto el valeroso
Intento tuyo, el ánimo y motivo:
Y así, por pensamiento tan glorioso,
Me ofrezco por tu siervo y tu cautivo:
Que no quiero ser rey del cielo y tierra
Si hubiese de acabarse aquí la guerra.

»Y en testimonio desto, yo te juro
De te seguir y acompañar de hecho;
Ni por áspero caso, adverso y duro
Á la pátria volver jamás el pecho:
Desto puedes, señor, estar seguro;
Y todo faltará y será deshecho
Antes que la palabra acreditada
De un hombre como yo por prenda dada.»—
Así dijo; y tras él, aunque rogado,
El buen Peteguelen, Curaca anciano,
De condicion muy áspera enojado,
Pero afable en la paz, fácil y humano;
Viejo, enjuto, dispuesto, bien trazado,
Señor de aquel hermoso y fértil llano,
Con espaciosa voz y grave gesto
Propuso en sus razones sábias esto.—
«Fuerte varon y capitan perfeto,
No dejaré de ser el delantero
Á probar la fineza deste peto
Y si mi hacha rompe el fino acero;
Mas, como quien lo entiende, te prometo
Que falta por hacer mucho primero
Que salgan españoles desta tierra,
Cuanto más ir á España á mover guerra.
»Bien será que, señor, nos contentemos
Con lo que nos dejaron los pasados,
Y á nuestros enemigos desterremos,
Que están en lo más dello apoderados:
Despues, por el suceso entenderemos
Mejor el disponer de nuestros hados.
Esto á mí me parece; y quien quisiere
Proponga otra razon si mejor fuere.»—

Callando este cacique, se adelanta
Tucapelo, de cólera encendido,
Y sin respeto así la voz levanta
Con un tono soberbio y atrevido,
Diciendo: «Á mí la España no me espanta,
Y no quiero por hombre ser tenido
Si solo no arruïno á los cristianos,
Ora sean divinos, ora humanos.

»Pues lanzarlos de Chile y destruirlos
No será para mí bastante guerra;
Que pienso, si me esperan, confundirlos
En el profundo centro de la tierra;
Y si huyen, mi maza ha de seguirlos,
Que es la que deste mundo los destierra:
Por eso no nos ponga nadie miedo,
Que aún no haré en hacerlo lo que puedo:

»Y por mi diestro brazo os aseguro,
Si la maza dos años me sustenta,
Á despecho del cielo, á hierro puro
De dar desto descargo y buena cuenta,
Y no dejar de España enhiesto muro;
Y áun el ánimo á más se me acrecienta,
Que despues que allanare el ancho suelo,
Á guerra incitaré al supremo cielo.

»Que no son hados, es pura flaqueza
La que nos pone estorbos y embarazos:
Pensar que haya fortuna, es gran simpleza,
La fortuna es la fuerza de los brazos:
La máquina del cielo y fortaleza
Vendrá primero abajo hecha pedazos,
Que Tucapel en esta y otra empresa
Falte un mínimo punto en su promesa.»—

Peteguelen, la vieja sangre fria
Se le encendió de rabia, y levantado
Le dice: «¡Oh arrogante! la osadía
Sin discrecion jamás fué de esforzado..... »
Pero Caupolican, que conocia
Del viejo á tiempo el ánimo arrojado,
Con discrecion le ataja las razones,
Haciendo proponer á otros varones.

Puren se ofrece allí, y Angol se ofrece
No con menor braveza y desatiento:
Ongolmo no quedó, segun parece,
De mostrar su soberbio pensamiento:
Del uno en otro multiplica y crece
El número en el mismo ofrecimiento.
Colocolo, que atento estaba á todo,
Sacó la voz, diciendo de este modo.—

«La verde edad os lleva á ser furiosos,
¡Oh hijos! y nosotros los ancianos
No somos en el mundo provechosos
Más de para decir consejos sanos;
Que no nos ciegan humos vaporosos
Del juvenil hervor y años lozanos:
Y así, como más libres, entendemos
Lo que siendo mancebos no podemos.

»Vosotros, capitanes esforzados,
De sola una vitoria envanecidos,
Estais de tal manera levantados,
Que os parecen ya pocos los nacidos:
Templad, templad los pechos alterados
Y esos vanos esfuerzos mal regidos;
No hagais de españoles tal desprecio,
Que no venden sus vidas á mal precio.

»Si dos veces, por dicha, los vencistes,
Mirad cuando primero aquí vinieron
Que resistir su fuerza no pudistes,
Pues más de cinco veces os vencieron:
En el licúreo campo ya lo vistes
Lo que solos catorce allí hicieron:
No será poco hecho y buen partido
Cobrar la tierra y crédito perdido.

»Debemos procurar con seso y arte
Redimir nuestra patria, y libertarnos,
Dando á vuestras bravezas ménos parte,
Pues más pueden dañar que aprovecharnos.
¡Oh hijo de Leocan! quiero avisarte,
Si quieres como sábio gobernarnos,
Que temples esta furia, y con maduro
Seso pongas remedio en lo futuro.

»El consejo más sano y conveniente
Es que el campo en tres bandas repartido,
Á un tiempo, aunque por parte diferente,
Dé sobre el Caúten, pueblo aborrecido:
Bien que esté en su defensa buena gente,
Es poca; y este asiento destruïdo,
Valdivia de allanar fácil sería,
Pues no alcanza arcabuz ni artillería.

»Solo á mí Santiago me da pena;
Pero modo á su tiempo buscaremos
Para poderla entrar, y la Serena
Fácilmente despues la allanaremos.
Aunque sujeto á lo que el hado ordena,
Es el mejor camino que tenemos.»
Acabando con esto el sábio viejo,
Á muchos pareció bien su consejo.

Tras este otro Curaca, hechicero,
De la vejez decrépita impedido,
Puchecalco se llama el agorero,
Por sábio en los pronósticos tenido,
Con profundo suspiro, íntimo y fiero,
Comienza así á decir entristecido:
«Al negro Eponamon doy por testigo
De lo que siempre he dicho y ahora digo.

»Por un término breve se os concede
La libertad, y habeis lo más gozado:
Mudarse esta sentencia ya no puede,
Que está por las estrellas ordenado,
Y que fortuna en vuestro daño ruede:
Mirad que os llama ya el preciso hado
Á dura sujecion y trances fuertes:
Repárense á lo menos tantas muertes.

»El aire de señales anda lleno,
Y las nocturnas aves van turbando
Con sordo vuelo el claro dia sereno,
Mil prodigios funestos anunciando:
Las plantas con sobrado humor terreno
Se van, sin producir fruto, secando:
Las estrellas, la luna, el sol lo afirman;
Cien mil agüeros tristes lo confirman.

»Mírolo todo, y todo contemplado,
No sé en qué pueda yo esperar consuelo,
Que de su espada el Orïon armado
Con gran ruïna ya amenaza el suelo:
Júpiter se ha al Ocaso retirado;
Solo Marte sangriento posee el cielo,
Que, denotando la futura guerra,
Enciende un fuego bélico en la tierra.

»Ya la furiosa Muerte irreparable,
Viene á nosotros con airada diestra;
Y la amiga Fortuna favorable
Con diferente rostro se nos muestra;
Y Eponamon horrendo y espantable,
Envuelto en la caliente sangre nuestra,
La corva garra tiende, el cerro yerto,
Llevándonos al no sabido puerto.»

Tucapel, que de rabia reventando
Estaba oyendo al viejo, más no atiende,
Que dice: «Yo veré si adivinando
De mi maza este necio se defiende.»
Diciendo esto, y la maza levantando,
La derriba sobre él, y así lo tiende,
Que jamás mudó curso de planeta
Ni fué más adivino ni profeta.

Quedóle desto el brazo tan sabroso,
Segun la muestra, que movido estuvo
De dar tras el senado religioso,
Y no sé la razon que lo detuvo.
Caupolican atónito y rabioso
Trasportada la mente un rato estuvo;
Mas vuelto en sí, con voz horrible y fiera
Gritaba: ¡Capitanes, muera! muera!»

No le dió tanto gusto á aquella gente
Lo que Caupolicano le decia,
Cuanto al soberbio bárbaro impaciente
Viendo que ocasion tal se le ofrecia:
Era alto el tribunal pero el valiente
Los hace saltar de él tan á porfia,
Que ciento y treinta que eran, en un punto
Saltan los ciento y él tras ellos junto.

Los que en el alto tribunal quedaron
Son los en esta historia señalados,
Que jamás de su asiento se mudaron,
De donde lo miraban sosegados:
Que de ver uno solo no curaron
Mostrarse por tan poco alborotados,
Aunque los que saltaron de tan alto
En ménos estimaron aquel salto.

Cubierto Tucapel de fina malla
Saltó como un ligero y suelto pardo
En medio de la tímida canalla,
Haciendo plaza el bárbaro gallardo:
Con silbos, grita, en desigual batalla,
Con piedra, palo, flecha, lanza y dardo
Le persigue la gente de manera
Como si fuera toro ó brava fiera.

Segun suele jugar por gran destreza
El liviano montante un buen maestro,
Hiriendo con extraña ligereza
Delante, atrás, á diestro y á siniestro;
Con más desenvoltura y más presteza,
Mostrándose en los golpes fuerte y diestro,
El fiero Tucapel en la pelea
Con la pesada maza se rodea.

De tullir y mancar no se contenta,
Ni para contentarse esto le basta;
Solo de aquellos tristes hace cuenta
Que su maza los hace torta ó pasta:
Rompe, magulla, muele y atormenta,
Desgobierna, destroza, estrópia y gasta:
Tiros llueven sobre él arrojadizos
Cual tempestad furiosa de granizos.

Pero sin miedo el bárbaro sangriento
Por las espesas armas discurria;
Brazos, cabezas y ánimos sin cuento
Soberbios quebrantó en solo aquel dia;
Y cual menuda lluvia por el viento
La sangre y frescos sesos esparcia:
No discierne al pariente del extraño,
Haciéndolos iguales en el daño.

Las armas eran solo en defenderle
De la canalla bárbara araucana,
Que en monton trabajaba de ofenderle;
Mas el temor la ofensa hacia liviana.
Era, cierto, admirable cosa verle
Saltar y acometer con furia insana,
Desmembrando la gente, sin poderse
De su maza y presteza defenderse.

Caupolican, del caso no pensado
En tal furor y cólera se enciende,
Que estaba de bajar determinado
Aunque su gravedad se lo defiende:
Pero Lautaro alegre y admirado
Miraba cómo solo así contiende
Un hombre contra tanto barbarismo,
Incrédulo y dudoso de sí mismo.

Y en esto al General, con el debido
Respeto y ojos bajos en el suelo
Le dice: «Una merced, señor, te pido,
Si algo merecen mi intencion y celo,
Y es, que el gran desacato cometido,
Perdones francamente á Tucapelo,
Pues ha mostrado en campo claramente
Valer él más que toda aquella gente.»

Perplejo el General estaba en duda;
Pero mirando al fin quién lo pedia,
Luego el ejecutivo intento muda,
Y con el rostro alegre respondia:
«Él ha tenido en vos bastante ayuda,
Por la cual le perdono,» y más decía,
Que fuese á las escuadras, y mandase
Que el combatirle más luego cesase.

Baja Lautaro al campo, y prestamente
El rico cuerno á retirar tocaba,
Al son del cual se recogió la gente,
Que recogerse á nadie le pesaba:
Solo lo siente el bárbaro valiente,
Que satisfecho á su sabor no estaba;
Y volviendo á Lautaro el fiero gesto,
En alta y libre voz le dijo aquesto:—

«¿Cómo, buen capitan, has estorbado
El tomar desta vil canalla emienda,
Y verme destos rústicos vengado
Para que mi valor mejor se entienda?»
Lautaro le responde: «Es excusado
Quien viniere contigo á la contienda
Que se pueda valer contra tu diestra,
Segun que dello has dado aquí la muestra.

»Conmigo puedes ir, que te aseguro
Que ningun daño ó mal te sobrevenga.»
Tucapel le responde: «Yo te juro
Que un paso ese temor no me detenga:
Mi maza es la que á mí me da el seguro;
Lo demas como quiera vaya y venga:
Que el miedo es de los niños y mujeres.
Sús, alto, vamos luego á do quisieres.»

Juntos los dos al tribunal llegando,
Tucapel de Lautaro adelantado
Subió por la escalera, no mostrando
Punto de alteracion por lo pasado:
El sagaz General disimulando
Con graciosa apariencia le ha tratado;
Y de la rota plática el estilo
Lautaro así diciendo añudó el hilo:

«Invicto capitan, yo he estado atento
Á lo que estos varones han propuesto,
Y no sé figurarte el gran contento
Que me da ver su esfuerzo manifiesto:
Si de servirte tengo sano intento,
Mis obras por las tuyas dirán esto;
Pues para ser del todo agradecidas
Será poco perder por tí mil vidas.

»Estos fuertes guerreros ayudarte
Quieren á restaurar la propia tierra,
Porque en ello les va tambien su parte,
Y por el vicio grande de la guerra:
No puedo yo dejar de aconsejarte,
Aunque todo el consejo en tí se encierra,
Aquello que mejor me pareciere
Y más bien al bien público viniere.

»Es mi voto que debes atenerte
Al consejo, con término discreto,
Del sábio Colocolo; que por suerte
Le cupo ser en todo tan perfeto:
Así que, gran señor, sin detenerte,
Cumple que esto se ponga por efeto
Antes que los cristianos se aperciban,
Porque más flacamente nos reciban.

»Y pues que Mapochó solo es temido,
Despues que lo demas esté allanado,
Por el potente Eponamon te pido
Que el cargo de asolarle me sea dado:
La tierra palmo á palmo la he medido,
Con españoles siempre he militado:
Entiendo sus astucias é invenciones,
El modo, el arte, el tiempo y ocasiones.
»Quinientos araucanos solamente
Quiero para la empresa que yo digo,
Escogidos en toda nuestra gente:
Un soldado de más no ha de ir conmigo.
Aquí lo digo, estando tú presente
Y estos sábios caciques, que me obligo
De darte la ciudad puesta en las manos
Con cien cabezas nobles de cristianos.»
Aquí se cerró el bárbaro orgulloso,
Y gran rato sobre ello platicaron:
Pareciéndoles modo provechoso,
Todos en este acuerdo concordaron:
Despues do estaba el pueblo deseoso
De saber novedades, se bajaron,
Donde lo difinido y decretado
Con general pregon fué declarado.
Estuvieron allí catorce dias
En grande regocijo y mucha fiesta,
Ocupados en juegos y alegrías,
Y en quien más veces bebe sobre apuesta:
Despues contra los pueblos del Mesías
La alborozada gente en órden puesta,
Marcha Caupolican con la vanguardia,
Quedando Lemolemo en retaguardia.

Cerca llegó el ejército furioso
De la Imperial, fundada en sitio fuerte,
Donde el fiero enemigo vitorioso
La pensaba entregar presto á la muerte:
Mas el Eterno Padre poderoso
Lo dispone y ordena de otra suerte,
Dilatando el azote merecido,
Como vereis, prestando atento oïdo.

CANTO IX.

Llegan los araucanos á tres leguas de la Imperial con grueso ejército: no ha efeto su intencion por permision divina. Dan la vuelta á sus tierras, adonde les vino nueva que los españoles estaban en el asiento de Penco reedificando la ciudad de la Concepcion; vienen sobre los españoles, y hubo entre ellos una recia batalla.

Si los hombres no ven milagros tantos
Como se vieron en la edad pasada,
Es causa haber agora pocos santos,
Y estar la ley cristiana autorizada:
Y así de cualquier cosa hacen espantos
Que sobre el natural uso es obrada;
Y no solo al Autor no dan creencia,
Mas ponen en su crédito dolencia.

Que si al enfermo quiere Dios sanarle,
Por su costumbre y tiempo convalece:
Si al bajo miserable levantarle,
Por modos ordinarios le engrandece,
Si al soberbio hinchado derribarle,
Por naturales términos se ofrece:
De suerte que las cosas de esta vida
Van por su natural curso y medida.

Por do vemos que Dios quiere y procura
Hacer su voluntad naturalmente,
Sirviendo de instrumento la Natura,
Sobre la cual él solo es el potente;
Y así los que creyeren por fe pura
Merecen más que si palpablemente
Viesen lo que, despues de ya visible,
Sacarlos de que fué seria imposible.

En contar una cosa estoy dudoso,
Que soy de poner dudas enemigo,
Y es un extraño caso milagroso,
Que fué todo un ejército testigo:
Aunque yo soy en esto escrupuloso,
Por lo que dello arriba, Señor, digo,
No dejare en efeto de contarlo,
Pues los indios no dejan de afirmarlo.

Y manifiesto vemos hoy en dia
Que, porque la Ley sacra se extendiese,
Nuestro Dios los milagros permitia
Y que el natural órden se excediese:
Presumirse podrá por esta via
Que, para que á la fe se redujese
La bárbara costumbre y ciega gente,
Usase de milagros claramente.

Ya dije que el ejército araucano
De la Imperial tres leguas se alojaba,
En un dispuesto asiento y campo llano
Y que Caupolican determinaba
Entrar el pueblo con armada mano:
Tambien como el castigo dilataba
Dios á su pueblo ingrato y sin emienda,
Usando de clemencia y larga rienda.

Estaba la Imperial desbastecida
De armas, de municion y vitualla;
Bien que la gente della era escogida,
Pero muy poca para dar batalla;
Fuera por los cimientos destruïda,
Cualquier fuerza bastara á arruinalla;
Y persona de dentro no escapara
Si á vista el pueblo bárbaro llegara.

Cuando el campo de allí queria mudarse,
Que ya la trompa á caminar tocaba,
Súbito comenzó el aire á turbarse,
Y de prodigios triste se espesaba:
Nubes con nubes vienen á cerrarse,
Turbulento rumor se levantaba;
Que con airados ímpetus violentos
Mostraban su furor los cuatro vientos.

Agua récia, granizo, piedra espesa
Las intricadas nubes despedian:
Rayos, truenos, relámpagos á priesa
Rompen los cielos y la tierra abrian:
Hacen los vientos áspera represa,
Que en su entera violencia competian:
Cuanto topa arrebata el torbellino,
Alzándolo en furioso remolino.

Un miedo igual á todos atormenta:
No hay corazon, no hay ánimo así entero
Que en tanta confusion, furia y tormenta
No temblase, aunque más fuese de acero.
En esto Eponamon se les presenta
En forma de un dragon horrible y fiero,
Con enroscada cola, envuelto en fuego,
Y en ronca y torpe voz les habló luego,

Diciéndoles: que apriesa caminasen
Sobre el pueblo español amedrentado;
Que por cualquiera banda que llegasen
Con gran facilidad seria tomado;
Y que al cuchillo y fuego le entregasen
Sin dejar hombre á vida y muro alzado.
Esto dicho, que todos lo entendieron,
En humo se deshizo, y no lo vieron.

Al punto los confusos elementos
Fueron sus movimientos aplacando,
Y los desenfrenados cuatro vientos
Se van á sus cavernas retirando:
Las nubes se retraen á sus asientos,
El cielo y claro sol desocupando:
Solo el miedo en el pecho más osado
No dejó su lugar desocupado.

La tempestad cesada, el raso cielo
Vistió el húmido campo de alegría;
Cuando con claro y presuroso vuelo
En una nube una mujer venia
Cubierta de un hermoso y limpio velo,
Con tanto resplandor, que al medio dia
La claridad del sol delante della
Es la que cerca dél tiene una estrella.

Desterrando el temor la faz sagrada
Á todos confortó con su venida:
Venia de un viejo cano acompañada,
Al parecer de grave y santa vida:
Con una blanda voz y delicada
Les dice: «¿Adónde andais gente perdida?
Volved, volved el paso á vuestra tierra,
No vais á la Imperial á mover guerra.

»Que Dios quiere ayudar á sus cristianos
Y darles sobre vos mando y potencia;
Pues ingratos, rebeldes é inhumanos
Así le habeis negado la obediencia:
Mirad, no vais allá, porque en sus manos
Pondrá Dios el cuchillo y la sentencia.»
Diciendo esto, y dejando el bajo suelo,
Por el aire espacioso subió al cielo.

Los araucanos la vision gloriosa
De aquel velo blanquísimo cubierta
Siguen con vista fija y codiciosa,
Casi sin alentar la boca abierta:
Ya que desapareció fué extraña cosa
Que, como quien atónito despierta,
Los unos á los otros se miraban
Y ninguna palabra se hablaban.

Todos de un corazon y pensamiento,
Sin esperar mandato ni otro ruego,
Como si solo aquel fuera su intento,
El camino de Arauco toman luego;
Van sin órden, ligeros como el viento,
Paréceles que de un sensible fuego
Por detrás las espaldas se encendian,
Y así con mayor ímpetu corrian.

Heme, Señor, de muchos informado,
Para no lo escribir confusamente:
Á veintitres de abril, que hoy es mediado,
Hará cuatro años cierta y justamente
Que el caso milagroso aquí contado
Aconteció, presente tanta gente,
El año de quinientos y cincuenta
Y cuatro sobre mil por cierta cuenta.

Ya la verdad en suma declarada,
Segun que de los bárbaros se sabe,
Y no de fingimientos adornada,
Que es cosa que en materia tal no cabe;
Tienen ellos por cosa averiguada
(Que no es en prueba desto poco grave)
Que por esta vision hubo en dos años
Hambres, dolencias, muertes y otros daños.

Que la mar, reprimiendo sus vapores,
Faltó la agua y vertientes de la sierra,
Talando el sol en tierna edad las flores,
Ayudado del fuego de la guerra:
Como creció la seca y las calores,
Por falta de humidad la árida tierra
Rompió banco y alzóse con los frutos
Dejando de acudir con sus tributos.

Causó que una maldad se introdujese
En el distrito y término araucano,
Y fué que carne humana se comiese,
(¡Inorme introducion, caso inhumano!)
Y en parricidio atroz se convirtiese
El hermano en sustancia del hermano:
Tal madre hubo, que al hijo muy querido
Al vientre le volvió do habia salido.

Digo, pues, que los bárbaros llegando
Al valle de Puren, paterno suelo,
Las armas por entonces arrimando,
Dieron lugar al tempestuoso cielo.
Es este tiempo, en estas partes, cuando
El encogido invierno con su hielo
Del todo apoderándose en la tierra
Pone punto al discurso de la guerra.

Espárcese y derrámase la gente,
Dejan el campo y buscan los poblados,
Cesa el fiero ejercicio comunmente,
La tierra cubren húmidos nublados.
Mas cuando enciende á Escorpio el sol ardiente
Y la frígida nieve los collados
Sacuden de sus cimas levantadas
Ya de la nueva yerba coronadas,

En este tiempo el bullicioso Marte
Saca su carro con horrible estruendo,
Y ardiendo en ira belicosa parte
Por el dispuesto Arauco discurriendo:
Hace temblar la tierra á cada parte,
Los ferrados caballos impeliendo,
Y en la diestra el sangriento hierro agudo
Bate con la siniestra el fuerte escudo.

Luego á furor movidos los guerreros
Toman las armas, dejan el reposo;
Acuden los remotos forasteros
Al cebo de la guerra codicioso:
De los hierros renuevan los aceros;
Templan la cuerda al arco vigoroso;
El peso de las mazas acrecientan,
Y el duro fresno de las astas tientan.

La gente andaba ya desta manera,
Con el son de las armas y bullicio,
Que codiciosa comenzar espera
El deséado bélico ejercicio:
Juntáronse á la usada borrachera
(Órden antigua y detestable vicio)
La más ilustre gente y señalada
Á dar difinicion en la jornada.

Tratando en general concilio estaban
Del bien y aumentacion de aquel estado,
Cuando cuatro soldados arribaban
Con triste muestra y paso apresurado,
Haciéndoles saber cómo ya andaban
En el sitio de Penco arruïnado
Cantidad de españoles trabajando,
Un grueso y fuerte muro levantando;

Diciéndoles: «Venimos, oh guerreros,
De parte de los pueblos comarcanos
Con facultad bastante á prometeros,
Si desterrais de nuevo á los cristianos
Que pagarán con suma de dineros
El trabajo y labor de vuestras manos;
Y no habiendo el efeto deseado,
La tercia parte hayais de lo asentado.

»Viendo el poco reparo y resistencia
Que sin vuestro favor todos tenemos,
Les dimos llanamente la obediencia
Que en el tiempo infelice dar solemos.
No fué por opresion, no fué violencia;
Pues, aunque desdichados, entendemos
Cuán breve es el sospiro de la muerte,
Que pone fin y límite á la suerte:

»Mas, porque estando Arauco tan vecino,
Y fija en su favor la instable rueda,
La paz nos pareció mejor camino
Para que remediar todo se pueda;
Ya que lo estrague el áspero destino,
Tiempo para morir despues nos queda;
Pues no estarán los brazos tan cansados
Que no puedan abrir nuestros costados.

»Y pues os es patente y manifiesta
La embajada y gran priesa que traemos,
En ella hora tratad, que la respuesta
Con la resolucion esperaremos:
Brevedad os pedimos, que con ésta
Podrá ser que sin riesgo derribemos
La soberbia española y confianza,
Antes que les dé esfuerzo la tardanza.»

No se puede decir el gran contento
Que les dió á los caciques la embajada:
De todos desde allí en el pensamiento,
Antes que se acabase fué acetada:
Pero tuvieron freno y sufrimiento,
Que la primera voz estaba dada
Al hijo de Leocan, que, consultado,
Así responde en nombre del senado:

«Estamos con razon maravillados
De lo que en este caso hemos oido,
¿Y es verdad que hay cristianos tan osados
Que quieren con nosotros más ruïdo?
Sús, sús, que estos varones esforzados
Acetan la promesa y el partido:
No dando entero fin á la jornada,
Del trabajo no quieren llevar nada.

»Bien os podeis volver luego con esto,
Que sin duda en efeto lo pondremos,
Y sobre los cristianos, lo más presto
Que se pueda dar órden, llegaremos;
Donde se mostrará bien manifiesto
Lo poco en que nosotros los tenemos;
Pero habeis de advertir con sábio modo
Que aviso se nos dé siempre de todo.»

Muy alegres los cuatro se partieron
Por llevar tal respuesta; y caminando
En breve á sus señores se volvieron,
Que estaban por momentos aguardando:
Y visto el buen despacho que trujeron,
El contento y traicion disimulando,
Sufrian con discrecion las vejaciones
Encubriendo las falsas intenciones.

Domésticos se muestran en el trato;
Nadie toma la causa y la defiende,
Conociendo que el medio más barato
Del araucano ejército depende;
Y con doble y solícito contrato
La esperada venganza se pretende
Debajo de humildad y gran secreto,
Para que su intencion viniese á efeto.

De nuestra gente y pueblo destrozado
Gran descuido en hablar he yo tenido;
Mas como es en el mundo acostumbrado
Desamparar la parte del vencido,
Así yo tras el bando afortunado
He llevado camino tan seguido;
Y si aquí la ocasion no me avisara
Jamás pienso que della me acordara.

Conté de la ciudad la despoblada
Y de sus ciudadanos el camino;
Púselos en el fin de la jornada,
Do forzoso dejarlos me convino:
Pues volviendo á la historia comenzada
Y al duro proceder de su destino,
Estuvieron el tiempo en Santiägo
Que yo de ellos mencion aquí no hago.

Retirados allí, se reformaron
De todo el aparato conveniente,
Donde por los más votos acordaron
Reedificar á Penco nuevamente.
Con gran trabajo y gasto levantaron
Pequeña copia y número de gente:
Afirmar la ocasion desto no puedo,
Si fué la poca paga ó mucho miedo.
Al yermo Penco herboso habian llegado;
Y un sitio, que en mitad del pueblo habia,
Le tenian de tapion fortificado,
Que en recogido cuadro le ceñia,
De dos fuertes bastiones abrigado,
Que cada uno dos frentes descubria;
Y á cada frente asiste una bombarda
Que con maciza bala el paso guarda.
La gente comarcana, con fingida
Muestra, la paz malvada aseguraba,
Esperando la ayuda prometida
Que á cencerros tapados caminaba;
Pero no fué secreta esta partida,
Pues entre los cristianos se trataba
Que el valiente Lautaro habia pasado
Las lomas con ejército formado.
Suénase que Puren allí venia,
Tomé, Pillolco, Angol y Cayeguano;
Tucapel, que en orgullo y bizarría
No le igualaba bárbaro araucano,
Ongolmo, Lemolemo, y Lebopía,
Caniomangue, Elicura, Mareguano,
Cayocupil, Lincoya, Lepomande,
Chilcano, Leucoton y Mareande.

Todos estos varones señalados
Fueron para esta guerra apercebidos
Con otros dos mil pláticos soldados
En el copioso ejército escogidos.
Venian de fuertes petos arreados,
Gruesas picas de hierros muy fornidos,
Ferradas mazas, hachas aceradas,
Armas arrojadizas y enastadas.

Desta manera el escuadron camina
En la callada noche y sombra escura,
Debajo del gobierno y diciplina
Del cuidoso Lautaro, que procura
Llegar cuando la estrella matutina
Alegra el mustio campo y la verdura;
Antes que por aviso y doble trato
De su venida hubiese algun recato.

Pero los españoles, de un amigo
Bárbaro que con ellos contrataba,
Saben como el ejército enemigo
Con riguroso intento se acercaba:
Pues avisados desto, como digo,
Y de cuanto en secreto se trataba,
Al trance se aparejan y batalla,
Requiriendo los fosos y muralla.

Era caudillo y capitan de España
El noble montañés Juan de Alvarado,
Hombre sagaz, solícito y de maña,
De gran esfuerzo y discrecion dotado;
El cual con órden y presteza extraña,
Del presente peligro recatado,
Sazon no pierde, tiempo y coyuntura,
Antes las prevenciones apresura.

Que al punto, apercebidos los soldados,
En su lugar cada uno dellos puesto,
Manda á nueve guerreros más cursados
Que salgan á correr la tierra presto:
Y en la cerrada noche confiados
Llegan al campo bárbaro, y en esto
Del callado escuadron fueron sentidos,
Levantando terribles alaridos.

La grita, el sobresalto, los rumores,
El súbito alboroto de la guerra,
Las sonorosas trompas y atambores
Hacen gemir y estremecer la tierra:
En esto los astutos corredores,
Atravesando una pequeña sierra,
Toman la vuelta por más corta via,
Dando aviso á la amiga compañía.

Juan de Alvarado con ingenio y arte
De la fuerza lo flaco fortifica,
Y en lo más necesario, allí reparte
Gente del arcabuz y de la pica:
Proveido recaudo en toda parte,
Á recibir al araucano pica
Con la ligera escuadra de caballo,
Por no mostrar temor en esperallo.

La nueva claridad del dia siguiente
Sobre el claro horizonte se mostraba,
Y el sol por el dorado y fresco Oriente
De rojo ya las nubes coloraba:
Á tal hora Alvarado con su gente
Del prevenido fuerte se alejaba
En busca de la escuadra lautarina,
Que á más andar tambien se le avecina.

Los nuestros media legua aún no se habian
De aquel su muro lejos alongado,
Cuando al calar de un monte descubrian
El araucano ejército ordenado.
Allí las limpias armas relucian
Más que el claro cristal del sol tocado,
Cubiertas de altas plumas las celadas,
Verdes, azules, blancas, encarnadas.

¿Quién pintaros podrá el contento, cuando
Sienten los araucanos el ruïdo,
Que, las diestras en alto levantando,
Pusieron en el cielo un alarido?
Mil instrumentos bárbaros tocando
Con grande orgullo y paso más tendido
Se vienen acercando á los de España,
Sonando en torno toda la campaña.

Quieren los españoles responderlos
Con el horrible son de armada mano:
Calan el monte á fin de acometerlos,
Teniendo por mejor el sitio llano:
Bajas las lanzas vienen á romperlos;
Pero la osada muestra salió en vano,
Que los bárbaros ya diciplinados
Del todo se cerraron apiñados.

Tan espesas las picas derribaron
Con pié y con rostro firme hácia delante,
Que no solo el encuentro repararon,
Pero á desbaratarlos fué bastante:
Los nuestros sin romper se retiraron,
Y ellos gloriosos con furor pujante,
Por dar remate al venturoso lance,
Siguen con piés ligeros el alcance.

Apretándolos iban reciamente,
Los nuestros resistiendo y peleando,
Hasta el estrecho paso de una puente,
Que allí Lautaro, al cuerno aliento dando,
El araucano ejército obediente
Se va al son conocido reparando;
Del fuerte tanto trecho esto seria
Cuanto tira un cañon de punteria.

Detúvose Lautaro, con intento
De esperar al caliente medio dia,
Porque de la mañana el fresco viento
Los caballos y gente alentaria:
Reforma su escuadron, haciendo asiento
Á vista de los nuestros, que á porfia
Se habian al sitio fuerte recogido,
Teniendo por mejor aquel partido.

Cuando el sol en el medio cielo estaba
No declinando á parte un solo punto,
Y la aguda chicharra se entonaba
Con un desapacible contrapunto,
El astuto Lautaro levantaba
Su campo en escuadron cerrado y junto,
Con grande estruendo y paso concertado,
Hácia el sitio español fortificado.

Con audacia, desden y confianza
Lautaro contra el fuerte caminaba:
Síguele atrás la gente en ordenanza,
Y él con gracioso término arrastraba
Una larga, ñudosa y gruesa lanza,
Que airoso poco á poco la terciaba,
Y tanto por el cuento la blandia,
Que juntar los extremos parecia.

Los pocos españoles salen fuera,
Que encerrados no quieren esperallos;
De arcabuces delante una hilera,
Otra de picas luego, y los caballos
Á los lados: y así desta manera
Con fiera muestra vienen á buscallos:
Llegados á do ya podian herirse
Los unos á los otros dejan irse.

Y de rencor intrínseco aguijados
Los movidos ejércitos venian:
Suenan los arcabuces asestados,
Del humo, fuego y polvo se cubrian:
Los corvos arcos con vigor flechados
Gran numero de tiros despedian:
Vuelan nubadas de armas enastadas
Por los valientes brazos arrojadas.

Cuales contrarias aguas á toparse
Van con rauda corriente sonorosa,
Que, resistiendo al tiempo del mezclarse,
Aquella más violenta y poderosa
A la ménos pujante sin pararse
Volverla contra el curso es cierta cosa:
Así á nuestro escuadron forzosamente
Le arrebató la bárbara corriente.

No pudiendo sufrir la fuerza brava
Del número de gente y movimiento,
Al español el bárbaro llevaba
Como á liviana paja el recio viento.
Entran sin órden, que ya rota andaba,
Todos mezclados en el fuerte asiento,
Y dentro del cuadrado y ancho muro
Comienzan pié con pié un combate duro.

Algunos españoles castigados
Recogerse en la fuerza no quisieron,
Que eran de corazones congojados
Y de verse en estrecho rehuyeron:
Quieren el campo abierto, y por los lados
Del turbado monton se dividieron;
Pero los de más ser, con mano osada
Procuran amparar la plaza entrada.
Allí quieren morir ó defenderse:
La carrera más larga otros tomaron,
Que acordaron con tiempo guarecerse:
Otros á la marina se llegaron
Metiéndose en un barco, sin poderse
Sufrir, las corvas áncoras alzaron;
Satisfaciendo al miedo y bajo intento,
Las velas con presteza dan al viento.
Quien en llegar es algo perezoso,
Viendo levar el áncora á la nave,
No duda en arrojarse al mar furioso,
Teniendo aquel morir por menos grave.
Quien ántes no nadaba, de medroso
Las olas rompe agora y nadar sabe:
Mirad, pues, el temor á qué ha llegado,
Que viene á ser de miedo el hombre osado.
Los que están en la fuerza retraidos,
Como buenos guerreros se defienden;
Muertos quieren quedar y no vencidos,
Que ya solo un honrado fin pretenden:
Y con tal presupuesto embravecidos,
Sin esperanza de vivir ofenden,
Haciendo en los contrarios tal estrago
Que la plaza de sangre era ya lago.

Lautaro, gente y armas contrastando,
En la fuerza el primero entrado habia.
Y muerto á dos soldados en entrando
Que en suerte le cupieron aquel dia.
Lincoya iba hiriendo y derribando:
Mas ¿quién podrá decir la bravería
De Tucapel, que el cielo acometiera,
Si hallara algun camino ó escalera?

No entró el fuerte por puerta ni por puente,
Antes con desenvuelto y diestro salto,
Libre el foso saltó ligeramente,
Y estaba en un momento en lo más alto:
No le pudo seguir por allí gente;
Él solo de aquel lado dió el asalto;
Mas, como si de mil fuera guardado,
Se arroja luego en medio del cercado.

Apenas puso el pié firme en la plaza,
Cuando el furioso bárbaro esgrimiendo
La ejercitada, dura y gruesa maza,
Iba los enemigos esparciendo:
No vale malla fina ni coraza;
Y las celadas fuertes, no pudiendo
Sufrir los recios golpes que bajaban,
Machucando los sesos se abollaban.

Unos deja tullidos y contrechos,
Otros para en su vida lastimados,
Á quién hunde el pescuezo por los pechos
Á quién rompe los lomos y costados
Cual si fueran de blanda cera hechos:
Magulla, muele y deja derrengados,
Y en el mayor peligro osadamente
Se arroja sin temor de armas y gente.

Contra Ortiz revolvió con muestra airada,
Que habia muerto á Torquin, mozo animoso,
La maza alta, y la vista en él clavada,
Rompe por el tropel de armas furioso:
No sé cuál fué la espada señalada
Ni aquel brazo pujante y provechoso,
Que el mástil cercenó del araucano
Y dos dedos con él de la una mano.
Con el encendimiento que llevaba
No sintió la herida de repente;
Mas cuando el brazo y golpe descargaba,
Que los dedos y maza faltar siente,
Herida tigre hircana no es tan brava,
Ni acosado leon tan impaciente
Como el indio, que lleno de postema,
Del cielo, infierno, tierra y mar blasfema.
Sobre las puntas de los piés estriba,
Y en ellas la persona más levanta:
El brazo cuanto puede atrás derriba,
Y el trozo impele con violencia tanta
Que á Ortiz, que alta la espada sobre él iba.
La celada y los cascos le quebranta,
Y del grave dolor desvanecido
Dió en el suelo de manos sin sentido.
El bárbaro con esto no vengado,
Viene sobre él con furia acelerada,
Y con la diestra, aún no medrosa, airado,
Á Ortiz arrebató la aguda espada;
Alzándole la cota por un lado,
Le atravesó de la una á la otra ijada,
Y la alma del corpóreo alojamiento
Hizo el duro y forzoso apartamiento.

La espada á la siniestra el indio trueca,
Sintiéndose tullido de la diestra,
Y del golpe primero otro derrueca,
Que tambien en herir era maestra:
Como suele segar la paja seca
El presto segador con mano diestra,
Así aquel Tucapel con fuerza brava
Brazos, piernas y cuellos cercenaba.
Dejándose guiar por do la ira
Le llevaba furioso, discurriendo,
Unos hiere, maltrata, otros retira,
La espesa selva de astas deshaciendo:
Acaso al Padre Lobo un golpe tira,
Que contra cuatro estaba combatiendo;
El cual sin ver el fin de aquella guerra
Dió el alma á Dios y el cuerpo dió á la tierra.
El grave Leucoton, no ménos fuerte,
Con el valor que el cielo le concede,
Hiere, aturde, derriba y da la muerte,
Que nadie en fuerza y ánimo le excede:
No sé cómo á escribirlo todo acierte,
Que mi cansada mano ya no puede
Por tanta confusion llevar la pluma,
Y así reduce mucho á breve suma.
Tambien Angol, soberbio y esforzado,
Su corvo y gran cuchillo en torno esgrime,
Hiere al jóven Diego Oro, y del pesado
Golpe en la dura tierra el cuerpo imprime:
Pero en esta sazon Juan de Alvarado,
La furia de una punta le reprime,
Que al tiempo que el furioso alfange alzaba
Por debajo del brazo le calaba.

No halló defensa la enemiga espada;
Lanzándose por parte descubierta,
Derecho al corazon hizo la entrada,
Abriendo una sangrienta y ancha puerta·
La cara antes del jóven colorada
Se vió de amarillez mustia cubierta;
Descoyuntóle el brazo un mortal hielo,
Batiendo el cuerpo helado el duro suelo.

El corpulento mozo Mareguano,
Que airado á todas partes discurria,
Llegó al tiempo que Angol por diestra mano
Al riguroso hierro se rendia:
Era su íntimo amigo y primo hermano,
De estrecho trato antiguo y compañía;
«Pues fué siempre en la vida igual la suerte,
Quiero, dijo, tambien que sea en la muerte.»

Y contra el matador con repentina
Rabia, que el pecho y venas le abrasaba.
Un macizo y fornido tronco empina
Y con fuerza sobre él lo derribaba;
Mas temiendo del golpe la ruïna
Alvarado, que el ojo alerta estaba,
Saca presto el caballo apercebido,
Y en el suelo el troncon quedó metido.

Chilcan, Ongolmo, Cayeguan de un lado,
Lepomande y Purén en compañía,
Habian así á los nuestros apretado,
Que ganaron gran crédito aquel dia:
Tomé, Cayocupin y el esforzado
Pillolco, Caniomangue y Lebopía,
Mareande, Elicura y Lemolemo
De su valor mostraron el extremo.

En esto un rumor súbito se siente
Que los cóncavos cielos atronaba,
Y era que la vitoria abiertamente
Por el bárbaro infiel se declaraba:
Ya la española destrozada gente
Al camino de Itáta enderezaba,
Desamparando el suelo desdichado,
De sangre y enemigos ocupado.
Del todo á toda furia comenzando
Iban los españoles la huïda,
Siempre más el temor apresurando
Con agudas espuelas la corrida;
Sigue el alcance y válos aquejando
La bárbara canalla embravecida,
Envuelta en una espesa polvareda,
Matando al que por flojo atrás se queda.
Alvarado con ánimo y cordura
Los anima y esfuerza, y no aprovecha;
Que la turbada gente en tal rotura
Huye la muerte y plaza tan estrecha:
Cuál encamina al monte, y cuál procura
De Mapochó la senda más derecha,
Y cuál y cuál constante todavía,
Animoso con Átropos porfía.
Estos, honrosa muerte deseando,
Despreciaban la vida deshonrada,
Aquel forzoso punto dilatando
Con raro esfuerzo y valerosa espada:
Presto quedó la plaza sin un bando,
De almas vacia y de cuerpos ocupada.
Que animosos los pocos que quedaban
Á las armas y muerte se entregaban.

Unos por los costados caen abiertos;
Otros de parte á parte atravesados;
Otros, que de su sangre están cubiertos,
Se rinden á la muerte desangrados:
Al fin, todos quedaron allí muertos,
Del riguroso hierro apedazados.
Vamos tras los que aguijan los caballos,
Que no haremos poco en alcanzallos.

Quién por camino incierto, quién por senda
Áspera, peligrosa y desusada,
Bate al caballo y dale suelta rienda,
Que el miedo es grande y grande la jornada:
El bárbaro escuadron con grita horrenda
Por sierra, monte, llano y por cañada
Las espaldas les iba calentando,
Hiriendo, dando muerte y derribando.

Habia de la comarca concurrido
Gente armada por uno y otro lado,
Que á la mira imparcial habia asistido
Hasta ver el derecho declarado:
En esto alzando un súbito alarido,
Con el orgullo á vencedores dado,
Baja las armas, hasta allí neutrales,
En daño de las señas imperiales.

Salen en codicioso seguimiento
De la española gente, que corria
Con furia y ligereza más que el viento.
Sin hacerse uno á otro compañia:
La mucha turbacion y desatiento,
Que á los nuestros el miedo les ponia,
Los lleva sin caminos, esparcidos
Por sierras, valles, montes, por ejidos.

Los que tienen caballos más ligeros
¡Oh cuán de corazon son envidiados!
¡Qué poco se conocen compañeros
De largo tiempo y amistad tratados!
No aprovechan promesas de dineros,
Ni de bienes allí representados:
Tanto el miedo ocupado los habia
Que lugar la codicia aún no tenia;
Antes, los intereses despreciando,
Se muestran allí poco codiciosos,
Tras las ricas celadas arrojando
Petos de fina plata embarazosos:
Y así de las promesas no curando,
Jugaban los talones presurosos:
Solo las alas de Ícaro quisieran,
Aunque pasando el mar se derritieran.
Juan y Hernando Alvarados la jornada
Con el valiente Ibarra apresuraban,
Animando la gente desmayada,
Mas no por esto el paso moderaban:
Abren por la carrera embarazada,
Que ligeros caballos gobernaban,
Y aunque con viva espuela los batian,
Alargarse de un indio no podian.
Delante largo trecho de la gente,
Á los tres les da caza y atormenta
Un espaldudo bárbaro valiente,
Rengo llamado, mozo de gran cuenta:
Éste solo los sigue osadamente
Y á voces con palabras los afrenta;
Y los aprieta y corre á campo raso,
Sin poderle ganar un solo paso.

«¡Jo! jo! (les va gritando) espera! espera!»
Que más en castellano no sabia;
Pero en su natural lengua primera
Atrevidas injurias les decia.
Tres leguas los corrió desta manera,
Que jamás de las colas se partia
Por mucho que aguijasen los rocines,
Llamándolos infames y ruïnes.

Llevaba una arma en alto levantada,
Que no hay quien su facion y forma diga:
Era una gruesa haya mal labrada,
De la grandeza y peso de una viga,
De metal la cabeza barreada:
Y esgrímela el garzon sin más fatiga
Que el presto esgrimidor suelto y liviano
Juega el fácil baston con diestra mano.

Si alguna vez con el troncon pesado
Los caballos el bárbaro alcanzaba,
Era de fuerza el golpe tan cargado
Que casi derrengados los dejaba;
Así cada caballo escarmentado
Sin espuelas el curso apresuraba,
Que jamás fué baqueta en la corrida
Como el baston del bárbaro temida.

Aunque gran trecho aquel follon se aleja
Del seguro monton y amigo bando,
No por esto la dura empresa deja,
Antes más los persigue y va afrentando:
Con prestos piés y maza los aqueja,
La nacion española profazando
En lenguaje araucano, que entendian
Los tres, que á más correr dél se desvian.

Veinte veces revuelven los cristianos,
Dando sobre él con súbita presteza;
Á todos tres les da llenas las manos
Con su diabólica arma y ligereza:
Entretanto llegaban los ufanos
Indios en el alcance sin pereza,
Y volviendo los tres á su carrera
El bárbaro y baston sobre ellos era.

No por áspero monte ni ágria cuesta
Afloja el curso y animoso brio;
Antes cual correr suele sobre apuesta
Tras las fieras el Puelche en desafío,
Los corre, aflige, aprieta y los molesta;
Y á diez millas de alcance, por do un rio
El camino atraviesa al mar corriendo,
Se fué en la húmida orilla deteniendo.

El bárbaro escuadron parado habia;
Solo el contumaz Rengo porfiando,
Desistir de la empresa no queria,
Aunque no ve persona de su bando:
Los tres lasos cristianos á porfia
Iban el ancho vado atravesando,
Cuando Rengo cargó de una pesada
Piedra la presta honda dél usada.

El tronco en el suelo húmido fijado,
Rodea el brazo dos veces, despidiendo
El tosco y gran guijarro así arrojado,
Que el monte retumbó del sordo estruendo;
Las ninfas por lo más sesgo del vado,
Las cristalinas aguas revolviendo,
Sus doradas cabezas levantaron
Y á ver el caso atentas se pararon.

El importuno bárbaro no cesa
Ni afloja de la empresa que pretende;
Ántes con silbos, grita y piedra espesa,
La agua á más de la cinta, los ofende;
Y dándoles en esto mucha priesa,
El beber los caballos les defiende,
Diciendo: «¡Sus, salid, salid afuera,
Que yo os manterné campo en la ribera!»
Viendo Alvarado á Rengo así orgulloso,
De la soberbia tema ya impaciente,
Dice á los dos: «¡Oh caso vergonzoso,
Que á tres nos siga un indio solamente
Y triunfe de nosotros vitorioso!
No es bien que de españoles tal se cuente:
Volvamos, y de aquí jámas pasemos
Si primero morir no le hacemos.»
Así dijo, y las riendas revolviendo,
Segunda vez el vado atravesaban;
De morir ó matarle proponiendo,
Los caballos cansados aguijaban;
En esto el araucano, conociendo
La cólera y furor con que tornaban,
Olvidando la maza y presupuesto,
Las voladoras plantas mueve presto.
Una larga carrera por la arena
Los tres á toda furia le siguieron,
Aunque en balde tomaron esta pena,
Que el indio más corrió que ellos corrieron:
Faltos, no de intencion, pero de lena,
De cansados las riendas recogieron;
Y en un áspero sitio y peligroso
Les hizo rostro el bárbaro animoso.

Por espaldas tomó una gran quebrada,
Revolviendo á los tres con osadía,
Y á falta de la maza acostumbrada,
A menudo la honda sacudia:
De allí con mofa, silbos y pedrada,
Sin poderle ofender, los ofendia,
Por ser aquel lugar despeñadero,
Y más que ellos el bárbaro ligero.

Visto Alvarado serle así excusado
El fin de lo que tanto deseaba,
Dejando libre al bárbaro esforzado,
Que bien de mala gana se quedaba,
Pasa otra vez el ya seguro vado,
Y al usado camino se tornaba,
Triste en ver que Fortuna por tal modo
Se le mostraba adversa y dura en todo.

Habia dejado el campo lautarino
De seguir el alcance grande rato;
Iban los españoles sin camino,
Como ovejas que van fuera de hato.
De no seguirlos más me determino,
Que por lo que adelante dellos trato,
Dejarlos por agora me es forzado
Donde otras veces ya los he dejado.

Con la gente araucana quiero andarme,
Dichosa á la sazon y afortunada;
Y, como se acostumbra, desviarme
De la parte vencida y desdichada:
Por donde tantos van quiero guiarme,
Siguiendo la carrera tan usada,
Pues la costumbre y tiempo me convence,
Y todo el mundo es ya *¡viva quien vence!*

¡Cuán usado es huir los abatidos
Y seguir los soberbios levantados,
De la instable Fortuna favoridos
Para solo despues ser derribados!
Al cabo estos favores, reducidos
Á su valor, son bienes emprestados
Que habemos de pagar con siete tanto,
Como claro nos muestra el nuevo canto.

CANTO X.

Ufanos los araucanos de las vitorias habidas, ordenan unas fiestas generales, donde concurrieron diversas gentes así extranjeras como naturales, entre los cuales hubo grandes pruebas y diferencias.

Cuando la vária diosa favorece
Y las dádivas prósperas reparte,
¡Cómo al ánimo flaco fortalece,
Que de triste mujer se vuelve un Marte,
Y derriba, acobarda y enflaquece
El esfuerzo viril en la otra parte,
Haciendo cuesta arriba lo que es llano
Y un gran cerro la palma de la mano!

¡Quién vió los españoles colocados
Sobre el más alto cuerno de la luna
De sus famosos hechos rodeados,
Sin punto y muestra de mudanza alguna!
¡Quién los ve en breve tiempo derribados!
¡Quién ve en miseria vuelta su fortuna,
Seguidos, no de Marte, dios sanguino,
Mas del tímido sexo femenino!

Mirad aquí la suerte tan trocada,
Pues aquellos que al cielo no temian,
Las mujeres, á quien la rueca es dada,
Con varonil esfuerzo los seguian;
Y con la diestra á la labor usada
Las atrevidas lanzas esgrimian,
Que, por el hado próspero impelidas,
Hacian crudos efetos y heridas.

Estas mujeres digo que estuvieron
En un monte escondidas, esperando
De la batalla el fin; y cuando vieron
Que iba de rota el castellano bando,
Hiriendo el cielo á gritos decendieron,
El mujeril temor de sí lanzando;
Y de ajeno valor y esfuerzo armadas,
Toman de los ya muertos las espadas.

Y á vueltas del estruendo y muchedumbre,
Tambien en la vitoria embebecidas,
De medrosas y blandas de costumbre
Se vuelven temerarias homicidas:
No sienten ni les daban pesadumbre
Los pechos al correr, ni las crecidas
Barrigas de ocho meses ocupadas,
Ántes corren mejor las más preñadas.

Llamábase infelice la postrera,
Y con ruegos al cielo se volvia,
Porque á tal coyuntura en la carrera
Mover más presto el paso no podia.
Si las mujeres van desta manera,
¿La bárbara canalla cuál iria?
De aquí tuvo principio en esta tierra
Venir tambien mujeres á la guerra.

Vienen acompañando á sus maridos,
Y en el dudoso trance están paradas;
Pero, si los contrarios son vencidos,
Salen á perseguirlos esforzadas:
Prueban la flaca fuerza en los rendidos
Y si cortan en ellos sus espadas,
Haciéndolos morir de mil maneras,
Que la mujer cruël eslo de veras.
Así á los nuestros esta vez siguieron
Hasta donde el alcance habia cesado,
Y desde allí la vuelta al pueblo dieron,
Ya de los enemigos saqueado.
Que cuando hacer más daño no pudieron,
Subiendo en los caballos que en el prado
Sueltos sin órden y gobierno andaban,
Á sus dueños por juego remedaban.
Quién hace que combate, y quién huia,
Y quién tras el que huye va corriendo:
Quién finge que está muerto, y se tendia,
Quién correr procuraba no pudiendo:
La alegre gente así se entretenia,
El trabajo importuno despidiendo,
Hasta que el sol rayaba los collados
Que el general llegó y los más soldados.
Los unos y los otros aguijaban
Con gran priesa á abrazarse estrechamente;
Pero algunos, por más que se esforzaban,
La envidia les hacia arrugar la frente:
Francos los vencedores se mostraban,
Repartiendo la presa alegremente;
Que aún en el pecho vil contra natura
Puede tanto la próspera ventura.

Una solemne fiesta en este asiento
Quiso Caupolican que se hiciese,
Donde del araucano ayuntamiento
La gente militar sola estuviese;
Y con alegre muestra y gran contento,
Sin que la popular se entremetiese,
En danzas, juegos, vicio y pasatiempo
Allí se detuvieron algun tiempo.

Los juegos y ejercicios acabados,
Para el valle de Arauco caminaron,
Do á las usadas fiestas los soldados
De toda la provincia convocaron;
Fueron bastantes plazos señalados,
Joyas de gran valor se pregonaron,
De los que en ellas fuesen vencedores,
Premios dignos de haber competidores.

La fama de la fiesta iba corriendo
Más que los diligentes mensajeros,
En un término breve apercibiendo
Naturales, vecinos y extranjeros:
Gran multitud de gente concurriendo,
Creció el número tanto de guerreros.
Que ocupaban las tiendas forasteras
Los valles, montes, llanos y riberas.

Ya el esperado catorceno dia,
Que tanta gente estaba deseando,
Al campo su color restituia,
Las importunas sombras desterrando;
Cuando la bulliciosa compañía
De los briosos jóvenes, mostrando
El juvenil hervor y sangre nueva,
En campo estaban prestos á la prueba.

Fué con solemne pompa referido
El órden de los precios, y el primero
Era un lustroso alfange, guarnecido
Por mano artificiosa de platero:
Este premio fué allí constituido
Para aquel que con brazo más entero
Tirase una fornida y gruesa lanza,
Sobrando á los demas en la pujanza.

Y de cendrada plata una celada,
Cubierta de altas plumas de colores,
De un cerco de oro puro rodeada,
Esmaltadas en él varias labores,
Fué la preciada joya señalada
Para aquel que, entre diestros luchadores,
En la dificil prueba se extremase
Y por señor del campo en pié quedase.

Un lebrel animoso, remendado,
Que el collar remataba una venera
De agudas puntas de metal herrado,
Era el precio de aquel que en la carrera,
De todas armas y presteza armado,
Arribase más presto á la bandera
Que una gran milla lejos tremolaba
Y el trecho señalado limitaba.

Y de niervos un arco, hecho por arte,
Con su dorada aljaba que pendia
De un ancho y bien labrado talabarte
Con dos gruesas hebillas de taujía,
Este se señaló y se puso aparte
Para aquel que con flecha á puntería,
Ganando por destreza el precio rico,
Llevase al papagayo el corvo pico.

Un caballo morcillo, rabicano,
Tascando el freno estaba de cabestro,
Precio del que con suelta y presta mano
Esgrimiese el baston como más diestro.
Por juez se señaló á Caupolicano,
De todos ejercicios gran maestro.
Ya la trompeta con sonada nueva
Llamaba opositores á la prueba.

No bien sonó la alegre trompa, cuando
El jóven Orompello, ya en el puesto,
Airosamente el manto derribando,
Mostró el hermoso cuerpo bien dispuesto
Y en la valiente diestra blandeando
Una maciza lanza. Luego en esto
Se ponen asimismo Lepomande,
Crino, Pilloleo, Guambo y Mareande.

Estos seis en igual hila corriendo,
Las lanzas por los fieles igualadas,
Á un tiempo las derechas sacudiendo.
Fueron con seis gemidos arrojadas:
Salen las astas con rumor crugiendo,
De aquella fuerza é ímpetu llevadas,
Rompen el aire, suben hasta el cielo,
Bajando con la misma furia al suelo.

La de Pilloleo fué la asta primera
Que falta de vigor á tierra vino,
Tras ella la de Guambo, y la tercera
De Lepomande, y cuarta la de Crino,
La quinta de Mareande, y la postrera,
Haciendo por más fuerza más camino,
La de Orompello fué, mozo pujante,
Pasando cinco brazas adelante.

Tras estos otros seis lanzas tomaron,
De los que por más fuertes se estimaban,
Y aunque con fuerza extrema procuraron
Sobrepujar el tiro, no llegaban:
Otros tras estos, y otros seis probaron,
Mas todos con vergüenza atrás quedaban;
Y por no detenerme en este cuento,
Digo que lo probaron más de ciento.
Ninguno con seis brazas llegar pudo
Al tiro de Orompello señalado,
Hasta que Leucoton, varon membrudo,
Viendo que ya el probar habia aflojado,
Dijo en voz alta: « De perder no dudo,
Mas porque todos ya me habeis mirado,
Quiero ver este brazo lo que puede
Y á do llegar mi estrella me concede. »
Esto dicho, la lanza requerida,
En ponerse en el puesto poco tarda;
Y dando una ligera arremetida,
Hizo muestra de sí fuerte y gallarda:
La lanza por los aires impelida
Sale cual gruesa bala de bombarda,
Ó cual furioso trueno que, corriendo,
Por las espesas nubes va rompiendo.
Cuatro brazas pasó con raudo vuelo
De la señal y raya delantera;
Rompiendo el hierro por el duro suelo,
Tiembla por largo espacio la asta fuera:
Alza la turba un alarido al cielo,
Y de tropel con súbita carrera
Muchos á ver el tiro van corriendo,
La fuerza y tirador engrandeciendo.

Unos el largo trecho á piés median
Y examinan el peso de la lanza,
Otros por maravilla encarecian
Del esforzado brazo la pujanza:
Otros van por el precio, otros hacian
Al vencedor cantares de alabanza;
De Leucoton el nombre levantando
Le van en alta voz solemnizando.

Salta Orompello, y por la turba hiende.
Y aquel rumor, colérico, baraja,
Diciendo: «Aún no he perdido, ni se entiende
De solo el primer tiro la ventaja.»
Caupolican la vara en esto tiende,
Y á tiempo un encendido fuego ataja,
Que Tucapel al primo habia acudido,
Y otros con Leucoton se habian metido.

Caupolican, que estaba por juez puesto,
Mostrándose imparcial, discretamente
La furia de Orompello aplaca presto
Con sabrosas palabras blandamente:
Y así, no se altercando más sobre esto,
Conforme á la postura, justamente
Á Leucoton, por más aventajado,
Le fué ceñido el corvo alfange al lado.

Acabada con esto la porfia,
Y Leucoton quedando vitorioso,
Orompello á una parte se desvia,
Del caso algo corrido y vergonzoso;
Mas como sábio mozo lo encubria,
De verse en ocasiones deseoso
Por do con Leucoton, y causa nueva,
Venir pudiese á más estrecha prueba.

Era Orompello mozo asaz valido,
Que desde su niñez fué muy brioso,
Manso, tratable, fácil, corregido,
Y, en ocasion metido, valeroso;
De muchos en asiento preferido
Por su esfuerzo y linaje generoso,
Hijo del venerable Mauropande,
Primo de Tucapel y amigo grande.

Puesto nuevo silencio y despejado
El campo do la prueba se hacia,
El diestro Cayeguan, mozo esforzado,
Á mantener la lucha se metia:
No pasó mucho, cuando de otro lado
Con gran disposicion Torquin salia
De haber en él pujanza y ligereza;
Ambos en el luchar de gran destreza.

Dada señal, con pasos ordenados
Los dos gallardos bárbaros se mueven;
Ya los viérades juntos, ya apartados,
Ora tienden el cuerpo, ora le embeben:
Por un lado y por otro recatados
Se inquieren, cercan, buscan y remueven,
Tientan, vuelven, revuelven y se apuntan,
Y al cabo con gran ímpetu se juntan.

Hechas las presas y ellos recogidos,
En su fuerza procuran conocerse;
Pero de ardor colérico encendidos
Comienzan por el campo á revolverse:
Cíñense piés con piés, y entretegidos
Cargan á un lado y otro, sin poderse
Llevar cuanto una mínima ventaja,
Por más que el uno y otro se trabaja.

Andando así, en un tiempo, cauteloso
Metió la pierna diestra Cayeguano;
Quiso Torquin ceñirla codicioso
Cargando con gran fuerza á aquella mano:
Sácala á tiempo Cayeguan mañoso,
Y el cuerpo de Torquin quedando en vano,
Del mismo peso y fuerza que traia
Á los piés enemigos se tendia.

Tras este el fuerte Rengo se presenta,
El cual, lanzando fuera los vestidos,
Descubre la persona corpulenta,
Brazos robustos, músculos fornidos:
Mírale la confusa turba atenta,
Que de cuatro entre todos escogidos
Este valiente bárbaro era el uno,
Jamás sobrepujado de ninguno.

Con gran fuerza los hombros sacudiendo
Se apareja á la lucha y desafio,
Y al vencedor contrario apercibiendo
Le va á buscar con animoso brio:
De la otra parte Cayeguan saliendo
En medio de aquel campo á su albedrío.
Vienen los dos gallardos á juntarse,
Procurando en la presa aventajarse.

Un rato los juzgaron igualmente,
Y anduvo en duda la vitoria incierta;
Mas luego Rengo dió señal patente
Con que fué su pujanza descubierta:
Que entre los duros brazos reciamente
Al triste Cayeguan, la boca abierta,
Sin dejarle alentar, le retraia,
Y acá y allá con él se revolvia.

Alzóle de la tierra, y apretado,
En el aire gran pieza le suspende;
Cayeguan sin color, desalentado,
Abre los brazos y las piernas tiende:
Viéndolo así rendido, el esforzado
Rengo que á la vitoria solo atiende,
Dejándole bajar, con poca pena
Le estampa de gran golpe en el arena
Sacáronle del campo sin sentido,
Y á su tienda en los hombros le llevaron:
Todos la fuerza grande y el partido
De Rengo en alta voz solemnizaron:
Pero cesando en esto aquel ruïdo,
Á sus asientos luego se tornaron,
Porque vieron que Talco aparejado
El puesto de la lucha habia tomado.
Fue este Talco de pruebas gran maestro,
De recios miembros y feroz semblante,
Diestro en la lucha y en las armas diestro,
Ligero y esforzado, aunque arrogante;
Y con todas las partes que aquí muestro,
Era Rengo más suelto y más pujante,
Usado en los robustos ejercicios,
Que dello su persona daba indicios.
Talco se mueve y sale con presteza;
Rengo espaciosamente se movia;
Fíase mucho el uno en la destreza,
El otro en su vigor solo se fia:
En esto con extraña ligereza,
Cuando ménos cuidado en Talco habia,
Un gran salto dió Rengo no pensado,
Cogiendo al enemigo descuidado.

De la suerte que el tígre cauteloso,
Viendo venir lozano al suelto pardo,
El cuello bajo, lerdo y perezoso,
Con ronco son se mueve á paso tardo,
Y en un instante súbito y furioso
Salta sobre él con ímpetu gallardo,
Y echándole la garra, así le aprieta,
Que le oprime, le rinde y le sujeta:
De esta manera Rengo á Talco afierra,
Y, ántes que á la defensa se prevenga,
Tan recio le apretó contra la tierra,
Que el lomo quebrantado lo derrienga:
Viéndolo pues así lo desafierra,
Y á su puesto, esperando que otro venga,
Vuelve, dejando el campo con tal hecho
De su extremada fuerza satisfecho.
Mas no hubo en hombre allí tal osadía
Que á contrastar al bárbaro se atreva;
Y así, porque la noche ya venia,
Se difirió la comenzada prueba
Hasta que el carro del siguiente dia
Alegrase los campos con luz nueva:
Sonando luego varios instrumentos,
De las mesas hinchieron los asientos.
Pues otro dia, saliendo de su tienda
El hijo de Leocan, acompañado
De gran gente, al lugar de la contienda
Con altos instrumentos fué llevado:
Rengo, porque su fama más se extienda,
Dando una vuelta en torno del cercado
Entró dentro con una bella muestra,
Y á mantener se puso la palestra.

Bien por dos horas Rengo tuvo el puesto
Sin que nadie la plaza le pisase,
Que no se vió soldado tan dispuesto
Que, viéndole, el lugar vacío ocupase:
Pero ya Leucoton mirando en esto,
Que, porque su valor más se notase,
Hasta ver el más fuerte habia esperado,
Con grave paso entró en el estacado.

Luego un rumor confuso y grande estruendo
Entre el parlero vulgo se levanta
De ver estos dos juntos, conociendo
En ambos igualmente fuerza tanta.
Leucoton, la persona recogiendo,
Á recibir á Rengo se adelanta,
Que con gallardo paso se venia
De esfuerzo acompañado y lozanía.

Vienen al paragon dos animosos
Que en esfuerzo y pujanza par no tienen:
Unas veces aguijan presurosos
Otras frenan el paso y lo detienen:
Andan en torno y miran cautelosos,
Y á todos los engaños se previenen;
Pero no tardó mucho que cerraron,
Y con estrechos ñudos se abrazaron.

Juntándose los dos pechos con pechos,
Van las últimas fuerzas apurando:
Ya se afirman y tienen muy estrechos,
Ya se arrojan en torno volteando,
Ya los izquierdos, ya los piés derechos
Se enclavijan y enredan, no bastando
Cuanta fuerza se pone, estudio y arte,
Á poder mejorarse alguna parte.

Acá y allá furiosos se rodean,
La fuerza uno del otro resistiendo;
Tanto forcejan, gimen, ijadean,
Que los miembros se van entorpeciendo:
Tiemblan de la fatiga y titubean
Las cansadas rodillas, no pudiendo
Comportar el teson y furia insana,
Que al fin eran de hueso y carne humana.

De sudor grueso y engrosado aliento
Cubiertos los dos bárbaros andaban,
Y del fogoso y recio movimiento
Roncos los pechos dentro resonaban:
Ellos siempre con más encendimiento,
Sacando nuevas fuerzas, procuraban
Llegar la empresa al cabo comenzada
Por ganar el honor y la celada.

Pero ventaja entre ellos conocida
No se vió allí, ni de flaqueza indicio;
Ambos jóvenes son de edad florida,
Iguales en la fuerza y ejercicio:
Mas la suerte de Rengo enflaquecida,
Y el hado, que hasta allí le fué propicio,
Hicieron que perdiese á su despecho
Del precio y del honor todo el derecho.

Habia en la plaza un hoyo hácia el un lado,
Engaste de un guijarro, y nuevamente
Estaba de su asiento levantado
Por el concurso y huella de la gente:
Desto el cansado Rengo no avisado,
Metió el pié dentro, y desgraciadamente,
Cual cae de la segur herido el pino,
Con no menor estruendo á tierra vino.

No la pelota con tan presto salto
Resurte arriba del macizo suelo,
Ni la águila, que al robo cala de alto,
Sube en el aire con tan recio vuelo;
Como de corrimiento el seso falto,
Rengo rabioso, amenazando al cielo,
Se puso en pié, que áun bien no tocó en tierra,
Y contra Leucoton furioso cierra.

Como en la fiera lucha Anteo temido
Por el furioso Alcides derribado,
Que de la Tierra madre recogido,
Cobraba fuerza y ánimo doblado;
Así el airado Rengo embravecido,
Que apenas en la arena habia tocado,
Sobre el contrario arriba de tal suerte,
Que al extremo llegó de honrado y fuerte.

Tanta afrenta, vergüenza y dolor siente,
El público lugar considerando,
Que, abrasado de fuego y rabia ardiente,
Se le fueron las fuerzas aumentando;
Y furioso, colérico, impaciente,
De suerte á Leucoton va retirando,
Que apenas le resiste; y el suceso
Oireis en el siguiente canto expreso.

CANTO XI.

Acábanse las fiestas y diferencias, y caminando Lautaro sobre la ciudad de Santiago, ántes de llegar á ella hace un fuerte, en el cual metido, vienen los españoles sobre él, donde tuvieron una recia batalla.

Cuando los corazones nunca usados
Á dar señal y muestra de flaqueza
Se ven en lugar público afrentados,
Entonces manifiestan su grandeza,
Fortalecen los miembros fatigados,
Despiden el cansancio y la torpeza,
Y salen fácilmente con las cosas
Que eran antes, Señor, dificultosas.

Así le avino á Rengo, que, en cayendo,
Tanto esfuerzo le puso el corrimiento,
Que, lleno de furor y en ira ardiendo,
Se le dobló la fuerza y el aliento:
Y al enemigo fuerte, no pudiendo
Ganarle antes un paso, agora ciento
Alzado de la tierra lo llevaba,
Que áun afirmar los piés no le dejaba.

Adelante la cólera pasara
Y hubiera alguna brega en aquel llano,
Si, receloso de esto, no bajara
Presto de arriba el hijo de Pillano,
Que de Caupolican traia la vara,
Y él propio los aparta de su mano:
Que no fué poco, en tanto encendimiento
Tenerle este respeto y miramiento.
Siendo desta manera sin ruïdo
Despartida la lucha ya enconada,
Le fué á Rengo su honor restituïdo,
Mas quedó sin derecho á la celada:
Aún no estaba del todo difinido,
Ni la plaza de gente despojada,
Cuando el mozo Orompello dijo presto:
Mi vez ahora me toca, mio es el puesto.
Que bramando entre sí se deshacia
Esperando aquel tiempo deseado,
Viendo que Leucoton ya mantenia,
Del tiro de la lanza no olvidado:
Con gran desenvoltura y gallardía
Salta el palenque y entra el estacado,
Y en medio de la plaza, como digo,
Llamaba cuerpo á cuerpo al enemigo.
La trápala y murmúrio en el momento
Creció, porque parando el pueblo en ello,
Conoce por allí cuán descontento
Del fuerte Leucoton está Orompello:
Témese que vendrán á rompimiento,
Mas nadie se atraviesa á defendello,
Antes la plaza libre les dejaron
Y los vacios lugares ocuparon.

El pueblo, de la lucha deseoso,
La más parte á Orompello se inclinaba;
Mira los bellos miembros y el airoso
Cuerpo que á la sazon se desnudaba,
La gracia, el pelo crespo y el hermoso
Rostro, donde su poca edad mostraba,
Que veinte años cumplidos no tenia,
Y á Leucoton á fuerzas desafia.

Juzgan ser desconformes los presentes
Las fuerzas de estos dos por la aparencia;
Viendo del uno el talle y los valientes
Niervos, edad perfeta y experiencia;
Y del otro los miembros diferentes,
La tierna edad y grata adolecencia;
Aunque á tal opinion contradecia
La muestra de Orompello y osadía:

Que, puesto en su lugar, ufano espera
El son de la trompeta, como cuando
El fogoso caballo en la carrera
La seña del partir está aguardando;
Y cual halcon, que en la húmida ribera
Ve la garza de lejos blanqueando,
Que se alegra y se pule ya lozano,
Y está para arrojarse de la mano.

El gallardo Orompello así esperaba
Aquel alegre son para moverse,
Que, de ver la tardanza, imaginaba
Que habian impedimentos de ofrecerse.
Visto que tanto ya se dilataba,
Queriendo á su sabor satisfacerse,
Derecho á Leucoton sale animoso,
Que no fué en recebirle perezoso.

En gran silencio vuelto el rumor vano,
Quedando mudos todos los presentes,
En medio de la plaza, mano á mano,
Salen á se probar los dos valientes.
Como cuando el lebrel y fiero alano,
Mostrándose con ronco son los dientes,
Yertos los cerros y ojos encendidos,
Se vienen á morder embravecidos;
De tal modo los dos amordazados,
Sin esperar trompeta ni padrino,
De coraje y rencor estimulados,
De medio á medio parten el camino,
Y en un instante iguales, aferrados,
Con extremada fuerza y diestro tino
Se ciñeron los brazos poderosos,
Echándose á los piés lazos ñudosos.
Las desconformes fuerzas, aunque iguales,
Los lleva, arroja y vuelve á todos lados,
Viéranlos sin mudarse á veces tales
Que parecen en tierra estar clavados:
Donde ponen los piés, dejan señales,
Cavan el duro suelo, y apretados,
Juntándose rodillas con rodillas,
Hacen crugir los huesos y costillas.
Cada cual del valor, destreza y maña
Usaba que en tal tiempo usar podia,
Viendo el duro teson y fuerza extraña
Que en su recio adversario conocia:
Revuélvense los dos por la campaña,
Sin conocerse en nadie mejoria;
Pero tanto de acá y de allá anduvieron
Que ambos juntos á un tiempo en tierra dieron.

Fué tan presto el caer, y en el momento
Tan presto el levantarse, por manera,
Que se puede decir que el más atento,
Á mover la pestaña, no lo viera:
Ventaja ni señal de vencimiento
Juzgarse por entonces no pudiera,
Que Leucoton arrodilló en el llano
Y Orompello tocó sola una mano.

En esto los padrinos se metieron,
Y á cada lado el suyo retirando,
En disputa la lucha resumieron,
Sus puntos y razones alegando:
De entrambas partes gentes acudieron,
La porfía y rumor multiplicando;
Quién daba al uno el precio, honor y gloria;
Quién cantaba del otro la vitoria.

Tucapelo, que estaba en un asiento
Á la diestra del hijo de Pillano,
Visto lo que pasaba, en el momento
Salta en la plaza, la ferrada en mano;
Y con aquel usado atrevimiento
Dice: «El precio ganó mi primo hermano,
Y si alguno esta causa me defiende,
Haréle yo entender que no lo entiende:

»La joya es de Orompello, y quien bastante
Se halle á reprobar el voto mio,
En campo estamos, hágase adelante,
Que en suma le desmiento y desafío.»
Leucoton con un término arrogante
Dice: «Yo amansaré tu loco brio
Y el vano orgullo y necio devaneo,
Que mucho tiempo ha ya que lo deseo.»

«Conmigo lo has de haber, que comenzado
Juego tenemos ya,» dijo Orompello.
Responde Leucoton fiero y airado:
«Contigo y con tu primo quiero habello.»
Caupolican en esto era llegado,
Que del supremo asiento, viendo aquello,
Habia bajado á la sazon confuso,
Y allí su autoridad toda interpuso.

Leucoton y Orompello, conociendo
Que el gran Caupolican allí venia,
Las enconosas voces reprimiendo
Cada cual por su parte se desvia:
Mas Tucapel, la maza revolviendo,
Que otro acuerdo y concierto no queria,
Lleno de ira diabólica, no calla,
Llamando á todo el mundo á la batalla.

Ruego y medios con él no valen nada
Del hijo de Leocan ni de otra gente,
Diciendo que á Orompello la celada
Le den por vencedor y más valiente:
Despues, que en plaza franca y estacada
Con Leucoton le dejen libremente,
Donde aquella disputa se decida,
Perdiendo de los dos uno la vida.

Puesto Caupolican en este aprieto,
Lleno de rabia y de furor movido,
Le dice: «Haré que guardes el respeto
Que á mi persona y cargo le es debido.»
Tucapel le responde: «Yo prometo
Que por temor no baje del partido;
Y aquel que en lo que digo no viniere,
Haga á su voluntad lo que pudiere.

»Guardaréte respeto, si derecho
En lo que justo pido me guardares,
Y miéntras que con recto y sano pecho
La causa sin pasion de esto mirares:
Mas si, contra razon, solo de hecho,
Torciendo la justicia lo llevares,
Por tí y tu cargo, y todo el mundo junto,
No perderé de mi derecho un punto.»

Caupolican, perdida la paciencia,
Se mueve á Tucapel determinado;
Mas Colocolo, viejo de experiencia,
Que con temor le andaba siempre al lado,
Le hizo una acatada resistencia
Diciendo: «¿Estás, señor, tan olvidado
De tí y tu autoridad y salud nuestra
Que lo pongas en solo alzar la diestra?

»Mira, señor, que todo se aventura:
Mira que están los más ya diferentes:
De Tucapel conoces la locura
Y la fuerza que tiene de parientes;
Lo que emendarse puede con cordura
No lo emiendes con sangre de inocentes:
Dale á Orompello el contendido precio,
Y otro al competidor de igual aprecio.

»Si por rigor y término sangriento
Quieres poner en riesgo lo que queda,
Puesto que sobre fijo fundamento
Fortuna á tu sabor mueva la rueda,
Y el juvenil furor y atrevimiento
Castigar á tu salvo te conceda,
Queda tu fuerza más disminuida,
Y al fin tu autoridad ménos temida.

»Pierdes dos hombres, pierdes dos espadas
Que el límite araucano han extendido,
Y en las fieras naciones apartadas
Hacen que sea tu nombre tan temido:
Si agora han sido aquí desacatadas,
Mira lo que otras veces han servido
En trances peligrosos, derramando
La sangre propia y del contrario bando.»
Imprimieron así en Caupolicano
Las razones y celo de aquel viejo,
Que, frenando el furor, dijo: «En tu mano
Lo dejo todo y tomo ese consejo.»
Con tal resolucion, el sábio anciano,
Viendo abierto camino y aparejo,
Habló con Leucoton, que vino en todo,
Y á los primos despues del mismo modo.
Y así el viejo eficaz los persuadiera,
Que en tal discordia y caso tan diviso,
Lo que el mundo universo no pudiera
Pudo su discrecion y buen aviso:
Fuélos, pues, reduciendo de manera
Que vinieron á todo lo que quiso;
Pero con condicion que la celada
Por precio al Orompello fuese dada.
Pues la rica celada allí traida
Al ufano Orompello le fué puesta;
Y una cuera de malla guarnecida
De fino oro á la par vino con esta,
Y al mismo tiempo á Leucoton vestida.
Todos conformes, en alegre fiesta
Á las copiosas mesas se sentaron,
Donde más la amistad confederaron.

Acabado el comer, lo que del dia
Les quedaba, las mesas levantadas,
Se pasó en regocijo y alegría,
Tegiendo en corros danzas siempre usadas,
Donde un número grande intervenia
De mozos y mujeres festejadas;
Que las pruebas cesaron y ocasiones
Atento á no mover nuevas cuestiones.
Cuando la noche el horizonte cierra,
Y con la negra sombra al mundo abraza,
Los principales hombres de la tierra
Se juntaron en una antigua plaza
Á tratar de las cosas de la guerra,
Y en el discurso dellas dar la traza,
Diciendo que el subsidio padecido
Habia de ser con sangre redemido.
Salieron con que al hijo de Pillano
Se cometiese el cargo deseado,
Y el número de gente por su mano
Fuese absolutamente señalado:
Tal era la opinion del araucano
Y tal crédito y fama habia alcanzado,
Que si asolar el cielo prometiera
Crédito á la promesa se le diera.
Y entre la gente jóven más granada
Fueron por él quinientos escogidos,
Mozos gallardos, de la vida airada,
Por más bravos que pláticos tenidos:
Y hubo de otros por ir esta jornada
Tantos ruegos, protestos y partidos,
Que excusa no bastó ni impedimento
Á no exceder la copia en otros ciento.

Los que Lautaro escoge son soldados
Amigos de inquietud, facinerosos,
En el duro trabajo ejercitados,
Perversos, disolutos, sediciosos,
Á cualquiera maldad determinados,
De presas y ganancias codiciosos,
Homicidas, sangrientos, temerarios,
Ladrones, bandoleros y corsarios.

Con esta buena gente caminaba
Pacífico hasta el Maule atravesando,
Y las tierras, despues, por do pasaba
Iba á fuego y á sangre sujetando:
Todo sin resistir se le allanaba,
Poniéndose debajo de su mando;
Los caciques le ofrecen francamente
Servicio, armas, comida, ropa y gente.

Así que por los pueblos y ciudades
La comarca los bárbaros destruyen.
Talan comidas, casas y heredades,
Que los indios de miedo al pueblo huyen:
Estupros, adulterios y maldades
Por violencia sin término concluyen,
No reservando edad, estado y tierra,
Que á todo riesgo y trance era la guerra.

No paran, con la gana que tenian
De venir con los nuestros á la prueba,
Los indios comarcanos que huian
Llevan á la ciudad la triste nueva:
Rumores y alborotos se movian,
El bélico bullicio se renueva,
Aunque algunos que el caso contemplaban
Á tales nuevas crédito no daban.

Dicen que era locura claramente
Pensar que así una escuadra desmandada
De tan pequeño número de gente
Se atreviese á emprender esta jornada,
Y más contra ciudad tan eminente,
Y lejos de su tierra y apartada;
Pero los que de Penco habian salido
Tienen por más el daño que el ruïdo.

Votos hay que saliesen al camino,
Estos son de los jóvenes briosos;
Otros que era imprudencia y desatino,
Por los pasos y sitios peligrosos:
Á todo con presteza se previno,
Que de grandes reparos ingeniosos
El pueblo fortalecen, y en un punto
Despachan corredores todo junto;



Debajo de un caudillo diligente,
Que verdadera relacion trujese
Del número y designio de la gente;
Con comision, si lance le saliese
Á su honor y defensa conveniente,
Que al bárbaro escuadron acometiese,
Volviendo á rienda suelta dos soldados
Para que dello fuesen avisados.

Por no haber caso en esto señalado,
Abrevio con decir que se partieron,
Y al cuarto dia, con ánimo esforzado,
Sobre el campo enemigo amanecieron:
Trabóse el juego, y no duró trabado,
Que los bárbaros luego les rompieron;
Y todos con cuidado y piés ligeros
Revolvieron á ser los mensajeros.

Sin aliento, cansados y afligidos
Vuelven con testimonio asaz bastante,
De cómo fueron rotos y vencidos
Por la fuerza del bárbaro pujante,
Lasos, llenos de sangre, mal heridos,
Con pérdida de un hombre, el cual delante
Y en medio de los campos desmandado,
Á manos de Lautaro habia espirado.

Cuentan que levantado un muro habia
Adonde con sus bárbaros se acoge,
Y que infinita gente le acudia,
De la cual la más diestra y fuerte escoge:
Tambien que bastimentos cada dia
Y cantidad de municion recoge,
Afirmando por cierto, fuera desto,
Que sobre la ciudad llegará presto.

Quien incrédulo dello antes estaba,
Teniendo allí el venir por desvario,
Á tan clara señal crédito daba,
Helándole la sangre un miedo frio:
Quién de pura congoja trasudaba,
Que de Lautaro ya conoce el brio;
Quién con ardiente y animoso pecho
Bramaba por venir más presto al hecho.

Villagran enfermado acaso habia,
No puede á la sazon seguir la guerra;
Mas con ruegos y dádivas movia
La gente más gallarda de la tierra:
Y por caudillo en su lugar ponia
Un caro primo suyo, en quien se encierra
Todo lo que conviene á buen soldado,
Pedro de Villagran era llamado.

Éste, sin más tardar, tomó el camino
En demanda del bárbaro Lautaro,
Y el cargo que tan loco desatino
Como es venir allí le cueste caro:
Dióse tal prisa á andar que presto vino
Á la corva ribera del rio claro,
Que vuelve atrás en círculo gran trecho;
Despues hasta la mar corre derecho.

Media legua pequeña elige un puesto,
De donde estaba el bárbaro alojado,
En el lugar mejor y más dispuesto,
Y allí por ver la noche ha reparado:
Estaba á cualquier trance y rumor presto,
De guardia y centinelas rodeado,
Cuando, sin entender la cosa cierta,
Gritaban: «¡Arma! arma! alerta! alerta!»

Esto fué que Lautaro habia sabido
Como allí nuestra gente era llegada,
Que despues de la haber reconocido
Por su misma persona y numerada,
Volvióse sin de nadie ser sentido;
Y mostrando estimarlo todo en nada,
Hizo de los caballos que tenia
Soltar el de más furia y lozanía.

Diciendo en alta voz: «Si no me engaño,
No deben de saber que soy Lautaro
De quien han recibido tanto daño,
Daño que no tendrá jamás reparo:
Mas, porque no me tengan por extraño,
Y el ser yo aquí venido sea más claro,
Sabiendo con quién vienen á la prueba,
Quiero que este rocin lleve la nueva.»

Diez caballos, Señor, habia ganado
En la refriega y última revuelta:
El mejor ensillado y enfrenado,
Porque diese el aviso cierto, suelta:
Siendo el feroz caballo amenazado,
Hácia el campo español toma la vuelta
Al rastro y al olor de los caballos,
Y esta fué la ocasion de alborotallos.
Venia con un rumor y furia tanta,
Que dió más fuerza al arma y mayor fuego;
La gente recatada se levanta
Con sobresalto y gran desasosiego:
El escándalo tanto no fué cuanta
Era despues la burla, risa y juego,
De ver que un animal de tal manera
En arma y alboroto los pusiera.
Pasaron sin dormir la noche en esto,
Hasta el nuevo apuntar de la mañana,
Que, con ánimo y firme presupuesto
De vencer ó morir de buena gana,
Salen del sitio y alojado puesto
Contra la gente bárbara araucana;
Que no ménos estaba acodiciada
De venir al efecto de la espada.
Un edicto Lautaro puesto habia
Que quien fuera del muro un paso diese,
Como por crímen grave y rebeldía,
Sin otra informacion luego muriese:
Así, el temor frenando á la osadía,
Por más que la ocasion la conmoviese
Las riendas no rompió de la obediencia
Ni el ímpetu pasó de su licencia.

Del muro estaba el bárbaro cubierto,
No dejando salir soldado fuera;
Quiere que su partido sea más cierto,
Encerrando á los nuestros, de manera
Que no les aproveche en campo abierto
De ligeros caballos la carrera,
Mas solo ánimo, esfuerzo y entereza,
Y la virtud del brazo y fortaleza.

Era el órden así, que acometiendo
La plaza, al tiempo del herir volviesen
Las espaldas los bárbaros huyendo,
Porque dentro los nuestros se metiesen:
Y algunos por de fuera revolviendo,
Antes que los cristianos se advirtiesen,
Ocuparles las puertas del cercado,
Y combatir allí á campo cerrado.

Con tal ardid los indios aguardaban
Á la gente española que venia;
Y en viéndola asomar, la saludaban
Alzando una terrible vocería:
Soberbios desde allí la amenazaban
Con audacia, desprecio y bizarría,
Quién la fornida pica blandeando,
Quién la maza ferrada levantando.

Como toros que van á ser lidiados,
Cuando aquellos que cerca los desean,
Con silbos y rumor de los tablados,
Seguros del peligro, los torean,
Y en su daño los hierros amolados
Sin miedo amenazándolos blandean;
Así la gente bárbara araucana
Del muro amenazaba á la cristiana.

Los españoles, siempre con semblante
De parecerles poca aquella caza,
Paso á paso caminan adelante,
Pensando de allanar la fuerte plaza,
En alta voz diciendo: « No es bastante
El muro, ni la pica y dura maza
Á estorbaros la muerte merecida
Por la gran desvergüenza cometida.»
Llegados de la fuerza poco trecho,
Reconocida bien por cada parte,
Pónenle el rostro, y sin torcer, derecho
Asaltan el fosado baluarte:
Por acabado tienen aquel hecho:
De los bárbaros huye la más parte,
Ganan las puertas francas con gran gloria:
Cantando en altas voces la vitoria.
No hubiera relacion deste contento,
Si los primeros indios aguardaran
Tanto espacio y sazon cuanto un momento
Que las puertas los últimos tomaran:
Mas viéndolos entrar, sin sufrimiento,
Ni poderse abstener, luego reparan:
Haciendo la señal que no debian,
Hicieron revolver los que huían.
Como corre el caballo cuando ha olido
Las yeguas que atrás quedan y querencia,
Que allí el intento inclina y el sentido,
Gime y relincha con celosa ausencia,
Afloja el curso, atrás tiende el oido,
Alerto á si el señor le da licencia,
Que á dar la vuelta aún no le ha señalado,
Cuando sobre los piés ha volteado;

De aquel modo los bárbaros huyendo,
Con muestra de temor, aunque fingida,
Firman el paso presuroso oyendo
La alegre y cierta seña conocida:
Y en contra de los nuestros esgrimiendo
La cruda espada, al parecer rendida,
Vuelven con una furia tan terrible
Que el suelo retembló del son horrible.
Como por sesgo mar del manso viento
Siguen las graves olas el camino,
Y con furioso y recio movimiento
Salta el contrario Coro repentino,
Que las arenas del profundo asiento
Las saca arriba en turbio remolino,
Y, las hinchadas olas revolviendo,
Al tempestuoso Coro van siguiendo;
De la misma manera á nuestra gente,
Que el alcance sin término seguia,
La súbita mudanza de repente
Le turbó la vitoria y alegría:
Que, sin se reparar, violentamente
Por el mismo camino revolvia,
Resistiendo con ánimo esforzado
El número de gente aventajado.
Mas como un caudaloso rio de fama,
La presa y palizada desatando,
Por inculto camino se derrama,
Los arraigados troncos arrancando;
Cuando con desfrenado curso brama,
Cuanto topa delante arrebatando,
Y los duros peñascos enterrados
Por las furiosas aguas son llevados;

Con ímpetu y violencia semejante
Los indios á los nuestros arrancaron,
Y, sin pararles cosa por delante,
En furiosa corriente los llevaron:
Hasta que con veloz furor pujante
De la cerrada plaza los lanzaron,
Que el miedo de perder allí la vida
Les hizo el paso llano á la salida.
De más priesa y con piés más desenvueltos
Los sueltos españoles que á la entrada,
En una polvorosa nube envueltos
Salen del cerco estrecho y palizada:
Entre ellos van los bárbaros revueltos,
Una gente con otra amontonada,
Que sin perder un punto se herian
De manos y de piés como podian.
No el alzado antepecho y agujeros
Que fuera dél en torno habia cavados,
Ni la fagina y suma de maderos
Con los fuertes bejúcos amarrados,
Detuvieron el curso á los ligeros
Caballos, de los hierros hostigados;
Que, como si volaran por el viento,
Salieron á lo llano en salvamento.
Los españoles sin parar corriendo
Libre la plaza á los contrarios dejan,
Que la fortuna próspera siguiendo
Con prestos piés y manos los aquejan:
Pero los nuestros, el morir temiendo,
Siempre alargan el paso y más se alejan,
Deteniendo á las veces flojamente
La gran furia y pujanza de la gente.

Bien una legua larga habian corrido
Á toda furia por la seca arena;
Solo Lautaro no los ha seguido,
Lleno de enojo y de rabiosa pena:
Viendo el poco sosten del mal regido
Campo, tan recio el rico cuerno suena,
Que los más delanteros lo sintieron,
Y al son, sin más correr, se retrujeron.

Estaba así impaciente y enojado,
Que mirarle á la cara nadie osaba,
Y al pabellon él solo retirado
Un nuevo edicto publicar mandaba,
Que guerrero ninguno fuese osado
Salir un paso fuera de la cava,
Aunque los españoles revolviesen
Y mil veces el fuerte acometiesen.

Despues llamando á junta á los soldados,
Aunque ardiendo en furor, templadamente
Les dice: «Amigos, vamos engañados
Si con tan poco número de gente
Pensamos allanar los levantados
Muros de una ciudad así eminente:
La industria tiene aquí más fuerza y parte
Que la temeridad del fiero Marte.

»Ésta los fieros ánimos reprime,
Y á los flacos y débiles esfuerza:
Las cervices indómitas oprime
Y las hace domésticas por fuerza:
Ésta el honor y pérdidas redime,
Y la sazon á usar della nos fuerza;
Que la industria solícita y fortuna
Tienen conformidad y andan á una.

»Cumple partir de aquí, muestras haciendo
Que solo de temor nos retiramos,
Y asegurar los españoles, viendo
Como el honor y campo les dejamos;
Que despues á su tiempo revolviendo
Haremos lo que así dificultamos,
Teniendo ellos el llano, y por guarida
Vecina la ciudad fortalecida.»

El hijo de Pillan esto decia,
Cuando asomaba el bando castellano,
Que con esfuerzo nuevo y osadía
Quiere probar segunda vez la mano.
Fué tanto el alborozo y alegría
De los bárbaros viendo por el llano
Aparecer los nuestros, que al momento
Gritan y baten palmas de contento.

En esto los cristianos acercando
Poco á poco se van á la batalla,
Y al justo tiempo del partir llegando,
Dejan irse á la bárbara canalla:
Que uno la maza en alto, otro bajando
La pica, el cuerpo exento en la muralla,
Con animoso esfuerzo se mostraban,
Y al ejercicio bélico incitaban.

Unos acuden á las anchas puertas
Y comienzan allí el combate duro;
De escudos las cabezas bien cubiertas
Se llegan otros al guardado muro;
Otros buscan por partes descubiertas
La subida y el paso más seguro:
Hinche el bando español la cava honda,
Y el araucano el muro á la redonda.

Pero el pueblo español con osadía,
Cubierto de fortísimos escudos,
La lluvia de los tiros resistia
Y los botes de lanzas muy agudos.
Era tanta la grita y armonía,
Y el espeso batir de golpes crudos,
Que Maule el raudo curso refrenaba
Confuso al son que en torno rimbombaba.

Por las puertas y frente y por los lados
El muro se combate y se defiende;
Allí corren con priesa amontonados
Adonde más peligro haber se entiende:
Allí con prestos golpes esforzados
Á su enemigo cada cual ofende
Con furia tan terrible y fuerza dura
Que poco importa escudo ni armadura.

Los nuestros hácia atrás se retrujeron,
De los tiros y golpes impelidos,
Tres veces, y otras tantas revolvieron
De vergonzosa cólera movidos:
Gran pieza á la fortuna resistieron;
Mas ya todos andaban mal heridos,
Flacos, sin fuerza, lasos, desangrados,
Y de sangre los hierros colorados.

El coraje y la cólera es de suerte,
Que va en aumento el daño y la crueza;
Hallan los españoles siempre el fuerte
Más fuerte y en los golpes más dureza:
Sin temor acometen de la muerte;
Pero poco aprovecha esta braveza,
Que el que ménos herido y flaco andaba
Por seis partes la sangre derramaba.

Hasta la gente bárbara se espanta
De ver lo que los nuestros han sufrido
De espesos golpes, flecha y piedra tanta,
Que sin cesar sobre ellos ha llovido,
Y cuán determinados y con cuánta
Furia tres veces han acometido;
Desto los enemigos impacientes
Apretaban los puños y los dientes.

Y como tempestad que jamás cesa,
Antes que va en furioso crecimiento,
Cuando la congelada piedra espesa
Hiere los techos y se esfuerza el viento:
Así los duros bárbaros, apriesa,
Movidos de vergüenza y corrimiento,
Con lanzas, dardos, piedras arrojadas,
Baten dargas, rodelas y celadas.

Los cansados cristianos, no pudiendo
Sufrir el gran trabajo incomportable,
Se van forzosamente retrayendo
Del vano intento y plaza inexpugnable;
Y el destrozado campo recogiendo,
Vista su suerte y hado miserable,
Por el mesmo camino que vinieron,
Aunque con ménos furia, se volvieron.

Aquella noche al pié de una montaña
Vinieron á tener su alojamiento,
Segura de enemigos la campaña,
Que ninguno salió en su seguimiento.
Decir prometo la cautela extraña
De Lautaro despues, que ahora me siento
Flaco, cansado, ronco; y entretanto
Esforzaré la voz al nuevo canto.

CANTO XII.

Recogido Lautaro en su fuerte, no quiere seguir la vitoria por entretener á los españoles. Pasa ciertas razones con él Marco Veas, por las cuales Pedro de Villagran viene á entender el peligroso punto en que estaba, y levantando su campo se retira. Viene el marqués de Cañete á la ciudad de Los Reyes en el Perú.

Virtud difícil y difícil prueba
Es guardar el secreto peligroso,
Que la dificultad bien clara prueba
Cúanto es sano, seguro y provechoso;
Y el poco fruto y mucho mal que lleva
El vicio inútil del hablar dañoso:
Ejemplo los de Líbico homicidas,
Y otros que les costó el hablar las vidas.

Veránse por los ojos y escrituras
En los presentes tiempos y pasados
Cruëldades, ruïnas, desventuras,
Infamias, puniciones de pecados,
Grandes yerros en grandes coyunturas,
Pérdidas de personas y de estados:
Todo por no sufrir el indiscreto
La peligrosa carga del secreto.

De los vicios, el ménos de provecho
Y por donde más daño á veces viene,
Es el no retener el fácil pecho
El secreto hasta el tiempo que conviene:
Rompe y deshace al fin todo lo hecho,
Quita la fuerza que la industria tiene,
Guerra, furor, discordia, fuego enciende:
Al propio dueño y al amigo vende.

Por esto el sábio hijo de Pillano
La causa á sus soldados encubria
De no dejar salir gente á lo llano,
Siguiendo la vitoria de aquel dia:
Y el retirado campo castellano,
Seguro á paso largo por la via,
Como dije, la furia quebrantada,
Toma de la ciudad la vuelta usada.

Usar Lautaro desta maña, entiendo
Que fuese para algun sagaz intento,
El cual, por congeturas, comprehendo
Ser de gran importancia y fundamento.
Dejado esto á su tiempo, y revolviendo
Á los nuestros, que así del fuerte asiento
Se alejan, á tres leguas otro dia
Hicieron alto, asiento y ranchería.

Dos dias los españolos estuvieron
Haciendo de los bravos aguardando;
Pero jamás los bárbaros vinieron,
Ni gente pareció del otro bando:
Al fin dos de los nuestros se atrevieron
Á ver el fuerte, y cerca dél llegando,
Oyeron una voz alta del muro
Diciéndoles: «Llegaos, que os doy seguro.»

Al uno por su nombre lo llamaba,
Con el cierto seguro prometido,
El cual, dejando al otro, se llegaba
Por conocer quién era el atrevido:
Llegado el español junto á la cava,
El de la voz fué luego conocido,
Que era el gallardo hijo de Pillano,
Tratado dél un tiempo como hermano.

Estaba de un lustroso peto armado
Con sobrevista de oro guarnecida,
En una gruesa pica recostado
Por el ferrado regaton asida:
El ancho y duro hierro colorado
Y de sangre la media asta teñida;
Puesta de limpio acero una celada
Abierta por mil partes y abollada.

Llegado el español donde podia
Hablarle y entenderle claramente,
El bizarro Lautaro le decia:
«Márcos, de tí me espanto extrañamente
Y desa tu ignorante compañia,
Que sin razon y seso, ciegamente
Penseis así de mi opinion mudarme
Y ser bastantes todos á enojarme.

»¿Qué intento os mueve ó qué furor insano,
Que así quereis tiranizar la tierra?
¿No veis que todo agora está en mi mano.
El bien vuestro y el mal, la paz, la guerra?
¿No veis que el nombre y crédito araucano
Los levantados ánimos atierra?
¿Que solo el son al mundo pone miedo
Y quebranta las fuerzas y el denuedo?

»En los pueblos no fuistes poderosos
De defender las propias posesiones,
Que es cosa, que áun los pájaros medrosos
Hacen rostro en su nido á los leones:
¿Y en los desiertos campos pedregosos
Pensais de sustentar los pabellones,
En tiempo que estais más amedrentados,
Y más vuestros contrarios animados?
»Es, á mi parecer, loca osadía
Querer contra nosotros sustentaros,
Pues ni por arte, maña ni otra via
Podeis en nuestro daño aprovecharos:
Si lo quereis llevar por valentía,
Baste el presente estrago á escarmentaros;
Que fresca sangre aún vierten las heridas,
Y della aquí las yerbas veo teñidas.
»Pues dejar yo jamás de perseguiros,
Segun que lo juré, será excusado;
Hasta dentro en España he de seguiros,
Que así lo he prometido al gran senado;
Mas si quereis en tiempo reduciros,
Haciendo lo que aquí os será mandado,
Saldré de la promesa y juramento,
Y vosotros saldreis de perdimiento.
»Treinta mujeres vírgines apuestas
Por tal concierto habeis de dar cada año,
Blancas, rubias, hermosas, bien dispuestas,
De quince años á veinte, sin engaño:
Han de ser españolas; y tras éstas
Treinta capas de verde y fino paño,
Y otras treinta de púrpura, tejidas
Con fino hilo de oro guarnecidas:

»Tambien doce caballos poderosos
Nuevos y ricamente enjaezados,
Domésticos, ligeros y furiosos,
Debajo de la rienda concertados:
Y seis diestros lebreles animosos
En la caza me habeis de dar cebados:
Este solo tributo estorbaria
Lo que estorbar el mundo no podria.»

Atento el castellano le escuchaba,
Estando de la plática gustoso;
Mas cuando á estas razones allegaba
No pudo aquí tener ya más reposo:
Así impaciente al bárbaro atajaba
Diciéndole: «No estés tan orgulloso,
Que las párias que pides ¡ oh Lautaro !
Te costarán, si esperas, presto caro.

»En pago de tu loco atrevimiento
Te darán españoles por tributo
Cruda muerte, con áspero tormento,
Y Arauco cubrirán de eterno luto.»
Lautaro dijo: «Es eso hablar al viento;
Sobre ello, Márcos, más yo no disputo;
Las armas, no la lengua, han de tratarlo,
Y la fuerza y valor determinarlo.

»Libre puedes decir lo que quisieres,
Como aquel que seguro le está dado;
Que tú despues harás lo que pudieres,
Y yo podré hacer lo que he jurado:
Tratemos de otras cosas de placeres,
Quede para su tiempo comenzado;
Y quiérote mostrar, pues tiempo hallo,
Una lucida escuadra de caballo.

»Que, para que no andeis tan al seguro,
Acuerdo de tener tambien caballos,
Y de imponer mis súbditos procuro
Á saberlos tratar y gobernallos.»
Esto dijo Lautaro, y desde el muro
Á seis dispuestos mozos sus vasallos
Mandó que en seis caballos cabalgasen,
Y por delante dél los paseasen.

Por las dos puentes, á la voz caladas,
Salieron á caballo seis chilcanos,
Pintadas y anchas dargas embrazadas,
Gruesas lanzas terciadas en las manos:
Vestidas fuertes cotas, y tocadas
Las cabezas al modo de africanos,
Mantos por las caderas derribados,
Los brazos hasta el codo arremangados:

Y con airosa muestra, por delante
Del atento español dos vueltas dieron;
Pero ni de su puesto y buen semblante
Punto que se notase le movieron:
Antes con muestra y ánimo arrogante,
En alta voz, que todos lo entendieron,
(Que el muro estaba ya lleno de gente)
Habló así con Lautaro libremente.

«En vano ¡oh capitan! cierto trabaja
Quien pretende con fieros espantarme;
No estimo lo que ves en una paja,
Ni alardes pueden punto amedrentarme:
Y por mostrar si temo la ventaja,
Yo solo con los seis quiero probarme,
Do verás, que á seis mil seré bastante:
Vengan luego á la prueba aquí delante.»

Lautaro respondió: «Márcos, si mueres
Tanto por nos mostrar tu fuerza y brio,
El mínimo que dellos escogieres
Á pié vendrá contigo en desafío
Del modo y la manera que quisieres:
Elige armas y campo á tu albedrío,
Ora con ellas, ora desarmados,
Á puños, coces, uñas y á bocados.»
El español le dijo: «Yo te digo
Que mi honor en tal caso no consiente
Darles uno por uno su castigo,
Porque jamás se diga entre la gente
Que cuerpo á cuerpo bárbaro conmigo
En campo osase entrar singularmente:
Por tanto, si no quieres lo que pido,
No quiero yo acetar otro partido.»
No vinieron en esto á concertarse:
Despues por otras cosas discurrieron;
Pero, llegado el tiempo de apartarse,
Del bárbaro los dos se despidieron.
Vueltos á su camino, oyen llamarse,
Y á la voz conocida revolvieron,
Que era el mesmo Lautaro quien llamaba,
Diciendo: «Una razon se me olvidaba.
«Tengo mi gente triste y afligida,
Con gran necesidad de bastimento,
Que me falta del todo la comida
Por órden mala y poco regimiento:
Pues la teneis de sobra recogida,
Haced un liberal repartimiento
Proveyéndonos della, que á mi cuenta
Más la gloria y honor vuestro acrecienta:

»Que en el ínclito estado es uso antigo,
Y entre buenos soldados ley guardada,
Alimentar la fuerza al enemigo
Para solo oprimirle por la espada:
Estad, Márcos, atento á lo que digo,
Y entended que será cosa loada,
Que digan que las fuerzas sojuzgastes
Que para mayor triunfo alimentastes.

»Que se llame vitoria yo lo dudo
Cuando el contrario á tal extremo viene,
Que, en aquello que nunca el valor pudo,
La hambre miserable poder tiene,
Y al fuerte brazo indómito y membrudo
Lo debilita, doma y lo detiene,
Y así por bajo modo y estrecheza,
Viene á parecer fuerte la flaqueza.»

Era, Señor, su intento que pensase
Ser la necesidad, fingida, cierta,
Para que nuestra gente se animase,
De industria abriendo aquella falsa puerta,
Y con esto inducirla á que esperase,
Teniendo así su astucia más cubierta,
Hasta que el fin llegase deseado
Del cauteloso engaño fabricado.

Márcos, de las palabras conmovido,
Le dice: «Yo prometo de intentallo
Por solo esas razones que has movido,
Y hacer todo el poder en procurallo.»
Habiéndose con esto despedido,
Revolviendo las riendas al caballo,
Él y su compañero caminaron
Hasta que al español campo llegaron.

De todo al punto Villagrá informado
Cuanto á Márcos, Lautaro dicho habia,
Sospechoso, confuso y admirado
De ver que bastimentos le pedia:
Era sagaz, celoso y recatado,
Revolviendo la presta fantasía,
Los secretos designios comprehende,
Y el peligroso estado y trance entiende;

Y en el presto remedio resoluto,
Cuando el mundo se muestra más escuro,
Sin tocar trompa, del peligro instruto,
Toma el camino á la ciudad seguro,
Maravillado del ardid astuto;
Pero de nuestra gente ahora no curo,
Que quiero antes decir el modo extraño
De la ingeniosa astucia y nuevo engaño.

Aún no era bien la nueva luz llegada,
Cuando luego los bárbaros supieron
La súbita partida y retirada,
Que no con poca muestra lo sintieron,
Viendo claro que al fin de la jornada
Por un espacio breve no pudieron
Hacer en los cristianos tal matanza
Que nadie dellos más tomara lanza.

Que aquel sitio cercado de montaña,
Que es en un bajo y recogido llano,
De acequias copiosísimas se baña
Por zanjas con industria hechas á mano:
Rotas al nacimiento, la campaña
Se hace en breve un lago y gran pantano;
La tierra es honda, floja, anegadiza,
Hueca, falsa, esponjada y movediza.

Quedaran, si las zanjas se rompieran,
En agua aquellos campos empapados;
Moverse los caballos no pudieran
En pegajosos lodos atascados,
Adonde, si aguardaran, los cogieran
Como en liga á los pájaros cebados:
Que ya Lautaro, con despacho presto,
Habia en ejecucion el ardid puesto.

Triste por la partida y con despecho
La fuerza desampara el mismo dia,
Y el camino de Arauco más derecho
Marcha con su escuadron de infantería:
Revuelve y traza en el cuidoso pecho
Diversas cosas, y en ninguna habia
El consuelo y disculpa que buscaba,
Y entre sí razonando, sospiraba,

Diciendo: «¿Qué color puede bastarme
Para ser desta culpa reservado?
¿No pretendí yo mucho de encargarme
De cosa que me deja bien cargado?
¿De quién sino de mí puedo quejarme,
Pues todo por mi mano se ha guiado?
¿Soy yo quien prometió en un año solo
De conquistar del uno al otro polo?

»Mientras que yo con tan lucida gente
Ver el muro español aún no he podido,
La Luna ya tres veces frente á frente
Ha visto nuestro campo mal regido:
Y el carro de Faeton resplandeciente
Del Escorpio al Acuario ha discurrido;
Y al fin damos la vuelta maltratados
Con pérdida de más de cien soldados.

»Si con morir tuviese confianza
Que una vergüenza tal se colorase,
Haria á mi inútil brazo que esta lanza
El débil corazon me atravesase;
Pero daria de mí mayor venganza
Y gloria al enemigo, si pensase
Que temí más su brazo poderoso
Que el flaco mio cobarde y temeroso;
»Yo juro al infernal poder eterno,
Si la muerte en un año no me atierra,
De echar de Chile el español gobierno,
Y de sangre empapar toda la tierra:
Ni mudanza, calor, ni crudo invierno
Podrán romper el hilo de la guerra,
Y dentro del profundo reino escuro
No se verá español de mí seguro.»
Hizo tambien solemne juramento
De no volver jamás al nido caro,
Ni del agua, del sol, sereno y viento
Ponerse á la defensa ni al reparo:
Ni de tratar en cosas de contento
Hasta que el mundo entienda de Lautaro
Que cosa no emprendió dificultosa
Sin darla, con valor, salida honrosa.
En esto le parece que aflojaba
La cuerda del dolor, que á veces tanto
Con grave y dura afrenta le apretaba
Que de perder el seso estuvo á canto:
Así el feroz Lautaro caminaba,
Y al fin de tres jornadas entretanto
Que el esperado tiempo se avecina,
Se aloja en una vega á la marina;

Junto adonde con recio movimiento
Baja de un monte Itáta caudaloso,
Atravesando aquel umbroso asiento
Con sesgo curso, grave y espacioso:
Los árboles provocan á contento,
El viento sopla allí más amoroso,
Burlando con las tiernas florecillas,
Rojas, azules, blancas y amarillas.
Siete leguas de Penco justamente
Es esta deleitosa y fértil tierra,
Abundante, capaz y suficiente
Para poder sufrir gente de guerra:
Tiene cerca á la banda del Oriente
La grande codillera y alta sierra,
De donde el raudo Itáta apresurado
Baja á dar su tributo al mar salado.
Fué un tiempo de españoles; pero habia
La prometida fe ya quebrantado,
Viendo que la fortuna parecia
Declarada de parte del Estado;
El cual veinte y dos leguas contenia,
Este era su distrito señalado;
Pero tan grande crédito alcanzaba
Que toda la nacion le respetaba.
Los españoles ánimos briosos
Este los puso humildes por el suelo;
Este los bajos, tristes y medrosos
Hace que se levanten contra el cielo,
Y los extraños pueblos poderosos
De miedo de este viven con recelo;
Los remotos, vecinos y extranjeros
Se rinden y someten á sus fueros.

Pues la flor del Estado deseando
Estaba al tardo tiempo en esta vega,
Tardo para quien gusto está esperando;
Que al que no espera bien, bien presto llega:
Pero, el tiempo y sazon apresurando,
Á sus valientes bárbaros congrega,
Y antes que se metiesen en la via,
Estas breves razones les decia.

«Amigos: si entendiese que el deseo
De combatir, sin otro miramiento,
Y la fogosa gana, que en vos veo,
Fuese de la vitoria el fundamento,
Hágoos saber de mí que cierto creo
Estar en vuestra mano el vencimiento:
Y un paso atrás volver no me hiciera,
Si el mundo sobre mí todo viniera.

»Mas no es solo con ánimo adquirida
Una cosa difícil y pesada:
¿Qué aprovecha el esfuerzo sin medida,
Si tenemos la fuerza limitada?
Mas ésta, aunque con límite, regida
Por industrioso ingenio y gobernada,
De duras y de muy dificultosas
Hace llanas y fáciles las cosas.

»¿Cuántos vemos el crédito perdido
En afrentoso y mísero destierro
Por solo haber sin término ofrecido
El pecho osado al enemigo hierro?
Que no es valor, mas antes es tenido
Por loco, temerario y torpe yerro;
Valor es ser al órden obediente,
Y locura sin órden ser valiente.

»Cómo en este negocio y gran jornada
Con tanto esfuerzo así nos destruimos,
Fué porque no miramos jamás nada
Sino al ciego apetito á quien seguimos:
Que á no perder, por furia anticipada,
El tiempo y coyuntura que tuvimos,
No quedara español ni cosa alguna
Á la disposicion de la fortuna.
»Si al entrar de la fuerza reportados
Allí algun sufrimiento se tuviera,
Fueran vuestros esfuerzos celebrados,
Pues ningun enemigo se nos fuera:
En la ciudad estaban descuidados:
Con la gente que andaba por de fuera
Hiciéramos un hecho y una suerte
Que no la consumieran tiempo y muerte.
»Pero quiero poneros advertencia
Que habeis por la razon de gobernaros,
Haciendo al movimiento resistencia
Hasta que la sazon venga á llamaros:
Y no salirme un punto de obediencia,
Ni á lo que no os mandare adelantaros;
Que en el inobediente y atrevido
Haré ejemplar castigo nunca oido.
»Y, pues volvemos ya donde se muestra
Nuestro poco valor, por mal regidos,
En fe que habeis de ser, alzo la diestra,
En el primer honor restituidos,
Ó el campo regará la sangre nuestra,
Y habemos de quedar en él tendidos
Por pasto de las brutas bestias fieras,
Y de las sucias aves carniceras.»

Con esto fué la plática acabada,
Y la trompeta á levantar tocando,
Dieron nuevo principio á su jornada,
Con la usada presteza caminando:
Yendo así, al descubrir de una ensenada,
Por Mataquino á la derecha entrando,
Un bárbaro encontraron por la via,
Que del pueblo les dijo que venia.
Este les afirmó con juramento
Que en Mapochó se sabe su venida,
Ora les dió la nueva della el viento,
Ora de espías solícitas sabida:
Tambien que de copioso bastimento
Estaba la ciudad ya prevenida,
Con defensas, reparos, provisiones,
Pertrechos, aparatos, municiones.
Certificado bien Lautaro desto,
Muda el primer intento que traia,
Viendo ser temerario presupuesto
Seguirle con tan poca compañía:
Piensa juntar más gentes, y de presto
Un fuerte asiento, que en el valle habia,
Con ingenio y cuidado diligente
Comienza á reforzarle nuevamente.
Con la priesa que dió, dentro metido,
Y ser dispuesto el sitio y reparado,
Fué en breve aquel lugar fortalecido,
De foso y fuerte muro rodeado:
Gente á la fama desto habia acudido,
Codiciosa del robo deseado:
Forzoso me es pasar de aquí corriendo
Que siento en nuestro pueblo un gran estruendo.

Sábese en la ciudad por cosa cierta
Que á toda furia el hijo de Pillano,
Guiando un escuadron de gente experta,
Viene sobre ella con armada mano:
El súbito temor puso en alerta
Y confusion al pueblo castellano;
Mas la sangre, que el miedo helado habia,
De un ardiente coraje se encendia.

Á las armas acuden los briosos,
Y aquellos que los años agravaban,
Con industrias y avisos provechosos
La tierra y partes flacas reparaban:
Tras esto, treinta mozos animosos
Y un astuto caudillo se aprestaban,
Que con algunos bárbaros amigos
Fuesen á descubrir los enemigos.

Villagrá á la sazon no residia
En el pueblo español alborotado,
Que para la Imperial partido habia
Por camino de Arauco desviado:
Mas ya con nueva gente revolvia,
Y junto de do el bárbaro cercado
De gruesos troncos y fagina estaba,
Sin saberlo una noche se alojaba.

Cuando la alegre y fresca aurora vino,
Y él la nueva jornada comenzaba,
Al calar de una loma, en el camino
Un comarcano bárbaro encontraba,
El cual le dió la nueva del vecino
Campo y razon de cuanto en él pasaba;
Que todo bien el mozo lo sabia,
Como aquel que á robar de allá venia.

Entendió el español del indio cuanto
El bárbaro enemigo determina,
Y cómo allega gentes, entretanto
Que el oportuno tiempo se avecina:
No puso á los cautenes esto espanto,
Y más cuando supieron que vecina
Venia tambien la gente nuestra armada,
Que dellos aún no estaba una jornada.
Villagran le pregunta si podria
Ganar al araucano la albarrada:
Sonriéndose el indio respondia
Ser cosa de intentar bien excusada,
Por el reparo y sitio que tenia,
Y estar por las espaldas abrigada
De una tajada y peñascosa sierra,
Que por aquella parte el fuerte cierra.
Díjole Villagran: «Yo determino
Por esa relacion tuya guiarme,
Y abrir por la montaña alta el camino,
Que quiero á cualquier cosa aventurarme;
Y si donde está el campo lautarino
En una noche puedes tú llevarme,
Del trabajo serás gratificado,
Y al fuego, si me mientes, entregado.»
Sin temor dice el bárbaro: «Yo juro
En ménos de una noche de llevarte
Por difícil camino, aunque seguro;
Desta palabra puedes confiarte:
De Lautaro despues no te aseguro,
Ni tu gente y amigos serán parte
Á que, si vais allá, no os coja á todos
Y os dé civiles muertes de mil modos.»

No le movió el temor que le ponia
Á Villagran el bárbaro guerrero
Que, visto cuán sin miedo se ofrecia,
Le pareció de trato verdadero:
Y á la gente del pueblo, que venia,
Despacha un diligente mensajero,
Para que con la priesa conveniente
Con él venga á juntarse brevemente.
Pues otro dia allí juntos, se dejaron
Ir por do quiso el bárbaro guiallos,
Y en la cerrada noche no cesaron
De afligir con espuelas los caballos.
Despues se contará lo que pasaron,
Que cumple por agora aquí dejallos,
Por decir la venida en esta tierra
De quien dió nuevas fuerzas á la guerra.
Hasta aquí lo que en suma he referido
Yo no estuve, Señor, presente á ello,
Y así, de sospechoso, no he querido
De parciales intérpretes sabello;
De ambas las mismas partes lo he aprendido,
Y pongo justamente solo aquello
En que todos concuerdan y confieren,
Y en lo que en general ménos difieren.
Pues que, en autoridad de lo que digo,
Vemos que hay tanta sangre derramada,
Prosiguiendo adelante, yo me obligo,
Que irá la historia más autorizada;
Podré ya discurrir como testigo,
Que fuí presente á toda la jornada,
Sin cegarme pasion, de la cual huyo,
Ni quitar á ninguno lo que es suyo.

Pisada en esta tierra no han pisado
Que no haya por mis piés sido medida;
Golpe ni cuchillada no se ha dado
Que no diga de quién es la herida;
De las pocas que dí estoy disculpado,
Pues tanto por mirar embebecida
Truje la mente en esto y ocupada,
Que se olvidaba el brazo de la espada.
Si causa me incitó á que yo escribiese
Con mi pobre talento y torpe pluma,
Fué que tanto valor no pereciese,
Ni el tiempo injustamente lo consuma:
Que el mostrarme yo sábio me moviese,
Ninguno que lo fuere lo presuma,
Que, cierto, bien entiendo mi pobreza,
Y de las flacas sienes la estrecheza.
De mi poco caudal bastante indicio
Y testimonio aquí patente queda;
Va la verdad desnuda de artificio,
Para que más segura pasar pueda;
Pero, si fuera desto lleva vicio,
Pido que por merced se me conceda
Se mire en esta parte el buen intento,
Que es solo de acertar y dar contento.
Que aunque la barba el rostro no ha ocupado,
Y la pluma á escrebir tanto se atreve
Que de crédito estoy necesitado,
Pues tan poco á mis años se le debe;
Espero que será, Señor, mirado
El celo justo y causa que me mueve:
Y esto y la voluntad se tome en cuenta
Para que algun error se me consienta.

Quiero dejar á Arauco por un rato;
Que para mi discurso es importante
Lo que forzado aquí del Perú trato,
Aunque de su comarca es bien distante:
Y para que se entienda más barato,
Y con facilidad lo de adelante,
Si Lautaro me deja, diré en breve
La gente que en su daño ahora se mueve.
El marqués de Cañete era llegado
Á la ciudad insigne de Los Reyes,
De Cárlos Quinto Máximo enviado
Á la guarda y reparo de sus leyes:
Éste fué por sus partes señalado
Para virey de donde dos vireyes
Por los rebeldes brazos atrevidos
Habian sido á la muerte conducidos.
Oliendo el virey nuevo las pasiones
Y maldades por uso introducidas,
El ánimo dispuesto á alteraciones,
En leal aparencia entretegidas;
Los agravios, insultos y traiciones,
Con tanta desvergüenza cometidas;
Viendo, que aún el tirano no hedia,
Que, aunque muerto, de fresco se bullia;
Entró como sagaz y receloso,
No mostrando el cuchillo y duro hierro,
Que fuera en aquel tiempo peligroso,
Y dar con hierro en un notable yerro:
Mostrándose benigno y amoroso,
Trayéndoles la mano por el cerro,
Hasta tomar el paso á la malicia,
Y dar más fuerza y mano á la justicia.

En tanto que las cosas disponia,
Para limpiar del todo las maldades,
Quitando las justicias, las ponia
De su mano por todas las ciudades;
Éstas eran personas que entendia
Haber en ellas justas calidades,
De Dios, del Rey, del mundo temerosas,
En semejantes cargos provechosas.
Entretenia la gente y sustentaba
Con son de un general repartimiento,
Y el más culpado más premio esperaba,
Fundado en el pasado regimiento.
El marqués entre tanto se informaba,
Llevando deste error diverso intento,
Que no solo dió pena á los culpados,
Mas renovó los yerros perdonados;
Pues cuando con el tiempo ya pensaron
Que estaban sus insultos encubiertos,
En público pregon se renovaron,
Y fueron con castigo descubiertos:
Que casi en los más pueblos que pecaron
Amanecieron en un tiempo muertos
Aquellos que con más poder y mano
Habian seguido el bando del tirano.
No condeno, Señor, los que murieron,
Pues fueron perdonados y admitidos,
Cuando á vuestro servicio en sazon fueron
Y en importante tiempo reducidos,
Quedando los errores que tuvieron
Á vuestra gran clemencia remitidos,
De vos solo, Señor, es el juzgarlos,
Y el poderlos salvar ó condenarlos.

Dar mi decreto en esto yo no puedo,
Que siempre en casos de honra lo rehuso:
Solo digo el terror y extraño miedo
Que en la gente soberbia el marqués puso
Con el castigo, á la sazon acedo,
Dejando el reino atónito y confuso,
Del temerario hecho tan dudoso,
Que áun era imaginarlo peligroso.
Á quien hallaba culpa conocida,
Del Perú le destierra en penitencia,
Que es entre ellos la afrenta más sentida
Y que se toma ménos en paciencia:
El justo de ejemplar y recta vida,
Temeroso escudriña la conciencia,
Viendo el rigor de la justicia airada,
Que ya desenvainado habia la espada.
Y algunos capitanes y soldados,
Que con lustre sirvieron en la guerra
Y esperaban de ser gratificados,
Conforme á los humores de la tierra,
Recelando tenerlos agraviados,
Del reino en son de presos los destierra,
Remitiendo las pagas á la mano
De rey tan poderoso y soberano.
Esto puso suspensa más la gente;
La causa del destierro no sabiendo,
No entiende si es injusta ó justamente;
Solo sabe callar y estar tremiendo:
Teme la furia y el rigor presente,
Y á inquirir la razon no se atreviendo,
Tiende á cualquier rumor atento oido;
Mas no puede sentir más del ruïdo.

Temor, silencio y confusion andaba,
Atónita la gente discurria,
Nadie la oculta causa preguntaba,
Que áun preguntar error le parecia:
Por saber, uno á otro se miraba,
Y el más sábio los hombros encogia,
Temiendo el golpe del furor presente,
Movido al parecer por accidente.
Fué hecho tan sagaz, grande y osado,
Que pocos con razon le van delante,
Asaz en estos tiempos celebrado,
Y á los ánimos sueltos importante;
Por él quedó el Perú atemorizado,
Temerario, rebelde y arrogante,
Y á la justicia el paso más seguro,
Con mayor esperanza en lo futuro.
Así enfrenó el Perú con un bocado,
Que no le romperá jamás la rienda,
Haciendo al ambicioso y alterado
Contentarse con sola su hacienda;
Y el bullicio y deseo desordenado,
Le redujo á quietud y nueva emienda:
Que poco lo mal puesto permanece,
Como por la experiencia al fin parece.
Quien antes no pensaba estar contento
Con veinte ó treinta mil pesos de renta,
Enfrena de tal suerte el pensamiento
Que solo con la vida se contenta:
Despues hizo el marqués repartimiento
Entre los beneméritos de cuenta,
Para esforzar los ánimos caïdos
Y dar mayor tormento á los perdidos.

Con ejemplos así y acaecimientos,
¿Cómo vemos que tantos van errados,
Que sobre arena y frágiles cimientos
Fabrican edificios levantados?
Bien se muestran sus flacos fundamentos;
Pues por tierra tan presto derribados
Con afrentoso nombre y voz los vemos,
Huyendo su inficion cuanto podemos.

¡Oh vano error! ¡oh necio desconcierto,
Del torpe que con ánimo ignorante
No mira en el peligro y paso incierto
Las pisadas de aquel que va delante,
Teniendo, á costa ajena, ejemplo cierto,
Que el brazo del amigo más constante
Ha de esparcir su sangre en su disculpa,
Lavando allí la espada de la culpa!

Quiero que esté algun tiempo falsamente
Sobre traidores hombros sostenido,
Que el viento que se mueva de repente
Le aflige, altera y turba aquel ruïdo:
Pues que cuando la voz del rey se siente,
No hay son tan duro y áspero al oido;
Que tiene solo el nombre fuerza tanta
Que los huesos le oprime y le quebranta:

Que le asome fortuna algun contento,
¡Con cuántos sinsabores va mezclado!
Aquel recelo, aquel desabrimiento,
Aquel triste vivir tan recatado:
Traga el duro morir cada momento,
Témese del que está más confiado:
Que la vida antes libre y amparada
Está sujeta ya á cualquiera espada.

Negando al rey la deuda y obediencia,
Se somete al más mínimo soldado,
Poniendo en contentarle diligencia,
Con gran miedo y solícito cuidado;
Y aquellos más amigos en presencia,
Las lanzas le enderezan al costado,
Y sobre la cabeza aparejadas
Le están amenazando mil espadas.

Cualquier rumor, cualquiera voz le espanta,
Cualquier secreto piensa que es negarle:
Si el brazo mueve alguno y lo levanta
Piensa el triste que fué para matarle:
La soga arrastra, el lazo á la garganta:
¿Qué confianza puede asegurarle?
Pues mal el que negar al rey procura
Tendrá con un tirano fe segura.

Si no bastare verlos acabados
Tan presto, y que ninguno permanece,
Y los rollos y términos poblados
De quien tan justamente lo merece;
Bandos, casas, linajes estragados,
Con nombre que los mancha y escurece;
Baste la obligacion con que nacemos,
Que á nuestro rey y príncipe tenemos.

De un paso en otro paso voy saliendo
Del discurso y materia que seguia;
Pero aunque vaya ciego discurriendo
Por caminos más ásperos sin guia,
Del encendido Marte el son horrendo
Me hará que atine á la derecha via;
Y así seguro desto y confiado,
Me atrevo á reposar, que estoy cansado.

CANTO XIII.

Hecho el marqués de Cañete el castigo en el Perú, llegan mensajeros de Chile á pedirle socorro; el cual, vista ser su demanda importante y justa, se le envia grande por mar y por tierra. Tambien contiene al cabo este canto cómo Francisco de Villagran, guiado por un indio, viene sobre Lautaro.

Dichoso con razon puede llamarse
Aquel que en los peligros arrojado
Dellos sabe salir sin ensuciarse,
Y libre de poder ser imputado:
Pero quien destos puede desviarse
Le tengo por más bienaventurado:
Aunque el peligro afina lo perfeto,
Aquel que dél se aparta es el discreto:

Que muchas veces da la fantasía
En cosas que seguro nos promete,
Y un ánimo á salir con ellas cria
Que con temeridad las acomete:
Despues en el peligro desvaria,
Y no acierta á salir de á do se mete:
Que la señora al siervo sometida,
Pierde la fuerza y tino á la salida.

Vereis en el Perú que han procurado
Levantar el tirano y ayudarle,
Para solo mostrar, despues de alzado,
La traidora lealtad en derribarle:
Y con designio y ánimo dañado
Le dan fuerza, y despues viene á matarle
La espada infiel, de la maldad autora,
Al rey y amigos pérfida y traidora.

Fraguan la guerra, atizan disensiones
En hábito leal, aunque engañoso,
Pensando de subir más escalones
Por un áspero atajo y tropezoso:
Al cabo las malvadas intenciones
Vienen á fin tan malo y afrentoso,
Como vereis, si bien mirais la guerra
Civil y alteraciones desta tierra.

Deshechos, pues, del todo los nublados
Por el audaz marqués y su prudencia,
Curando con rigor los alterados,
Como quien entendió bien la dolencia:
En nombre de su rey, á otros tocados
De aquel olor, descubre la clemencia,
Que hasta allí del rigor cubierta estaba,
Con general perdon que los lavaba.

No el atrevido caso y espantoso,
En el Perú jamás acontecido,
Ni el ejemplar castigo riguroso
Que amansó el fiero pueblo embravecido,
Fué en tal tiempo bastante y poderoso
De ensordecer el bárbaro ruïdo,
Y la voz araucana y clara fama
Que en aquellas provincias se derrama.

Nuevas por mar y tierra eran llegadas
Del daño y perdicion de nuestra gente,
Por las vitorias grandes y jornadas
Del araucano bárbaro potente:
Pidiendo las ciudades apretadas
Presuroso socorro y suficiente,
Haciendo relacion de cómo estaban
Y de todas las cosas que pasaban.

Jerónimo Alderete, Adelantado,
Á quien era el gobierno cometido,
Hombre en estas provincias señalado,
Y en gran figura y crédito tenido,
Donde como animoso y buen soldado
Habia grandes trabajos padecido;
(No pongo su proceso en esta historia,
Que dél la general hará memoria)

Presente no se halla á tanta guerra
Y á tales desventuras y contrastes;
Mas con vos, gran Felipe, en Inglaterra,
Cuando la fe de nuevo allí plantastes:
Allí le distes cargo desta tierra,
De allí con gran favor le despachastes;
Pero cortóle el áspero destino
El hilo de la vida en el camino.

Fué su llorada muerte asaz sentida,
Y más el sentimiento acrecentaba
Ver el gobierno y tierra tan perdida
Que cada uno por sí se gobernaba:
Andaba la discordia ya encendida,
La ambicion del mandar se desmandaba:
Al fin, es imposible que acaezca
Que un cuerpo sin cabeza permanezca.

Aquellos que de Chile habian venido
Á pedir el socorro necesario,
Viendo á su Adelantado fallecido
Y todo á su propósito contrario,
Con un semblante triste y afligido,
De parecer de todos voluntario,
Piden á don Hurtado que se vea,
Y de remedio presto los provea,
Diciendo : « Varon claro y excelente,
Nuestra necesidad te es manifiesta,
Y la fuerza del bárbaro potente
Que tiene á Chile en tanto estrecho puesta :
El más fuerte remedio es llevar gente,
Ésta ya puedes ver cuán cara cuesta.
De parte de tu rey te requerimos
Nos concedas aquí lo que pedimos.
»A tu hijo ¡oh marqués! te demandamos,
En quien tanta virtud y gracia cabe,
Porque con su persona confiamos
Que nuestra desventura y mal se acabe:
De su partes, señor, nos contentamos,
Pues que por natural cosa se sabe,
Y áun acá en el comun es habla vieja,
Que nunca del leon nació la oveja.
»Y pues hay tanta falta de guerreros,
Haciendo esta jornada don García,
Se moverá el comun y caballeros,
Alegres de llevar tan buena guia:
Y lo que no podrán muchos dineros
Podrá el amor y buena compañía,
Ó la vergüenza y miedo de enojarte,
Ó su propio interés en agradarte.»

El marqués de Cañete, respondiendo
Á la justa demanda alegremente,
Vino en ella de grado, conociendo
Ser cosa necesaria y conveniente:
Y el hijo, hacienda y deudos ofreciendo,
Al punto derramó en toda la gente
Gran gana de pasar á aquella tierra
Á ejercitar las armas en tal guerra.

Uno se ofrece allí y otro se ofrece,
Así gran gente en número se mueve,
Y aquel que no lo hace, le parece
Que falta y no responde á lo que debe:
Hasta en cansados viejos reverdece
El ardor juvenil, y se remueve
El flaco humor y sangre casi helada
Con el alegre son de esta jornada.

¡Oh valientes soldados araucanos,
Las armas prevenid y corazones,
Y aquel raro valor de vuestras manos
Temido en las antárticas regiones!
Que gran copia de jóvenes lozanos
Descoge en vuestro daño sus pendones;
Pensando entrar por toda vuestra tierra
Haciendo fiero estrago y cruda guerra;

No con los hierros botos y mohosos
De los que las paredes hermosean,
Ni brazos del torpe ócio perezosos
Que con gran pesadumbre se rodean,
Ni los ánimos hechos á reposos,
Que cualquiera mudanza en que se vean
Los altera, los turba y entorpece
Y el desusado son los desvanece;

Mas hierros templadísimos y agudos,
En sangre de tiranos afilados,
Fuertes brazos, robustos y membrudos,
En dar golpes de muerte ejercitados;
Ánimos libres, de temor desnudos,
En los peligros siempre habituados,
Que el son horrendo, que á otros atormenta,
Los alegra, despierta y alimenta.

Cosa destas yo pienso que ninguna
Os puede derribar de vuestro estado;
Mas tiéneme dudoso sola una,
Que nadie della ha sido reservado:
Esta es la usada vuelta de fortuna,
Que siempre alegre rostro os ha mostrado,
Y es inconstante, falsa y variable,
En el mal firme, y en el bien mudable.

Que si la guerra el español procura,
Haciendo de su espada ufana muestra,
Querríale preguntar, si por ventura
Corta por más lugares que la vuestra;
Si la fuerza del brazo le asegura
Del poder vuestro y vencedora diestra;
Verá, si mira bien en lo pasado,
El campo de sus huesos ocupado.

No sé; pero soberbio y encendido
En bélico furor el pueblo veo,
Y al más triste español apercebido
De armas, rico aparato y buen deseo.
¡Oh Arauco! yo te juzgo por perdido;
Si las obras igualan al arreo
Y no templa el camino esta braveza,
¡Ay de tu presuncion y fortaleza!

Del apartado Quito se movieron
Gentes para hallarse en esta guerra:
De Loja, Piura, de Jaen salieron:
De Trujillo, de Guánuco y su tierra,
De Guamanga, Arequipa concurrieron
Gran copia; y de los pueblos de la sierra,
La Paz, Cuzco, y las Charcas bien armados
Bajaron muchos pláticos soldados.

Treme la tierra, brama el mar hinchado
Del estruendo, tumultos y rumores
Que suenan por el aire delicado
De pífanos, trompetas y atambores
Contra el rebelde pueblo libertado,
Amenazando ya sus defensores
Con gruesa y reforzada artillería,
Que dentro del Estado el son se oia.

De aparatos, jaeces, guarniciones
Los gallardos soldados se arreaban;
Sobrevistas y galas, invenciones
Nuevas y costosísimas sacaban:
Estandartes, enseñas y pendones
Al viento en cada calle tremolaban:
Vieran sastres y obreros ocupados
En hechuras, recamos y bordados.

Con el concurso y junta de guerreros
El grande estruendo y trápala crecia,
Y los prestos martillos de herreros
Formaban dura y áspera armonía:
El rumor de solícitos armeros
Todo el ancho contorno ensordecia;
Los celosos caballos, de lozanos
Relinchando, triscaban con las manos.

Andaba así la gente embarazada
Con el nuevo bullicio de la guerra;
Mas ya de lo importante aparejada,
Un caudillo salió luego por tierra:
Llevando copia della encomendada
Atravesó á Atacama y la alta sierra
Con la desierta costa y despoblados,
De osamenta de bárbaros sembrados.

La gente principal, todo aprestado,
Y reliquias del campo que quedaban,
Para romper el mar alborotado
Otra cosa que tiempo no aguardaban:
Mas viendo el cielo ya desocupado,
Y que las bravas olas aplacaban,
Con ordenada muestra y rico alarde
Salieron de Los Reyes una tarde.

Yo con ellos tambien, que en el servicio
Vuestro empecé y acabaré la vida,
Que, estando en Inglaterra en el oficio
Que aún la espada no me era permitida,
Llegó allí la maldad en deservicio
Vuestro, por los de Arauco cometida,
Y la gran desvergüenza de la gente
Á la real corona inobediente.

Y con vuestra licencia, en compañía
Del nuevo capitan y Adelantado,
Caminé desde Lóndres hasta el dia
Que le dejé en Taboga sepultado;
De donde, con trabajos y porfia,
De la fortuna y vientos arrojado,
Llegué á tiempo que pude juntamente
Salir con tan lucida y buena gente.

Otro escuadron de amigos se me olvida,
No ménos que nosotros necesarios,
Gente templada, mansa y recogida,
De frailes, provisores, comisarios,
Teólogos de honesta y santa vida,
Franciscos, dominicos, mercenarios,
Para evitar insultos de la guerra,
Usados más allí que en otra tierra.
De varias profesiones y colores
Sale de Lima una lucida banda,
Y en el puerto tendidas por las flores
Estaban mesas llenas de vianda,
Con vinos de odoríferos sabores,
Donde luego por una y otra banda
Sobre la verde yerba reclinados
Gustamos los manjares delicados.
Alegres los estómagos, contentos
Fuimos á la marina conducidos,
Á do de verdes ramos y ornamentos
Estaban los bateles prevenidos;
Y al son de varios y altos instrumentos,
De los caros amigos despedidos,
En los ligeros barcos nos metemos,
Dando á un tiempo con fuerza al mar los remos.
Los bateles de tierra se alargaban,
Dejando con penosa envidia á aquellos
Que en la arenosa playa se quedaban,
Sin apartar los ojos jamás dellos:
Sobre diez galeones arribaban
Los prestos barcos, y saltando en ellos,
Tiempo los marineros no perdieron,
Que las velas al viento descogieron.

De estandartes, banderas, gallardetes
Estaban las diez naves adornadas;
Hiriendo el fresco viento en los trinquetes
Comienzan á moverse sosegadas:
Suenan cañones, sacres, falconetes,
Y al doblar de la Isleta embarazadas,
Del Austro cargan á babor la escota,
Tomando al Sud-Sudueste la derrota.

Las naos por el contrario mar rompiendo
La blanca espuma en torno levantaban
Y á la furia del Austro resistiendo,
Por fuerza, á su pesar, tierra ganaban
Pero sobre el Garbino revolviendo,
De la gran cordillera se apartaban;
Y de sola una vuelta que viraron
El Guarco al Est-Nordeste se hallaron.

Mas presto por la popa el Guarco vimos,
Con Chinca de otro bordo emparejando;
En alta mar tras estos nos metimos
Sobre la Nasca fértil arribando;
Y al esforzado Noto resistimos,
Su furia y bravas olas contrastando,
No bastando los recios movimientos
De dos tan poderosos elementos.

¿Que haya en Perú no es caso soberano
Tanta mudanza en tres leguas de tierra,
Que cuando es en los llanos el verano
Los montes el lluvioso invierno cierra;
Y cuando espesa niebla cubre el llano
En descubierto hiere el sol la sierra,
Y por esta razon van más crecientes
En el verano abajo las vertientes?

De los vientos, el Austro es el que manda
Que deshace los húmidos ñublados,
Y por todo aquel mar discurre y anda,
Del cual son para siempre desterrados:
Los otros vientos reinan á la banda
De Atacama, y allí son libertados,
Que bajar al Perú ninguno puede
Ni por natural órden se concede.

Pues las naves, del Austro combatidas,
Las espumosas olas van cortando,
Que de valientes soplos impelidas
Rompen la furia en ellas, azotando
Las levantadas proas guarnecidas
De planchas de metal.... Pero mirando
Al español del bárbaro vecino,
Habré de andar más presto este camino.

Correré á Villagran, el cual por tierra
Tambien en su jornada se apresura,
Atravesando la fragosa sierra
Que iguala con las nubes su estatura:
Diré lo que sucede en esta guerra,
Y qué rostro le muestra la ventura.
Mas, porque todo venga á ser más claro,
Quiero tratar un poco de Lautaro:

Que estaba con su escuadra de guerreros
En el sitio que dije recogido,
Y de foso, fagina y de maderos
Le habia en breve sazon fortalecido.
Tenia dentro soldados forasteros
Que á fama de la guerra habian venido,
Reparos, bastimentos, y otras cosas
Para el lugar y tiempo provechosas.

Sola una senda este lugar tenia
De alertas centinelas ocupada;
Otra ni rastro alguno no lo habia,
Por ser casi la tierra despoblada:
Aquella noche el bárbaro dormia
Con la bella Guacolda enamorada,
Á quien él de encendido amor amaba,
Y ella por él no ménos se abrasaba.

Estaba el araucano despojado
Del vestido de Marte embarazoso,
Que aquella sola noche el duro hado
Le dió aparejo y gana de reposo:
Los ojos le cerró un sueño pesado,
Del cual luego despierta congojoso,
Y la bella Guacolda sin aliento
La causa le pregunta y sentimiento.

Lautaro le responde: « Amiga mia,
Sabrás que yo soñaba en este instante
Que un soberbio español se me ponia
Con muestra ferocísima delante,
Y con violenta mano me oprimia
La fuerza y corazon, sin ser bastante
De poderme valer; y en aquel punto
Me despertó la rabia y pena junto.»

Ella en esto soltó la voz turbada,
Diciendo: « ¡ Ay, que he soñado tambien cuanto
De mi dicha temí, y es ya llegada
La fin tuya y principio de mi llanto!
Mas no podré ya ser tan desdichada,
Ni fortuna conmigo podrá tanto,
Que no corte y ataje con la muerte
El áspero camino de mi suerte.

»Trabaje por mostrárseme terrible
Y del tálamo alegre derribarme,
Que, si revuelve y hace lo posible,
De tí no es poderosa de apartarme:
Aunque el golpe que espero es insufrible,
Podré con otro luego remediarme,
Que no caerá tu cuerpo en tierra frio
Cuando estará en el suelo muerto el mio.»

El hijo de Pillan con lazo estrecho
Los brazos por el cuello le ceñia:
De lágrimas bañando el blanco pecho,
En nuevo amor ardiendo respondia:
«No lo tengais, señora, por tan hecho,
Ni turbeis con agüeros mi alegría
Y aquel gozoso estado en que me veo,
Pues libre en estos brazos os poseo.

»Siento el veros así imaginativa,
No porque yo me juzgue peligroso;
Mas la llaga de amor está tan viva,
Que estoy de lo imposible receloso:
Si vos quereis, señora, que yo viva,
¿Quién á darme la muerte es poderoso?
Mi vida está sujeta á vuestros manos
Y no á todo el poder de los humanos.

»¿Quién el pueblo araucano ha restaurado
En su reputacion que se perdia,
Pues el soberbio cuello no domado
Ya doméstico al yugo sometia?
Yo soy quien de los hombros le ha quitado
El español dominio y tiranía:
Mi nombre basta solo en esta tierra,
Sin levantar espada, á hacer la guerra.

»Cuanto más que, teniéndoos á mi lado,
No tengo que temer ni daño espero:
No os dé un sueño, señora, tal cuidado,
Pues no os lo puede dar lo verdadero:
Que ya á poner estoy acostumbrado
Mi fortuna á mayor despeñadero;
En más peligros que este me he metido,
Y dellos con honor siempre he salido.»
Ella ménos segura y más llorosa
Del cuello de Lautaro se colgaba,
Y con piadosos ojos lastimosa
Boca con boca así le conjuraba:
«Si aquella voluntad pura, amorosa,
Que libre os dí cuando más libre estaba,
Y dello el alto cielo es buen testigo,
Algo puede, señor, y dulce amigo;
»Por ella os juro y por aquel tormento
Que sentí cuando vos de mí os partistes,
Y por la fe, si no la llevó el viento,
Que allí con tantas lágrimas me distes,
Que á lo menos me deis este contento,
Si alguna vez de mí ya lo tuvistes,
Y es que os vistais las armas prestamente,
Y al muro asista en órden vuestra gente.»
El bárbaro responde: «Harto claro
Mi poca estimacion por vos se muestra.
¿En tan flaca opinion está Lautaro,
Y en tan poco teneis la fuerte diestra
Que, por la redencion del pueblo caro,
Ha dado ya de sí bastante muestra?
¡Buen crédito con vos tengo por cierto,
Pues me llorais de miedo ya por muerto!»

«¡Ay de mí! que de vos yo satisfecha,
Dice Guacolda, estoy, más no segura;
¿Ser vuestro brazo fuerte qué aprovecha
Si es más fuerte y mayor mi desventura?
Mas ya que salga cierta mi sospecha,
El mismo amor que os tengo me asegura
Que la espada que hará el apartamiento
Hará que vaya en vuestro seguimiento.

»Pues ya el preciso hado y dura suerte
Me amenazan con áspera caida,
Y forzoso he de ver un mal tan fuerte,
Un mal como es de vos verme partida:
Dejadme llorar antes de mi muerte
Esto poco que queda de mi vida:
Que quien no siente el mal, es argumento
Que tuvo con el bien poco contento.»

Tras esto tantas lágrimas vertia
Que mueve á compasion el contemplalla,
Y así el tierno Lautaro nò podia
Dejar en tal sazon de acompañalla.
Pero ya la turbada pluma mia,
Que en las cosas de amor nueva se halla,
Confusa, tarda y con temor se mueve,
Y á pasar adelante no se atreve.

CANTO XIV.

Llega Francisco de Villagran de noche sobre el fuerte de los enemigos sin ser dellos sentido: da al amanecer súbito en ellos, y á la primera refriega muere Lautaro. Trábase la batalla con harta sangre de una parte y de otra.

¿Cuál será aquella lengua desmandada
Que á ofender las mujeres ya se atreva,
Pues vemos que es pasion averiguada
La que á bajeza tal y error las lleva;
Si una bárbara moza no obligada
Hace de puro amor tan alta prueba,
Con razones y lágrimas, salidas
De las vivas entrañas encendidas?

Que ni la confianza, ni el seguro
De su amigo le daba algun consuelo,
Ni el fuerte sitio, ni el fosado muro
Le basta asegurar de su recelo:
Que el gran temor nacido de amor puro
Todo lo allana y pone por el suelo;
Solo halla el reparo de su suerte
En el mismo peligro de la muerte.

Así los dos unidos corazones
Conformes en amor desconformaban,
Y dando dello allí demostraciones,
Más el dulce veneno alimentaban:
Los soldados en torno los tizones,
Ya de parlar cansados reposaban,
Teniendo centinelas, como digo,
Y el cerro á las espaldas por abrigo.

Villagran con silencio y paso presto
Habia el áspero monte atravesado,
No sin grave trabajo, que sin esto,
Hacer mucha labor es excusado:
Llegado junto al fuerte, en un buen puesto,
Viendo que el cielo estaba aún estrellado,
Paró, esperando el claro y nuevo dia,
Que ya por el Oriente descubria.

De ninguno fué visto ni sentido;
La causa era la noche ser escura,
Y haber las centinelas desmentido
Por parte descuidada por segura:
Caballo no relincha, ni hay ruïdo,
Que está ya de su parte la ventura;
Ésta hace las bestias avisadas,
Y á las personas bestias descuidadas.

Cuando ya las tinieblas y aire escuro
Con la esperada luz se adelgazaban,
Las centinelas puestas por el muro
Al nuevo dia de lejos saludaban:
Y pensando tener campo seguro
Tambien á descansar se retiraban;
Quedando mudo el fuerte, y los soldados
En vino y dulce sueño sepultados.

Era llegada al mundo aquella hora
Que la escura tiniebla, no pudiendo
Sufrir la clara vista de la aurora,
Se va en el Occidente retrayendo:
Cuando la mustia Clicie se mejora
El rostro al rojo Oriente revolviendo,
Mirando tras las sombras ir la estrella,
Y al rubio Apolo Délfico tras ella.

El español, que ve tiempo oportuno,
Se acerca poco á poco más al fuerte,
Sin estorbo de bárbaro ninguno,
Que sordos los tenia su triste suerte:
Bien descuidado duerme cada uno
De la cercana inexorable muerte;
Cierta señal que cerca della estamos
Cuando más apartados nos juzgamos.

No esperaron los nuestros más, que en viendo
Ser ya tiempo de darles el asalto,
De súbito levantan un estruendo
Con soberbio alarido horrendo y alto;
Y en tropel ordenado arremetiendo
Al fuerte van á dar de sobresalto;
Al fuerte más de sueño bastecido
Que al presente peligro apercebido.

Como los malhechores que en su oficio
Jamás pueden hallar parte segura,
Por ser la condicion propia del vicio
Temer cualquier fortuna y desventura,
Que no sienten tan presto algun bullicio
Cuando el castigo y mal se les figura,
Y corren á las armas y defensa,
Segun que cada cual valerse piensa;

Así medio dormidos y despiertos
Saltan los araucanos alterados,
Y del peligro y sobresalto ciertos,
Baten toldos y ranchos levantados:
Por verse de corazas descubiertos
No dejan de mostrar pechos airados:
Mas con presteza y ánimo seguro
Acuden al reparo de su muro.

Sacudiendo el pesado y torpe sueño,
Y cobrando la furia acostumbrada,
Quién el arco arrebata, quién un leño,
Quién del fuego un tizon, y quién la espada;
Quién aguija al baston de ajeno dueño,
Quién por salir más presto va sin nada,
Pensando averiguarlo desarmados,
Si no pueden á puños, á bocados.

Lautaro á la sazon, segun se entiende,
Con la gentil Guacolda razonaba;
Asegúrala, esfuerza y reprehende
De la desconfianza que mostraba:
Ella razon no admite y más se ofende,
Que aquello mayor pena le causaba,
Rompiendo el tierno punto en sus amores
El duro son de trompas y atambores.

Mas no salta con tanta ligereza
El mísero avariento enriquecido,
Que siempre está pensando en su riqueza,
Si siente de ladron algun ruïdo;
Ni madre así acudió con tal presteza
Al grito de su hijo muy querido,
Temiéndole de alguna bestia fiera,
Como Lautaro al son y voz primera.

Revuelto el manto al brazo, en el instante
Con un desnudo estoque, y él desnudo,
Corre á la puerta el bárbaro arrogante,
Que armarse así tan súbito no pudo.
¡Oh pérfida fortuna, oh inconstante,
Cómo llevas tu fin por punto crudo,
Que el bien de tantos años en un punto
De un golpe lo arrebatas todo junto!

Cuatrocientos amigos comarcanos
Por un lado la fuerza acometieron,
Que en ayuda y favor de los cristianos
Con sus pintados arcos acudieron,
Que con extrema fuerza y prestas manos
Gran número de tiros despidieron:
Del toldo el hijo de Pillan salia,
Y una flecha á buscarle que venia.

Por el siniestro lado ¡oh dura suerte!
Rompe la cruda punta, y tan derecho,
Que pasa el corazon más bravo y fuerte
Que jamás se encerró en humano pecho;
De tal tiro quedó ufana la muerte,
Viendo de un solo golpe tan gran hecho;
Y, usurpando la gloria al homicida,
Se atribuye á la muerte esta herida.

Tanto rigor la aguda flecha trujo
Que al bárbaro tendió sobre la arena,
Abriendo puerta á un abundante flujo
De negra sangre por copiosa vena:
Del rostro la color se le retrujo,
Los ojos tuerce, y con rabiosa pena
La alma, del mortal cuerpo desatada,
Bajó furiosa á la infernal morada.

Ganan los nuestros foso y baluarte,
Que nadie los impide ni embaraza,
Y así por veinte lados la más parte
Pisaba de la fuerza ya la plaza:
Los bárbaros con ánimo y sin arte,
Sin celada, ni escudo, y sin coraza,
Comienzan la batalla peligrosa,
Cruda, fiera, reñida y sanguinosa.
En oyendo los indios extranjeros
Que con Lautaro estaban recogidos
El súbito rumor, salen ligeros,
Del miedo y sobresalto apercebidos:
Mas sintiendo los golpes carniceros,
El ánimo turbado y los sentidos,
Con atentas orejas acechaban
Adónde con menor rigor sonaban.
Como tímidos gamos, que el ruïdo
Sienten del cazador, y quietamente,
Altos los cuellos, tienden el oido
Hácia la parte que el rumor se siente,
Y el balar de la gama conocido,
Que apedazan los perros, y la gente,
Con furioso tropel toman la via
Que más de aquel peligro se desvia;
La baja y vil canalla, acostumbrada
Á rendirse al temor de aquella suerte,
Por ciega senda, inculta y desusada,
Rompe el camino y desampara el fuerte,
Acá y allá corriendo derramada;
Y era tan grande el miedo de la muerte,
Que al más valiente y bravo se le antoja
Ver un fiero español tras cada hoja.

Pero aquellos que nunca el miedo pudo
Hacerlos con peligros de su bando,
Poniendo osado pecho por escudo,
Están la antigua riña averiguando.
La desnuda cabeza del agudo
Cuchillo no se ve estar rehusando,
Ni rehusa la espada la siniestra,
Ejercitando el uso de la diestra;

Que el jóven Corpillan, no desmayado
Porque su espada y mano vino á tierra,
Antes en ira súbita abrasado
Contra la parte del contrario cierra;
Y habiendo ya la espada recobrado,
La diestra, que aún bullendo el puño afierra,
Lejos con gran desden y furia lanza,
Ofreciendo la izquierda á la venganza.

Flaqueza en Millapol no fué sentida,
Viéndose atravesado por la ijada
Y la cabeza de un revés hendida,
Ni por pasalle el pecho una lanzada;
Que de espumosa sangre á la salida
Vino la media lanza acompañada,
Dejando aquel lugar della vacío,
Aunque lleno de rabia, y nuevo brio:

Que á dos manos la maza aprieta fuerte,
Y con furia mayor la gobernaba:
Bien se puede llamar de triste suerte
Aquel que el fiero bárbaro alcanzaba:
Con la rabia postrera de la muerte,
Una vez el ferrado leño alzaba;
Mas faltóle la vida en aquel punto,
Cayendo cuerpo y maza todo junto.

Aunque la muerte en medio del camino
Le quebrantó el furor con que venia,
Un valiente español á tierra vino
Del peso y movimiento que traia:
Mas luego puesto en pié, con desatino
Hácia el lugar del dañador volvia,
Y viendo el cuerpo muerto dar en tierra
Pensando que era vivo con él cierra:

Y encima del cadáver arrojado,
De dar la muerte al muerto deseoso,
Recio por uno y por el otro lado,
Hiere y ofende el cuerpo sanguinoso,
Hasta tanto que, ya desalentado,
Se firma recatado y sospechoso,
Y vió á aquel que aferrado así tenia
Vueltos los ojos y la cara fria.

Traia la espada en esto Diego Cano
Tinta de sangre, y con Picol se junta:
Haciendo atrás la rigurosa mano
El pecho le barrena de una punta:
Turbado de la muerte el araucano
Cayó en tierra, la cara ya difunta;
Bascoso, revolviéndose en el lodo,
Hasta que la alma despidió del todo.

De dos golpes Hernando de Alvarado
Dió con el suelto Talco en tierra muerto;
Pero fué mal herido por un lado
Del gallardo Guacoldo en descubierto:
Estuvo el español algo atronado;
Mas del atronamiento ya despierto,
Corriendo al fuerte bárbaro derecho
La espada le escondió dentro del pecho.

El viejo Villagran con la sangrienta
Espada por los bárbaros rompiendo,
Mata, hiere, tropella y atormenta,
Á tiempo á todas partes revolviendo:
Un golpe á Nico en la cabeza asienta,
El cual los turbios ojos revolviendo
Á tierra vino muerto; y de otro á Polo
Le deja con el brazo izquierdo solo.

Usadas las espadas al acero,
Topando la desnuda carne blanda,
Ayudadas de un ímpetu ligero
Dan con piernas y brazos á la banda:
No rehusa el segundo ser primero,
Antes todos siguiendo una demanda,
Como olas, que creciendo van, crecian,
Y á la muerte animosos se ofrecian.

La gente una con otra así se cierra,
Que aún no daban lugar á las espadas,
Apenas los mortales van á tierra,
Cuando estaban sus plazas ocupadas:
Unos por cima de otros se dan guerra
Enhiestas las personas y empinadas;
Y de modo á las veces se apretaban,
Que á meter por la espada se ayudaban.

Las armas con tal rabia y fuerza esgrimen,
Que los más de los golpes son mortales,
Y los que no lo son, así se imprimen
Que dejan para siempre las señales:
Todos al descargar los brazos gimen;
Mas salen los efetos desiguales,
Que los unos topaban duro acero,
Los otros el desnudo y blando cuero.

Como parten la carne en los tajones
Con los corvos cuchillos carniceros,
Y cual de fuerte hierro los planchones
Baten en dura yunque los herreros;
Así es la diferencia de los sones
Que forman con sus golpes los guerreros,
Quién la carne y los huesos quebrantando,
Quién templados arneses abollando.

Pues Juan de Villagran firme en la silla
Contra Guarcondo á toda furia parte,
Y la lanza le echó por la tetilla
Con una braza de asta á la otra parte:
El bárbaro, la cara ya amarilla,
Se arrima desmayado al baluarte;
Dando en el suelo súbita caida,
El alma gomitó por la herida.

Pero Rengo, su hermano, que en el suelo
El cuerpo vió caer descolorido,
Cuajósele la sangre, y hecho un hielo,
Del súbito dolor perdió el sentido;
Mas vuelto en sí, se vuelve contra el cielo,
Blasfemando el soberbio y descreido;
Y el ñudoso baston alzando en alto,
Á Juan de Villagran llegó de un salto.

Mas antes Pon con una flecha presta
Hirió al caballo en medio de la frente,
Empínase el caballo, el cuello enhiesta,
Al freno y á la espuela inobediente;
Y entre los brazos la cabeza puesta,
Sacude el lomo y piernas impaciente:
Rendido Villagran al duro hado,
Desocupó el arzon y ocupó el prado.

Apenas en el suelo habia caido
Cuando la presta maza decendía
Con una extraña fuerza y un ruïdo
Que rayo ó terremoto parecia;
Del golpe el español quedó adormido,
Y el bárbaro con otro revolvia,
Bajando á la cabeza de manera,
Que sesos, ojos y alma le echó fuera.

Y con venganza tal no satisfecho
Del caso desastrado del hermano,
Antes con nueva rabia y más despecho,
Hiere de tal manera á Diego Cano,
Que, la barba inclinada sobre el pecho,
Se le cayó la rienda de la mano;
Y sin ningun sentido, casi frio,
El caballo lo lleva á su albedrío.

En medio de la turba embravecido
Esgrime en torno la ferrada maza;
Á cuál deja contrecho, á cuál tullido,
Cuál el pescuezo del caballo abraza;
Quién se tiende en las ancas aturdido;
Quién, forzado, el arzon desembaraza;
Que todo á su pujanza y furia insana
Se le bate, derriba y se le allana.

Por partes más de diez le iba manando
La sangre, de la cual cubierto andaba;
Pero no desfallece, antes bramando,
Con más fuerza y rigor los golpes daba:
Ligero corre acá y allá saltando,
Arneses y celadas abollaba;
Hunde las altas crestas, rompe sesos,
Muele los nervios, carne y duros huesos.

En esto un gran rumor iba creciendo
De espadas, lanzas, grita y vocería,
Al cual confusamente, no sabiendo
La causa, mucha gente allí acudía:
Y era un gallardo mozo que, esgrimiendo
Un fornido cuchillo, discurria
Por medio de las bárbaras espadas,
Haciendo en armas cosas extremadas.

Venia el valiente mozo belicoso
De una furia diabólica movido,
El rostro fiero, súcio y polvoroso,
Lleno de sangre y de sudor teñido,
Como el potente Marte sanguinoso,
Cuando de furor bélico encendido,
Bate el ferrado escudo de Vulcano,
Blandiendo la asta en la derecha mano.

Con un diestro y prestísimo gobierno
El pesado cuchillo rodeaba,
Y á Cron, como si fuera junco tierno,
En dos partes de un golpe lo tajaba:
Tras éste al diestro Pon envia al infierno,
Y tras de Pon á Lauco despachaba:
No hallando defensa en armadura,
Descuartiza, desmiembra y desfigura.

Llamábase este Andrea, que en grandeza
Y proporcion de cuerpo era gigante,
De estirpe humilde, y su naturaleza
Era arriba de Génova al Levante:
Pues con aquella fuerza y ligereza
Á los robustos miembros semejante,
El gran cuchillo esgrime de tal suerte,
Que á todos los que alcanza da la muerte.

De un tiro á Guaticol por la cintura
Le divide en dos trozos en la arena,
Y de otro al desdichado Quilacura
Limpio el derecho muslo le cercena:
Pues de golpes así desta hechura
La gran plaza de muertos deja llena,
Que su espada á ninguno allí perdona,
Y unos cuerpos sobre otros amontona.
A Colca de los hombros arrebata
La cabeza de un tajo, y luego tiende
La espada hácia Maulen, señor de Itáta.
Y de alto á bajo de un revés le hiende:
Lanzas, hachas y mazas desbarata,
Que todo el pueblo bárbaro le ofende.
Llevando muchos tiros enclavados
En los pechos, espaldas y en los lados.
Como la osa valiente perseguida,
Cuando la van monteros dando caza,
Que con rabia y dolor de la herida
Los ñudosos venablos despedaza:
Y furiosa, impaciente, embravecida,
La senda y callejon desembaraza,
Que los heridos perros lastimados
Le dan ancho lugar escarmentados;
De la misma manera el fiero Andrea,
Cercado de los bárbaros venia,
Pero de tal manera se rodea,
Que gran camino con la espada abria:
Crece el hervor, la grita y la pelea
Tanto que la más gente allí acudia;
He aquí á Rengo tambien ensangrentado
Que llega á la sazon por aquel lado.

Y como dos mastines rodeados
De gozques importunos, que, en llegando
Á verse, con los cerros erizados
Se van el uno al otro regañando:
Así los dos guerreros señalados,
Las inhumanas armas levantando,
Se vienen á herir.... Pero el combate
Quiero que al otro canto se dilate.

CANTO XV.

En este quinceno y último canto se acaba la batalla, en la cual fueron muertos todos los araucanos, sin querer ninguno dellos rendirse. Y se cuenta la navegacion que las naos del Perú hicieron hasta llegar á Chile; y la grande tormenta que entre el rio de Maule y el puerto de la Concepcion pasaron.

¿Qué cosa puede haber sin amor buena?
¿Qué verso sin amor dará contento?
¿Dónde jamás se ha visto rica vena
Que no tenga de amor el nacimiento?
No se puede llamar materia llena
La que de amor no tiene el fundamento;
Los contentos, los gustos, los cuidados,
Son, si no son de amor, como pintados.

Amor de un juicio rústico y grosero
Rompe la dura y áspera corteza;
Produce ingenio y gusto verdadero,
Y pone cualquier cosa en más fineza:
Dante, Ariosto, Petrarca y el Ibero,
Amor los trujo á tanta delgadeza;
Que la lengua más rica y más copiosa,
Si no trata de amor, es desgustosa.

Pues yo, de amor desnudo y ornamento,
Con un inculto ingenio y rudo estilo,
¿Cómo he tenido tanto atrevimiento,
Que me ponga al rigor del crudo filo?
Pero mi celo bueno y sano intento,
Esto me hace á mi añudar el hilo,
Que ya con el temor cortado habia,
Pensando remediar esta osadía.

Quíselo aquí dejar, considerado
Ser escritura larga y trabajosa,
Por ir á la verdad tan arrimado
Y haber de tratar siempre de una cosa;
Que no hay tan dulce estilo y delicado,
Ni pluma tan cortada y sonorosa,
Que en un largo discurso no se estrague,
Ni gusto que un manjar no lo empalague.

Que si á mi discrecion dado me fuera
Salir al campo y escoger las flores,
Quizá el cansado gusto removiera
La usada variedad de los sabores:
Pues, como otros han hecho, yo pudiera
Entretejer mil fábulas y amores;
Mas, ya que tan adentro estoy metido,
Habré de proseguir lo prometido.

Al lombardo dejé y al araucano
Donde la guerra andaba más trabada,
Que vienen á juntarse mano á mano,
La espada alta y la maza levantada:
De malla está cubierto el italiano,
El indio la persona desarmada,
Y así como más suelto y más ligero,
En descargar el golpe fué el primero.

El membrudo italiano, como vido
La maza y el rigor con que bajaba,
Alzó el escudo en alto, y recogido
Debajo dél, el golpe reparaba:
Por medio el fuerte escudo fué rompido,
Y en modo la cabeza le cargaba,
Que, batiendo los dientes, vió en el suelo
Las estrellas más mínimas del cielo.

El brazo descargó, que alto tenia,
Sobre el valiente bárbaro el lombardo,
Pensando que dos piezas le haria,
Segun era del ánimo gallardo:
Pero Rengo, que punto no perdia,
Como una onza ligera y suelto pardo
Un presto salto dió á la diestra mano,
De suerte que el cuchillo bajó en vano.

Tras esto el diestro bárbaro rodea
La poderosa maza, de manera
Que acertarle de lleno, no al Andrea,
Pero un duro peñasco deshiciera.
Igual andaba entre ellos la pelea,
Aunque temo yo á Rengo á la primera
Vez que el cuchillo baje, si le halla,
Que habrá fin con su muerte la batalla.

Mas con destreza y gran reportamiento,
Desnudo de armas y de esfuerzo armado,
Entra, sale y revuelve como el viento,
Que en maña y ligereza era extremado:
Hace siempre su golpe, y al momento
Le halla el enemigo así apartado,
Que, aunque el cuchillo de dos brazas fuera,
Alcanzar á herirle no pudiera.

Mil golpes por el aire arroja en vano
El furioso italiano embravecido,
Viendo cómo desnudo un araucano
Y él armado, le tiene en tal partido:
La izquierda junta á la derecha mano,
Y apretando la espada, de corrido
Al bárbaro arremete, altos los brazos,
Pensando dividirle en dos pedazos.

El araucano con mañoso brio,
Baja la maza, firme lo esperaba,
Mas el cuerpo hurtó con un desvio
Al tiempo que el cuchillo derribaba:
Así que el brazo y golpe dió en vacio,
Y de la fuerza inmensa que llevaba,
El gran cuchillo sustentar no pudo,
Quedando allí con solo medio escudo.

Pues como tal lo vió, suelta la maza,
Cerrando el presto bárbaro de hecho,
Y cuerpo á cuerpo así con él se abraza,
Que le imprime las mallas en el pecho;
No por esto el lombardo se embaraza,
Mas piensa dél así haber más derecho,
Y con brazos durísimos lo afierra,
Creyendo levantarlo de la tierra.

Lo que el valiente Alcides hizo á Anteo
Quiso el nuestro hacer del araucano;
Mas no salió fortuna á su deseo,
Y así el deseado efeto salió en vano:
Que el esforzado Rengo de un rodeo
Lo lleva largo trecho por el llano,
Sobre los cuerpos muertos tropezando,
Siempre con más furor sobre él cargando.

Andrea, de empacho ardiendo en rabia viva,
Sintiéndose de un hombre así apurado,
Firme en el suelo con los piés estriba,
Cobrando esfuerzo del honor sacado,
Y de manera sobre Rengo arriba
Que de tierra lo lleva levantado,
Que era de fuerza grande y de gran prueba,
Bastante á comportar la carga nueva.
Yo vi, entre muchos jóvenes valientes
Sobre pruebas de fuerza porfiando,
Trabar él una cuerda con los dientes,
Asiendo cuatro de ella, y estribando
Todos á un tiempo á partes diferentes,
Á su pesar llevarlos arrastrando;
Y de solos los dientès se valia,
Que las manos atrás presas tenia.
Y con facilidad y poca pena,
La mayor bota ó pipa que hallaba,
Capaz de veinte arrobas, de agua llena,
De tierra un codo y más la levantaba;
Y suspendida sin verter, serena,
La sed por largo espacio mitigaba,
Bajándola despues al suelo llano
Como si fuera un cántaro liviano.
Aconteció otras veces, barqueando
Rios en esta tierra caudalosos,
Ir la corriente el ímpetu esforzando
Á desbravar en riscos peñascosos,
Arrebatando el barco, no bastando
La fuerza de los remos presurosos,
Y él, cubierto de malla como estaba,
Luego animoso al agua se arrojaba;

Y una cuerda en la boca, revolviendo
Al furioso raudal el duro pecho,
Los piés y fuertes brazos sacudiendo,
Rompia por la canal casi derecho,
Remolcando la barca, y, resistiendo
El ímpetu del agua, del estrecho
La sacaba á la orilla en salvamento,
Haciendo otras mil cosas que no cuento.

A Rengo aquí tambien sobrepujaba,
Que no fué de su fuerza menor prueba;
Pero Rengo que en ira se abrasaba,
Viendo que sin firmarse alto lo lleva,
Hizo por fuerza pié y sobre él tornaba,
Sacando la vergüenza fuerza nueva;
Pero al cabo los dos se desasieron,
Y otra vez á las armas acudieron:

Y comienzan de nuevo el fiero asalto
Como si descansaran todo el dia,
Ora presto por bajo, ora por alto,
Sin miedo el uno al otro acometia:
Rengo, que de armadura estaba falto,
Con tal destreza y maña se regia,
Que sostiene en un peso aquella guerra,
No perdiendo una mínima de tierra.

Con presteza una vez tal golpe asienta
Al valiente cristiano por un lado,
Que toda la persona le atormenta,
Segun que fué de fuerza muy cargado:
Otro redobla, y otro, y á mi cuenta
Al cuarto, que bajaba más pesado,
El astuto italiano se desvia,
Y de una punta al bárbaro hería.

La espada le atraviesa el brazo fuerte
Abriéndole en el lado una herida;
Mas fué tal su ventura y diestra suerte
Que no le privó el golpe de la vida:
El bárbaro en ponzoña se convierte,
Y con braveza fuera de medida,
Con el fiero enemigo fué en un punto,
Descargando la maza todo junto.
El italiano en alto el medio escudo
Alzó por recoger el golpe extraño;
Pero del todo resistir no pudo,
Aunque se reparó parte del daño·
Batióle la cabeza el golpe crudo,
Y cual si el morrion fuera de estaño,
Y no de fuerte pasta bien templado,
Así de aquella vez quedó abollado.
Dos ó tres pasos dió desvanecido
Del golpe el italiano, vacilando,
Perdida la memoria y el sentido,
Y anduvo por caer titubeando:
La sangre por el uno y otro oido
Le reventó en gran flujo, como cuando
Revienta de abundancia alguna fuente,
Y en pié se tuvo bien dificilmente.
Pero vuelto en su acuerdo, que se mira
Lleno de sangre y puesto en tal estado,
Más furioso que nunca, ardiendo en ira
De verse así de un bárbaro tratado,
El brazo con el pié diestro retira
Para tomar más fuerza, y el pesado
Cuchillo derribó con tal ruïdo
Que revocó en los montes del sonido.

Rengo, que el gran cuchillo bajar siente
Y el ímpetu y furor con que venia,
Cruzando la alta maza osadamente
Al reparo debajo se metia:
No fué la asta defensa suficiente
Por más barras de acero que tenia,
Que á tierra vino della una gran pieza,
Y el furioso cuchillo á la cabeza.

Fué este golpe terrible y peligroso,
Por do una roja fuente manó luego,
Y anduvo por caer Rengo dudoso,
Atónito y de sangre casi ciego:
El italiano allí no perezoso,
Viendo que no era tiempo de sosiego,
Baja otra vez el gran cuchillo agudo
Con todo aquel vigor que dalle pudo.

En medio de la frente en descubierto
Hiere al turbado Rengo el italiano,
Y hubiérale de arriba á abajo abierto,
Si no torciera al descargar la mano:
El golpe fué de llano, y como muerto
Vino al suelo tendido el araucano;
Y el cuchillo del golpe atormentado
Por tres ó cuatro partes fué quebrado.

Crino, que volvió el rostro al gran ruïdo
Del poderoso golpe y la caida,
Viendo al valiente Rengo así tendido,
Pensó que era pasado de esta vida:
Y, de amistad y deudo conmovido,
La espada de su propio amo homicida,
Que en Penco Tucapel ganado habia,
En venganza del bárbaro esgrimia.

Pasa al Andrea de un golpe el estofado
No reparando en él la cruda espada,
Que, rompiendo la malla por el lado,
Le penetró hasta el hueso la estocada:
Vuelve con un mandoble, y recatado
Andrea viendo venir la cuchillada,
Fué tan presto con él por resistirle,
Que no le dejó tiempo de herirle.

Sin darle más lugar con él se afierra,
Donde en satisfaccion de la herida,
Alzándole bien alto de la tierra,
De espaldas le tendió con gran caida;
Y por dar presto fin á aquella guerra
La espada le quitó y luego la vida;
Metiéndose tras esto por la parte
Que andaba más sangriento el fiero Marte.

Hiende por do el monton ve más estrecho;
¡Triste de aquel que allí con él se junta!
Uno parte al través, otro al derecho,
Otro al sesgo, otro ensarta de una punta;
Otros que tiende, aún no bien satisfecho,
Á coces los quebranta y descoyunta:
Brazos, cabezas por el aire avienta
Sin término, sin número, ni cuenta.

El buen Lasarte con la diestra airada
En medio del furor se desenvuelve,
Pasa el pecho á Talcuen de una estocada,
Y sobre Titaguan furioso vuelve:
Abrióle la cabeza desarmada;
Mas el rabioso bárbaro revuelve,
Y antes que la alma diese, le da un tajo,
Que se tuvo al arzon con gran trabajo.

Pacheco á Norpa abrió por el costado,
Y á Longoval derriba tras él muerto:
Pues Juan Gomez tambien por aquel lado,
De fresca sangre bárbara cubierto,
Habia de un golpe á Colca derribado
Y á Galvo el desarmado vientre abierto:
El bárbaro mortal, la color vuelta,
Dió en el postrer suspiro la alma envuelta.
Gabriel de Villagran no estaba ocioso,
Que á Cinga y á Pilloloo habia tendido,
Y andaba revolviéndose animoso
Entre los hierros bárbaros metido.
El rumor de las armas sonoroso,
Los varios apellidos y el ruïdo,
Á las aves confusas y turbadas
Hacen estar mirándolos paradas.
Crece la rabia y el furor se enciende,
La gente por juntarse se apiñaba,
Que ya ninguno más lugar pretende
Del que para morir en pié bastaba:
Quién corta, quién barrena, rompe, hiende;
Y era el estrecho tal y priesa brava,
Que, sin caer los muertos, de apretados
Quedaban á los vivos arrimados.
La soberbia, furor, desden, denuedo,
La priesa de los golpes y dureza,
Figurarla del todo aquí no puedo,
Ni la pluma llevar con tal presteza:
De la muerte ninguno tiene miedo,
Antes, si vuelve el rostro, más tristeza
Mostraban, porque claro conocian
Que vencidos quedaban si vivian.

Mas aunque de vivir desconfiaban,
Perdida de vencer ya la esperanza,
El punto de la muerte dilataban
Por morir con alguna más venganza:
Y no por esto el paso retiraban,
Ni el pecho rehusaban de la lanza,
Si por mover un paso, como digo,
Dejasen de ofender al enemigo.

Cuatro aquí, seis allí, por todos lados
Vienen sin detenerse á tierra muertos,
Unos de mil heridas desangrados,
De la cabeza al pecho otros abiertos;
Otros por las espaldas y costados
Los bravos corazones descubiertos,
Así dentro en los pechos palpitaban,
Que bien el gran coraje declaraban.

Quién en sus mismas tripas tropezando
Al odioso enemigo arremetia,
Quién por veinte heridas resollando
Las cubiertas entrañas descubria:
Allí se vió la vida estar dudando
Por qué puerta de súbito saldria;
Al fin salia por todas, y á un momento
Faltaba fuerza, vida, sangre, aliento.

Ya pues no estaba en pié la octava parte
De los bárbaros muertos, no rendidos;
Villagran, que miraba esto de aparte,
Viendo los que quedaban tan heridos,
Les envió dos indios de su parte
Á decir que se entreguen por vencidos
Sometiéndose al yugo y obediencia,
Y que usará con ellos de clemencia.

Todos los españoles retrujeron
Las espadas y el paso en el momento,
Y los dos mensajeros propusieron
El pacto, condicion y ofrecimiento;
Pero los araucanos, cuando oyeron
Aquel partido infame, el corrimiento
Fué tanto y su coraje, que respuesta
No dieron á la plática propuesta.

Los ojos contra el cielo vueltos braman,
«¡Morir! ¡morir!» no dicen otra cosa,
Morir quieren, y así la muerte llaman
Gritando: «¡Afuera vida vergonzosa!»
Esta fué su respuesta y esto claman;
Y á dar fin á la guerra sanguinosa
Se disponen con ánimo y braveza,
Sacando nuevas fuerzas de flaqueza.

Espaldas con espaldas se juntaban,
Algunos de rodillas combatiendo,
Que las tullidas piernas les faltaban,
Sostenerse sobre ellas no pudiendo:
Y áun así las espadas rodeaban;
Otros, que ya en el suelo retorciendo
Se andaban, por dañar lo que podian
Á los contrarios piés se revolvian.

Viéranse vivos cuerpos desmembrados
Con la furiosa muerte porfiando,
En el lodo y sangraza derribados,
Que rabiosos se andaban revolcando:
De la suerte que vemos los pescados
Cuando se va algun lago desaguando,
Que entre dos elementos se estremecen,
Y en ellos revolcándose perecen.

Si el crudo Sila, si Neron sangriento,
Por más sed que de sangre ellos mostraran,
Della vieran aquí el derramamiento,
Yo tengo para mí que se hartaran,
Pues con mayor rigor, á su contento
En viva sangre humana se bañaran,
Que en Campo Marcio Sila carnicero,
Y en el foro de Roma el bestial Nero.

Quedaron por igual todos tendidos
Aquellos que rendir no se quisieron,
Que, ya al fin de la vida conducidos,
Á la forzosa muerte se rindieron:
Los lasos españoles mal heridos
De la cercada plaza se salieron,
De armas y cuerpos bárbaros tan llena,
Que sobre ellos andaban á gran pena.

Ningun bárbaro en pié quedó en el fuerte
Ni brazo que mover pudiese espada;
Solo Mallen, que el punto de la muerte
Le dió de vivir gana acelerada:
Y rendido al temor y baja suerte,
Viéndose de una fiera cuchillada
En el siniestro brazo mal herido,
Detrás de un paredon se habia escondido.

No sintiendo el rumor que antes se oia,
Que en torno retumbaba todo el llano,
Que, como dije, ya la muerte habia
Puesto silencio con airada mano;
Dejó aquel paredon, y á ver salia
Si hallaba por allí algun araucano,
Á quien se encomendar que le salvase,
Y la sensible llaga le apretase.

Mas cuando vió la plaza cuál estaba,
Y en sus amigos tal carnicería,
Que, aunque la muerte los desfiguraba,
La envidia conocidos los hacia;
Con ira vergonzosa presentaba
La espada al corazon, y así decia:
«¡Cómo! ¿yo solo quedo por testigo
De la muerte y valor de tanto amigo?
»Cobarde corazon, por cierto indino
De algun golpe de espada valerosa,
Pues fué por eleccion y no destino
Perder una sazon tan venturosa;
Tú me apartaste ¡oh flaco! del camino
De un eterno vivir, y á vergonzosa
Muerte he venido ya con mengua tuya,
Por más que la mi diestra lo rehuya.
»Si á mi sangre con esta del estado
Mezclarse aquí le fuere concedido,
Viendo mi cuerpo entre estos arrojado,
Aunque de brazo débil ofendido,
Quizá seré en el número contado
De los que así su patria han defendido:
Mas ¡ay triste de mí! que en la herida
Será mi flaca mano conocida.
»¿Qué indicios bastarán, qué recompensa,
Qué emienda puedo dar de parte mia,
Que yo satisfacer pueda á la ofensa
Hecha á mi honor y patria y compañía?
Yo turbo el claro honor y fama inmensa
De tantos, pues podrán decir que habia
Entre ellos quien de miedo, bajamente,
Del enemigo apenas vió la frente.

»¿Por qué al temor doy fuerzas dilatando
Con prolijas razones mi jornada?
Arrepentirme ¿qué aprovecha cuando
Ya el arrepentimiento vale nada?»
Aquí cerró la voz, y no dudando
Entrega el cuello á la homicida espada:
Corriendo con presteza el crudo filo,
Sin sazon de la vida cortó el hilo.

Cese el furor del fiero Marte airado,
Y descansen un poco las espadas,
Entretanto que vuelvo al comenzado
Camino de las naves derramadas:
Que contra el recio Noto porfiado,
De Neptuno las olas levantadas,
Proejando por fuerza iban rompiendo,
Del viento y agua el ímpetu venciendo.

Por entre aquellas islas navegaron
De Sangallán, do nunca habita gente,
Y las otras ignotas se dejaron
Á la diestra de parte del Poniente,
Á Chaule á la siniestra, y arribaron
En Arica, y despues dificilmente
Vimos á Copiapó, valle primero
Del distrito de Chile verdadero.

Allí con libertad soplan los vientos,
De sus cavernas cóncavas saliendo,
Y furiosos, indómitos, violentos,
Todo aquel ancho mar van discurriendo:
Rompiendo la prision y mandamientos
De Eolo su rey, el cual temiendo
Que el mundo no arruïnen, los encierra
Echándoles encima una gran sierra.

No con esto su furia corregida,
Viéndose en sus cavernas apremiados,
Buscan con gran estruendo la salida
Por los huecos y cóncavos cerrados:
Y así la firme tierra removida
Tiembla, y hay terremotos tan usados,
Derribando en los pueblos y montañas
Hombres, ganados, casas y cabañas.

Menguan allí las aguas, crece el dia
Al revés de la Europa, porque es cuando
El Sol del Equinoccio se desvia,
Y al Capricornio más se va acercando.
Pues desde allí las naves, que á porfia
Corren, al mar y al Austro contrastando,
De Bóreas ayudadas luego fueron,
Y en el puerto Coquímbico surgieron.

Apenas en la deseada arena,
Salidos de las naos el pié firmamos,
Cuando el prolijo mar, peligro y pena
De tan largos caminos olvidamos:
Y á la nueva ciudad de La Serena,
Que es dos leguas del puerto, caminamos
En lozanos caballos guarnecidos,
Al esperado tiempo prevenidos:

Donde un caricioso acogimiento
Á todos nos hicieron y hospedaje,
Estimando con grato cumplimiento
El socorro y larguísimo viaje:
Y de dulce refresco y bastimento
Al punto se aprestó el matalotaje,
Con que se reparó la hambrienta armada,
Del largo navegar necesitada.

A la gente y caballos aguardaban,
Que, por áspera tierra y despoblados
Rompiendo, con esfuerzo caminaban,
De hambres y trabajos fatigados;
Pero á cualquier fortuna contrastaban,
Y desde poco á la ciudad llegados,
Un mes en mucho vicio reposaron
Hasta que los caballos reformaron.

Al fin del cual, sin esperar la flota,
Reparados del áspero camino,
Toman de su demanda la derrota,
Llevando á la derecha el mar vecino:
Pasan la fértil Ligua, y á Quillota
La dejaron á un lado, que convino
Entrar en Mapochó, que es do pararon
Las reliquias de Penco que escaparon.

El sol del comun Géminis salia
Trayendo nuevo tiempo á los mortales,
Y del Solsticio por Zenit heria
Las partes y region septentrionales,
Cuando es mayor la sombra al medio dia
Por este apartamiento en las australes,
Y los vientos en más libre ejercicio
Soplan con gran rigor del austral quicio

Nosotros, sin temor de los airados
Vientos, que entonces con mayor licencia
Andan en esta parte derramados
Mostrando más entera su violencia,
Á las usadas naves retirados,
Con un alegre alarde y apariencia
Las aferradas áncoras alzamos,
Y al Noroeste las velas entregamos.

La mar era bonanza, el tiempo bueno,
El viento largo, fresco y favorable,
Desocupado el cielo y muy sereno,
Con muestra y parecer de ser durable:
Seis dias fuimos así; pero al seteno,
Fortuna, que en el bien jamás fué estable,
Turbó el cielo de nubes, mudó el viento,
Revolviendo la mar desde el asiento.

Bóreas furioso aquí tomó la mano
Con presurosos soplos esforzados,
Y súbito en el mar tranquilo y llano
Se alzaron grandes montes y collados:
Los españoles, que el furor insano
Vieron del agua y viento, atribulados
Tomaran por partido estar en tierra,
Aunque del todo hubiera fin la guerra.

De mi nave podré solo dar cuenta,
Que era la capitana de la armada,
Que arrojada de la áspera tormenta
Andaba sin gobierno derramada;
Pero ¿quién será aquel que en tal afrenta
Estará tan en sí que falte en nada?
Que el general temor apoderado
No me dejó aún para esto reservado.

Con tal furia á la nave el viento asalta,
Y fué tan recio y presto el terremoto,
Que la cogió la vela mayor alta,
Y estaba en punto el mástil de ser roto:
Mas, viendo el tiempo así turbado, salta
Diciendo á grandes voces el piloto:
«¡Larga la triza en banda! larga! larga!
Larga presto ¡ay de mí! que el viento carga!»

La braveza del mar, el recio viento
El clamor, alboroto, las promesas,
El cerrarse la noche en un momento
De negras nubes lóbregas y espesas;
Los truenos, los relámpagos sin cuento,
Las voces de pilotos y las priesas,
Hacen un son tan triste y armonía,
Que parece que el mundo perecia.

«¡Amaina! amaina!» gritan marineros,
«¡Amaina la mayor! iza trinquete!»
Esfuerzan esta voz los pasajeros,
Y á la triza un gran número arremete:
Los otros de tropel corren ligeros
Á la escota, á la braza, al chafaldete;
Mas del viento la fuerza era tan brava,
Que ningun aparejo gobernaba.

Abrese el cielo, el mar brama alterado
Gime el soberbio viento embravecido;
En esto un monte de agua levantado
Sobre las nubes con un gran ruïdo
Embistió el galeon por un costado,
Llevándolo un gran rato sumergido,
Y la gente tragó del temor fuerte
Á vueltas de agua la esperada muerte.

Mas quiso Dios que de la suerte como
La gran ballena, el cuerpo sacudiendo
Rompe con el furioso hocico romo,
De las olas el ímpetu venciendo,
Descubre y saca el espacioso lomo,
En anchos cercos la agua revolviendo,
Así debajo el mar salió el navío,
Vertiendo á cada banda un grueso rio.

El proceloso Bóreas más crecido
La mar hasta los cielos levantaba,
Y, aunque era un mangle el mástil muy fornido,
Sobre la proa la alta gavia estaba:
La gente con gran fuerza y alarido,
En amainar la vela porfiaba,
Que en forma de arco al mástil oprimia,
Y así la racamenta no corria.
Eolo, ó ya fué acaso, ó se doliendo
Del afligido pueblo castellano,
Iba al valiente Bóreas recogiendo,
Queriendo él encerrarle por su mano:
Y abriendo la caverna, no advirtiendo
Al Céfiro que estaba más cercano,
Rotas ya las cadenas á la puerta,
Salió bramando al mar, viéndola abierta.
Y con violento soplo, arrebatando
Cuantas nubes halló por el camino,
Se arroja al levantado mar, cerrando
Más la noche con negro torbellino:
Y las valientes olas reparando,
Que del furioso Cierzo repentino
Iban la via siguiendo, las airaba,
Y el removido mar más alteraba.
Súbito la borrasca y travesía
Y un turbion de granizo sacudieron
Por un lado á la nao, y así pendia,
Que al mar las altas gavias decendieron:
Fué la furia tan presta, que aún no habia
Amainado la gente; y cuando vieron
Los pilotos la costa y viento airado,
Rindieron la esperanza al duro hado.

La nao, del mar y viento contrastada,
Andaba con la quilla descubierta,
Ya sobre sierras de agua levantada,
Ya debajo del mar toda cubierta:
Vino en esto de viento una grupada,
Que abrió á la agua furiosa una ancha puerta,
Rompiendo del trinquete la una escota,
Y la mura mayor fué casi rota.

Alzóse un alarido entre la gente,
Pensando haber del todo zozobrado,
Miran al gran piloto atentamente,
Que no sabe mandar de atribulado:
Unos dicen «¡Zaborda!» otros ¡Detente;
Cierra el timon en banda!» y cuál turbado
Buscaba escotillon, tabla ó madero,
Para tentar el medio postrimero.

Crece el miedo, el clamor se multiplica,
Uno dice «¡A la mar!» otro «¡Arribemos!»
Otro da grita «¡Amaina!» otro replica;
«¡A orza, no amainar, que nos perdemos!»
Otro dice «¡Herramientas, pica, pica!
¡Mástiles y obras muertas derribemos!»
Atónita de acá y de allá la gente,
Corre en monton confuso diligente.

Las gúmenas y jarcias rechinaban
Del turbulento Céfiro estiradas,
Y las hinchadas olas rebramaban
En las vecinas rocas quebrantadas,
Que la escura tiniebla penetraban,
Y cerrazon de nubes intrincadas;
Y así en las peñas ásperas batian,
Que blancas hasta el cielo resurtian.

Travesía era el viento, y por vecina
La brava costa de arrecifes llena,
Que del grande reflujo en la marina
Hervia la agua mezclada con la arena:
Rota la escota, larga la bolina,
Suelto el trinquete, sin calar la entena,
Y la poca esperanza quebrantada
Por el furioso viento arrebatada.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

ÍNDICE

DE LOS CANTOS

DE ESTA PRIMERA PARTE.

Pág.

Obras publicadas por la Real Academia Española, que se hallan de venta en su despacho de la calle de Valverde, en Madrid, núm. 26 y en el de la Imprenta Nacional, calle de Carretas.

	PRECIO DE CADA EJEMPLAR.		
	En pasta. Rs. vn.	En rústica. Rs. vn.	En papel Rs. vn.
Gramática de la lengua castellana...............		15	
Compendio de la misma destinado á la segunda enseñanza..............		4	
Epítome de la misma Gramática, dispuesto para la enseñanza elemental....		2	
Diccionario de la lengua castellana, décima edicion..	88		76
Prontuario de Ortografía de la lengua castellana.....		3	
Obras poéticas del *Duque de Frias*, un tomo en 4.° mayor, edicion de todo lujo..................		40	
Obras poéticas de *D. Juan Nicasio Gallego*, un tomo en 8.° prolongado.......		20	
El Fuero Juzgo en latin y en castellano, un tomo en fólio..............	32		

D. Quijote con la vida de Cervantes, cinco tomos..	80	50	
Vida de Cervantes, un tomo.	30	25	
El siglo de Oro de Bernardo de Valbuena, con el poema *La Grandeza Mejicana*, un tomo.........	16		
Discursos de recepcion de la Real Academia Española, tres tomos en 8.° mayor: cada uno.............		20	
El Fuero de Avilés, con el texto en fac-símile, sus concordancias, y su vocabulario, por D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe..............		20	

La venta por mayor se verifica en el citado despacho de la calle de Valverde. Á los que compren de 12 á 50 ejemplares del *Diccionario*, de la *Gramática*, y del *Compendio* y *Epítome* de la misma, se rebaja el 5 por 100 de su importe, y el 10 por 100, de 50 en adelante.

Se obtiene una rebaja de 5 por 100 en el importe de los *Prontuarios de Ortografía* tomando de una vez 200 ó más ejemplares.

Esta obra, que consta de dos tomos, se vende en el despacho de libros de la Academia Española, calle de Valverde, número 26, y en el de la Imprenta Nacional, calle de Carretas, à 30 reales.

LA ARAUCANA

DE

DON ALONSO DE ERCILLA.

EDICION DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

TOMO SEGUNDO.



MADRID
IMPRENTA NACIONAL
1866.

BIBLIOTECA SELECTA

DE

AUTORES CLÁSICOS ESPAÑOLES

LA ARAUCANA

DE

DON ALONSO DE ERCILLA.

EDICION DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

TOMO SEGUNDO.



MADRID
IMPRENTA NACIONAL
1866.

DEDICATORIA DE LA SEGUNDA PARTE.

S. C. R. M.

Bien sé que es mayor atrevimiento dirigir á V. M. mis obras, que sacarlas al juicio de un mundo como el que hoy tenemos: mas, como en mí no hay parte que no esté ofrecida á V. M., como á fin donde todos los mios van enderezados, oso ponerle delante este pequeño tributo. Suplico á V. M. se sirva de mi trabajo, pues no puedo quedar satisfecho dél hasta que V. M. le dé por bueno, dejándome remunerado con aceptarle, y la obra amparada y defendida de las objeciones que se le podian poner. Nuestro Señor la S. C. R. persona, &c.

En Madrid á 15 de Junio. Año 1578.

S. C. R. M.

Criado de V. M.

que sus Reales manos besa,

DON ALONSO DE ERCILLA.

AL LECTOR.

Por haber prometido de proseguir esta historia, no con poca dificultad y pesadumbre la he continuado; y aunque esta segunda parte de la Araucana no muestra el trabajo que me cuesta, todavía quien la leyere podrá considerar el que se habrá pasado en escribir dos libros de materia tan áspera y de poca variedad, pues desde el principio hasta el fin no contiene sino una mesma cosa; y haber de caminar siempre por el rigor de una verdad y camino tan desierto y estéril, paréceme que no habrá gusto que no se canse de seguirme. Así, temeroso desto, quisiera mil veces mezclar algunas cosas diferentes; pero acordé de no mudar estilo, porque lo que digo se me tomase en descuento de las faltas que el libro lleva, autorizándole con escribir en él el alto principio que

el Rey nuestro Señor dió á sus obras con el asalto y entrada de San Quintin, por habernos dado otro aquel mismo dia los Araucanos en el fuerte de la Concepcion. Asimismo trato el rompimiento de la batalla naval que el Señor Don Juan de Austria venció en Lepanto. Y no es poco atrevimiento querer poner dos cosas tan grandes en lugar tan humilde; pero todo lo merecen los Araucanos, pues ha más de treinta años que sustentan su opinion, sin jamás habérseles caido las armas de las manos, no defendiendo grandes ciudades y riquezas, pues de su voluntad ellos mismos han abrasado las casas y haciendas que tenian, por no dejar que gozar al enemigo; mas solo defienden unos terrones secos (aunque muchas veces humedecidos con nuestra sangre) y campos incultos y pedregosos. Y siempre permaneciendo en su firme propósito y entereza, dan materia larga y campo abierto á los escritores. Yo dejo mucho, y aún lo más principal, por escribir para el que quisiere tomar trabajo de hacerlo; que el mio le doy por bien empleado, si se recibe con la voluntad que á todos le ofrezco.

CANTO XVI.

En este canto se acaba la tormenta. Contiénese la entrada de los españoles en el puerto de la Concepcion ó isla de Talcaguano: el consejo general que los indios en el valle de Ongolmo tuvieron: la diferencia que entre Peteguelen y Tucapel hubo: asimismo el acuerdo que sobre ella se tomó.

Salga mi trabajada voz, y rompa
El son confuso y mísero lamento,
Con eficacia y fuerza que interrompa
El celeste y terrestre movimiento.
La fama con sonora y clara trompa,
Dando más furia á mi cansado aliento
Derrame en todo el orbe de la tierra
Las armas, el furor y nueva guerra.

Dadme ¡oh sacro Señor! favor, pues creo
Que es lo que más aquí puede ayudarme,
Que en tan grande peligro ya no veo
Sino vuestra fortuna en que salvarme:
Mirad donde me ha puesto el buen deseo,
Favoreced mi voz con escucharme,
Que luego el bravo mar, viéndoos atento,
Aplacará su furia y movimiento.

Y á vuestra nave el rostro revolviendo
La socorred en este grande aprieto,
Que, si decirse es lícito, yo entiendo
Que á vuestra voluntad todo es sujeto;
Aunque el soberbio mar, contraveniendo
De los hados al áspero decreto,
Arrancando las peñas de su suelo
Mezcle sus altas olas con el cielo.

Espero que la rota nave mia
Ha de arribar al puerto deseado,
A pesar de los hados y porfia
Del contrapuesto mar y viento airado,
Que procuran así impedir la via
Y diferir el término llegado
En que la antigua causa tan reñida
Por vuestra parte habia de ser vencida.

Los cuatro poderosos elementos
Contra la flaca nave conjurados,
Traspasando sus términos y asientos,
Iban del todo ya desordenados,
Indómitos, airados y violentos,
Removidos, revueltos y mezclados,
En su antigua discordia y fuerza entera,
Como en el caos y confusion primera.

Pues de tantos contrarios combatida
La quebrantada nave forcejando
Iba casi de un lado sumergida,
Las poderosas olas contrastando;
Mas ya al furioso viento y mar rendida,
Sin poder resistir, se va acercando
Á los yertos peñascos levantados,
De las violentas olas azotados.

Con la congoja del morir presente,
Las voces y las lástimas crecian,
Que llevadas del Céfiro inclemente
Lejos las rocas cóncavas herian:
Pilotos, marineros y la gente,
Como locos, sin órden discurrian:
Unos dicen: «¡Alarga!» y otros «¡Iza!»
Quién por ir á la escota va á la triza.
El uno con el otro se atraviesa,
Y así turbado del temor se impide;
Quién á públicas voces se confiesa,
Y á Dios perdon de sus errores pide:
Quién hace voto expreso, quién promesa,
Quién de la ausente madre se despide
Haciendo el gran temor siempre mayores
Los lamentos, plegarias y clamores.
Por otra parte el cielo riguroso
Del todo parecia venir al suelo,
Y el levantado mar tempestuoso
Con soberbia hinchazon subir al cielo.
¡Qué es esto, eterno Padre poderoso!
¿Tanto importa anegar un navichuelo,
Que el mar, el viento y cielo de tal modo
Pongan su fuerza extrema y poder todo?
No la barca de Amiclas asaltada
Fué del viento y del mar con tal porfia,
Que, aunque de leños frágiles armada,
El peso y ser del mundo sostenia:
Ni la nave de Ulises, ni la armada,
Que de Troya escapó el último dia,
Vieron con tal furor el viento airado,
Ni el removido mar tan levantado.

La confianza y ánimo más fuerte
Al temor se entregaban importuno,
Que la espantosa imágen de la muerte
Se le imprimió en el rostro á cada uno:
Del todo ya rendidos á su suerte,
Sin esperanza de remedio alguno,
El gobierno dejaban á los hados
Corriendo acá y allá desatinados;
Cuando un golpe de mar incontrastable,
Bramando, en un turbion de viento envuelto,
Rompió de la gran mura un grueso cable,
Cubriendo el galeon ya todo vuelto.
Pero aquí sucedió un caso notable,
Y fué, que el puño del trinquete suelto
Trabó del gran vaiven á la pasada
El un diente de la áncora amarrada.
Y cual si fuera estaca mal asida
La arranca de su asiento y la arrebata,
Y acá y allá del viento sacudida
Todo lo abate, rompe y desbarata:
Mas Dios, que de los suyos no se olvida,
Aunque á las veces su favor dilata,
Hizo que en el bauprés dichosamente
El áncora aferrase el corvo diente.
La vela se fijó, y en el momento
Gobernó el galeon rumbo derecho,
Y á despecho del mar y recio viento,
Botando á orza el timon, salió al levecho:
Fué tanto nuestro súbito contento,
Que el temeroso inadvertido pecho
Pudo sufrir dificilmente á un punto
El extremo de pena y gozo junto.

Luego, pues, que la súbita alegría
Lanzó fuera al temor desconfiado,
Y á su lugar volvió la sangre fria
Que habia los miembros ya desamparado,
La esforzada y contrita compañía,
El rostro al cielo en lágrimas bañado,
Con oracion devota y sacrificio
Dió las gracias á Dios del beneficio.

Mas el hinchado mar embravecido,
Y el indómito viento rebramando,
Al bajel acometen con ruïdo,
En vano, aunque se esfuerzan, porfiando;
Que la fortuna de Felipe asido
Á jorro ya le lleva remolcando
Sobre las altas olas espumosas,
Aun de anegar los cielos deseosas.

En esto la cerrada niebla escura,
Por el furioso viento derramada,
Descubrimos al Leste la Herradura
Y al Sur la isla de Talca levantada:
Reconocida ya nuestra ventura,
Y la araucana tierra deseada,
Viendo el Morro de Penco descubierto
Arribamos á popa sobre el puerto;

El cual está amparado de una isleta
Que resiste al furor del norte airado,
Y los continuos golpes de mareta
Que le baten furiosos de aquel lado.
La corva y larga punta una caleta
Hace y seno tranquilo y sosegado,
Do las cansadas naves, como digo,
Hallan seguro albergue y dulce abrigo.

La nave sin gobierno destrozada
Surgió al alto reparo de una sierra
En gruesa amarra y áncora afirmada,
Que con tenace diente aferró tierra.
Apenas la alta vela fué amainada
Cuando el alegre estruendo de la guerra
Nos extendió, tocando en los oidos,
Los ánimos y niervos encogidos.
La isleta es habitada de una gente
Esforzada, robusta y belicosa,
La cual viendo una nave solamente
Venida allí por suerte venturosa,
Gritando «¡Guerra! ¡guerra!» alegremente
Toma las fieras armas, y furiosa,
Con gran rebato y priesa repentina,
Corre en tropel confuso á la marina.
En la falda de un áspero recuesto
En formado escuadron se representa;
Y nosotros, con ánimo dispuesto
Á cualquiera peligro y grande afrenta,
Arremetimos á las armas presto;
Que el trabajo pasado y la tormenta
Nos hizo á todos estimar en nada
Cualquiera otro peligro y gran jornada.
Con recobrado aliento y nuevo brio
Corrimos al batel, de la manera
Que si lejos de tierra en un bajio
Encallada la nave ya estuviera:
Y por los anchos lados el navío
Sus dos grandes bateles echó fuera,
En los cuales saltamos tanta gente
Cuanta pudo caber estrechamente.

No es poético adorno fabuloso,
Mas cierta historia y verdadero cuento,
Ora fuese algun caso prodigioso,
Ó extraño agüero y triste anunciamento,
Ora violencia de astro riguroso,
Ora inusado y rapto movimiento,
Ora el andar el mundo, y es más cierto,
Fuera de todo término y concierto;
Que el viento ya calmaba, y en poniendo
El pié los españoles en el suelo
Cayó un rayo, de súbito volviendo
En viva llama aquel nubloso velo;
Y, en forma de lagarto discurriendo,
Se vió hender una cometa el cielo;
El mar bramó, y la tierra resentida
Del gran peso gimió como oprimida.
Cortó súbito allí un temor helado
La fuerza á los turbados naturales,
Por siniestro pronóstico tomado
De su ruïna y venideros males,
Viendo aquel movimiento desusado,
Y los prodigios tristes y señales,
Que su destrozo y pérdida anunciaban
Y á perpétua opresion amenazaban.
Desto medrosos, aguardar no osaron,
Que, soltando las armas ya rendidas,
Del cerrado escuadron se derramaron,
Procurando salvar las tristes vidas:
El patrio nido al fin desampararon,
Y con mujeres, hijos y comidas,
Por secretos caminos y senderos
Se escaparon en balsas y maderos.

Luego los nuestros sin parar corriendo
Las casas yermas, chozas y moradas,
Iban en todas partes descubriendo
Las rústicas viandas levantadas,
Y con gran diligencia previniendo
Los caminos, las sendas y paradas:
Por cavernas y espesos matorrales
Buscaban los ausentes naturales;

Donde en breve sazon fueron hallados
Algunos pobres indios escondidos
Otros en pueblezuelos salteados,
Que aún no estaban del miedo apercebidos:
Mas con buen tratamiento asegurados,
Dándoles jotas, llautos y vestidos,
Y palabras de amor, los aquietaban,
Y á sus casas de paz los enviaban:

Dándoles á entender que nuestro intento
Y causa principal de la jornada
Era la religion y salvamento
De la rebelde gente bautizada:
Que en desprecio del santo Sacramento
La recebida ley y fe jurada
Habian pérfidamente quebrantado
Y las armas ilícitas tomado;

Pero que si quisiesen convertirse
Á la cristiana ley que antes tenian,
Y á la fe quebrantada reducirse
Que al grande Cárlos Quinto dado habian,
En todas las más cosas convenirse
Á su provecho y cómodo podrian,
Haciéndoles con prendas firme y cierto
Cualquier partido lícito y concierto.

Luego los instrumentos convenientes
Al uso militar y á la vivienda
Sacamos en las partes competentes,
Que no hay quien nos lo impida ni defienda;
Donde todos á un tiempo diligentes,
Cuál arma pabellon, cuál toldo ó tienda,
Quién fuego enciende, y en el casco usado
Tuesta el húmido trigo mareado.

La negra noche horrenda y espantosa,
Cubriendo tierra y mar cayó del cielo,
Dejando antes de tiempo presurosa
Envuelto el mundo en tenebroso velo:
No quedó pabellon, tienda, ni cosa
Que el viento allí no la abatiese al suelo,
Pareciendo con nuevo movimiento
Desencajar la isleta de su asiento;

Hasta que el tardo y deseado dia
Las nubes desterró, y dejó sereno
El cielo, revistiendo de alegría
El aire escuro y húmido terreno:
Luego la trabajada compañía,
Conociendo el instable tiempo bueno,
Procura reparar con diligencia
Del riguroso invierno la violencia.

Unos presto destechan los pajizos
Albergues de los indios ausentados;
Otros con tablas, ramas y carrizos,
Al nuevo alojamiento van cargados:
Y sobre troncos de árboles rollizos
En las hondas arenas afirmados
Gran número de ranchos levantamos,
Y en breve espacio un pueblo fabricamos.

Del modo que se ven los pajarillos
De la necesidad misma instruidos
Por techos y apartados rinconcillos
Tejer y fabricar los pobres nidos,
Que de pajas, de plumas y ramillos
Van y vienen los picos impedidos,
Así en el yermo y descubierto asiento
Fabrica cada cual su alojamiento.

Ya que todos, Señor, nos alojamos
En el húmido sitio pantanoso,
Y con industria y arte reparamos
La furia del invierno riguroso,
Las necesarias armas aprestamos,
Soltando con estrépito espantoso
La gruesa y reforzada artillería,
Que en torno tierra y mar temblar hacia.

En las remotas bárbaras naciones
El grande estruendo y novedad sintieron:
Pacos, vicuñas, tígres y leones,
Acá y allá medrosos discurrieron:
Los delfines, nereidas y tritones
En sus hondas cavernas se escondieron;
Deteniendo confusos sus corrientes
Los presurosos rios y las fuentes.

Sintióse en el estado la estampida,
Y algunos tan atónitos quedaron,
Que la dura cerviz, nunca oprimida,
Sobre los yertos pechos inclinaron.
Así avisados ya de la venida,
Los instrumentos bélicos tocaron,
Descogiendo por todas las riberas
Sus lucidos pendones y banderas.

En el valle de Ongolmo congregados
Los diez y seis caciques araucanos,
Y algunos capitanes señalados
De los interesados comarcanos,
Todos en general deliberados
De venir con nosotros á las manos,
Sobre el lugar, el tiempo y aparejo,
Entraron los caciques en consejo.

Rengo tambien con ellos, que admitido
Fué al consejo de guerra por valiente,
Que, si ya os acordais, quedó aturdido
En Mataquito entre la muerta gente;
Pero volvió despues en su sentido,
Y al cabo se escapó dichosamente;
Que, aunque falto de sangre, tuvo fuerte
Contra la furia de la airada muerte.

Caupolican, en medio de ellos puesto,
Á todos con los ojos rodeando,
Que con silencio y ánimo dispuesto
Estaban sus razones aguardando:
Con sesgo pecho, y con sereno gesto,
La voz en tono grave levantando,
Rompió el mudo silencio, y echó fuera
El intento y furor desta manera:

«Esforzados varones, ya es venido,
Segun vemos las muestras y señales,
Aquel felice tiempo prometido
En que habemos de hacernos inmortales:
Que la fortuna próspera ha traido
De las últimas partes orientales
Tantas gentes en una compañía
Para que las venzais en solo un dia;

»Y á costa y precio de su sangre y vidas
Del todo eterniceis vuestras espadas,
Y nuestras viejas leyes oprimidas
Sean en su libre fuerza restauradas;
Que por remotos reinos extendidas
Han de ser inviolables y sagradas,
Viviendo en igualdad debajo de ellas
Cuantos viven debajo las estrellas.
»Y pues que con tan loco pensamiento
Estas gentes se os han desvergonzado,
Y en vuestra tierra y defendido asiento
Las banderas tendidas han entrado,
Es bien que el insolente atrevimiento
Quede con nuevo ejemplo castigado,
Antes que, dando cuerda á su esperanza,
Les dé fuerza y consejo la tardanza.
»Así en resolucion me determino,
Si, señores, tambien os pareciere,
Que demos con asalto repentino
Sobre ellos lo mejor que ser pudiere:
Y nadie piense que hay otro camino
Sino el que con su fuerza y brazo abriere:
Que las rabiosas armas en las manos,
Los han de dar por justos ó tiranos.»
A la plática fin con esto puso,
Y el buen Peteguelen, viejo severo,
Por más antiguo su razon propuso,
Como soldado y sábio consejero,
Diciendo: «¡Oh capitanes! no rehuso
De derramar mi sangre yo el primero,
Que aunque por mi vejez parezca helada,
En el pecho me hierve alborotada.

»Pero sola una cosa me detiene,
Haciéndome dudar el rompimiento,
Y es la cierta noticia que se tiene
Que es mucha gente y mucho el regimiento:
Así que claro vemos que conviene
Gran resistencia á grande movimiento;
Que siempre de estimar poco las cosas
Suceden las dolencias peligrosas.

»Que pues el sitio y puesto que han tomado
Es por natura fuerte y recogido,
Del mar y altos peñascos rodeado,
Por todas partes libre y defendido;
Será de más provecho y acertado
Que á su plática y trato deis oido,
Y que no se les niegue y contradiga,
Pues que solo el oir á nadie obliga:

»Que no podrá dañar, y en el comedio
Podreis apercebir y juntar gente,
Y en secreto aprestar para el remedio
Todo lo necesario y conveniente,
En las cosas dificiles dar medio,
Proveer á cualquier inconveniente,
Atajar y romper los pasos llanos,
Y al cabo remitirnos á las manos.»

No pudo decir más, que ardiendo en ira
El bravo Tucapel, con voz furiosa
Diciendo le atajó: «Quien tanto mira,
Jamás emprenderá jornada honrosa,
Y si todo el estado se retira,
Por parecerle que esta es peligrosa,
Yo solo tomaré, sin compañia,
Las armas, causa y cargo á cuenta mia.

»¿Por ventura teneis desconfianza
De vuestras propias fuerzas tan probadas;
Pues en cuanto arrojar pueden la lanza
Y rodear los brazos las espadas
Dais causa que se note en vos mudanza,
Y que vuestras vitorias mancilladas
Queden con bajo y mísero partido,
Y nuestro honor y crédito ofendido?
»Pues entended que, mientras yo tuviere
Fuerza en el brazo y voz en el senado,
Diga Peteguelen lo que quisiere,
Que esto ha de ser por armas sentenciado;
Y quien otro camino pretendiere,
Primero le abrirá por mi costado;
Que esta ferrada maza, y no oraciones,
Les ha de dar las causas y razones.
»Si los que así os preciais de bien hablados,
El ánimo os bastare y el denuedo
De combatir sobre esto, en campo armados
Os probaré más claro lo que puedo:
Mas quereisos mostrar tan concertados,
Que, llamando prudencia á lo que es miedo,
Por no poner en riesgo vuestra vida,
Á todo con parlar dareis salida.»
Peteguelen responde: «Pues no halla
Nunca en tí la razon acogimiento,
Yo solo, viejo, quiero la batalla,
Y castigar tu loco atrevimiento,
De piel curtida armados, ó de malla,
Con lanza, espada ó maza, á tu contento,
Para mostrar que en justas ocasiones
Tengo más largas manos que razones.»

¡Quién pudiera pintar el rostro esquivo
Que Tucapel mostraba contra el cielo!
Lanzando por los ojos fuego vivo,
No se dignando de mirar al suelo,
Dijo: «Al fin pensamiento tan altivo
Ya es digno del furor de Tucapelo;
Mas por mi honor y por tu edad querria
Que metieses contigo compañía.»
El viejo respondió: «Jamás de ajenas
Fuerzas en ningun tiempo me he ayudado,
Ni de sangre aún estan vacias mis venas,
Ni siento el brazo así debilitado,
Que no te piense dar las manos llenas.»
Mas Rengo, su sobrino, levantado
Se atravesó diciendo: «El desafio
Aceto yo, si quieres, por mi tio.»
«Quiérolo, pido, y soy dello contento,
Gritaba Tucapel, y á diez contigo.»
Mas saltando Orompello de su asiento,
Dijo: «Tú lo has de haber, Rengo, conmigo.»
«Tambien emendaré tu atrevimiento,
Responde el fiero Rengo; y más te digo,
Que en poco tu amenaza y campo estimo
Despues que haya acabado el de tu primo.»
Tucapelo le dijo: «Castigarte
Pienso de tal manera yo primero
Que le cabrá á Orompello poca parte,
Que, á bien librar, serás mi prisionero:
¡Afuera! ¡afuera! ¡sús! haceos aparte,
Que dilatar el término no quiero
Pues armas, tiempo y voluntad tenemos,
Sino que luego aquí lo averigüemos.»

Rengo y Peteguelen le respondieran
Á un tiempo con las armas y razones,
Si en medio á la sazon no se pusieran
Muchos caciques nobles y varones,
Pidiendo que suspendan y difieran
Aquellas amenazas y cuestiones,
Hasta que la fortuna declarada
Diese próspero fin á la jornada.
Caupolican estaba ya impaciente
De ver que Tucapelo cada dia
En guerra, en paz, con término insolente
Sin causa ni atencion los revolvia:
Mas hubo de llevarlo blandamente,
Que el tiempo y la sazon lo requeria,
Y así, con gravedad y manso ruego
Les reprimió el furor y apagó el fuego;
Quedando entre ellos puesto y acetado,
Que, luego que la guerra concluyesen,
El viejo y Tucapel en estacado
Francos de solo á solo combatiesen:
Despues, que Tucapel y Rengo armado
Ansimismo su causa difiniesen;
El rumor aplacado, Colocolo
Les comenzó á decir, hablando solo:
«Generosos caciques, si licencia
Tenemos de decir lo que alcanzamos
Los que por largos años y experiencia
Los futuros sucesos rastreamos;
Vemos que nuestras fuerzas y potencia
En solo destruïrnos las gastamos,
Y el tirano cuchillo apoderado
Sobre nuestras gargantas levantado.

»Y lo que da señal clara que sea
Cierta vuestra caída y mi recelo,
Es que ya la fortuna titubea,
Y comienza á turbarse nuestro cielo
Cuando un gran edificio se ladea
No está muy lejos de venir al suelo;
La máquina que en falso asiento estriba,
Su misma pesadumbre la derriba.

Así que ya, si mi opinion no yerra,
Segun el proceder y los indicios,
Temo, y con gran razon, de ver por tierra
Nuestros mal cimentados edificios:
Y convertido el uso de la guerra
En serviles y bajos ejercicios,
Quebrantándose, al fin, vuestra protervia,
Fundada en una vana y gran soberbia.

»Muerto á Lautaro vemos, y perdidas
Con gran deshonra nuestras tres banderas,
Rotas nuestras escuadras, y tendidas
Al viento y sol por pasto de las fieras;
Las fuerzas y opiniones divididas,
Lleno el campo de gentes extranjeras,
Y las furiosas armas alteradas
Contra sus mismos pechos declaradas.

»Mirad que así, por ciega inadvertencia,
La patria muere y libertad perece,
Pues con sus mismas armas y potencia
Al derecho enemigo favorece:
Incurable y mortal es la dolencia
Cuando á la medicina no obedece,
Y bestial la pasion y detestable
Que no sufre el consejo saludable.

»¿Por qué con tanta saña procuramos
Ir nuestra sangre y fuerzas apocando,
Y envueltos en civiles armas damos
Fuerza y derecho al enemigo bando?
¿Por qué con tal furor despedazamos
Esta union invencible, condenando
Nuestra causa aprobada y armas justas,
Justificando en todo las injustas?
»¿Qué rabia ó qué rencor desatinado
Habeis contra vosotros concebido,
Que así quereis que el araucano estado
Venga á ser por sus manos destruïdo,
Y, en su virtud y fuerzas ahogado,
Quede con nombre infame sometido
Á las extrañas leyes y gobierno
En dura servidumbre y yugo eterno?
»Volved sobre vosotros, que sin tiento
Correis á toda priesa á despeñaros;
Refrenad esa furia y movimiento,
Que es la que puede en esto más dañaros.
¿Sufris al enemigo en vuestro asiento,
Que quiere como á brutos conquistaros,
Y no podeis sufrir aquí impacientes
Los consejos y avisos convenientes?
»Que es cierto falta de ánimo, y bastante
Indicio de flaqueza disfrazada,
Teniendo al enemigo tan delante
Revolver contra sí la propia espada,
Por no esperar con ánimo constante
Los duros golpes de fortuna airada,
Á los cuales resiste el pecho fuerte,
Que no quiere acabarlo con la muerte.

»Pero pues tanto esfuerzo en vos se encierra
Que á veces por ser tanto lo condeno,
Y de vuestras hazañas, no esta tierra,
Mas todo el universo anda ya lleno;
Cese, cese el furor y civil guerra,
Y por el bien comun tened por bueno
No romper la hermandad con torpes modos,
Pues que miembros de un cuerpo somos todos.
»Si á la cansada edad y largos dias
Algun respeto y crédito se debe,
Mirad á estas antiguas canas mias
Y al bien público y celo que me mueve,
Para que suspendais vuestras porfías
Por alguna sazon y tiempo breve,
Hasta que el español furor decline
Y la causa comun se determine.
»Y pues de vuestra discrecion espero
Que os pondrá en el camino que conviene,
Traer otras razones más no quiero,
Pues con vos la razon tal fuerza tiene:
Dejadas, pues, aparte, lo primero
Que venir á las manos nos detiene
Y pone freno y límite al deseo,
Es el poco aparejo que aquí veo:
»Que por todas las partes nos divide
Este brazo de mar que veis en medio,
Y nuestra pretension y paso impide,
Sin tener de pasaje algun remedio:
Y pues el enemigo se comide
Á tratar de concierto y nuevo medio,
Aunque nunca pensemos acetarlos,
No nos podrá dañar el escucharlos;

Pues por este camino tomaremos
Lengua de su intencion y fundamento,
Que, cuando no sea lícita, podremos
Venir de todo en todo á rompimiento:
Tambien en este término haremos
De armas y municion preparamento,
Que estas serán al fin las que de hecho
Habrán de declarar este derecho.

»Mas conviene advertir, claros varones,
Para llevar las cosas bien guiadas,
Que nuestras exteriores intenciones
Vayan siempre á la paz enderezadas;
Mostrándonos de flacos corazones,
Las fuerzas y esperanzas quebrantadas.
Y la tierra de minas de oro rica,
Cebo goloso en que esta gente pica.

»Quizá por este término, sacalla
Podremos del isleño sitio fuerte,
Y con fingida paz aseguralla,
Trayéndola por mañas á la muerte;
Y sin rumor ni muestra de batalla
Abramos la carrera de tal suerte,
Que venga á tierra firme confiada
En el seguro paso y franca entrada.»

A su habla dió fin el sábio anciano,
Y hubo allí pareceres diferentes,
Diciendo que el peligro era liviano
Para tanto temor é inconvenientes.
Pero Puren, Lincoya y Talcaguano,
Lemolemo, Elicura, más prudentes,
Al parecer del viejo se arrimaron,
Y así á los más los ménos se allanaron,

Despachando de allí con diligencia
Al jóven Millalauco generoso,
Hombre de gran lenguaje y experiencia,
Cauto, sagaz, solícito y mañoso:
Que con fingida muestra y aparencia
De algun partido honesto y medio honroso
Nuestro intento y designios penetrase,
Y el sitio, gente y número notase:
El cual por los caciques instruido,
Segun el tiempo, en lo que más convino,
En una larga góndola metido,
Sin más se detener tomó el camino:
Y de los prestos remos impelido,
En breve á nuestro alojamiento vino,
Adonde sin estorbo libremente
Saltó luego seguro con su gente.
Al puerto habian tambien con fresco viento
Tres naves de las nuestras arribado,
Llenas de armas, de gente y bastimento,
Con que fué nuestro campo reforzado:
Era tanto el rumor y movimiento
Del bélico aparato, que admirado
El cauteloso Millalauco estuvo,
Y así confuso un rato se detuvo.
Mas sin darlo á entender, disimulando,
Por medio del bullicio atravesaba;
Los judiciosos ojos rodeando,
Las armas, gente y ánimos notaba:
Y el negocio entre sí considerando,
El deseado fin dificultaba,
Viendo cubierto el mar, llena la tierra
De gente armada y máquinas de guerra.

Llegado al pabellon de don García,
Hallándome con otros yo presente,
Con una moderada cortesía
Nos saludó á su modo, alegremente
Levantando la voz.... Pero la mia
Que fatigada de cantar se siente,
No puede ya llevar un tono tanto,
Y así es fuerza dar fin en este canto.

CANTO XVII.

Hace Millalauco su embajada: salen los españoles de la isla: levantando un fuerte en el cerro de Penco, vienen los araucanos á darles el asalto. Cuéntase lo que en aquel mismo tiempo pasaba sobre la plaza fuerte de San Quintin.

Nunca negar se deben los oidos
Á enemigos ni amigos sospechosos,
Que tanto os dejan más apercebidos,
Cuanto vos los teneis por cautelosos:
Escuchados, serán más entendidos,
Ora sean verdaderos ó engañosos;
Que siempre por señales y razones
Se suelen descubrir las intenciones.

Cuando piensan que más os desatinan
Con su máscara falsa y trato extraño,
Os despiertan, avisan, encaminan,
Y encubriendo, descubren el engaño:
Veis el blanco y el fin á donde atinan,
El pro y el contra, el interés y el daño.
No hay plática tan doble y cautelosa
Que della no se infiera alguna cosa.

Y no hay lengua tan llena de artificio,
Que no se le penetre algun conceto.,
Que las lenguas al fin hacen su oficio,
Y más si el que oye sabe ser discreto.
Nunca el hablar dejó de dar indicio,
Ni el callar descubrió jamás secreto:
No hay cosa más difícil, bien mirado,
Que conocer un necio si es callado:
Y es importante punto y necesario
Tener el capitan conocimiento
Del arte y condicion del adversario,
De la intencion, designio y fundamento;
Si es cuerdo y reportado, ó temerario,
De pesado ó ligero movimiento,
Remiso ó diligente, incauto ó astuto,
Vario, indeterminable ó resoluto.
Así vemos que el bárbaro senado,
Por saber la intencion del enemigo,
Al cauto Millalauco habia enviado
Debajo de figura y voz de amigo:
Que con semblante y ánimo doblado,
Mostrándose cortés, como atrás digo,
El rostro á todas partes revolviendo,
Alzó recio la voz así diciendo:
«Dichoso capitan y compañía,
Á quien por bien de paz soy enviado
Del araucano estado y señoría,
Con voz y autoridad del gran senado:
No penseis que el temor y cobardía
Jamás nos haya á término llegado
De usar, necesitados de remedio,
De algun partido infame y torpe medio;

»Pues notorio os será lo que se extiende
El nombre grande y crédito araucano,
Que los extraños términos defiende
Y asegura debajo de su mano;
Y tambien de vosotros ya se entiende
Que, movidos de celo y fin cristiano,
Con gran moderacion y diciplina
Venís á derramar vuestra dotrina.

»Siendo, pues, esto así, como la muestra
Que habeis dado hasta aquí lo verifica,
Y la buena opinion y fama vuestra
Con claras y altas voces lo publica,
Yo os vengo á asegurar de parte nuestra,
Y así á todos por mí se os certifica,
Que la ofrecida paz tan deseada
Será por los caciques acetada.

»Que el ínclito senado, habiendo oido
De vuestra parte algunas relaciones,
Con sábio acuerdo y parecer, movido
Por legítimas causas y razones,
Quiere acetar la paz, quiere partido
De lícitas y honestas condiciones,
Para que no padezca tanta gente
Del pueblo simple y género inocente.

»Que si la fe inviolable y juramento,
De vuestra parte con amor pedido,
Y el gracioso y seguro acogimiento
De nuestra voluntad libre ofrecido,
Pueden dar en las cosas firme asiento
Con honra igual y lícito partido,
Sin que los nuestros súbditos y estados
Vengan por tiempo á ser menoscabados:

»A Cárlos sin defensa y resistencia
Por amigo y Señor le admitiremos,
Y el servicio indebido y obediencia
De nuestra voluntad le ofreceremos:
Mas, si quereis llevarlo por violencia,
Antes los propios hijos comeremos,
Y vereis con valor nuestras espadas
Por nuestro mismo pecho atravesadas.
»Pero por trato llano, sin recelo
Podreis por vuestro rey alzar bandera;
Que el estado, las armas por el suelo,
Con los brazos abiertos os espera,
Reconociendo que el benigno cielo
Le llama á paz segura y duradera,
Quedando para siempre lo pasado
En perpétuo silencio sepultado.»
Aquí dió fin al razonar, haciendo
Á su modo y usanza una caricia,
Siempre en su proceder satisfaciendo
Á nuestra voluntad y á su malicia:
Y el bárbaro poder disminuyendo,
Nos aumentaba el ánimo y codicia,
Dándonos á entender que habia flaqueza,
Y abundancia de bienes y riqueza.
Oida la embajada, don García,
Haciéndole gracioso acogimiento,
En suma respondió: que agradecia
La propuesta amistad y ofrecimiento,
Y que en nombre del rey satisfacia
Su buena voluntad con tratamiento,
Que no solo no fuesen agraviados,
Mas de muchos trabajos relevados.

Hizo luego sacar á dos sirvientes
Por más confirmacion algunos dones,
Ropas de mil colores diferentes,
Jotas, llautos, chaquiras y listones;
Insignias y vestidos competentes
Á nobles capitanes y varones;
Siendo de Millalauco recebido
Con palabras y término cumplido.

Así que, con semblante y aparencia
De amigo agradecido y obligado,
Pidiendo al despedir grata licencia,
Á la barca volvió que habia dejado;
Y con la acostumbrada diligencia,
Al tramontar del sol llegó al estado,
Do recebido fué con alegría
De toda aquella noble compañía.

Visto el despacho y la ocasion presente,
Los caciques la junta dividieron,
Y dando muestra de esparcir la gente,
Á sus casas de paz se retrujeron,
Adonde sin rumor secretamente
Las engañosas armas previnieron,
Moviendo del comun las voluntades,
Aparejadas siempre á novedades.

Nosotros no sin causa sospechosos
Allí más de dos meses estuvimos,
Y á las lluvias y vientos rigurosos
Del implacable invierno resistimos:
Mas, pasado este tiempo, deseosos
De saber su intencion, nos resolvimos
En dejar el isleño alojamiento,
Haciendo en tierra firme nuestro asiento.

Ciento y treinta mancebos florecientes
Fueron en nuestro campo apercebidos,
Hombres trabajadores y valientes,
Entre los más robustos escogidos,
De armas y de instrumentos convenientes
Secreta y sordamente prevenidos,
Yo con ellos tambien, que vez ninguna
Dejé de dar un tiento á la fortuna;

Para que en un pequeño cerro exento,
Sobre la mar vecina relevado,
Levantasen un muro de cimiento
De fondo y ancho foso rodeado:
Donde pudiese estar sin detrimento
Nuestro pequeño ejército alojado,
En cuanto los caballos arribaban,
Que ya teniamos nueva que marchaban.

Pues salidos á tierra, entenderian
La intencion de los bárbaros dañada,
Que en secreto las armas prevenian
Con falso rostro y amistad doblada:
De do, si se moviesen, les darian
Algun asalto y súbita ruciada,
Que, quebrantado el ánimo y denuedo,
Viniesen á la paz de puro miedo.

Era imaginacion fuera de tino
Pensar que los soberbios araucanos
Quisiesen de concordia algun camino,
Viéndose con las armas en las manos:
Pero con la presteza que convino,
Los ciento y treinta jóvenes lozanos
Pasaron á la tierra sin ayuda
Más que el amparo de la noche muda.

Y aunque era en esta tierra el tiempo, cuando
Virgo alargaba apriesa el corto dia,
Las variables horas restaurando
Que usurpadas la noche le tenia;
Antes que la alba fuese desterrando
Las noturnas estrellas, parecia
La cumbre del collado levantada
De gente y materiales ocupada.

Cuáles con barras, picos y azadones
Abren los hondos fosos y señales;
Cuáles con corvos y anchos cuchillones,
Hachas, sierras, segures y destrales
Cortan maderos gruesos y troncones,
Y fijados en tierra, con tapiales
Y trabazon de leños y faginas,
Levantan los traveses y cortinas.

No con tanto hervor la tiria gente
En la labor de la ciudad famosa,
Solícita, oficiosa y diligente
Andaba en todas partes presurosa:
Ni César levantó tan de repente
En Dirrachio la cerca milagrosa,
Con que cercó al ejército esparcido
Del enemigo yerno inadvertido;

Cuanto fué de nosotros coronada
De una gruesa muralla la montaña,
De fondo y ancho foso rodeada,
Con ocho piezas gruesas de campaña;
Siendo á vista de Arauco levantada
Bandera por Felipe rey de España,
Tomando posesion de aquel estado
Con los demas del padre renunciado.

Túvose por un caso nunca oido,
De tanto atrevimiento y osadía,
Entre la gente plática tenido
Más por temeridad que valentía;
Que en el soberbio estado así temido
Los ciento y treinta en poco más de un dia
Pudiésemos salir con una cosa
Tanto cuanto difícil peligrosa.
Nuestra gente del todo recogida,
La cual luego segura al fuerte vino,
Que el alto sitio y pólvora temida
Hizo fácil y llano aquel camino,
Por las anchas cortinas repartida,
Segun y por el órden que convino,
Nos pusimos allí todos á una
Debajo del amparo de fortuna.
La pregonera fama, ya volando
Por el distrito y término araucano,
Iba de lengua en lengua acrecentando
El abreviado ejército cristiano:
La gente popular amedrentando
Con un hueco rumor y estruendo vano,
Que lo incierto á las veces certifica,
Y lo cierto, si es mal, lo multiplica.
Llegada, pues, la voz á los oidos
De nuestros enemigos conjurados,
No mirando á los tratos y partidos
Por una parte y otra asegurados,
Con súbita presteza apercebidos
De municiones, armas y soldados,
Sin aguardar á más, trataron luego
De darnos el asalto á sangre y fuego.

Juntos para el efeto en Talcaguano,
Dos millas poco más de nuestro asiento,
El esforzado mozo Gracolano,
De gran disposicion y atrevimiento,
Dijo en voz alta: «¡Oh gran Caupolicano!
Si en algo es de estimar mi ofrecimiento,
Prometo que mañana en el asalto
Arbolaré mi enseña en lo más alto,

»Y porque á tí, señor, y á todos quiero
Haceros de mis obras satisfechos,
Con esta usada lanza me profiero
De abrir lugar por los contrarios pechos;
Y que será mi brazo el que primero
Barahuste las armas y pertrechos,
Aunque más dificulten la subida
Y todo el universo me lo impida.»

Así dijo: y los bárbaros en esto,
Porque ya las estrellas se mostraban,
Al fuerte, en escuadron, con paso presto,
Cubiertos de la noche se acercaban:
Y en una gran barranca, oculto puesto,
Al pié de la montaña reparaban,
Aguardando en silencio aquella hora
Que suele aparecer la clara aurora.

Aquella noche yo mal sosegado
Reposar un momento no podía,
Ó ya fuese el peligro, ó ya el cuidado
Que de escribir entonces yo tenia.
Así imaginativo y desvelado,
Revolviendo la inquieta fantasía,
Quise de algunas cosas desta historia
Descargar con la pluma la memoria.

En el silencio de la noche escura
En medio del reposo de la gente,
Queriendo proseguir con mi escritura,
Me sobrevino un súbito acidente:
Cortóme un hielo cada coyuntura,
Turbóseme la vista de repente,
Y procurando de esforzarme en vano,
Se me cayó la pluma de la mano.

Quisiérame quejar, mas fué imposible,
Del acidente súbito impedido,
Que el agudo dolor y mal sensible
Me privó del esfuerzo y del sentido;
Pero pasado el término terrible,
Y en mi primero ser restituido,
Del tormento quedé de tal manera
Cual si de larga enfermedad saliera.

Luego que con suspiros trabajados
Desfogando las ansias aflojaron,
Mis descaidos ojos agravados
Del gran quebrantamiento se cerraron:
Así los lasos miembros relajados
Al agradable sueño se entregaron,
Quedando por entonces el sentido
En la más noble parte recogido.

No bien al dulce sueño y al reposo
Dejado el quebrantado cuerpo habia,
Cuando oyendo un estruendo sonoroso
Que estremecer la tierra parecia,
Con gesto altivo y término furioso
Delante una mujer se me ponia,
Que luego ví en su talle y gran persona
Ser la robusta y áspera Belona.

Vestida de los piés á la cintura,
De la cintura á la cabeza armada
De una escamosa y lúcida armadura,
Su escudo al brazo, al lado la ancha espada,
Blandiendo en la derecha la asta dura,
De las horribles Furias rodeada,
El rostro airado, la color teñida,
Toda de fuego bélico encendida:

La cual me dijo: «¡Oh mozo temeroso!
El ánimo levanta y confianza,
Reconociendo el tiempo venturoso
Que te ofrece tu dicha y buena andanza;
Huye del ocio torpe perezoso,
Ensancha el corazon y la esperanza,
Y aspira á más de aquello que pretendes,
Que el cielo te es propicio, si lo entiendes:

»Que viéndote á escribir yo aficionado
Y de tu inclinacion el claro indicio,
Pues nunca te han la pluma destemplado
Las fieras armas y áspero ejercicio;
Tu trabajo tan fiel considerado,
Solo movida de mi mismo oficio,
Te quiero yo llevar en una parte
Donde podrás sin límite ensancharte.

»Es campo fértil, lleno de mil flores,
En el cual hallarás materia llena
De guerras más famosas y mayores,
Donde podrás alimentar la vena:
Y si quieres de damas y de amores
En verso celebrar la dulce pena,
Tendrás mayor sujeto y hermosura
Que en la pasada edad y en la futura.

»Sígueme» dijo al fin; y yo admirado,
Viéndola revolver por donde vino,
Con paso largo y corazon osado
Comencé de seguir aquel camino,
Dejando del siniestro y diestro lado
Dos montes, que el Atlante y Apenino
Con gran parte no son de tal grandeza,
Ni de tanta espesura y aspereza.

Salimos á un gran campo, á do natura
Con mano liberal y artificiosa
Mostraba su caudal y hermosura
En la varia labor maravillosa,
Mezclando entre las hojas y verdura
El blanco lirio y encarnada rosa,
Junquillos, azahares y mosquetas,
Azucenas, jazmines y violetas.

Allí las claras fuentes murmurando
El deleitoso asiento atravesaban,
Y los templados vientos respirando
La verde yerba y flores alegraban:
Pues los pintados pájaros volando,
Por los copados árboles cruzaban,
Formando con su canto y melodía
Una acorde y dulcísima armonía.

Por mil partes en corros derramadas
Vi gran copia de ninfas muy hermosas,
Unas en varios juegos ocupadas,
Otras cogiendo flores olorosas:
Otras suavemente y acordadas
Cantaban dulces letras amorosas,
Con cítaras y liras en las manos,
Diestros sátiros, faunos y silvanos.

Era el fresco lugar aparejado
Á todo pasatiempo y ejercicio;
Quién sigue ya de aquel ya de este lado
De la casta Diana el duro oficio:
Ora atraviesa el puerco, ora el venado,
Ora salta la liebre y con el vicio,
Gamuzas, capriolas y corcillas
Retozan por la yerba y florecillas.

Quién, el ciervo herido rastreando,
De la llanura al monte atravesaba;
Quién, el cerdoso puerco fatigando,
Los osados lebreles ayudaba:
Quién, con templados pájaros volando,
Las altaneras aves remontaba:
Acá matan la garza, allá la cuerva,
Aquí el celoso gamo, allí la cierva.

Estaba medio á medio de este asiento
En forma de pirámide un collado,
Redondo en igual círculo y exento,
Sobre todas las tierras empinado:
Y sin saber yo cómo, en un momento,
De la fiera Belona arrebatado,
En la más alta cumbre dél me puso,
Quedando dello atónito y confuso.

Estuve tal un rato de repente
Viéndome arriba, que mirar no osaba,
Tanto que acá y allá medrosamente
Los temerosos ojos rodeaba:
Allí el templado céfiro clemente
Lleno de olores varios respiraba
Hasta la cumbre altísima el collado
De verde yerba y flores coronado.

Era de altura tal que no podria
Un liviano nebli subir á vuelo ,
Y así, no sin temor, me parecia
Mirando abajo estar cerca del cielo;
De donde con la vista descubria
La grande redondez del ancho suelo,
Con los términos bárbaros ignotos,
Hasta los más ocultos y remotos.
Viéndome, pues, Belona allí subido,
Me dijo: «El poco tiempo que te queda
Para que puedas ver lo prometido
Hace que detenerme más no pueda:
Mira aquel grueso ejército movido,
El negro humo espeso y polvareda
En el confin de Flandes y de Francia
Sobre una plaza fuerte de importancia.
»Despues que Carlos Quinto hubo triunfado
De tantos enemigos y naciones,
Y como invicto príncipe hollado
Las Árticas y Antárticas regiones,
Triunfó de la fortuna y vano estado,
Y aseguró su fin y pretensiones,
Dejando la imperial investidura
En dichosa sazon y coyuntura;
»Y movido del pio y santo celo
Que del gobierno público tenia,
Pareciéndole poco lo del suelo,
Segun lo que en el pecho concebia,
Vuelta la mira y pretension al cielo,
El peso que en los hombros sostenia
Le puso en los del hijo, renunciados
Todos sus reinos, títulos y estados.

»Viendo el hijo la próspera carrera
Del vitorioso padre retirado,
Por hacer la esperanza verdadera,
Que siempre de sus obras habia dado,
En el principio y ocasion primera
Aquel copioso ejército ha juntado
Para bajar de la enemiga Francia
La presuncion, orgullo y arrogancia.
»Aquella es San Quintin que ves delante,
Que en vano contraviene á su ruïna,
Presidio principal, plaza importante,
Y del furor del gran Felipe dina.
Hállase dentro della el almirante,
Debajo cuyo mando y diciplina
Está gran gente plática de guerra,
Á la defensa y guarda de la tierra.
»En tres partes allí, como se muestra,
El enemigo campo se reparte:
Cáceres con su tercio, á mano diestra,
Donde está de Felipe el estandarte:
El pronto Navarrete á la siniestra
Con el conde de Mega; y de la parte
Del burgo Julian con tres naciones,
Españoles, tudescos y valones.
»Llegamos, pues, á tiempo que seguro
Podrás ver la contienda porfiada,
Y sin escalas por el roto muro
Entrar los de Felipe á pura espada:
Verás el fiero asalto y trance duro,
Y al fin la fuerte Francia aportillada;
Que al riguroso hado incontrastable,
No hay defensa ni plaza inexpugnable.

»Conviéneme partir de aquí al momento
Á meterme entre aquellos escuadrones,
Y remover con nuevo encendimiento
Los unos y los otros corazones:
Tú desde aquí podrás mirar atento
Las diferentes armas y naciones,
Y escribir de una y otra la fortuna,
Dando su justa parte á cada una.»

Luego la diosa airada y compañía
Por el aire en tropel se deslizaron,
Y en un instante, sin torcer la via,
Cual presto rayo á San Quintin bajaron,
Donde, atizando el fuego que ya ardia,
Con la amiga discordia se juntaron,
Que andaba entre las huestes y compañas
Infundiéndoles ira en las entrañas,

En esto el fiero ejército furioso,
Por la señal postrera ya movido,
En un turbion espeso y polvoroso
Corre al batido muro defendido.
¡Quién fuera de lenguaje tan copioso
Que pudiera explicar lo que allí vido!
Mas, aunque mi caudal no llegue á tanto,
Haré lo que pudiere en otro canto.

CANTO XVIII.

Cf. the dream of King [illegible] Manuel in the 'Lusiad' [illegible] much longer

Da el rey D. Felipe el asalto á San Quintin: entra en ella vitorioso vienen los araucanos sobre el fuerte de los españoles.

¿Cuál será el atrevido que presuma
Reducir el valor vuestro y grandeza
Á término pequeño y breve suma,
Y á tan humilde estilo tanta alteza?
Que, aunque por campo próspero la pluma
Corra con fértil vena y ligereza,
Tanto el sujeto y la materia arguye
Que todo lo deshace y disminuye.

Y el querer atreverme á tanto creo
Que me será juzgado á desatino,
Pues, llegado á razon, yo mismo veo
Que salgo de los términos á tino:
Mas de serviros siempre el gran deseo,
Que siempre me ha tirado á este camino,
Quizá adelgazará mi pluma ruda,
Y la torpeza de la lengua muda.

Y así vuestro favor, del cual procede
Esta mi presuncion y atrevimiento,
Es el que agora pido, y el que puede
Enriquecer mi pobre entendimiento:
Que si por vos, Señor, se me concede
Lo que á nadie negais, soltaré al viento
Con ánimo la ronca voz medrosa,
Indigna de contar tan grande cosa.

Y de vuestra largueza confiado,
Por la justa razon con que lo pido,
Espero que, Señor, seré escuchado,
Que basta para ser favorecido.
Volviendo á proseguir lo comenzado,
Dije en el canto atrás que arremetido
Habia el furioso campo por tres vias
Á las aportilladas baterías.

Y en la veloz corrida, contrastando
Los tiros y defensas contrapuestas,
Lo va todo rompiendo y tropellando,
Con animoso pecho y manos prestas:
Y á los batidos muros arribando
Por los lados y partes más dispuestas,
Los unos y los otros se afrentaron,
Y los ánimos y armas se tentaron.

Los franceses con muestra valerosa,
Armas y defensivos instrumentos,
Resisten la llegada impetuosa,
Y los contrarios ánimos sangrientos·
Mas la gente española, más furiosa
Cuanto topaba más impedimentos,
Con temoso coraje y porfiado
Rompe lo más difícil y cerrado.

Vieran en las entradas defendidas
Gran contienda, revuelta y embarazos,
Muertes extrañas, golpes y heridas
De poderosos y gallardos brazos:
Cabezas hasta el cuello y más hendidas,
Y cuerpos divididos en pedazos;
Que no bastaban petos ni celadas
Contra el crudo rigor de las espadas.

La plaza se expugnaba y defendia
Con esfuerzo y valor por todos lados;
Era cosa de ver la herrería
De las armas y arneses golpeados,
La espantosa y horrenda artillería,
Las bombas y artificios arrojados
De pólvora, alquitran, pez y resina,
Aceite, plomo, azufre y trementina.

Y á vueltas un granizo y lluvia espesa
De lanzas y saetas arrojaban,
Peñas, tablas, maderos, que á gran priesa
De los muros y techos arrancaban.
La fiera rabia y gran teson no cesa;
Hieren, matan, derriban; y así andaban
Los unos y los otros muy revueltos
En fuego, sangre y en furor envueltos.

Unos la entrada sin temor defienden
Con libre y animosa confianza:
Otros de miedo por vivir ofenden,
Poniéndoles esfuerzo la esperanza:
Otros, que ya la vida no pretenden,
Procuran de su muerte la venganza,
Y que caigan sus cuerpos de manera
Que al enemigo cierren la carrera.

Como el furor indómito y violencia
De una corriente y súbita avenida,
Que, si halla reparo y resistencia,
Hierve y crece allí la agua detenida;
Al fin, con mayor ímpetu y potencia,
Bramando abre el camino y la salida,
Que las defensas rompe y desbarata,
Y en violento furor las arrebata:

De tal manera la francesa gente,
Sin bastar resistencia y fuerza alguna,
La arrebató la próspera corriente
Del hado de Felipe y su fortuna,
Que, ya sin poder más, forzadamente
Á su furia rendida, por la una
Parte que estaba Cáceres dió entrada
Á la enemiga gente encarnizada.

Y aunque por esta parte el almirante
El golpe de la gente resistia,
No fué ni pudo al cabo ser bastante
Á la pujanza y furia que venia:
Quedó en prision con otros, y adelante
La vitoriosa y fiera compañía,
Dejando eterna lástima y memoria,
Iba siguiendo el hado y la vitoria.

Pues en esta sazon, por la otra parte
Que el diestro Navarrete peleaba,
Sin ser ya la francesa gente parte,
Á puro hierro la española entraba;
Y á despecho y pesar del fiero Marte,
Que los franceses brazos esforzaba,
Haciendo gran destrozo y cruda guerra,
De rota á más andar ganaban tierra.

Fué preso allí Andalot, que encomendada
Le estaba la defensa de aquel lado:
He aquí tambien por la tercer entrada,
Que Julian Romero habia asaltado,
La suspensa fortuna declarada,
Abriendo paso al detenido hado,
La mano á Don Felipe dió de modo
Que vencedor en Francia entró del todo.
Cortó luego un temor y frio hielo
Los ánimos del pueblo enflaquecido,
Rompiendo el aire espeso y alto cielo
Un general lamento y alarido;
Las armas arrojadas por el suelo,
Escogiendo el vivir ya por partido,
Acordaron con mísera huida
Perder la plaza y guarecer la vida.
Pero los vencedores, cuando vieron
Su gran temor y poco impedimento,
Los brazos altos y armas suspendieron,
Por no manchar con sangre el vencimiento:
Y sin hacer más golpe, arremetieron,
Vuelto en codicia aquel furor sangriento,
Al esperado saco de la tierra,
Premio de la comun gente de guerra.
Quién las herradas puertas golpeando
Quebranta los cerrojos reforzados:
Quién, por picas y gúmenas trepando,
Entra por las ventanas y tejados:
Acá y allá rompiendo y desquiciando
Sin reservar lugares reservados,
Las casas de alto á bajo escudriñaban,
Y á tiento, sin parar, corriendo andaban.

Como el furioso fuego de repente,
Cuando en un barrio ó vecindad se enciende,
Que con rebato súbito la gente
Corre con priesa y al remedio atiende;
Y por todas las partes francamente,
Quién entra, sale, sube, quién deciende,
Sacando uno arastrando, otro cargado
El mueble de las llamas escapado;

Así la fiera gente vitoriosa,
Con prestas manos y con piés ligeros,
De la golosa presa codiciosa,
Abre puertas, ventanas y agujeros,
Sacando diligente y presurosa
Cofres, tapices, camas y rimeros,
Y lo de más y ménos importancia,
Sin dejar una mínima ganancia.

No los ruegos, clamores y querellas,
Que los distantes cielos penetraban,
De viudas y huérfanas doncellas
La insaciable codicia moderaban;
Antes, rompiendo sin piedad por ellas,
Á lo más defendido se arrojaban,
Creyendo que mayor ganancia habia
Donde más resistencia se hacia.

Viéranse ya las vírgines corriendo
Por las calles, sin guarda, á la ventura,
Los bellos rostros con rigor batiendo,
Lamentando su hado y suerte dura:
Y las míseras monjas, que, rompiendo
Sus estatutos, límite y clausura,
De aquel temor atónito llevadas,
Iban acá y allá descarrïadas.

Mas el pio Felipe, antes que entrasen,
Habia mandado á todas las naciones
Que con grande cuidado reservasen
Las mujeres y casas de oraciones:
Y amigos y conformes, evitasen
Pendencias peligrosas y cuestiones,
Que del saco y la presa á cada una
Diese su parte franca la fortuna.
Las mujeres, que acá y allá perdidas,
Llevadas del temor, sin tiento andaban,
Por órden de Felipe recogidas
En seguro lugar las retiraban,
Donde de fieles guardas defendidas
Del bélico furor las amparaban;
Que, aunque fueron sus casas saqueadas,
Las honras les quedaron reservadas.
Que los fieros soldados, obedientes
Al cristiano y expreso mandamiento,
Se mostraban en esto continentes,
Frenando áun el primero movimiento.
La revuelta y la mezcla de las gentes,
La mucha confusion y poco tiento,
Hizo que el daño en la ciudad creciese
Y un repentino fuego se encendiese.
Súbito allí la llama alimentada,
Arrojando espesísimas centellas,
Del fresco viento céfiro ayudada
Procuraba subir á las estrellas:
La miserable gente afortunada,
Con dolorosas voces y querellas,
Fijos los tiernos ojos en el cielo,
Desmayando, esforzaban más el duelo.

A todas partes gritos lastimosos
En vano por el aire resonaban,
Y los tristes franceses temerosos
En las contrarias armas se arrojaban,
Eligiendo por fuerza vergonzosos
El modo de morir que rehusaban,
Antes que como flacos, encerrados,
Ser en llamas ardientes abrasados.

Mas del piadoso rey la gran clemencia
Habia las fieras armas embotado,
Que con remedio presto y diligencia
Todo el furor y fuego fué apagado:
Al fin, sin más defensa y resistencia,
Dentro de San Quintin quedó alojado,
Con la llave de Francia ya en la mano,
Hasta Paris abierto el paso llano.

El sol ya poco á poco declinaba
Al hemisferio antártico encendido
Cuando yo, que alegrísimo miraba
Todo lo que en mi canto habeis oido,
Vi cerca una mujer que me hablaba,
Más blanco que la nieve su vestido,
Grave muy venerable en el aspeto,
Persona al parecer de gran respeto,

Diciendo: «Si las cosas que dijere
Por cierta y verdadera profecía,
Dificultosa alguna pareciere,
Creeme que no es ficcion ni fantasía;
Mas lo que el Padre Eterno ordena y quiere
Allá en su excelso Trono y Gerarquía,
Al cual está sujeto lo más fuerte,
El hado, la fortuna, el tiempo y muerte.

»Desta guerra y rencores encendidos
Entre la España y Francia así arraigados,
Resultarán conciertos y partidos,
Por una parte y otra procurados;
En los cuales serán restituidos
Al duque de Saboya sus estados;
Con otros muchos medios provechosos,
En bien de Francia y á la España honrosos,

»Y para que más quede asegurada
La paz, con hermandad y firme asiento,
Con la prenda de Henrico más amada
Contraerá don Felipe casamiento;
Pero la cruda muerte acelerada
Temprano deshará este ayuntamiento:
Que el alto cielo así lo determina
Y el decreto fatal y órden divina.

»En este tiempo Francia corrompida,
La católica ley adulterando,
Negará la obediencia al rey debida,
Las sacrílegas armas levantando:
Y con el cebo de la suelta vida
Cobrará la maldad fuerza, juntando
De gente infiel ejército formado
Contra la Iglesia y propio rey jurado.

»Por insolencias viejas y pecados
Vendrá el reino á ser casi destruido;
Y Cárlos de sus pérfidos soldados
Á término dudoso reducido:
Serán con desacato derribados
Los suntuosos templos, y ofendido
El mismo Sumo Dios y Sacramento,
Sobrando á la maldad su sufrimiento.

»Mas vuestro rey con presta providencia
Previniendo al futuro daño, luego
Atajará en España esta dolencia
Con rigor necesario á puro fuego.
Curada la perversa pestilencia,
Las armas enemigas del sosiego
Con furia moverá contra el oriente,
Enviando al Peñon su armada y gente.

»Aunque no pueda de la vez primera
Conseguir el efeto deseado,
Volverá la segunda de manera,
Que el áspero Peñon será expugnado;
Y dejando segura la carrera,
Y el morisco contorno amedrentado,
Por causa de los puertos é invernada,
Retirará la vitoriosa armada.

»Vendrán á España á la sazon de Hungría
Dos príncipes de alteza soberana,
Hijos de César Máximo y María,
De Cárlos hija y de Felipe hermana,
Que acrecentando el gozo y alegria
Harán aquella corte y era ufana:
El mayor es Rodolfo, el otro Ernesto,
Que á la fama darán materia presto.

»Y de sus altas obras prometiendo
En su pequeña edad grande esperanza,
En años y virtud irán creciendo,
Virtud y años muy dignos de alabanza,
En quienes se verá resplandeciendo
Un excelso valor, y la crianza
Del baron Dietristan, persona dina
De dar á tales príncipes dotrina.

»Luego en el año próximo siguiente,
Toda la cristiandad amenazando,
La gruesa armada del Infiel potente
Irá contra el poniente navegando,
Con tan gran aparato y tanta gente,
Que temblarán las costas, y arribando
Á la isla de Malta dará fondo,
Que boja veinte leguas en redondo:
»Donde el grande maestre y caballeros,
Que dentro asistirán en este medio,
Con otros capitanes forasteros,
Ofrecerán las vidas al remedio:
Y siempre constantísimos y enteros
Resistirán gran tiempo el fuerte asedio,
Haciendo en la defensa tales cosas,
Que se podrán tener por milagrosas.
»Serán batidos de uno y otro lado
Por la tierra, por mar, por bajo y alto,
Y el fuerte de Santelmo aportillado
Entrado á hierro en el noveno asalto:
El cual suceso al pueblo bautizado
Pondrá en grande peligro y sobresalto,
Porque en el puerto la turquesca armada
Tendrá por las dos bocas franca entrada.
»Allí se verán hechos señalados,
Difíciles empresas peligrosas,
Ánimos temerarios arrojados,
Cuando las esperanzas más dudosas
Postas, muros y fosos arrasados,
Crudas heridas, muertes lastimosas
Casos grandes, sucesos infinitos,
Dignos de ser para en eterno escritos.

»Mas cuando ya no baste esfuerzo humano,
Y la fuerza al trabajo se rindiere,
El muro esté ya raso, el foso llano,
Y la esperanza al suelo se viniere:
Cuando el sangriento bárbaro inhumano
El cuchillo sobre ellos esgrimiere,
Será entonces de todos conocido
Lo que puede Felipe y es temido;

»Pues con sola una parte de su armada
Y número pequeño de soldados,
De su fortuna y crédito guiada,
Rebatirá los otomanos hados:
Y la afligida Malta restaurada,
Serán los enemigos retirados,
La fugitivas velas dando al viento
Con pérdida increible y escarmiento.

»Luego el año despues con poderoso
Ejército en persona Solimano
Por tierra moverá contra el famoso
César Augusto, emperador romano;
Y por la gran Panonia presuroso,
Dejando á la derecha al Trasilvano,
Y atrás la ancha provincia de Dalmacia,
Bajará á los confines de Croacia.

»Á Siguet, plaza fuerte y recogida,
Cuatro semanas la tendrá asediada,
Y al cabo sin poder ser socorrida,
Del fiero Soliman será ocupada;
Mas la empresa difícil y la vida
Acabará en un tiempo, que la airada
Muerte, arribando el limitado curso,
Pondrá término y punto á su discurso.

»Por otra parte, en Flandes los Estados
Desasidos de Dios en estos dias,
Turbarán el sosiego inficionados
De perversos errores y heregías;
Y contra el rey Felipe conspirados
Tentarán de maldad diversas vias,
Trayendo á estado y condicion las cosas
Que durarán gran término dudosas.
»Tambien con pretension de libertarse
En el próspero reino de Granada
Los moriscos vendrán á levantarse
Y á negar la obediencia al rey jurada:
La cual alteracion, por no estimarse
Ni ser á los principios remediada,
Será de grandes daños y costosa
De sangre ilustre y gente valerosa.
»Irá á esta guerra un mozo, que escondido
Anda en humildes paños y figura,
Que su imperial linaje esclarecido
Difíciles empresas le asegura;
Á quien tienen los hados prometido
Una famosa y súbita ventura:
Este es hijo de Cárlos, que aún se cria,
Y encubierto estará por algun dia.
»Andará, como digo, disfrazado,
Hasta que el padre al tiempo de la muerte
Le dejará por hijo declarado,
Subiéndole en un punto á tanta suerte:
Será de todos con razon amado,
Franco, esforzado, valeroso y fuerte:
Es su nombre don Juan, y en esta parte
No puedo más decir ni revelarte.

»Baste que á los moriscos alterados
En su primera edad hará la guerra,
Y los presidios rotos y ocupados
Los vendrá á retirar dentro en la sierra
Á donde los tendrá tan apretados
Que al fin reducirá la alzada tierra,
Trasplantando en provincias diferentes
Las raices malvadas y simientes.

»Esta guerra acabada de Alemaña,
De damas y gran gente acompañada,
La infanta Ana vendrá, reina de España,
Con el rey don Felipe desposada,
Donde con pompa y majestad extraña
Será la insigne boda celebrada
En la antigua Segovia, un tiempo silla
De los famosos reyes de Castilla.

»Serán, pues, los dos príncipes llamados
Del padre emperador, que ya aquel dia
Querrá dar nuevo asiento en sus estados
Y hacer rey á Rodolfo de la Hungría:
Así que, para Génova embarcados,
Arribarán, pasando á Lombardía,
Por la ribera del Danubio amena
Á su ciudad famosa de Viëna.

»Cuando ya la revuelta y turbaciones
De los tiempos den muestra de acabarse,
Y el bélico furor y alteraciones
Parezcan declinar y sosegarse,
Entonces en las bárbaras regiones
Comenzarán de nuevo á levantarse
Las armas de los turcos inhumanos,
Contra los poderosos venecianos.

»Y sacando una armada poderosa,
De todas sus provincias allegada,
En la vecina Cipro, isla famosa,
Descargará la furia represada:
Y con espada cruda y rigurosa
Será la tierra de ellos ocupada,
Entrando á Famagusta ya batida,
Sobre palabra falsa y fe mentida.

»Quedarán, pues, tan arrogantes desto,
Que, la armada de gente reforzando,
Con soberbio designio y presupuesto
Irán la via de Italia navegando;
Despreciando del mundo todo el resto,
Y áun el poder del cielo despreciando,
Tanto será su orgullo y fiera muestra
Nacido del pecado y culpa vuestra.

»Mas el alto Señor que otro dispone,
Y en vuestro bien por su piedad lo ordena,
Que, cuando faltan méritos, compone
Con su sangre y pasion la deuda ajena,
Y por solo un gemir luego repone
La punicion y merecida pena,
Quebrantará con golpe riguroso
La soberbia del bárbaro ambicioso.

»Que doliéndose ya de la fatiga
Del pueblo pecador, pero cristiano,
Contra la gente pérfida enemiga
Esgrimirá la poderosa mano.
Así de inspiracion habrá una Liga,
Donde el Papa y Senado veneciano
Juntarán su poder, su fuerza y gente
Con la del rey católico potente.

»Será en gracia de todos elegido
General de la Liga el floreciente
Mozo que en su niñez desconocido
Anda en hábito humilde entre la gente.
Pero no me es á mí ya concedido
Revelar lo futuro abiertamente:
Basta que lo verás, pues te asegura
Más larga vida el hado que ventura.

»Mas si quieres saber de esta jornada
El futuro suceso nunca oido,
Y la cosa más grande y señalada
Que jamás en historia se ha leido,
Cuando acaso pasares la cañada
Por donde corre Rauco más ceñido,
Verás al pié de un líbano á la orilla
Una mansa y doméstica corcilla.

»Conviénete seguirla con cuidado
Hasta salir en una gran llanura,
Al cabo de la cual verás á un lado
Una fragosa entrada y selva escura:
Y tras la corza tímida emboscado
Hallarás en mitad de la espesura,
Debajo de una tosca y hueca peña,
Una oculta morada muy pequeña.

»Allí, por ser lugar inhabitable,
Sin rastro de persona ni sendero,
Vive un anciano, viejo venerable,
Que famoso soldado fué primero,
De quien sabrás do habita el intratable
Fiton, mágico grande y hechicero,
El cual te informará de muchas cosas,
Que están aún por venir, maravillosas.

»No quiero decir más en lo tocante
Á las cosas futuras, pues parece
Que habrá materia y campo asaz bastante
En lo que de presente se te ofrece
Para llevar tus obras adelante,
Pues la grande ocasion te favorece;
Que á mí solo hasta aquí me es concedido
El poderte decir lo que has oido.

»Mas, si el furor de Marte y la braveza
Te tuvieren la pluma destemplada,
Y quisieres mezclar con su aspereza
Otra materia blanda y regalada,
Vuelve los ojos, mira la belleza
De las damas de España, que admirada
Estoy, segun el bien que allí se encierra,
Cómo no abrasa amor toda la tierra.

»Mas tente, que me importa á mí, primero
Que de los ojos fáciles te fies,
Prevenir al peligro venidero
Para que dél con tiempo te desvies:
Y no aguardes al término postrero,
Ni en tu fuerza y mi ayuda te confies;
Que, aunque quiera despues contraponerme,
Tú cerrarás los ojos por no verme.»

¡Oh condicion humana! que al instante
Que me privó que el rostro no volviese,
Solo aquel impedirme fué bastante
Á que el pronto apetito se encendiese:
Y así, sin esperar más que adelante
En el sano consejo procediese,
Volví los ojos luego, y de improviso
Ví, si decirse puede, un paraiso.

En un asiento fértil y sabroso,
De alegres plantas y árboles cercado,
Do el cielo se mostraba más hermoso,
Y el suelo de mil flores varïado,
Cerca de un claro arroyo sonoroso,
Que atravesaba el fresco y verde prado,
Vi junta toda cuanta hermosura
Supo y pudo formar acá natura.
Eran las damas del cercado aquellas
Que en la dichosa España florecian:
El claro sol, la luna y las estrellas
En su respecto escuras parecian;
Y sobre sus cabezas todas ellas
Olorosas guirnaldas sostenian,
De mil varias maneras rodeadas
De rubias trenzas, ñudos y lazadas.
Andaban por acá y allá esparcidos
Gran copia de galanes estimados,
Al regalado y blando amor rendidos,
Corriendo tras sus fines y cuidados:
Unos en esperanzas sostenidos,
Otros en sus riquezas confiados,
Todos gozando alegres y contentos
De sus lozanos y altos pensamientos.
En esto, con presteza y furia extraña
Arrebatado por el aire vano,
La alta cumbre dejé de la montaña,
Bajando al deleitoso y fértil llano,
Donde, si la memoria no me engaña,
Vi la mi guia á la derecha mano,
Algo medrosa y con turbado gesto
De haberme en tanto riesgo y trance puesto;

Que luego que los piés puse en el suelo,
Los codiciosos ojos ya cebando,
Libres del torpe y del grosero velo,
Que la vista hasta allí me iba ocupando,
Un amoroso fuego y blando hielo
Se me fué por las venas regalando,
Y el brio rebelde y pecho endurecido
Quedó al amor sujeto y sometido.

Y deseoso luego de ocuparme
En obras y canciones amorosas,
Y mudar el estilo, y no curarme
De las ásperas guerras sanguinosas;
Con gran gana y codicia de informarme
De aquel asiento y damas tan hermosas,
En especial y sobre todas de una
Que vi á sus piés rendida mi fortuna.

Era de tierna edad, pero mostraba
En su sosiego discrecion madura,
Y á mirarme parece la inclinaba
Su estrella, su destino y mi ventura:
Yo, que saber su nombre deseaba,
Rendido y entregado á su hermosura,
Vi á sus piés una letra que decia:
DEL TRONCO DE BAZAN DOÑA MARIA.

Y por saber más della, revolviendo
El rostro y voz á la prudente guia,
Súbito el alboroto y fiero estruendo
De las bárbaras armas y armonía
Me despertó del dulce sueño, oyendo:
«¡Arma, arma! ¡presto, presto!» y parecia
Romper el alto cielo los acentos
De las diversas voces é instrumentos.

En esta confusion, medio dormido,
Á las vecinas armas corrí presto,
Poniéndome en un punto apercebido
En mi lugar y señalado puesto:
Cuando con ferocísimo alarido
Por la áspera ladera del recuesto
Apareció gran número de gente,
Y la rosada aurora en el oriente.

Luego tambien por una y otra parte,
Con no menores voces y denuedo,
Tanta gente asomó, que al fiero Marte
Con su temeridad pusiera miedo.
Mas, para proceder parte por parte,
Segun estoy cansado, ya no puedo·
En el siguiente y nuevo canto pienso
De declararlo todo por extenso.

CANTO XIX.

En este canto se contiene el asalto que los araucanos dieron á los españoles en el fuerte de Penco: la arremetida de Gracolano á la muralla: la batalla que los marineros y soldados, que habian quedado en guarda de los navíos, tuvieron en la marina con los enemigos.

Hermosas damas, si mi débil canto
No comienza á esparcir vuestros loores,
Y si mis bajos versos no levanto
Á concetos de amor y obras de amores:
Mi priesa es grande, y que decir hay tanto
Que á mil desocupados escritores,
Que en ello trabajasen noche y dia,
Para todos materia y campo habria.

Y aunque apartado á mí pesar me veo
Desta materia y presupuesto nuevo,
Me sacará al camino el gran deseo
Que tengo de cumplir con lo que os debo:
Y si el adorno y conveniente arreo
Me faltan, baste la intencion que llevo,
Que es hacer lo que puedo de mi parte,
Supliendo vos lo que faltare en la arte.

Mas la española gente, que se queja
Con causa justa y con razon bastante,
Dándome mucha priesa, no me deja
Lugar para que de otras cosas cante:
Que el ejército bárbaro la aqueja,
Cercando en torno el fuerte en un instante
Con amenaza grande y alarido,
Como en el canto atrás lo habeis òido.

Luego que en la montaña en lo más alto
Tres gruesos escuadrones parecieron,
Juntos á un mismo tiempo hicieron alto,
Y el sitio desde allí reconocieron:
Visto el foso y el muro, al fiero asalto
Dada la seña, todos tres movieron,
Esgrimiendo las armas de tal suerte
Que á nadie reservaban de la muerte.

El mozo Gracolano, no olvidado
De la arrogante oferta y gran promesa,
De varias y altas plumas rodeado,
Blandiendo una tostada pica gruesa
Venia dellos gran trecho adelantado,
Rompiendo por el humo y lluvia espesa
De las balas y tiros arrojados
Por brazos y cañones reforzados.

Llegado al justo término, terciando
La larga pica, arremetió furioso,
Y en tierra el firme regaton fijando,
Atravesó de un salto el ancho foso:
Y por la misma pica gateando
Arriba sobre el muro vitorioso,
Á pesar de las armas contrapuestas,
Lanzas, picas, espadas y ballestas.

No agarrochado toro embravecido
La barrera embistió tan fácilmente,
Ni fué con tanta fuerza resistido
De espesas armas y apiñada gente,
Como el gallardo bárbaro atrevido,
Que temeraria y venturosamente,
Rompiendo al parecer lo más seguro,
Sube por fuerza al defendido muro;

Donde sueltas las armas empachadas,
Que aprovecharse dellas no podia,
Á bocados, á coces y á puñadas
Ganar la plaza él solo prentendia.
Los tiros, golpes, botes y estocadas,
Con gran destreza y maña rebatia,
Poniendo pecho y hombro suficiente
Al ímpetu y furor de tanta gente.

En medio de las armas, á pié quedo
Sin ellas su promesa sustentaba,
Y con gran pertinacia y ménos miedo,
De morir más adentro procuraba;
Y en el vano propósito y denuedo,
Herido ya en mil partes porfiaba;
Que su loca fortuna y diestra suerte
Tenian suspenso el golpe de la muerte.

Así que, en la demanda necia instando,
Se arroja entre los hierros, y se mete
Cual perro espumajoso que rabiando,
Á donde más le hieren, arremete:
Y el peligro y la vida despreciando,
Lo más dudoso y áspero acomete,
Desbaratándo en torno mil espadas
Al obstinado pecho encaminadas.

Viéndose en tal lugar solo, y tratado
Segun la temeraria confianza,
No de su pretension desconfiado,
Mas con alguna ménos esperanza,
Á los brazos cerró con un soldado,
Y de las manos le sacó la lanza,
Sobre la cual echándose, en un punto
Pensó salvar el foso y vida junto.

Mas la instable fortuna, ya cansada
De serle curadora de la vida,
Dió paso en aquel tiempo á una pedrada,
De algun gallardo brazo despedida,
Que en la cóncava sien la arrebatada
Piedra gran parte le quedó sumida,
Trabucándole luego de lo alto,
Yendo en el aire en la mitad del salto.

Como el troyano Euricio que, volando
La tímida paloma por el cielo,
Con gran presteza el corvo arco flechando
La atravesó en la furia de su vuelo,
Que, retorciendo el cuerpo y revolando,
Como redondo ovillo vino al suelo,
Así el herido mozo en descubierto
Dentro del hondo foso cayó muerto.

De treinta y seis heridas justamente
Cayó el mísero cuerpo atravesado,
Sin el último golpe de la frente,
Que el número cerró ya rematado;
Y la pica que el bárbaro valiente
De franca y buena guerra habia ganado,
Quedó arrimada al foso de manera
Que un trozo descubierto estaba fuera.

Pero el jóven Pinol, que prometido
Habia de acompañarle en el asalto,
Y con él hasta el foso arremetido,
Aunque no se atrevió á tan grande salto,
Como al valiente amigo vió tendido,
Y descubrir la pica por lo alto,
La arrebató, tomando por remedio
Poner con piés ligeros tierra en medio.
Mas, como no haya maña ni destreza
Contra el hado preciso y dura suerte,
Ni bastan prestos piés ni ligereza
Á escapar de las manos de la muerte:
Que al que piensa huir con más presteza
Le alcanza de su brazo el golpe fuerte,
Como al ligero bárbaro le avino
En mudando propósito y camino:
Que apenas cuatro pasos habia dado,
Cuando dos gruesas balas le cogieron,
Y de la espalda al pecho atravesado
Á un tiempo por dos partes, le tendieron:
No dió la alma tan presto que un soldado
De dos que á socorrerle arremetieron,
De la costosa lanza no trabase,
Y con peligro suyo la salvase.
Luego de trompas gran rumor sonando,
La gruesa pica en alto levantaron,
Y á toda furia en hila igual cerrando,
Al foso con gran ímpetu llegaron;
Donde forzosamente reparando,
La municion y flechas descargaron
En tanta multitud que parecian
Que la espaciosa tierra y sol cubrian.

Pues en esta sazon Martin de Elvira,
Que así nuestro español era llamado,
De lejos la perdida lanza mira
Que el muerto Gracolan le habia ganado:
Con laudable vergüenza ardiendo en ira,
De recobrar su honor deliberado,
Por una angosta puerta que allí habia
Solo y sin lanza á combatir salia

Con un osado jóven, que delante
Venia la tierra y cielo despreciando,
De proporcion y miembros de gigante,
Una asta de dos costas blandeando:
Que acá y allá con término galante
La gruesa y larga pica floreando,
Ora de un lado y de otro, ora derecho,
Quiso tentar del enemigo el pecho,

Tirando un recio bote, que cebado
Le retrujo seis pasos de tal suerte,
Que el gallardo español desatinado,
Se vió casi en las manos de la muerte;
Pero, como animoso y reportado,
Haciendo recio pié, se tuvo fuerte,
Pensando asir la pica con la mano;
Mas este pensamiento salio vano:

Que el indio con destreza y gran soltura
Saltó ligero atrás cobrando tierra,
Y blandiendo la gruesa pica dura
Quiso con otro rematar la guerra.
Mas el pronto español que entrar procura
Dándole lado, de la pica aferra,
Y aguijando por ella, á su despecho,
Cerró presto con él pecho con pecho;

Y habiendo con presteza arrebatado
Una secreta daga que traia,
Cinco veces ó seis por el costado
Del bravo corazon tentó la via:
El bárbaro mortal, ya desangrado
Por todas, la furiosa alma rendia,
Cayendo el cuerpo inmenso en tierra frio,
Ya de sangre y espíritu vacio.

El valiente español, que vió tendido
Á su enemigo y la vitoria cierta,
Cobró la pica y crédito perdido,
Retrayéndose ufano hácia la puerta,
Donde, por los amigos conocido,
Fué sin contraste en un momento abierta,
Y dentro recebido alegremente
Con grande aplauso y grita de la gente.

En este tiempo ya por todos lados
La plaza los contrarios expugnaban,
Que, á vencer ó morir determinados,
Por los fuegos y tiros se lanzaban;
Y encima de los muertos hacinados
Los vivos á tirar se levantaban,
De donde más la cierta puntería
El encubierto blanco descubria.

Unos con ramas, tierra y con maderos
Ciegan el hondo foso presurosos:
Otros, que más presumen de ligeros,
Hacen pruebas y saltos peligrosos:
Y los que les tocaba ser postreros,
De llegar á las manos deseosos,
Tanto el ir adelante procuraban,
Que dentro á los primeros arrojaban.

Mas de los muchos muertos y heridos
De nuestros arcabuces de mampuesto,
Y de otros arrojados y caidos,
El foso se cegó y allanó presto;
Por do los enemigos atrevidos
Arremetieron, el temor pospuesto,
Llegando por las partes más guardadas
Á medir con nosotros las espadas;

Y prosiguiendo en el osado intento,
De nuevo empiezan un combate duro;
Mas otros con mayor atrevimiento
Trepaban por las picas sobre el muro:
Que al bárbaro furor y movimiento
Ningun alto lugar habia seguro,
Ni parte, por más áspera que fuese,
Donde no se escalase y combatiese.

Los nuestros sobre el muro amontonados
Los rebaten, impelen y maltratan,
Y con lanzas y tiros arrojados
Derriban gente abajo y desbaratan:
Mas poco los demas amedrentados
La dificil subida no dilatan,
Antes procuran luego embravecidos
Ocupar el lugar de los caïdos.

Unos así tras otros procediendo,
Ganosos de honra y de temor desnudos,
Siempre la priesa y multitud creciendo,
Crece la furia de los golpes crudos.
Los defendidos términos rompiendo,
Cubiertos de sus cóncavos escudos,
Nos pusieron en punto y apretura
Que estuvo lo imposible en aventura.

En este tiempo Tucapel furioso
Apareció gallardo en la muralla,
Esgrimiendo un baston fuerte y ñudoso,
Todo cubierto de luciente malla:
Como el leon de Libia vedijoso,
Que abriendo de la tímida canalla
El tejido escuadron con furia horrenda
Desembaraza la impedida senda;

Así el furioso bárbaro arrogante
Discurre por el muro, derribando
Cuanto allí se le pone y vé delante,
Su misma gente y armas tropellando.
Quisiera tener lengua y voz bastante
Para poder en suma ir relatando
El singular esfuerzo y valentía,
Que el bravo Tucapel mostró aquel dia.

No las espesas picas ni pertrechos
Bastan puestas en contra á resistirle,
Ni fuertes brazos, ni robustos pechos
Pueden acometiéndole impedirle;
Que montones de gente y armas hechos,
Rompe y derriba sin poder sufrirle;
Y áun, no contento desto, osadamente
Se arroja dentro en medio de la gente;

Y al peligro las fuerzas añadiendo,
La poderosa maza rodeaba,
Unos desbaratando, otros rompiendo,
Siempre más tierra y opinion ganaba.
Al fin, los duros golpes resistiendo,
Por las armas y gente atravesaba,
Hiriendo siempre á diestro y á siniestro
Con grande riesgo suyo y daño nuestro.

Tambien hácia la banda del Poniente
Habia Peteguelen arremetido,
Y, á despecho y pesar de nuestra gente,
En lo más alto del bastion subido:
Que el valeroso corazon ardiente
Le habia por las entrañas esparcido
Un belicoso ardor, como si fuera
En la verde y robusta edad primera.

Mucho no le duró, que á poca pieza
Le arrebató una bala desmandada
De los dispuestos hombros la cabeza,
Rematando su próspera jornada:
Tras ésta disparo luego otra pieza,
Hácia la misma parte encaminada,
Llevando á Guampicol que le seguia,
Y á Surco, Longomilla y Lebopía.

La gente que en las naos habia quedado,
Viendo el rumor y priesa repentina,
Cuál salta luego arriba desarmado,
Cuál con rodela, cuál con coracina;
Quién se arroja al batel, y quién á nado
Piensa arribar más presto á la marina,
Llamando cada cual á quien debia,
Y ninguno aguardaba compañía.

Así á nado y á remo, con gran pena
El molesto y prolijo mar cortaron,
Y en la ribera y deseada arena
Casi todos á un tiempo pié tomaron,
Donde con diciplina y órden buena
Un cerrado escuadron luego formaron,
Marchando á socorrer á los amigos
Por medio de las armas y enemigos.

Del mar no habian sacado los piés, cuando
Por la parte de abajo con ruïdo
Les sale un escuadron en contra, dando
Una furiosa carga y alarido.
Venia el primero el paso apresurando
El suelto Feniston, mozo atrevido,
Que de los otros quiso adelantarse,
Con gana y presuncion de señalarse.

Nuestra gente con órden y osadía,
Siguiendo su derrota y firme intento,
Á la enemiga opuesta arremetia,
Que áun de esperar no tuvo sufrimiento:
Y á recibir á Feniston salia,
Con paso no menor y atrevimiento,
El diestro Julian de Valenzuela,
La espada en mano, al pecho la rodela.

Fué allí el primero que empezó el asalto
El presto Feniston anticipado,
Dando un ligero y no pensado salto,
Con el cual descargó un baston pesado;
Mas Valenzuela, la rodela en alto,
Á dos manos el golpe ha reparado,
Dejándole atronado de manera
Como si encima un monte le cayera.

Bajó la ancha rodela á la cabeza,
Tanto fué el golpe recio y desmedido,
Y el trasportado jóven una pieza
Fué rodando de manos aturdido;
Mas luego, aunque atronado, se endereza
Y volviendo del todo en su sentido,
Pudo al través, hurtándose de un salto,
Huir la maza que calaba de alto.

Entró el leño por tierra un gran pedazo
Con el gran peso y fuerza que traia,
Que visto Valenzuela el embarazo
Del bárbaro y el tiempo que él tenia,
Metiendo con presteza el pié y el brazo,
El pecho con la espalda le cosia,
Y al sacar la caliente y roja espada
Le llevó de revés media quijada.

El araucano ya con desatino
Le echó los brazos sin saber por dónde;
Mas el jóven, tentando otro camino,
Arrancada la daga le responde:
Que con la priesa y fuerza que convino
Tres veces en el cuerpo se la esconde,
Haciéndole extender ya casi helados
Los piés y fuertes brazos añudados.

Ya en aquella sazon ninguno habia
Que solo un punto allí estuviese ocioso;
Mas cada cual solícito corria
Á lo más necesario y peligroso:
Era el estruendo tal que parecia
El batir de las armas presuroso
Que de sus fijos quicios todo el cielo
Desencajado se viniese al suelo.

Por otra parte, arriba en la muralla,
Siempre con rabia y priesa hervorosa,
Andaba muy reñida la batalla,
Y la vitoria en confusion dudosa:
Vuela en el aire la cortada malla,
Y de sangre caliente y espumosa
Tantos arroyos en el foso entraban
Que los cuerpos en ella ya nadaban.

Así de acá y de allá gallardamente
Por la plaza y honor se contendia;
Quién sobre el muerto sube diligente,
Quién muerto sobre el vivo allí caia.
Don García de Mendoza entre su gente
Su cuartel con esfuerzo defendia,
Al gran furor y bárbara violencia
Haciendo suficiente resistencia.

Don Felipe Hurtado á la otra mano,
Don Francisco de Andía y Espinosa,
Y don Simon Pereira, lusitano,
Don Alonso Pacheco y Ortigosa,
Contrapuestos al ímpetu araucano,
Hacian prueba de esfuerzo milagrosa,
Resistiendo á gran número la entrada
Á pura fuerza y valerosa espada.

Vasco Juarez tambien por otra parte,
Carrillo y don Antonio de Cabrera,
Arias Pardo, Riberos y Lasarte,
Córdoba, y Pedro de Olmos de Aguilera,
Subidos sobre el alto baluarte
Herian en los contrarios de manera
Que, aunque eran infinitos, bien seguro
Por toda aquella banda estaba el muro.

No ménos se mostraba peleando
Juan de Torres, Garnica, y Campo Frio,
Don Martin de Guzman, y don Hernando
Pacho, Gutierrez, Zúñiga, y Berrío,
Ronquillo, Lira, Osorio, Vaca, Ovando,
Haciendo cosas que el ingenio mio,
Aunque libre de estorbos estuviera,
Contarlas por extenso no pudiera.

Tanto el daño creció, que de aquel lado
Los fieros araucanos aflojaron,
Y rostro á rostro, en paso concertado,
Quebrantado el furor se retiraron:
Los otros, visto el daño no pensado,
Tambien del loco intento se apartaron,
Quedando Tucapel dentro del fuerte
Hiriendo, derribando, y dando muerte.

No desmayó por esto, antes ardia
En cólera rabiosa y viva saña,
Y aquí y allí furioso discurria,
Haciendo en todas partes riza extraña:
Tropella á Bustamante y á Mejía,
Derriba á Diego Perez y á Saldaña.
Mas ya es razon, pues he cantado tanto,
Dar fin al gran destrozo y largo canto.

CANTO XX.

Retiranse los araucanos con pérdida de mucha gente: escápase Tucapel muy herido rompiendo por los enemigos: cuenta Tegualda á don Alonso de Ercilla el extraño y lastimoso proceso de su historia.

Nadie prometa sin mirar primero
Lo que de su caudad y fuerza siente,
Que quien en prometer es muy ligero,
Proverbio es que despacio se arrepiente:
La palabra es empeño verdadero
Que habemos de quitar forzosamente;
Y es derecho comun y ley expresa
Guardar al enemigo la promesa.

Bien fuera destas leyes va la usanza
Que en este tiempo mísero se tiene;
Promesas que os ensanchan la esperanza
Y ninguna se cumple ni mantiene:
Así la vana y necia confianza,
Que estribando en el aire nos sostiene,
Se viene al suelo, y llega el desengaño
Cuando es mayor que la esperanza el daño.

De mí sabré decir cuán trabajada
Me tiene la memoria y con cuidado
La palabra que di, bien excusada,
De acabar este libro comenzado:
Que la seca materia desgustada
Tan desierta y estéril que he tomado
Me promete hasta el fin trabajo sumo,
Y es malo de sacar de un terron zumo.

¿Quién me metió entre abrojos y por cuestas
Tras las roncas trompetas y atambores,
Pudiendo ir por jardines y florestas
Cogiendo varias y olorosas flores,
Mezclando en las empresas y recuestas
Cuentos, ficciones, fábulas y amores,
Donde correr sin límite pudiera,
Y dando gusto, yo lo recibiera?

¿Todo ha de ser batallas y asperezas,
Discordia, fuego, sangre, enemistades,
Odios, rencores, sañas y bravezas,
Desatino, furor, temeridades,
Rabias, iras, venganzas y fierezas,
Muertes, destrozos, rizas, crueldades,
Que al mismo Marte ya pondrán hastío,
Agotando un caudal mayor que el mio?

Mas á mí me es forzoso ser paciente,
Pues de mi voluntad quise obligarme;
Y así os pido, Señor, humildemente
Que no os dé pesadumbre el escucharme:
Que el atrevido bárbaro valiente
Aún no me da lugar de disculparme;
Tal es la furia y priesa con que viene,
Que apresurar la mano me conviene.

El cual, como encerrada bestia fiera,
Ora de aquella y ora desta parte
Abre sangrienta y áspera carrera,
Y por todas el daño igual reparte;
Con un orgullo tal que acometiera
Allá en su quinto trono al fiero Marte,
Si viera modo de subir al cielo,
Sugun era gallardo de cerbelo.
Pero viéndose solo y mal herido,
Y el ejército bárbaro deshecho
Y todo el fiero hierro convertido
Contra su fuerte y animoso pecho,
Se retrujo á una parte, en la cual vido
Que el cerro era peinado y muy derecho,
Sin muro de aquel lado, donde un salto
Habia de más de veinte brazas de alto.
Como si en tal sazon alas tuviera
Más seguras que Dédalo las tuvo,
Se arroja desde arriba de manera
Que parece que en ellas se sostuvo:
Hizo prueba de sí fuerte y ligera,
Que el salto, aunque mortal, en poco tuvo,
Cayendo abajo el bárbaro gallardo
Como una onza ligera ó suelto pardo.
Mas bien no se lanzó, que en seguimiento
Infinidad de tiros le arrojaron,
Que, aunque no le alcanzara el pensamiento,
Antes que fuese abajo le alcanzaron:
Fué tanto el descargar, que en un momento
En más de diez lugares le llagaron;
Pero no de manera que cayese
Ni solo un paso y pié decompusiese.

Viéndose abajo y tan herido, luego
Del propósito y salto arrepentido,
Abrasado en rabioso y vivo fuego,
Terrible y más que nunca embravecido,
Quisiera revolver de nuevo al juego
Y vengarse del daño recebido;
Mas era imaginarlo desatino,
Que el cerro era tajado y sin camino.

Cinco ó seis veces la dificil via
Y de fortuna el crédito tentaba,
Que fácil lo imposible le hacia
El coraje y furor que le incitaba:
Por un lado y por otro discurria,
Todo de acá y de allá lo rodeaba,
Como el hambriento lobo encarnizado
Rodea de los corderos el cercado.

Mas viendo al fin que era designio vano
Y de tiros sobre él la lluvia espesa,
Retirándose á un lado, vió en el llano
La trabada batalla y fiera priesa:
Y como el levantado halcon lozano,
Que yendo alta la garza, se atraviesa
El cobarde milano, y desde el cielo
Cala á la presa con furioso vuelo,

Así el gallardo Tucapel, dejado
El temerario intento infrutuoso,
Revuelve á la otra banda, encaminado
Al reñido combate sanguinoso:
En esto el bando infiel desconfiado,
De mucha gente y sangre perdidoso,
Se retiró siguiendo las banderas,
Que iban marchando ya por las laderas.

No por eso torció de su demanda
Un solo paso el bárbaro valiente,
Antes recio embistió por una banda,
Tropellando de golpe mucha gente:
Y dándoles terrible escurribanda,
Pasó de un cabo á otro francamente,
Hiriendo y derribando de manera
Que dejó bien abierta la carrera.

Quién queda allí estropiado, quién tullido,
Quien se duele, quién gime, quién se queja,
Quién cae acá, quién cae allá aturdido,
Quién, haciéndole plaza, dél se aleja;
Y en el largo escuadron de armas tejido
Un gran portillo y ancha calle deja,
Con el furor que el fiero rayo apriesa
Rompe el aire apretado y nube espesa,

De tal manera Tucapel, abriendo
De parte á parte el escuadron cristiano,
Arriba á los amigos, que siguiendo
Iban la retirada á paso llano,
Con el concierto y órden procediendo
Que vemos ir las grullas el verano,
Cuando de su tendida y negra banda
Ninguna se adelanta ni desmanda.

Nosotros, aunque pocos, cuando vimos
Que á espaldas vueltas iban ya marchando,
De nuestro fuerte en gran tropel salimos
En la campaña un escuadron formando,
Y á paso moderado los seguimos,
De la vitoria enteramente usando;
Pero dimos la vuelta apresurada
Temiendo alguna bárbara emboscada.

Duró, pues, el reñido asalto tanto
Que el sol en lo más alto levantado,
Distaba del poniente en punto cuanto
Estaba del oriente desviado:
Nosotros ya seguros, entretanto
Que remataba el curso acostumbrado,
Dando lugar á las noturnas horas
Del personal trabajo aliviadoras;

El ciego foso alrededor limpiamos,
Sin descansar un punto diligentes,
Y en muchas partes dél desbaratamos
Anchas traviesas y formadas puentes:
Los lugares más flacos reparamos
Con industria y defensas suficientes,
Fortificando el sitio de manera
Que resistir un gran furor pudiera.

La negra noche á más andar cubriendo
La tierra que la luz desamparaba,
Se fué toda la gente recogiendo
Segun y en el lugar que le tocaba;
La guardia y centinelas repartiendo
Que el tiempo estrecho á nadie reservaba,
Me cupo el cuarto de la prima en suerte
En un bajo recuesto junto al fuerte;

Donde con el trabajo de aquel dia
Y no me haber en quince desarmado,
El importuno sueño me afligia,
Hallándome molido y quebrantado;
Mas con nuevo ejercicio resistia,
Paseándome deste y de aquel lado
Sin parar un momento; tal estaba
Que de mis propios piés no me fiaba.

No el manjar de sustancia vaporoso,
Ni vino muchas veces trasegado,
Ni el hábito y costumbre de reposo
Me habian el grave sueño acarreado:
Que bizcocho negrísimo y mohoso,
Por medida de escasa mano dado,
Y la agua llovediza desabrida,
Era el mantenimiento de mi vida.
Y á veces la racion se convertia
En dos tasados puños de cebada,
Que, cocida con yerbas, nos servia
Por la falta de sal la agua salada:
La regalada cama en que dormia
Era la húmida tierra empantanada,
Armado siempre y siempre en ordenanza,
La pluma ora en la mano, ora la lanza,
Andando, pues, así con el molesto
Sueño que me aquejaba porfiando,
Y en gran silencio el encargado puesto
De un canto al otro canto paseando:
Vi que estaba el un lado del recuesto
Lleno de cuerpos muertos blanqueando,
Que nuestros arcabuces aquel dia
Habian hecho gran riza y batería.
No mucho despues desto, yo que estaba
Con ojo alerto y con atento oido,
Sentí de rato en rato que sonaba
Hácia los cuerpos muertos un ruïdo;
Que cada vez al fin se remataba
Con un triste suspiro sostenido,
Y tornaba á sentirse, pareciendo
Que iba de cuerpo en cuerpo discurriendo.

La noche era tan lóbrega y escura
Que divisar lo cierto no podia,
Y así por ver el fin desta aventura,
Aunque más por cumplir lo que debia,
Me vine, agazapado en la verdura,
Hácia la parte que el rumor se oía,
Donde ví entre los muertos ir oculto
Andando á cuatro piés un negro bulto.
Yo de aquella vision mal sastifecho,
Con un temor, que agora aún no le niego,
La espada en mano y la rodela al pecho,
Llamando á Dios, sobre él aguijé luego:
Mas el bulto se puso en pié derecho,
Y con medrosa voz y humilde ruego
Dijo: «Señor, señor, merced te pido,
Que soy mujer, y nunca te he ofendido:
»Si mi dolor y desventura extraña
Á lástima y piedad no te inclinaren,
Y tu sangrienta espada y fiera saña
De los términos lícitos pasaren,
¿Qué gloria adquirirás de tal hazaña,
Cuando los justos cielos publicaren
Que se empleó en una mujer tu espada,
Viuda, mísera, triste y desdichada?
»Ruégote, pues, señor, si por ventura
Ó desventura, como fué la mia,
Con amor verdadero y con fe pura
Amaste tiernamente en algun dia,
Me dejes dar á un cuerpo sepultura,
Que yace entre esta muerta compañía:
Mira que aquel que niega lo que es justo,
Lo malo aprueba ya y se hace injusto.

»No quieras impedir obra tan pia,
Que áun en bárbara guerra se concede;
Que es especie y señal de tiranía
Usar de todo aquello que se puede:
Deja buscar su cuerpo á esta alma mia:
Despues furioso con rigor procede,
Que ya el dolor me ha puesto en tal extremo
Que más la vida que la muerte temo:

»Que no sé mal que ya dañar me pueda,
Ni hay bien mayor que no le haber tenido;
Acábese y fenezca lo que queda,
Pues que mi dulce amigo ha fenecido:
Que aunque el cielo cruël no me conceda
Morir mi cuerpo con el suyo unido,
No estorbará, por más que me persiga,
Que mi afligido espíritu le siga.»

En esto con instancia me rogaba
Que su dolor de un golpe rematase;
Mas yo, que en duda y confusion estaba
Áun, teniendo temor que me engañase,
Del verdadero indicio no fiaba,
Hasta que un poco más me asegurase,
Sospechando que fuese alguna espía
Que á saber cómo estábamos venia.

Bien que estuve dudoso, pero luego,
Aunque la noche el rostro le encubria,
En su poco temor y gran sosiego
Vi que verdad en todo me decia;
Y que el pérfido amor ingrato y ciego
En busca del marido la traiá,
El cual en la primera arremetida,
Queriendo señalarse, dió la vida.

Movido, pues, á compasion de vella,
Firme en su casto y amoroso intento,
De allí salido, me volví con ella
Á mi lugar y señalado asiento:
Donde yo le rogué que su querella
Con ánimo seguro y sufrimiento
Desde el principio al cabo me contase,
Y desfogando la ansia descansase.
Ella dijo: «¡Ay de mí! que es imposible
Tener jamás descanso hasta la muerte,
Que es sin remedio mi pasion terrible
Y más que todo sufrimiento fuerte:
Mas, aunque me será cosa insufrible,
Diré el discurso de mi amarga suerte;
Quizá que mi dolor, segun es grave,
Podrá ser que esforzándole me acabe.
»Yo soy Tegualda, hija desdichada
Del cacique Brancol desventurado,
De muchos por hermosa en vano amada,
Libre un tiempo de amor y de cuidado;
Pero muy presto la fortuna, airada
De ver mi libertad y alegre estado,
Turbó de tal manera mi alegría
Que al fin muero del mal que no temia.
»De muchos fuí pedida en casamiento,
Y á todos igualmente despreciaba,
De lo cual mi buen padre descontento,
Que yo aceptase alguno me rogaba;
Pero con franco y libre pensamiento
De su importuno ruego me excusaba:
Que era pensar mudarme desvario,
Y martillar sin fruto en hierro frio.

»No por mis libres y ásperas respuestas
Los firmes pretensores aflojaron,
Antes con nuevas pruebas y recuestas,
En su vana demanda más instaron;
Y con danzas, con juegos y otras fiestas
Mudar mi firme intento procuraron,
No les bastando maña ni artificio
Á sacar mi propósito de quicio.
»Muy presto, pues, llegó el postrero dia
Desta mi libertad y señorío,
¡Oh si lo fuera de la vida mia!
Pero no pudo ser, que era bien mio.
En un lugar que junto al pueblo habia,
Donde el claro Gualebo, manso rio,
Despues que sus viciosos campos riega,
El nombre y agua al ancho Itáta entrega;
»Allí, para castigo de mi engaño,
Que fuese á ver sus fiestas me rogaron;
Y como habia de ser para mi daño,
Fácilmente conmigo lo acabaron.
Luego, por órden y artificio extraño
La larga senda y pasos enramaron,
Pareciéndoles malo el buen camino
Y que el sol de tocarme no era dino.
»Llegué por varios arcos donde estaba
Un bien compuesto y levantado asiento,
Hecho por tal manera que ayudaba
La maestra natura al ornamento;
El agua clara en torno mormuraba,
Los árboles movidos por el viento
Hacian un movimiento y un ruïdo
Que alegraban la vista y el oido.

»Apenas, pues; en él me habia asentado,
Cuando un alto y solene bando echaron,
Y del ancho palenque y estacado
La embarazosa gente despejaron:
Cada cual á su puesto retirado,
La acostumbrada lucha comenzaron,
Con un silencio tal, que los presentes
Juzgaran ser pinturas más que gentes.
»Aunque habia muchos jóvenes lucidos,
Todos al parecer competidores,
De diferentes suertes y vestidos,
Y de un fin engañoso pretensores;
No estaba en cuáles eran los vencidos,
Ni cuáles habian sido vencedores,
Buscando acá y allá entretenimiento,
Con un ocioso y libre pensamiento.
»Yo, que en cosa de aquellas no paraba,
El fin de sus contiendas deseando,
Ora los altos árboles miraba,
De natura las obras comtemplando,
Ora la agua que el prado atravesaba,
Las varias pedrezuelas numerando,
Libre á mi parecer y muy segura
De cuidado, de amor, y desventura:
»Cuando un gran alboroto y vocería,
Cosa muy cierta en semejante juego,
Se levantó entre aquella compañía,
Que me sacó de seso y mi sosiego.
Yo, queriendo entender lo que sería,
Al más cerca de mí pregunté luego
La causa de la grita ocasionada,
Que me fuera mejor no saber nada;

»El cual dijo: Señora, no has mirado
Cómo el robusto jóven Mareguano,
Con todos cuantos mozos ha luchado
Los ha puesto de espaldas en el llano;
Y cuando ya esperaba confiado
Que la bella guirnalda de tu mano
Le ciñera la ufana y leda frente,
En premio y por señal del más valiente,

»Aquel gallardo mozo bien dispuesto,
Del vestido de verde y encarnado,
Con gran facilidad le ha en tierra puesto,
Llevándole el honor que habia ganado;
Y el fácil y liviano pueblo, desto
Como de novedad maravillado,
Ha levantado aquel confuso estruendo,
La fuerza del mancebo encareciendo:

»Y tambien Mareguano que procura
De volver á luchar, el cual alega
Que fué siniestro caso y desventura,
Que en fuerza y maña el otro no le llega;
Pero la condicion y la postura
Del expreso cartel se lo deniega,
Aunque el jóven con ánimo valiente
Da voces que es contento y lo consiente;

»Pero los jueces, por razon, no admiten
Del uno ni del otro el pedimiento,
Ni en modo alguno quieren ni permiten
Inovacion en esto y movimiento:
Mas que de su propósito se quiten,
Si entrambos de comun consentimiento,
Pareciendo primero en tu presencia,
No alcanzaren de tí franca licencia.

»En esto, á mi lugar enderezando
De aquella gente un gran tropel venia,
Que como junto á mí llegó, cesando
El discorde alboroto y vocería,
El mozo vencedor la voz alzando,
Con una humilde y baja cortesía,
Dijo: Señora, una merced te pido,
Sin haberla mis obras merecido:

»Que si soy extranjero y no merezco
Hagas por mí lo que es tan de tu oficio,
Como tu siervo natural me ofrezco
De vivir y morir en tu servicio;
Que aunque el agravio aquí yo le padezco,
Por dar desta mi oferta algun indicio
Quiero, si dello fueres tú servida,
Luchar con Mareguano otra caïda.

»Y otra, y otra, y aún más, si él quiere, quie ro
Hasta dejarle en todo satisfecho;
Y consiento que al punto y ser primero
Se reduzca la prueba y el derecho;
Que siendo en tu presencia, cierto espero
Salir con mayor gloria deste hecho:
Danos licencia, rompe el estatuto
Con tu poder sin límite absoluto.—

»Esto dicho, con baja reverencia
La respuesta, mirándome, esperaba;
Mas yo, que sin recato y advertencia
Escuchándole atenta le miraba,
No solo concederle la licencia,
Pero ya que venciese deseaba;
Y así le respondí.—Si yo algo puedo,
Libre y graciosamente lo concedo.—

»Luego con un gallardo continente
Ambos juntos de mí se despidieron ,
Y con grande alborozo de la gente,
En la cerrada plaza los metieron,
Adonde los padrinos igualmente
El sol ya bajo y campo les partieron
Y dejándolos solos en el puesto
El uno para el otro movió presto.
»Juntáronse en un punto, y porfiando
Por el campo anduvieron un gran trecho,
Ora volviendo en torno y volteando,
Ora yendo al través, ora al derecho,
Ora alzándose en alto, ora bajando,
Ora en sí recogidos pecho á pecho,
Tan estrechos, gimiendo, se tenian
Que recebir aliento áun no podian.
»Volvian á forcejar con un ruïdo
Que era de ver y oirlos cosa extraña;
Pero el mozo extranjero, ya corrido
De su poca pujanza y mala maña,
Alzó de tierra al otro, de un gemido
De espaldas le trabuca en la campaña,
Con tal golpe que al triste Mareguano
No le quedó sentido y hueso sano.
»Luego de mucha gente acompañado
Á mi asiento los jueces le trujeron,
El cual ante mis piés arrodillado,
Que yo le diese el precio me dijeron.
No sé si fué su estrella ó fué mi hado,
Ni las causas que en esto concurrieron,
Que comencé á temblar, y un fuego ardiendo
Fué por todos mis huesos discurriendo.

»Halléme tan confusa y alterada
De aquella nueva causa y acidente,
Que estuve un rato atónita y turbada
En medio del peligro y tanta gente;
Pero volviendo en mí más reportada,
Al vencedor en todo dignamente,
Que estaba allí inclinado ya en mi falda,
Le puse en la cabeza la guirnalda;

»Pero bajé los ojos al momento
De la honesta vergüenza reprimidos,
Y el mozo con un largo ofrecimiento
Inclinó á sus razones mis oidos.
Al fin se fué, llevándome el contento
Y dejando turbados mis sentidos,
Pues que llegué de amor y pena junto
De solo el primer paso al postrer punto.

»Sentí una novedad que me apremiaba
La libre fuerza y el rebelde brio,
Á la cual sometida se entregaba
La razon, libertad y el albedrío.
Yo que, cuando acordé, ya me hallaba
Ardiendo en vivo fuego el pecho frio,
Alcé los ojos tímidos cebados,
Que la vergüenza allí tenia abajados.

»Roto con fuerza súbita y furiosa
De la vergüenza y continencia el freno,
Le seguí con la vista deseosa,
Cebando más la llaga y el veneno;
Que solo allí mirarle y no otra cosa,
Para mi mal hallaba que era bueno:
Así que, adonde quiera que pasaba,
Tras sí los ojos y alma me llevaba.

»Vile que á la sazon se apercebia
Para correr el palio acostumbrado,
Que una milla de trecho y más tenia
El término del curso señalado:
Y al suelto vencedor se prometia
Un anillo de esmaltes rodeado,
Y una gruesa esmeralda bien labrada,
Dado por esta mano desdichada.
»Más de cuarenta mozos en el puesto
Á pretender el precio parecieron,
Donde, en la raya el pié cada cual puesto,
Prontos y apercebidos atendieron,
Que no sintieron la señal tan presto
Cuando todos en hila igual partieron
Con tal velocidad que casi apenas
Señalaban la planta en las arenas;
»Pero Crepino, el jóven extranjero,
Que así de nombre propio se llamaba,
Venia con tanta furia el delantero
Que al presuroso viento atrás dejaba:
El rojo palio al fin tocó el primero,
Que la larga carrera remataba,
Dejando con su término agraciado
El circunstante pueblo aficionado.
»Con solene triunfo, rodeando
La llena y ancha plaza, le llevaron;
Pero despues á mi lugar tornando,
Que le diese el anillo me rogaron:
Yo, un medroso temblor disimulando,
Que atentamente todos me miraron,
Del empacho y temor pasado el punto,
Le dí mi libertad y anillo junto.

»Él me dijo.—Señora, te suplico
Le recibas de mí, que aunque parece
Pobre y pequeño el don, te certifico
Que es grande la aficion con que se ofrece;
Que con este favor quedaré rico,
Y así el ánimo y fuerzas me engrandece,
Que no habrá empresa grande ni habrá cosa
Que ya me pueda ser dificultosa.—
»Yo por usar de toda cortesía,
Que es lo que á las mujeres perficiona,
Le dije que el anillo recebía,
Y más la voluntad de tal persona.
En esto toda aquella compañía,
Hecha en torno de mí espesa corona,
Del ya agradable asiento me bajaron,
Y á casa de mi padre me llevaron.
»No con pequeña fuerza y resistencia,
Por dar satisfaccion de mí á la gente,
Encubrí tres semanas mi dolencia,
Siempre creciendo el daño y fuego ardiente;
Y mostrando venir á la obediencia
De mi padre y señor, mañosamente
Le dí á entender por señas y rodeo,
Querer cumplir su ruego y mi deseo;
»Diciendo, que pues él me persuadia
Que tomase parientes y marido,
Al parecer, segun que convenia,
Yo por le obedecer le habia elegido:
El cual era Crepino, que tenia
Valor, suerte y linaje conocido,
Junto con ser discreto, honesto, afable,
De condicion y término loable.

»Mi padre, que con sesgo y ledo gesto
Hasta el fin escuchó el parecer mio,
Besándome en la frente, dijo.—En esto,
Y en todo me remito á tu albedrío,
Pues de tu discrecion é intento honesto
Que elegirás lo que conviene fio;
Y bien muestra Crepino en su crianza
Ser de buenos respetos y esperanza.—
»Ya que con voluntad y mandamiento
Á mi honor y deseo satisfizo,
Y la vana contienda y fundamento
De los presentes jóvenes deshizo,
El infelice y triste casamiento
En forma y acto público se hizo
Hoy hace justo un mes; ¡oh suerte dura,
Qué cerca está del bien la desventura!
»Ayer me vi contenta de mi suerte
Sin temor de contraste ni recelo;
Hoy la sangrienta y rigurosa muerte,
Todo lo ha derribado por el suelo.
¿Qué consuelo ha de haber á mal tan fuerte?
¿Qué recompensa puede darme el cielo
Adonde ya ningun remedio vale,
Ni hay bien que con tan grande mal se iguale?
»Este es, pues, el proceso, esta es la historia,
Y el fin tan cierto de la dulce vida:
Hé aquí mi libertad y breve gloria
En eterna amargura convertida.
Y pues que por tu causa, la memoria
Mi llaga ha renovado encrudecida,
En recompensa del dolor te pido
Me dejes enterrar á mi marido;

»Que no es bien que las aves carniceras
Despedacen el cuerpo miserable,
Ni los perros y brutas bestias fieras
Satisfagan su estómago insaciable:
Mas cuando empedernido ya no quieras
Hacer cosa tan justa y razonable,
Haznos con esa espada y mano dura
Iguales en la muerte y sepultura.»
Aquí acabó su historia, y comenzaba
Un llanto tal que el monte enternecia,
Con una ansia y dolor que me obligaba
Á tenerle en el duelo compañía;
Que ya el asegurarle no bastaba
De cuanto prometer yo le podia;
Solo pedia la muerte y sacrificio
Por último remedio y beneficio.
En gran congoja y confusion me viera;
Si don Simon Pereira, que á otro lado
Hacia tambien la guardia, no viniera
Á decirme que el tiempo era acabado:
Y espantado tambien de lo que oyera,
Que un poco desde aparte habia escuchado,
Me ayudó á consolarla, haciendo ciertas
Con nuevo ofrecimiento mis ofertas.
Ya el presuroso cielo volteando,
En el mar las estrellas trastornaba,
Y el crucero las horas señalando,
Entre el sur y sudueste declinaba
En mitad del silencio y noche, cuando
Visto cuánto la oferta le obligaba,
Reprimiendo Tegualda su lamento,
La llevamos á nuestro alojamiento;

Donde en honesta guarda y compañía
De mujeres casadas quedó en tanto
Que el esperado ya vecino dia
Quitase de la noche el negro manto.
Entretanto tambien razon sería,
Pues que todos descansan y yo canto,
Dejarlo hasta mañana en este estado,
Que de reposo estoy necesitado.

CANTO XXI.

Halla Teguaida el cuerpo del marido, y haciendo un llanto sobre él, le lleva á su tierra. Llegan á Penco los españoles y caballos que venian de Santiago y de la Imperial por tierra. Hace Caupolican muestra general de su gente.

¿Quién de amor hizo prueba tan bastante,
Quién vió tal muestra y obra tan piadosa
Como la que tenemos hoy delante
Desta infelice bárbara hermosa?
La fama, engrandeciéndola, levante
Mi baja voz, y en alta y sonorosa,
Dando noticia della, eternamente
Corra de lengua en lengua y gente en gente.
Cese el uso dañoso y ejercicio
De las mordaces lenguas ponzoñosas,
Que tienen de costumbre y por oficio
Ofender las mujeres virtuosas,
Pues, mirándolo bien, solo este indicio
Sin haber en contrario tantas cosas,
Confunde su malicia y las condena
Á duro freno y vergonzosa pena.

Cuántas y cuántas vemos que han subido
Á la dificil cumbre de la fama,
Judith, Camila, la fenisa Dido,
Á quien Virgilio injustamente infama;
Penélope, Lucrecia, que al marido
Lavó con sangre la violada cama;
Hippo, Tucia, Virginia, Fulvia, Cloelia,
Porcia, Sulpicia, Alcestes y Cornelia.

Bien puede ser entre estas colocada
La hermosa Tegualda; pues parece
En la rara hazaña señalada
Cuanto por el piadoso amor merece:
Así, sobre sus obras levantada,
Entre las más famosas resplandece,
Y el nombre será siempre celebrado
Á la inmortalidad ya consagrado.

Quedó, pues, como dije, recogida
En parte honesta y compañía segura,
Del poco beneficio agradecida,
Segun lo que esperaba en su ventura.
Pero la aurora y nueva luz venida,
Aunque el sabroso sueño con dulzura
Me habia los lasos miembros ya trabado,
Me despertó el aquejador cuidado.

Viniendo á toda priesa adonde estaba
Firme entre el triste llanto y sentimiento,
Que solo un breve punto no aflojaba
La dolorosa pena y el lamento,
Yo con gran compasion la consolaba,
Haciéndole seguro ofrecimiento
De entregarle el marido y darle gente
Con que salir pudiese libremente.

Ella, del bien incrédula, llorando,
Los brazos extendidos, me pedia
Firme seguridad; y así llamando
Los indios de servicio que tenia,
Salí con ella acá y allá buscando:
Al fin entre los muertos, que allí habia,
Hallamos el sangriento cuerpo helado,
De una redonda bala atravesado.

La mísera Tegualda, que delante
Vió la marchita faz desfigurada,
Con horrendo furor en un instante
Sobre ella se arrojó desatinada,
Y junta con la suya, de abundante
Flujo de vivas lágrimas bañada,
La boca le besaba y la herida,
Por ver si le podia infundir la vida.

« ¡ Ay cuitada de mí! decia ¿qué hago
Entre tanto dolor y desventura?
¿Cómo al injusto amor no satisfago
En esta aparejada coyuntura?
¿Por qué ya, pusilánime, de un trago
No acabo de pasar tanta amargura?
¿Qué es esto? ¿La injusticia adónde llega
Que áun el morir forzoso se me niega? »

Así furiosa, por morir echaba
La rigurosa mano al blanco cuello;
Y no pudiendo más, no perdonaba
Al afligido rostro ni al cabello:
Y aunque yo de estorbarlo procuraba,
Apenas era parte á defendello;
Tan grande era la basca y ansia fuerte
De la rabiosa gana de la muerte.

Despues que algo las ansias aplacaron
Por la gran persuasion y ruego mio,
Y sus promesas ya me aseguraron
Del gentílico intento y desvario,
Los prestos yanaconas levantaron
Sobre un tablon el yerto cuerpo frio,
Llevándole en los hombros suficientes
Adonde le aguardaban sus sirvientes.

Mas, porque estando así rota la guerra
No padeciese agravio y demasía,
Hasta pasar una vecina sierra
Le tuve con mi gente compañía;
Pero llegando á la segura tierra,
Encaminada en la derecha via,
Se despidió de mí reconocida
Del beneficio y obra recebida.

Vuelto al asiento, digo, que estuvimos
Toda aquella semana trabajando,
En la cual lo deshecho rehicimos,
El foso y roto muro reparando:
De industria y fuerza al fin nos prevenimos
Con buen ánimo y órden, aguardando
Al enemigo campo cada dia,
Que era pública fama que venia.

Tambien tuvimos nueva que partidos
Eran de Mapochó nuestros guerreros,
De armas y municiones bastecidos,
Con mil caballos y dos mil flecheros:
Mas del lluvioso invierno los crecidos
Raudales y las ciénagas y esteros,
Llevándoles ganado, ropa y gente,
Los hacian detener forzosamente.

Estando, como digo, una mañana
Llegó un indio á gran priesa á nuestro fuerte,
Diciendo: «¡Oh temeraria gente insana!
Huid, huid la ya vecina muerte:
Que la potencia indómita araucana
Viene sobre vosotros, de tal suerte
Que no bastarán muros ni reparos,
Ni sé lugar donde podais salvaros.»
El mismo aviso trujo á medio dia
Un amigo cacique de la sierra,
Afirmando por cierto que venia
Todo el poder y fuerza de la tierra
Con soberbio aparato, donde habia
Instrumentos y máquinas de guerra,
Puentes, traviesas, árboles, tablones
Y otras artificiosas prevenciones.
No desmayó por esto nuestra gente,
Antes venir al punto deseaba,
Que el ménos animoso osadamente
El lugar de más riesgo procuraba;
Y con presteza y órden conveniente
Todo lo necesario se aprestaba,
Esperando la gente apercebida
Al dia amenazador de tanta vida.
Fuimos tambien por indios avisados
De nuestros espiones, que sin duda
Nos darian el asalto por tres lados
Al postrer cuarto de la noche muda:
Así que, cuando más desconfiados,
No de divina, mas de humana ayuda,
Por la cumbre de un monte de repente
Apareció en buen órden nuestra gente.

¿Quién pudiera pintar el gran contento,
El alborozo de una y otra parte,
El ordenado alarde, el movimiento,
El ronco estruendo del furioso Marte;
Tanta bandera descogida al viento,
Tanto pendon, divisa y estandarte;
Trompas, clarines, voces, apellidos,
Relinchos de caballos y bufidos?

Ya que los unos y otros con razones
De amor y cumplimiento nos hablamos,
Y para los caballos y peones
Lugar cómodo y sitio señalamos,
Tiendas labradas, toldos, pabellones
En la estrecha campaña levantamos
En tanta multitud, que parecia
Que una ciudad allí nacido habia.

Fué causa la venida desta gente
Que el ejército bárbaro vecino,
Con nuevo acuerdo y parecer prudente
Mudase de propósito y camino:
Que Colocolo astuta y sábiamente
Al consejo de muchos contravino,
Discurriendo por términos y modos,
Que redujo á su voto los de todos.

Aunque, como ya digo, antes tuvieron
Gran contienda sobre ello y diferencia,
Pero al fin, por entonces difirieron
La ejecucion de la áspera sentencia;
Y el poderoso campo retrujeron
Hasta tener más cierta inteligencia
Del español ejército arribado,
Que ya le habia la fama acrecentado.

Pero los nuestros, de mostrar ganosos
Aquel valor que en la nacion se encierra,
Enemigos del ócio, y deseosos
De entrar talando la enemiga tierra,
Procuran con afectos hervorosos
Apresurar la deseada guerra,
Haciendo diligencia y gran instancia
En prevenir las cosas de importancia.

Reformado el bagaje brevemente
De la jornada larga y desabrida,
La bulliciosa y esforzada gente,
Ganosa de honra y de valor movida,
Murmurando el reposo libremente,
Pide que se acelere la partida,
Y el dia tanto de todos deseado
Que fué de aquel en cinco señalado.

En el alegre y esperado dia,
Al comenzar de la primer jornada,
Llegó de la Imperial gran compañía
De caballeros y de gente armada:
Que en aquella ocasion partido habia
Por tierra, aunque rebelde y alterada,
Con gran chusma y bagaje, bastecida
De municiones, armas y comida.

Ya, pues, en aquel sitio recogidos
Tantos soldados, armas, municiones,
Todos los instrumentos prevenidos,
Hechas las necesarias provisiones,
Fueron por igual órden repartidos
Los lugares, cuarteles y escuadrones,
Para que en el rebato y voz primera
Cada cual acudiese á su bandera.

Caupolican tambien por otra parte
Con no menor cuidado y providencia,
La gente de su ejército reparte
Por los hombres de suerte y suficiencia,
Que en el duro ejercicio y bélica arte
Era de mayor prueba y experiencia.
Y todo puesto á punto, quiso un dia
Ver la gente y las armas que tenia.

Era el primero que empezó la muestra
El cacique Pillolco, el cual armado
Iba de fuertes armas, en la diestra
Un gran baston de acero barreado;
Delante de su escuadra, gran maestra
De arrojar el certero dardo usado,
Procediendo en buen órden y manera,
De trece en trece iguales por hilera.

Luego pasó detrás de los postreros
El fuerte Leucoton, á quien siguiendo
Iba una espesa banda de flecheros,
Gran número de tiros esparciendo.
Venia Rengo tras él con sus maceros,
En paso igual y grave, procediendo
Arrogante, fantástico, lozano,
Con un entero líbano en la mano.

Tras él con fiero término seguia
El áspero y robusto Tulcomara,
Que vestida en lugar de arnés traia
La piel de un fiero tigre que matara;
Cuya espantosa boca le ceñia
Por la frente y quijadas la ancha cara,
Con dos espesas órdenes de dientes
Blancos, agudos, lisos y lucientes;

Al cual, en gran tropel, acompañaban
Su gente agreste y ásperos soldados,
Que en apiñada muela le cercaban,
De pieles de animales rodeados:
Luego los talcamávidas pasaban,
Que son más aparentes que esforzados,
Debajo del gobierno y del amparo
Del jactancioso mozo Caniotaro.
Iba siguiendo la postrer hilera
Millalermo, mancebo floreciente,
Con sus pintadas armas, el cual era
Del famoso Picoldo decendiente,
Rigiendo los que habitan la ribera
Del gran Nibequeten, que su corriente
No deja á la pasada fuente y río
Que todos no los traiga al Biobío.
Pasó luego la muestra Mareande,
Con una cimitarra y ancho escudo,
Mozo de presuncion y orgullo grande,
Alto de cuerpo, en proporcion membrudo:
Iba con él su primo Lepomande,
Desnudo, al hombro un gran cuchillo agudo,
Ambos de una divisa, rodeados
De gente armada y pláticos soldados.
Seguia el órden tras estos Lemolemo,
Arrastrando una pica poderosa,
Delante de su escuadra, por extremo
Lucida entre las otras y vistosa:
Un poco atrás del cual iba Gualemo,
Cubierto de una piel dura y pelosa
De un caballo marino, que su padre
Habia muerto en defensa de la madre.

Cuentan, no sé si es fábula, que estando
Bañándose en la mar, algo apartada,
Un caballo marino allí arribando
Fué dél súbitamente arrebatada;
Y el marido á las voces aguijando
De la cara mujer, del pez robada,
Con el dolor y pena de perdella,
Al agua se arrojó luego tras ella.
Pudo tanto el amor, que el mozo osado
Al pescado alcanzó, que se alargaba,
Y abrazado con él por maña á nado,
Á la vecina orilla le acercaba,
Donde el marino mónstruo sobreaguado,
Que tambien el amor ya le cegaba,
Dió recio en seco, al tiempo que el reflujo
De las huidoras olas se retrujo.
Soltó la presa libre, y sacudiendo
La dura cola, el suelo deshacia,
Y aquí y allí el gran cuerpo retorciendo,
Contra el mozo animoso se volvía:
El cual, sazon y punto no perdiendo,
Á las cercanas armas acudia,
Comenzando los dos una batalla
Que el mar calmó, y el sol paró á miralla.
Mas con destreza el bárbaro valiente,
De fuerza y ligereza acompañada,
Al monstro devoraz heria en la frente,
Con una porra de metal herrada:
Al cabo el indio valerosamente
Dió felice remate á la jornada,
Dejando al gran pescado allí tendido,
Que más de treinta piés tenia medido:

Y en memoria del hecho hazañoso,
Digno de le poner en escritura,
Del pellejo del pez duro y peloso
Hizo una fuerte y fácil armadura.
Muerto Guacol, Gualemo valeroso
Las armas heredó y á Quilacura,
Que es un valle extendido y muy poblado
De gente rica, de oro y de ganado.
Pasó tras este luego Talcaguano,
Que ciñe el mar su tierra y la rodea,
Un mástil grueso en la derecha mano,
Que como un tierno junco le blandea,
Cubierto de altas plumas muy lozano,
Siguiéndole su gente de pelea,
Por los pechos al sesgo atravesadas
Bandas azules, blancas y encarnadas.
Venia tras él Tomé, que sus pisadas
Seguian los puelches, gentes banderizas,
Cuyas armas son puntas enastadas,
De una gran braza largas y rollizas:
Y los trulos tambien, que usan espadas,
De fé mudable y casas movedizas,
Hombres de poco efeto, alharaquientos,
De fuerza grande y chicos pensamientos.
No faltó Andalican con su lucida
Y ejercitada gente en ordenanza,
Una cota finísima vestida,
Vibrando la fornida y gruesa lanza:
Y Orompello, de edad aún no cumplida,
Pero de grande muestra y esperanza,
Otra escuadra de pláticos regia,
Llevando al diestro Ongolmo en compañía.

Elicura pasó luego tras estos
Armado ricamente, el cual traia
Una banda de mozos bien dispuestos,
De grande presuncion y gallardía:
Seguian los llaucos de almagrados gestos,
Robusta y esforzada compañía,
Llevando en medio dellos por caudillo
Al sucesor del ínclito Ainavillo.

Seguia despues Cayocupil, mostrando
La dispuesta persona y buen deseo,
Su veterana gente gobernando
Con paso grave y con vistoso arreo.
Tras él venia Puren, tambien guiando,
Con no menor donaire y contoneo,
Una bizarra escuadra de soldados
En la dura milicia ejercitados.

Lincoya iba tras él, casi gigante,
La cresta sobre todos levantada,
Armado un fuerte peto rutilante,
De penachos cubierta la celada.
Con desdeñoso término, delante
De su lustrosa escuadra bien cerrada,
El jóven Peicaví luego guiaba
Otro espeso escuadron de gente brava.

Venia en esta reseña en buen concierto
El grave Caniomangue, entristecido
Por el insigne viejo padre muerto,
À quien habia en el cargo sucedido;
Todo de negro el blanco arnés cubierto,
Y su escuadron de aquel color vestido,
Al tardo son y paso los soldados
De roncos atambores destemplados.

Fué allí el postrero que pasó en la lista,
Primero en todo, Tucapel gallardo,
Cubierta una lucida sobrevista
De unos anchos escaques de oro y pardo:
Grande en el cuerpo, y áspero en la vista.
Con un huello lozano y paso tardo,
Detrás del cual iba un tropel de gente
Arrogante, fantástica y valiente.
El gran Caupolican, con la otra parte
Y resto del ejército araucano,
Más encendido que el airado Marte,
Iba con un baston corto en la mano:
Bajo de cuya sombra y estandarte
Venia el valiente Curgo y Mareguano,
Y el grave y elocuente Colocolo,
Millo, Teguan, Lambecho, y Guampicolo.
Seguian luego detrás sus plimaiquenes
Tuncos, renoguelones y pencones,
Los itátas, mauleses y cauquenes,
De pintadas divisas y pendones;
Nibequetenes, puelches y cautenes,
Con una espesa escuadra de peones,
Y multitud confusa de guerreros,
Amigos comarcanos y extranjeros.
Segun el mar las olas tiende y crece,
Así crece la fiera gente armada;
Tiembla en torno la tierra y se estremece,
De tantos piés batida y golpeada;
Lleno el aire de estruendo se escurece
Con la gran polvoreda levantada,
Que en ancho remolino al cielo sube
Cual ciega niebla espesa ó parda nube.

Pues nuestro campo en órden semejante.
Segun que dije arriba, don García
Al tiempo del partir puesto delante
De aquella valerosa compañía,
Con un alegre término y semblante,
Que dichoso suceso prometia,
Moviendo los dispuestos corazones,
Comenzó de decir estas razones.—

«Valientes caballeros, á quien solo
El valor natural de la persona
Os trujo á descubrir el austral polo,
Pasando la solar tórrida zona
Y los distantes trópicos, que Apolo,
Por más que cerca el cielo y le corona,
Jamás en ningun tiempo pasar puede,
Ni el soberano Autor se lo concede;

»Ya que con tanto afan habeis seguido
Hasta aquí las católicas banderas,
Y al español dominio sometido
Innumerables gentes extranjeras,
El fuerte pecho y ánimo sufrido
Poned contra estos bárbaros de veras,
Que, vencido esto poco, teneis llano
Todo el mundo debajo de la mano.

»Y en cuanto dilatamos este hecho
Y de llegar al fin lo comenzado,
Poco ó ninguna cosa habemos hecho,
Ni áun es vuestro el honor que habeis ganado:
Que, la causa indecisa, igual derecho
Tiene el fiero enemigo en campo armado
Á todas vuestras glorias y fortuna,
Pues las puede ganar con sola una.

»Lo que yo os pido de mi parte y digo
Es, que en estas batallas y revueltas,
Aunque os haya ofendido el enemigo,
Jamás vos le ofendais á espaldas vueltas:
Antes le defended como al amigo
Si, volviéndose á vos las armas sueltas,
Rehuyere el morir en la batalla,
Pues es más dar la vida que quitalla.
»Poned á todo en la razon la mira,
Por quien las armas siempre habeis tomado,
Que, pasando los términos la ira,
Pierde fuerza el derecho ya violado:
Pues cuando la razon no frena y tira
El ímpetu y furor demasiado,
El rigor excesivo en el castigo
Justifica la causa al enemigo.
»No sé ni tengo más acerca desto
Que decir ni advertiros con razones,
Que en detener ya tanto soy molesto
La furia desos vuestros corazones:
¡Sús, sús, pues, derribad y allanad presto
Las palizadas, tiendas, pabellones,
Y movamos de aquí todos á una
Adonde ya nos llama la fortuna!»
Súbito las escuadras presurosas
Con grande alarde y con gallardo brio
Marchan á las riberas arenosas
Del ancho y caudaloso Biobío;
Y en esquifadas barcas espaciosas
Atravesaron luego el ancho rio,
Entrando con ejército formado
Por el distrito y término vedado.

Mas, segun el trabajo se me ofrece
Que tengo de pasar forzosamente,
Reposar algun tanto me parece
Para cobrar aliento suficiente;
Que la cansada voz me desfallece,
Y siento ya acabárseme el torrente:
Mas yo me esforzaré, si puedo, tanto
Que os venga á contentar el otro canto.

CANTO XXII.

Entran los españoles en el estado de Arauco: traban los araucanos con ellos una reñida batalla: hace Rengo de su persona gran prueba: cortan las manos por justicia á Galbarino, indio valeroso.

Pérfido amor tirano, ¿qué provecho
Piensas sacar de mi desasosiego?
¿No estás de mi promesa satisfecho,
Que quieres afligirme desde luego?
¡Ay! que ya siento en mi cuidoso pecho
Labrarme poco á poco un vivo fuego,
Y desde allí con movimiento blando
Ir por venas y huesos penetrando.

¿Tanto, traidor, te va en que yo no siga
El duro estilo del sangriento Marte,
Que así de tal manera me fatiga
Tu importuna memoria en cada parte?
Déjame ya, no quieras que se diga
Que, porque nadie quiere celebrarte.
Al último rincon vas á buscarme,
Y allí pones tu fuerza en aquejarme.

¿No ves que es mengua tuya y gran bajeza,
Habiendo tantos célebres varones,
Venir á mendigar á mi pobreza,
Tan falta de concetos y razones;
Y en medio de las armas y aspereza,
Sumido en mil forzosas ocasiones,
Me cargas por un sueño, quizá vano,
Con tanta pesadumbre ya la mano?

Déjame ya, que la trompeta horrenda
Del enemigo bárbaro vecino
No da lugar á que otra cosa atienda,
Que me tiene tomado ya el camino:
Donde siento fraguada una contienda,
Que al ingenio más raro y peregrino,
En tal revolucion embarazado,
No le diera lugar desocupado.

¿Qué puedo, pues, hacer, si ya metido
Dentro en el campo y ocasion me veo,
Sino al cabo cumplir lo prometido,
Aunque tire á otra parte mi deseo?
Pero á término breve reducido,
Por la más corta senda, sin rodeo,
Pienso seguir el comenzado oficio,
Desnudo de ornamento y artificio.

Vuelto á la historia, digo, que marchaba
Nuestro ordenado campo de manera
Que gran espacio en breve se alejaba
Del Talcaguano término y ribera;
Mas, cuando el alto sol ya declinaba,
Cerca de un agua al pié de una ladera,
En cómodo lugar y llano asiento,
Hicimos el primero alojamiento.

Estábamos apenas alojados
En el tendido llano á la marina,
Cuando se oyó gritar por todos lados:
«¡Arma! arma! enfrena! enfrena! aína! aína!»
Luego de acá y de allá los derramados,
Siguiendo la ordenanza y diciplina,
Corren á sus banderas y pendones,
Formando las hileras y escuadrones.

Nuestros descubridores, que la tierra
Iban corriendo por el largo llano,
Al remate del cual está una sierra,
Cerca del alto monte Andalicano,
Vieron de allí calar gente de guerra,
Cerrando el paso á la siniestra mano,
Diciendo: «¡Espera! espera! tente! tente!
Veremos quién es hoy aquí valiente.»

Los nuestros al amparo de un repecho
En forma de escuadron se recogieron,
Donde con muestra y animoso pecho
Al ventajoso número atendieron;
Pero los fieros bárbaros de hecho,
Sin punto reparar, los embistieron,
Haciéndoles tomar presto la vuelta,
Sin órden y camino, á rienda suelta.

Aunque á veces en partes recogidos,
Haciendo cuerpo y rostro, revolvian,
Y con mayor valor que de vencidos
Al vencedor soberbio acometian;
Pero, de la gran furia compelidos,
El camino empezado proseguian,
Dejando á veces muerta y tropellada
Alguna de la gente desmandada.

Los presurosos indios desenvueltos,
Siempre con mayor furia y crecimiento,
En una espesa polvoreda envueltos,
Iban en el alcance y seguimiento.
Los nuestros á calcaño y freno sueltos,
Á la sazon con más temor que tiento,
Ayudan los caballos desbocados,
Arrimándoles hierro á los costados.

Pero por más que allí los aguijaban
Con voces, cuerpo, brazos y talones,
Los bárbaros por piés los alcanzaban,
Haciéndoles bajar de los arzones.
Al fin, necesitados peleaban
Cual los heridos osos y leones,
Cuando de los lebreles aquejados
Ven la guarida y pasos ocupados.

Como el airado viento repentino,
Que en lóbrego turbion con gran estruendo
El polvoroso campo y el camino
Va con violencia indómita barriendo,
Y en ancho y presuroso remolino,
Todo lo coge, lleva, y va esparciendo,
Y arranca aquel furioso movimiento
Los arraigados troncos de su asiento;

Con tal facilidad, arrebatados
De aquel furor y bárbara violencia,
Iban los españoles fatigados,
Sin poderse poner en resistencia.
Algunos, del honor avergonzados,
Vuelven haciendo rostro y aparencia;
Mas otra ola de gente que llegaba
Con más presteza y daño los llevaba.

Así los iban siempre maltratando,
Siguiendo el hado y próspera fortuna,
El rabioso furor ejecutando
En los rendidos, sin clemencia alguna,
Por el tendido valle resonando
La trulla y grita bárbara importuna,
Que, arrebatada de ligero viento,
Llevó presto la nueva á nuestro asiento.

En esto por la parte del poniente
Con gran presteza y no menor ruïdo
Juan Remon arribó con mucha gente,
Que el aviso primero habia tenido;
Y en furioso tropel gallardamente,
Alzando un ferocísimo alarido,
Embistió la enemiga gente airada,
En la vitoria y sangre ya cebada.

Mas un cerrado muro y baluarte
De duras puntas al romper hallaron,
Que con estrago de una y otra parte,
Hecho un hermoso choque, repararon.
Unos pasados van de parte á parte,
Otros muy lejos del arzon volaron,
Otros heridos, otros estropiados,
Otros de los caballos tropellados.

No es bien pasar tan presto ¡oh pluma mia!
Las memorables cosas señaladas
Y los crudos efetos deste dia
De valerosas lanzas y de espadas;
Que, aunque ingenio mayor no bastaria
Á poderlas llevar continuädas,
Es justo se celebre alguna parte
De muchas en que puedes emplearte.

El gallardo Lincoya, que arrogante
El primero escuadron iba guiando,
Con muestra airada y con feroz semblante
El firme y largo paso apresurando,
Cala la gruesa pica en un instante,
Y, el cuento entre la tierra y pié afirmando,
Recibe en el cruël hierro fornido
El cuerpo de Hernan Perez atrevido.

Por el lado derecho encaminado
Hizo el agudo hierro gran herida,
Pasando el escaupil doble estofado,
Y una cota de malla muy tejida:
El ancho y duro hierro ensangrentado
Abrió por las espaldas la salida,
Quedando el cuerpo ya descolorido
Fuera de los arzones suspendido.

Tucapelo gallardo, que al camino
Salió al valiente Osorio, que corriendo
Venia con mayor ánimo que tino,
Los herrados talones sacudiendo,
Mostrando el cuerpo, al tiempo que convino
Le dió lado, y la maza revolviendo,
Con tanta fuerza le cargó la mano,
Que no le dejó miembro y hueso sano.

A Cáceres, que un poco atrás venia,
De otro golpe tambien le puso en tierra,
El cual con gran esfuerzo y valentía
La adarga embraza y de la espada afierra,
Y contra la enemiga compañía
Se puso él solo á mantener la guerra.
Haciendo rostro y pié con tal denuedo
Que á los más atrevidos puso miedo.

Y aunque con gran esfuerzo se sustenta,
La fuerza contra tantos no bastaba,
Que ya la espesa turba alharaquienta
En confuso monton le rodeaba;
Pero en esta sazon más de cincuenta
Caballos que Reinoso gobernaba,
Que de refresco á tiempo habia llegado,
Vinieron á romper por aquel lado.

Tan recio se embistió que, aunque hallaron
De gruesas astas un tejido muro,
El cerrado escuadron aportillaron,
Probando más de diez el suelo duro:
Y al esforzado Cáceres cobraron,
Que cercado de gente, mal seguro,
Con ánimo feroz se sustentaba,
Y matando, la muerte dilataba.

Don Miguel y don Pedro de Avendaño,
Escobar, Juan Jufré, Cortés, y Aranda,
Sin mirar al peligro y riesgo extraño,
Sustentan todo el peso de su banda.
Tambien hacen efeto y mucho daño
Losada, Peña, Córdoba, y Miranda,
Bernal, Lasarte, Castañeda, Ulloa,
Martin Ruiz, y Juan Lopez de Gamboa.

Pero muy presto la araucana gente,
En la española sangre ya cebada,
Los hizo revolver forzosamente
Y seguir la carrera comenzada.
Tras estos, otra escuadra de repente
En ellos se estrelló desatinada;
Mas, sin ganar un paso de camino,
Volver rostros y riendas les convino.

Y aunque á veces con súbita represa
Juan Remon y los otros revolvian,
Luego con nueva pérdida y más priesa
La primera derrota proseguian:
Y en una polvorosa nube espesa
Envueltos unos y otros ya venian,
Cuando fué nuestro campo descubierto
En órden de batalla y buen concierto.

Iban los araucanos tan cebados
Que por las picas nuestras se metieron;
Pero vueltos en sí, más reportados,
El ímpetu y la furia detuvieron
Y al punto recogidos y ordenados,
La campaña al través se retrujeron
Al pié de un cerro á la derecha mano,
Cerca de una laguna y gran pantano;

Donde de nuestro cuerno arremetimos
Un gran tropel á pié de gente armada,
Que con presteza al arribar les dimos
Espesa carga y súbita rociada:
Y al cieno retirados, nos metimos
Tras ellos por venir espada á espada,
Probando allí las fuerzas y el denuedo
Con rostro firme y ánimo á pié quedo.

Jamás los alemanes combatieron
Así de firme á firme y frente á frente;
Ni mano á mano dando, recibieron
Golpes sin descansar á manteniente,
Como el un bando y otro, que vinieron
Á estar así en el cieno estrechamente
Que echar atrás un paso no podian,
Y dando apriesa, apriesa recibian.

Quién, el húmido cieno á la cintura,
Con dos y tres á veces peleaba;
Quién, por mostrar mayor desenvoltura,
Queriéndose mover más se atascaba;
Quién, probando las fuerzas y ventura,
Al vecino enemigo se aferraba,
Mordiéndole y cegándole con lodo,
Buscando de vencer cualquiera modo.

La furia del herirse y golpearse
Andaba igual, y en duda la fortuna,
Sin muestra ni señal de declararse
Mínima de ventaja en parte alguna:
Ya parecian aquellos mejorarse;
Ya ganaban aquestos la laguna,
Y la sangre de todos derramada
Tornaba la agua turbia colorada.

Rengo, que el odio y encendida ira
Le habia llevado ciego tanto trecho,
Luego que nuestro campo vió á la mira,
Y que á dar en la muerte iba derecho,
Al vecino pantano se retira,
Y el fiero rostro y animoso pecho
Contra todo el ejército volvia,
Y en voz amenazándole decia:

«Venid, venid á mí, gente plebea,
En mí sea vuestra saña convertida,
Que soy quien os persigue y quien desea
Más vuestra muerte que su propia vida.
No quiero ya descanso hasta que vea
La nacion española destruïda;
Y en esa vuestra carne y sangre odiosa
Pienso hartar mi hambre y sed rabiosa.»

Así la tierra y cielo amenazando
En medio del pantano se presenta,
Y, la sangrienta maza floreando,
La gente de poco ánimo amedrenta.
No fué bien conocido en la voz cuando.
Haciendo de sus fieros poca cuenta,
Algunos españoles más cercanos
Aguijaron sobre él con prestas manos.

Mas á Juan yanacona, que una pieza
De los otros osado se adelanta,
Le machuca de un golpe la cabeza,
Y de otro á Chilca el cuerpo le quebranta;
Y contra el jóven Zúñiga endereza
El tercero, con saña y furia tanta
Que, como clavo en húmido terreno,
Le sume hasta los pechos en el cieno.

Pero de tiros una lluvia espesa
Al animoso pecho encaminados,
Turbando el aire claro, á mucha priesa
Descargaron sobre él de todos lados:
Por esto el fiero bárbaro no cesa,
Antes con furia y golpes redoblados,
El lodo á la cintura, osadamente
Estaba por muralla de su gente.

Cual el cerdoso jabalí herido,
Al cenagoso estrecho retirado,
De animosos sabuesos perseguido,
Y de diestros monteros rodeado,
Ronca, bufa y rebufa embravecido,
Vuelve y revuelve de este y de aquel lado.
Rompe, encuentra, tropella, hiere y mata.
Y los espesos tiros desbarata;

El bárbaro esforzado, de aquel modo
Ardiendo en ira y de furor insano,
Cubierto de sudor, de sangre y lodo,
Estaba solo en medio del pantano
Resistiendo la furia y golpe todo
De los tiros que de una y otra mano,
Cubriendo el sol, sin número salian
Y como tempestad sobre él llovian.

Ya el esparcido ejército obediente,
Que el porfiado alcance habia seguido,
Descubriendo en el llano á nuestra gente.
Se habia tirado atrás y recogido:
Solo Rengo feroz y osadamente
Sustenta igual el desigual partido,
Á causa que la ciénaga era honda
Y llena de espesura á la redonda.

Viendo el fruto dudoso y daño cierto.
Segun la mucha gente que cargaba,
Que á grande priesa en órden y concierto
Desta y de aquella parte le cercaba,
Por un inculto paso y encubierto,
Que la fragosa sierra le amparaba,
Le pareció con tiempo retirarse,
Y salvar sus soldados y él salvarse,

Diciéndoles: «Amigos, no gastemos
La fuerza en tiempo y acto infrutuoso;
La sangre que nos queda conservemos
Para venderla en precio más costoso:
Conviene que de aquí nos retiremos,
Antes que en este sitio cenagoso,
Del enemigo puestos en aprieto,
Perdamos la opinion y él el respeto.»

Luego, la voz de Rengo obedecida,
Los presurosos brazos detuvieron,
Y por la parte estrecha y más tejida
Al son del atambor se retrujeron:
Era áspero el lugar y la salida,
Y así seguir los nuestros no pudieron,
Quedando algunos dellos tan sumidos,
Que fué bien menester ser socorridos.

Por la falda del monte levantado
Iban los fieros bárbaros saliendo:
Rengo, todo sangriento y enlodado,
Los lleva en retaguardia recogiendo,
Como el celoso toro madrigado,
Que la tarda vacada va siguiendo,
Volviendo acá y allá espaciosamente
El duro cerviguillo y alta frente.

Nuestro campo por órden recogido,
Retirado del todo el enemigo,
Fué entre algunos un bárbaro cogido,
Que mucho se alargó del bando amigo;
El cual acaso á mi cuartel traïdo
Hubo de ser para ejemplar castigo
De los rebeldes pueblos comarcanos,
Mandándole cortar ambas las manos:

Donde sobre una rama destroncada
Puso la diestra mano, yo presente,
La cual de un golpe con rigor cortada,
Sacó luego la izquierda alegremente,
Que del tronco tambien saltó apartada,
Sin torcer ceja ni arrugar la frente;
Y con desden y menosprecio dello,
Alargó la cabeza y tendió el cuello;

Diciendo así. «Segad esa garganta,
Siempre sedienta de la sangre vuestra;
Que no temo la muerte ni me espanta
Vuestra amenaza y rigurosa muestra:
Y la importancia y pérdida no es tanta
Que haga falta mi cortada diestra,
Pues quedan otras muchas esforzadas
Que saben gobernar bien las espadas.
»Y si pensais sacar algun provecho
De no llegar mi vida al fin postrero,
Aquí, pues, moriré á vuestro despecho,
Que, si quereis que viva, yo no quiero:
Al fin iré algun tanto satisfecho
De que á vuestro pesar alegre muero,
Que quiero con mi muerte desplaceros,
Pues solo en esto puedo ya ofenderos.»
Así que, contumaz y porfiado
La muerte con injurias procuraba,
Y siempre más rabioso y obstinado,
Sobre el sangriento suelo se arrojaba;
Donde en su misma sangre revolcado
Acabar ya la vida deseaba,
Mordiéndose con muestras impacientes
Los desangrados troncos con los dientes,
Estando pertinaz desta manera,
Templándonos la lástima el enojo,
Vió un esclavo bajar por la ladera
Cargado con un bárbaro despojo;
Y como encarnizada bestia fiera
Que vé la desmandada presa al ojo,
Así con una furia arrebatada
Le sale de través á la parada;

Y en él los piés y brazos añudados,
Sobre el húmido suelo le tendia,
Y con los duros troncos desangrados
En las narices y ojos le heria:
Al fin junto á nosotros á bocados,
Sin poderse valer, se le comia,
Si no fuera con tiempo socorrido,
Quedando, aunque fué presto, mal herido.

El bárbaro infernal con atrevida
Voz en pié puesto, dijo: «Pues me queda
Alguna fuerza y sangre retenida
Con que ofender á los cristianos pueda,
Quiero acetar, á mi pesar, la vida,
Aunque por modo vil se me conceda;
Que yo espero sin manos desquitarme,
Que no me faltarán para vengarme.

»Quedaos, quedaos, malditos, que yo os digo
Que en mí tendreis con ódio y sed rabiosa
Torcedor y solícito enemigo
Cuando dañar no pueda en otra cosa:
Muy presto entendereis cómo os persigo,
Y que os fuera mi muerte provechosa.»
Diciendo así otras cosas que no cuento,
Partió de allí ligero como el viento.

No es bien que así dejemos en olvido
El nombre deste bárbaro obstinado,
Que por ser animoso y atrevido
El audaz Galbarino era llamado.
Mas por tanta aspereza he discurrido
Que la fuerza y la voz se me ha acabado;
Y así habré de parar, porque me siento
Ya sin fuerza, sin voz, y sin aliento.

CANTO XXIII.

Llega Galbarino donde estaba el senado araucano: hace en el consejo una habla, con la cual desbarata los pareceres de algunos. Salen los españoles en busca del enemigo: píntase la cueva del hechicero Fiton y las cosas que en ella habia.

Jamás debe, Señor, menospreciarse
El enemigo vivo, pues sabemos
Puede de una centella levantarse
Fuego con que despues nos abrasemos,
Y entonces es cordura recelarse
Cuando en mayor felicidad nos vemos:
Pues los que gozan próspera bonanza
Están aún más sujetos á mudanza.
Solo la muerte próspera asegura
El breve curso del felice hado,
Que, mientras que la incierta vida dura,
Nunca hay cosa que dure en un estado.
Así que, quien jamás tuvo ventura
Podrá llamarse bienaventurado,
Y sin prosperidad vivir contento,
Pues no teme infelice acaecimiento.

Y pues que ya tenemos certidumbre
Que nunca hay bien seguro ni reposo,
Que es ley usada, es órden y costumbre
Por donde ha de pasar el más dichoso;
Gastar el tiempo en esto es pesadumbre,
Y así, por no ser largo y enojoso,
Solo quiero contar á lo que vino
El despreciar al mozo Galbarino:

El cual, aunque herido y desangrado,
Tanto el coraje y rabia le inducia,
Que llegó á Andalican, donde alojado
Caupolican su ejército tenia.
Era al tiempo que el ínclito senado
En secreto consejo proveia
Las cosas de la guerra y menesteres,
Dando y tomando en ello pareceres.

Cuál con justo temor dificultaba
La pretension de algunos imprudente;
Cuál, por mostrar valor, facilitaba
Cualquier dificultoso inconveniente;
Cuál un concierto lícito aprobaba;
Cuál era deste voto diferente;
Procurando unos y otros con razones
Esforzar sus discursos y opiniones.

En esta confusion y diferencia
Galbarino arribó apenas con vida,
El cual pidiendo para entrar licencia,
Le fué graciosamente concedida:
Donde con la debida reverencia,
Esforzando la voz enflaquecida,
Falto de sangre, y muy cubierto della,
Comenzó desta suerte su querella.

«Si solíades vengar, sacros varones,
Las ajenas injurias tan de veras,
Y en las extrañas tierras y naciones
Hicieron sombra ya vuestras banderas;
¿Cómo agora en las propias posesiones
Unas bastardas gentes extranjeras
Os vienen á oprimir y conquistaros,
Y tan tibios estais en el vengaros?
»Mirad mi cuerpo aquí despedazado,
Miembro del vuestro, que por más afrenta
Me envian lleno de injurias al senado
Para que dellas sepa daros cuenta:
Mirad vuestro valor vituperado,
Y lo que en mí el tirano os representa,
Jurando no dejar cacique alguno
Sin desmembrarlos todos de uno en uno.
»Por cierto bien en vano han adquirido
Tanta gloria y honor vuestros agüelos,
Y el araucano crédito subido
En su misma virtud hasta los cielos,
Si agora infame, hollado y abatido
Anda de lengua en lengua por los suelos,
Y vuestra ilustre sangre resfriada
En los sucios rincones derramada.
»¿Qué provincia hubo ya que no tremiese
De vuestra voz en todo el mundo oida,
Ni nacion que las armas no rindiese
Por temor ó por fuerza compelida,
Arribando á la cumbre porque fuese
Tanto de allí mayor vuestra caida,
Y al término llegase el menosprecio
Donde de los pasados llegó el precio?

»Pues unos extranjeros enemigos,
Con título y con nombre de clemencia,
Ofrecen de acetaros por amigos,
Queriéndoos reducir á su obediencia:
Y si no os someteis, que con castigos
Prometen oprimir vuestra insolencia,
Sin quedar del cuchillo reservado
Género, religion, edad, ni estado.

»Volved, volved en vos, no deis oido
Á sus embustes, tratos y marañas;
Pues todas se enderezan á un partido
Que viene á deslustrar vuestras hazañas:
Que la ocasion, que aquí los ha traido
Por mares y por tierras tan extrañas,
Es el oro goloso, que se encierra
En las fértiles venas de esta tierra.

»Y es un color, es aparencia vana
Querer mostrar que el principal intento
Fué el extender la religion cristiana,
Siendo el puro interés su fundamento:
Su pretension de la codicia mana,
Que todo lo demas es fingimiento,
Pues los vemos que son más que otras gentes
Adúlteros, ladrones, insolentes.

»Cuando el siniestro hado y dura suerte
Nos amenacen cierto en lo futuro,
Podemos elegir honrada muerte,
Remedio breve, fácil y seguro:
Poned á la fortuna el hombro fuerte;
Á dura adversidad corazon duro;
Que el pecho firme y ánimo invencible
Allana y facilita áun lo imposible.»

No pudo decir más de desmayado
Por la infinita sangre que perdia,
Que el laso cuello ya debilitado
Sostener la cabeza áun no podia:
Así el rostro mortal desfigurado
En el sangriento suelo se tendia,
Dejando áun á los más endurecidos
De su esperada muerte condolidos.

Mas, como no tuviese tal herida
Que pudiese hallar la muerte entrada,
Retuvo luego la dudosa vida,
En siéndole la sangre restañada:
Y la virtud con tiempo socorrida
Fué de tantos remedios confortada,
Y el mozo se ayudó de tal manera,
Que recobró su sanidad primera.

Fueron de tanta fuerza sus razones
Y el odio que á los nuestros concibieron,
Que los más entibiados corazones
De cólera rabiosa se encendieron:
Así las diferentes opiniones
A un fin y parecer se redujeron,
Quedando para siempre allí excluido
Quien tratase de medio y de partido.

Los impacientes mozos deseosos
De venir á las armas braveaban,
Y con muestras y afectos hervorosos
El espacioso tiempo apresuraban;
Pero los más maduros y espaciosos
Aquella ardiente cólera templaban
Y el término de algunos indiscreto,
No reprobando el general decreto.

Dejémoslos un rato, pues, tratando
De dar no una batalla, sino ciento,
Del órden, la manera, dónde y cuándo,
Con varios pareceres y un intento;
Que me voy poco á poco descuidando
De nuestro alborotado alojamiento,
Donde estuvimos todos recogidos
Con buena guardia y bien apercebidos.
Mas cuando el esperado sol salia,
La gente de caballo en órden puesta
Marchó, quedando atrás la infantería,
Y del campo despues toda la resta,
Con tal velocidad que á medio dia
Subimos la temida y agria cuesta,
De blancos huesos de cristianos llena
Que despertó el cuidado y nos dió pena.
Al araucano valle, pues, bajamos
Que el mar le bate al lado del poniente
Donde en llano lugar nos alojamos
De comidas y pastos suficiente;
Y luego con promesas enviamos
De aquella vecindad alguna gente
Á requerir la tierra comarcana
Con la segura paz y ley cristiana.
Mas como al tiempo puesto no volviesen,
Y pasasen despues algunos dias,
Ni por astucia y maña no supiesen
De su resolucion nuestras espías,
Fué acordado que algunos se partiesen
Por los vecinos pueblos y alquerías,
Al salir tardo de la escasa luna,
Á tomar relacion y lengua alguna.

Así yo apercebido sordamente,
En medio del silencio y noche escura
Dí sobre algunos pueblos de repente
Por un gran arcabuco y espesura,
Donde la miserable y triste gente
Vivia por su pobreza en paz segura:
Que el rumor y alboroto de la guerra
Aun no la habia sacado de su tierra.

Viniendo, pues, á dar al Chaillacano,
Que es donde nuestros campo se alojaba,
Ví en una loma, al rematar de un llano
Por una angosta senda que cruzaba
Un indio laso, flaco y tan anciano,
Que apenas en los piés se sustentaba,
Corvo, espacioso, débil, descarnado,
Cual de raices de árboles formado.

Espantado del talle y la torpeza
De aquel retrato de vejez tardía,
Llegué, por ayudarle en su pereza,
Y tomar lengua dél si algo sabia;
Mas no sale con tanta ligereza
Sintiendo los lebreles por la via
La temerosa gama fugitiva,
Como el viejo salió la cuesta arriba.

Yo, sin más atencion ni advertimiento,
Arrimando las piernas al caballo,
Á más correr salí en su seguimiento,
Pensando, aunque volaba, de alcanzallo;
Mas el viejo, dejando atrás el viento,
Me fué forzoso á mi pesar dejallo,
Perdiéndole de vista en un instante
Sin poderle seguir más adelante.

Halléme á la bajada de un repecho
Cerca de dos caminos desusados,
Por donde corre Rauco más estrecho,
Que le ciñen dos cerros los costados;
Y mirando á lo bajo y más derecho,
En una selva de árboles copados
Ví una mansa corcilla junto al rio
Gustando de las yerbas y rocio.
Ocurrió luego á la memoria mia
Que la razon en sueños me dijera
Cómo habia de topar acaso un dia
Una simple corcilla en la ribera;
Y así yo con grandísima alegría
Comencé de bajar por la ladera
Paso á paso, siguiendo el un camino
Hasta que della vine á estar vecino.
Púdelo bien hacer, que en las quebradas
Era grande el rumor de la corriente,
Y con pasos y orejas descuidadas
Pacia la tierna yerba libremente;
Pero cuando sintió ya mis pisadas
Y al rumor levantó la altiva frente,
Dejó el sabroso pasto y arboleda
Por una estrecha y áspera vereda.
Comencéla á seguir á toda priesa
Labrando á mi caballo los costados;
Mas tomando otra senda, que atraviesa,
Se entró por unos ásperos collados:
Al cabo enderezó á una selva espesa
De matorrales y árboles cerrados,
Adonde se lanzó por una senda,
Y yo tambien tras ella á toda rienda.

Perdí el rastro y cerróseme el camino;
Sobreviniendo un aire turbulento,
Y así de acá y de allá fuera de tino
De una espesura en otra andaba á tiento.
Vista, pues, mi torpeza y desatino,
Arrepentido del primer intento,
Sin pasar adelante me volviera
Si alguna senda ó rastro yo supiera.

Gran rato anduve así descarriado,
Que la oculta salida no acertaba,
Cuando sentí por el siniestro lado
Un arroyo que cerca mormuraba;
Y al vecino rumor encaminado,
Al pié de un roble que á la orilla estaba
Ví una pequeña y mísera casilla,
Y junto á un hombre anciano la corcilla,

El cual dijo: «¿Qué hado ó desventura
Tan fuera de camino te ha traido
Por este inculto bosque y espesura
Donde jamás ninguno he conocido?
Que, si por caso adverso y suerte dura
Andas de tus banderas foragido,
Haré cuanto pudiere de mi parte
En buscar el remedio y escaparte.»

Viendo el ofrecimiento y acogida
De aquel extraño y agradable viejo,
Más alegre que nunca fuí en mi vida
Por hallar tal ayuda y aparejo;
Le dije la ocasion de mi venida,
Pidiéndole me diese algun consejo,
Para saber la cueva do habitaba
El mágico Fiton á quien buscaba.

El venerable viejo y padre anciano,
Con un suspiro y tierno sentimiento,
Me tomó blandamente por la mano,
Saliendo de su frágil aposento:
Y por ser á la entrada del verano
Buscamos á la sombra un fresco asiento
En una tosca y pedregosa fuente,
Do comenzó á decirme lo siguiente.—
«Mi tierra es en Arauco, y soy llamado
El desdichado viejo Guaticolo,
Que en los robustos años fuí soldado,
En cargo antecesor de Colocolo;
Y antes por mi persona en estacado
Siete campos vencí de solo á solo,
Y mil veces de ramos fué ceñida
Esta mi calva frente envejecida.
»Mas como en esta vida el bien no dura,
Y todo está sujeto á desvarío,
Mudóse mi fortuna en desventura,
Y en deshonor perpetuo el honor mio:
Que por extraño caso y suerte dura
Perdí con Ainavillo en desafío,
La gloria en tantos años adquirida,
Quitándome el honor y no la vida.
»Viéndome, pues con vida y deshonrado
(Que mil veces quisiera antes ser muerto)
De cobrar el honor desesperado
Me vine, como ves, á este desierto,
Donde más de veinte años he morado,
Sin ser jamás de nadie descubierto,
Sino agora de tí, que ha sido cosa
No poco para mí maravillosa.

»Así que, tantos tiempos he vivido
En este solitario apartamiento,
Y pues que la fortuna te ha atraido
Á mi triste y humilde alojamiento,
Haré de voluntad lo que has pedido,
Que tengo con Fiton conocimiento,
Que, aunque intratable y áspero, es mi tio,
Hermano de Guarcolo, padre mio.
»Al pié de una asperísima montaña,
Pocas veces de humano pié pisada,
Hace su habitacion y vida extraña
En una oculta y lóbrega morada,
Que jamás el alegre sol la baña,
Y es á su condicion acomodada,
Por ser fuera de término inhumano,
Enemigo mortal del trato humano.
»Mas su saber y su poder es tanto
Sobre las piedras, plantas y animales,
Que alcanza por su ciencia y arte cuanto
Pueden todas las causas naturales:
Y en el escuro reino del espanto
Apremia á los callados infernales
Á que digan por áspero conjuro
Lo pasado, presente, y lo futuro.
»En la furia de sol y luz serena
De noturnas tinieblas cubre el suelo,
Y, sin fuerza de vientos, llueve y truena
Fuera de tiempo el sosegado cielo:
El raudo curso de los rios enfrena,
Y las aves en medio de su vuelo
Vienen de golpe abajo amodorridas
Por su fuertes palabras compelidas.

»Las yerbas en su agosto reverdece,
Y entiende la virtud de cada una,
El mar revuelve, el viento le obedece
Contra la fuerza y órden de la luna;
Tiembla la firme tierra y se estremece
Á su voz eficaz sin causa alguna
Que la altere y remueva por de dentro,
Apretándose recio con su centro.
»Los otros poderosos elementos
Á las palabras deste están sujetos,
Y á las causas de arriba y movimientos
Hace perder la fuerza y los efetos:
Al fin por su saber y encantamentos
Escudriña y entiende los secretos,
Y alcanza por los astros influentes
Los destinos y hados de las gentes.
»No sé, pues, cómo pueda encarecerte
El poder deste mágico adivino;
Solo en tu menester quiero ofrecerte
Lo que ofrecerte puede un su sobrino.
Mas, para que mejor esto se acierte,
Será bien que tomemos el camino,
Pues es la hora y sazon desocupada
Que podremos tener mejor entrada.»
Luego de allí los dos nos levantamos,
Y atando á mi caballo de la rienda,
Á paso apresurado caminamos
Por una estrecha é intricada senda,
La cual seguida un trecho, nos hallamos
En una selva de árboles horrenda,
Que los rayos del sol y claro cielo
Nunca allí vieron el umbroso suelo.

Debajo de una peña socavada,
De espesas ramas y árboles cubierta,
Vimos un callejon y angosta entrada,
Y más adentro una pequeña puerta
De cabezas de fieras rodeada,
La cual de par en par estaba abierta,
Por donde se lanzó el robusto anciano
Llevándome trabado de la mano.

Bien por ella cien pasos anduvimos,
No sin algun temor de parte mia,
Cuando á una grande bóveda salimos,
Do una perpetua luz en medio ardia:
Y á cada banda en torno della vimos
Poyos puestos por órden, en que habia
Multitud de redomas sobre-escritas
De ungüentos, yerbas y aguas infinitas.

Vimos allí del lince preparados
Los penetrantes ojos virtuosos,
En cierto tiempo y conjuncion sacados,
Y los del basilisco ponzoñosos;
Sangre de hombres bermejos enojados,
Espumajos de perros, que rabiosos
Van huyendo del agua, y el pellejo
Del pecoso chersidros cuando es viejo.

Tambien en otra parte parecia
La coyuntura de la dura hiena,
Y el meollo del cencris, que se cria
Dentro de Libia en la caliente arena;
Y un pedazo del ala de una arpía,
La hiel de la biforme anfisibena,
Y la cola del áspide revuelta
Que da la muerte en dulce sueño envuelta:

Moho de calavera destroncada
Del cuerpo que no alcanza sepultura;
Carne de niña por nacer, sacada
No por donde la llama la natura;
Y la espina tambien descoyuntada
De la sierpe cerastas; y la dura
Lengua de la hemorrois, que aquel que hiere
Suda toda la sangre hasta que muere:
Vello de cuantos mónstruos prodigiosos
La supérflua natura ha producido;
Escupidos de sierpes venenosos;
Las dos alas del jáculo temido;
Y de la seps los dientes ponzoñosos,
Que el hombre ó animal della mordido,
De súbito hinchado como un odre,
Huesos y carne se convierte en podre.
Estaba en un gran vaso trasparente
El corazon del grifo atravesado,
Y ceniza del fénix, que en oriente
Se quema él mismo de vivir cansado:
El unto de la scítala serpiente,
Y el pescado echineis, que en mar airado
Al curso de las naves contraviene,
Y á pesar de los vientos las detiene;
No faltaban cabezas de escorpiones
Y mortíferas sierpes enconadas;
Alacranes, y colas de dragones,
Y las piedras del águila preñadas:
Buches de los hambrientos tiburones;
Menstruo y leche de hembras azotadas,
Landres, pestes, venenos, cuantas cosas
Produce la natura ponzoñosas.

Yo, que con atencion mirando andaba
La copiosa botica embebecido,
Por una puerta, que á un rincon estaba,
Ví salir un anciano consumido,
Que sobre un corvo junco se arrimaba,
El cual luego de mí fué conocido
Ser el que habia corrido por la cuesta,
Que apenas le alcanzara una ballesta,

Diciéndome: «No es poco atrevimiento
El que, siendo tan mozo, has hoy tomado
De venir á mi oculto alojamiento,
Do sin mi voluntad nadie ha llegado:
Mas, porque sé que algun honrado intento
Tan lejos á buscarme te ha obligado,
Quiero, por esta vez, hacer contigo
Lo que nunca pensé acabar conmigo.»

Visto por mi apacible compañero
La coyuntura y tiempo favorable,
Pues el viejo tan áspero y severo
Se mostraba doméstico y tratable,
Se detuvo, mirándome primero
Con un comedimiento y muestra afable,
Por ver si responderle yo queria;
Mas viéndome callar, le respondia,

Diciendo: «¡Oh gran Fiton, á quien es dado
Penetrar de los cielos los secretos,
Que del eterno curso arrebatado
No obedecen la ley, á tí sujetos!
Tú, que de la fortuna y fiero hado
Revocas cuando quieres los decretos,
Y el órden natural turbas y alteras
Alcanzando las cosas venideras;

»Y por mágica ciencia y saber puro,
Rompiendo el cavernoso y duro suelo,
Puedes en el profundo reino escuro
Meter la claridad y luz del cielo;
Y atormentar con áspero conjuro
La caterva infernal que con recelo
Tiembla de tu eficaz fuerza, que es tanta
Que sus eternas leyes le quebranta;
»Sabrás que á este mancebo le ha traido
De tu espantoso nombre la gran fama,
Que, en las Indias regiones extendido,
Hasta el ártico polo se derrama;
El cual por mil peligros ha rompido,
Tras su deseo corriendo, que le llama
Á celebrar las cosas de la guerra,
Y el sangriento destrozo desta tierra;
»Que, estando así una noche retirado
Escribiendo el suceso de aquel dia,
Súbito fué en un sueño arrebatado,
Viendo cuanto en la Europa sucedia;
Donde le fué asimismo revelado
Que en tu escondida cueva entenderia
Extraños casos, dignos de memoria,
Con que ilustrar pudiese más su historia:
»Y que noticia le darias de cosas
Ya pasadas, presentes y futuras,
Hazañas y conquistas milagrosas,
Peregrinos sucesos y aventuras,
Temerarias empresas espantosas,
Hechos que no se han visto en escrituras:
Este encarecimiento le molesta,
Y nos tiene suspensos tu respuesta.»

*

Holgó el mago de oir cuán extendida
Por aquella region su fama andaba,
Y vuelta á mí la cara envejecida,
Todo de arriba abajo me miraba:
Al fin, con voz pujante y expedida,
Que poco con las canas conformaba,
Y aspecto grave y muestra algo severa,
La respuesta me dió desta manera.—

«Aunque en razon es cosa prohibida
Profetizar los casos no llegados,
Y es ménos alargar á uno la vida
Contra el fuerte estatuto de los hados;
Ya que ha sido á mi casa tu venida
Por incultos caminos desusados,
Te quiero complacer, pues mi sobrino
Viene aquí por tu intérprete y padrino.»

Diciendo así, con paso tardo y lento,
Por la pequeña puerta cavernosa
Me metió de la mano á otro aposento,
Y luego en una cámara hermosa,
Que su fábrica extraña y ornamento,
Era de tal labor y tan costosa,
Que no sé lengua que contarlo pueda,
Ni habrá imaginacion á que no exceda.

Tenia el suelo por órden ladrillado
De cristalinas losas trasparentes,
Que el color entrepuesto y variado
Hacia labor y visos diferentes:
El cielo alto, diáfano, estrellado
De innumerables piedras relucientes,
Que toda la gran cámara alegraba
La varia luz que dellas revocaba.

Sobre columnas de oro sustentadas
Cien figuras de bulto en torno estaban,
Por arte tan al vivo trasladadas
Que un sordo bien pensara que hablaban:
Y dellas las hazañas figuradas
Por las anchas paredes se mostraban,
Donde se via el extremo y excelencia
De armas, letras, virtud y continencia.
En medio desta cámara espaciosa,
Que media milla en cuadro contenia,
Estaba una gran poma milagrosa,
Que una luciente esfera la ceñia,
Que por arte y labor maravillosa
En el aire por sí se sostenia,
Que el gran círculo y máquina de dentro
Parece que estribaban en su centro.
Despues de haber un rato satisfecho
La codiciosa vista en las pinturas,
Mirando de los muros, suelo y techo
La gran riqueza y varias esculturas,
El mago me llevó al globo derecho,
Y vuelto allí de rostro á las figuras,
Con el corvo cayado señalando,
Comenzó de enseñarme así hablando·
«Habrás de saber, hijo, que estos hombres
Son los más desta vida ya pasados,
Que por grandes hazañas sus renombres
Han sido y serán siempre celebrados;
Y algunos, que de baja estirpe y nombres
Sobre sus altos hechos levantados,
Los ha puesto su próspera fortuna
En el más alto cuerno de la luna:

»Y esta bola que ves y compostura,
Es del mundo el gran término abreviado,
Que su dificilísima hechura
Cuarenta años de estudio me ha costado.
Mas no habrá en larga edad cosa futura
Ni oculto disponer de inmóvil hado
Que muy claro y patente no me sea,
Y tenga aquí su muestra y viva idea.

»Mas, pues tus aparencias codiciosas
Son de escrebir los actos de la guerra,
Y por fuerza de estrellas rigurosas
Tendrás materia larga en esta tierra,
Dejaré de aclararte algunas cosas
Que la presente poma y mundo encierra,
Mostrándote una sola que te espante,
Para lo que pretendes importante:

»Que, pues en nuestro Arauco ya se halla
Materia á tu propósito cortada,
Donde la espada y defensiva malla
Es más que en otra parte frecuentada,
Solo te falta una naval batalla,
Con que será tu historia autorizada,
Y escribirás las cosas de la guerra
Así de mar tambien como de tierra;

»La cual verás aquí tal, que te juro
Que vista la tendremos por dudosa
Y en el pasado tiempo y el futuro
No se vió ni verá tan espantosa:
Y el gran Mediterráneo mar seguro
Quedará por la gente vitoriosa,
Y la parte vencida y destrozada
La marítima fuerza quebrantada.

»Por tanto, á mis palabras no te alteres,
Ni te espante el horrísono conjuro,
Que, si atento con ánimo estuvieres,
Verás aquí presente lo futuro:
Todo punto por punto lo que vieres,
Lo disponen los hados, y aseguro
Que podrás, como digo, ser de vista
Testigo y verdadero coronista.»

Yo con mayor codicia, por un lado
Llegué el rostro á la bola trasparente,
Donde vi dentro un mundo fabricado,
Tan grande como el nuestro, y tan patente
Como en redondo espejo relevado,
Llegando junto el rostro, claramente
Vemos dentro un anchísimo palacio,
Y en muy pequeña forma grande espacio.

Y por aquel lugar se descubria
El turbado y revuelto mar Ausonio,
Donde se difinió la gran porfía
Entre César Augusto y Marco Antonio:
Así en la misma forma parecia
Por la banda de Lépanto y Favonio,
Junto á las Curchulares hácia el puerto
De galeras el ancho mar cubierto.

Mas viendo las divisas señaladas
Del Papa, de Felipe y venecianos,
Luego reconocí ser las armadas
De los infieles turcos y cristianos,
Que, en órden de batalla aparejadas,
Para venir estaban á las manos,
Aunque á mi parecer no se movian,
Ni más que figuradas parecian.

Pero el mago Fiton me dijo: «Presto
Verás una naval batalla extraña,
Donde se mostrará bien manifiesto
El supremo valor de vuestra España.»
Y luego con airado y fiero gesto,
Hiriendo el ancho globo con la caña
Una vez al través, otra al derecho,
Sacó una horrible voz del ronco pecho,

Diciendo: «¡Orco amarillo, Can cerbero,
Oh gran Pluton, retor del bajo infierno,
Oh cansado Caron, viejo barquero;
Y vos, laguna Estigia y lago Averno;
Oh Demogórgon, tú que lo postrero
Habitas del tartáreo reino eterno,
Y las hervientes aguas de Aqueronte,
De Leteo, Cocito, y Flegetonte!

»¡Y vos, Furias, que así con crueldades
Atormentais las ánimas dañadas,
Que aún temen ver las ínferas deidades
Vuestras frentes de víboras crinadas;
Y vosotras, Gorgóneas potestades,
Por mis fuertes palabras apremiadas
Haced que claramente aquí se vea,
Aunque futura, esta naval pelea!

»¡Y tú, Hécate ahumada y mal compuesta;
Nos muestra lo que pido aquí visible!
¡Hola! ¿á quién digo? ¿qué tardanza es esta,
Que no os hace temblar mi voz terrible?
Mirad que romperé la tierra opuesta
Y os heriré con luz aborrecible,
Y por fuerza absoluta y poder nuevo
Quebrantaré las leyes del Erebo.»

No acabó de decir bien esto, cuando
Las aguas en el mar se alborotaron,
Y el seco lesnordeste respirando,
Las cuerdas y anchas velas se estiraron:
Y aquellas gentes súbito anhelando
Poco á poco moverse comenzaron,
Haciendo de aquel modo en los objetos
Todas las demas causas sus efetos.

Mirando, aunque espantado, atentamente
La multitud de gente que allí habia,
Vi que escrito de letras en la frente
Su nombre y cargo cada cual tenia:
Y mucho me admiró los que al presente
En la primera edad yo conocia,
Verlos en su vigor y años lozanos,
Y otros floridos jóvenes ya canos.

Luego, pues, los cristianos dispararon
Una pieza en señal de rompimiento,
Y en alto un crucifijo enarbolaron,
Que acrecentó el hervor y encendimiento:
Todos humildemente le salvaron
Con grande devocion y acatamiento,
Bajo del cual estaban á los lados
Las armas de los fieles coligados.

En esto, con rumor de varios sones,
Acercándose siempre, caminaban;
Estandartes, banderas y pendones
Sobre las altas popas tremolaban:
Las ordenadas bandas y escuadrones,
Esgrimiendo las armas, se mostraban
En torno las galeras rodeadas
De cañones de bronce y pavesadas.

Mas en el bajo tono que ahora llevo
No es bien que de tan grande cosa cante,
Que es cierto menester aliento nuevo,
Lengua más expedida y voz pujante.
Así, medroso desto, no me atrevo
Á proseguir, Señor, más adelante.
En el siguiente y nuevo canto os pido
Me deis vuestro favor y atento oido.

CANTO XXIV.

En este canto solo se contiene la gran batalla naval, el desbarate y rota de la armada turquesca, con la huida de Ochali.

La sazon, gran Felipe, es ya llegada
En que mi voz', de vos favorecida,
Cante la universal y gran jornada
En las ausónias olas difinida;
La soberbia otomana derrocada,
Su marítima fuerza destruida,
Los varios hados, diferentes suertes,
El sangriento destrozo y crudas muertes.

Abridme ¡oh sacras musas! vuestra fuente,
Y dadme nuevo espíritu y aliento,
Con estilo y lenguaje conveniente
Á mi arrojado y grande atrevimiento
Para decir extensa y claramente
Deste naval conflito el rompimiento,
Y las gentes que están juntas á una
Debajo de este golpe de fortuna.

¿Quién bastará á contar los escuadrones
Y el número copioso de galeras,
La multitud y mezcla de naciones,
Estandartes, enseñas y banderas;
Las defensas, pertrechos, municiones,
Las diferencias de armas y maneras,
Máquinas, artificios, instrumentos,
Aparatos, divisas y ornamentos?
Vi croatos, dalmacios, esclavones,
Búlgaros, albaneses, transilvanos,
Tártaros, tracios, griegos, macedones,
Turcos, lidios, armenios, georgianos,
Sirios, árabes, licios, licaones,
Numidas, sarracenos, africanos,
Genízaros, sanjacos, capitanes,
Chauces, beheleerveyes y bajanes.
Vi allí tambien de la nacion de España
La flor de juventud y gallardía,
La nobleza de Italia y de Alemaña,
Una audaz y bizarra compañía:
Todos ornados de riqueza extraña,
Con animosa muestra y lozania;
Y en las popas, carceses y trinquetes
Flámulas, banderolas, gallardetes.
Así las dos armadas, pues, venian,
En tal manera y órden navegando
Que dos espesos bosques parecian
Que poco á poco se iban allegando:
Las cicaladas armas relucian
En el inquieto mar reverberando,
Ofendiendo la vista desde lejos
Las agudas vislumbres y reflejos.

Por nuestra armada al uno y otro lado
Una presta fragata discurria,
Donde venia un mancebo levantado
De gallarda aparencia y bizarría,
Un riquísimo fuerte peto armado,
Con tanta autoridad, que parecia
En su disposicion, figura y arte,
Hijo de la fortuna y del Dios Marte.

Yo codicioso de saber quién era,
Aficionado al talle y apostura,
Mirando atentamente la manera,
El aire, el ademan y compostura,
En la fuerte celada en la testera
Vi escrito en el relieve y grabadura
De letras de oro, el campo en sangre tinto,
DON JUAN, HIJO DE CÉSAR CÁRLOS QUINTO;

El cual acá y allá siempre corria
Por medio del bullicio y alboroto,
Y en la fragata cerca dél venia
El viejo secretario Juan de Soto,
De quien el mago anciano me decia
Ser en todas las cosas de gran voto,
Persona de discurso y experiencia,
De mucha expedicion y suficiencia.

Don Juan á la sazon los exhortaba
Á la batalla y trance peligroso,
Con ánimo y valor que aseguraba
Por cierta la vitoria y fin dudoso:
Y su gran corazon facilitaba
Lo que el temor hacia dificultoso,
Derramando por toda aquella gente
Un bélico furor y fuego ardiente,

Diciendo: «¡ Oh valerosa compañía,
Muralla de la Iglesia inexpugnable!
Llegada es la ocasion, este es el dia
Que dejais vuestro nombre memorable:
Calad armas y remos á porfía,
Y la invencible fuerza y fe inviolable
Mostrad contra estos pérfidos paganos,
Que vienen á morir á vuestras manos;
»Que quien volver de aquí vivo desea
Al patrio nido y casa conocida,
Por medio desa armada gente crea
Que ha de abrir con la espada la salida:
Así cada cual mire que pelea
Por su Dios, por su rey y por la vida,
Que no puede salvarla de otra suerte
Sino es trayendo al enemigo á muerte.
»Mirad que del valor y espada vuestra
Hoy el gran peso y ser del mundo pende,
Y entienda cada cual que está en su diestra
Toda la gloria y premio que pretende:
Apresuremos la fortuna nuestra,
Que la larga tardanza nos ofende;
Pues no estais de cumplir vuestro deseo
Más del poco de mar que en medio veo.
»Vamos, pues, á vencer; no detengamos
Nuestra buena fortuna que nos llama;
Del hado el curso próspero sigamos,
Dando materia y fuerzas á la fama:
Que solo deste golpe derribamos
La bárbara arrogancia, y se derrama
El sonoroso estruendo desta guerra
Por todos los confines de la tierra.

»Mirad por ese mar alegremente,
Cuánta gloria os está ya aparejada;
Que Dios aquí ha juntado tanta gente
Para que á nuestros piés sea derrocada,
Y someta hoy aquí todo el oriente
Á nuestro yugo la cerviz domada,
Y á sus potentes príncipes y reyes
Les podamos quitar y poner leyes.
»Hoy con su perdicion establecemos
En todo el mundo el crédito cristiano,
Que quiere nuestro Dios que quebrantemos
El orgullo y furor mahometano:
¿Qué peligro ¡oh varones! temeremos
Militando debajo de tal mano?
¿Y quién resistirá vuestras espadas
Por la divina mano gobernadas?
»Solo os ruego que, en Cristo confiando,
Que á la muerte de Cruz por vos se ofrece,
Combata cada cual por Él, mostrando
Que llamarse su mílite merece;
Con próposito firme protestando
De vencer ó morir; que si parece
La vitoria de premio y gloria llena,
La muerte por tal Dios no es ménos buena.
»Y pues con este fin nos dispusimos
Al peligro y rigor desta jornada,
Y en la defensa de su ley venimos
Contra esa gente infiel y renegada,
La justísima causa que seguimos
Nos tiene la vitoria asegurada:
Así que, ya del cielo prometido,
Os puedo yo afirmar que habeis vencido.»

Súbito allí los pechos más helados
De furor generoso se encendieron,
Y de los torpes miembros resfriados
El temor vergonzoso sacudieron:
Todos, los diestros brazos levantados,
La vitoria ó morir le prometieron,
Teniendo en poco ya desde aquel punto
El contrario poder del mundo junto.

El valeroso jóven, pues, loando
Aquella voluntad asegurada,
Con súbita presteza el mar cortando,
Atravesó por medio de la armada,
De blanca espuma el rastro levantando,
Cual luciente cometa arrebatada
Cuando veloz, rompiendo el aire espeso,
Le suele así dejar gran rato impreso.

Así que, brevemente habiendo puesto
En órden las galeras y la gente,
Á la suya Real se acosta presto,
Donde fué saludado alegremente;
Y señalando á cada cual su puesto,
Con el concierto y órden conveniente,
Zafa la artillería, y alistada,
Iba la vuelta de la turca armada.

Llevaba el cuerno de la diestra mano
El sucesor del ínclito Andrea Doria,
De quien el largo mar Mediterrano
Hará perpétua y célebre memoria:
Y Agustin Barbarigo, veneciano,
Proveedor de la armada senatoria,
Llevaba el otro cuerno á la siniestra,
Con órden no menor y bella muestra.

Pues los cuernos iguales y ordenados,
La batalla guiaba el hijo dino
Del gran Cárlos, cerrando los dos lados
Las galeras de Malta y Lomelino;
Las del Papa y Venecia á los costados,
Así continuāban su camino,
Cargando con igual compás y extremos
Las anchas palas de los largos remos.
Iban seis galeazas delanteras,
Bastecidas de gente y artilladas,
Puestas de dos en dos en las fronteras,
Que á manera de luna iban cerradas:
Seguian luego detrás treinta galeras
Al general socorro señaladas,
Donde el marqués de Santa Cruz venia
Con una valerosa compañía.
Por el órden y término que cuento
La católica armada caminaba
La vuelta de la infiel, que á sobreviento,
Ganándole la mar, se aventajaba:
Pero luego á deshora calmó el viento,
Y el alto mar sus olas allanaba,
Remitiendo fortuna la sentencia
Al valor de los brazos y excelencia.
Opuesto al Barbarigo, al cuerno diestro
Va Siroco, virey de Alejandría,
Con Mehemet bey, cosario y gran maestro,
Que á Negroponto á la sazon regia:
Ochali, renegado, iba al siniestro
Con Carabe y su hijo en compañía,
Y en medio en la batalla bien cerrada,
Alí, gran general de aquella armada;

El cual, reconociendo el duro hado,
Y de su perdicion la hora postrera,
Como prudente capitan y osado,
De la alta popa en la Real galera,
Con un semblante alegre y confiado,
Que mostraba fingido por defuera,
El cristiano poder disminuyendo
Hizo esta breve plática, diciendo:

«No será menester, soldados, creo,
Moveros ni incitaros con razones,
Que ya por las señales que en vos veo
Se muestran bien las fieras intenciones.
Echad fuera la ira y el deseo
Desos vuestros fogosos corazones,
Y las armas tomad, en cuyo hecho
Los hados ponen hoy vuestro derecho.

»Que jamás la fortuna á nuestros ojos
Se mostró tan alegre y descubierta,
Pues cargada de gloria y de despojos
Se viene ya á meter por nuestra puerta.
Rematad el trabajo y los enojos
Desta prolija guerra, haciendo cierta
La esperanza y el crédito estimado
Que de vuestro valor siempre habeis dado.

»No os altere la muestra y el ruïdo
Con que se acerca la enemiga armada;
Que sabed que ese ejército movido
Y gente de mil reinos allegada,
Fortuna á una cerviz la ha reducido,
Porque pueda de un golpe ser cortada,
Y deis por vuestra mano en solo un dia
Del mundo al Gran Señor la monarquía,

»Que esas gentes sin órden que allí vienen
En el valor y número inferiores,
Son las que nos impiden y detienen
El ser de todo el mundo vencedores:
Muestren las armas el poder que tienen,
Tomad desos indignos posesores
Las provincias y reinos del poniente
Que os vienen á entregar tan ciegamente.
»Que ese su capitan envanecido
Es de muy poca edad y suficiencia,
Indignamente al cargo promovido,
Sin curso, diciplina ni experiencia:
Y así presuntuoso y atrevido,
Con ardor juvenil é inadvertencia
Trae toda esta gente condenada
Á la furia y rigor de vuestra espada.
»No penseis que nos venden muy costosa
Los hados la vitoria deste dia;
Que lo más desa armada temerosa
Es de la veneciana Señoría,
Gente no ejercitada ni industriosa,
Dada más al regalo y policía,
Y á las blandas delicias de su tierra,
Que al robusto ejercicio de la guerra.
»Y esotra turbamulta congregada
Es pueblo soez y bárbara canalla,
De diversas naciones amasada,
En quien conformidad jamás se halla:
Gente que nunca supo qué es espada,
Que antes que se comience la batalla
Y el espantoso son de artillería
La romperá su misma vocería.

»Mas vosotros, varones invencibles,
Entre las armas ásperas criados,
Y en guerras y trabajos insufribles
Tantas y tantas veces aprobados,
¿Qué peligros habrá ya tan terribles
Ni contrarios ejércitos ligados
Que basten á poneros algun miedo,
Ni á resfriar vuestro ánimo y denuedo?
»Ya me parece ver gloriosamente
La riza y mortandad de vuestra mano,
Y ese interpuesto mar con más creciente
Teñido en roja sangre el color cano.
Abrid, pues, y romped por esa gente,
Echad á fondo ya el poder cristiano,
Tomando posesion de un golpe solo
Del Gange á Chile, y de uno al otro polo.»
Así el bajá en el limitado trecho
Los dispuestos soldados animaba,
Y de la heróica empresa y alto hecho
El próspero suceso aseguraba;
Pero en lo hondo del secreto pecho
Siempre el negocio más dificultaba,
Tomando por agüero ya contrario
La gran resolucion del adversario:
Y más cuando un genízaro forzado,
Que iba sobre la gavia descubriendo,
Despues de haberse bien certificado,
Las galeras de allí reconociendo,
Dijo: «El cuerpo de en medio y diestro lado
Y el socorro que atrás viene siguiendo,
Si mi vista de aquí no desatina,
Es de la armada y gente ponentina.»

Sintió el bajá no menos que la muerte
Lo que el cristiano cierto le afirmaba;
Pero, mostrando esfuerzo y pecho fuerte,
El secreto dolor disimulaba,
Y así al cuerpo de en medio, que por suerte,
Segun órden de guerra le tocaba,
Enderezó su escuadra aventajada
De sus tendidos cuernos abrigada.
Llegado el punto ya del rompimiento
Que los precisos hados señalaron,
Con una furia igual y movimiento
Las potentes armadas se juntaron,
Donde por todas partes á un momento
Los cargados cañones dispararon
Con un terrible estrépito, de modo
Que parecia temblar el mundo todo.
El humo, el fuego, el espantoso estruendo
De los furiosos tiros escupidos;
El recio destroncar y encuentro horrendo
De las proas y mástiles rompidos;
El rumor de las armas estupendo;
Las varias voces, gritos y apellidos;
Todo en revuelta confusion hacia
Espectáculo horrible y armonía.
No la ciudad de Príamo asolada
Por tantas partes sin cesar ardia,
Ni el crudo efeto de la griega espada
Con tal rigor y estrépito se oia,
Como la turca y la cristiana armada
Que, envuelta en humo y fuego, parecia
No solo arder el mar, hundirse el suelo,
Pero venirse abajo el alto cielo.

El gallardo don Juan, reconocida
La enemiga Real que iba en la frente,
Hendiendo recio el agua rebatida,
Rompe por medio de la llama ardiente;
Mas la turca con ímpetu impelida
Le sale á recebir, donde igualmente
Se embisten con furiosos encontrones
Rompiendo los herrados espolones.

No estaban las Reales aferradas,
Cuando de gran tropel sobrevinieron
Siete galeras turcas bien armadas,
Que en la cristiana súbito embistieron;
Pero, de no menor furia llevadas,
Al socorro sobre ellas acudieron
De la derecha y de la izquierda mano
La general del Papa y veneciano;

Do con segunda autoridad venia
Por general del sumo Quinto Pio
Marco Antonio Colona, á quien seguia
Una escuadra de mozos de gran brio,
Tras el cual al socorro arremetia
Por el camino y paso más vacio
La patrona de España y capitana,
Rompiendo el golpe y multitud pagana.

El príncipe de Parma valeroso,
Que iba en la capitana ginovesa,
Hendiendo el mar revuelto y espumoso
Se arroja en medio de la escuadra apriesa:
La confusion y revolver furioso,
Y del humo la negra nube espesa,
La codiciosa vista me impedia,
Y así á muchos allí desconocia.

Mons de Leñí con su galera presto
Por su parte embistió y cerró el camino,
Donde llegó de los primeros puesto
El valeroso príncipe de Urbino,
Que á la bárbara furia contrapuesto
Con ánimo y esfuerzo peregrino,
Gallarda y singular prueba hacia
De su valor, virtud y valentía.
Luego con igual ímpetu y denuedo
Llegan unas con otras á bordarse,
Cerrándose tan juntas que á pié quedo
Pueden con las espadas golpearse:
No bastaba la muerte á poner miedo,
Ni allí se vió peligro rehusarse,
Aunque al arremeter viesen derechos
Disparar los cañones á los pechos.
Así la airada gente deseosa
De ejecutar sus golpes se juntaban,
Y cual violenta tempestad furiosa
Los tiros y altos brazos descargaban.
Era de ver la priesa hervorosa
Con que las fieras armas meneaban:
La mar de sangre súbito cubierta
Comenzó á recebir la gente muerta.
Por las proas, por popas y costados
Se acometen y ofenden sin sosiego;
Unos cayendo mueren ahogados,
Otros á puro hierro, otros á fuego;
No faltando en los puestos desdichados
Quien á los muertos sucediese luego,
Que muerte ni rigor de artillería
Jamás bastó á dejar plaza vacia.

Quién por saltar en el bajel contrario
Era en medio del salto atravesado;
Quién por herir sin tiempo al adversario
Caia en el mar de su furor llevado:
Quién con bestial designio temerario,
En su nadar y fuerzas confiado,
Al odioso enemigo se abrazaba
Y en las revueltas olas se arrojaba.

¿Cuál será aquel que no temblase viendo
El fin del mundo y la total ruïna;
Tantas gentes á un tiempo pereciendo,
Tanto cañon, bombarda y culebrina?
El sol, los claros rayos recogiendo,
Con faz turbada de color sanguina,
Entre las negras nubes se escondia
Por no ver el destrozo de aquel dia.

Acá y allá con pecho y rostro airado,
Sobre el rodante carro presuroso,
De Tesifon y Aleto acompañado,
Discurre el fiero Marte sanguinoso.
Ora sacude el fuerte brazo armado,
Ora bate el escudo fulminoso,
Infundiendo en la fiera y brava gente
Ira, saña, furor y rabia ardiente.

Quién, faltándole tiros, luego afierra
Del pedazo del remo ó de la entena;
Quién trabuca al forzado y lo deshierra
Arrebatando el grillo ó la cadena:
No hay cosa de metal, de leño y tierra
Que allí para tirar no fuese buena,
Rotos bancos, postizas, batayolas,
Barriles, escotillas, portañolas.

Y las lanzas y tiros que arrojaban,
Aunque del duro acero resurtiesen,
En las sangrientas olas ya hallaban
Enemigos que en sí los recibiesen;
Y ardiendo, en la agua fria peleaban,
Sin que al adverso hado se rindiesen,
Hasta el forzoso y postrimero punto
Que faltaba la fuerza y vida junto.
Cuáles, su propia sangre resorbiendo,
Andan agonizando sobreaguados;
Cuáles, tablas y gúmenas asiendo,
Quedan rindiendo el alma enclavijados;
Cuáles, hacer más daño no pudiendo,
Á los ménos heridos abrazados,
Se dejan ir al fondo forcejando,
Contentos con morir allí matando.
No es posible contar la gran revuelta
Y el confuso tumulto y son horrendo:
Vuela la estopa en vivo fuego envuelta,
Alquitran, y resina, y pez ardiendo:
La presta llama con la brea revuelta,
Por la seca madera discurriendo,
Con fieros estallidos y centellas,
Creciendo amenazaba las estrellas.
Unos al mar se arrojan por salvarse,
Del crudo hierro y llamas perseguidos:
Otros, que habian probado el ahogarse
Se abrazan á los leños encendidos:
Así que, con la gana de escaparse,
Á cualquiera remedio vano asidos,
Dentro del agua mueren abrasados,
Y en medio de las llamas ahogados.

Muchos, ya con la muerte porfiando.
Su opinion aún muriendo sostenian,
Los tiros y las lanzas apañando
Que de las fuertes armas resurtian:
Y en las huidoras olas estribando,
Los ya cansados brazos sacudian,
Empleando en aquellos que topaban
La rabia y pocas fuerzas que quedaban.

Crece el furor y el áspero ruïdo
Del contino batir apresurado:
El mar de todas partes rebatido
Hierve y regüelda cuerpos de apretado,
Y sangriento, alterado y removido,
Cual de contrarios vientos arrojado,
Todo revuelto en una espuma espesa,
Las herradas galeras bate apriesa.

En la alta popa junto al estandarte
El ínclito don Juan resplandecia,
Más encendido que el airado Marte,
Cercado de una ilustre compañía:
De allí provee remedio á toda parte,
Acá da priesa, allá socorro envia,
Asegurando á todos su persona
Soberbio triunfo y la naval corona.

Don Luis de Requesens de la otra banda
Provoca, exhorta, anima, mueve, incita,
Corre, vuelve, revuelve, torna y anda
Donde el peligro más le necesita:
Provee, remedia, acude, ordena, manda,
Insta, da priesa, induce y solicita,
Á la diestra, siniestra, á popa, á proa,
Ganando estimacion y eterna loa.

Pues el conde de Pliego don Fernando,
Diligente, solícito y cuidoso
Acude á todas partes, remediando
Lo de ménos remedio y más dudoso.
Así, pues, del cristiano y turco bando,
Cada cual inquiriendo un fin honroso,
Procuraban matando, como digo,
Morir en el bajel del enemigo.

Era tanta la furia y tal la priesa
Que el fin y dia postrero parecia;
De los tiros la recia lluvia espesa
El aire claro y rojo mar cubria,
Crece la rabia, el disparar no cesa
De la presta y continua batería,
Atronando el rumor de las espadas
Las marítimas costas apartadas.

El buen marqués de Santa Cruz, que estaba
Al socorro comun apercebido,
Visto el trabado juego cual andaba
Y desigual en partes el partido,
Sin aguardar mas tiempo, se arrojaba
En medio de la priesa y gran ruïdo,
Embistiendo con ímpetu furioso
Todo lo más revuelto y peligroso.

Viendo, pues, de enemigos rodeada
La galera Real con gran porfía,
Y que otra de refresco bien armada
Á embestirla con ímpetu venia,
Saltóle de través, boga arrancada,
Y al encuentro y defensa se oponia,
Atajando con presto movimiento
El bárbaro furor y fiero intento.

Despues rabioso, sin parar, corriendo
Por la áspera batalla discurria;
Entra, sale y revuelve, socorriendo,
Y á tres y á cuatro á veces resistia.
¿Quién podrá punto á punto ir refiriendo
Las gallardas espadas que este dia
En medio del furor se señalaron,
Y el mar con turca sangre acrecentaron?

Don Juan en esto airado é impaciente,
La espaciosa fortuna apresuraba,
Poniendo espuelas y ánimo á su gente,
Que envuelta en sangre ajena y propia andaba.
Alí bajá, no menos diligente,
Con gran hervor los suyos esforzaba,
Trayéndoles con tino á la memoria
El gran premio y honor de la vitoria.

Mas la Real cristiana aventajada
Por el grande valor de su caudillo,
Á puros brazos y á rigor de espada
Abre recio en la turca un gran portillo,
Por do un grueso tropel de gente armada,
Sin poder los contrarios resistillo,
Entra con un rumor y furia extraña,
Gritando: «¡Cierra! cierra! España! España!»

Los turcos, viendo entrada su galera,
Del temor y peligro compelidos,
Revuelven sobre sí de tal manera
Que fueron los cristianos rebatidos;
Pero añadiendo furia á la primera
Los fuertes españoles ofendidos,
Venciendo el nuevo golpe de la gente,
Los vuelven á llevar forzosamente

Hasta el árbol mayor, donde afirmando
El rostro y pié con nueva confianza
Renuevan la batalla, refrescando
El fiero estrago y bárbara matanza.
Carga socorro de uno y otro bando;
Fatígales y aqueja la tardanza
De vencer ó morir desesperados,
Dando gran priesa á los dudosos hados.
La grande multitud de los heridos,
Que á la batida proa recudian,
Causaban que á las veces detenidos
Los unos á los otros se impedian;
Pero, de medicinas proveidos,
Luego de nuevo á combatir volvian,
Las enemigas fuerzas reprimiendo
Que iban, al parecer, convaleciendo.
En esta gran revuelta y desatino,
Que allí cargaba más que en otro lado,
Viniendo á socorrer don Bernardino,
Más que de vista de ánimo dotado,
Fué con súbita furia en el camino
De un fuerte esmerilazo derribado,
Cortándole con golpe riguroso
Los pasos y designio valeroso.
Fué el poderoso golpe de tal suerte,
De más de la pesada y gran caida,
Que resistir no pudo el peto fuerte
Ni la rodela á prueba guarnecida;
Al fin el jóven con honrada muerte
Del todo aseguró la inquieta vida,
Envainando en España mil espadas
En contra y daño suyo declaradas.

En esto por tres partes fué embestida
La famosa de Malta capitana,
Y apretada de todas y batida
Con vieja enemistad y furia insana;
Mas la fuerza y virtud tan conocida
De aquella audaz caballería cristiana,
La multitud pagana contrastando,
Iba de punto en punto mejorando.

Pero el virey de Argel, cosario experto,
Que á la mira hasta entonces habia estado,
Hallando al cuerno diestro el paso abierto,
Que del todo no estaba bien cerrado,
Antes que se pusiesen en concierto,
Furioso se lanzó por aquel lado,
Echándole de nuevo tres bajeles
Con infinito número de infieles.

Los fuertes caballeros peleando
Resisten aquel ímpetu y motivo;
Pero al cabo, Señor, sobrepujando
Á las fuerzas el número excesivo,
Los entran con gran furia degollando,
Sin tomar á rescate un hombre vivo,
Vertiendo en el revuelto mar furioso
De baptizada sangre un rio espumoso.

Las galeras de Malta, que miraron
Con tal rigor su capitana entrada,
Los fieros enemigos despreciaron
Con quien tenian batalla comenzada;
Y batiendo los remos, se lanzaron
Con nueva rabia y priesa acelerada
Sobre la multitud de los paganos
Verdugos de los mártires cristianos.

Tanto fué el sentimiento en los soldados
Y la sed de venganza de manera
Que, embistiendo á los turcos por los lados,
Entran haciendo riza carnicera:
Así que, vitoriosos, y vengados,
Recobraron su honor y la galera,
Hallando solo vivos los primeros
Al general y cuatro caballeros.
Marco Antonio Colona, despreciando
El ímpetu enemigo y la braveza,
Combate animosísimo, igualando
Con la honrosa ambicion la fortaleza.
Pues Sebastian Veniero, contrastando
La turca fuerza y bárbara fiereza,
Vengaba allí con ira y rabia justa
La injuria recebida en Famagusta.
La capitana de Sicilia en tanto
Tambien Portau bajá la combatia,
La cual ya por el uno y otro canto
Cercada de galeras la tenia:
Era el valor de los cristianos tanto
Que la ventaja desigual suplia,
No solo sustentando igual la guerra,
Pero dentro del mar ganando tierra;
Que don Juan, de la sangre de Cardona,
Ejercitando allí su viejo oficio,
Ofrece á los peligros la persona,
Dando de su valor notable indicio;
Y la fiera nacion de Barcelona
Hace en los enemigos sacrificio,
Trayendo hasta los puños las espadas
Todas en sangre bárbara bañadas.

No, pues, con ménos ánimo y pujanza
El sábio Barbarigo combatia,
Igualando el valor á la esperanza
Que de su claro esfuerzo se tenia:
Ora oprime la turca confianza,
Ora á la misma muerte rebatia,
Haciendo suspender la flecha airada
Que ya derecho en él tenia asestada.
Bien que con muestra y ánimo esforzado
Contrastaba la furia sarracina,
No pudo contrastar al duro hado,
Ó, por mejor decir, órden divina;
Que ya el último término llegado,
De una furiosa flecha repentina
Fué acertado en el ojo en descubierto,
Donde á poco de rato cayó muerto.
Aunque fué grande el daño y sentimiento
De ver tal capitan así caïdo,
No por eso turbó el osado intento
Del veneciano pueblo embravecido,
Antes con más furor y encendimiento,
Á la venganza lícita movido,
Hiere en los matadores de tal suerte
Que fué recompensada bien su muerte.
En este tiempo andaba la pelea
Bien reñida del lado y cuerno diestro,
Donde el sagaz y astuto Juan Andrea
Se mostraba muy plático maestro:
Tambien Hector Espínola pelea
Con uno y otro á diestro y á siniestro,
Señalándose en medio de la furia
La experta y diestra gente de Liguria.

Bien dos horas y media y más habia
Que duraba el combate porfiado,
Sin conocer en parte mejoría,
Ni haberse la vitoria declarado,
Cuando el bravo don Juan, que en saña ardia,
Casi quejoso del suspenso hado,
Comenzó á mejorar sin duda alguna
Declarada del todo su fortuna.

En esto con gran ímpetu y ruïdo,
Por el valor de la cristiana espada
El furor mahomético oprimido,
Fué la turca Real del todo entrada,
Do, el estandarte bárbaro abatido,
La Cruz del Redentor fué enarbolada,
Con un triunfo solemne y grande gloria
Cantando abiertamente la vitoria.

Súbito un miedo helado discurriendo
Por los míseros turcos ya turbados,
Les fué los brazos luego entorpeciendo,
Dejándolos sin fuerzas desmayados;
Y las espadas y ánimos rindiendo,
Á su fortuna mísera entregados,
Dieron la entrada franca, como cuento,
Al ímpetu enemigo y movimiento.

Ya, pues, del cuerno izquierdo y del derecho
De la vitoria sanginosa usando,
Con furia inexorable todo á hecho
Los van por todas partes degollando:
Quién al agua se arroja abierto el pecho,
Quién se entrega á las llamas, rehusando
El agudo cuchillo riguroso,
Teniendo el fuego allí por más piadoso.

El astuto Ochali, viendo su gente
Por la cristiana fuerza destruida,
Y la deshecha armada totalmente
Al hierro, fuego y agua ya rendida,
La derrota tomó por el poniente,
Siguiéndole con mísera huida
Las bárbaras reliquias destrozadas,
Del hierro y fuego apenas escapadas.

Pero el hijo de Cárlos, conociendo
Del traidor renegado el bajo intento,
Con gran furia el movido mar rompiendo
Carga, dándole caza, en seguimiento.
Iban tras ellos al través saliendo
El de Bazan y el de Oria á sotavento,
Con una escuadra de galeras junta,
Procurando ganarles una punta.

Mas la triste canalla, viendo angosta
La senda y ancho mar, segun temia,
Vuelta la proa á la vecina costa,
En tierra con gran ímpetu embestia:
Y cual se ve tal vez saltar langosta
En multitud confusa, así á porfía
Salta la gente al mar embravecido,
Huyendo del peligro más temido.

Cuál con brazos, con hombros, rostro y pecho
El gran reflujo de las olas hiende;
Cuál, sin mirar al fondo y largo trecho,
No sabiendo nadar allí lo aprende:
No hay parentesco, no hay amigo estrecho,
Ni el mismo padre al caro hijo atiende,
Que el miedo, de respetos enemigo,
Jamás en el peligro tuvo amigo.

Así que, del temor mismo esforzados,
En la arenosa playa pié tomaron,
Y por las peñas y árboles cerrados
Á más correr huyendo se escaparon:
Deshechos, pues, del todo y destrozados
Los miserables bárbaros quedaron,
Habiendo, fuerza á fuerza y mano á mano,
Rendido el nombre de Austria al Otomano.

Estaba yo con gran contento viendo
El próspero suceso prometido,
Cuando en el globo el mágico hiriendo
Con el potente junco retorcido,
Se fué el aire ofuscando y revolviendo,
Y cesó de repente el gran ruïdo;
Quedando en gran quietud la mar segura
Cubierta de una niebla y sombra escura.

Luego Fiton con plática sabrosa
Me llevó por la sala paseando,
Y sin dejar figura, cada cosa
Me fué parte por parte declarando.
Mas teniendo temor que os sea enojosa
La relacion prolija, iré dejando
Todo aquello, aunque digno de memoria,
Que no importa ni toca á nuestra historia.

Solo diré que con muy gran contento
Del mago y Guaticolo despedido,
Aunque tarde, llegué á mi alojamiento,
Donde ya me juzgaban por perdido.
Volviendo, pues, la pluma á nuestro cuento,
Que en larga digresion me he divertido,
Digo que allí estuvimos dos semanas
Con falsas armas y esperanzas vanas.

Pero en resolucion, nunca supimos
De nuestros enemigos cautelosos,
Ni su designio y ánimo entendimos,
Que nos tuvo suspensos y dudosos;
Lo cual considerado, nos partimos,
Desmintiendo los pasos peligrosos
En su demanda, entrando por la tierra
Con gana y fin de rematar la guerra.

Una tarde que el sol ya declinaba,
Arribamos á un valle muy poblado,
Por donde un grande arroyo atravesaba,
De cultivadas lomas rodeado;
Y en la más llana que á la entrada estaba,
Por ser lugar y sitio acomodado,
La gente se alojó por escuadrones
Las tiendas levantando y pabellones.

Estaba el campo apenas alojado,
Cuando de entre unos árboles salia
Un bizarro araucano bien armado,
Buscando el pabellon de don García;
Y á su presencia el bárbaro llegado,
Sin muestra ni señal de cortesía,
Le comenzó á decir..... Pero entre tanto
Será bien rematar mi largo canto.

CANTO XXV.

Asientan los españoles su campo en Millarapué: llega á desafiarlos un indio de parte de Caupolican: vienen á la batalla muy reñida y sangrienta: señálanse Tucapel y Rengo: cuéntase tambien el valor que los españoles mostraron aquel dia.

Cosa es digna de ser considerada
Y no pasar por ella fácilmente,
Que gente tan ignota y desviada
De la frecuencia y trato de otra gente,
De inavegables golfos rodeada,
Alcance lo que así dificilmente
Alcanzaron por curso de la guerra
Los más famosos hombres de la tierra.

Dejen de encarecer los escritores
Á los que el arte militar hallaron,
Ni más celebren ya á los inventores
Que el duro acero y el metal forjaron;
Pues los últimos indios moradores
Del araucano estado así alcanzaron
El órden de la guerra y diciplina,
Que podemos tomar dellos dotrina.

¿Quién les mostró á formar los escuadrones,
Representar en órden la batalla,
Levantar caballeros y bastiones,
Hacer defensas, fosos y muralla,
Trincheas, nuevos reparos, invenciones,
Y cuanto en uso militar se halla,
Que todo es un bastante y claro indicio
Del valor desta gente y ejercicio?

Y sobre todo debe ser loado
El silencio en la guerra y obediencia,
Que nunca fué secreto revelado
Por dádiva, amenaza ni violencia,
Como ya en lo que dellos he contado
Vemos abiertamente la experiencia;
Pues por maña jamás ni por espías
Dellos tuvimos nueva en tantos dias,

Aunque en los pueblos comarcanos fueron
Presas de sobresalto muchas gentes,
Que al rigor del tormento resistieron
Con gran constancia y firmes continentes;
Tanto, que muchas veces nos hicieron
Andar en los discursos diferentes,
Que pudiera causar notable daño,
Creciendo su cautela y nuestro engaño.

Pero, como ya dije arriba, estando
Apenas nuestro ejército alojado,
Vino un gallardo mozo preguntando
Dó estaba el capitan aposentado:
Y á su presencia el bárbaro llegando,
Con tono sin respeto levantado,
Habiéndose juntado mucha gente,
Soltó la voz diciendo libremente.—

«¡Oh capitan cristiano! si ambicioso
Eres de honor con título adquirido,
Al oportuno tiempo venturoso
Tu próspera fortuna te ha traido:
Que el gran Caupolicano, deseoso
De probar tu valor encarecido,
Si tal virtud y esfuerzo en tí se halla,
Pide de solo á solo la batalla:

»Que siendo de personas informado
Que eres mancebo noble, floreciente,
En la arte militar ejercitado,
Capitan y cabeza desta gente,
Dándote por ventaja de su grado
La eleccion de las armas francamente,
Sin excepcion de condicion alguna
Quiere probar tu fuerza y su fortuna.

»Y así, por entender que muestras gana
De encontrar el ejército araucano,
Te avisa que al romper de la mañana
Se vendrá á presentar en este llano,
Do con firmeza de ambas partes llana,
En medio de los campos mano á mano,
Si quieres combatir sobre este hecho,
Remitirá á las armas el derecho:

»Con pacto y condicion que, si vencieres.
Someterá la tierra á tu obediencia,
Y dél podrás hacer lo que quisieres
Sin usar de respeto ni clemencia:
Y cuando tú por él vencido fueres,
Libre te dejará en tu preeminencia;
Que no quiere otro premio ni otra gloria
Sino solo el honor de la vitoria.

»Mira que solo en que esta voz se extienda
Consigues nombre y fama de valiente,
Y en cuanto el claro sol sus rayos tienda
Durará tu memoria entre la gente;
Pues al fin se dirá que por contienda
Entraste valerosa y dignamente
En campo con el gran Caupolicano
Persona por persona y mano á mano.
»Esto es á lo que vengo, y así pido
Te resuelvas en breve á tu albedrío,
Si quieres por el término ofrecido
Rehusar ó acetar el desafío,
Que, aunque el peligro es grande y conocido,
De tu altiveza y ánimo confío
Que al fin satisfarás con osadía
Á tu estimado honor y al que me envía.»
Don García le responde: «Soy contento
De acetar el combate, y le aseguro
Que al plazo puesto y señalado asiento
Podrá á su voluntad venir seguro.»
El indio, que escuchando estaba atento,
Muy alegre le dijo: «Yo te juro
Que esta osada respuesta eternamente
Te dejará famoso entre la gente.»
Con esto, sin pasar más adelante
Las espaldas volvió y tomó la via,
Mostrando por su término arrogante
En la poca opinion que nos tenia.
Algunos hubo allí que en el semblante
Juzgaron ser mañosa y doble espía,
Que iba á reconocer con este tiento
La gente y pertrechado alojamiento.

Venida, pues, la noche, los soldados
En órden de batalla nos pusimos,
Y á las derechas picas arrimados,
Contando las estrellas estuvimos,
Del sueño y graves armas fatigados,
Aunque crédito entero nunca dimos
Al indio, por pensar que solo vino
Á tomar lengua y descubrir camino.

Ya la espaciosa noche declinando
Trastornaba al ocaso sus estrellas,
Y la aurora al oriente despuntando
Deslustraba la luz de todas ellas,
Las flores con su fresco humor rociando,
Restituyendo en su color aquellas
Que la tiniebla lóbrega importuna
Las habia reducido á sola una;

Cuando con alto y súbito alarido
Apareció por uno y otro lado,
En tres distintas partes dividido.
El ejército bárbaro ordenado:
Cada escuadron de gente muy fornido
Que con gran muestra y paso apresurado
Iban en igual órden, como cuento,
Cercando nuestro estrecho alojamiento.

La gente de caballo aparejada,
Sobre las riendas la enemiga espera;
Mas antes que llegase, anticipada
Se arroja por una áspera ladera,
Y al escuadron siniestro encaminada,
Le acomete furiosa, de manera
Que un terrapleno y muro poderoso
No resistiera el ímpetu furioso.

Pero Caupolican, que gorbernando
Iba aquel escuadron algo delante,
El paso hasta su gente retirando,
Hizo calar las picas á un instante;
Donde, los piés y brazos afirmando,
En las agudas puntas de diamante
Reciben el furor y encuentro extraño,
Haciendo en los primeros mucho daño.

Unos, sin alas, con ligero vuelo
Desocupan atónitos las sillas;
Otros, vueltas las plantas hácia el cielo,
Imprimen en la tierra las costillas;
Y los que no probaron allí el suelo
Por apretar más recio las rodillas,
Aunque más se mostraron esforzados,
Quedaron del encuentro maltratados.

De sus golpes los nuestros no faltaron.
Que todos sin errar fueron derechos;
Cuáles, de banda á banda atravesaron;
Cuáles, atropellaron con los pechos;
Todos en un instante se mezclaron,
Viniendo á las espadas más estrechos
Con tal priesa y rumor que parecia
La espantosa vulcánea herrería.

El bravo general Caupolicano,
Rota la pica, de la maza afierra,
Y á la derecha y á la izquierda mano
Hiere, destroza, mata y echa á tierra:
Hallándose muy junto á Berzocano
Los dientes y el furioso puño cierra,
Descargándole encima tal puñada,
Que le abolló en los cascos la celada.

Tras este, otro derriba y otro mata,
Que fué por su desdicha el más vecino;
Abre, destroza, rompe y desbarata,
Haciendo llano el áspero camino:
Y al yanacona Tambo así arrebata
Que, como halcon al pollo ó palomino,
Sin poderle valer los más cercanos,
Le ahoga y despedaza entre las manos.
Bernal y Leucoton, que deseando
Andaban de encontrarse en esta danza,
Se acometen furiosos, descargando
Los brazos con igual ira y pujanza;
Y las altas cabezas inclinando,
Á su pesar usaron de crianza,
Hincando á un tiempo entrambos las rodillas
Con un batir de dientes y ternillas.
Mas cada cual de presto se endereza,
Comenzando un combate fiero y crudo;
Ya tiran á los piés, ya á la cabeza,
Ya abollan la celada, ya el escudo:
Así, pues, anduvieron una pieza;
Mas pasar adelante esto no pudo,
Que un gran tropel de gentes que embistieron
Por fuerza á su pesar los despartieron.
Don Miguel y don Pedro de Avendaño,
Rodrigo de Quiroga, Aguirre, Aranda,
Cortes y Juan Jufré con riesgo extraño
Sustentan todo el peso de su banda:
Tambien hacen efeto y mucho daño
Reinoso, Peña, Córdoba, Miranda,
Monguía, Lasarte, Castañeda, Ulloa,
Martin Ruiz, y Juan Lopez de Gamboa.

Pues don Luis de Toledo peleando,
Carranza, Aguayo, Zúñiga, y Castillo
Resisten el furor del indio bando,
Con Diego Cano, Perez, y Ronquillo:
Los primos Alvarados Juan y Hernando,
Pedro de Olmos, Paredes, y Carrillo
Derriban á sus piés gallardamente,
Aunque á costa de sangre, mucha gente.

El escuadron de en medio viendo asida
Por el cuerno derecho la contienda,
Acelerando el tiempo y la corrida,
Acude á socorrer con furia horrenda:
Mas nuestra gente en tercios repartida
Le sale á recibir á toda rienda,
Y del terrible estruendo y fiero encuentro
La tierra se apretó contra su centro.

Hubo muchas caidas señaladas,
Grandes golpes de mazas y picazos:
Lanzas, gorguces y armas enastadas
Volaron hasta el cielo en mil pedazos;
Vienen en un momento á las espadas,
Y aún otros más cólericos á brazos,
Dándose con las dagas y puñales
Heridas penetrables y mortales.

El fiero Tucapel, habiendo hecho
Su encuentro en lleno y muerto un buen soldado,
Poco del diestro golpe satisfecho
Le arrebató un estoque acicalado,
Con el cual barrenó á Guillermo el pecho,
Y de un revés y tajo arrebatado
Arrojó dos cabezas con celadas
Muy lejos de sus troncos apartadas.

Mata de un golpe á Torbo fácilmente,
Y dió á Juan Ynarauna tal herida
Que la armada cabeza por la frente
Cayó sobre los hombros dividida:
Tira una punta, y á Picol valiente
Le echó fuera las tripas y la vida;
Pero en esta sazon inadvertido
De más de diez espadas fué herido.

Carga sobre él la gente forastera
Al rumor del estrago que sonaba,
Y cercándole en torno como fiera
En confuso monton le fatigaba:
Más él con gran desprecio de manera
El esforzado brazo rodeaba,
Que á muchos con castigo y escarmiento,
Les reprimió el furor y atrevimiento.

Tanto en más ira y más furor se enciende
Cuanto el trabajo y el peligro crece;
Que allí la gloria y el honor pretende
Donde mayor dificultad se ofrece:
Lo más dudoso y de más riesgo emprende,
Y poco lo posible le parece,
Que el pecho grande y ánimo invencible
Le allana y facilita lo imposible.

El último escuadron y más copioso,
Su derrota y designio prosiguiendo,
Con paso, aunque ordenado, presuroso,
Por la tendida loma iba subiendo;
Y en el dispuesto llano y espacioso,
Nuestro escuadron del todo descubriendo,
Se detuvo algun tanto astutamente
Reconociendo el sitio y nuestra gente.

Delante desta escuadra, pues, venia
El mozo Galbarin sargenteando,
Que sus troncados brazos descubria,
Las llagas aún sangrientas amostrando.
De un canto al otro apriesa discurria,
El daño general representando,
Encendiendo en furor los corazones
Con muestras eficaces y razones,

Diciendo: «¡Oh valentísimos soldados
Tan dignos deste nombre, en cuya mano
Hoy la fortuna y favorables hados
Han puesto el ser y crédito araucano!
Estad de la vitoria confiados,
Que ese tumulto y aparato vano
Es todo el remanente y son las heces
De los que habeis vencido tantas veces.

»Y esta postrer batalla fenecida,
De vosotros así tan deseada,
No queda cosa ya que nos impida,
Ni lanza enhiesta, ni contraria espada.
Mirad la muerte infame ó triste vida
Que está para el vencido aparejada,
Los ásperos tormentos excesivos
Que el vencedor promete hoy á los vivos:

»Que si en esta batalla sois vencidos,
La ley perece y libertad se atierra,
Quedando al duro yugo sometidos,
Inhábiles del uso de la guerra;
Pues con las brutas bestias siempre uncidos
Habeis de arar y cultivar la tierra,
Haciendo los oficios más serviles
Y bajos ejercicios mujeriles.

»Tened, varones, siempre en la memoria
Que la deshonra eternamente dura,
Y que perpétuamente esta vitoria
Todas vuestras hazañas asegura:
Considerad, soldados, pues, la gloria
Que os tiene aparejada la ventura,
Y el gran premio y honor que, como digo,
Un tan breve trabajo trae consigo:

»Que aquel que se mostrare buen soldado
Tendrá en su mano ser lo que quisiere,
Que todo lo que habemos deseado
La fortuna con ello hoy nos requiere:
Tambien piense que queda condenado
Por rebelde y traidor quien no venciere,
Que no hay vencido justo y sin castigo
Quedando por juëz el enemigo.»

De tal manera el bárbaro valiente
Despertaba la ira y la esperanza,
Que el escuadron apenas obediente
Podia sufrir el órden y tardanza;
Mas ya que la señal última siente,
Con gran resolucion y confianza,
Derribando las picas, bien cerrado
Irse dejó de su furor llevado.

En el exento y pedregoso llano,
Que más de un tiro de arco se extendia,
Nuestro escuadron á un tiempo mano á mano
Asimismo al encuentro le salia,
Donde con muestra y término inhumano,
Y el gran furor que cada cual traia,
Se embisten los airados escuadrones
Cayendo cuerpos muertos á montones.

No duraron las picas mucho enteras,
Que en rajas por los aires discurrieron;
Las extendidas mangas y hileras
De golpe unas con otras se rompieron:
Hubo muertes allí de mil maneras,
Que muchos sin heridas perecieron
Del polvo y de las armas ahogados,
Otros de encuentros fuertes estrellados.

Trábase entre ellos un combate horrendo
Con hervorosa priesa y rabia extraña,
Todos en un teson igual poniendo
La extrema industria, la pujanza y maña:
Sube á los cielos el furioso estruendo,
Retumba en torno toda la campaña,
Cubriendo los lugares descubiertos
La espesa lluvia de los cuerpos muertos.

Hierve el coraje, crece la contienda
Y el batir sin cesar siempre más fuerte,
No hay malla y pasta fina que defienda
La entrada y paso á la furiosa muerte,
Que con irreparable furia horrenda
Todo ya en su figura lo convierte,
Naciendo del mortal y fiero estrago
De espesa y negra sangre un ancho lago.

Rengo orgulloso, que al siniestro lado
Iba siempre avivando la pelea,
De la roedora afrenta estimulado
Que en Mataquito recibió de Andrea,
El ronco tono y brazo levantado,
Discurre todo el campo y le rodea,
Acá y allá por una y otra mano
Llamando el enemigo nombre en vano.

Andrea, pues, asimesmo procurando
Fenecer la cuestion le deseaba;
Mas lo que el uno y otro iba buscando
La dicha de los dos lo desviaba:
Que el italiano mozo, peleando
En el otro escuadron, distante andaba,
Haciendo por su extraña fuerza cosas
Que, aunque lícitas, eran lastimosas.
Mata de un golpe á Trulo, y endereza
La dura punta y á Pinol barrena,
Y sin brazo á Teguan una gran pieza
Le arroja dando vueltas por la arena;
Lleva de un golpe á Changle la cabeza,
Y por medio del cuerpo á Pon cercena,
Hiende á Narpo hasta el pecho, y á Brancolo
Como grulla le deja en un pié solo.
Veis, pues, aquí á Orompello, el cual haciendo
Venia por esta parte mortal guerra,
Que al gran tumulto y voces acudiendo,
Vió cubierta de muertos la ancha tierra;
Y al ginovés gallardo conociendo,
Como cebado tígre con él cierra,
Alta la maza y encendido el gesto,
Sobre las puntas de los piés enhiesto.
Fué de la maza el ginovés cogido
En el alto creston de la celada,
Que todo lo abolló y quedó sumido
Sobre la estofa de algodon colchada:
Estuvo el italiano adormecido,
Gomita sangre, la color mudada,
Y vió, dando de manos por el suelo,
Vislumbres y relámpagos del cielo.

Redobla otro el gallardo mozo luego,
Con más furor y ménos bien guiado,
Que, á no ser á soslayo, el fiero juego
Del todo entre los dos fuera acabado:
El ginovés desatinado y ciego
Fué un poco de través, mas recobrado
Se puso en pié con priesa no pensada,
Levantando á dos manos la ancha espada.

Y con la extrema rabia y fuerza rara
Sobre el jóven la cala de manera
Que, si el ferrado leño no cruzara,
De arriba abajo en dos le dividiera:
Tajó el tronco cual junco ó tierna vara,
Y si la espada el filo no torciera,
Penetrara tan honda la herida
Que privara al mancebo de la vida.

Viéndose el araucano, pues, sin maza,
No por eso amainó al furor la vela,
Antes con gran presteza de la plaza
Arrebata un pedazo de rodela,
Y al punto sin perder tiempo lo embraza,
Y, como aquel que daño no recela,
Con solo el trozo de baston cortado
Aguija al enemigo confiado.

Hirióle en la cabeza, y á una mano
Saltó con ligereza y diestro brio,
Hurtando el cuerpo así que el italiano
Con la espada azotó el aire vacio:
Quiso hacello otra vez, mas salió en vano,
Que entrando recio al tiempo del desvio,
Fué el ginovés tan presto que no pudo
Sino cubrirse con el roto escudo.

Echó por tierra la furiosa espada
Del defensivo escudo una gran pieza,
Bajando con rigor á la celada,
Que defender no pudo la cabeza:
Hasta el casco caló la cuchillada,
Quedando el mozo atónito una pieza;
Pero en sí vuelto, viéndose tan junto,
Le echó los fuertes brazos en un punto.

El bravo ginovés, que al fiero Marte
Pensara desmembrar, recio le asia;
Pero salió engañado, que en este arte
Ninguno al diestro jóven excedia:
Revuélvense por una y otra parte,
El uno el pié del otro rebatia,
Intricando las piernas y rodillas
Con diestras y engañosas zancadillas.

Don García de Mendoza no paraba,
Antes como animoso y diligente
Unas veces airado peleaba,
Otras iba esforzando allí la gente.
Tampoco Juan Remon ocioso estaba,
Que de soldado y capitan prudente
Con igual diciplina y ejercicio
Usaba en sus lugares el oficio.

Santillan, y don Pedro de Navarra,
Avalos, Biezma, Cáceres, Bastida,
Galdamez, don Francisco Ponce, Ibarra,
Dando muerte defienden bien su vida:
El factor Vega, y contador Segarra,
Habian echado aparte una partida,
Siguiéndolos Velazquez, y Cabrera,
Verdugo, Ruiz, Riberos, y Ribera.

Pasáranlo, pues, mal al otro lado,
Segun la mucha gente que acudia,
Si don Felipe, don Simon, y Prado,
Don Francisco Arias, Pardo, y Alegría.
Barrios, Diego de Lira, Coronado,
Y don Juan de Pineda en compañia,
Con valeroso esfuerzo combatiendo,
No fueran los contrarios reprimiendo.

Tambien acrecentaban el estrago
Florencio de Esquivél y Altamirano.
Villarroel, Moran, Vergara, Lago,
Godoy, Gonzalo Hernandez y Andicano.
Si de todos aquí mencion no hago,
No culpen la intencion sino la mano,
Que no puede escrebir lo que hacian
Tantas como allí á un tiempo combatian.

Sonaba á la sazon un gran ruïdo
En el otro escuadron de mediodia,
Y era, que el fiero Rengo embravecido.
Llevado de su esfuerzo y valentía,
Se habia por la batalla así metido
Que volver á los suyos no podia,
Y de menuda gente rodeado,
Andaba muy herido y acosado.

Aunque se envuelve entre ellos de manera
Al un lado y al otro golpeando,
Que en rueda los hacia tener afuera,
Muchos en daño ajeno escarmentando;
Pero la turba acá y allá ligera
Le va por todas partes aquejando
Con tiros, palos y armas enastadas,
Como á fiera de lejos arrojadas.

Uno deja tullido y otro muerto,
Sin valerles defensa ni armadura:
Á quien acierta golpe en descubierto
Del todo le deshace y desfigura:
Y el de ménos efeto y más incierto
Quebranta brazo, pierna ó coyuntura;
Vieran arneses rotos y celadas
Junto con las cabezas machucadas.

Mas aunque, como digo, combatiendo
Mostraba esfuerzo y ánimo invencible,
Le van á tanto estrecho reduciendo
Que poder escapar era imposible:
Y por más que se esfuerza resistiendo,
Al fin era de carne, era sensible,
Y el furioso y continuo movimiento
La fuerza le ahogaba y el aliento.

Estaba ya en el suelo una rodilla,
Que áun apenas así se sustentaba,
Y la gente solícita en cuadrilla,
Sin dejarle alentar le fatigaba;
Cuando de la otra parte por la orilla
De la alta loma Tucapel llegaba,
Haciendo con la usada y fuerte maza,
Por donde quiera que iba, larga plaza.

Como el toro feroz desjarretado
Cuando brama, la lengua ya sacada,
Que de la turbamulta rodeado
Procura cada cual probar su espada;
Y en esto de repente al otro lado,
La cerviz yerta y frente levantada,
Asoma otro famoso de Jarama,
Que deshace la junta y la derrama;

Así el famoso Rengo ya en el suelo
Hincada una rodilla combatia
En medio del monton, que sin recelo
Poco á poco cerrándole venia;
Cuando el sangriento y bravo Tucapelo,
Que por allí la grita le traia,
Viéndole así tratar, sin poner duda,
Rompe por el tropel á darle ayuda.

Dejó por tierra cuatro ó seis tendidos,
Que estrecha plaza y paso le dejaron,
Y los otros en círculo esparcidos
Del fatigado Rengo se arredraron,
Y contra Tucapel embravecidos
Las armas y la grita enderezaron;
Mas él daba de sí tan buen descargo,
Que los hacia tener bien á lo largo.

Llegóse á Rengo, y dijo: «Aunque enemigo,
Esfuerza, esfuerza Rengo, y ten hoy fuerte,
Que el impar Tucapel está contigo,
Y no puedes tener siniestra suerte,
Que el favorable cielo y hado amigo
Te tiene aparejada mejor muerte,
Pues está cometida al brazo mio,
Si cumples á su tiempo el desafio.»

Rengo le respondió: «Si ya no fuera
Por ingrato en tal tiempo reputado,
Contigo y con mi débito cumpliera,
Que no estoy, como piensas, tan cansado.»
En esto más ligero que si hubiera
Diez horas en el lecho reposado
Se puso en pié, y á nuestra gente asalta
Firme el membrudo cuerpo y la maza alta.

Tucapel replicó: «Sería bajeza
Y cosa entre varones condenada
Acometerte, vista tu flaqueza,
Con fuerza y en sazon aventajada:
Cobra, cobra tu fuerza y entereza,
Que el tiempo llegará que esta ferrada
Te dé la pena y muerte merecida,
Como hoy te ha dado claro aquí la vida.»
No se dijeron más; y por la via
Los dos competidores araucanos,
Haciéndose amistad y compañía,
Iban como si fueran dos hermanos;
Guardaba el uno al otro y defendia,
Y así con diligencia y prestas manos,
Abriendo el escuadron gallardamente,
Llegaron á juntarse con su gente.
En esto á todas partes la batalla
Andaba muy reñida y sanguinosa,
Con tal furia y rigor que no se halla
Persona sin herida ni arma ociosa:
Cubre la tierra la menuda malla,
Y en la remota Turcia cavernosa,
Por fuerza arrebatados de los vientos,
Hieren los duros y ásperos acentos.
Era el rumor del uno y otro bando,
Y de golpes la furia apresurada,
Como ventosa y negra nube, cuando,
De vulturno ó del céfiro arrojada,
Lanza una piedra súbita, dejando
La rama de sus hojas despojada,
Y los muros, los techos y tejados
Son con priesa terrible golpeados.

Pues de aquella manera y más furiosas
Las homicidas armas descargaban,
Y con hondas heridas rigurosas
Los sanguinosos cuerpos desangraban:
El gran rumor y voces espantosas
En los vecinos montes resonaban:
El mar confuso al fiero son retrujo
De sus hinchadas olas el reflujo.

Pero la parte que á la izquierda mano
La batalla primero habia trabado,
Donde por su valor Caupolicano
Contrastaba al furor del duro hado,
Á pura fuerza el escuadron cristiano,
Del contrario teson sobrepujado,
Comenzó poco á poco á perder tierra
Hácia la espesa falda de la sierra.

Fué tan grande la priesa desta hora
Y el ímpetu del bárbaro violento,
Que por el araucano en voz sonora
Se cantó la vitoria y vencimiento:
Mas la misma fortuna burladora
Dió la vuelta á la rueda en un momento
En contra de la parte mejorada,
Barajando la suerte declarada:

Que el último escuadron, donde estribaba
Nuestro postrer remedio y esperanza,
Metido en el contrario peleaba
Haciendo fiero estrago y gran matanza:
Que ni el valor de Ongolmo allí bastaba,
Ni del fuerte Lincoya la pujanza:
Ni yo basto á contar de una vez tanto,
Que es fuerza diferirlo al otro canto.

CANTO XXVI.

En este canto se trata el fin de la batalla y retirada de los araucanos: la obstinacion y pertinacia de Galbarino, y su muerte. Asimismo se pinta el jardin y estancia del mago Fiton.

Nadie puede llamarse venturoso
Hasta ver de la vida el fin incierto:
Ni está libre de mar tempestuoso
Quien surto no se ve dentro del puerto:
Venir un bien tras otro es muy dudoso,
Y un mal tras otro mal es siempre cierto;
Jamás próspero tiempo fué durable,
Ni dejó de durar el miserable.

El ejemplo tenemos en las manos,
Y nos muestra bien claro aquí la historia
Cuán poco les duró á los araucanos
El nuevo gozo y engañosa gloria;
Pues llevando de rota á los cristianos
Y habiendo ya cantado la vitoria,
De los contrarios hados rebatidos,
Quedaron vencedores los vencidos:

Que, como os dije, el escuadron postrero,
Adonde por testigo yo venia,
Ganando tierra siempre más entero,
Al bárbaro enemigo retraia;
Que, aunque el fuerte Lincoya el delantero
Á la adversa fortuna resistia,
No pudo resistir últimamente
El ímpetu y la furia de la gente.

Por una espesa y áspera quebrada,
Que en medio de dos lomas se hacia,
La bárbara canalla, quebrantada
La dañosa soberbia y osadía,
Ya del torpe temor señoreada
Esforzadas espaldas revolvia,
Huyendo de la muerte el rostro airado,
Que clara á todo ya se habia mostrado.

Siguen los nuestros la vitoria apriesa,
Que aún no quieren venir en el partido,
Y de la inculta breña y selva espesa
Inquieren lo secreto y escondido:
El gran estrago y mortandad no cesa,
Suena el destrozo y áspero ruïdo,
Tirando á tiento golpes y estocadas
Por la espesura y matas intricadas.

Jamás de los monteros en ojeo
Fué caza tan buscada y perseguida,
Cuando con ancho círculo y rodeo
Es á término estrecho reducida,
Que con impacientísimo deseo,
Atajados los pasos y huida,
Arrojan en las fieras montesinas
Lanzas, dardos, venablos, jabalinas;

Como los nuestros, hasta allí cristianos,
Que, los términos lícitos pasando,
Con crueles armas y actos inhumanos
Iban la gran vitoria deslustrando;
Que ni el rendirse, puestas ya las manos,
La obediencia y servicio protestando,
Bastaba á aquella gente desalmada
Á reprimir la furia de la espada.

Así el entendimiento y pluma mia,
Aunque usada al destrozo de la guerra,
Huye del grande estrago que este dia
Hubo en los defensores de su tierra;
La sangre, que en arroyos ya corria
Por las abiertas grietas de la sierra,
Las lástimas, las voces y gemidos,
De los míseros bárbaros rendidos.

Los de la izquierda mano, que miraron
Su mayor escuadron desbaratado,
Perdiendo todo el ánimo, dejaron
La tierra y el honor que habian ganado:
Así la trompa á retirar tocaron,
Y con paso, aunque largo, concertado,
Altas y campeando las banderas,
Se dejaron calar por las laderas.

No será bien pasar calladamente
La braveza de Rengo sin medida,
Pues que, desbaratada ya su gente
Y puesta en rota y mísera huida,
Fiero, arrogante, indómito, impaciente,
Sin mirar al peligro de la vida,
Dando más furia á la ferrada maza,
Solo sustenta la ganada plaza.

Y allí como invencible y valeroso
Solo estuvo gran rato peleando;
Pero viendo el trabajo infrutuoso,
Y gente ya ninguna de su bando,
Con paso tardo, grave y espacioso,
Volviendo el rostro atrás de cuando en cuando,
Tomó á la mano diestra una vereda
Hasta entrar en un bosque y arboleda,
Donde ya de la gente destrozada
Habia el temor á algunos escondido;
Pero viendo de Rengo la llegada,
Cobrando luego el ánimo perdido,
Con nuevo esfuerzo y muestra confiada,
En escuadron formado y recogido,
Vuelven el rostro y pechos esforzados
Á la corriente de los duros hados.
Yo, que de aquella parte discurriendo
Á vueltas del rumor tambien andaba,
La grita y nuevo estrépito sintiendo
Que en el vecino bosque resonaba,
Apresuré los pasos, acudiendo
Hácia donde el rumor me encaminaba,
Viendo al entrar del bosque detenidos
Algunos españoles conocidos.
Estaba á un lado Juan Remon gritando:
«Caballeros, entrad, que todo es nada;»
Mas ellos, el peligro ponderando,
Dificultaban la dudosa entrada.
Yo, pues, á la sazon á pié arribando
Donde estaba la gente recatada,
Juan Remon, que me vió luego de frente
Quiso obligarme allí públicamente,

Diciendo: «¡Oh don Alonso! quien procura
Ganar estimacion y aventajarse,
Este es el tiempo y esta es coyuntura
En que puede con honra señalarse:
No impida vuestra suerte esta espesura
Donde quieren los indios entregarse;
Que al que abriere la entrada defendida
Le será la vitoria atribuïda.»
Oyendo, pues, mi nombre conocido
Y que todos volvieron á mirarme,
Del honor y vergüenza compelido,
No pudiendo del trance ya excusarme,
Por lo espeso del bosque y más temido
Comencé de romper y aventurarme,
Siguiéndome Arias Pardo, Maldonado,
Manrique, don Simon, y Coronado;
Los cuales, de vivir desesperados,
Los obstinados indios embistieron,
Que en una espesa muela bien cerrados
Las españolas armas atendieron.
En esto, ya al rumor por todos lados
De nuestra gente muchos acudieron,
Comenzando con furia presurosa
Una guerra sangrienta y peligrosa.
Renuévase el destrozo, reduciendo
Á término dudoso el vencimiento,
El ménos animoso acometiendo
El más dificultoso impedimento.
¡Cuál será aquel que pueda ir escribiendo
De los brazos la furia y movimiento,
Y deste y de aquel otro la herida,
Y quién á cuál allí quitó la vida!

Unos hienden por medio, otros barrenan
De parte á parte los airados pechos;
Por los muslos y cuerpo otros cercenan;
Otros miembro por miembro caen deshechos:
Los duros golpes todo el bosque atruenan,
Andando de ambas partes tan estrechos
Que vinieron algunos de impacientes
Á los brazos, á puños y á los dientes.
Pero la muerte allí difinidora
Dé la cruda batalla porfiada,
Ayudando á la parte vencedora,
Remató la contienda y gran jornada;
Que la gente araucana en poca de hora
En aquel sitio estrecho destrozada,
Quiso rendir al hierro antes la vida
Que al odioso español quedar rendida.
Tendidos por el campo amontonados
Los indómitos bárbaros quedaron,
Y los demas con pasos ordenados,
Como ya dije, atrás se retiraron;
De manera que ya nuestros soldados,
Recogiendo el despojo que hallaron,
Y un número copioso de prisiones,
Volvieron á su asiento y pabellones.
Fueron entre estos presos escogidos
Doce los más dispuestos y valientes,
Que en las nobles insignias y vestidos
Mostraban ser personas preeminentes:
Estos fueron allí constituïdos
Para amenaza y miedo de las gentes,
Quedando por ejemplo y escarmiento
Colgados de los árboles al viento.

Yo á la sazon al señalar llegando,
De la cruda sentencia condolido,
Salvar quise uno dellos, alegando
Haberse á nuestro ejército venido;
Mas él luego los brazos levantando,
Que debajo del peto habia escondido,
Mostró en alto la falta de las manos
Por los cortados troncos aún no sanos.

Era, pues, Galbarino este que cuento,
De quien el canto atrás os dió noticia,
Que, porque fuese ejemplo y escarmiento,
Le cortaron las manos por justicia;
El cual con el usado atrevimiento,
Mostrando la encubierta inimicicia,
Sin respeto ni miedo de la muerte,
Habló, mirando á todos, desta suerte:

«¡Oh gentes fementidas, detestables,
Indignas de la gloria deste dia!
Hartad vuestras gargantas insaciables
En esta aborrecida sangre mia;
Que, aunque los fieros hados variables
Trastornen la araucana monarquía,
Muertos podremos ser, más no vencidos,
Ni los ánimos libres oprimidos.

»No penseis que la muerte rehusamos,
Que en ella estriba ya nuestra esperanza:
Que si la odiosa vida dilatamos,
Es por hacer mayor nuestra venganza:
Que, cuando el justo fin no consigamos.
Tenemos en la espada confianza,
Que os quitará, en nosotros convertida,
La gloria de poder darnos la vida.

»Sús, pues, ya, ¿qué esperais, ó qué os detiene
De no me dar mi premio y justo pago?
La muerte y no la vida me conviene,
Pues con ella á mi deuda satisfago;
Pero, si algun disgusto y pena tiene
Este importante y deseado trago,
Es no veros primero hechos pedazos
Con estos dientes y troncados brazos.»

De tal manera el bárbaro esforzado
La muerte en alta voz solicitaba,
De la infelice vida ya cansado,
Que largo espacio á su pesar duraba;
Y en el gentil propósito obstinado,
Diciéndonos injurias, procuraba
Un fin honroso de una honrosa espada,
Y rematar la mísera jornada.

Yo, que estaba á par dél, considerando
El propósito firme y osadía,
Me opuse contra algunos, procurando
Dar la vida á quien ya la aborrecia;
Pero al fin los ministros porfiando
Que á la salud de todos convenia,
Forzado me aparté, y él fué llevado
Á ser con los caciques justiciado.

A la entrada de un monte, que vecino
Está de aquel asiento en un repecho,
Por el cual atraviesa un gran camino
Que al valle de Lincoya va derecho,
Con gran solemnidad y desatino,
Fué el insulto y castigo injusto hecho,
Pagando allí la deuda con la vida
En muchas opiniones no debida.

Por falta de verdugo, que no habia
Quien el oficio hubiese acostumbrado,
Quedó casi por uso de aquel dia
Un modo de matar jamás usado;
Que á cada indio de aquella compañía
Un bastante cordel le fué entregado,
Diciéndole que el árbol eligiese
Donde á su voluntad se suspendiese.

No tan presto los pláticos guerreros,
Del cierto asalto la señal tocando,
Por escalas, por picas y maderos
Suben á la muralla gateando,
Cuanto aquellos caciques, que ligeros,
Por los más grandes árboles trepando,
En un punto á las cimas arribaron,
Y de las altas ramas se colgaron.

Mas uno de ellos algo arrepentido
De su ligera priesa y diligencia,
Á nuestra devocion ya reducido,
Vuelto pidió para hablar licencia;
Y habiéndosela todos concedido,
Con voz algo turbada y aparencia,
Los ánimos cristianos comoviendo,
Habló contritamente así diciendo:

«Valerosa nacion, invicta gente,
Donde el extremo de virtud se encierra,
Sabed que soy cacique, y decendiente
Del tronco más antiguo desta tierra:
No tengo padre, hermano, ni pariente,
Que todos son ya muertos en la guerra;
Y pues se acaba en mí la decendencia,
Os ruego useis conmigo de clemencia.»

Quisiera proseguir si Galbarino,
Que le miraba con airada cara,
De súbito saliéndole al camino,
La doméstica voz no le atajara,
Diciendo: «Pusilánime, mezquino,
Deslustrador de la progenie clara,
¿Por qué á tan gran bajeza así te mueve
El miedo torpe de una muerte breve?
»Dime, infame traidor, de fe mudable,
¿Tienes por más partido y mejor suerte
El vivir en estado miserable
Que el morir como debe un varon fuerte?
Sigue el hado, aunque adverso, tolerable,
Que el fin de los trabajos es la muerte;
Y es poquedad que un afrentoso medio
Te saque de la mano este remedio.»
Apenas la razon habia acabado,
Cuando el noble cacique, arrepentido,
Al cuello el corredizo lazo echado,
Quedó de una alta rama suspendido:
Tras él fué el audaz bárbaro obstinado,
Aún á la misma muerte no rendido,
Y los robustos robles desta prueba
Llevaron aquel año fruta nueva.
Habida la vitoria, como cuento,
Y el enemigo roto retirado,
Dejando el infelice alojamiento
Todo de cuerpos bárbaros sembrado,
Llegamos sin desman ni impedimento
Á la bajada y sitio desdichado,
Do Valdivia fundó la casa-fuerte,
Y le dieron despues infame muerte.

Levantamos un muro brevemente
Que el sitio de la casa rodeaba,
Donde el bagaje, chusma y remanente
Con ménos daño y más seguro estaba:
De allí el contorno y tierra inobediente
Sin poderlo estorbar se salteaba,
Haciendo siempre instancia y diligencia
De traerla, sin sangre, á la obediencia.
Una mañana al comenzar del dia,
Saliendo yo á correr aquella tierra,
Donde por cierto aviso se tenia
Que andaba gente bárbara de guerra;
Dejando un trecho atrás la compañía,
Cerca de un bosque espeso y alta sierra
Sentí cerca una voz envejecida,
Diciendo: «¿Dónde vais? que no hay salida.»
Volví el rostro y las riendas hácia el lado
Donde la extraña voz habia salido,
Y ví á Fiton el mágico arrimado
Al tronco de un gran roble carcomido,
Sobre el herrado junco recostado,
Que como fué de mí reconocido,
Del caballo salté ligeramente,
Saludándole alegre y cortesmente.
Él me dijo: «Por cierto bien pudiera
Tomar de vos legítima venganza,
Y en esa vuestra gente que anda fuera,
Que habeis hecho en los nuestros tal matanza;
Pero, aunque más razon y causa hubiera,
Haciendo vos de mí tal confianza,
No quiero ni será justo dañaros,
Antes en lo que es lícito ayudaros.

»Que es órden de los cielos que padezca
Esta indómita gente su castigo,
Y antes que contra Dios se ensoberbezca
Le abaje la soberbia el enemigo:
Y aunque vuestra ventura agora crezca,
No durará gran tiempo; porque os digo
Que, como á los demas, el duro hado
Os tiene su descuento aparejado.
»Si la fortuna así á pedir de boca
Os abre el paso próspero á la entrada,
Grandes trabajos y ganancia poca
Al cabo sacareis desta jornada:
Y porque á mí decir más no me toca,
Me quiero retirar á mi morada,
Que tambien desta banda tiene puerta,
Pero á todos oculta y encubierta.»
Yo, de le ver así maravillado,
Y más de la siniestra profecía,
Mi caballo en un líbano arrendado,
Le quise hacer un rato compañía:
Y al fin de muchos ruegos acetado,
Siendo el viejo decrépito la guia,
Hendimos la espesura y breña extraña,
Hasta llegar al pié de la montaña.
En un lado secreto y escondido,
Donde no habia resquicio ni abertura,
Con el potente báculo torcido
Blandamente tocó en la peña dura;
Y luego con horrísono ruïdo
Se abrió una estrecha puerta y boca escura,
Por do tras él entré, erizado el pelo,
Pisando á tiento el peñascoso suelo.

Salimos á un hermoso y verde prado
Que recreaba el ánimo y la vista,
Do estaba en ancho cuadro fabricado
Un muro de belleza nunca vista,
De vario jaspe y pórfido escacado,
Y al fin de cada escaque una amatista,
En las puertas de cedro barreadas
Mil sabrosas historias entalladas.
Abriéronse en llegando el mago á punto,
Y en un jardin entramos espacioso,
Do se puede decir que estaba junto
Todo lo natural y artificioso:
Hoja no discrepaba de otra un punto,
Haciendo cuadro ó círculo hermoso;
En medio un claro estanque, do las fuentes
Murmurando enviaban sus corrientes.
No produce natura tantas flores
Cuando más rica primavera envia,
Ni tantas variedades de colores
Como en aquel jardin vicioso habia:
Los frescos y suavísimos olores,
Las aves y su acorde melodía
Dejaban las potencias y sentidos
De un ajeno descuido poseidos.
De mi fin y camino me olvidara,
Segun suspenso estuve una gran pieza,
Si el anciano Fiton no me llamara
Haciéndome señal con la cabeza.
Metióme por la mano en una clara
Bóveda de alabastro, que á la pieza
Del milagroso globo respondia,
Adonde ya otra vez estado habia.

Quisiera ver la bola, mas no osaba
Sin licencia del mago avecinarme;
Mas él que mis designios penetraba,
Teniendo voluntad de contentarme,
Asido por la mano me acercaba,
Y comenzando él mesmo á señalarme,
El mundo me mostró, como si fuera
En su forma rëal y verdadera.

Pero para decir por órden cuanto
Ví dentro de la gran poma lucida,
Es cierto menester un nuevo canto,
Y tener la memoria recogida:
Así, Señor, os ruego que entretanto
Que refuerzo la voz enflaquecida,
Perdoneis si lo dejo en este punto,
Que no puedo deciros tanto junto.

CANTO XXVII.

En este canto se pone la descripcion de muchas provincias, montes, ciudades famosas por natura y por guerras. Cuéntase tambien cómo los españoles levantaron un fuerte en el valle de Tucapel; y cómo don Alonso de Ercilla halló á la hermosa Glaura.

Siempre la brevedad es una cosa
Con gran razon de todos alabada,
Y vemos que una plática es gustosa
Cuanto más breve y ménos afectada;
Y aunque sea la prolija provechosa,
Nos importuna, cansa, y nos enfada;
Que el manjar más sabroso y sazonado
Os deja, cuando es mucho, empalagado.

Pues yo que en un peligro tal me veo,
De la larga carrera arrepentido,
¿Cómo podré llevar tan gran rodeo
Y ser sabroso al gusto y al oido?
Pero, aunque de agradar es mi deseo,
Estoy ya dentro en la ocasion metido;
Que no se puede andar mucho en un paso,
Ni encerrar gran materia en chico vaso.

Cuando á alguno, Señor, le pareciere
Que me voy en el curso deteniendo,
El extraño camino considere
Y que más que una posta voy corriendo:
En todo abreviaré lo que pudiere;
Y así, á nuestro propósito volviendo,
Os dije como el indio mago anciano
Señalaba la poma con la mano.

Era en grandeza tal que no podrian
Veinte abrazar el círculo luciente,
Donde todas las cosas parecian
En su forma distinta y claramente:
Los campos y ciudades se veian,
El tráfago y bullicio de la gente,
Las aves, animales, lagartijas,
Hasta las más menudas sabandijas.

El mágico me dijo: «Pues en este
Lugar nadie nos turba ni embaraza,
Sin que un mínimo punto oculto reste
Verás del universo la gran traza:
Lo que hay del norte al sur, del leste al oeste,
Y cuanto ciñe el mar y el aire abraza,
Rios, montes, lagunas, mares, tierras,
Famosas por natura y por las guerras.

»Mira al principio de Asia á Calcedonia;
Junto al Bósforo en frente de la Tracia,
Á Lidia, Caria, Licia, y Licaonia,
Á Panfilia, Bitinia y á Galacia;
Y junto al Ponto Euxino á Paflagonia,
La llana Capadocia, y la Farnacia,
Y la corriente de Eufrates famoso
Que entra en el mar de Persia caudaloso.

»Mira la Siria, ves allá la indina
Tierra de promision de Dios privada,
Y á Nazareth dichosa en Palestina,
Do á María Gabriel dió la embajada:
Ves las sacras reliquias y ruïna
De la ciudad por Tito desolada,
Do el Autor de la vida, escarnecido,
Á vergonzosa muerte fué traido.

»Mira el tendido mar Mediterrano
Que la Europa del Africa separa,
Y el mar Bermejo en punta á la otra mano,
Que abrió Moisen sus aguas con la vara.
Mira el golfo de Ormuz, y mar Persiano;
Y aunque á partes la tierra no está clara,
Verás hácia la banda descubierta
Las dos Arabias, Feliz y Desierta.

»Mira á Persia, y Carmania, que confina
Con Susiäna, al lado del poniente,
Donde el forjado acero se fulmina
De pasta y temple fino y excelente:
Drangiana, y Gredosía, que camina
Hasta el mar de India y ferias del Oriente,
Y adelante, siguiendo aquella via,
Verás la calurosa Aracosía.

»Dentro y fuera del Gange mira tanta
Tierra de India, al levante prolongada;
Ves el Catai y su ciudad de Canta,
Que sobre el Indo mar está fundada:
La China, y el Maluco, y toda cuanta
Mar se extiende del leste, y la apartada
Trapobana famosa, antiguamente
Término y fin postrero del Oriente.

»Ves la Hircania, Tartaria, y los Albanos
Hácia la Trapisonda dilatados,
Y otros reinos pequeños comarcanos,
Tributarios de Persia y aliados:
Los Iberos, que llaman Georgianos,
Y los pobres Circasos derramados,
Que su lunada tierra en parte angosta
Toma del mar Mayor toda la costa.

»Ves el revuelto Cirro caudaloso,
Que la Iberia y Albania así rodea,
Y el alto monte Cáucaso fragoso,
Que su cumbre gran tierra señorea:
Mira el reino de Colcos, tan famoso
Por la isla nombrada de Medea,
Adonde el trabajado Jason vino
En busca del dorado vellocino.

»Mira la grande Armenia, memorable
Por su ciudad de Tauris señalada;
Y al sur la religiosa y venerable
Soltania, sin respeto arruïnada
Por la tártara furia irreparable
Del grande Taborlan, que de pasada
Cuanto encontró lo puso por el suelo,
Cual ira ó rayo súbito del cielo.

»Mira á Tigris y Eufrátes, que poniendo
Punto á Mesopotamia, en compañía
Hasta el golfo de Persia van corriendo,
Dejando á un lado á Egipto y á Suría:
Ves la Partia y la Media, que torciendo
Su corva costa abraza al mediodía;
El Caspio mar, por otro nombre Hircano,
Que en forma oval se extiende al subsolano.

»Mira la Asiria y su ciudad famosa,
Donde la confusion de lenguas vino,
Que sus muros, labor maravillosa,
Hizo Semiramís, madre de Nino:
Donde la acelerada y presurosa
Muerte á Alejandro le salió al camino,
Cortándole en su próspera corrida
El hilo de los hados y la vida.

»Mira en Africa al sur los extendidos
Reinos del Preste Juan, donde parece
Que entre los más insignes y escogidos
Sceva en sus edificios resplandece:
Tres frutos da en el año repartidos,
Y tres veces se agosta y reverdece:
Tiene en veinte y dos grados su postura,
Al antártico polo por la altura.

»Ves á Gógia y sus montes levantados,
Que á todos sobrepujan en grandeza,
Canos siempre de nieve los collados,
Y abajo peñascales y aspereza,
Que forman un gran muelle rodeados
De breñales espesos y maleza,
Morada de osos, puercos y leones,
Tigres, panteras, grifos y dragones.

»Destos peñascos ásperos pendientes,
Llamados hoy el Monte de la Luna,
Nacen del Nilo las famosas fuentes,
Y dellos rios sin nombre y fama alguna,
Que, aunque tuercen y apartan sus corrientes,
Se vienen á juntar á una laguna
Tan grande que sus senos y laderas
Baten de tres provincias las riberas,

»A Gógia y Beguemeros al oriente,
Y á Dambaya al poniente; del cual lado
Hay islas donde habita mucha gente,
Y todo el ancho círculo es poblado.
De aquí el famoso Nilo mansamente
Nace, y despues más grande y reforzado
Parte á Gógia de Amara, y va tendido
Sin ser de las riberas restringido,

Hasta un angosto paso peñascoso,
Que le va los costados estrechando,
De donde con estrépito furioso
Se va en las cataratas embocando:
Despues, más ancho, grave y espacioso,
Llega á Meroé, gran isla, costeando,
Que contiene tres reinos eminentes,
En leyes y costumbres diferentes.

»Mira al Cairo, que incluye tres ciudades,
Y el palacio Real de Dultibea,
Las torres, los jardines y heredades
Que su espacioso círculo rodea.
Las Pirámides mira y vanidades
De los ciegos antiguos, que aunque sea
Señal de sus riquezas la hechura,
Fué más que el edificio la locura.

»Mira los despoblados arenosos
De la desierta y seca Libia ardiente,
Garamanta y los pueblos calurosos,
Donde habita la bruta y negra gente.
Mira los trogloditas belicosos,
Y los que baña Gambra en su corriente;
Mandingos, monicongos, y los feos
Zapes, biafras, gelofos y guineos.

»Ves de la costa de Africa el gran trecho,
Los puertos señalados y lugares
De las bocas del Nilo hasta el estrecho
Por do se comunican los dos mares:
Apolonia, las Sirtes, y derecho
Tripol, Tunez, y junto, si mirares,
Verás aún las reliquias y el estrago
De la ciudad famosa de Cartago.
»Mira á Sicilia fértil y abundosa,
Á Cerdeña y á Córcega de frente,
Y en la costa de Italia la viciosa
Tierra que va corriendo hácia el poniente.
Mira la ilustre Nápoles famosa,
Y á Roma, que gran tiempo altivamente
Se vió del universo apoderada,
Y de cada nacion despues hollada.
»Mira en Toscana á Sena y á Florencia,
Y dejando la costa al mediodia,
Á Bolonia, Ferrara, y la eminencia
De la isleña ciudad y Señoría:
Padua, Mantua, Cremona, y á Placencia;
Milan, la tierra y parque de Pavía,
Adonde en una rota de importancia,
Cárlos prendió á Francisco, rey de Francia.
»Ve á Alejandría, y por Liguria entrando.
Á la soberbia Génova y Saona;
Y el Piamonte y Saboya atravesando,
Á Leon, á Tolosa y á Bayona;
Y sobre el viento Coro volteando,
Burdeos, Poitiers, Orleans, Paris, Perona,
Flandes, Brabante, Güeldres, Frisia, Holanda.
Ingalaterra, Escocia, Hibernia, Irlanda;

»Á Dinamarca, Dacia y á Noruega
Hácia el mar de Dantisco y costa helada,
Y á Suecia, que al confin de Gócia llega,
Que está en torno del mar fortificada,
De donde á la Zelandia se navega;
Y mira allá á Grolandia, desviada
Del solar curso y la zodiaca via,
Do hay seis meses de noche y seis de dia.
»Mira al norte á Moscovia, que es tenida
Por última region de lo poblado,
Que rematan su término y medida
Las Rifeas montañas por un lado,
Y de las fuentes del Tanais tendida
Llega al monte Hiperbóreo y mar helado;
Confina con Sarmacia y Tartaría,
Y corre por el austro hasta Rusía.
»Mira á Livonia, Prusia, Lituania,
Samogicia, Podolia y á Rusía,
Á Polonia, Silesia y á Germania,
Á Moravia, Bohemia, Austria y Hungría,
Á Croacia, Moldavia, Transilvania,
Valaquia, Bulgaría, Esclavonía,
Á Macedonía, Grecia, la Morea,
Á Candia, Chipre, Rodas, y Judea.
»Mira al poniente á España, y la aspereza
De la antigua Vizcaya, de do es cierto
Que depende y procede la nobleza
Por todo lo que vemos descubierto:
Ves á Bermeo cercado de maleza,
Cabeza de Vizcaya, y sobre el puerto
Los anchos muros del solar de Ercilla
Solar antes fundado que la villa.

»Ves á Búrgos, Logroño y á Pamplona;
Y bajando al poniente á la siniestra,
Zaragoza, Valencia, Barcelona,
Á Leon y á Galicia de la diestra.
Ves la ciudad famosa de Lisbona,
Coimbra y Salamanca, que se muestra
Felice en todas ciencias, do solia
Enseñarse tambien nigromancía.

»Mira á Valladolid, que en llama ardiente
Se irá como la fénix renovando,
Y á Medina del Campo casi en frente,
Que las ferias la van más ilustrando.
Mira á Segovia y su famosa puente;
Y el bosque y la Fonfria atravesando,
Al Pardo, y Aranjuez, donde natura
Vertió todas sus flores y verdura.

»Mira aquel sitio inculto montuoso
Al pié del alto puerto algo apartado,
Que, aunque le ves desierto y pedregoso,
Ha de venir en breve á ser poblado:
Allí el rey don Felipe vitorioso,
Habiendo al Franco en San Quintin domado,
En testimonio de su buen deseo
Levantará un católico trofeo.

»Será un famoso templo incomparable,
De suntuosa fábrica y grandeza,
La máquina del cual hará notable
Su religioso celo y gran riqueza.
Será edificio eterno y memorable,
De inmensa majestad y gran belleza,
Obra, al fin, de un tal rey, tan gran cristiano,
Y de tan larga y poderosa mano.

»Mira luego á Madrid, que buena suerte
Le tiene el alto cielo aparejada;
Y á Toledo fundada en sitio fuerte
Sobre el dorado Tajo levantada.
Mira adelante á Córdoba, y la muerte
Que airada amenazando está á Granada.
Esgrimiendo el cuchillo sobre tantas
Principales cabezas y gargantas.

«Mira á Sevilla; ves la realeza
De templos, edificios y moradas,
El concurso de gente, y la grandeza
Del trato de las Indias apartadas,
Que de oro, plata, perlas y riqueza
Dos flotas en un año entran cargadas,
Y salen otras dos de mercancía,
Con gente, municion y artillería.

»Mira á Cadiz donde Hércules famoso.
Sobre sus hados prósperos corriendo.
Fijó las dos columnas vitorioso,
Nihil ultra en el mármol escribiendo;
Más Fernando Católico glorioso,
Los mojonados términos rompiendo,
Del ancho y Nuevo-Mundo abrió la via,
porque en un mundo solo no cabia.

»Mira por el océano bajando
Entre el húmido noto y el poniente
Las Islas de Canaria, reparando
En aquella del Hierro especialmente,
Que falta de agua, la natura obrando,
Las aves, animales y la gente
Beben la que de un árbol se destila
En una bien labrada y ancha pila.

»Ves á la banda diestra las Terceras,
Que están de portugueses ocupadas;
Y corriendo al sudueste, las primeras
Islas que descubrió Colon, pobladas
De gentes nunca vistas extranjeras,
Entre las cuales son más señaladas
Los Lucayos, San Juan, la Dominica,
Santo Domingo, Cuba, y Jamaíca.
»Ves de Bahama la canal angosta,
Y siguiendo al poniente, la Florida,
La tierra inútil y torcida costa
Hasta la Nueva-España proseguida,
Donde Cortés, con no pequeña costa,
Y gran trabajo y riesgo de la vida,
Sin término ensanchó por su persona
Los límites de España y la corona.
»Mira á Jalisco y Mechoacan, famosa
Por la raiz medicinal que tiene;
Y á Méjico abundante y populosa,
Que el indio nombre antiguo aún hoy retiene.
Ves al sur la poblada y montuosa
Tierra, que en punta á prolongarse viene,
Que los dos anchos mares por los lados
La van adelgazando los costados.
«A Panamá y al Nombre de Dios mira,
Que sus estrechos términos defienden
Á dos contrarios mares, que con ira
Rompen la tierra y anegar pretenden.
Ves la fragosa sierra de Capira,
Cartagena, y las tierras que se extienden
De Santa Marta y cabo de la Vela
Hasta el Lago y ciudad de Venezuela.

»A Bogotá y Cartáma, que confina
Con Arma y Cali, tierra prolongada,
Popayan, Pasto, y Quito que vecina
Está á la equinoccial línea templada.
Mira allá á Puerto Viejo, do la mina
De ricas esmeraldas fué hallada,
Y las tierras que corren por la via
Del austro y del volturno y mediodia,
»Ves Guayaquil, que abunda de madera
Por sus espesos montes y sombríos,
Tumbez, Paita y su puerto, que es primera
Escala donde surgen los navíos:
Piura, Loja, la Zarza, y Cordillera
De do nacen y bajan tantos rios,
Que riegan bien dos mil millas de suelo
Donde jamás cayó lluvia del cielo.
»Mira los grandes montes y altas sierras
Bajo la Zona Tórrida nevadas,
Los mojos, bracamoros y las tierras
De incultos chachapoyas habitadas:
Cajamarca y Trujillo, que en las guerras
Fueron famosas siempre y señaladas;
Y la ciudad insigne de Los Reyes,
Silla de las audiencias y vireyes:
»Y Guánuco, Guamanga, y el templado
Terreno de Arequipa, y los mojones
Del Cuzco, antiguo pueblo y señalado
Asiento de los Ingas y Orejones.
Mira, el solsticio y trópico pasado,
Del austral Capricornio las regiones
De varias gentes bárbaras extrañas,
Los rios, lagunas, valles y montañas.

»Mira allá á Chuquiabo, que metido
Está á un lado la tierra al sur marcada,
Y adelante el riquísimo y crecido
Cerro de Potosí, que de cendrada
Plata de ley y de valor subido
Tiene la tierra envuelta y amasada;
Pues de un quintal de tierra de la mina
Las dos arrobas son de plata fina.

»Ves la villa de Plata, la postrera
Por el levante á la siniestra mano,
Y atravesando la alta cordillera,
Calcháqui, Pilcomayo y Tucomano:
Los juries, los diaguitas y ribera
De los comechingones, y el gran llano
Y fructífero término remoto
Hasta la fortaleza de Gaboto

»Ves, volviendo á la costa, los collados
Que corren por la banda de Atacama,
Y la desierta costa y despoblados,
Do no hay ave, animal, yerba ni rama.
Ves los copayapós, indios granados
Que de grandes flecheros tienen fama:
Conquimbo, Mapochó, Cauquen, y el rio
De Maule, y el de Itáta, y Biobío.

»Ves la ciudad de Penco y el pujante
Arauco, estado libre y poderoso,
Cañete, la Imperial, y hácia el levante
La Villa-rica, y el volcan fogoso;
Valdivia, Osorno, el Lago; y adelante
Las islas y archipiélago famoso;
Y siguiendo la costa al sur derecho
Chiloé, Coronados, y el estrecho,

»Por donde Magallanes con su gente
Al mar del Sur salió desembocando;
Y tomando la vuelta del poniente
Al Maluco guió noruesteando.
Ves las islas de Acaca y Zabú en frente,
Y á Matan, do murió al fin peleando;
Brunci, Bohol, Gilolo, Terrenate,
Machian, Mutir, Badan, Tidore, y Mate.

»Ves las manchas de tierras, tan cubiertas
Que pueden ser apenas divisadas,
Son las que nunca han sido descubiertas,
Ni de extranjeros piés jamás pisadas;
Las cuales estarán siempre encubiertas,
Y de aquellos celajes ocupadas,
Hasta que Dios permita que parezcan,
Porque más sus secretos se engrandezcan.

»Y como ves en forma verdadera
De la tierra la gran circunferencia,
Pudieras entender, si tiempo hubiera.
De los celestes cuerpos la excelencia,
La máquina y concierto de la esfera,
La virtud de los astros é influencia,
Varias revoluciones, movimientos,
Los cursos naturales y violentos.

»Mas, aunque quiera yo de parte mia
Dejarte más contento y sastifecho,
Ha mucho rato que declina el dia,
Y tienes hasta el sitio largo trecho.»
Así, haciéndome el mago compañía,
Me trujo hasta ponerme en el derecho
Camino, do encontré luego mi gente
Que me andaba á buscar confusamente.

Llegamos al asiento en punto cuando
Entraban á la guardia los amigos,
Donde gastamos tiempo, procurando
Reducir á la paz los enemigos;
Unas veces por bien, acariciando,
Otras por amenazas y castigos,
Haciendo sin parar correderías
Por los vecinos pueblos y alquerías.

Mas no bastando diligencia en esto,
Ni las promesas, medios y partidos,
Que en su protervo intento y presupuesto
Estaban siempre más endurecidos;
Vista, pues, la importancia de aquel puesto,
Por estar en la tierra más metidos,
Con maduro consejo fué acordado
Sustentar el lugar fortificado;

Y proveyendo al esperado daño
De algunos bastimentos que faltaban,
Que aunque era fértil y abundante el año,
Los campos en cogollo y berza estaban,
Don Miguel de Velasco y Avendaño,
Con los que más á punto se hallaban,
Haciéndoles yo escolta y compañia,
Tomamos de Cauten la recta via.

Aunque con riesgo, sin contraste alguno
Los peligrosos términos pasamos,
Y en tiempo aparejado y oportuno
Á la Imperial ciudad salvos llegamos,
Donde á los moradores de uno en uno
Con palabras de amor los obligamos
No solo á dar graciosa la comida,
Pero á ofrecer tambien hacienda y vida.

Así que, alegres, sin rumor de guerra,
Con pan, frutas, semillas y ganados,
Dimos presto la vuelta por la tierra
De pacíficos indios y alterados;
Y al descubrir de la purena sierra
Hallamos una escolta de soldados,
Digo de nuestra gente, que venia
Á asegurar la peligrosa via.

El sol ya derribado al occidente
Habia en el mar los rayos zabullido,
Dando la noche alivio á nuestra gente
Del cansancio y trabajo padecido;
Pero, al romper del alba, alertamente
Se comenzó á marchar con gran ruïdo,
El cargado bagaje y el ganado
De todas las escuadras rodeado.

Iba yo en la vanguardia descubriendo
Por medio de una espesa y gran quebrada,
Cuando vi de través salir corriendo
Una mujer, al parecer turbada;
Yo tras ella los prestos piés batiendo,
Luego de mi caballo fué alcanzada.
El que saber el fin desto desea
Atentamente el otro canto lea.

CANTO XXVIII.

Cuenta Glaura sus desdichas y la causa de su venida. Asaltan los araucanos á los españoles en la quebrada de Puren: pasa entre ellos una recia batalla: saquean los enemigos el bagaje: retíranse alegres, aunque desbaratados.

Quien tiene libre y sosegada vida
Le conviene vivir más recatado,
Que siempre es peligrosa la caida
Del que está del peligro descuidado;
Y vemos muchas veces convertida
La alegre suerte en miserable estado,
En dura sujecion las libertades,
Y tras prosperidad adversidades.

Es fortuna tan varia, es tan incierta,
Ya que se muestra alguna vez amiga,
Que no ha llamado el bien á nuestra puerta,
Cuando el mal dentro en casa nos fatiga:
Y pues sabemos ya por cosa cierta
Que nunca hay bien á quien un mal no siga,
Roguemos que no venga; y si viniere,
Que sea pequeño el mal que le siguiere;

Que yo, de acuchillado en esto, siento
Que es de temer en parte la ventura;
El tiempo alegre pasa en un momento,
Y el triste hasta la muerte siempre dura:
Y porque viene bien á nuestro cuento,
Á la bárbara oid, que en la espesura
Alcancé, como os dije, que en su traje
Mostraba ser persona de linaje.

Era mochacha grande, bien formada,
De frente alegre y ojos extremados,
Nariz perfeta, boca colorada,
Los dientes en coral fino engastados,
Espaciosa de pecho y relevada,
Hermosas manos, brazos bien sacados,
Acrecentando más su hermosura
Un natural donaire y apostura.

Yo, queriendo saber á qué venia
Sola por aquel bosque y aspereza,
Con más seguridad que prometia
Su bello rostro y rara gentileza,
La aseguré del miedo que traia;
La cual dando un sospiro, que á terneza
Al más rebelde corazon moviera,
Comenzó su razon en tal manera.—

»No sé si ya me queje desdichada,
Ó agradezca á los hados y á mi suerte,
Que me abren puerta y que me dan entrada
Para que pueda recebir la muerte;
Pero si ya la historia desastrada
Quieres saber y mi dolor tan fuerte,
Que áun le agravia mi poco sentimiento,
Te ruego que al proceso estés atento.

«Mi nombre es Glaura, en fuerte hora nacida,
Hija del buen cacique Quilacura,
De la sangre de Friso esclarecida,
Rica de hacienda, pobre de ventura;
Respetada de muchos y servida
Por mi linaje y vana hermosura;
Mas ¡ay de mí! cuánto mejor me fuera
Ser una simple y pobre ganadera.

»En casa de mi padre á mi contento
Como única heredera yo vivia,
Que su felicidad y pensamiento
En solo darme gusto lo ponia:
Mi voluntad en todo y mandamiento
Como inviolable ley se obedecia,
No habiendo de contento y gusto cosa
Que fuese para mí dificultosa.

»Mas presto el envidioso amor tírano,
Turbador del sosiego, adredemente
Trujo á mi tierra y casa á Fresolano,
Mozo de fuerzas y ánimo valiente,
De mi infelice padre primo hermano,
Y mucho más amigo que pariente,
Á quien la voluntad tenia rendida,
No habiendo entre los dos cosa partida.

»Mi padre, como amigo aficionado,
Que yo le regalase me mandaba;
Y así yo con llaneza y gran cuidado
Por hacerle placer lo procuraba;
Mas él luego, el propósito estragado,
Cuya fidelidad ya vacilaba,
Corrompió la amistad, salió de tino,
Echando por ilícito camino.

»Ó fué el trato que tuvo allí conmigo,
Ó, por mejor decir, mi desventura,
Que esta sería más cierto, como digo,
Que no la mal juzgadá hermosura,
Que ingrato al hospedaje del amigo,
Del deudo y deuda haciendo poca cura,
Me comenzó de amar y buscar medio
De dar á su cuidado algun remedio.

»Visto yo que por muestras y rodeo
Muchas veces su pena descubria,
Conocí que su intento y mal deseo
De los honestos límites salia.
Mas ¡ay! que, en lo que yo padezco, veo
Lo que el mísero entonces padecia:
Que á término he llegado al pié del palo
Que aún no puedo decir mal de lo malo.

»Hallábale mil veces sospirando
En mí los engañados ojos puestos;
Otras andaba tímido tentando
Entrada á sus osados presupuestos.
Yo, la ocasion dañosa desviando,
Con gravedad y términos honestos,
Que es lo que más refrena la osadía,
Sus erradas quimeras deshacia.

»Estando sola en mi aposento un dia,
Temerosa de algun atrevimiento,
Ante mí de rodillas se ponia
Con grande turbacion y desatiento,
Diciéndome temblando —«¡Oh Glaura mia!
Ya no basta razon ni sufrimiento,
Ni de fuerza una mínima me queda
Que á la del fuerte amor resistir pueda.

»Tú, señora, sabrás que el dia primero
De mi felice y próspera venida
Me trujo amor al término postrero
Desta penosa y desdichada vida;
Mas ya que por tu amor y causa muero,
Quiero saber si dello eres servida,
Porque, siéndolo tú, no sé yo cosa
Que pueda para mí ser tan dichosa.»

«Viéndole, al parecer, determinado
Á cualquiera violencia y desacato,
Disimuladamente por un lado
Salí dél, sin mostrar algun recato
Diciéndole de lejos: ¡Oh malvado,
Incestuoso, deslëal, ingrato,
Corrompedor de la amistad jurada,
Y ley de parentesco conservada!....»

»Iba estas y otras cosas yo diciendo
Que el repentino enojo me mostraba,
Cuando con priesa súbita y estruendo
Un cristiano escuadron nos salteaba,
Que en cerrado tropel arremetiendo,
Nuestra alta casa en torno rodeaba,
Saltando Fresolano en mi presencia
Á la debida y justa resistencia,

«Diciendo: ¡Oh fiera tígre endurecida,
Inhumana y cruel con los humanos!
Vuelve, acaba de ser tú la homicida,
No dejes que hacer á los cristianos:
Vuelve, verás que acabo aquí la vida,
Pues no puedo á las tuyas, á sus manos;
Que aunque no sea la muerte tan honrosa,
Á lo menos será más pïadosa:

»Así furioso sin mirar en nada
Se arroja en medio de la armada gente,
Donde luego una bala arrebatada
Le atrevesó el desnudo pecho ardiente:
Cayó, ya la color y voz turbada
Diciendo: «¡Glaura! Glaura! últimamente
Recibe allá mi espíritu, cansado
De dar vida á este cuerpo desdichado!»
»Llegó mi padre en esto al gran ruïdo,
Solo armado de esfuerzo y confianza;
Mas luego en el costado fué herido
De una furiosa y atrevida lanza:
Cayó el cuerpo mortal descolorido;
Y vista mi fortuna y mal andanza,
Por el postigo de una falsa puerta
Salí, á mí parecer, más que ellos muerta.
»Acá y allá turbada, al fin por una
Montaña comencé luego á emboscarme,
Dejándome llevar de mi fortuna,
Que siempre me ha guiado á despeñarme.
Así que, ya sin tino y senda alguna,
Procuraba ¡cuitada! de alejarme;
Que con el gran temor me parecia
Que, yendo á más correr, no me movia.
»Mas como suele acontecer contino
Que, huyendo el peligro y mal presente,
Se suele ir á parar en un camino
Que nos coge y anega la creciente,
Así á mí ¡desdichada! pues me avino
Que, por salvar la vida impertinente,
De un mal en otro mal, de lance en lance
Vine á mayor peligro y mayor trance.

»Iba, pues, siempre mísera corriendo
Por espinas, por zarzas, por abrojos,
Aquí y allí, y acá y allá volviendo
Á cada paso los atentos ojos,
Cuando por unos árboles saliendo
Ví dos negros cargados de despojos,
Que luego en el instante que me vieron
Á la mísera presa arremetieron.
»Fuí dellos prestamente despojada
De todo cuanto allí venia vestida,
Aunque yo triste no estimaba en nada
El perder los vestidos y la vida;
Pero el honor y castidad preciada
Estuvo á punto ya de ser perdida;
Mas mis voces y quejas fueron tantas
Que á lástima y piedad movia las plantas.
»Usó el cielo conmigo de clemencia
Guiando á Cariolan á mis clamores,
Que visto el acto inorme y la insolencia
De aquellos enemigos violadores,
Corrió con provechosa diligencia,
Diciendo: «Perros, bárbaros, traidores,
Dejad, dejad al punto la doncella,
Si no la vida dejareis con ella.»
»Fueron sobre él los dos encontinente;
Mas él, flechando el arco que traia,
Al más adelantado y diligente
La flecha hasta las plumas le escondia;
Hízose atrás dos pasos diestramente,
Y al otro la segunda flecha envia
Con brújula tan cierta y diestro tino,
Que al bruto corazon halló el camino,

»Cayó muerto, y el otro mal herido
Cerró con él furioso y emperrado;
Mas Cariolan, valiente y prevenido,
En la arte de la lucha ejercitado,
Aunque el negro era grande y muy fornido
De su destreza y fuerzas ayudado,
Alzándole en los brazos hácia el cielo
Le trabucó de espaldas en el suelo;
»Y sacando una daga acicalada,
Queriendo á hierro rematar la cuenta,
Por el desnudo vientre y por la ijada
Tres veces la metió y sacó sangrienta;
Huyó por allí la alma acelerada,
Y libre Cariolan de aquella afrenta,
Se vino para mí con gran crianza,
Pidiéndome perdon de la tardanza.
»Supo decir allí tantas razones,
Haciendo amor conmigo así el oficio,
Que medrosa de andar en opiniones,
Que es ya dolencia de honra y ruin indicio,
Por evitar al fin murmuraciones,
Y no mostrarme ingrata al beneficio
En tal sazon y tiempo recebido,
Le tomé por mi guarda y mi marido.
»Y temiendo que gente acudiria,
Por el espeso bosque nos metimos,
Donde, sin rastro ni señal de via,
Un gran rato perdidos anduvimos;
Pero, señor, al declinar del dia,
Á la ribera de Lauquén salimos,
Por do venia una escuadra de cristianos
Con diez indios atrás presas las manos.

»Descubriéronnos súbito en saliendo,
Que en todo al fin nos perseguia la suerte,
Sobre nosotros de tropel corriendo,
¡Aguarda! aguarda! ten! gritando fuerte:
Pero mi nuevo esposo allí temiendo
Mucho más mi deshonra que su muerte,
Me rogó que en el bosque me escondiese,
Mientras que él con morir los detuviese.

»Luego el temor, á trastornar bastante
Una flaca mujer inadvertida,
Me persuadió, poniéndome delante
La horrenda muerte y la estimada vida:
Así, cobarde, tímida, inconstante,
Á los primeros ímpetus rendida,
Me entré, viéndolos cerca, á toda priesa
Por lo más agrio de la selva espesa;

»Y en lo hueco de un tronco, que tejido
De zarzas y maleza en torno estaba,
Me escondí sin aliento ni sentido,
Que áun apenas de miedo resollaba;
De donde escuché luego un gran ruïdo,
Que el bosque cerca y lejos atronaba,
De espadas, lanzas y tropel de gente,
Como que combatiesen fuertemente.

»Fué poco á poco, al parecer, cesando
Aquel rumor y grita que se oia,
Cuando la obligacion ya calentando
La sangre que el temor helado habia,
Revolví sobre mí, considerando
La maldad y traicion que cometia
En no correr con mi marido á una
Un peligro, una muerte, una fortuna.

»Salí de aquel lugar, que á Dios pluguiera
Que en él quedara viva sepultada,
Corriendo con presteza á la ribera
Adonde le dejé desatinada:
Mas cuando no vi rastro ni manera
De le poder hallar, sola y cuitada,
Podrás ver qué sentí; pues era cierto
Que no pudo escapar de preso ó muerto.

»Solté ya sin temor la voz en vano,
Llamando al sordo Cielo injusto y crudo;
Preguntaba: ¿Do está mi Cariolano?
Y todo al responder lo hallaba mudo.
Ya entraba en la espesura, ya á lo llano
Salia corriendo, que el dolor agudo,
En mis entrañas siempre más furioso,
No me daba momento de reposo.

»No te quiero cansar ni lastimarme
En decirte las bascas que sentia:
No sabiendo qué hacer ni aconsejarme,
Frenética y furiosa discurria:
Muchas veces propuse de matarme,
Mas por torpeza y gran maldad tenia
Que aquel dolor en mí tan poco obrase
Que á quitarme la vida no bastase.

»En tanta pena y confusion envuelta,
De contrarios y dudas combatida,
Al cabo ya de le buscar resuelta,
Pues no daba el dolor fin á mi vida,
Hácia el campo español he dado vuelta.
De noche y desde lejos escondida
Por el honor, que mal me le asegura
Mi poca edad y mucha desventura.

»Y teniendo noticia que esta gente
Era la vuelta de Cauten pasada,
Tambien que habia de ser forzosamente
Por este paso estrecho la tornada,
Me dispuse á venir cubiertamente,
Pensando que entre tantos, disfrazada,
Alguna nueva ó rastro hallaria
Deste que la fortuna me desvia.

»¿Qué remedio me queda ya captiva,
Sujeta al mando y voluntad ajena,
Que, para que mayor pena reciba,
Aun la muerte no viene, porque es buena?
Pero aunque el Cielo cruel quiera que viva,
Al fin me ha de acabar ya tanta pena;
Bien que el estado en que me toma es fuerte,
Mas nadie escoge el tiempo de su muerte.»

Así la bella jóven lastimada
Iba sus desventuras recontando,
Cuando una gruesa bárbara emboscada,
Que estaba á los dos lados aguardando,
Alzó al cielo una súbita algarada,
Las salidas y pasos ocupando,
Creciendo indios así que parecian
Que de las yerbas bárbaros nacian.

Llegó al instante un yanacona mio,
Ganado no habia un mes en buena guerra,
Diciéndome: «Señor, échate al rio,
Que yo te salvaré que sé la tierra,
Que pensar resistir es desvarío
Á la gente que cala de la sierra:
Bien puedes ¡oh señor! de mí fiarte,
Que me verás morir por escaparte.»

Yo, que al mancebo el rostro revolvia
Á agradecer la oferta y buen deseo,
Ví á Glaura que sin tiento arremetia,
Diciendo: «¡Oh justo Dios! ¿qué es lo que veo?
¿Eres mi dulce esposo? ¡Ay vida mia!
En mis brazos te tengo y no lo creo;
¿Qué es esto, estoy soñando ó estoy despierta?
¡Ay! que tan grande bien no es cosa cierta.»

Yo atónito de tal acaecimiento,
Alegre tanto dél como admirado,
Visto de Glaura el mísero lamento
En felice suceso rematado,
No habiendo allí lugar de cumplimiento,
Por ser revuelto el tiempo y limitado,
Dije: «Amigos, adios; y lo que puedo,
Que es daros libertad, yo os la concedo.»

Sin otro ofrecimiento ni promesa
Piqué al caballo, que salió ligero.
Pero, aunque más los indios me den priesa,
Quiero, Señor, que aquí sepais primero
Cómo á la entrada de la selva espesa
Cariolan vino á ser mi prisionero,
Cuando medrosa de perder la vida
En el tronco quedó Glaura escondida.

Sabed, sacro Señor, que yo venia
Con algunos amigos y soldados,
Despues de haber andado todo el dia
En busca de enemigos desmandados;
Mas ya que á nuestro asiento me volvia
Con diez prisiones bárbaros atados,
Á la entrada de un monte y fin de un llano
Descubrimos muy cerca á Cariolano.

Corrió luego sobre él toda la gente,
Pensando que alas le prestara el miedo;
Pero con gran desprecio y alta frente,
Apercibiendo el arco, estuvo quedo:
Llegando, pues, á tiro, diestramente
Hirió á Francisco Osorio y Acebedo,
Arrancando una daga, desenvuelto
El largo manto al brazo ya revuelto.

Tanta fué la destreza, tanta el arte
Del temerario bárbaro araucano,
Que no fué el gran tropel de gente parte
Á que dejase un solo paso el llano;
Que, saltando de aquella y desta parte,
Todos los golpes hizo dar en vano,
Unos hurtando el cuerpo desmentidos,
Otros del manto y daga rebatidos.

Yo, que ver tal batalla no quisiera,
Al animoso mozo aficionado,
En medio me lancé diciendo: «Afuera,
Caballeros, afuera, haceos á un lado,
Que no es bien que el valiente mozo muera,
Antes merece ser remunerado;
Y darle así la muerte ya sería
No esfuerzo ni valor, mas villanía.»

Todos se detuvieron conociendo
Cuán mal el acto infame les estaba;
Solo el indio no cesa, pareciendo
Que de alargar la vida le pesaba:
Al fin, la daga y paso recogiendo,
Pues ya la cortesía le obligaba,
Vuelto hácia mí me dijo: «¿Qué te importa
Que sea mi vida larga ó que sea corta?

»Pero de mí será reconocida
La obra pia y voluntad humana,
Pia por la intencion, pero entendida,
Puede decirse impía é inhumana;
Que á quien ha de vivir mísera vida
No le puede estar mal muerte temprana:
Así que, en no matarme, como digo,
Cruel misericordia usas conmigo.

»Mas, porque no me digan que ya niego
Haber de tí la vida recebido,
Me pongo en tu poder, y así me entrego
Á mi fortuna mísera rendido.»
Esto dicho, la daga arrojó luego
Doméstico el que indómito habia sido,
Quedando desde allí siempre conmigo,
No en figura de siervo, mas de amigo.

Ya el ejercicio y belicoso estruendo
De las armas y voces resonaban;
Unos van en monton allá corriendo,
Otros acá socorro demandaban.
Era la senda estrecha, y no pudiendo
Ir atrás ni adelante, reparaban
Que el bagaje, la chusma y el ganado
Tenia impedido el paso y ocupado.

Es el camino de Puren derecho
Hácia la entrada y paso del estado;
Despues va en forma oblica largo trecho
De dos ásperos cerros apretado;
Y vienen á ceñirle en tanto estrecho
Que apenas pueden ir dos lado á lado,
Haciendo aún más angosta aquella via
Un arroyo que lleva en compañía.

Así á trechos en partes del camino
Revueltos, unos y otros voceando,
Andaban en confuso remolino
La tempestad de tiros reparando.
No basta de la pasta el temple fino,
Grebas, petos, celadas abollando
La furia que zumbaba á la redonda
De galga, lanza, dardo, flecha y honda.

Unos al suelo van descalabrados
Sin poder en las sillas sostenerse;
Otros, cual rana ó sapo, aporreados
No pueden, aunque quieren, removerse;
Otros á gatas, otros derrengados,
Arrastrando procuran acogerse
Á algun reparo ó hueco de la senda,
Que de aquel torbellino los defienda;

Que en este paso estrecho el enemigo,
La gente y municion por órden puesta,
Tenia á nuestros soldados, como digo,
De ventaja las piedras y la cuesta,
Donde puedo afirmar como testigo
Que era la lluvia tan espesa y presta
De las piedras, que cierto parecia
Que el cerro abajo en piezas se venia.

Como cuando se ve el airado cielo
De espesas nubes lóbregas cerrado
Querer hundir y arruïnar el suelo,
De rayos, piedra y tempestad cargado;
Las aves mata en medio de su vuelo,
La gente, bestias, fieras y ganado
Buscan corriendo, acá y allá perdidas,
Los reparos, defensas y guaridas;

Así los españoles constreñidos
De aquel granizo y tempestad furiosa,
Buscan por todas partes mal heridos
Algun árbol ó peña cavernosa,
Do reparados algo y defendidos,
Con la virtud antigua generosa,
Cobrando nuevo esfuerzo y esperanza,
Á la vitoria aspiran y venganza.

Y desde allí con la presteza usada,
Las apuntadas miras asestando,
Les comienzan á dar una rociada,
Muchos en poco tiempo derribando.
Ya por la áspera cuesta derrumbada
Venian cuerpos y peñas volteando,
Con un furor terrible y tan extraño
Que muertos aún hacian notable daño.

Así andaba la cosa, y entretanto
Que en esta estrecha plaza peleaban,
Con no menor revuelta al otro canto,
Donde mayores voces resonaban,
Se habian los indios desmandado tanto
Que ya el bagaje y cargas saqueaban,
Haciendo grande riza y sacrificio
En la gente de guarda y de servicio.

Quién con carne, con pan, fruta ó pescado
Sube ligeramente á la alta cumbre;
Quién de petaca ó de fardel cargado
Corre sin embarazo y pesadumbre;
Del alto y bajo, de uno y otro lado,
Al saco acude allí la muchedumbre,
Cual banda de palomas en verano
Suele acudir al derramado grano.

Viéndonos ya vencidos sin remedio
Por la gran multitud que concurria,
Procuré de tentar el postrer medio
Que en nuestra vida y salvacion habia;
Y así, rompiendo súbito por medio
De la revuelta y empachada via,
Llegué do estaban hasta diez soldados
En un hueco del monte arrinconados,
Diciéndoles el punto en que la guerra
Andaba de ambas partes tan reñida
Que, ganada la cumbre de la sierra,
La vitoria era nuestra conocida;
Porque toda la gente de la tierra
Andaba ya en el saco embebecida,
Y solo en ver así ganado el alto
Los bastaba á vencer el sobresalto.
Luego, resueltos á morir de hecho,
Todos los once juntos de cuadrilla
Los caballos echamos al repecho,
Cada cual solevado alto en la silla;
Y aunque el fragoso cerro era derecho,
Por la tendida y áspera cuchilla
Llegamos á la cumbre deseada,
De breña espesa y árboles poblada.
Saltamos á pié todos al momento,
Que ya allí los caballos no prestaban,
Que llenos de sudor, faltos de aliento,
No pudiendo moverse, ijadeaban:
Donde sin dilacion ni impedimento,
Al lado que los indios más cargaban,
En un derecho y gran derrumbadero
Nos pusimos á vista y caballero;

Dándoles una carga de repente
De arcabuces y piedras, que os prometo
Que aunque llevó de golpe mucha gente,
Hizo el súbito miedo más efeto:
Y así, remolinando torpemente,
Les pareció segun el grande aprieto,
Moverse en contra dellos cielo y tierra,
Viendo por alto y bajo tanta guerra.

Luego con animosa confianza
En nuestra ayuda algunos arribaron,
Que, deseosos de áspera venganza,
El daño y miedo en ellos aumentaron
Tanto que, ya perdida la esperanza,
Á retirarse algunos comenzaron,
Poniendo prestos piés en la huida,
Remedio de escapar la ropa y vida.

Cuál por aquella parte, cuál por esta,
Cargado de fardel ó saco, guia;
Cuál por lo más espeso de la cuesta
Arrastrando el ganado se metia:
Cuál con hambre y codicia deshonesta,
Por solo llevar más se detenia,
Costando á más de diez allí la vida
La carga y la codicia desmedida.

Así la fiesta se acabó, quedando
Saqueados en parte y vencedores,
La vitoria y honor solemnizando
Con trompetas, clarines y atambores;
Al rumor de las cuales caminando,
Con buena guardia y diestros corredores,
Llegamos al Real todos heridos,
Donde fuimos con salvas recebidos.

Los bárbaros á un tiempo retirados
Por un áspero risco y monte espeso
Se fueron á gran paso, consolados
Con el sabroso robo, del suceso,
Y adonde estaba el general llegados,
Que, sabido el desórden y el exceso
Que rindió la vitoria al enemigo,
Hizo de algunos ejemplar castigo.

Y habiendo en Talcamávida juntado
Del destrozado campo el remanente,
Á consultar las cosas del estado
Llamó á la principal y digna gente;
Donde, despues de haber allí tratado
De lo más importante y conveniente,
Les dijo libremente todo cuanto
Podrá ver quien leyere el otro canto.

CANTO XXIX.

Entran los araucanos en nuevo consejo: tratan de quemar sus haciendas. Pide Tucapel que se cumpla el campo que tiene aplazado con Rengo: combaten los dos en estacado brava y animosamente.

¡Oh cuánta fuerza tiene, oh cuánto incita
El amor de la patria, pues hallamos
Que en razon nos obliga y necesita
Á que todo por él lo pospongamos!
Cualquier peligro y muerte facilita,
Al padre, al hijo, á la mujer dejamos
Cuando en trabajo nuestra patria vemos,
Y como á más parienta la acorremos.

Buen testimonio desto nos han sido
Las hazañas de antiguos señaladas,
Que por la cara patria han convertido
En sus mismas entrañas las espadas;
Y su gloriosa fama han extendido
Las plumas de escritores celebradas,
Mario, Casio, Filon, Cosdro ateniense,
Régulo, Agesilao y el Uticense.

Entrar, pues, en el número merece
Esta araucana gente que, con tanta
Muestra de su valor y ánimo, ofrece
Por la patria al cuchillo la garganta;
Y en el firme propósito parece
Que ni rigor de hado, y toda cuanta
Fuerza pone en sus golpes la fortuna,
En los ánimos hace mella alguna:

Que, habiendo en solos tres meses perdido
Cuatro grandes batallas de importancia,
No con ánimo triste ni abatido,
Mas con valor grandísimo y constancia,
Estaban, como atrás habeis oido,
En consejo de guerra, haciendo instancia
En darnos otro asalto; mas la mano
Tomó diciendo así Caupolicano.—

«Conviene ¡oh gran senado religioso
Que vencer ó morir determinemos,
Y en solo nuestro brazo valeroso
Como último remedio confiemos:
Las casas, ropa y mueble infrutuoso,
Que al descanso nos llaman, abrasemos,
Que, habiendo de morir, todo nos sobra,
Y todo con vencer despues se cobra.

»Es necesario y justo que se entienda
La grande utilidad que desto viene;
Que no es bien que haya asiento en la hacienda
Cuando el honor aún su lugar no tiene:
Ni es razon que soldado alguno atienda
Á más de aquello que á vencer conviene;
Ni entibie las ardientes voluntades
El amor de las casas y heredades.

»Así que en esta guerra tan reñida
Quien pretende descanso, como digo,
Piense que no hay más honra, hacienda y vida
De aquella que quitare al enemigo;
Que la virtud del brazo conocida
Será el rescate y verdadero amigo,
Pues no ha de haber partido ni concierto,
Sino solo matar ó quedar muerto.»
Oido allí por los caciques esto,
Muchos suspensos sin hablar quedaron,
Y algunos dellos con turbado gesto,
Enarcando las cejas, se miraron;
Pero rompiendo aquel silencio puesto,
Sobre ello un rato dieron y tomaron,
Hallando en su favor tantas razones
Que se llevó tras sí las opiniones.
Así el valiente Ongolmo, no esperando
Que otro en tal ocasion le precediese,
Aprueba á voces la demanda, instando
En que por obra luego se pusiese.
Siguió este parecer Purén, jurando
De no entrar en poblado hasta que viese
Sin medio ni concierto, á fuerza pura,
Su patria en libertad y paz segura.
Lincoya y Caniomangue, pues, no fueron
En jurar el decreto perezosos,
Que aún más de lo posible prometieron,
Segun eran gallardos y animosos.
Tambien Rengo y Gualemo se ofrecieron,
Y los demas caciques orgullosos,
Talcaguan, Lemolemo y Orompello;
Hasta el buen Colocolo vino en ello.

Resueltos, pues, en esto, y decretado,
Segun que aquí lo habemos referido,
Tucapelo, que á todo habia callado
Con gran sosiego y con atento oido,
Despues del alboroto sosegado
Y aquel árduo negocio difinido,
Puesto en pié levantó la voz ardiente,
Que jamás hablar pudo blandamente,

Diciendo: «Capitanes, yo el primero
En lo que el general propone vengo
Por parecerme justo; y así quiero
Que se abrase y asuele cuanto tengo:
En lo demas, al brazo me refiero,
Que, si un mes en su fuerza lo sostengo,
Pienso escoger despues á mi contento
El mayor y mejor repartimiento.

»Y si algun miserable no concede
Lo que tan justamente le es pedido,
Por enemigo de la patria quede,
Y del militar órden excluido;
Que ya por nuestra parte no se puede
Venir á ningun medio ni partido,
Sin dejar de perder, pues la contienda
Es sobre nuestra libertad y hacienda.

»Así que, yo tambien determinado
De seguir vuestros votos y opiniones,
Aunque parece en tiempo tan turbado
Que muevo nuevas causas y cuestiones,
Del natural honor estimulado,
Y por otras legítimas razones,
No puedo ya dejar por ningun arte
De echar del todo un gran negocio aparte.

»Ya tendreis en memoria el desafio
Que Rengo y yo tenemos aplazado;
Asimismo el que tuve con su tio,
Que quiso más morir desesperado:
Viendo el gran deshonor y agravio mio,
Y cuánto á mi pesar se ha dilatado,
Quiero, sin esperar á más rodeo,
Cumplir la obligacion y mi deseo;

»Que asaz gloria y honor Rengo ha ganado
Entre todas las gentes, pues se trata
Que conmigo ha de entrar en estacado,
Y así vanaglorioso lo dilata;
Mas yo, de tanta dilacion cansado,
Pues que cada ocasion lo desbarata,
Pido que nuestro campo se fenezca,
Que no es bien que mi crédito padezca:

»Que ya Peteguelen, viejo imprudente,
Con aparencia de ánimo engañosa,
Á morir se arrojó entre tanta gente,
Por parecerle muerte más piadosa;
Y así se me escapó mañosamente,
Que fué puro temor y no otra cosa;
Pues si ambicion de gloria le moviera,
De mi brazo la muerte pretendiera.

»Tambien Rengo, de industria, cauteloso,
Anda en los enemigos muy metido,
Buscando algun estorbo ó modo honroso
Que le excuse cumplir lo prometido;
Y debajo de muestra de animoso
Procura de quedar manco ó tullido,
Y para combatir no habilitado,
Glorioso con me haber desafiado.»

Así hablaba el bárbaro arrogante,
Cuando el airado Rengo echando fuego,
Sin guardar atencion se hizo adelante,
Diciendo: «La batalla quiero luego,
Que ni tu muestra y fanfarron semblante
Me puede á mí causar desasosiego;
Las armas lo dirán, y no razones
Que son de jactanciosos baladrones.»
Arremetiera Tucapel, si en esto
Caupolican, que á tiempo se previno,
Con presta diligencia en medio puesto,
La voz no le atajara y el camino:
Y con severa muestra y grave gesto,
Reprehendiendo el loco desatino,
Por rematar entre ellos la porfia
Concedió á Tucapel lo que pedia.
Pues el campo y el plazo señalado,
Que fué para de aquel en cuatro dias,
Nacieron en el pueblo alborozado
Sobre el dudoso fin muchas porfias:
Quién apostaba ropa, quién ganado,
Quién tierras de labor, quién granjerías:
Algunos, que ganar no deseaban,
Las usadas mujeres apostaban.
Cercaron una plaza de tablones
En un exento y descubierto llano,
Donde los dos indómitos varones
Armados combatiesen mano á mano;
Publicando en pregon las condiciones
Por el estilo y término araucano,
Para que á todos manifiesto fuese,
Y ninguno ignorancia pretendiese.

Llegado el plazo, al despuntar del dia
Con gran gozo de muchos esperado,
Luego la bulliciosa compañía
Comenzó á rodear el estacado.
Era tal el aprieto que no habia
Árbol, pared, ventana ni tejado,
De donde descubrirse algo pudiese,
Que cubierto de gente no estuviese.

El sol algo encendido y perezoso
Apenas del oriente habia salido,
Cuando por una parte el animoso
Tucapel asomó con gran ruïdo;
Por otra, pues, no ménos orgulloso,
Al mismo tiempo aparecer se vido
El fantástico Rengo muy gallardo,
Ambos con fiera muestra y paso tardo.

Las robustas personas adornadas
De fuertes petos dobles relevados,
Escarcelas, brazales y celadas,
Hasta al empeine de los piés armados:
Mazas cortas de acero barreadas,
Gruesos escudos de metal herrados,
Y al lado izquierdo cada cual ceñido
Un corvo y ancho alfange guarnecido.

Tenia, Señor, la plaza á cada parte
Puertas como palenque de torneo,
Por las cuales el uno y otro Marte
Entran en ancho círculo y rodeo.
Despues que con vistoso y gentil arte
Su término acabaron y paseo,
Airoso cada cual quedó á su lado
Dentro de la gran plaza y estacado.

Hecho por los padrinos el oficio,
Cual se requiere en actos semejantes,
Quitando todo escrúpulo y indicio
De ventaja y cautelas importantes,
Cesó luego el estrépito y bullicio
En todos los atentos circunstantes,
Oyendo el son de la trompeta en esto,
Que robó la color de más de un gesto.

Luego los dos famosos combatientes,
Que la tarda señal solo atendian,
Con bizarros y airosos continentes
En paso igual á combatir movian;
Y descargando á un tiempo los valientes
Brazos, de tales golpes se herian,
Que estuvo cada cual por una pieza
Sobre el pecho inclinada la cabeza.

Redoblan los segundos de manera
Que, aunque fueron pesados los primeros,
Si tal reparo y prevencion no hubiera,
No llegara el combate á los terceros.
¿Quién por estilo igual decir pudiera
El furor destos bárbaros guerreros,
Viendo el valor del mundo en ellos junto,
Y la encendida cólera en su punto?

Fué de tal golpe Tucapel cargado
Sobre el escudo en medio de la frente,
Que quedó por un rato embelesado,
Suspensos los sentidos y la mente.
Llegó Rengo con otro apresurado,
Pero salió el efeto diferente,
Que el estruendo del golpe y dolor fiero
Le despertó del sueño del primero.

Serpiente no se vió tan venenoso
Defendiendo á los hijos en su nido,
Como el airado bárbaro furioso,
Más del honor que del dolor sentido:
Así, fuera de término, rabioso,
De soberbia diabólica movido,
Sobre el gallardo Rengo fué en un punto,
Descargando la rabia y maza junto.

Salióle al fiero Rengo favorable
Aquel furor y acelerado brio,
Que la ferrada maza irreparable
El grueso extremo descargó en vacío:
Fué el golpe, aunque furioso, tolerable,
Quitándole la fuerza el desvarío,
Que á cogerle de lleno, yo creyera
Que con él el combate feneciera.

Mas, aunque fué al soslayo, el araucano
Se fué un poco al través desvaneciendo;
Al fin puso en el suelo la una mano,
Sostener la gran carga no pudiendo;
Pero viendo el peligro no liviano,
Sobre el fuerte contrario revolviendo,
Con su desenvoltura y maza presta
Le vuelve áun más pesada la respuesta.

Era cosa admirable la fiereza
De los dos en valor al mundo raros,
La providencia, el arte, la destreza,
Las entradas, heridas, y reparos;
Tanto, que temo ya de mi torpeza
No poder por sus términos contaros
La más reñida y singular batalla,
Que en relacion de bárbaros se halla.

Así el fiero combate igual andaba,
Y el golpear de un lado y de otro espeso
Que el más templado golpe no dejaba
De magullar la carne ó romper hueso.
El aire cerca y lejos retumbaba
Lleno de estruendo y de un aliento grueso,
Que era tanto el rumor y batería
Que un ejército grande parecia.

Dió el fuerte Rengo un golpe á Tucapelo,
Batiéndole de suerte la celada
Que vió lleno de estrellas todo el suelo,
Y la cabeza le quedó atronada;
Pero en sí vuelto, blasfemando al cielo,
Con aquella pujanza aventajada,
Hirió tan presto á Rengo al desviarse
Que no tuvo lugar de repararse.

Cayó el pesado golpe en descubierto,
Cargando á Rengo tanto la cabeza
Que todos le tuvieron ya por muerto,
Y estuvo adormecido una gran pieza;
Mas, del peligro y del dolor despierto,
La abollada celada se endereza,
Y sobre Tucapel furioso aguija,
Que la maza rompió por la manija.

Mas, viéndole sin maza en esta guerra,
Que en dos trozos saltó lejos quebrada,
La suya con desprecio arroja en tierra,
Poniendo mano á la fornida espada.
En esto Tucapel otra vez cierra,
La suya fuera en alto levantada;
Mas Rengo, hurtando el cuerpo á la una mano,
Hizo que descargase el golpe en vano.

Llegó el cuchillo al suelo, y gran pedazo,
Aunque era duro, en el quedó enterrado,
Y en este impedimento y embarazo
Fué Tucapel herido por un lado,
De suerte que el siniestro guardabrazo
Con la carne al través cayó cortado,
Y procurando segundar no pudo,
Que vió calar el gran cuchillo agudo.

Debajo del escudo recogido
Rengo el desaforado golpe espera,
El cual fué en dos pedazos dividido
Con la cresta de acero y la mollera:
El bárbaro quedó desvanecido,
Y por poco en el suelo se tendiera;
Mas el esfuerzo raro y ardimiento
Venció al grave dolor y desatiento.

No por esto medroso se retira,
Antes hacer cruda venganza piensa,
Y así lleno de rabia, ardiendo en ira,
Acrecentada por la nueva ofensa,
Furioso de revés un golpe tira
Con la extrema pujanza y fuerza inmensa,
Que á no topar tan fuerte la armadura
Le dividiera en dos por la cintura.

Metióse tan adentro que no pudo
Salir del enemigo ya vecino,
Por lo cual, arrojando el roto escudo,
Valerse de los brazos le convino.
Tucapel, que robusto era y membrudo,
Al mismo tiempo le salió al camino,
Echándole los suyos de manera
Que un grueso y duro roble deshiciera.

Pero topó con Rengo, que ninguno
Le llevaba ventaja en la braveza,
De diez, de seis, de dos él era el uno
De más agilidad y fortaleza.
Llegados á las presas, cada uno
Con viva fuerza y con igual destreza,
Tientan y buscan de una y de otra parte
El modo de vencer la industria y arte.

Así que, pecho á pecho forcejando,
Andaban en furioso movimiento,
Tanto los duros brazos añudando
Que apenas recebir pueden aliento:
Y al arte nuevas fuerzas ayuntando,
Aspira cada cual al vencimiento,
Procurando por fuerza, como digo,
De poner en el suelo al enemigo.

Era, cierto, espectáculo espantoso
Verlos tan recia y duramente asidos,
Llenos de sangre y de un sudor copioso
Los rostros, y los ojos encendidos:
El aliento ya grueso y presuroso,
El forcejar, gemir, y los ronquidos,
Sin descansar un punto en todo el dia,
Ni haber ventaja alguna ó mejoría.

Mas Tucapel ardiendo en viva saña,
Teniéndose por flojo y afrentado,
Ara y revuelve toda la campaña,
Cargando recio deste y de aquel lado.
Rengo con gran destreza y cauta maña,
Recogido en su fuerza y reportado,
Su opinion y propósito sostiene
Y en igual esperanza se mantiene.

Viendo, pues, al contrario algo metido,
Le quiso rebatir el pié derecho;
Mas Tucapel, á tiempo recogido,
Lo suspende de tierra sobre el pecho,
Y entre los duros músculos ceñido
Le estremece, sacude y tiene estrecho,
Tanto que con el recio apretamiento
No le deja tomar tierra ni aliento.

En esto, pues, creyendo fácilmente
De aquella suerte rematar la guerra,
Rengo, que era destrísimo y valiente,
Hizo pié con gran fuerza y cobró tierra:
Donde á un tiempo estribando reciamente,
De un fuerte rodeon se desafierra,
Llevándose en las manos apretado
Cuanto en la dura presa habia agarrado.

Fué Tucapel un rato descompuesto,
Dando al un lado y otro zancadillas,
Y Rengo de la fuerza que habia puesto
Hincó en el suelo entrambas las rodillas:
Ambos corrieron á las armas presto,
Rajando los escudos en astillas,
Con tempestad de golpes presurosos
Más fuertes que al principio y más furiosos.

Estaban los presentes admirados
De aquel duro teson y valentía,
Viéndolos en mil partes ya llagados
Y la sangre que el suelo humedecia,
Los arneses y escudos destrozados,
Y que ningun partido y medio habia,
Sino solo quedar el uno muerto,
Aunque morir los dos era más cierto.

Dió Rengo á Tucapel una herida,
Cogiéndole al soslayo la rodela,
Que, aunque de gruesos cercos guarnecida,
Entró como si fuera blanda suela.
No quedó allí la espada detenida,
Que gran parte cortó de la escarcela
Y un doble zaragüel de ñudo grueso,
Penetrando la carne hasta el hueso.

No se vió corazon tan sosegado
Que no diese en el pecho algun latido,
Viendo la horrenda muestra y rostro airado
Del impaciente bárbaro ofendido,
Que, el roto escudo lejos arrojado,
De un furor infernal ya poseido,
De suerte alzó la espada, que yo os juro
Que nadie allí pensó quedar seguro.

¡Guarte Rengo, que baja, guarda, guarda,
Con gran rigor y furia acelerada
El golpe de la mano más gallarda
Que jamás gobernó bárbara espada!
Mas quien el fin deste combate aguarda
Me perdone, si dejo destroncada
La historia en este punto, porque creo
Que así me esperará con más deseo.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

DEDICATORIA DE LA TERCERA PARTE.

Al Rey nuestro Señor.

Como todas mis obras de su principio están ofrecidas á V. M., ésta necesitada acude al amparo que há menester: suplico á V. M. sea servido de pasar los ojos por ella; que, con merced tan grande, de más de dejarla V. M. ufana, quedará autorizada y segura de que ninguno se la atreva.

Guarde nuestro Señor la católica persona de V. M., etc.

DON ALONSO DE ERCILLA.

PARTE TERCERA.

CANTO XXX.

Contiene este canto el fin que tuvo el combate de Tucapel y Rengo. Asimismo lo que Pran, araucano, pasó con el indio Andresillo, yanacona de los españoles.

Cualquiera desafio es reprobado
Por ley divina y natural derecho,
Cuando no va el designio enderezado
Al bien comun y universal provecho,
Y no por causa propia y fin privado,
Mas por autoridad pública hecho,
Que es la que en los combates y estacadas
Justifica las armas condenadas.

Muchos querrán decir que el desafío
Es de derecho y de costumbre usada,
Pues con el ser del hombre y albedrío
Juntamente la ira fué criada;
Pero sujeta al freno y señorío
De la razon, á quien encomendada
Quedó, para que así la corrigiese
Que los términos justos no excediese.
Y el Profeta nos da por documento
Que en ocasion y á tiempo nos airemos,
Pero con tal templanza y regimiento,
Que de la raya y punto no pasemos;
Pues, dejados llevar del movimiento,
El ser y la razon de hombres perdemos;
Y es visto que difieren en muy poco
El hombre airado y el furioso loco.
Y aunque se diga, y es verdad, que sea
Ímpetu natural el que nos lleva,
Y por la alteracion de ira se vea
Que á combatir la voluntad se mueva,
La ejecucion, el acto, la pelea,
Es lo que se condena y se reprueba,
Cuando aquella pasion que nos induce
Al yugo de razon no se reduce.
Por donde claramente, si se mira,
Parece, como parte conveniente,
Ser en el hombre natural la ira,
En cuanto á la razon fuere obediente;
Y, en la causa comun puesta la mira,
Puede contra el campion el combatiente
Usar della en el tiempo necesario
Como contra legítimo adversario.

Mas si es el combatir por gallardía,
Ó por jactancia vana ó alabanza,
Ó por mostrar la fuerza y valentía,
Ó por rencor, por ódio ó por venganza;
Si es por declaracion de la porfia,
Remitiendo á las armas la probanza,
Es el combate injusto, es prohibido,
Aunque esté en la costumbre recebido.
Tenemos hoy la prueba aquí en la mano
De Rengo y Tucapel, que, peleando
Por solo presuncion y orgullo vano,
Como fieras se están despedazando;
Y con protervia y ánimo inhumano
De llegarse á la muerte trabajando,
Estaban ya los dos tan cerca della
Cuanto lejos de justa su querella.
Digo que los combates, aunque usados,
Por corrupcion del tiempo introducidos,
Son de todas las leyes condenados
Y en razon militar no permitidos;
Salvo en algunos casos reservados,
Que serán á su tiempo referidos;
Materia á los soldados importante,
Segun que lo veremos adelante.
Déjolo aquí indeciso, porque viendo
El brazo en alto á Tucapel alzado,
Me culpo, me castigo y reprehendo
De haberle tanto tiempo así dejado.
Pero á la historia y narracion volviendo,
Me oistes ya gritar á Rengo airado
Que bajaba sobre él la fiera espada,
Por el gallardo brazo gobernada.

El cual, viéndose junto y que no pudo
Huir del grave golpe la caida,
Alzó con ambas manos el escudo,
La persona debajo recogida:
No se detuvo en él el filo agudo,
Ni bastó la celada, aunque fornida,
Que todo lo cortó, y llegó á la frente,
Abriendo una abundante y roja fuente.
Quedó por grande rato adormecido,
Y en pié dificilmente se detuvo,
Que, del recio dolor desvanecido,
Fuera de acuerdo vacilando anduvo;
Pero volviendo á tiempo en su sentido,
Visto el último término en que estuvo,
De manera cerró con Tucapelo
Que estuvo en punto de batirle al suelo.
Hallóle tan vecino y descompuesto,
Que por poco le hubiera trabucado,
Que, de la gran pujanza que habia puesto,
Anduvo de los piés desbaratado;
Pero volviendo á recobrarse presto,
Viéndose del contrario así aferrado,
Le echó los fuertes y ñudosos brazos,
Pensando deshacerle en mil pedazos:
Y con aquella fuerza sin medida
Le suspende, sacude y le rodea;
Mas Rengo, la persona recogida,
La suya á tiempo y la destreza emplea.
No la falta de sangre allí vertida,
Ni el largo y gran teson en la pelea
Les menguaba la fuerza y ardimiento,
Antes iba el furor en crecimiento.

En esto Rengo á tiempo el pié trocado
Del firme Tucapel ciñó el derecho,
Y entre los duros brazos apretado
Cargó sobre él con fuerza el duro pecho:
Fué tanto el forcejar que ambos de lado,
Sin poderlo excusar, á su despecho,
Dieron á un tiempo en tierra, de manera
Como si un muro ó torreon cayera.

Pero con rabia nueva y mayor fuego
Comienzan por el campo á revolcarse,
Y con puños de tierra á un tiempo luego
Procuran y trabajan por cegarse:
Tanto que al fin el uno y otro ciego,
No pudiendo del hierro aprovecharse,
Con las agudas uñas y los dientes
Se muerden y apedazan impacientes.

Así, fieros, sangrientos y furiosos,
Cuál ya debajo, cuál ya encima andaban,
Y los roncos acezos presurosos
Del apretado pecho resonaban;
Mas no por esto un punto vagarosos
En la rabia y el ímpetu aflojaban,
Mostrando en el teson y larga prueba
Criar aliento nuevo y fuerza nueva.

Eran pasadas ya tres horas, cuando
Los dos campiones, de valor iguales,
En la creciente furia declinando,
Dieron muestra y señal de ser mortales:
Que las últimas fuerzas apurando,
Sin poderse vencer, quedaron tales
Que ya en parte ninguna se movian,
Y más muertos que vivos parecian.

Estaban par á par desacordados,
Faltos de sangre, de vigor y aliento,
Los pechos garleando levantados,
Llenos de polvo y de sudor sangriento,
Los brazos y los piés enclavijados
Sin muestra ni señal de sentimiento,
Aunque de Tucapel pudo notarse
Haber más porfiado á levantarse.
La pierna diestra y diestro brazo echado
Sobre el contrario á la sazon tenia,
Lo cual de sus amigos fué juzgado
Ser notoria ventaja y mejoría,
Y aunque esto es hoy de muchos disputado,
Ninguno de los dos se rebullia,
Mostrando ambos de vivos solamente
El ronco aliento y corazon latiente.
El gran Caupolicano, que asistiendo
Como juëz de la batalla estaba,
El grave caso y pérdida sintiendo,
Apriesa en la estacada plaza entraba,
El cual, sin detenerse un punto, viendo
Que alguna sangre y vida les quedaba,
Los hizo levantar en dos tablones
Á doce los más ínclitos varones.
Y siguiendo detrás con todo el resto
De la nobleza y gente más preciada,
Fué con honra solemne y pompa puesto
Cada cual en su tienda señalada:
Donde acudiendo á los remedios presto,
Y la sangre con tiempo restañada,
La cura fué de suerte que la vida
Les fué en breve sazon restituida.

Pasado el punto y término temido,
Iban los dos á un tiempo mejorando,
Aunque del caso Tucapel sentido,
No dejaba curarse braveando;
Pero el prudente general sufrido,
Con blandura la cólera templando,
Así de poco en poco le redujo
Que á la razon doméstico le trujo.

Quedó entre ellos la paz establecida,
Y con solemnidad capitulado
Que en todo lo restante de la vida
No se tratase más de lo pasado,
Ni por cosa de nuevo sucedida
En público lugar ni reservado
Pudiesen combatir ni armar cuestiones,
Ni atravesarse en dichos ni en razones;

Mas siempre como amigos generosos
En todas ocasiones se tratasen,
Y en los casos y trances peligrosos
Se acudiesen á tiempo y ayudasen.
Convenidos así los dos famosos,
Porque más los conciertos se afirmasen,
Comieron y bebieron juntamente,
Con grande aplauso y fiesta de la gente.

Dejarélos aquí desta manera
En su conformidad y ayuntamiento,
Que me importa volver á la ribera
Del rio, que muda nombre en cada asiento:
Pues ha mucho que falto y ando fuera
De nuestro molestado alojamiento,
Para decir el punto en que se halla
Despues del trance y última batalla.

Luego que la vitoria conseguimos
Con más pérdida y daño que ganancia,
Al fuerte á más andar nos recogimos
Que estaba del lugar larga distancia:
Y aunque poco despues, Señor, tuvimos
Otros muchos reencuentros de importancia,
No sin costa de sangre y gran trabajo,
Iré, por no cansaros, al atajo.

Y, pasando en silencio otra batalla
Sangrienta de ambas partes y reñida,
Que, aunque por no ser largo aquí se calla,
Será de otro escritor encarecida;
Vista de municion y vitualla
La plaza por dos meses bastecida,
Pareció por entonces provechoso
Dejar por capitan allí á Reinoso.

Que las demas ciudades, trabajadas
De las pasadas guerras, nos llamaban.
Y las leyes sin fuerza arrinconadas,
Aunque mudas, de lejos voceaban:
Las cosas de su asiento desquiciadas
Todos sin gobernarse gobernaban,
Estando de perderse el reino á canto,
Por falta de gobierno habiendo tanto.

Mas viendo la comarca tan poblada,
Fértil de todas cosas y abundante,
Para fundar un pueblo aparejada,
Y el sitio á la sazon muy importante,
Quedó primero la ciudad trazada,
De la cual hablaremos adelante,
Que, aunque de buen principio y fundamento,
Mudó despues el nombre y el asiento.

Dejando, pues, en guarda de la tierra
Los más diestros y pláticos soldados,
En órden de batalla y son de guerra
Rompimos por los términos vedados;
Y atravesando de Purén la sierra,
De la hambre y las armas fatigados,
Á la Imperial llegamos salvamente,
Donde hospedada fué toda la gente.

Puso el gobernador luego en llegando
En libertad las leyes oprimidas,
La justicia y costumbres reformando
Por los turbados tiempos corrompidas.
Y el exceso y desórdenes quitando
De la nueva codicia introducidas,
En todo lo demas por buen camino
Dió la traza y asiento que convino.

No habiamos aún los cuerpos satisfecho
Del sueño y hambre mísera transida,
Cuando tuvimos nueva que de hecho
Toda la tierra en torno removida,
Rota la tregua y el contrato hecho,
Viendo así nuestra fuerza dividida,
Ayuntaban la suya, con motivo
De no dejar presidio ni hombre vivo.

Luego, pues, hasta treinta apercebidos
De los que más en órden nos hallamos,
Por la espesura de Tirú metidos
La barrancosa tierra atravesamos,
Y los tomados pasos desmentidos,
No con pocos rebatos arribamos,
Sin parar ni dormir noche ni dia,
Al presidio español y compañía;

Donde ya nuestra gente habia tenido
Nueva del trato y tierra rebelada,
Que por extraño caso acontecido
De la junta y designio fué avisada;
Y habiendo alegremente agradecido
El socorro y ayuda no pensada,
Nos dió del caso relacion entera,
El cual pasa, Señor, desta manera.

El araucano ejército entendiendo
Que su próspera suerte declinaba,
Y que Caupolican iba perdiendo
La gran figura en que primero estaba,
En secretos concilios discurriendo,
Del capitan ya odioso murmuraba,
Diciendo que la guerra iba á lo largo
Por conservar la dignidad del cargo;

No con tan suelta voz y atrevimiento
Que el más libre y osado no temiese,
Y del menor edicto y mandamiento
Cuanto una sola mínima excediese:
Que era tanto el castigo y escarmiento,
Que no se vió jamás quien se atreviese
Á reprobar el órden por él dado,
Segun era temido y respetado.

Pero temiendo, al fin, como prudente,
El revolver del hado incontrastable,
Y la poca obediencia de su gente,
Viéndole ya en estado miserable,
Que la buena fortuna fácilmente
Lleva siempre tras sí la fe mudable,
Y un mal suceso y otro cada dia
La más ardiente devocion resfria,

Quiso, dando otro tiento á la fortuna,
Que del todo con él se declarase,
Y no dejar remedio y cosa alguna
Que para su descargo no intentase:
Entre muchas, al fin, resuelto en una,
Antes que su intencion comunicase,
Con la presteza y órden que convino,
De municiones y armas se previno.

No dando, pues, lugar con la tardanza
Á que el miedo el peligro examinase,
Y algun suceso y súbita mudanza
Los ánimos del todo resfriase,
Con animosa muestra y confianza
Mandó, que de la gente se aprestase,
Al tiempo y hora de silencio mudo,
El más copioso número que pudo.

Hizo una larga plática al senado,
En la cual resolvió que convenia
Dar el asalto al fuerte por el lado
De la posta de Ongolmo al medio dia;
Que de cierto espion era avisado
Como la gente que en defensa habia,
Demas de estar segura y descuidada,
Era poca, bisoña y desarmada:

Que el capitan ausente habia llevado
La plática en la guerra y escogida,
De no volver atrás determinado
Hasta dejar la tierra reducida:
Y en las nuevas conquistas ocupado,
Sin poder ser la plaza socorrida,
En breve por asaltos fácilmente
Podian entrarla y degollar la gente.

Fué tan grave y severo en sus razones,
Y tal la autoridad de su presencia
Que se llevó los votos y opiniones
En gran conformidad sin diferencia:
Y con ánimo y firmes intenciones
Le juraron de nuevo la obediencia,
Y de seguir, hasta morir, de veras,
En entrambas fortunas sus banderas.

Luego Caupolicano resoluto
Habló con Pran, soldado artificioso,
Simple en la muestra, en el aspecto bruto.
Pero agudo, sutil y cauteloso,
Prevenido, sagaz, mañoso, astuto,
Falso, disimulado, malicioso,
Lenguaz, ladino, prático, discreto,
Cauto, pronto, solícito y secreto;

El cual en puridad bien instruido
En lo que el arduo caso requeria,
De pobre ropa y parecer vestido,
Del presidio español tomó la via;
Y fingiendo ser indio foragido,
Se entró por la cristiana rancheria
Entre los indios mozos de servicio,
Dando en la simple muestra dello indicio;

Debajo de la cual miraba atento
Sin mostrar atencion, lo que pasaba,
Y con disimulado advertimiento
Los ocultos designios penetraba:
Tal vez entrando en el guardado asiento,
En la figura rústica, notaba
La gente, armas, el órden, sitio y traza,
Lo más fuerte y lo flaco de la plaza.

Por esta parte, oyendo y preguntando
Á las personas ménos recatadas,
Iba mañosamente escudriñando
Los secretos y cosas reservadas:
Y aquí y allí los ánimos tentando
Buscaba con razones disfrazadas
Vaso capaz y suficiente seno
Donde vaciar pudiese el pecho lleno.

Tentando, pues, los vados y el camino
Por donde el trato fuese más cubierto,
De tiento en tiento y lance en lance, vino
Á dar consigo en peligroso puerto;
Que, engañado de un bárbaro ladino,
Andresillo llamado, de concierto
Salieron juntos á buscar comida,
Cosa á los yanaconas permitida;

Y con dobles y equívocas razones,
Que Pran á su propósito traia,
Vino el otro á decir las vejaciones
Que el araucano estado padecia,
Los insultos, agravios, sinrazones,
Las muertes, robos, fuerza y tiranía;
Trayendo á la memoria lastimada
El bien perdido y libertad pasada.

Visto el crédulo Pran que habia salido
Tan presto el falso amigo á la parada,
Hallando voluntad y grato oido
Y el tiempo y la ocasion aparejada,
De la engañosa muestra persuadido,
El disfrace y la máscara quitada,
Abrió el secreto pecho y echó fuera
La encubierta intencion desta manera,

Diciéndole: «Si sientes, oh soldado,
La pérdida de Arauco lamentable
Y el infelice término y estado
De nuestra opresa patria miserable,
Hoy la fortuna y poderoso hado,
Mostrándonos el rostro favorable,
Ponen solo en tu mano libremente
La vida y salvacion de tanta gente.

»Que el gran Caupolicano, que en la tierra
Nunca ha sufrido igual ni competencia,
Y en paz ociosa y en sangrienta guerra
Tiene el primer lugar y la obediencia,
Quiere, viendo el valor que en tí se encierra,
Tu industria grande y grande suficiencia,
Fiar en ocasion tan oportuna
El estado comun de tu fortuna;

»Y que á tí, como causa, se atribuya
El principio y el fin de tan gran hecho,
Siendo toda la gloria y honra tuya,
Tuya la autoridad, tuyo el provecho:
Sola una cosa quiere que sea suya,
Con la cual queda ufano y satisfecho,
Que es haber elegido tal sujeto
Para tan grande y importante efeto.

»Pues á tí libremente cometido
Puede suceso próspero esperarse,
Y á tu dichosa y buena suerte asido
Quiere llevado della aventurarse;
Y así en figura humilde travestido,
Porque de mí no puedan recatarse,
Vengo, cual ves, para que deste modo
Te dé yo parte dello y seas el todo;

»Haciéndote saber cómo querria,
Si no es de algun oculto inconveniente,
Dar el asalto al fuerte á medio dia
Con furia grande y número de gente;
Por haberle avisado cierta espía,
Que en aquella sazon seguramente
Descansan en sus lechos los soldados,
De la molesta noche trabajados:

»Y sin recato la ferrada puerta,
No siendo á nadie entonces reservada,
Franca de par en par siempre está abierta,
Y la gente durmiendo descuidada:
La cual, de salto fácilmente muerta,
Y la plaza despues desmantelada,
En la region antártica no queda
Quien resistir nuestra pujanza pueda.

»Así que, de tu ayuda confiado,
Que todo se lo allana y asegura,
Cerca de aquí tres leguas ha llegado
Cubierto de la noche y sombra escura:
Adonde, de su ejército apartado,
Debajo de palabra y fe segura
Quiere comunicar solo contigo
Lo que sumariamente aquí te digo.

»Ensancha, ensancha el pecho, que si quieres
Gozar desta ventura prometida,
De más del grande honor que consiguieres
Siendo por tí la patria redimida,
Solo á tí deberás lo que tuvieres,
Y á tí te deberán todos la vida,
Siendo siempre de nos reconocido
Haberla de tu mano recebido.

»Mira, pues, lo que desto te parece,
Conoce el tiempo y la ocasion dichosa,
No seas ingrato al cielo, que te ofrece
Por solo que la acetes tan gran cosa:
Da la mano á tu patria, que perece
En dura servidumbre vergonzosa;
Y pide aquello que pedir se puede,
Que todo desde aquí se te concede.»

Dió fin con esto á su razon, atento
Al semblante del indio sosegado,
Que sin alteracion y movimiento
Hasta acabar la plática habia estado:
El cual con rostro y parecer contento,
Aunque con pecho y ánimo doblado,
Á las ofertas y razon propuesta
Dió sin más detenerse esta respuesta.—

«¿Quién pudiera aquí dar bastante indicio
De mi intrínseco gozo y alegría
De ver que esté en mi mano el beneficio
De la cara y amada patria mia?
Que ni riqueza, honor, cargo ni oficio,
Ni el gobierno del mundo y monarquía
Podrán tanto conmigo en este hecho
Cuanto el comun y general provecho:

«Que sufrir no se puede la insolencia
Desta ambiciosa gente desfrenada,
Ni el disoluto imperio y la violencia
Con que la libertad tiene usurpada:
Por lo cual la divina Providencia
Tiene ya la sentencia declarada,
Y el ejemplar castigo merecido
Al araucano brazo cometido.

«Vuelve á Caupolican, y de mi parte
Mi pronta voluntad le ofrece cierta,
Que, cuanto en esto quieras alargarte.
Te sacaré yo á salvo de la oferta :
Y mañana, sin duda, por la parte
De la inculta marina más desierta
Seré con él, do trataremos largo
Desto que desde aquí tomo á mi cargo.

»Por la sospecha que nacer podria,
Será bien que los dos nos apartemos.
Y deshecha por hoy la compañía,
Adonde nos aguardan arribemos;
Que mañana de espacio á medio dia
Con mayor libertad nos hablaremos,
Y de mí quedarás más satisfecho:
Adios, que es tarde; adios, que es largo el trecho.»

Así luego partieron el camino,
Llevándole diverso y diferente,
Que el uno al araucano campo vino
Y el otro adonde estaba nuestra gente:
El cual con gozo y ánimo malino,
Hablando al capitan secretamente,
Le dijo punto á punto todo cuanto
Oirá quien escuchare el otro canto.

CANTO XXXI.

Cuenta Andresillo á Reinoso lo que con Pran dejaba concertado. Habla con Caupolican cautelosamente, el cual, engañado, viene sobre el fuerte, pensando hallar á los españoles durmiendo.

La más fea maldad y condenada,
Que más ofende á la bondad divina,
Es la traicion sobre amistad forjada,
Que al cielo, tierra y al infierno indina:
Que aunque el señor de la traicion se agrada,
Quiere mal al traidor y le abomina;
Tal es este nefario maleficio,
Que indigna al que recibe el beneficio.

Raras veces vereis que el alevoso
En estado seguro permanece,
De nadie amado, á todo el mundo odioso,
Que el mismo interesado le aborrece:
Amigo en todo tiempo sospechoso,
Aunque trate verdad no lo parece;
Y al cabo no se escapa del castigo
Que la misma maldad lleva consigo.

Si en ley de guerra es pérfido el que ofende
Debajo de seguro al enemigo,
¿Qué será aquel que al enemigo vende
La libertad y sangre del amigo,
Y el que con rostro de leal pretende
Ser traidor á su patria, como digo,
Poniéndole con ódio y rabia tanta
El agudo cuchillo á la garganta?
Guardarse puede el sábio recatado
Del público enemigo conocido,
Del perverso, insolente, del malvado,
Pero no del traidor nunca ofendido,
Que en hábito de amigo disfrazado,
El desnudo puñal lleva escondido:
No hay contra el desleal seguro puerto,
Ni enemigo mayor que el encubierto.
La prueba es Andresillo, que dejaba
Al amigo engañado y satisfecho;
El cual, con la gran priesa que llevaba,
En poco espacio atravesó gran trecho:
Y puesto ante Reinoso, el cual estaba
Seguro y descuidado de aquel hecho,
Preciándose el traidor de su malicia,
Della y de la traicion le dió noticia
Diciéndole: «Sabrás que usando el hado
Hoy de piadoso término contigo,
Las cosas de manera ha rodeado
Que puedo serte provechoso amigo:
Pues en mi voluntad libre ha dejado
La muerte ó salvacion de tu enemigo,
Remitiendo á las manos de Andresillo
La arbitraria sentencia y el cuchillo.

»Mas negando la deuda y fe debida
Á mi tierra y nacion, por tu respeto,
Quiero, señor, sacrificar la vida
Por escapar la tuya deste aprieto;
Y en contra de mi patria aborrecida
Volver las armas y áspero decreto,
Desviando gran número de espadas
Que están á tu costado enderezadas.»

Tras esto allí le dijo todo cuanto
Con Pran le sucedió y habeis oido,
Que, si me acuerdo, en el pasado canto
Lo tengo largamente referido.
Quedó Reinoso atónito de espanto,
Y con ánimo y rostro agradecido
Los brazos amorosos le echó al cuello,
Dándole encarecidas gracias dello;

Y alabando la astucia y artificio
Con que del trato doble usado habia,
Exageró el famoso y gran servicio
Que á todo el reino y cristiandad hacia,
Diciendo que tan grande beneficio
Siempre en nuestra memoria duraria,
Y con honroso premio de presente
Sería remunerado largamente.

Quedaron, pues, de acuerdo que otro dia,
Sin que noticia dello á nadie diese,
En el tiempo y lugar que puesto habia
Con el vecino capitan se viese;
Que de la vista y habla entenderia
Lo que más al negocio conviniese,
Trayéndole por mañas y rodeo
Al esperado fin de su deseo.

Hízolo, pues, así; pero antes desto,
Á la salida de un espeso valle
Halló al amigo en centinela puesto,
Esperándole ya para guialle;
Donde Caupolican con ledo gesto,
Saliendo algunos pasos á encontralle,
Adelantado un trecho de su gente,
Le recibió amorosa y cortesmente,

Diciendo: «¡Oh capitan! hoy por el cielo
En esta dignidad constituido,
Á quien la redencion del patrio suelo
Justa y méritamente ha cometido;
Bien sé que solo con honrado celo
De virtud propia y de valor movido,
Aspiras á arribar do ningun hombre
Tendrá puesto adelante más su nombre:

»Y habiendo de tu pecho penetrado
El intento y designio valeroso,
De tu fortuna próspera guiado,
Que promete suceso venturoso,
Estoy resuelto, estoy determinado
Que con golpe de gente numeroso
Demos, siendo tú solo nuestra guia,
Sobre el fuerte español á medio dia;

»Para lo cual ha sido mi venida,
Sorda y secretamente en esta parte,
Donde, siendo tu boca la medida,
Quiero del justo premio asegurarte,
Y ver si, á tí esta empresa cometida,
Quieres della y nosotros encargarte,
Dando, como cabeza y dueño, en todo
El órden, la instruccion, la traza y modo;

»Que, demas de las honras, te aseguro
De parte del senado un señorío,
Y por el fuerte Eponamon te juro
Que éste será escogido á tu albedrío:
En tus manos me pongo y aventuro,
Y á tu buen parecer remito el mio,
Para que des el órden que convenga
Y el esperado bien no se detenga.

»Pues con tu ayuda y mi esperanza cierta,
Que me prometen próspera jornada,
En una parte oculta y encubierta
Tengo cerca de aquí mi gente armada;
Y antes que sea de alguno descubierta
Y la plaza enemiga preparada,
Que es el peligro solo que esto tiene,
Apresurar la ejecucion conviene.

»Resuélvete ¡oh varon! y determina,
Como de tí se espera, brevemente,
Que detrás deste monte á la marina
Está el copioso ejército obediente:
Y porque puedas ver la diciplina,
Los ánimos, las armas y la gente,
Podrás llegar allá, que aquí te aguardo
Con esperanza y ánimo gallardo.»

El traidor pertinaz, que atento estaba
Á cuanto el general le prometia,
No la oferta ni el premio le mudaba
De la fea maldad que cometia;
Bien que, algun tanto tímido, dudaba
Viendo de aquel varon la valentía,
El ser gallardo y el feroz semblante,
La proporcion y miembros de gigante.

Venia el robusto y grande cuerpo armado
De una fuerte coraza barreada,
Y un dragon escamoso relevado
Sobre el alto creston de la celada;
En la derecha su baston ferrado,
Ceñida al lado una tajante espada,
Representando en talle y apostura
Del furibundo Marte la figura.

Visto por Andresillo cuán barato
Podia salir con el malvado hecho,
Teniendo en su traicion y doble trato
Andado en poco tiempo tanto trecho,
Con alegre semblante y rostro grato,
Aunque con doble y engañoso pecho,
Hincando ambas rodillas en el llano,
Tal respuesta volvió á Caupolicano.—

«¡Oh gran Apó! no pienses que movido
Por honra, por riqueza ó por estado,
Á tus piés y obediencia soy venido,
Á servirte y morir determinado;
Que todo lo que aquí me has ofrecido
Y lo que puede más ser deseado
No me provoca tanto ni me instiga
Cuanto la gran razon que á ello me obliga.

»Gracias al cielo doy, pues mi esperanza,
En tu prudencia y gran valor fundada,
La siento ya con próspera bonanza
Ir al derecho puerto encaminada;
Y porque no nos dañe la tardanza
Será bien que apresures la jornada,
Siguiendo la fortuna, que se muestra
Declarada en favor de parte nuestra;

»Que nuestros enemigos sin recelo,
Á las armas de noche acostumbrados,
Cuando va el sol en la mitad del cielo
Descansan en sus toldos desarmados:
Y desnudos y echados por el suelo,
En vino y dulce sueño sepultados,
Pasan la ardiente siesta en gran reposo
Hasta que el sol declina caluroso.
»Y si estás, como dices, prevenido,
Y la gente vecina en ordenanza,
Que goces luego la ocasion te pido,
No dejando pasar esta bonanza;
Que el tiempo es malo de cobrar, perdido.
Mayormente si daña la tardanza;
Y pues no te detiene cosa alguna
No detengas tus hados y fortuna;
»Que á darte la vitoria yo me obligo,
No por el galardon que dello espero,
Que la virtud la paga trae consigo
Y ella misma es el premio verdadero:
Basta lo que en servirte yo consigo;
Y así graciosamente me prefiero
De ponerte sin pérdida en la mano
La desnuda garganta del tirano.
»Mañana disfrazado, al tiempo cuando
Vaya el sol en mitad de su jornada,
Vendrá á mi estancia Pran, donde aguardando
Estaré su venida deseada;
Y en el presidio y franca plaza entrando.
Verá la gente entonces entregada
Al ordinario y descuidado sueño,
Sin prevencion, y al parecer sin dueño.

»Esta noche, callada y quietamente,
Desviada á la diestra del camino,
Venga á ponerse en escuadron la gente
Una milla del fuerte y más vecino:
Y cuando asome el sol por el oriente,
Echada en recogido remolino,
Bajas las armas por la luz del dia,
Aguarde allí el aviso y órden mia.
»Quiero ver, pues que dello eres servido,
Por ir del todo alegre y satisfecho,
Tu dichoso escuadron, constituido
Para tan alto y señalado hecho;
Por quien Arauco ya restituido
En sus primeras fuerzas y derecho,
Echada la española tiranía,
Extenderá su nombre y monarquía.»
Quedó Caupolicano de manera
Que tuvo el trato y hecho por seguro.
Diciéndole razones, que moviera
No un corazon movible, pero un muro:
Y en señal de firmeza verdadera
Le dió un lucido llauto de oro puro
Y un grueso mazo de chaquira prima,
Cosa entre ellos tenida en grande estima.
Y del alegre Pran acompañado
Al pié de un alto cerro montuoso
Vió él araucano ejército emboscado,
De brava gente y número copioso:
Quedó el traidor de verlo algo turbado,
Y en la falsa y mudable fe dudoso;
Que en el ánimo vario y movedizo
Hace el temor lo que virtud no hizo.

Pero ya la maldad apoderada,
Dándole espuelas y ánimo bastante,
La duda tropelló representada,
Llevando el mal propósito adelante;
Y así, encubriendo la intencion dañada,
Con mentirosas muestras y semblante
Loó el traidor encarecidamente
El sitio, el órden, armas y la gente;

Y despues de inquirir y haber notado
Lo que notar entonces convenia,
Visto el grande aparato, y tanteado
La gente armada y cantidad que habia,
Advertido de todo y enterado,
Llegó al presidio al rematar del dia,
Adonde le esperaba ya Reinoso,
De su larga tardanza sospechoso.

Hizo con singular advertimiento
De su jornada relacion copiosa,
Dándole mayor ánimo y aliento
Nuestra llegada á tiempo provechosa;
Que si estuvistes á mi canto atento,
Por la montaña y costa montuosa
Al socorro llegué aquel mismo dia
Con los treinta que dije en compañía.

Gastóse aquella noche previniendo
Las armas é instrumentos militares,
El foso, muro y plaza requiriendo,
Señalando á la gente sus lugares;
Hasta que fué la aurora descubriendo
Con turbia luz los hondos valladares,
Dando triste señal del dia esperado
Por tanta sangre y muertes señalado.

Jamás se vió en los términos australes
Salir el sol tan tardo á su jornada,
Rehusando de dar á los mortales
La claridad y luz acostumbrada:
Al fin salió cercado de señales,
Y la luna delante dél menguada,
Vuelto el mudable y blanco rostro al cielo
Por no mirar al araucano suelo.

Hecha la prevencion en confianza
Por una y otra parte ocultamente,
Con iguales designios y esperanza,
Aunque con hado y suerte diferente,
Veis aquí á Pran, que solo, y á la usanza
De los mitayos indios, diligente,
Cargado con un haz de blanco trigo,
Viene á buscar al alevoso amigo,

Que á la salida de su rancho estaba.
Mirando á los caminos ocupado,
Pareciéndole ya que se pasaba
El tiempo del concierto aún no llegado:
Tanto ya la maldad le aceleraba
De una furia maligna espoleado;
Que siempre en lo que mucho se desea
No hay brevedad que dilacion no sea.

Llegado Pran le aseguró de cierto
Que la gente en dos tercios dividida
Habia el murado sitio descubierto,
Sin ser de nadie vista ni sentida:
Y con paso callado y gran concierto.
Doméstica, ordenada y recogida,
Los pechos y las armas arrastrando,
Venia derecha al fuerte caminando.

Con muestra del designio diferente
Dió Andresillo señal de su alegría,
Diciendo que sin duda nuestra gente
Ya, segun su costumbre, dormiria:
Luego, disimulada y quietamente,
Sin más se detener, de compañía
Entraron en el fuerte preparado
El falso engañador y el engañado.

Vieron en sus estancias recogidos
Todos los oficiales y soldados,
Sobre sus lechos, sin dormir, dormidos.
Con aviso y cuidado, descuidados,
Los arneses acá desguarnecidos,
Los caballos allá desensillados,
Todo de industria, al parecer revuelto.
En un mudo silencio y sueño envuelto.

Visto el reposo, Pran, visto el sosiego
Y poca guardia que en el fuerte habia,
Alegre dello tanto, cuanto ciego
En no ver la sospecha que traia,
Sin detenerse un solo punto, luego
Por una corta senda que él sabia,
Haciendo de sus piés y aliento prueba,
Fué á dar al campo la esperada nueva.

Apenas habia el bárbaro traspuesto,
Cuando Andresillo en tono levantado
Dijo: «¡Oh fuertes soldados en quien puesto
Está el fin de la guerra deseado,
Tomad las vencedoras armas presto
Y romped el silencio ya excusado,
Saliendo á toda priesa, porque os digo
Que á las puertas teneis al enemigo!»

Marinero jamás tan diligente
De entre la vedijosa bernia salta
Cuando los gritos del piloto siente
Y la borrasca súbita le asalta,
Como nosotros, que ligeramente,
Oyendo de Andresillo la voz alta,
De los toldos con ímpetu salimos
Y á las vecinas armas acudimos.

Quién al usado peto arremetia,
Quién encaja la gola y la celada,
Quién ensilla el caballo, y quién salia
Con arcabuz, con lanza ó con espada:
Fué en un punto la gruesa artillería
Á las abiertas puertas asestada,
Llenos de tiros mil, de mil maneras
Los traveses, cortinas y troneras.

Puesta en órden la plaza, y encargado
Segun el puesto á cada cual su oficio,
El silencio importante encomendado
Trabó las lenguas y aquietó el bullicio,
Quedando aquel presidio tan callado,
Que la gente extramuros de servicio,
Visto el sosiego y gran quietud, juzgaba
Que todo en igual sueño reposaba.

No fué Pran en el curso negligente,
Pues apenas estábamos armados,
Cuando los enemigos de repente
Se descubrieron cerca por dos lados;
Venian tan escondida y sordamente,
Bajas las armas y ellos inclinados,
Que entraran, si la vista ya no fuera
Más presta que el oido y más ligera.

Como el cursado cazador, que tiene
La caza y el lugar reconocido,
Que poco á poco el cuerpo bajo viene
Entre la yerba y matas escondido:
Ya apresura el andar, ya le detiene,
Mueve y asienta el paso sin ruïdo,
Hasta ponerse cerca y encubierto,
Donde pueda hacer el tiro cierto;

Con no menor silencio y mayor tiento
Los encubiertos indios parecieron,
Y sobre nuestro fuerte en un momento
Á treinta y ménos pasos se pusieron,
De do sin son de trompa ni instrumento
En callado tropel arremetieron
Mas de dos mil en número á las puertas,
Con más cuidado que descuido abiertas.

No sé con qué palabras, con qué gusto
Este sangriento y crudo asalto cuente,
Y la lástima justa y ódio justo,
Que ambas cosas concurren juntamente:
El ánimo, ahora humano, ahora robusto,
Me suspende y me tiene diferente;
Que si al piadoso celo satisfago,
Condeno y doy por malo lo que hago;

Si del asalto y ocasion me alejo,
Dentro della y del fuerte estoy metido,
Si en este punto y término lo dejo,
Hago y cumplo muy mal lo prometido:
Así, dudoso el ánimo y perplejo
Destos juntos contrarios combatido,
Lo dejo al otro canto reservado,
Que de consejo estoy necesitado.

CANTO XXXII.

Arremeten los araucanos al fuerte; son rebatidos con miserable estrago de su parte. Caupolican se retira á la sierra deshaciendo el campo. Cuenta D. Alonso de Ercilla, á ruego de ciertos soldados, la verdadera historia y vida de Dido. with the aim of correcting Virgil's defaming account

Excelente virtud, loable cosa,
De todos dignamente celebrada,
Es la clemencia, ilustre y generosa,
Jamás en bajo pecho aposentada:
Por ella Roma fué tan poderosa,
Y más gentes venció que por la espada,
Domó y puso debajo de sus leyes
La indómita cerviz de grandes reyes.

No consiste en vencer solo la gloria,
Ni está allí la grandeza y excelencia,
Sino en saber usar de la vitoria,
Ilustrándola más con la clemencia:
El vencedor es digno de memoria
Que en la ira se hace resistencia;
Y es mayor la vitoria del clemente,
Pues los ánimos vence juntamente.

Y así, no es el vencer tan gloriöso
Del capitan cruël inexorable,
Que cuanto fuere ménos sanguinoso,
Tanto será mayor y más loable;
Y el correr del cuchillo riguroso
Mientras dura la furia, es disculpable:
Mas pasado, despues á sangre fria,
Es venganza, crueldad y tiranía.

La mucha sangre derramada ha sido,
Si mi juïcio y parecer no yerra,
La que de todo en todo ha destruido
El esperado fruto desta tierra;
Pues con modo inhumano han excedido
De las leyes y términos de guerra,
Haciendo en las entradas y conquistas
Crueldades inormes nunca vistas.

Y aunque ésta en mi opinion dellas es una,
La voz comun en contra me convence,
Que al fin en ley de mundo y de fortuna
Todo le es justo y lícito al que vence:
Mas, dejada esta plática importuna,
Me parece ya tiempo que comience
El crudo estrago y excesivo modo,
En parte justo, y lastimoso en todo.

Dejé el bárbaro campo sobre el fuerte,
En medio del furor y arremetida,
Y la callada y encubierta muerte
De mil géneros de armas prevenida:
Llevado, pues, del hado y dura suerte,
Con presto paso y con fatal corrida,
Emboca por la puerta y falsa entrada
El gran tropel de gente amontonada.

¡Dios sempiterno, qué fracaso extraño,
Qué riza, qué destrozo y batería
Hubo en la triste gente, que al engaño
Ciega, pensando de engañar, venia!
¿Quién podrá referir el grave daño,
La espantosa y tremenda artillería,
El ñublado de tiros turbulento
Que descargó de golpe en un momento?

Unos vieran de claro atravesados,
Otros llevados la cabeza y brazos,
Otros sin forma alguna machucados,
Y muchos barrenados de picazos:
Miembros sin cuerpos, cuerpos desmembrados,
Lloviendo lejos trozos y pedazos,
Hígados, intestinos, rotos huesos,
Entrañas vivas y bullentes sesos.

Como la estrecha bien cebada mina
Cuando con gran estrépito revienta,
Que la furia del fuego repentina
Las torres vuela y máquinas avienta;
Con más estruendo y con mayor ruïna,
La fuerza de la pólvora violenta
Voló, y hizo pedazos en un punto
Cuanto del escuadron alcanzó junto.

La mudable sin ley cruda fortuna
Despedazó el ejército araucano,
No habiendo un solo tiro ni arma alguna
Que errase el golpe ni cayese en vano:
Nunca se vió morir tantos á una,
Y así, aunque yo apresure más la mano,
No puedo proseguir, que me divierte
Tanto golpe, herida, tanta muerte.

Aún no eran bien los tiros disparados
Cuando, por verse fuera en campo raso,
Los caballos á un tiempo espoleados
Rompen la entrada y ocupado paso:
Y en los segundos indios, que ovillados
Estaban como atónitos del caso,
Hacen riza y mayor carnicería
Que pudiera hacer la artillería.

Quién aqueste y aquel alanceando
Abre sangrienta y ancha la salida;
Quién á diestro y siniestro golpeando
Priva aquestos y aquellos de la vida:
No hay ánimo ni brazo allí tan blando
Que no cale y ahonde la herida;
Ni espada de tan grueso y boto filo
Que no destile sangre hilo á hilo.

Quisiera aquí despacio figurallos,
Y figurar las formas de los muertos;
Unos atropellados de caballos,
Otros los pechos y cabeza abiertos:
Otros, que era gran lástima mirallos,
Las entrañas y sesos descubiertos,
Vieran otros deshechos y hechos piezas.
Otros cuerpos enteros sin cabezas.

Las voces, los lamentos, los gemidos.
El miserable y lastimoso duelo,
El rumor de las armas y alaridos
Hinchen el aire y cóncavo del cielo:
Luchando con la muerte los caidos
Se tuercen y revuelcan por el suelo,
Saliendo á un mismo tiempo tantas vidas
Por diversos lugares y heridas.

Ya que libre dejó el súbito espanto
Al embaucado Pran, que estaba fuera,
Visto el destrozo cierto, y falso cuanto
El traidor de Andresillo le dijera,
La pena y sentimiento pudo tanto,
Que, aunque escaparse el mísero pudiera,
En medio de las armas desarmado
Á morir se arrojó desesperado.
Mas los últimos indios venturosos,
Á los cuales llegó solo el estruendo,
Volviendo las espaldas presurosos
Muestran las plantas de los piés huyendo:
Los nuestros, del alcance deseosos,
En carrera veloz los van siguiendo,
Hiriendo y derribando en los postreros
Los ménos diligentes y ligeros.
Pero algunos valientes, que estimaban
La ganada opinion más que la vida,
Volviendo el pecho y armas, refrenaban
El ímpetu de muchos y corrida;
Y aunque con grande esfuerzo peleaban,
Era presto la guerra difinida,
Que la furiosa muerte allí su espada
Traia de entrambos cortes afilada.
Como en el ya revuelto cielo, cuando
Se forman por mil partes los ñublados,
Que van unos creciendo, otros menguando,
Otros luego de nuevo levantados;
Mas el noruestе frígido soplando
Los impele y arroja amontonados
Hasta buscar del ábrego el reparo,
Dejando el cielo raso y aire claro:

Así la gente atónita y turbada,
En partes dividida se esparcia,
Y á las veces juntándose, esforzada,
Haciendo cuerpo y rostro, revolvia:
Pero de la violencia arrebatada,
Dejó el campo y banderas aquel dia,
Quedando de los rotos escuadrones
Gran número de muertos y prisiones.
Deshechos, pues, del todo y destruidos,
Y acabado el alcance y següimiento,
Los presos y despojos repartidos,
Volvimos al dejado alojamiento,
Donde trece caciques elegidos,
Para ejemplar castigo y escarmiento,
Á la boca de un grueso tiro atados,
Fueron, dándole fuego, justiciados.
Muchos habrá de preguntar ganosos,
Si, en el monton y número de gente,
Algunos de los indios valerosos
Fueron muertos allí confusamente;
Pues en todos los hechos peligrosos
Rengo, Orompello y Tucapel valiente
Iban delante en la primera hilera,
Abriendo siempre el paso y la carrera.
Respondo á esto, Señor, que no venia
Capitan ni cacique señalado,
Visto que el general usado habia
De fraude y trato, entrellos reprobado;
Diciendo ser vileza y cobardía
Tomar al enemigo descuidado,
Y vitoria sin gloria y alabanza
La que por bajo término se alcanza.

Así que, una arrogancia generosa
Los escapó del trance y muerte cruda.
Que ninguno por ruego ni otra cosa
Quiso en ello venir ni dar ayuda;
Teniendo por hazaña vergonzosa
Vencer gentes sin armas y desnuda;
Que el peligro en la guerra es el que honra,
Y el que vence sin él, vence sin honra.

Quedó Caupolican desta jornada
Roto, deshecho y falto de pujanza,
Que fué mucha la sangre deramada
Y poca de su parte la venganza:
El cual, viendo la turba amedrentada
Y el ardor resfriado y la esperanza,
Deshizo el campo entonces conveniente.
Dando licencia á la cansada gente.

Quísose entretener mientras pasaba
De los contrarios hados la corrida,
Conociendo de sí que peleaba
Con cansada fortuna envejecida:
Así la gente en partes derramaba,
Con órden que estuviese apercebida
En cualquiera ocasion y movimiento.
Para el primer aviso y mandamiento.

Y con solos diez hombres retirado,
Gente de confianza y valentía,
Ora en el monte inculto, ora en poblado.
Desmintiendo los rastros parecia;
Y en lugares ocultos alojado,
Jamás gran tiempo en uno residia:
Usando de su bárbara insolencia
Por tenerlos en miedo y obediencia.

Nosotros en su incierto rastro á tino
Andábamos haciendo mil jornadas,
No dejando lugar circunvecino
Que no diésemos salto y trasnochadas;
Y en los más apartados del camino
Hallábamos las casas ocupadas
De gente foragida de la tierra,
Que ya andaba huyendo de la guerra;

Diciendo que de grado volveria
Á sus yermas estancias y heredades:
Pero que el general los compelia
Usando de inhumanas crueldades;
Y si en esto remedio se ponia,
Llanas estaban ya las voluntades
Para dejar las armas los soldados,
De la prolija guerra quebrantados.

Y aunque esto era fingido, gran cuidado
Se puso en inquirir toda la tierra,
No quedando lugar inhabitado,
Monte, valle, ribera, llano y sierra,
Donde no fuese el bárbaro buscado;
Mas por bien ni por mal, por paz ni guerra,
Aunque todo con todos lo probamos,
Jamás señal ni lengua dél hallamos.

No amenaza, castigo ni tormento
Pudo sacar noticia ó rastro alguno,
Ni caricia, interés ni ofrecimiento
Jamás á corromper bastó á ninguno:
Andábamos atónitos y á tiento,
Segun la variedad de cada uno,
De dia, de noche, acá y allá perdidos,
Del sueño y de las armas afligidos.

Saliendo yo á correr la costa un dia
Por caminos y pasos desusados,
Llevando por escolta y compañia
Una escuadra de pláticos soldados,
Dimos en una oculta rancheria
De domésticos indios ausentados,
Que, por ser grande el bosque y la distancia,
Tomaron por segura aquella estancia.

Sobre un haz de arrancada yerba estaba
En la cabeza una mujer herida,
Moza que de quince años no pasaba,
De noble traje y parecer vestida:
Y en la color quebrada se mostraba
La falta de la sangre, que esparcida
Por la delgada y blanca vestidura,
La lástima aumentaba y hermosura.

Pregunté qué ocasion la habia traido
Á lugar tan extraño y apartado,
Cómo y por qué razon la habian herido
Y de inhumana crueldad usado:
Ella, con rostro y ánimo caido
Y el tono del hablar debilitado,
Me dijo: «Es cosa cierta y prometida
La muerte triste tras la alegre vida.

»Porque entiendas el dejo y desvarío
Que el humano contento trae consigo,
Aun no es cumplido un mes que el padre mio,
Usando de privado amor conmigo,
Me dió esposo elegido á mi albedrío,
Esposo y juntamente grande amigo,
Tal, y de tantas partes, que yo creo
Que en él hallara término el deseo.

»Pero su esfuerzo raro y valentía,
Que della por extremo era dotado,
Le trujo á la temprana muerte el dia
Que fué nuestro escuadron despedazado;
Donde cerca de mí, que le seguia,
Un tiro le pasó por el costado,
Que fuera ménos crudo y más derecho
Si abriera antes el paso por mi pecho.

»Cayó muerto, quedando yo con vida,
Vida más enojosa que la muerte,
Mas viéndome un soldado así afligida,
En parte condolido de mi suerte,
Me dió por acabarme esta herida
Con brazo, aunque piadoso, no tan fuerte
Que mi espíritu suelto le siguiese
Y un bien tras tanto mal me sucediese.

»Dió conmigo en el suelo fácilmente,
Aunque no me privó de mi sentido,
Pasando el golpe y furia de la gente
En confuso tropel con gran ruïdo;
Pero luego un cacique mi pariente,
Que en un hoyo al pasar quedó escondido,
En brazos me sacó del gran tumulto,
Trayéndome á este bosque y sitio oculto,

»Donde espero morir cada momento;
Mas ya, como esperado bien, se tarda:
Que es costumbre ordinaria del contento
No acabar de llegar á quien le aguarda;
Y aunque ya de mi vida al fin me siento,
Conmigo el cielo término no guarda,
Mi la llamada muerte á tiempo viene,
Que mi deseo la impide y la detiene.

»La vida así me cansa y aborrece,
Viendo muerto á mi esposo y dulce amigo,
Que cada hora que vivo me parece
Que cometo maldad, pues no le sigo:
Y pues el tiempo esta ocasion me ofrece,
Usa tú de piedad, señor, conmigo,
Acabando hoy aquí lo que el soldado
Dejo por flojo brazo comenzado.»

Así la triste jóven luego, luego,
Demandaba la muerte, de manera
Que algun simple de lástima á su ruego
Con bárbara piedad condecendiera;
Mas yo, que un tiempo aquel rabioso fuego
Labró en mi inculto pecho, viendo que era
Más cruel el amor que la herida,
Corrí presto al remedio de la vida:

Y habiéndola algun tanto consolado,
Y traido á que viese claramente
Que era el morir remedio condenado,
Y para el muerto esposo impertinente;
Con el zumo de yerbas aplicado,
Medicina ordinaria desta gente,
Le apreté la herida lastimosa,
No tanto cuanto grande peligrosa.

Dejando, pues, un prático ladino
Para que poco á poco la llevase,
Y en los tomados pasos y camino
Del peligro al pasar la asegurase,
Partir á mi jornada me convino;
Mas primero que della me apartase
Supe que se llamaba Lauca, y que era
Hija de Millalauco y heredera.

La vuelta del presidio caminando
Sin hallar otra cosa de importancia,
Iba con los soldados platicando
De la fe de las indias y constancia
De muchas, aunque bárbaras, loando
El firme amor y gran perseverancia;
Pues no guardó la casta Elisa Dido
La fe con más rigor á su marido.

Mas un soldado jóven, que venia
Escuchando la plática movida,
Diciendo, me atajó, que no tenia
Á Dido por tan casta y recogida;
Pues en la Eneida de Maron veria
Que, del amor libídino encendida,
Siguiendo el torpe fin de su deseo,
Rompió la fe y promesa á su Siquéo.

Visto, pues, el agravio tan notable
Y la objecion siniestra del soldado,
Por el gran testimonio incompensable
Á la casta fenisa levantado,
Pareciéndome cosa razonable
Mostrarle que en aquello andaba errado
Él y todos los más que me escuchaban,
Que en la misma opinion tambien estaban;

Les dije que, queriendo el Mantuano
Hermosear su Eneas floreciente,
Porque César Augusto Octaviano
Se preciaba de ser su decendiente,
Con Dido usó de término inhumano,
Infamándola injusta y falsamente,
Pues vemos por los tiempos haber sido
Eneas cien años antes que fué Dido.

Quedaron admirados en oirme
Que así Virgilio á Dido disfamase,
Haciendo instancia todos en pedirme
Que su vida y discurso les contase.
Yo, pensando tambien con divertirme
Que la cuerda el trabajo algo aflojase,
Recorriendo de nuevo la memoria
Les comencé á decir así la historia.—

Cuento una vida casta, una fe pura
De la fama y voz pública ofendida,
En esta no pensada conyuntura,
Por raro ejemplo y ocasion traida:
Y una falsa opinion que tanto dura
No se puede mudar tan de corrida,
Ni del rudo comun mal informado
Arrancar un error tan arraigado.

Y pues de aquí al presidio yo no hallo
Cosa que sea de gusto ni contento
Sin dejar de picar siempre al caballo,
Ni del tiempo perder solo un momento,
No pudiendo eximirme ni excusallo,
Por ser historia y agradable el cuento,
Quiero gastar en él, si no os enfada,
Este rato y sazon desocupada.

Que el áspero sujeto desabrido,
Tan seco, tan estéril y desierto,
Y el estrecho camino que he seguido,
Á puros brazos del trabajo abierto,
Á término me tienen reducido,
Que busco anchura y campo descubierto.
Donde con libertad, sin fatigarme,
Os pueda recrear y recrearme.

Viendo que os tiene sordo y atronado
El rumor de las armas inquiëto,
Siempre en un mismo ser continuado;
Sin mudar son ni variar sujeto;
Por espaciar el ánimo cansado
Y ser el tiempo cómodo y quiëto,
Hago esta digresion, que acaso vino
Cortada á la medida del camino.

Y pues una ficcion impertinente,
Que destruye una honra, es bien oida;
Y á la reina de Tiro injustamente
Infama y culpa su inculpable vida;
La verdad, que es la ley de toda gente,
Por quien es en su honor restituida,
¿Por qué no debe ser, siendo cantada,
En cualquiera sazon bien escuchada?

Que la causa mayor que me ha movido,
Demas de ser cual veis, importunado,
Es el honor de la constante Dido
Inadvertidamente condenado.
Preste, pues, atencion y grato oido
Quien á oir la verdad es inclinado;
Que el mal ofende, áun dicho en pasatiempo;
Y para decir bien siempre es buen tiempo

Cartago antes que Roma fué fundada
Setenta años contados comunmente,
Por la famosa Dido, venerada
Por diosa un tiempo de la tiria gente:
Del rey Belo su padre fué casada
Con el sumo pontífice, asistente
Del gran templo de Alcides, el cual era
Despues del rey la dignidad primera.

Este es aquel Siquéo ya nombrado,
Á quien Dido guardó la fe inviolable,
Varon sábio en sus ritos, y abastado
De bienes y tesoro inestimable;
Mas lo que para alivio habia allegado
Fué causa de su muerte miserable,
Que en fin, lo que codicia mucha gente
Ninguno lo posee seguramente.

Dejó Belo dos hijos herederos,
Uno Pigmaleon, y el otro Dido,
Á quien en los consejos postrimeros
Encargó la hermandad y amor unido:
Lo cual, aunque duró los dias primeros,
De codicia el hermano corrompido,
Por haber los tesoros del cuñado
Le dió la muerte envuelta en un bocado,

Sintió, pues, la mujer su muerte tanto
Que, no bastando á resistir la pena,
Soltó con doloroso y fiero llanto
De lágrimas un flujo en larga vena;
Y cubriendo de triste y negro manto
Los bellos miembros y la faz serena,
Con pompa funeral ceremoniosa
Dió al cuerpo sepultura suntuosa.

Y aunque del casto amor notable indicio
Fué el soberbio sepulcro y monumento,
No igualó en la grandeza el edificio
Al dolor de la reina y sentimiento;
Que siempre con devoto sacrificio
Y continuos sollozos y lamento,
Llamando al sordo espíritu, hacia
Á las frias cenizas compañia,

Diciendo: «¿Es justo, dioses, que yo quede
En este solitario apartamiento?
¡Ay! que de tibia fe y amor procede
No acabar de matarme el sentimiento:
El mal no es grande que sufrir se puede,
Y corto al que no basta sufrimiento;
Mas quiere el cielo dilatar mi muerte,
Porque dure el dolor más que ella fuerte.»

Aunque el ódio y rencor disimulaba
Contra el pérfido hermano poderoso,
Venganza al cielo sin cesar clamaba
Con ira muda y con gemir rabioso;
Y cuando sola á ratos se hallaba,
Desfogando aquel ímpetu bascoso,
Soltaba, con un bajo son gimiendo,
La reprimida rabia y voz diciendo:—

«¿Traidor, dime, qué caso irremediable
Debajo de hermandad y ley fingida
Á maldad te movió tan detestable
Contra tu misma sangre cometida?
Si fué sed de riquezas insaciable,
Quitárasle el tesoro y no la vida,
Templando tu piedad y furia insana
El amor y respeto de tu hermana.

«Si no miraste, ingrato, al beneficio
Que dél como cuñado recebias,
Miraras al nefario sacrificio
Que del hermano de tu madre hacias,
Y al malvado y horrendo maleficio
En tu pecho forjado tantos dias,
Pues no podrás decir que fué acidente,
Que nunca nadie es malo de repente,

»Si de tu inorme intento y desatino
Me hubieras con indicios advertido,
No por tan duro y áspero camino
El tesoro alcanzaras pretendido;
Mas el mal, cuando viene por destino,
No puede ser á tiempo prevenido.
¡Ay! ¿qué aprovecha el lamentarme ahora?
Que siempre es tarde ya cuando se llora.

»¿Por qué, fiero enemigo, así quisiste
Dejarte arrebatar de tu deseo,
Tan ciego de codicia que no viste
Que matabas á Dido con Siquéo?
Materia de maldad al mundo diste
Con un hecho atrocísimo y tan feo,
Que durará en los siglos por memoria
De tu traicion la abominable historia.

»¿Cabe en razon, es cosa permitida
Que, siendo tú traidor, siendo tirano,
Perverso, atroz, sacrílego, homicida,
Tengas con estos nombres el de hermano?
Y viéndome contigo convenida
Mi crédito andará de mano en mano,
Padeciendo mi honor agravio injusto,
Que no dice la fama cosa al justo.

»Mas si huyo de tí, fiero enemigo,
Te irrito á que me sigas, pues que huyo;
Si á mi marido en la fortuna sigo,
Todo lo que pretendes queda tuyo:
Si, habiéndole tú muerto, estoy contigo,
Mancho la fama y mi opinion destruyo;
Que en parte ya parece que consiente
Quien perdona ligera y fácilmente.

»¿Qué medio he de buscar á mal tan fuerte,
Que el cielo ni la tierra no le tiene,
Y aquel forzoso y último, mi suerte,
Porque padezca más, me le detiene?
¡Ay! que si es malo desear la muerte,
Es peor el temerla si conviene;
Que no es pena el morir á los cuitados,
Sino fin de las penas y cuidados.

»Mas ya que el ser tú rey y recatado
La venganza legítima me impida,
Procuraré atajar tu fin dañado
Con muestra doble y hermandad fingida,
Y cuando pienses verte apoderado,
Quedarás con mi súbita partida
Sin hermana, tesoro y sin derecho,
Y con la infamia del inorme hecho.»

Así la triste reina dolorosa,
Sobre el rico sepulcro lamentando,
Pasaba vida triste y soledosa,
La venganza y el tiempo deseando;
Pero de alguna fuerza recelosa,
De su prudencia y discrecion usando,
Doméstica, amorosa y blandamente
Al hermano escribió, que estaba ausente,

Haciéndole entender que ya cansada
Del llanto y soledad que padecia
En aquellos palacios y morada,
Do tuvo un tiempo alegre compañía,
De la triste memoria lastimada,
Dando algun vado á su dolor, queria
Irse con él, poniendo fin al lloro,
Con todas sus riquezas y tesoro:

Para lo cual secreta y prestamente
Una fornida flota le enviase,
Donde con todo su tesoro y gente,
En arribando al puerto se embarcase,
Porque con el seguro conveniente
El mar que estaba en medio atravesase:
Que era solo el temido impedimento
De su esperado y último contento.

Llegada, pues, la nueva al ambicioso
Rey de aquello que tanto deseaba,
Viendo que al fin y puerto venturoso
Sus cosas la fortuna encaminaba,
Alegre más que nunca y codicioso,
Luego una gruesa flota despachaba
De naves y galeras, bastecida
De gente, de regalos y comida.

Llegó al puerto la flota deseada
Con presta y no pensada diligencia,
Do la gente del rey desembarcada
Fué luego á dar á Dido la obediencia,
Que, mostrando placer de su llegada,
Con loable cuidado y providencia
Hizo luego hospedar toda la gente
Espléndida, cumplida y largamente.

En siendo tiempo la cuidosa Dido
Á su gente llamó que se aprestase,
Y con alarde y público ruïdo
Los empacados muebles embarcase,
Haciendo que de noche y escondido
En su nave el tesoro se cargase,
Con tan grande secreto, que ninguno
Tuvo dello noticia ó rastro alguno.

Tenia sesenta cajas prevenidas,
Llenas de gruesa arena y aplomadas,
De fuertes cerraduras guarnecidas,
Con dobles planchas de metal herradas;
Estas fueron en público traidas
Donde, á vista de todos embarcadas,
Daban muestras que en ellas iba el oro,
Las joyas, las riquezas y tesoro.

Luego Elisa, con tierno sentimiento
Del lastimado pueblo, se embarcaba,
Dando presto la vela al manso viento
Que favorable en popa respiraba:
La nave con sereno movimiento
El llano y sosegado mar cortaba,
Comenzando á seguir toda la flota
De la alta capitana la derrota.

Aquella noche y el siguiente dia
Corrió con viento próspero la armada;
Mas ya que el mar las costas encubria
Y del todo se vió Dido engolfada,
La noble y obediente compañía,
Al borde de su nave congregada,
Hizo en torno allegar la demas gente,
Que á la vista tambien fuese presente;

Diciéndoles con pecho valeroso,
Que su designio y pretension no era
Ir al injusto hermano cauteloso,
De quien era enemiga verdadera,
Porque con trato y término alevoso,
Debajo de hermandad y fe sincera,
Movido de sacrílego deseo
Habia dado la muerte á su Siquéo.

Por donde ella tambien, no asegurada
De sus secretos, fraudes y traiciones,
Queria dejar la cara patria amada,
Su reino, su morada y posesiones:
Y al mar dudoso y vientos entregada,
Buscar nuevas provincias y regiones,
Adonde con seguro viviria,
Lejos de su dominio y tiranía.

Y pues que sus riquezas habian sido
La causa de su daño y perdimiento,
Matándole por ellas el marido,
Y lo serian quizá del seguimiento;
Todas consigo las habia traido,
Con voluntad y resoluto intento
De echarlas en el mar do pereciesen,
Porque jamás á su poder viniesen.

Hizo luego sacar allí tras esto
Los cofres de la arena barreados,
Y con alarde y auto manifiesto
En el profundo mar fueron lanzados:
Los ministros del rey con triste gesto,
Atónitos, confusos y turbados,
Se miraban, teniendo por extraña
De la animosa reina la hazaña;

Y por el grave caso discurriendo,
Que mudos y espantados los tenia,
La furia del rey mozo conociendo,
Que el perdido tesoro aumentaria,
Suspensos y medrosos, no sabiendo
Qué razon ó descargo bastaria
Á que el airado rey no los culpase,
Y en ellos su furor no ejecutase.

Pues como la entendida reina viese
Camino y coyuntura aparejada,
Por do á su devocion se redujese
La gente del hermano amedrentada,
Antes que el tiempo y la tardanza diese
Lugar á alguna novedad pensada,
Haciendo sosegar toda la gente,
Les dijo, prosiguiendo, lo siguiente: —
«Amigos, que del firme intento mio
Habeis visto á los ojos ya la prueba,
Y como la fortuna á su albedrío
Errando por el ancho mar me lleva:
Podreis volver, si ya no es desvarío,
Á dar al rey la desabrida nueva
Del tesoro anegado, y mi huida
Á tierra y á region no conocida.
»Pero ya conoceis por experiencia
Su irreparable furia acelerada,
Que, viendo que volveis á su presencia
Sin el tesoro y prenda deseada,
Descargará con bárbara impaciencia
Sobre vuestra cerviz la mano airada,
Sin escuchar descargo ni disculpa,
Añadiendo maldad y culpa á culpa.
»Y pues es de temer la tiranía
Y el ímpetu de un mozo rey airado,
Que así del caro reino y patria mia
Á buscar nuevas tierras me ha sacado;
Quien quisiere seguir mi compañía,
No se verá de mí desamparado,
Mas de todo el provecho y bien que espero
Será participante y compañero.

»El lugar y aparejo es oportuno,
Y para haber consejo me remueve:
Así que, pues sois sábios, cada uno
Elija de dos males el más leve:
Si al rey volveis no ha de escapar ninguno,
Y este dolor y lástima me mueve
Á quereros rogar que vais conmigo,
Por no ser yo la causa del castigo.
»Las muertes figurad y crueldades
Que en vosotros habrán de ejecutarse:
No mireis á las casas y heredades,
Que todo por la vida es bien dejarse;
Que en fortunas y grandes tempestades
Solo en lo que se escapa ha de pensarse,
Conociendo que están todos los bienes
Sujetos á peligros y vaivenes.»
A las razones de la reina atentos
Los turbados ministros estuvieron,
Y en la perpleja mente y pensamientos
Mil cosas en un punto revolvieron:
Al cabo, aunque diversos los intentos,
Todos de un parecer se resolvieron
De seguir hasta el fin en su viäje,
Dándole la obediencia y vasallaje.
La fe con juramento establecida,
Sin que ninguno dellos rehusase,
Dando vela, á la flota detenida,
Mandó Dido que á Cipro enderezase,
Donde graciosamente recebida,
Como allí su designio declarase,
Llevó del cipriota pueblo amigo
Ochenta mozas vírgenes consigo,

Para á tiempo casarlas con la gente
Que en su servicio y devocion llevaba,
Buscando alguna tierra conveniente,
Donde fundar un pueblo deseaba:
Así la via de la Africa al poniente
Con favorable viento navegaba;
Mas forzoso será, segun me siento,
Dividir en dos partes este cuento.

CANTO XXXIII.

Prosigue D. Alonso la navegacion de Dido hasta que llegó á Bizerta: cuenta cómo fundó á Cartago, y la causa por qué se mató. Tambien se contiene en este canto la prision de Caupolican.

Muchos entran con ímpetu y corrida
Por la carrera de virtud fragosa,
Y dan en la del vicio más seguida,
De donde es el volver dificil cosa;
El paso es llano y fácil la salida
De la vida reglada á la anchurosa,
Y más agrio el camino y ejercicio
Del vicio á la virtud, que della al vicio.

Así Pigmaleon habia tenido
Señales de virtud en su crianza,
Y con grandes principios prometido
De justo y liberal buena esperanza:
Pero, de la codicia pervertido,
Hizo en breve sazon tan gran mudanza,
Que no solo de bienes fue avariento,
Pero inhumano, pérfido y sangriento.

Lo cual nos dice bien la alevosía
De la secreta muerte del cuñado,
Que alegre y contentísimo vivia
En la ley de hermandad asegurado:
Mayormente que entonces parecia
El rey á la virtud aficionado;
Que no hay maldad más falsa y engañosa
Que la que trae la muestra virtuosa.

Esta no le salió como pensaba,
Sino al contrario en todo diferente.
Pues no solo no vió lo que esperaba.
Pero perdió las naves y la gente:
La reina viento en popa navegaba,
Como dije, la vuelta del poniente,
Tocando con sus naves y galeras
En algunas comarcas y riberas.

Torció el curso á la diestra bordeando.
De las vadosas Sirtes recelosa,
Y á vista de Licudia atravesando,
Corrió la costa de Africa arenosa;
Y siempre tierra á tierra navegando,
Pasó por entre el Ciervo y Lampadosa,
Llegando en salvo á Tunez con la armada,
Por el fatal decreto allí guiada;

Donde viendo el capaz y fértil suelo.
De frutíferas plantas adornado,
Y el aire claro, y el sereno cielo,
Clemente al parecer y muy templado:
Perdido del hermano ya el recelo,
Por verle tan distante y apartado,
Quiso fundar un pueblo de cimiento,
Haciendo en él su habitacion y asiento;

Para lo cual trató luego de hecho
Con los vecinos, que en el sitio habia,
Le vendiesen de tierra tanto trecho
Cuanto un cuero de buey circundaria:
Los moradores, viendo que provecho
De su contratacion se les seguia,
Con la reina en el precio convenidos,
Hicieron sus asientos y partidos.
Hecha la paga, el sitio señalado,
Mandó Dido buscar con diligencia
Un grande y grueso buey, que, desollado,
Hizo estirar el cuero en su presencia;
Y en tiras sutilísimas cortado,
Tanto trecho tomó que, á la prudencia
De la reina sagaz y aviso extraño
Le quisieron poner nombre de engaño.
Pero recompensó la demasía,
Dejándolos contentos y pagados,
Descubriendo á los suyos que traía
Los ocultos tesoros escapados:
Que usado del ardid y astucia habia
De los cofres de arena al mar lanzados,
Porque, cuando el hermano lo supiese,
Faltando la ocasion, no la siguiese.
Corregidas las faltas y defectos
Al órden de vivir perjudiciales,
Fueron por la prudente reina electos
Cónsules, magistrados y oficiales;
Y traidos maestros y arquitectos,
Juntos los necesarios materiales,
Dió principio la reina valerosa
Á la labor de la ciudad famosa.

Fué la ciudad por órden fabricada,
Mostrándose los hados muy propicios.
En breve ennoblecida y ilustrada
De suntuosos y altos edificios;
Y la nueva república ordenada,
Leyes instituyó, criando oficios
Con que el pueblo en razon se mantuviese,
Y en paz y órden política viviese.

Y por el gran valor y entendimiento
Con que el pueblo obediente gobernaba,
Iba siempre el concurso en crecimiento
Y los términos cortos dilataba:
Así que el trato y agradable asiento
Los ánimos y gustos provocaba,
Viniendo á vecindarse muchas gentes
De tierras y lugares diferentes.

Y como en estos tiempos aún no habia
La invencion del papel despues hallada,
Que en pieles de animales se escribia,
Y era cualquiera piel *carta* llamada,
Del cual nombre aún usamos hoy en dia,
Así aquella ciudad edificada
En el lugar por una piel medido,
De *carta* la llamó *Cartago* Dido.

Hízose en poco tiempo tan famosa
Y de tanta grandeza y eminencia,
Que era cosa de ver maravillosa
El trato de las gentes y frecuencia;
Mostrando aquella reina valerosa
En gobernar al pueblo tal prudencia,
Que muchos otros príncipes y reyes
De su nueva ciudad tomaron leyes.

Y aunque era tal su ser, tal su cordura
Que por diosa vinieron á tenella,
Ninguna de su tiempo en hermosura
Pudo ponerse al paragon con ella:
Así que, por milagro de natura,
Como cosa no vista iban á vella;
Que no sé en las idólatras del suelo
Á quien mayores partes diese el cielo.
Grandes matronas hubo que animosas
Por la fama á la muerte se entregaron;
Otras que por hazañas milagrosas
Las opresas repúblicas libraron:
Pero todas perfetas tantas cosas
Como en Dido, en ninguna se juntaron;
Fué rica, fué hermosa, fué castísima,
Sábia, sagaz, constante y prudentísima.
Llegó luego la voz desto al oido
Del franco Yarbas, rey musilitano,
Mozo brioso y de valor, temido
En todo el ancho término africano;
El cual con juvenil furia movido
De un impaciente y nuevo amor lozano,
Á la reina despacha embajadores
De su consejo y reino los mayores;
Pidiéndole que, en pago del tormento
Que por ella pasaba cada hora,
Quisiese con felice casamiento
De su persona y reino ser señora:
Donde no, que con justo sentimiento,
Como de tan gran rey despreciadora,
Sobre ella con ejército vendria
Y su gente y ciudad asolaria.

Hecha, pues, la embajada en el senado;
Que no quiso la reina estar presente,
Les fué á los senadores intimado
El ruego y la amenaza juntamente;
Causóles turbacion, considerado
El casto voto y vida continente
Que la constante reina profesaba,
Que al intento de Yarbas repugnaba.
Luego que los ancianos entendieron
La demanda de Yarbas arrogante,
Llevar por artificio pretendieron
El negocio dificil adelante:
Así que, ante la reina parecieron
Con triste rostro y tímido semblante,
Bajos los ojos, la color turbada,
Mostrando desplacer con la embajada,
Diciéndole: «Sabrás que, habiendo oido
Yarbas tu buen gobierno y regimiento,
Por la parlera fama encarecido,
Y desta tu ciudad el crecimiento,
De una loable pretension movido,
Pide que, sin algun detenimiento,
Veinte de tu consejo más instrutos
Vayan á reformar sus estatutos.
»Y siendo de sufrir áspera cosa,
Impropia á nuestra edad y profesiones,
Dejar la patria cara y paz sabrosa
Por ir á incultas tierras y naciones
Á corregir de gente sediciosa
Las costumbres y viejas condiciones,
Todos tus consejeros lo rehusan
Y con causas legítimas se excusan.

»Viendo que el caro y último sosiego
Sin esperanza de volver perdemos,
Y no condecendiendo al impío ruego
En gran peligro la ciudad ponemos;
Pues con grueso poder y armada luego
Al indignado jóven rey tendremos
Para asolar á hierro y fiera llama
Tu pueblo insigne y celebrada fama.

»Esto es, en suma, lo que Yarbas pide
Con ruegos de amenaza acompañados,
Pero nuestra cansada edad lo impide,
Y las leyes nos hacen jubilados;
Pues no es razon, si por razon se mide,
Que de largos trabajos quebrantados
Dejemos nuestras casas y manida
En el último tercio de la vida.

»Si á los peligros en la edad primera
Por adquirir honor nos arrojamos,
Es bien que en la cansada postrimera
Gocemos del descanso que ganamos;
Y á nuestra abandonada cabecera,
Al tiempo incierto de morir, tengamos
Quien nos cierre los ojos con ternura
Y dé á nuestras cenizas sepultura.

«Y pues tiene de ser en tu presencia
Esta perjudicial demanda puesta,
Conviene que con maña y advertencia
Te prevengas de medios y respuesta,
Atajando tu seso y providencia
El mal que el mauritano rey protesta,
De modo que la paz y amor conserves
Y de nuevos trabajos nos reserves.»

Estuvo atenta allí la reina Elisa
Á la compuesta habla artificiosa,
Y con alegre rostro y grave risa,
Aunque sentia en el ánimo otra cosa,
Á todos los trató y miró de guisa
Tan agradable blanda y amorosa,
Que si en verdad la relacion pasara,
De sus casas y quicios los sacara,

Diciendo: «Amigos caros, que á los hados
Jamás os vi rendidos vez alguna,
Y en los grandes peligros, esforzados,
Hicistes siempre rostro á la fortuna:
¿Cómo de tantas prendas olvidados
En tan justa ocasion, por solo una
Breve incomodidad de una jornada
Quereis ver vuestra patria arruïnada?

«Es á todos comun, á todos llano,
Que debe, como miembro y parte unida,
Poner por su ciudad el ciudadano
No solo su descanso, mas la vida;
Y por razon y por derecho humano,
De justa deuda natural debida,
Á posponer el hombre está obligado
Por el sosiego público el privado.

»¡Al alto y grande Júpiter pluguiera
Que bastara á ofrecer la vida mia,
Que presto el judicioso mundo viera
Cuán voluntariamente la ofrecia!
Y pues habeis pasado la carrera
Por tan estrecha y trabajosa via,
No es bien que al rematar tan largo trecho
Borreis y deshagais cuanto habeis hecho.»

Visto los senadores cómo Dido,
Por el camino de razon llevada,
En el armado lazo habia caido
En sus mismas palabras enredada,
Cambiando en rostro alegre el afligido,
Las manos altas, y la voz alzada,
Le dicen: «Todos juntos como estamos
Tus urgentes razones aprobamos.

»Justamente, señora, sentenciaste,
Sacándonos de duda y grande aprieto,
Que no hay razon tan eficaz que baste
Contra la autoridad de tu decreto;
Y porque tiempo en esto no se gaste,
Es bien que te aclaremos el secreto,
Pues por ningun respeto ni avenencia
Puedes contravenir á tu sentencia.

»Sabrás, reina, que Yarbas no te envia
Por tus ancianos viejos impedidos,
Que en todo buen gobierno y policía
Tiene su reino y pueblos corregidos:
Solo quiere tu gracia y compañía,
Ofreciéndote en dote mil partidos,
Con útiles y honrosas condiciones
Y un infinito número de dones.

»Advierte que, si acaso no acetares
El santo conyugal ayuntamiento,
Y con errado acuerdo despreciares
Su larga voluntad y ofrecimiento,
Harás que el hierro y llamas militares
Asuelen á Cartago de cimiento;
Así que en tu eleccion y á tu escogida
Queda la guerra ó paz comprometida:

»Que si el buen ciudadano alegremente
Debe ofrecerse por la patria amiga,
Con más razon y fuerza más urgente
Como cabeza á tí la ley te obliga;
Y no puedes con causa suficiente
Dejar de redimir nuestra fatiga,
Dándonos con el tiempo prosperado
La sucesion y fruto deseado.
»Cuando á seguir estés determinada
El caso infrutuoso presupuesto,
Mira á tus piés esta ciudad postrada
Y al inocente cuello el lazo puesto,
Que por tí renunció la patria amada,
Debajo de promesa y de protesto
Que al descanso y quietud que pretendias
El sosiego comun antepondrias.»
Sintió la reina tanto al improviso
La gran demanda y condicion propuesta,
Que, por más que encubrir la pena quiso,
Della el rostro señal dió manifiesta;
Mas con su discrecion y grande aviso,
Suspendiendo algun tanto la respuesta,
Soltó la voz serena y sosegada
Que la gran turbacion tenia trabada,
Diciéndoles: «Amigos, yo quisiera,
Para que todo escándalo se evite,
Que responderos luego yo pudiera,
Antes que Yarbas más nos necesite:
Pero el negocio y caso es de manera,
Que mi estado y grandeza no permite
Que me resuelva á responder tan presto,
Aunque os parezca á todos que es honesto;

»Que es mostrar liviandad, y demas deso
Falto á la obligacion y fe que debo,
Si del intento casto y voto expreso
Á la primera persuasion me muevo;
Borrando el inviolable sello impreso
De mi primero amor con otro nuevo;
Así que, combatida de contrarios,
Son el tiempo y consejo necesarios.
»Tres meses pido, amigos, solamente
Para acordar lo que se debe en esto,
Y dar satisfaccion de mí á la gente
En no determinarme así tan presto;
Que el libertado vulgo maldiciente
Áun quiere calumniar lo que es honesto;
Y, como instituidores de las leyes,
Tienen más ojos sobre sí los reyes.
»Yarbas no se dará por enemigo
En cuanto el fin de los tres meses llega.
Y pasado este término me obligo
De responderle grata á lo que ruega:
Tomar, pues, ménos plazo del que digo
Mi honestidad y estimacion lo niega;
Y no conviene á Dido dar disculpa,
Que es indicio de error y arguye culpa.»
Cerróse aquí la reina, y fué forzado,
Hacer con los de Yarbas nuevo asiento
Que aguardasen el tiempo señalado
Para determinar el casamiento:
Los cuales, por el ruego del senado
Y el gracioso hospedaje y tratamiento.
Quedaron en Cartago aquellos dias
Con grandes regocijos y alegrías

Y aunque el senado en la demanda instaba
Por el provecho y general sosiego,
La reina la respuesta dilataba,
Dando gratos oidos á su ruego;
Y entre tanto en secreto aparejaba
Lo que tenia pensado desde luego,
Que era acabar la vida miserable
Primero que mudar la fe inmudable.

Llegado aquel funesto último dia,
El pueblo en la ancha plaza congregado,
Ricamente la reina se vestia,
Subiendo en un exento y alto estrado,
Al pié del cual una hoguera habia
Para la inmola y sacrificio usado,
De donde á los atentos circunstantes
Les dijo las palabras semejantes.—

«¡Oh fieles compañeros, que contino
En todos los trabajos lo mostrastes,
Que por seguir mis hados y camino
Vuestras casas y patria renunciastes!
Hoy la fortuna y áspero destino,
Por el último fin de sus contrastes,
Me fuerzan á dejar á costa mia
Vuestra cara y amable compañía.

»Si apartarme de amigos tan leäles
Hace esta mi partida dolorosa,
Los consultados dioses celestiales
No disponen ni pueden otra cosa;
Y así, por desviar los grandes males
Que tienen á Cartago temerosa,
Pues ponen en mis manos el remedio,
Quiero quitar la causa de por medio:

»Que pues del cielo el áspero decreto
De poder tener bien me inhabilita,
Y el ver á mi ciudad puesta en aprieto
Á quebrantar la fe me necesita;
Quiero cortar á Yarbas el sujeto
Del engañado amor que así le incita,
Dando á mi vida fin, pues deste modo,
Faltando la ocasion, cesará todo.

»Esto será con darme yo la muerte;
Y aunque os parezca este remedio extraño,
Es más fácil, más breve y ménos fuerte,
Y en fin, particular y poco el daño;
Pues, sin peligro vuestro, desta suerte
Saldrá el errado Yarbas de su engaño,
Y yo conservaré con más pureza
Del casto y viudo lecho la limpieza.

»Hoy por el precio de una corta vida
La vejacion redimo de Cartago,
Dejando ejemplo y ley establecida
Que os obligue á hacer lo que yo hago;
Y con mi limpia sangre aquí esparcida
Al cielo y á la tierra satisfago,
Pues muero por mi pueblo y guardo entera
Con inviolable amor la fe primera.

»No lamenteis mi muerte anticipada,
Pues el cielo la aprueba y solemniza;
Que una breve fatiga y muerte honrada
Asegura la vida y la eterniza;
Que, si el cuchillo de la parca airada
Al que quiere vivir le atemoriza,
No os debe de pesar si Dido muere,
Pues vive el que se mata cuanto quiere.

»Adios, adios amigos, que ya os veo
Libres, y á mi marido satisfecho.»
Y no les dijo más con el deseo
Que tenia de acabar el fiero hecho:
Así, llamando el nombre de Siquéo,
Se abrió con un puñal el casto pecho,
Dejándose caer de golpe luego
Sobre las llamas del ardiente fuego.

Fué su muerte sentida en tanto grado,
Que gran tiempo en Cartago la lloraron,
Y en memoria del caso señalado
Un suntuoso templo le fundaron,
Donde con sacrificio y culto usado,
Mientras las cosas prósperas duraron,
De aquella su ciudad ennoblecida
Por diosa de la patria fué tenida.

Y aborreciendo el nombre de señores,
Muerta la memorable reina Dido,
Por cien sábios ancianos senadores
De allí adelante el pueblo fué regido;
Y creciendo el concurso y moradores
Vino á ser poderoso, y tan temido,
Que un tiempo á Roma en su mayor grandeza
Le puso en gran trabajo y estrecheza.

Este es el cierto y verdadero cuento
De la famosa Dido disfamada,
Que Virgilio Maron sin miramiento
Falsó su historia y castidad preciada,
Por dar á sus ficciones ornamento;
Pues vemos que esta reina importunada,
Pudiéndose casar y no quemarse,
Antes quemarse quiso que casarse.

Iban todos atentos escuchando
El extraño suceso peregrino,
Cuando al fuerte llegamos, acabando
La historia juntamente y el camino;
Y en él aquella noche reposando,
Venida la mañana nos convino
Procurar de tener con diligencia
Del buscado enemigo inteligencia.

Mas un indio que acaso inadvertido
Fué de una escolta nuestra prisionero,
Hombre en las muestras de ánimo atrevido,
Suelto de manos y de piés ligero,
Con promesas y dádivas vencido
Dijo: «Yo me resuelvo y me profiero
De daros llanamente hoy en la mano
Al grande general Caupolicano.

»En un áspero bosque y espesura,
Nueve millas de Ongolmo desviado,
Está un sitio muy fuerte por natura
De ciénagas y fosos rodeado,
Donde por ser la tierra tan segura
Anda de solos diez acompañado,
Hasta que vuestra próspera creciente
Aplaque el gran furor de su corriente.

»Por una estrecha y desusada via,
Sin que pueda haber dello sentimiento,
Seré en la noche escura yo la guia,
Llevando á vuestra gente en salvamento:
Y antes que se descubra el claro dia
Dareis en el oculto alojamiento,
Donde á cumplir del todo yo me obligo,
Pena de la cabeza, lo que digo.»

Fué la razon del mozo bien oida,
Viéndole en su promesa tan constante;
Y así luego una escuadra prevenida
De gente experta y número bastante,
Para toda sospecha apercebida,
Llevando al indio amigo por delante,
Salió á la prima noche en gran secreto,
Con paso largo y caminar quiëto.

Por una senda angosta é intricada,
Subiendo grandes cuestas y bajando,
Del solícito bárbaro guiada
Iba á paso tirado caminando;
Mas la escura tiniebla adelgazada
Por la vecina aurora, reparando
Junto á un arroyo y pedregosa fuente,
Volvió el indio diciendo á nuestra gente.—

«Yo no paso adelante, ni es posible
Seguir este camino comenzado,
Que el hecho es grande y el temor terrible,
Que me detiene el paso acobardado,
Imaginando aquel aspecto horrible
Del gran Caupolican contra mí airado,
Cuando venga á saber que solo he sido
El soldado traidor que le ha vendido.

»Por este arroyo arriba, que es la guia,
Aunque sin rastro alguno ni vereda,
Dareis presto en el sitio y ranchería,
Que está en medio de un bosque y arboleda:
Y antes que aclare el ya vecino dia
Os dad priesa á llegar, porque no pueda
La centinela descubrir del cerro
Vuestra venida oculta y mi gran yerro.

»Yo me vuelvo de aquí, pues he cumplido
Dejándoos como os dejo en este puesto,
Adonde salvamente os he traido,
Poniéndome á peligro manifiesto:
Y pues al punto justo habeis venido,
Os conviene dar priesa y llegar presto,
Que es irrecuperable y peligrosa
La pérdida del tiempo en toda cosa:

»Y si sienten rumor desta venida,
El sitio es ocupado y peñascoso,
Fácil y sin peligro la huida
Por un derrumbadero montuoso:
Mirad que os daña ya la detenida,
Seguid hoy vuestro hado venturoso.
Que ménos de una milla de camino
Teneis al enemigo ya vecino.»

No por caricia, oferta ni promesa
Quiso el indio mover el pié adelante,
Ni amenaza de muerte ó vida opresa
Á sacarle del tema fué bastante;
Y viendo el tiempo corto y que la priesa
Les era á la sazon tan importante,
Dejándole amarrado á un grueso pino,
La relacion siguieron y camino.

Al cabo de una milla, y á la entrada
De un arcabuco lóbrego y sombrio,
Sobre una espesa y áspera quebrada
Dieron en un pajizo y gran bohío:
La plaza en rededor fortificada
Con un despeñadero sobre un rio,
Y cerca dél cubiertas de espadañas
Chozas, casillas, ranchos y cabañas.

La centinela en esto, descubriendo
De la punta de un cerro nuestra gente,
Dió la voz y señal apercibiendo
Al descuidado general valiente;
Pero los nuestros en tropel corriendo
Le cercaron la casa de repente;
Saltando el fiero bárbaro á la puerta,
Que ya á aquella sazon estaba abierta.

Mas, viendo el paso en torno embarazado
Y el presente peligro de la vida,
Con un martillo fuerte y acerado
Quiso abrir á su modo la salida:
Y alzándole á dos manos empinado,
Por dalle mayor fuerza á la caida,
Topó una viga arriba atravesada
Do la punta encarnó y quedó trabada;

Pero un soldado á tiempo atravesando
Por delante, acercándose á la puerta,
Le dió un golpe en el brazo, penetrando
Los músculos y carne descubierta:
En esto el paso el indio retirando,
Visto el remedio y la defensa incierta,
Amonestó á los suyos que se diesen
Y en ninguna manera resistiesen.

Salió fuera sin armas, requiriendo
Que entrasen en la estancia asegurados,
Que eran pobres soldados que, huyendo,
Andaban de la guerra amedrentados;
Y así, con priesa y turbacion, temiendo
Ser de los foragidos salteados,
Á la ocupada puerta habia salido,
De las usadas armas prevenido.

Entraron de tropel, donde hallaron
Ocho ó nueve soldados de importancia,
Que, rendidas las armas, se entregaron
Con muestras aparentes de ignorancia:
Todos atrás las manos los ataron,
Repartiendo el despojo y la ganancia,
Guardando al capitan disimulado
Con dobladas prisiones y cuidado:

Que aseguraba con sereno gesto
Ser un bajo soldado de linaje;
Pero en su talle y cuerpo bien dispuesto
Daba muestra de ser gran personaje.
Gastóse gran espacio y tiempo en esto,
Tomando de los otros más lenguaje,
Que todos contestaban que era un hombre
De estimacion comun y poco nombre.

Ya entre los nuestros á gran furia andaba
El permitido robo y grita usada,
Que rancho, casa y choza no quedaba
Que no fuese deshecha y saqueada,
Cuando de un toldo, que vecino estaba
Sobre la punta de la gran quebrada,
Se arrojó una mujer, huyendo apriesa
Por lo más agrio de la breña espesa.

Pero alcanzóla un negro á poco trecho,
Que tras ella se echó por la ladera,
Que era intricado el paso y muy estrecho,
Y ella no bien usada en la carrera:
Llevaba un mal envuelto niño al pecho
De edad de quince meses, el cual era
Prenda del preso padre desdichado,
Con grande extremo dél y della amado.

*

Trújola el negro suelta, no entendiendo
Que era presa y mujer tan importante
En esto ya la gente iba saliendo
Al tino del arroyo resonante,
Cuando la triste Palla, descubriendo
Al marido, que preso iba adelante,
De sus insignias y armas despojado
En el monton de la canalla atado,

No reventó con llanto la gran pena,
Ni de flaca mujer dió allí la muestra,
Antes de furia y viva rabia llena,
Con el hijo delante se le muestra
Diciendo: «La robusta mano ajena
Que así ligó tu afeminada diestra,
Más clemencia y piedad contigo usara
Si ese cobarde pecho atravesara.

»¿Eres tú aquel varon que en pocos dias
Hinchó la redondez de sus hazañas,
Que con solo la voz temblar hacias
Las remotas naciones más extrañas?
¿Eres tú el capitan que prometias
De conquistar en breve las Españas,
Y someter el ártico hemisferio
Al yugo y ley del araucano imperio?

»¡Ay de mí, cómo andaba yo engañada
Con mi altiveza y pensamiento ufano,
Viendo que en todo el mundo era llamada
Fresia mujer del gran Caupolicano!
Y agora, miserable y desdichada,
Todo en un punto me ha salido vano,
Viéndote prisionero en un desierto,
Pudiendo haber honradamente muerto.

»¿Qué son de aquellas pruebas peligrosas,
Que así costaron tanta sangre y vidas,
Las empresas dificiles dudosas
Por tí con tanto esfuerzo acometidas?
¿Qué es de aquellas vitorias gloriosas
De esos atados brazos adquiridas?
¿Todo, al fin, ha parado y se ha resuelto
En ir con esa gente infame envuelto?
»Díme, ¿faltóte esfuerzo, faltó espada
Para triunfar de la mudable diosa?
¿No sabes que una breve muerte honrada
Hace inmortal la vida y gloriösa?
Miraras á esta prenda desdichada,
Pues que de tí no queda ya otra cosa;
Que yo, apenas la nueva me viniera,
Cuando muriendo alegre te siguiera.
»Toma, toma tu hijo, que era el ñudo
Con que el lícito amor me habia ligado;
Que el sensible dolor y golpe agudo
Estos fértiles pechos han secado:
Cria, críale tú, que ese membrudo
Cuerpo, en sexo de hembra se ha trocado:
Que yo no quiero título de madre
Del hijo infame del infame padre.»
Diciendo esto, colérica y rabiosa
El tierno niño le arrojó delante,
Y con ira frenética y furiosa
Se fué por otra parte en el instante.
En fin, por abreviar, ninguna cosa
De ruegos ni amenazas fué bastante
Á que la madre ya cruel volviese,
Y el inocente hijo recibiese.

Diéronle nueva madre, y comenzarón
Á dar la vuelta y á seguir la via,
Por la cual á gran priesa caminaron,
Recobrando al pasar la fida guia,
Que atada al tronco por temor dejaron;
Y en larga escuadra al declinar del dia
Entraron en la plaza embanderada,
Con gran aplauso y alardosa entrada.
Hízose con los indios diligencia
Porque con más certeza se supiese
Si era Caupolican, que su aparencia
Daba claros indicios que lo fuese;
Pero ni ausente dél ni en su presencia
Hubo entre tantos uno que dijese
Que era más que un incógnito soldado,
De baja estofa y sueldo moderado;
Aunque algunos despues más animados.
Cuando en particular los apretaban,
De su cercana muerte asegurados.
El sospechado engaño declaraban;
Pero luego delante dél llevados,
Con medroso temblor se retractaban.
Negando la verdad ya comprobada,
Por ellos en ausencia confesada.
Mas viéndose apretado y peligroso.
Y que encubrirse al cabo no podia,
Dejando aquel remedio infrutuoso
Quiso tentar el último que habia,
Y así, llamando al capitan Reinoso,
Que luego vino á ver lo que queria,
Le dijo con sereno y buen semblante
Lo que dirán mis versos adelante.

CANTO XXXIV.

Habla Caupolican á Reinoso, y sabiendo que ha de morir se vuelve cristiano: muere de miserable muerte, aunque con ánimo esforzado. Los araucanos se juntan á la eleccion del nuevo general.

¡Oh vida miserable y trabajosa
Á tantas desventuras sometida!
¡Prosperidad humana sospechosa,
Pues nunca hubo ninguna sin caida!
¿Qué cosa habrá tan dulce y tan sabrosa
Que no sea amarga al cabo y desabrida?
No hay gusto, no hay placer sin su descuento,
Que el dejo del deleite es el tormento.

Hombres famosos en el siglo ha habido,
Á quien la vida larga ha deslustrado;
Que el mundo los hubiera preferido
Si la muerte se hubiera anticipado:
Aníbal desto buen ejemplo ha sido,
Y el cónsul que, en Farsalia derrocado,
Perdió, por vivir mucho, no el segundo,
Mas el lugar primero deste mundo.

Esto confirma bien Caupolicano,
Famoso capitan y gran guerrero,
Que en el término américo-indiano
Tuvo en las armas el lugar primero:
Mas cargóle fortuna así la mano,
Dilatándole el término postrero,
Que fué mucho mayor que la subida
La miserable y súbita caida.

El cual, reconociendo que su gente
Vacilando en la fe titubeaba;
Viendo que ya la próspera creciente
De su fortuna apriesa declinaba,
Hablar quiso á Reinoso claramente,
Que, venido á saber lo que pasaba,
Presente el congregado pueblo todo,
Habló el bárbaro grave deste modo:—

« Si á vergonzoso estado reducido
Me hubiera el duro y áspero destino,
Y si esta mi caida hubiera sido
Debajo de hombre y capitan indino,
No tuve el brazo así desfallecido
Que no abriera á la muerte yo camino
Por este propio pecho con mi espada,
Cumpliendo el curso y mísera jornada;

»Mas, juzgándote digno y de quien puedo
Recebir sin vergüenza yo la vida,
Lo que de mí pretendes te concedo·
Luego que á mí me fuere concedida;
Ni pienses que á la muerte tengo miedo,
Que aquesa es de los prósperos temida;
Y en mí por experiencias he probado
Cuán mal le está el vivir al desdichado.

»Yo soy Caupolican, que el hado mio
Por tierra derrocó mi fundamento,
Y quien del araucano señorío
Tiene el mando absoluto y regimiento:
La paz está en mi mano y albedrío,
Y el hacer y afirmar cualquier asiento,
Pues tengo por mi cargo y providencia
Toda la tierra en freno y obediencia.

»Soy quien mató á Valdivia en Tucapelo,
Y quien dejó á Purén desmantelado;
Soy el que puso á Penco por el suelo,
Y el que tantas batallas ha ganado;
Pero el revuelto ya contrario cielo,
De vitorias y triunfos rodeado,
Me ponen á tus piés á que te pida
Por un muy breve término la vida.

»Cuando mi causa no sea justa, mira
Que el que perdona más es más clemente
Y si á venganza la pasion te tira,
Pedirte yo la vida es suficiente:
Aplaca el pecho airado, que la ira
Es en el poderoso impertinente;
Y si en darme la muerte estás ya puesto
Especie de piedad es darla presto.

»No pienses que, aunque muera aquí á tus manos,
Ha de faltar cabeza en el estado,
Que luego habrá otros mil Caupolicanos,
Mas como yo ninguno desdichado;
Y pues conoces ya á los araucanos,
Que dellos soy el mínimo soldado,
Tentar nueva fortuna error sería,
Yendo tan cuesta abajo ya la mia.

»Mira que á muchos vences en vencerte,
Frena el ímpetu y cólera dañosa,
Que la ira examina al varon fuerte,
Y el perdonar venganza es generosa;
La paz comun destruyes con mi muerte,
Suspende ahora la espada rigurosa,
Debajo de la cual están á una
Mi desnuda garganta y tu fortuna.

»Aspira á más, á mayor gloria atiende,
No quieras en poca agua así anegarte,
Que lo que la fortuna aquí pretende
Solo es que quieras della aprovecharte;
Conoce el tiempo y tu ventura entiende,
Que estoy en tu poder, ya de tu parte,
Y muerto no tendrás de cuanto has hecho
Sino un cuerpo de un hombre sin provecho.

»Que si esta mi cabeza desdichada
Pudiera ¡oh capitan! satisfacerte,
Tendiera el cuello á que con esa espada
Remataras aquí mi triste suerte;
Pero deja la vida condenada
El que procura apresurar su muerte,
Y más en este tiempo que la mia
La paz universal perturbaria.

»Y pues por la experiencia claro has visto
Que libre y preso, en público y secreto,
De mis soldados soy temido y quisto,
Y está á mi voluntad todo sujeto:
Haré yo establecer la ley de Cristo,
Y que sueltas las armas, te prometo
Vendrá toda la tierra en mi presencia
Á dar al rey Felipe la obediencia.

»Tenme en prision segura retirado
Hasta que cumpla aquí lo que pusiere;
Que yo sé que el ejército y senado
En todo aprobarán lo que hiciere;
Y el plazo puesto y término pasado,
Podré tambien morir si no cumpliere;
Escoge lo que más te agrada desto,
Que para ambas fortunas estoy presto.»
No dijo el indio más, y la respuesta
Sin turbacion mirándole atendia,
Y la importante vida ó muerte presta
Callando con igual rostro pedia:
Que por más que fortuna contrapuesta
Procuraba abatirle, no podia,
Guardando, aunque vencido y preso, en todo
Cierto término libre y grave modo.
Hecha la confesion como lo escribo,
Con más rigor y priesa que advertencia,
Luego á empalar y asaetearle vivo
Fué condenado en pública sentencia.
No la muerte y el término excesivo
Causó en su gran semblante diferencia,
Que nunca por mudanzas vez alguna
Pudo mudarle el rostro la fortuna.
Pero mudóle Dios en un momento,
Obrando en él su poderosa mano,
Pues con lumbre de fe y conocimiento
Se quiso baptizar y ser cristiano:
Causó lástima y junto gran contento
Al circunstante pueblo castellano,
Con grande admiracion de todas gentes
Y espanto de los bárbaros presentes.

Luego aquel triste, aunque felice dia,
Que con solemnidad le baptizaron,
Y, en lo que el tiempo escaso permitia
En la fe verdadera le informaron,
Cercado de una gruesa compañía
De bien armada gente, le sacaron
Á padecer la muerte consentida,
Con esperanza ya de mejor vida,

Descalzo, destocado, á pié, desnudo,
Dos pesadas cadenas arrastrando,
Con una soga al cuello y grueso ñudo,
De la cual el verdugo iba tirando,
Cercado en torno de armas, y el menudo
Pueblo detrás, mirando y remirando,
Si era posible aquello que pasaba,
Que visto por los ojos aún dudaba.

Desta manera, pues, llegó al tablado
Que estaba un tiro de arco del asiento,
Media pica del suelo levantado,
De todas partes á la vista exento;
Donde con el esfuerzo acostumbrado,
Sin mudanza y señal de sentimiento,
Por la escala subió tan desenvuelto
Como si de prisiones fuera suelto.

Puesto ya en lo más alto, revolviendo
Á un lado y otro la serena frente,
Estuvo allí parado un rato, viendo
El gran concurso y multitud de gente,
Que el increible caso y estupendo
Atónita miraba atentamente,
Teniendo á maravilla y gran espanto
Haber podido la fortuna tanto.

Llegóse él mismo al palo, donde habia
De ser la atroz sentencia ejecutada,
Con un semblante tal, que parecia
Tener aquel terrible trance en nada,
Diciendo: «Pues el hado y suerte mia
Me tienen esta muerte aparejada,
Venga, que yo la pido, yo la quiero,
Que ningun mal hay grande, si es postrero.»

Luego llegó el verdugo diligente,
Que era un negro gelofo, mal vestido.
El cual viéndole el bárbaro presente
Para darle la muerte prevenido,
Bien que con rostro y ánimo paciente
Las afrentas demas habia sufrido,
Sufrir no pudo aquella, aunque postrera,
Diciendo en alta voz desta manera:

«¿Cómo qué? ¿en cristiandad y pecho honrado
Cabe cosa tan fuera de medida,
Que á un hombre como yo tan señalado
Le dé muerte una mano asi abatida?
Basta, basta morir al más culpado;
Que al fin todo se paga con la vida;
Y es usar deste término conmigo
Inhumana venganza y no castigo.

»¿No hubiera alguna espada aqui de cuantas
Contra mí se arrancaron á porfía,
Que, usada á nuestras míseras gargantas,
Cercenara de un golpe aquesta mia?
Que aunque ensaye su fuerza en mí de tantas
Maneras la fortuna en este dia,
Acabar no podrá que bruta mano
Toque al gran general Caupolicano.»

Esto dicho, y alzando el pié derecho,
Aunque de las cadenas impedido,
Dió tal coz al verdugo, que gran trecho
Le echó rodando abajo mal herido:
Reprehendido el impaciente hecho,
Y él del súbito enojo reducido,
Le sentaron despues con poca ayuda
Sobre la punta de la estaca aguda.

No el aguzado palo penetrante,
Por más que las entrañas le rompiese
Barrenándole el cuerpo, fué bastante
Á que al dolor intenso se rindiese;
Que con sereno término y semblante,
Sin que lábio ni ceja retorciese,
Sosegado quedó de la manera
Que si asentado en tálamo estuviera.

En esto seis flecheros señalados,
Que prevenidos para aquello estaban
Treinta pasos de trecho desviados,
Por órden y despacio le tiraban;
Y, aunque en toda maldad ejercitados,
Al despedir la flecha vacilaban;
Temiendo poner mano en un tal hombre,
De tanta autoridad y tan gran nombre.

Mas fortuna cruel, que ya tenia
Tan poco por hacer y tanto hecho,
Si tiro alguno avieso allí salia,
Forzando el curso le traia derecho;
Y en breve, sin dejar parte vacía,
De cien flechas quedó pasado el pecho,
Por do aquel grande espíritu echó fuera,
Que por ménos heridas no cupiera.

Paréceme que siento enternecido
Al más cruel y endurecido oyente
Deste bárbaro caso referido,
Al cual, Señor, no estuve yo presente,
Que á la nueva conquista habia partido
De la remota y nunca vista gente;
Que, si yo á la sazon allí estuviera,
La cruda ejecucion se suspendiera.

Quedó abiertos los ojos, y de suerte
Que por vivo llegaban á mirarle,
Que la amarilla y afeada muerte
No pudo aún puesto allí desfigurarle:
Era el miedo en los bárbaros tan fuerte
Que no osaban dejar de respetarle;
Ni allí se vió en alguno tal denuedo
Que puesto cerca dél no hubiese miedo.

La voladora fama presurosa
Derramó por la tierra en un momento
La no pensada muerte ignominiosa,
Causando alteracion y movimiento:
Luego la turba, incrédula y dudosa,
Con nueva turbacion y desatiento,
Corre con priesa y corazon incierto
Á ver si era verdad que fuese muerto.

Era el número tanto que bajaba
Del contorno y distrito comarcano,
Que en ancha y apiñada rueda estaba
Siempre cubierto el espacioso llano:
Crédito allí á la vista no se daba,
Si ya no le tocaba con la mano,
Y, áun tocado, despues le parecia
Que era cosa de sueño ó fantasia.

No la afrentosa muerte impertinente
Para temor del pueblo ejecutada,
Ni la falta de un hombre así eminente,
En que nuestra esperanza iba fundada,
Amedrentó ni acobardó la gente;
Antes de aquella injuria provocada
Á la cruël satisfaccion aspira
Llena de nueva rabia y mayor ira.
Unos con sed rabiosa de venganza
Por la afrenta y oprobio recebido,
Otros con la codicia y esperanza
Del oficio y baston ya pretendido,
Antes que sosegase la tardanza
El ánimo del pueblo removido,
Daban calor y fuerzas á la guerra,
Incitando á furor toda la tierra.
Si hubiese de escribir la bravería
De Tucapel, de Rengo y Lepomande,
Orompello, Lincoya y Lebopía,
Purén, Cayocupil y Mareande,
En un espacio largo no podria,
Y fuera menester libro más grande,
Que cada cual con hervoroso afecto
Prentende allí y aspira á ser electo.
Pero el cacique Colocolo, viendo
El daño de los muchos pretendientes,
Como prudente y sábio, conociendo
Pocos para el gran cargo suficientes,
Su anciana autoridad interponiendo,
Les hizo mensajeros diligentes
Para que se juntasen á consulta
En lugar apartado y parte oculta.

Los que abreviar el tiempo deseaban,
Luego para la junta se aprestaron,
Y muchos, recelando que tardaban,
La diligencia y paso apresuraron:
Otros que á otro camino enderezaban,
Por no se declarar no rehusaron,
Siguiendo sin faltar un hombre solo
El sábio parecer de Colocolo.

Fué entre ellos acordado que viniesen
Solos á la ligera sin bullicio,
Porque los enemigos no tuviesen
De aquella nueva junta algun indicio,
Haciendo que de todas partes fuesen
Indios que, con industria y artificio,
Instasen en la paz siempre ofrecida
Con muestra humilde y contricion fingida.

El plazo puesto y sitio señalado,
En un cómodo valle y escondido,
La convocada gente del senado
Al término llegó constituido;
Y entre ellos Tucapel determinado
De por bien ó por mal ser elegido,
Y otros que con menores fundamentos
Mostraban sus preñados pensamientos.

Siento fraguarse nuevas disensiones,
Moverse gran discordia y diferencia,
Hervir con ambicion los corazones,
Brotar el ódio antiguo y competencia,
Variär los designios y opiniones,
Sin manera ó señal de convenencia,
Fundando cada cual su desvarío
En la fuerza del brazo y albedrío.

Entrados, como digo, en el consejo
Los caciques y nobles congregados,
Todos con sus insignias y aparejo,
Segun su antigua preeminencia armados.
Colocolo, sagaz y cauto viejo,
Viéndolos en los rostros demudados,
Aunque aguardaba á la sazon postrera,
Adelantó la voz desta manera.....

Pero si no os cansais, Señor, primero
Que os diga lo que dijo Colocolo,
Tomar otro camino largo quiero
Y volver el designio á nuestro polo:
Que, aunque á deciros mucho me profiero,
El sujeto que tomo basta solo
Á levantar mi baja voz cansada,
De materia hasta aquí necesitada.

Mas, si daisme licencia, yo querria,
Para que más á tiempo esto refiera,
Alcanzar, si pudiese, á don García,
Aunque es diversa y larga la carrera:
El cual en el turbado reino habia
Reformado los pueblos, de manera
Que puso con solícito cuidado
La justicia y gobierno en buen estado.

Pasó de Villarica el fértil llano,
Que tiene al sur el gran volcan vecino,
Fragua, segun afirman, de Vulcano.
Que regoldando fuego está contino;
De allí, volviendo por la diestra mano
Visitando la tierra, al cabo vino
Al ancho lago y gran desaguadero
Término de Valdivia y fin postrero:

Donde tambien llegué, que sus pisadas
Sin descansar un punto voy siguiendo,
Y de las más ciudades convocadas
Iban gentes en número acudiendo
Pláticas en conquistas y jornadas;
Y así, el tumulto bélico creciendo,
En sordo son confuso ribombaba,
Y el vecino contorno amedrentaba:
Que arrebatado del ligero viento,
Y por la fama lejos esparcido,
Hirió el desapacible y duro acento
De los remotos indios el oido:
Los cuales, con turbado sentimiento
Huyen del nuevo y fiero son temido,
Cual medrosas ovejas derramadas
Del aullido del lobo amedrentadas.
Nunca el escuro y tenebroso velo
De nubes congregadas de repente,
Ni presto rayo que, rasgando el cielo,
Baja tronando envuelto en llama ardiente;
Ni terremoto, cuando tiembla el suelo
Turba y atemoriza así la gente,
Como el horrible estruendo de la guerra
Turbó y amedrentó toda la tierra.
Quién sin duda publica que ya entraban
Destruyendo ganados y comidas:
Quién que la tierra y pueblos saqueaban
Privando á los caciques de las vidas:
Quién que á las nobles dueñas deshonraban
Y forzaban las hijas recogidas,
Haciendo otros insultos y maldades,
Sin reservar lugar, sexo ni edades.

Crece el desórden, crece el desconcierto
Con cada cosa, que la fama aumenta,
Teniendo y afirmando por muy cierto
Cuanto el triste temor les representa.
Solo el salvarse les parece incierto,
Y esto los atribula y atormenta;
Allá corren gritando, acá revuelven,
Todo lo creen y en nada se resuelven.
Mas luego que el temor desatinado,
Que la gente llevaba derramada,
Dejó en ella lugar desocupado
Por donde la razon hallase entrada,
El atónito pueblo reportado,
Su total perdicion considerada,
Se junta á consultar en este medio
Las cosas importantes al remedio.
Hallóse en este vario ayuntamiento
Tunconabala, plático soldado,
Persona de valor y entendimiento
En la araucana escuela dotrinado,
Que por cierta cuestion y acaecimiento
De su tierra y parientes desterrado,
Se redujo á doméstico ejercicio,
Huyendo el trato bélico y bullicio;
El cual, viendo en el pueblo diferente
El miedo grande y confusion que habia,
Pues sin oir trompeta ni ver gente
Le espantaba su misma vocería,
En un lugar capaz y conveniente,
Junta toda la noble compañía,
Sosegado el rumor y alteraciones,
Les comenzó á decir estas razones.—

«Excusado es, amigos, que yo os diga
El peligroso punto en que nos vemos
Por esta gente pérfida enemiga,
Que ya cierto á las puertas la tenemos;
Pues el temor que á todos nos fatiga
Nos apremia y constriñe á que entreguemos
La libertad y casas al tirano,
Dándole entrada libre y paso llano.

»¿A qué fosado muro ó antepecho,
Á qué fuerza ó ciudad, á qué castillo
Os podeis retirar en este estrecho,
Que baste sola una hora á resistillo?
Si quereis hacer rostro y mostrar pecho,
Desnudo le ofrecemos al cuchillo,
Pues nos coge esta furia repentina
Sin armas, capitan, ni diciplina:

»Que estos barbudos crueles y terribles,
Del bien universal usurpadores,
Son fuertes, poderosos, invencibles,
Y en todas sus empresas vencedores:
Arrojan rayos con estruendo horribles,
Pelean sobre animales corredores,
Grandes, bravos, feroces y alentados,
De solo el pensamiento gobernados.

»Y pues contra sus armas y fiereza
Defensa no teneis de fuerza ó muro,
La industria ha de suplir nuestra flaqueza,
Y prevenir con tiempo al mal futuro;
Que, mostrando doméstica llaneza,
Les podeis prometer paso seguro,
Como á nacion vecina y gente amiga,
Que la promesa en daño á nadie obliga;

»Haciendo en este tiempo limitado
Retirar con silencio y buena maña
La ropa, provisiones y ganado
Al último rincon de la montaña:
Dejando el alimento tan tasado,
Que vengan á entender que esta campaña
Es estéril, es seca y mal templada,
De gente pobre y mísera habitada.
»Porque estos insaciables avarientos,
Viendo la tierra pobre y poca presa,
Sin duda mudarán los pensamientos,
Dejando por inútil esta empresa;
Y la falta de gente y bastimentos
Los echará de este distrito apriesa,
Guiados por la breña y gran recuesto,
De do quizá no volverán tan presto.
»Teneis de Ancud el paso y estrecheza
Cerrado de peñascos y jarales,
Por do quiso impedir naturaleza
El trato á los vecinos naturales;
Cuya espesura grande y aspereza
Aún no pueden romper los animales,
Y las aves alígeras del cielo
Sienten trabajo en el pasarle á vuelo.
»Llevados por aquí, sin duda creo
Que, viendo el alto monte peligroso,
Corregirán el ímpetu y deseo,
Volviendo atrás el paso presuroso;
Y si quieren buscar algun rodeo,
Desviarse de aquí será forzoso,
Dejando esta region por miserable
Libre de su insolencia intolerable:

»Y aunque la libertad y vida mia
Sé que corre peligro en el viaje,
Con rústica y desnuda compañía
Salir quiero á encontrarlos al pasaje,
Y fingiendo ignorancia y alegría,
Vestido de grosero y pobre traje,
Ofrecerles en don una miseria
Que arguya y dé á entender nuestra laceria.
»Quizá, viendo el trabajo y poco fruto
Que se puede esperar de la pobreza,
La estéril tierra y mísero tributo,
El linaje de gente y rustiqueza,
Mudarán el intento resoluto,
Que es de buscar haciendas y riqueza,
Haciéndoles volver con maña y arte
Las armas y designios á otra parte.»
No acabó su razon el indio, cuando
Se levantó un rumor entre la gente
El parecer á voces aprobando,
Sin mostrarse ninguno diferente,
Y así, la ejecucion apresurando
En lo ya consultado conveniente,
Corrieron al efeto, retirados
Los muebles, vituallas y ganados.
Ya el español con la presteza usada
Al último confin habia venido,
Dando remate á la postrer jornada
Del límite hasta allí constituido;
Y puesto el pié en la raya señalada,
El presuroso paso suspendido,
Dijo, si ya escucharlo no os enoja,
Lo que el canto dirá vuelta la hoja.

CANTO XXXV.

Entran los españoles en demanda de la nueva tierra. Sáleles al paso Tunconabala; persuádeles á que se vuelvan; pero viendo que no aprovecha, les ofrece una guia que los lleva por grandes despeñaderos donde pasaron terribles trabajos.

¿Qué cerros hay que el interés no allana,
Y qué dificultad que no la rompa?
¿Qué pecho fiel, qué voluntad tan sana
Que éste no le inficione y la corrompa?
Destruye el trato de la vida humana,
No hay órden que no altere y la interrompa,
Ni estrecha entrada ni cerrada puerta
Que no la facilite y deje abierta.

Este de parentescos y hermandades
Desata el ñudo y vínculo más fuerte,
Vuelve en enemistad las amistades,
Y el grato amor en desamor convierte:
Inventor de desastres y maldades,
Tropella á la razon, cambia la suerte,
Hace al hielo caliente, al fuego frio,
Y hará subir por una cuesta un rio.

Así por mil peligros y derrotas,
Golfos profundos, mares no sulcados,
Hasta las partes últimas ignotas
Trujo sin descansar tantos soldados;
Y por vias estériles remotas,
Del interés incitador llevados,
Piensan escudriñar cuanto se encierra
En el círculo inmenso de la tierra.

Dije que don García habia arribado
Con prática y lucida compañía
Al término de Chile señalado,
De do nadie jamás pasado habia;
Y en medio de la raya el pié afirmado
Que los dos nuevos mundos dividia,
Presente yo y atento á las señales,
Las palabras que dijo fueron tales.—

«Nacion, á cuyos pechos invencibles
No pudieron poner impedimentos
Peligros y trabajos insufribles,
Ni airados mares, ni contrarios vientos
Ni otros mil contrapuestos imposibles,
Ni la fuerza de estrellas ni elementos,
Que, rompiendo por todo, habeis llegado
Al término del orbe limitado;

»Veis otro nuevo mundo, que encubierto
Los cielos hasta agora le han tenido,
El difícil camino y paso abierto
Á solo vuestros brazos concedido:
Veis de tanto trabajo el premio cierto
Y cuanto os ha fortuna prometido,
Que, siendo de tan grande empresa autores,
Habeis de ser sin límite señores;

»Y la parlera fama discurriendo
Hasta el extremo y término postrero,
Las antiguas hazañas refiriendo,
Pondrá esta vuestra en el lugar primero;
Pues, en dos largos mundos no cabiendo,
Venís á conquistar otro tercero,
Donde podrán mejor sin estrecharse
Vuestros ánimos grandes ensancharse.

»Y pues es la sazon tan oportuna
Y poco necesarias las razones,
No quiero detener vuestra fortuna
Ni gastar más el tiempo en oraciones:
Sús, tomad posesion todos á una
De esas nuevas provincias y regiones,
Donde os tienen los hados á la entrada
Tanta gloria y riqueza aparejada.»

Luego, pues, de tropel toda la gente
Á la plática apenas detenida,
Pisó la nueva tierra libremente,
Jamás del extranjero pié batida;
Y con órden y paso diligente,
Por una angosta senda mal seguida,
En larga retahila y ordenada
Dimos principio á la primer jornada.

Caminamos sin rastro algunos dias
De solo el tino por el sol guiados,
Abriendo pasos y cerradas vias
Rematadas en riscos despeñados;
Las mentirosas fugitivas guias
Nos llevaron por partes engañados.
Que parecia imposible al más gigante
Poder volver atrás ni ir adelante.

Ya del móvil primero arrebatado
Contra su curso el sol hácia el poniente
Al mundo cuatro vueltas habia dado,
Calentando del pez la húmida frente,
Cuando, al bajar de un áspero collado,
Vimos salir diez indios de repente
Por entre un arcabuco y breña espesa.
Desnudos, en monton, trotando apriesa,

Del aire, de la lluvia y sol curtidos,
Cubiertos de un espeso y largo vello,
Pañetes cortos de cordel ceñidos,
Altos de pecho y de fornido cuello,
La color y los ojos encendidos,
Las uñas sin cortar, largo el cabello.
Brutos campestres, rústicos salvajes,
De fieras cataduras y visajes.

Venia un robusto viejo el delantero,
Al cual el medio cuerpo le cubria
Un roto manto de sayal grosero,
Que mísera pobreza prometia.
Este, pues, como dije allá primero,
Era Tunconabal, que pretendia
Mudar nuestros designios y opiniones
Con fingidos consejos y razones.

Fuimos luego sobre ellos, recelando
Ser gente de montaña fugitiva;
Mas ellos, nuestros pasos atajando,
Venian á más andar la cuesta arriba;
Y al pié de un alta peña reparando,
Por do un quebrado arroyo se derriba.
Todos nos aguardaron sin recelo,
Puestas sus flechas y arcos en el suelo.

Luego el anciano á voces y en extraña
Lengua de nuestro intérprete entendida,
Dijo: «¡Oh gente infeliz, á esta montaña
Por falso engaño y relacion traida,
Do la serpiente y áspera alimaña
Apenas sustentar pueden la vida,
Y donde el hijo bárbaro nacido
Es de incultas raices mantenido!
»¿Qué informacion siniestra, qué noticia
Incita así vuestro ánimo invencible?
¿Qué dañado consejo, ó qué malicia
Os ha facilitado lo imposible?
Frenad, aunque loable, esa codicia,
Que la empresa es difícil y terrible;
Y vais sin duda todos engañados,
Á miserable muerte condenados;
»Que, cuando no encontreis gente de guerra
Que os ponga en el pasaje impedimento,
Hallareis una sierra y otra sierra,
Y una espesura y otra y otras ciento:
Tanto, que la aspereza de la tierra,
Por la falta de yerba y nutrimento
Y contagion del aire, no consiente
En su esterilidad cosa viviente.
»Y aunque me veis en bruto transformado
Á la silvestre vida reducido,
Sabed que ya en un tiempo fuí soldado,
Y que tambien las armas he vestido;
Así que, por la ley que he profesado,
Viendo que va este ejército perdido,
La lástima me mueve á aconsejaros
Que, sin pasar de aquí, querais tornaros:

»Que estas yermas campañas y espesuras,
Hasta el frígido sur continuadas,
Han de ser el remate y sepulturas
De todas vuestras prósperas jornadas:
Mirad destos salvajes las figuras,
De quien son, como fieras, habitadas,
Y el fruto que nos dan escasamente,
Del cual os traigo un mísero presente.»

En esto, de un fardel de ovas marinas,
Á la manera de una red tegidas,
Sacó diversas frutas montesinas,
Duras, verdes, agrestes, desabridas;
Carne seca de fieras salvaginas,
Y otras silvestres rústicas comidas;
Langosta al sol curada, y lagartijas,
Con mil varias inmundas sabandijas.

Admirónos la forma y la extrañeza
De aquella gente bárbara notable,
La gran selvatiquez y rustiqueza,
El fiero aspecto y término intratable,
La espesura de montes y aspereza,
Y el fruto de aquel suelo miserable,
Tierra yerma, desierta y despoblada,
De trato y vecindad tan apartada.

Preguntámosle allí, si, prosiguiendo,
La tierra era adelante montuosa;
Respondiónos el viejo sonriendo,
Ser más áspera, dura y más fragosa,
Y que así la montaña iba creciendo,
Que era imposible y temeraria cosa
Romper tanta maleza y espesura,
Puesta allí por secreto de natura.

Pero visto nuestro ánimo ambicioso,
Que era de proseguir siempre adelante,
Y que el fingido aviso malicioso
Á volvernos atrás no era bastante,
Con un afecto tierno y amoroso,
Mostrando en lo exterior triste semblante,
Puesto un rato á pensar, afirmó cierto
Haber cerca otro paso más abierto.

Que por la banda diestra del poniente,
Dejando el monte del siniestro lado,
Habia un rastro, cursado antiguamente,
De la nacida yerba ya borrado,
Por do podia pasar salva la gente,
Aunque era el trecho largo y despoblado,
Para lo cual él mismo nos daria
Una prática lengua y fida guia.

Fué de nosotros esto bien oido,
Que alguna gente estaba ya dudosa;
Y el donoso presente recebido,
Tambien la recompensa fué donosa,
Un manto de algodon rojo teñido,
Y una poblada cola de raposa,
Quince cuentas de vidrio de colores,
Con doce cascabeles sonadores.

La dádiva, del viejo agradecida,
Por ser joyas entre ellos estimadas,
Y la guia solícita venida,
Con todas las más cosas aprestadas,
Pusimos en efeto la partida,
Siguiéndonos los indios dos jornadas,
Dando vuelta despues por otra senda,
Dejándonos el indio en encomienda.

El cual nos iba siempre asegurando
Gran riqueza, ganado y poblaciones.
Los ánimos estrechos ensanchando
Con falsas y engañosa relaciones,
Diciendo: «Cuando Febo volteando
Seis veces alumbrare estas regiones,
Os prometo, so pena de la vida,
Henchir del apetito la medida.»
No sabré encarecer nuestra altiveza.
Los ánimos briosos y lozanos,
La esperanza de bienes y riqueza,
Las vanas trazas y discursos vanos:
El cerro, el monte, el risco y la aspereza
Eran caminos fáciles y llanos,
Y el peligro y trabajo exorbitante,
No osaban ya ponérsenos delante.
Ibamos sin cuidar de bastimentos
Por cumbres, valles hondos, cordilleras,
Fabricando en los llanos pensamientos.
Máquinas levantadas y quimeras.
Así ufanos, alegres y contentos
Pasamos tres jornadas las primeras;
Pero á la cuarta, al tramontar del dia.
Se nos huyó la mentirosa guia.
El mal indicio, la sospecha cierta,
Los ánimos turbó más esforzados,
Viendo la falsa trama descubierta,
Y los trabajos ásperos doblados:
Mas, aunque sin camino y en desierta
Tierra, del gran peligro amenazados.
Y la hambre y fatiga todo junto
No pudo detenernos solo un punto.

Pasamos adelante, descubriendo
Siempre más arcabucos y breñales,
La cerrada espesura y paso abriendo
Con hachas, con machetes y destrales:
Otros con pico y azadon rompiendo
Las peñas y arraigados matorrales,
Do el caballo hostigado y receloso
Afirmase seguro el pié medroso.

Nunca con tanto estorbo á los humanos
Quiso impedir el paso la natura,
Y que así de los cielos soberanos
Los árboles midiesen el altura;
Ni entre tantos peñascos y pantanos
Mezcló tanta maleza y espesura,
Como en este camino defendido,
De zarzas, breñas y árboles tegido.

Tambien el cielo en contra conjurado.
La escasa y turbia luz nos encubria,
De espesas nubes lóbregas cerrado,
Volviendo en tenebrosa noche el dia:
Y de granizo y tempestad cargado,
Con tal furor el paso defendia,
Que era mayor del cielo ya la guerra.
Que el trabajo y peligro de la tierra.

Unos presto socorro demandaban
En las hondas malezas sepultados,
Otros, «¡Ayuda! ¡ayuda!» voceaban,
En húmidos pantanos atascados:
Otros iban trepando, otros rodaban,
Los piés, manos y rostro desollados,
Oyendo aquí y allí voces en vano,
Sin poderse ayudar ni dar la mano.

Era lástima oir los alaridos,
Ver los impedimentos y embarazos,
Los caballos sin ánimo caidos,
Destrozados los piés, rotos los brazos:
Nuestros sencillos débiles vestidos
Quedaban por las zarzas á pedazos,
Descalzos y desnudos, solo armados,
En sangre, lodo y en sudor bañados.
Y demas del trabajo incomportable,
Faltando ya el refresco y bastimento,
La aquejadora hambre miserable
Las cuerdas apretaba del tormento,
Y el bien dudoso y daño indubitable
Desmayaba la fuerza y el aliento,
Cortando un dejativo sudor frio
De los cansados miembros todo el brio.
Pero luego tambien, considerando
La gloria que el trabajo aseguraba,
El corazon, los miembros reforzando,
Cualquier dificultad menospreciaba:
Y los fuertes opuestos contrastando,
Todo lo por venir facilitaba;
Que el valor más se muestra y se parece
Cuando la fuerza de contrarios crece.
Así pues, nuestro ejército rompiendo,
De solo la esperanza alimentado,
Pasaba á puros brazos descubriendo
El encubierto cielo deseado:
Ibanse ya las breñas destegiendo,
Y el bosque de los árboles cerrado
Desviando sus ramas intricadas
Nos daban paso y fáciles entradas.

Ya por aquella parte, ya por esta
La entrada de la luz desocupando,
El yerto risco y empinada cuesta
Iban sus altas cumbres allanando;
La espesa y congelada niebla opuesta,
El grueso vapor húmido exhalando,
Así se adelgazaba y esparcia,
Que penetrar la vista ya podia.

Siete dias perdidos anduvimos
Abriendo á yerro el impedido paso,
Que en todo aquel discurso no tuvimos
Do poder reclinar el cuerpo laso:
Al fin una mañana descubrimos
De Ancud el espacioso y fértil raso,
Y al pié del monte y áspera ladera
Un extendido lago y gran ribera.

Era un ancho archipiélago, poblado
De innumerables islas deleitosas,
Cruzando por el uno y otro lado
Góndolas y piraguas presurosas:
Marinero jamás desesperado
En medio de las olas fluctuosas
Con tanto gozo vió el vecino puerto,
Como nosotros el camino abierto.

Luego pues, en un tiempo arrodillados,
Llenos de nuevo gozo y de ternura,
Dimos gracias á Dios, que así escapados
Nos vimos del peligro y desventura;
Y de tantas fatigas olvidados,
Siguiendo el buen suceso y la ventura,
Con esperanza y ánimo lozano
Salimos presto al agradable llano.

El enfermo, el herido, el estropeado,
El cojo, el manco, el débil, el tullido,
El desnudo, el descalzo, el desgarrado,
El desmayado, el flaco, el deshambrido
Quedó sano, gallardo y alentado,
De nuevo esfuerzo y de valor vestido,
Pareciéndole poco todo el suelo,
Y fácil cosa conquistar el cielo.

Mas con todo este esfuerzo, á la bajada
De la ribera, en partes montuosa,
Hallamos la frutilla coronada
Que produce la murta virtuosa;
Y aunque agreste, montés, no sazonada,
Fué á tan buena sazon y tan sabrosa,
Que el celeste maná y ollas de Egito
No movieran mejor nuestro apetito.

Cual banda de langostas enviadas
Por plaga á veces del linaje humano,
Que en las espigas fértiles granadas
Con un sordo rozar no dejan grano;
Así pues, en cuadrillas derramadas,
Suelta la gente por el ancho llano,
Dejaba los murtales más copados
De fruta, rama y hoja despojados.

A puñados la fruta unos comian,
De la hambre aquejados importuna,
Otros ramos y hojas engullian,
No aguardando á cogerla una por una;
Quién huye al repartir la compañía,
Buscando en lo escondido parte alguna
Donde comer la rama desgajada,
De las rapaces uñas escapada.

Como el monton de las gallinas, cuando
Salen al campo del corral cerrado,
Aquí y allí solícitas buscando
El trigo de la troj desperdiciado;
Que con los piés y picos escarbando
Halla alguna el regojo sepultado,
Y alzándose con él, puesta en huida,
Es de las otras luego perseguida;

Así aquel que arrebata buena parte,
De este y de aquel aquí y allí seguido,
Huyendo se retira luego en parte
Donde pueda comer más escondido:
Ninguno, si algo alcanza, lo reparte,
Que no era tiempo aquel de ser partido;
Ni allí la caridad, aunque la habia,
Extenderse á los prójimos podia.

Estando con sabor de esta manera
Gustando aquella rústica comida,
Llegó una corva góndola ligera,
De doce largos remos impelida,
Que, zabordando recio en la ribera,
La chusma diestra y gente apercebida
Saltaron luego en tierra sin recato
Con muestra de amistad y llano trato.

Mas si quereis saber quién es la gente,
Y la causa de haber así arribado,
No puedo aquí decíroslo al presente,
Que estoy del gran camino quebrantado:
Así para sazon más conveniente
Será bien que lo deje en este estado,
Porque pueda entretanto repararme
Y os dé ménos fastidio el escucharme.

CANTO XXXVI.

Sale el cacique de la barca á tierra: ofrece á los españoles todo lo necesario para su viaje; y prosiguiendo ellos su derrota, les ataja el camino el desaguadero del archipiélago: atraviésale D. Alonso en una piragua con diez soldados: vuelven al alojamiento, y de allí por otro camino á la ciudad Imperial. Embárcase D. Alonso de Ercilla para España, y recorre varias provincias de Europa: manda el rey don Felipe levantar gente para entrar en Portugal.

Quien muchas tierras ve, ve muchas cosas
Que las juzga por fábulas la gente,
Y tanto cuanto son maravillosas,
El que ménos las cuenta es más prudente;
Y aunque es bien que se callen las dudosas,
Y no ponerme en riesgo así evidente,
Digo que la verdad hallé en el suelo,
Por más que afirmen que es subida al cielo.
Estaba retirada en esta parte,
De todas nuestras tierras excluida,
Que la falsa cautela, engaño y arte
Aún nunca habian hallado aquí acogida;
Pero, dejada esta materia aparte,
Volveré con la priesa prometida
Á la barca de chusma y gente llena,
Que bogando embistió recio en la arena;

Donde un gracioso mozo bien dispuesto,
Con hasta quince en número venia,
Crespo de pelo negro y blanco gesto,
Que el principal de todos parecia;
El cual con grave término modesto,
Junta nuestra esparcida compañía,
Nos saludó cortés y alegremente,
Diciendo en lengua extraña lo siguiente.—

«Hombres ó dioses rústicos, nacidos
En estos sacros bosques y montañas,
Por celeste influencia producidos
De sus cerradas y ásperas entrañas;
¿Por cuál caso ó fortuna sois venidos
Por caminos y sendas tan extrañas
Á nuestros pobres y últimos rincones,
Libres de confusion y alteraciones?

»Si vuestra pretension y pensamiento
Es de buscar region más espaciosa,
Y en la prosecucion de vuestro intento
Teneis necesidad de alguna cosa,
Toda comodidad y aviamiento
Con mano larga y voluntad graciosa
Hallareis francamente en el camino
Por todo el rededor circunvecino.

»Y si quereis morar en esta tierra,
Tierra donde moreis aquí os daremos
Si os aplace y agrada más la sierra,
Allá seguramente os llevaremos;
Si quereis amistad, si quereis guerra,
Todo con ley igual os lo ofrecemos:
Escoged lo mejor, que á eleccion mia,
La paz y la amistad escogeria.»

Mucho agradó la suerte, el garbo, el traje
Del gallardo mancebo floreciente,
El expedido término y lenguaje
Con que así nos habló bizarramente,
El franco ofrecimiento y hospedaje,
La buena traza y talle de la gente,
Blanca, dispuesta, en proporcion fornida,
De manto y floja túnica vestida;

La cabeza cubierta y adornada
Con un capelo en punta rematado,
Pendiente atrás la punta y derribada,
Á las ceñidas sienes ajustado,
De fina lana de vellon rizada
Y el rizo de colores variado,
Que lozano y vistoso parecia
Señal de ser el clima y tierra fria.

Las gracias le rendimos de la oferta
Y voluntad graciosa que mostraba,
Ofreciendo tambien la nuestra cierta,
Que á su provecho y bien se enderezaba;
Pero al fin, nuestra falta descubierta
Y lo mal que la hambre nos trataba,
Le pedimos refresco y vitualla
Debajo de promesa de pagalla.

Luego con voz y priesa diligente,
Vista la gran necesidad que habia,
Mandó á su prevenida y pronta gente
Sacar cuanto en la góndola traia,
Repartiéndolo todo francamente
Por aquella hambrienta compañía,
Sin de nadie acetar solo un cabello,
Ni áun querer recebir las gracias dello.

Esforzados así desta manera,
Y tambien esforzada la esperanza,
Se comenzó á marchar por la ribera,
Segun nuestra costumbre, en ordenanza:
Y andado una gran legua, en la primera
Tierra que pareció cómoda estanza,
Cerca del agua, en reparado asiento
Hicimos el primer alojamiento.

No estaba nuestro campo aún asentado,
Ni puestas en lugar las demas cosas,
Cuando de aquella parte y de este lado.
Hendiendo por las aguas espumosas,
Cargadas de maiz, fruta y pescado
Arribaron piraguas presurosas,
Refrescando la gente desvalida,
Sin rescate, sin cuenta ni medida.

La sincera bondad y la caricia
De la sencilla gente de estas tierras
Daban bien á entender que la codicia
Aún no habia penetrado aquellas sierras
Ni la maldad, el robo y la injusticia,
Alimento ordinario de las guerras,
Entrada en esta parte habian hallado
Ni la ley natural inficionado.

Pero luego nosotros, destruyendo
Todo lo que tocamos de pasada,
Con la usada insolencia el paso abriendo.
Les dimos lugar ancho y ancha entrada:
Y la antigua costumbre corrompiendo,
De los nuevos insultos estragada,
Plantó aquí la codicia su estandarte
Con más seguridad que en otra parte.

Pasada aquella noche, el dia siguiente
La nueva por las islas extendida,
Llegaron dos caciques juntamente
Á dar el parabien de la venida,
Con un largo y espléndido presente
De refrescos y cosas de comida,
Y una lanuda oveja y dos vicuñas,
Cazadas en la sierra á puras uñas.

Quedábanse suspensos y admirados
De ver hombres así no conocidos,
Blancos, rubios, espesos y barbados,
De lenguas diferentes y vestidos:
Miraban los caballos alentados
En medio de la furia corregidos,
Y más los espantaba el fiero estruendo
Del tiro de la pólvora estupendo.

Llevábamos el rumbo al sur derecho
La torcida ribera costeando,
Siguiendo la derrota del estrecho,
Por los grados la tierra demarcando:
Pero cuanto ganábamos de trecho,
Iba el gran archipiélago ensanchando,
Descubriendo á distancias desviadas
Islas en grande número pobladas.

Salian muchos caciques al camino
Á vernos como á cosa milagrosa;
Pero ninguno tan escaso vino
Que no trujese en don alguna cosa:
Quién el vaso capaz de nácar fino,
Quién la piel del carnero vedijosa,
Quién el arco y carcaj, quién la bocina,
Quién la pintada concha peregrina.

Yo, que fuí siempre amigo é inclinado
Á inquirir y saber lo no sabido,
Que por tantos trabajos arrastrado
La fuerza de mi estrella me ha traido,
De alguna gente moza acompañado,
En una presta góndola metido,
Pasé á la principal isla cercana,
Al parecer de tierra y gente llana.
Ví los indios, y casas fabricadas
De paredes humildes y techumbres,
Los árboles y plantas cultivadas,
Las frutas, las semillas y legumbres:
Noté de ellos las cosas señaladas,
Los ritos, ceremonias y costumbres,
El trato y ejercicio que tenian,
Y la ley y obediencia en que vivian.
Entré en otras dos islas, paseando
Sus pobladas y fértiles orillas,
Otras fuí torno á torno rodeando,
Cercado de domésticas barquillas,
De quien me iba por puntos informando
De algunas nunca vistas maravillas,
Hasta que ya la noche y fresco viento
Me trujo á la ribera en salvamento.
Pues otro dia que el campo caminaba,
Que de nuestro viäje fué el tercero,
Habiendo ya tres horas que marchaba,
Hallamos por remate y fin prostero
Que el gran lago en el mar se desaguaba
Por un hondo y veloz desaguadero,
Que su corriente y ancha travesía
El paso por allí nos impedia.

Cayó una gran tristeza, un gran nublado
En el ánimo y rostro de la gente,
Viendo nuestro camino así atajado
Por el ancho raudal de la creciente;
Que los caballos de cabestro á nado
No pudieran romper la gran corriente,
Ni la angosta piragua era bastante
Á comportar un peso semejante.

Y volver piés atrás, visto el terrible
Trabajo intolerable y excesivo,
Tenian, segun razon, por imposible
Poder llegar en salvo un hombre vivo:
Quedar allí era cosa incompatible,
Y temerario el ánimo y motivo
De proseguir el comenzado curso,
Contra toda opinion y buen discurso.

Viendo nuestra congoja y agonía
Un jóven indio, al parecer ladino,
Alegre se ofreció que nos daria
Para volver otro mejor camino:
Fué excesiva en algunos la alegría,
Y así dar vuelta luego nos convino,
Que ya el rígido invierno á los australes
Comenzaba á enviar recias señales.

Mas yo, que mis designios verdaderos
Eran de ver el fin desta jornada,
Con hasta diez amigos compañeros,
Gente gallarda, brava y arriscada,
Reforzando una barca de remeros,
Pasé el gran brazo y agua arrebatada,
Llegando á zabordar, hechos pedazos
Á puro remo y fuerza de los brazos.

Entramos en la tierra algo arenosa,
Sin lengua y sin noticia, á la ventura,
Áspera al caminar y pedregosa,
Á trechos ocupada de espesura;
Mas visto que la empresa era dudosa
Y que pasar de allí sería locura,
Dimos la vuelta luego á la piragua,
Volviendo á travesar la furiosa agua.

Pero yo por cumplir el apetito,
Que era poner el pié más adelante,
Fingiendo que marcaba aquel distrito,
Cosa al descubridor siempre importante,
Corrí una media milla, do un escrito
Quise dejar para señal bastante,
Y en el tronco, que vi de más grandeza,
Escribí con cuchillo en la corteza.—

«Aquí llegó, donde otro no ha llegado,
Don Alonso de Ercilla, que el primero
En un pequeño barco deslastrado,
Con solos diez pasó el desaguadero;
El año de cincuenta y ocho entrado
Sobre mil y quinientos, por Hebrero,
Á las dos de la tarde, el postrer dia,
Volviendo á la dejada compañía.»

Llegado, pues, al campo, que aguardando
Para partir nuestra venida estaba,
Que el riguroso invierno comenzando
La desierta campaña amenazaba,
El indio amigo prático guiando,
La gente alegre el paso apresuraba,
Pareciendo el camino, aunque cerrado,
Fácil con la memoria del pasado.

Cumplió el bárbaro isleño la promesa,
Que siempre en su opinion estuvo fijo,
Y por una encubierta selva espesa
Nos sacó de la tierra como dijo.
Voy pasando por esto á toda priesa,
Huyendo cuanto puedo el ser prolijo;
Que aunque lo fueron mucho los trabajos,
Es menester echar por los atajos.
A la Imperial llegamos, do hospedados
Fuimos de los vecinos generosos,
Y de varios manjares regalados
Hartamos los estómagos golosos.
Visto, pues, en el pueblo así ayuntados
Tantos gallardos jóvenes briosos,
Se concertó una justa y desafio
Donde mostrase cada cual su brio.
Turbó la fiesta un caso no pensado,
Y la celeridad del juez fué tanta,
Que estuve en el tapete ya entregado
Al agudo cuchillo la garganta:
El inorme delito exagerado,
La voz y fama pública lo canta,
Que fué solo poner mano á la espada,
Nunca sin gran razon desenvainada.
Este acontecimiento, este suceso
Fué forzosa ocasion de mi destierro,
Teniéndome despues gran tiempo preso
Por remendar con este el primer yerro
Mas aunque así agraviado, no por eso,
Armado de paciencia y duro hierro,
Falté en alguna accion y correría,
Sirviendo en la frontera noche y dia.

Hubo allí escaramuzas sanguinosas,
Ordinarios rebatos y emboscadas,
Encuentros y refriegas peligrosas,
Asaltos y batallas aplazadas,
Raras estratagemas engañosas,
Astucias y cautelas nunca usadas,
Que, aunque fueron en parte de provecho,
Algunas nos pusieron en estrecho.

Mas, despues del asalto y gran batalla
De la albarrada de Quipeo, temida,
Donde fué destrozada tanta malla,
Y tanta sangre bárbara vertida,
Fortificado el sitio y la muralla,
Aceleré mi súbita partida;
Que el agravio, más fresco cada dia,
Me estimulaba siempre y me roia:

Y en un grueso barcon, bajel de trato,
Que velas altas de partida estaba,
Salí de aquella tierra y reino ingrato,
Que tanto afan y sangre me costaba;
Y sin contraste alguno ni rebato,
Con el austro que en popa nos soplaba,
Costa á costa y á veces engolfado
Llegué al Callao de Lima celebrado.

Estuve allí hasta tanto que la entrada
Por el gran Marañon hizo la gente,
Donde Lope de Aguirre en la jornada,
Más que Neron y Herodes inclemente.
Pasó tantos amigos por la espada
Y á la querida hija juntamente,
No por otra razon ni causa alguna
Mas de para morir juntos á una.

Y aunque más de dos mil millas habia
De camino, por partes despoblado,
Luego de allí por mar tomé la via,
Á más larga carrera acotumbrado:
Y á Panamá llegué, do el mismo dia
La nueva por el aire habia llegado
Del desbarate y muerte del tirano,
Saliendo mi trabajo y priesa en vano.

Estuve en Tierra-firme detenido
Por una enfermedad larga y extraña,
Mas, luego que me vi convalecido,
Tocando en las Terceras, vine á España,
Donde no mucho tiempo detenido,
Corrí la Francia, Italia y Alemaña,
Á Silesia y Moravia hasta Posonia,
Ciudad, sobre el Danubio, de Panonia.

Pasé y volví á pasar estas regiones,
Y otras y otras por ásperos caminos,
Traté y comuniqué varias naciones,
Viendo cosas y casos peregrinos,
Diferentes y extrañas condiciones,
Animales terrestres y marinos,
Tierras jamás del cielo rociadas,
Y otras á eterna lluvia condenadas.

¿Cómo me he divertido y voy apriesa
Del camino primero desviado?
¿Por qué así me olvidé de la promesa
Y discurso de Arauco comenzado?
Quiero volver á la dejada empresa,
Si no teneis el gusto ya estragado;
Mas yo procuraré deciros cosas
Que valga por disculpa el ser gustosas.

Volveré á la consulta comenzada
De aquellos capitanes señalados,
Que en la parte que dije diputada,
Estaban diferentes y encontrados:
Contaré la eleccion tan porfiada,
Y cómo al fin quedaron conformados;
Los asaltos, encuentros y batallas,
Que es menester lugar para contallas.....

¿Qué hago, en qué me ocupo, fatigando
La trabajada mente y los sentidos,
Por las regiones últimas buscando
Guerras de ignotos indios escondidos;
Y voy aquí en las armas tropezando,
Sintiendo retumbar en los oidos
Un áspero rumor y son de guerra
Y abrasarse en furor toda la tierra?

Veo toda la España alborotada,
Envuelta entre sus armas vitoriosas,
Y la inquïeta Francia ocasionada
Descoger sus banderas sospechosas:
En la Italia y Germania desviada
Siento tocar las cajas sonorosas,
Allegándose en todas las naciones
Gentes, petrechos, armas, municiones.

Para decir tan grande movimiento
Y el estrépito bélico y ruïdo
Es menester esfuerzo y nuevo aliento,
Y ser de vos, Señor, favorecido;
Mas, ya que el temerario atrevimiento
En este grande golfo me ha metido,
Ayudado de vos, espero cierto
Llegar con mi cansada nave al puerto.

Que si mi estilo humilde y compostura
Me suspende la voz amedrentada,
La materia promete y me asegura
Que con grata atencion será escuchada:
Y entretanto, Señor, será cordura,
Pues he de comenzar tan gran jornada,
Recoger el espíritu inquiëto,
Hasta que saque fuerzas del sujeto.

CANTO XXXVII.

En este último canto se trata como la guerra es de derecho de las gentes: y se declara el que el rey D. Felipe tuvo al reino de Portugal, juntamente con los requerimientos que hizo á los portugueses para justificar más sus armas.

Canto el furor del pueblo castellano
Con ira justa y pretension movido,
Y el derecho del reino lusitano
Á las sangrientas armas remitido:
La paz, la union, el vínculo cristiano,
En rabiosa discordia convertido,
Las lanzas de una parte y otra airadas
Á los parientes pechos arrojadas.

La guerra fué del cielo derivada
Y en el linaje humano transferida,
Cuando fué por la fruta reservada
Nuestra naturaleza corrompida:
Por la guerra la paz es conservada
Y la insolencia humana reprimida:
Por ella á veces Dios al mundo aflige,
Le castiga, le emienda y le corrige:

Por ella á los rebeldes insolentes
Oprime la soberbia y los inclina,
Desbarata y derriba á los potentes,
Y la ambicion sin término termina:
La guerra es de derecho de las gentes;
El órden militar y diciplina
Conserva la república y sostiene,
Y las leyes políticas mantiene.
Pero será la guerra injusta luego
Que del fin de la paz se desviare,
Ó cuando por venganza ó furor ciego
Ó fin particular se comenzare;
Pues ha de ser, si es público el sosiego,
Pública la razon que le turbare;
No puede un miembro solo en ningun modo
Romper la paz y union del cuerpo todo.
Que así como tenemos profesada
Una hermandad en Dios y ayuntamiento,
Tanto del mismo Cristo encomendada
En el último eterno Testamento,
No puede ser de alguno desatada
Esta paz general y ligamiento,
Si no es por causa pública ó querella
Y autoridad del rey defensor della.
Entonces como un ángel sin pecado,
Puesta en la causa universal la mira,
Puede tomar las armas el soldado
Y en su enemigo ejecutar la ira:
Y cuando algun respeto ó fin privado
Le templa el brazo, encoge y le retira,
Demas de que en peligro pone el hecho,
Peca y ofende al público derecho.

Por donde en justa guerra permitida
Puede la airada vencedora gente
Herir, prender matar en la rendida,
Y hacer al libre esclavo y obediente:
Que el que es señor y dueño de la vida,
Lo es ya de la persona, y justamente
Hará lo que quisiere del vencido,
Que todo al vencedor le es concedido.

Y pues en todos tiempos y ocasiones
Por la causa comun, sin cargo alguno,
En batallas formadas y escuadrones
Puede usar de las armas cada uno;
Por las mismas legítimas razones
Es lícito el combate de uno á uno,
Á pié, á caballo, armado, desarmado,
Ora sea en campo abierto, ora estacado.

En guerra justa es justo el desafío,
La autoridad del príncipe interpuesta,
Bajo de cuya mano y señorío
La ordenada república está puesta;
Mas si por caso propio ó albedrío
Se denuncia el combate y se protesta,
Ó sea provocador ó provocado,
Es ilícito, injusto y condenado.

Y los cristianos príncipes no deben
Favorecer jamás ni dar licencia
Á condenadas armas, que se mueven
Por ódio, por venganza, ó competencia:
Ni decidan las causas, ni se prueben,
Remitiendo á las fuerzas la sentencia;
Pues por razon oculta á veces veo
Que sale vencedor el que fué reo.

Y el juicio de las armas sanguinoso,
Justa y derechamente se condena,
Pues vemos el incierto fin dudoso,
Segun la suma Providencia ordena:
Que el suceso, ora triste, ora dichoso,
No es quien hace la causa mala ó buena,
Ni jamás la justicia en cosa alguna
Está sujeta á caso ni á fortuna.

Digo tambien que obligacion no tiene
De inquirir el soldado diligente
Si es lícita la guerra y si conviene,
Ó si se mueve injusta ó justamente:
Que solo al rey, que por razon le viene
La obediencia y servicio de su gente,
Como gobernador de la república
Le toca examinar la causa pública.

Y pues del rey como cabeza pende
El peso de la guerra y grave carga,
Y cuanto daño y mal della depende
Todo sobre sus hombros solo carga,
Debe mucho mirar lo que pretende,
Y antes que dé al furor la rienda larga,
Justificar sus armas prevenidas,
No por codicia y ambicion movidas.

Como Felipe en la ocasion presente,
Que, de precisa obligacion forzado,
En favor de las leyes justamente
Las permitidas armas ha tomado:
No fundado el derecho en ser potente,
Ni de codicia de reinar llevado,
Pues se extiende su cetro y monarquía
Hasta donde remata el sol su via;

Mas de ambicion desnudo y avaricia,
Que á los sanos corrompe y inficiona,
Llamado del derecho y la justicia,
Contra el rebelde reino va en persona:
Y á despecho y pesar de la malicia,
Que le niega y le impide la corona,
Quiere abrir y allanar con mano armada
Á la razon la defendida entrada.

Y aunque con justa indignacion movido,
Sus fuerzas y poder disimulando,
Detiene el brazo en alto suspendido,
El remedio de sangre dilatando;
Y con prudencia y ánimo sufrido,
Su espada y pretension justificando,
Quebrantará despues con aspereza
Del contumaz rebelde la dureza.

Oprimirá con fuerza y mano airada
La soberbia cerviz de los traidores,
Despedazando la pujante armada
De los galos piratas valedores;
Y con rigor y furia disculpada,
Como hombres de la paz perturbadores,
Muerto Felipe Strozi su caudillo,
Serán todos pasados á cuchillo.

No manchará esta sangre su clemencia,
Sangre de gente pérfida enemiga,
Que, si el delito es grave y la insolencia,
Clemente es y piadoso el que castiga:
Perdonar la maldad es dar licencia
Para que luego otra mayor se siga;
Cruel es quien perdona á todos todo,
Como el que no perdona en ningun modo.

Que no está en perdonar el ser clemente,
Si conviene el rigor y es importante;
Que el que ataja y castiga el mal presente
Huye de ser cruel para adelante.
Quien la maldad no evita, la consiente
Y se puede llamar participante;
Y el que á los malos públicos perdona
La república estraga y inficiona.

No quiero yo decir que no es gran cosa
La clemencia, virtud inestimable,
Que el perdonar vitoria es gloriōsa,
Y en el más poderoso más loable;
Pero la paz comun tan provechosa,
No puede sin justicia ser durable;
Que el premio y el castigo á tiempo usados
Sustentan las repúblicas y estados.

Y no todo el exceso y mal que hubiere
Se puede remediar, ni se castiga,
Que el tiempo á veces y ocasion requiere
Que todo no se apure ni se siga.
Príncipe que saberlo todo quiere,
Sepa que á perdonar mucho se obliga,
Que es medicina fuerte y rigurosa
Descarnar hasta el hueso cualquier cosa.

La clemencia á los mismos enemigos
Aplaca el ódio y ánimo indignado,
Engendra devocion, produce amigos,
Y atrae el amor del pueblo aficionado:
Que el continuo rigor en los castigos
Hace al príncipe odioso y desamado;
Oficio es propio y propio de los reyes
Embotar el cuchillo de las leyes.

Y se puede decir que no importara
Disimular los males ya pasados,
Si dello ánimo el malo no tomara
Para nuevos insultos y pecados:
El miedo del castigo es cosa clara
Que reprime los ánimos dañados,
Y el ver al malhechor puesto en el palo
Corrige la maldad y emienda al malo.

Mas tambien el castigo no se haga
Como el indocto y crudo cirujano,
Que, siendo leve el mal, poca la llaga,
Mete los filos mucho por lo sano,
Y con el enconoso hierro estraga
Lo que sanara sin tocar la mano;
Que no es buena la cura y experiencia,
Si es más recia y peor que la dolencia.

Quiérome declarar, que algun curioso
Dirá que aquí y allí me contradigo:
Virtud es castigar cuando es forzoso
Y necesario el público castigo:
Virtud es perdonar el poderoso
La ofensa del ingrato y enemigo
Cuando es particular, ó que se entienda
Que puede sin castigo haber emienda.

Voime de punto en punto divirtiendo.
Y el tiempo es corto y la materia larga,
En lugar de aliviarme recibiendo
En mis cansados hombros mayor carga:
Así, de aquí adelante resumiendo
Lo que ménos importa y más me carga,
Quiero volver á Portugal la pluma,
Haciendo aquí un compendio y breve suma.

¿Qué es esto ¡oh lusitanos! que engañados
Contraponeis el obstinado pecho,
Y con armas y brazos condenados
Quereis violar las leyes y el derecho?
¿Qué no mueve esos ánimos dañados
La paz comun y público provecho,
El deudo, religion, naturaleza,
El poder de Felipe y la grandeza?
Mirad con qué largueza os ha ofrecido
Hacienda, libertades y exenciones,
No á término forzoso reducido,
Mas con formado campo y escuadrones;
Y casi murmurado, ha detenido
Las armas convenciéndoos con razones,
Cual padre que reduce por clemencia
Al hijo inobediente á la obediencia.
¿Qué ciega pretension? ¿qué embaucamiento?
¿Qué pasion pertinaz desatinada
Saca así la razon tan de su asiento
Y tiene vuestra mente trastornada,
Que una unida nacion por sacramento
Y con la cruz de Cristo señalada,
Envuelta en crueles armas homicidas,
Dé en sus propias entrañas las heridas;
Y unas mismas divisas y banderas
Salgan de alojamientos diferentes,
Trayendo mil naciones extranjeras
Que derraman la sangre de inocentes.
Y introducen errores y maneras
De pegajosos vicios insolentes,
Dejando con su peste derramada
La católica España inficionada?

A vos ¡eterno Padre soberano!
El favor necesario y gracia pido,
Y os suplico querais mover mi mano,
Pues en vos y por vos todo es movido,
Para que al portugués y al castellano
Dé justamente lo que le es debido,
Sin que me tuerza y saque de lo justo
Particular respeto ni otro gusto.
Y pues vos conoceis los corazones
Y el justo celo con que el mio se mueve,
Y en los buenos propósitos y acciones
El principio teneis y el fin se os debe,
Dadme espíritu igual, dadme razones
Con que informe mi pluma, que se atreve
Á emprender temeraria y arrojada
Con tan poco caudal tan gran jornada.
Queriendo Sebastian, rey lusitano,
Con ardor juvenil y movimiento
Romper el ancho término africano,
Y oprimir el pagano atrevimiento,
Prometiéndole entrada y paso llano
Su altivo y levantado pensamiento,
Allegó de aquel reino brevemente
La riqueza, poder, la fuerza y gente.
Mas el rey don Felipe, que al sobrino
Vió moverse á la empresa tan ligero,
Al errado designio contravino
Con consejo de padre verdadero:
Y pensando apartarle del camino,
Que iba á dar á tan gran despeñadero,
Hizo que en Guadalupe se juntasen
Para que allí sobre ello platicasen.

No bastaron razones suficientes,
Ni el ruego y persuasion del grave tio,
Ni una gran multitud de inconvenientes
Que pudieran volver atrás un rio,
Ni el poner la cerviz de tantas gentes
Bajo de un solo golpe al albedrío
De la inconstante y variable diosa,
De revolver el mundo deseosa;
Que el orgulloso mozo, prometiendo
Lo que el justo temor dificultaba,
Los prudentes discursos rebatiendo,
Todos los contrapuestos tropellaba:
Y tras la libre voluntad corriendo,
Su muerte y perdicion apresuraba;
Que no basta consejo ni advertencia
Contra el decreto y la fatal sentencia.
¿Quién cantará el suceso lamentable
Aunque tenga la voz más expedida,
Y aquel sangriento fin tan miserable
De la jornada y gente mal regida:
La ruïna de un reino irreparable,
La fama antigua en solo un dia perdida;
Todo por voluntad de un mozo ardiente,
Movido sin razon por acidente?
Otro refiera el acïago dia
Que á los más tristes en miseria excede,
Que, aunque sangrienta está la pluma mia,
Correr por tantas lástimas no puede.
Quiero seguir la comenzada via,
Si el alto cielo aliento me concede,
Que ya de aquesta parte tambien siento
Armarse un gran ñublado turbulento.

Despues que el mozo rey voluntarioso,
Al africano ejército asaltando,
En el ciego tumulto polvoroso
Murió en monton confuso peleando:
Y la fortuna de un vaiven furioso
Derrocó cuatro reyes, ahogando
La fama y opinion de tanta gente,
Revolviendo las armas del poniente,

Fué luego en Portugal por rey jurado
Don Enrique, el hermano del agüelo,
Cardenal y presbítero ordenado,
Persona religiosa y de gran celo,
De años y enfermedades agravado,
Más que para este mundo, para el cielo,
Ofreciéndole el reino la fortuna,
Con poca vida y sucesion ninguna.

El gran Felipe en lo íntimo sintiendo
Del reino y muerto rey la desventura,
Y del enfermo don Enrique viendo
La mucha edad y vida mal segura,
Como sobrino y sucesor, queriendo
Aclarar su derecho en coyuntura,
Que por la transversal propincua via
Á los reinos y títulos tenia,

Con celosa y loable providencia
Hizo juntar doctísimos varones,
De grande cristiandad y suficiencia,
Desnudos de interese y pretensiones,
Que conforme á derecho y á conciencia,
No por torcidas vias y razones,
Mirasen en el grado que él estaba
Si el pretendido reino le tocaba.

Que doña Catalina, como parte,
Duquesa de Braganza, pretendia
Por hija del infante don Duarte
Que de derecho el reino le venia:
Y tambien don Antonio de otra parte
Á la corona y cetro se oponia;
Mas, aunque del comun favorecido,
Era por no legítimo excluido:
Y que, hecho el exámen, cada uno
Á tan árduo negocio conveniente,
Sin miramiento ni respeto alguno
Diesen sus pareceres libremente:
Porque en tiempo quiëto y oportuno,
Prevenido al mayor inconveniente,
Si el reino á la razon no se allanase,
Sus armas y poder justificase.
Todos los cuales claramente viendo
Que el transversal por ley y fuero llano
No representa al padre, sucediendo
El legítimo deudo más cercano,
El varon á la hembra prefiriendo,
Y al de ménos edad el más anciano,
Yendo la sucesion y precedencia
Por derecho de sangre y no de herencia;
Don Antonio excluido y apartado
Por ley humana y por razon divina,
Y el derecho igualmente examinado
De don Felipe y doña Catalina,
Decendientes del tronco en igual grado,
Él sobrino de Enrique, ella sobrina,
Él varon, ella hembra, él rey temido,
Mayor de edad y de mayor nacido;

Atento al fuero, á la costumbre, al hecho,
Y otras muchas razones que juntaron,
Con recto, justo, igual y sano pecho,
Sin discrepar, conformes declararon
Ser don Felipe sucesor derecho,
Y el reino por la ley le adjudicaron,
Con tierras, mares, títulos y estados
Bajo de la corona conquistados.

Vista, pues, don Felipe su justicia
Por tan bastantes hombres declarada,
Sospechoso del ódio y la malicia
De la plebeya gente libertada;
Y la intrínseca y vieja inimicicia
En los pechos de muchos arraigada,
Quiso tentar en estas novedades
El ánimo del pueblo y voluntades;

Y con piadoso celo, deseando
El bien del reino y público sosiego,
En la mente perpleja iba trazando
Cómo echar agua al encendido fuego,
Por todos los caminos procurando
Aquietar el comun desasosiego,
Que ya con libertad, sin corregirse,
Comenzaba en el pueblo á descubrirse.

Para lo cual fué dél luego elegido
Don Cristóbal de Mora, en quien habia
Tantas y tales partes conocido
Cuales el gran negocio requeria,
De ilustre sangre en Portugal nacido,
De quien como vasallo el rey podria
Con ánimo seguro y esperanza
Hacer tambien la misma confianza:

Y enterarse del celo y sano intento,
Tantas veces por él representado,
Entendiendo la fuerza y fundamento
De su causa y derecho declarado;
No traido por término violento
Ni deseo de reinar desordenado,
Mas por rigor de la justicia pura,
Por ley, razon, por fuero y por natura.

Así que, esto por él reconocido,
Como de rey tan justo se esperaba,
Mirase el gran peligro en que metido
El patrio reino y cristiandad estaba:
Y tuviese por bien fuese servido
De sosegar la alteracion que andaba,
Declarándole en forma conveniente
Por sucesor derecha y justamente:

Con que en el suelto pueblo cesaria
El tumulto y escándalos extraños,
Y su declaracion atajaria
Grandes insultos y esperados daños;
Haciendo que en la forma que solia,
Para despues de sus felices años,
El reino le jurase segun fuero
Por legítimo príncipe heredero.

Hecha por don Cristóbal la embajada,
Y de Felipe la intencion propuesta,
Tibiamente de Enrique fué escuchada,
Dando una ambigua y frívola respuesta
Que, por más que le fué representada
La justicia del rey tan manifiesta,
Procuraba con causas excusarse,
Sin querella aclarar ni declararse.

Visto, pues, dilatar el cumplimiento
De negocio tan árduo é importante,
Por donde el popular atrevimiento
Iba cobrando fuerzas adelante,
Don Felipe envió con nuevo asiento
Largo poder y comision bastante
Para sacar resolucion alguna
Á don Pedro Giron, duque de Osuna,

Y al docto Guardiola juntamente,
Porque con más instancia y diligencia,
Vista de la tardanza el daño urgente,
Contra la paz comun y convenencia,
Diesen claro á entender cuán conveniente
Era en tan gran discordia y diferencia
Que el rey se declarase por decreto
Cortando á mil designios el sujeto.

Y porque cosa alguna no quedase
Por hacer, y tentar todos los vados,
Y la ciega pasion no perturbase
El sosiego y quietud de los estados,
Antes que el ódio oculto reventase,
Dos eminentes hombres señalados
De los que en su real consejo habia
Últimamente á don Enrique envia,

Uno Rodrigo Vazquez, que en prudencia,
En rectitud, estudio y diciplina,
Era de grande prueba y experiencia,
De claro juicio y singular dotrina:
El otro de no ménos suficiencia,
Famoso en letras, el doctor Molina,
Ambos varones raros, escogidos,
En gran figura y opinion tenidos;

Para que Enrique, dellos informados,
Y de todas las dudas satisfecho,
Á las córtes que ya se habian juntado
Informasen tambien de su derecho;
Y al pueblo contumaz y apasionado,
Puesto delante el general provecho,
Fueros y libertades prometiesen
Con que á su devocion le redujesen.

Y aunque entendiese el viejo rey prudente
Ser esto lo que á todos convenia,
Pues por la expresa ley derechamente
El reino á su sobrino le venia;
Con larga dilacion impertinente
El negocio suspenso entretenia,
Á fin que aquellos súbditos y estados
Fuesen con más ventaja aprovechados.

Pues como hubiese el tardo rey dudoso
El término y respuesta diferido,
Llegó aquel de la muerte presuroso,
Del Autor de la vida estatuido:
Por donde al sucesor le fué forzoso,
Viendo al rebelde pueblo endurecido,
Juntar contra sus fines y malicia
Las armas y el poder con la justicia:

Habiendo antes con todos procurado
Muchos medios de paz por él movidos,
Provocando al temoso y porfiado
Con dádivas, promesas y partidos:
Mas el poblacho terco y obstinado,
No estimando los bienes ofrecidos,
La enemistad del todo descubierta,
Al derecho y razon cerró la puerta.

¡Quién pudiera deciros tantas cosas
Como aquí se me van representando,
Tanto rumor de trompas sonorosas,
Tanto estandarte al viento tremolando,
Las prevenidas armas sanguinosas
Del portugués y castellano bando,
El aparato y máquinas de guerra,
Las batallas de mar y las de tierra!

Veránse entre las armas y fiereza
Materias de derecho y de justicia,
Ejemplos de clemencia y de grandeza,
Proterva y contumaz enemiciçia,
Liberal y magnánima largueza
Que los sacos hinchó de la codicia,
Y otros matices vivos y colores
Que felices harán los escritores.

Canten de hoy más los que tuvieren vena,
Y enriquezcan su verso numeroso,
Pues Felipe les da materia llena
Y un campo abierto, fértil y espacioso;
Que la ocasion dichosa y suerte buena
Vale más que el trabajo infrutuoso;
Trabajo infrutuoso como el mio,
Que siempre ha dado en seco y en vacío.

¡Cuántas tierras corrí, cuántas naciones
Hácia el helado norte atravesando,
Y en las bajas antárticas regiones
El antípoda ignoto conquistando!
¡Climas pasé, mudé constelaciones,
Golfos innavegables navegando,
Extendiendo, Señor, vuestra corona
Hasta casi la austral frígida Zona!

¿Qué jornadas tambien por mar y tierra
Habeis hecho que deje de seguiros?
A Italia, Augusta, á Flandes, á Inglaterra,
Cuando el reino por rey vino á pediros:
De allí el furioso estruendo de la guerra
Al Perú me llevó por más serviros,
Do con suelto furor tantas espadas
Estaban contra vos desenvainadas.

Y el rebelde indiano castigado,
Y el reino á la obediencia reducido,
Pasé al remoto Arauco, que alterado
Habia del cuello el yugo sacudido;
Y con prolija guerra sojuzgado,
Y al odioso dominio sometido,
Seguí luego adelante las conquistas
De las últimas tierras nunca vistas.

Dejo, por no cansaros y ser mios,
Los inmensos trabajos padecidos,
La sed, hambre, calores y los frios,
La falta irremediable de vestidos,
Los montes que pasé, los grandes rios,
Los yermos, despoblados no rompidos,
Riesgos, peligros, trances y fortunas,
Que áun son para contadas importunas.

Ni digo como al fin, por acidente
Del mozo capitan acelerado,
Fuí sacado á la plaza injustamente
Á ser públicamente degollado:
Ni la larga prision impertinente,
Do estuve tan sin culpa molestado,
Ni mil otras miserias de otra suerte,
De comportar más graves que la muerte.

Y aunque la voluntad, nunca cansada,
Está para serviros hoy más viva,
Desmaya la esperanza quebrantada,
Viéndome prohejar siempre agua arriba:
Y al cabo de tan larga y gran jornada
Hallo que mi cansado barco arriba
De la adversa fortuna contrastado
Lejos del fin y puerto deseado.

Mas ya que de mi estrella la porfía
Me tenga así arrojado y abatido,
Verán al fin que por derecha via
La carrera difícil he corrido:
Y aunque más inste la desdicha mia,
El premio está en haberle merecido,
Y las honras consisten, no en tenerlas,
Sino en solo arribar á merecerlas;

Que el disfavor cobarde, que me tiene
Arrinconado en la miseria suma,
Me suspende la mano y la detiene
Haciéndome que páre aquí la pluma.
Así doy punto en esto, pues conviene
Para la grande innumerable suma
De vuestros hechos y altos pensamientos
Otro ingenio, otra voz y otros acentos.

Y pues del fin y término postrero
No puede andar muy lejos ya mi nave,
Y el temido y dudoso paradero
El más sábio piloto no le sabe:
Considerando el corto plazo, quiero
Acabar de vivir antes que acabe
El curso incierto de la incierta vida,
Tantos años errada y destraida.

Que, aunque esto haya tardado de mi parte,
Y á reducirme á lo postrero aguarde.
Sé bien que en todo tiempo y toda parte
Para volverme á Dios jamás es tarde;
Que nunca su clemencia usó de arte,
Y así el gran pecador no se acobarde,
Pues tiene un Dios tan bueno, cuyo oficio
Es olvidar la ofensa y no el servicio.

Y yo que tan sin rienda al mundo he dado
El tiempo de mi vida más florido,
Y siempre por camino despeñado
Mis vanas esperanzas he seguido,
Visto ya el poco fruto que he sacado,
Y lo mucho que á Dios tengo ofendido,
Conociendo mi error, de aquí adelante
Será razon que llore y que no cante.

FIN DE LA TERCERA Y ÚLTIMA PARTE DE LA ARAUCANA.

ILUSTRACION PRIMERA.

FAMILIA DE DON ALONSO DE ERCILLA.

Un documento existe en el Archivo de Indias, concerniente al alarde ó revista que al año de 1493 pasó en Bermeo, antes de darse á la vela para las costas andaluzas, la escuadra del general Iñigo de Artieda, compuesta de cinco buques, y cuya capitana media mil y doscientas toneladas Como sétima persona de las que se presentaron al alarde, allí figura Martin Ruiz de Ercilla, vecino de Bermeo, escribano mayor de la armada. Llevando á su esposa, ó residiendo ésta ya en Sevilla, no admite dificultad alguna que allí diese á luz á su hijo Fortun García al siguiente año. Ello es que Rodrigo Caro, investigador veraz y sesudo, no vacila en contar al jurisconsulto Fortun García de Ercilla entre los claros varones sevillanos. De valor carece la opinion de Estéban de Garivay en contra, siendo punto de los escritores vascongados hacer naturales de alguna de las tres provincias hermanas á todos los hombres famosos que tienen allí sus solares. D. Nicolás Antonio afirma que el 14 de Agosto de 1500 fué la entrada de Fortun en el colegio de

Bolonia. *Sutil cántabro ó sutil español* le denominaron por lo sobresaliente en el estudio de ambos derechos: mil doscientas tesis sostuvo en varias ciudades de Italia, sin excluir á Roma: no quiso admitir una cátedra en la célebre universidad de Pisa; pero se inclinaba á fijar su residencia en la capital del mundo cristiano, dando á los deseos de Leon X gratos oidos. Al cabo halagóle más el llamamiento del emperador Cárlos, y á los veintiocho años volvió á España: dos más adelante subia al primer grado de la magistratura. Su última tarea literaria fué un dictámen sobre el famoso desafío entre el emperador y el rey de Francia. Naturalmente sería en contra, al modo de la consulta del Consejo en que aparece su firma; bien que tambien está allí la del arzobispo de Santiago, á la sazon gobernador de corporacion tan respetable, y sin embargo al emperador escribió de su puño.—*Estos señores aconsejan como letrados; V. M. obre como caballero.* Fortun García de Ercilla estaba designado para dirigir la educacion del príncipe de Astúrias don Felipe, cuando á la edad de cuarenta años le sorprendió la muerte en Dueñas, donde el Consejo real se habia retirado á consecuencia de afligir la peste á Valladolid por entónces. Depositado fué su cadáver en el convento de San Agustin hasta la traslacion al de benedictinos de Valvanera, donde construyó una decente capilla para su enterramiento y el de su mujer y su prole.

Con Doña Leonor de Zúñiga se habia casado Fortun García de Ercilla á poco de su vuelta á España; hija mayor y heredera de D. Alonso de Zúñiga era aquella señora y de Doña Catalina Zamudio: por consiguiente su padre procedia del mismo tronco genealógico y muy ilustre de las ramas de Béjar, de Miranda y de Nieva. Hijos fueron de este feliz matrimonio.—

D. Francisco de Ercilla, finado en Madrid el año de 1545 á 14 de Julio sin tomar estado.

D. Juan de Zúñiga, de gran religion y severidad, prior del hospital real de Villafranca de Montes de Oca, despue

abad de Heroracles, cerca de Valladolid, limosnero mayor de la reina Doña Ana, cuarta mujer de Felipe II, maestro de las infantas Doña Isabel y Doña Catalina, hijas de la difunta Doña Isabel de la Paz, y del infante D. Fernando, hijo de la dicha Doña Ana. Su muerte fué en Almaraz á 28 de Agosto de 1580, llegando allí enfermo desde Badajoz, donde acudia á la conquista de Portugal el monarca.

Doña María de Ercilla y Castilla, mujer de D. Francisco Arista y Zúñiga, su primo hermano, señor de las Cuevas y Azofra, Alensanco, Montalvo y Castañares: despues de 1589 y ántes de 1594 debió ser su fallecimiento; sin duda fué madre de dos hermanas monjas, á quienes su tio D. Alonso dejó mandas.

Doña María Magdalena de Stúñiga, segunda mujer de don Fadrique de Portugal, caballerizo mayor de la emperatriz Doña María, y despues de la reina Doña Isabel de la Paz, y finada á los pocos años de su boda.

Doña María de Castilla, dama de la emperatriz citada, de esta vida pasó á la eterna el año de 1555 en Viena.

D. Alonso de Ercilla fué el último de la prole. En la parroquia de San Nicolás de Madrid recibió las aguas del bautismo.

ILUSTRACION II.

GLOSA DE DON ALONSO DE ERCILLA.

No puede ménos de ofrecer interés sumo cualquier produccion del autor de *La Araucana*. Mosquera de Figueroa imprimió el año de 1596 su *Comentario de disciplina militar*, y allí dijo que nuestro D. Alonso se ocupaba en escribir las victorias de D. Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz por entónces. Ercilla habia muerto dos años ántes: si la noticia de Mosquera de Figueroa tuvo carácter de cierta, del proyectado poema no se conoce nada. Muy otra puntualidad autoriza la noticia siguiente, dada por el insigne Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*.

Don Alonso de Ercilla
Tan ricas Indias en su ingenio tiene
Que desde Chile viene
Á enriquecer las musas de Castilla,
Pues del opuesto polo
Trajo el oro en la frente como Apolo;
Porque despues del grave Garcilaso

Fué Colon de las Indias del Parnaso;
Y más cuando en el lírico instrumento
Cantaba en tiernos años lastimado,
Que ya mis desventuras han hallado
El término que tiene el sufrimiento.

Pocos hay que lean el *Parnaso español* de Lopez Sedano en el dia, existiendo colecciones de nuestros poetas líricos mucho mejores, con especialidad la hecha por D. Manuel José Quintana; y sin embargo, allí es donde se comprueba del todo la fidelidad de la cita de Lope de Vega, como que á continuacion de algunos pasajes de *La Araucana*, Lopez Sedano dió á luz por primera vez esta glosa.

Seguro estoy de nuevo descontento
Y en males y fatigas tan probado,
Que ya mis desventuras han hallado
El término que tiene el sufrimiento.
Amor me ha reducido á tal estrecho
Y puesto en tal extremo un desengaño,
Que ya no puede el bien hacer provecho,
Ni el mal, aunque se esfuerce, mayor daño;
Todo lo que es posible está ya hecho,
Y pues no puede ya el dolor extraño
Crecer ni declinar solo un momento,
Seguro estoy de nuevo sufrimiento.
¿Qué desventura habrá para mí nueva?
¿Qué pena es la que yo no he padecido?
No ha habido mal que al fin no se me atreva
Y en mí no tenga un golpe conocido;
Todos en mi paciencia han hecho prueba
Ensayando su fuerza en un rendido;
Estoy de tener bien desconfiado
Y en males y fatigas tan probado.

Sufro y padezco tanto cada dia
Que estoy corrido en verme cual me siento,
Pues viene á ser bajeza y cobardía
Tener de no matarme sufrimiento;
Mas queriéndolo vos, señora mia,
No es bien que quiera yo contentamiento,
Sino aquel triste y miserable estado
Que ya mis desventuras han hallado.
He sido tan apriesa desdichado,
Y está todo mi daño tan á punto
Que solo del primer paso ha llegado
Al último dolor y postrer punto;
La fortuna y amor se han conjurado
De hacerme todo el mal que pueden junto,
Para poder medir por mi tormento
El término que tiene el sufrimiento.

Siendo indudable que esta glosa le fué inspirada en la edad juvenil por unos desgraciados amores ¿no cabe suponer que en la ausencia buscó medicina contra su situacion desesperada, y que tal fué la causa determinante de que pasara á América de simple voluntario?

ILUSTRACION III.

PRINCIPALES AUTORES CONSULTADOS.

Estéban Garivay figura á la cabeza de todos: en el tomo tercero de sus *Genealogías*, que vió manuscritas Vargas Ponce, el título 8.° del libro 23 lo dedica á los *Caballeros Ercillas*, comprendiendo cincuenta y seis páginas en fólio, y allí trae muy preciosas noticias de D. Alonso, con quien tuvo íntimo trato, y de su esposa, á la cual celebra por su religion y virtudes, añadiendo no haber conocido señora más amiga de la lectura de la historia. Solo llegan las noticias de Garivay hasta la publicacion de la tercera parte de *La Araucana*. A la conclusion se expresa del siguiente modo:—«Esta es la suma muy sumada de las peregrinaciones de este »muy noble y generoso caballero, el cual por tierra y por »mar y Juan Sebastian de Elcano, natural de Guetaria, por »mar, son los dos hombres nacidos de Adan hasta hoy que »más hayan andado y navegado en ambos orbes.» De Garivay fué Ercilla compadre, pues le sacó de pila un hijo.

Cristóbal Mosquera de Figueroa escribió en 1585 *El Elógio*, del cual apénas se saca sustancia. Todo se límita á revestir con frases huecas y pomposas y con erudicion mal sazonada é inoportuna las noticias que en *La Araucana* se

hallan del autor ilustre, expresadas con naturalidad atractiva. Cual á fuerza de mazo se ven metidos en *El Elogio* los nombres de Guillelmo Rodelecio, de Pitágoras, de Platon, de San Jerónimo, de Tito Livio, de Apolonio, de Alejandro de Macedonia, de Vopelio, de Quinto Curcio, de Dion, de Clitarco, de Homero, de Ulises, de Nestor, de Marte, de Venus, de Plinio, de Julio César, de Teodosio, de Pericles, de Alcibiades, de Aristóteles, de Aurelio Prudencio, de Quintiliano y de Palas. No anduvo acertado por cierto D. Francisco Cerdá y Rico al decir en la edicion de Sancha lo siguiente respecto de Mosquera de Figueroa. — «Su puntualidad »y elegancia en recoger y ponderar las acciones de Ercilla »condenan al parecer de superfluo cualquier trabajo nuevo »que se emplee en este mismo asunto, sujetándolo al fasti- »dioso de la repeticion.» Mucho mejor se conoce á Ercilla por *La Araucana* que por *El Elogio.*

Pedro de Oña publicó el año de 1596 en Lima la primera parte del *Arauco domado.* Natural era de los Infantes de Engol, en Chile, y pertenecia al colegio mayor de San Felipe y San Márcos de la capital del Perú por entónces. Su padre Gregorio de Oña murió en las guerras chilenas, no estando ya D. Alonso de Ercilla en aquel territorio, pues al tiempo de la publicacion del *Arauco domado*, su autor no tenia más que cinco lustros. Mucho distaba de buen poeta, cuando no supo expresar mejor su idea y sentimiento sobre omitir las alabanzas de su padre que de este prosáico modo,

Y perderás por ser mi padre amado
Lo que por ser tu hijo yo he ganado.

Ni tuvo inspiracion más feliz al significar el desinterés de su mismo padre, criado y muerto en guerras, con la siguiente vulgar frase,

Dejando á los que somos de tu casta
No más que el bien de serlo, y este basta.

De tiempo anterior tenia escrito y áun impreso el poema, dilatando el sacarlo al público hasta que D. García Hurtado de Mendoza dejara el vireinato, porque no engendrara alguna sospecha la publicacion de sus loores á presencia suya en dañados pechos. No obstante la licencia para la impresion aparece firmada el 11 de Enero de 1596 por el prócer panegirizado, y á su primogénito está dirigida la dedicatoria. Oña reveló de esta suerte el principal motivo que le puso la pluma en la mano:

Otra razon tambien me hizo fuerza,
Que, si faltaran todas, esta sobra,
Para poner las manos en la obra,
Por más que de mi estudio el paso tuerza;
Es con que más el ánimo se esfuerza
Y aquel perdido anhélito recobra,
Ver que tan buen autor apasionado
Os haya de propósito callado.
Pensó, callando así, dejar cerrada
De vuestra gloria y méritos la puerta,
Y la dejó de par en par abierta,
Dejando su pasion descerrajada;
Sin vos quedó su historia deslustrada
Y en opinion quizá de no tan cierta;
Mas tal es su rencor que da por bueno
El daño propio á costa del ajeno.
¿Quién á cantar de Arauco se atreviera
Despues de la riquísima Araucana?
¿Qué voz latina, hespérica ó toscana
Por mucho que de música supiera,
Con mano que no fuese más que humana,
Si no le removiera el pecho tanto
El ver que sois la pausa de su canto?
Pues este ha sido casi todo el punto
De donde le tomé para cantaros,

Doliéndome que en cánticos tan raros
Faltase tan subido contrapunto;
Mas bien será que cese lo que apunto
Y que de vuestros hechos más que claros
Á resonar comience alguna parte,
Que para lo demás ninguno es parte.

Ya en el prólogo habia dicho Pedro de Oña. — «Y el di»vertirme del intento principal como es tratar las cosas de »Chile, contando otras (aunque bien mirado sin salír del »mucho despues en Lima sucedidas, cual es la rebelion de »Quito y la victoria que se alcanzó del inglés Richarte »Achines, cáusalo el ser mi blanco escrebir las hazañas del »marqués de Cañete, y cómo no ocupan éstas el menor lugar »entre aquellas, no me pude excusar de engerirlas, sopena «de huir el cuerpo á mi pretension.» Así de los diez y nueve cantos de la primera parte de su poema, doce dedicó á los sucesos de Arauco, y siete á los indicados lances.

En todos los que menciona relativos á la lucha contra los araucanos, la verdad le obliga á dar á D. Alonso de Ercilla un lugar eminente. Así escribe de este modo al hablar de la defensa del fuerte de Penco:

Envueltos de coraje en blanca espuma
Están los dos Guzmanes y Ahumada,
Y Don Alonso haciendo por la espada
Aún más de lo que dijo con la pluma.

Cuando á aquel fuerte arriban los socorros enviados por tierra desde Lima, D. García Hurtado de Mendoza hace muestra de su gente, y describiéndola Pedro de Oña, le ocurre la siguiente octava:

Al celebrado Zúñiga de Ercilla,
Eterna y dulce voz del araucano,

Por cuya fértil pluma y fértil mano
Castálido licuor Apolo estila;
Gozo de ver aquí, la mar tranquila,
Airoso, vistosísimo, galano,
Con plumas, martinetes, con airones,
Trencilla, banda, cintas y listones.

A Galvarino pinta Oña en la batalla junto al Biobío atropellándolo todo y casi venciendo la adversa fortuna, y de pronto se expresa con estas palabras textuales:

Mas visto lo que pasa, tres varones
Con el divino autor de La Araucana,
Queriendo refrenar su furia insana,
Batieron contra el indio los talones,
Y dánle tan terribles encontrones,
Que á su pesar el bárbaro se allana,
Poniendo las espaldas en el suelo
Y las curtidas plantas en el cielo.

Ni por casualidad brota un destello de poesia de la vulgar pluma de Pedro de Oña: su obra debió ser despreciada, pues jamás se publicó la segunda parte. Al frente puso su retrato, grabado en madera; y su edad se ve inscrita sobre la orla.

D. Diego de Santistéban Osorio dió á luz en Barcelona el año de 1598 la *Cuarta y Quinta parte de La Araucana*, dedicándoselas al conde de Lemos. Natural era de Leon, y áun de muy juveniles años. Desde luego mueve á simpatía del todo quien, despues de alabar en el prólogo á D. Alonso de Ercilla, se explica de esta suerte. — «Y si el haberme yo »atrevido con tan pocas partes de ingenio á proseguir y »llegar al fin lo que él dejó connenzado fuere tenido á »demasiada osadía, suplico al que me leyere que no lo eche »á esta parte, ni entienda que por modo de competencia lo

»hice: que yo me conozco y sé á cuánto puede llegar el poco »caudal de un ingenio tan pobre como el mio; y ponga los »ojos en la voluntad que tengo de servir á todos con mis »trabajos, que, tomando esto en cuenta, podrá servir lo »uno de desculparme y lo otro de perdonar las faltas en que, »como mozo, puedo haber caido.» Lo propio dijo en verso al contar al autor de *La Araucana* entre los doscientos españoles que avanzaron contra los enemigos, ya regidos por nuevo jefe. En corrobacion se copian estas octavas, no despreciables:

De algunos que salieron hago suma,
Que hicieron su memoria celebrada;
Don Alonso de Ercilla, cuya pluma
Fué igual siempre á los hechos de su espada;
¿Qué envidia puede haber que la consuma,
Estando más que todas levantada,
Que su elegancia, rica y fértil vena
Da para decir de él materia llena?
Y si á algunos parece atrevimiento
Que su historia inmortal haya tomado,
Prosiguiendo adelante y con el cuento,
Que indeciso quedaba y destroncado;
Respondo que no fué mi pensamiento
Usurparle la fama que ha ganado,
Sino acabar el punto de su historia,
Siendo suyo el laurel, suya la gloria.
Esta fué la ocasion que me ha movido,
Y si alguno pensó que por mostrarme,
Que no lo entienda le suplico y pido,
Que es engañarse á sí y á mí agraviarme;
Nadie que fuere sábio y entendido
Piense de mí que pudo eso arrojarme;
Que yo sé bien mi poca suficiencia
Y por mis pocos años la experiencia.

En el primer encuentro presenta á D. Alonso de Ercilla, señalándose contra Hircato, Millauco y Millolco. Durante el asalto á la Imperial por los araucanos, le celebra dos veces; la primera á causa de una salida vigorosa; la segunda con motivo de forzarlos á la retirada, y de este modo:

Don Alonso de Ercilla, vuelto un Marte,
Los enemigos hierros desbarata,
Y arbolando por alto su estandarte,
Atropella, destroza, rompe y mata;
Y hecho un Santiago, con la cruz se parte
Adonde de la guerra más se trata,
Haciendo retirar los enemigos.
Que de su grande esfuerzo eran testigos.

Con razon sobrada pone Vargas Ponce á tal octava la »siguiente nota, llena de donaire. — «Esta conversion de »Marte en Santiago sería lo más grande y provechoso para sí »que hubiera podido ejecutar Ercilla. Convengamos que tan »disparatado es, hablando á lo gentil, hacerlo Marte, como »impía y sacrílega, hablando á lo cristiano, la segunda meta»mórfosis.» Luego Santistéban Osorio dedica no menos de quince octavas del canto IV de la quinta parte á la descripcion de la victoria alcanzada por D. Alonso de Ercilla sobre treinta puelches á la cabeza de veinte españoles. Todo el canto VII es referente al avance de Ercilla por la sierra de Andalican y á su encuentro sucesivo con Glaura y Guarponda. Característica es la siguiente octava.

Y dando un ay del afligido pecho,
Le dijo ¡oh Don Alonso, á Dios pluguiera
Que, cuando á Glaura viste en tanto estrecho,
En tan buena ocasion ella muriera!
Bien conocido estás por lo que has hecho,
Que ya tu fama corre muy ligera;
¡Dichoso el hombre y bienaventurado
Que en la lengua del vulgo es alabado!

En seguida le cuenta Glaura cómo vino tristemente á quedar viuda: su consuelo procura Ercilla y á un yanacona ordena que la acompañe hasta su campo. Tras de vencer y ahuyentar á cincuenta y dos andalicanos con veinte españoles, Ercilla se adelanta de su gente en la persecucion y halla de pronto á Guarponda, araucana de alto linaje, con la cual se muestra humano, segun genial costumbre.

Antes de que le refiera sus dolores, se divierte Santistéban Osorio en cantar la conquista de Oran por el cardenal Jimenez de Cisneros. En el canto X pone la historia de los amores de Guarponda con el español D. Juan de Zaragoza, y la vuelta de Ercilla con sus veinte jinetes á la hueste de los españoles.

Otra vez se distrae del asunto muy á la larga, dedicando á la conquista del Perú no ménos de cinco cantos, desde el descubrimiento hasta la ida de Pedro Gasca á sosegar la tierra, turbada por Gonzalo Pizarro y sus rebeldes secuaces. Por último describe en el canto XX la sangrienta batalla, ganada por los españoles, en términos de creer ya domados á los araucanos. De allí se copian estas dos octavas:

Don Alonso de Ercilla y Elicura
Estaban diestramente combatiendo
Con fuerza igual y con igual ventura,
Un golpe dando y otro recibiendo;
El araucano quiso hacer segura
La victoria y el gran cuchillo horrendo
Levanta en lo alto y carga en la celada,
Que le pudo valer ser bien templada.

Aqueste golpe le costó la vida,
Que Don Alonso un poco atormentado,
Estando ya la cólera encendida,
Sobre el indio el cuchillo ha derribado;
Hízole en el cerebro una herida,
Y al segundo, que vuelve más pesado.
Al valiente enemigo dió la muerte,
Que fué tan desdichado como fuerte.

A golpe de ojo, tan inferior aparece D. Diego de Santistéban Osorio en estro y gusto á D. Alonso de Ercilla como superior á Pedro de Oña. No tengo noticia de que se hayan impreso juntas más que una vez las cinco partes de *La Araucana*, cuya edicion es de Madrid del año de 1733 y en fólio.

Cristóbal Suarez de Figueroa, natural de Valladolid y conocido por sus varias obras en verso y prosa, especialmente su traduccion del *Pastor Fido*, tambien fué autor de los *Hechos de D. García Hurtado de Mendoza, cuarto Marqués de Cañete*, libro impreso en Madrid el año de 1613 y dedicado al Duque de Lerma. No es sino un conjunto de hiperbólicas lisonjas. Desde el prólogo le pone muy por encima de todos sus progenitores, como heróico en armas, ínclito en obras, insigne en valor, adornado de prudencia, lleno de veneracion, espejo de perfeccion en la juventud, oráculo de sentencias en la ancianidad, cuyas palabras fueron documentos, cuyas acciones fueron virtudes, decoro de su patria, admiracion de las ajenas y gloria del siglo que mereció verle, oirle y tratarle. Despues de extenderse á la larga con igual tono en el trascurso de su vida de setenta y cuatro años, no vacila en escribir las siguientes palabras.— «Único en la paz y en la guerra, dió felicísimo fin á las cosas »de mayor importancia, disponiendo las de aquella con nota»ble suavidad y las de esta con prudentísimo discurso. Faltó »en sus postreros dias capitan que se pudiese comparar con »él; tales fueron sus calidades, y tales su experiencia y »valor.»— Merecido correctivo puso Vargas Ponce á tan exa»geradas alabanzas en esta conceptuosa nota.—«Despues de »contar la violencia y cautelas con que desposeyó en La Sere»na y Santiago á los generales Francisco de Aguirre y Fran»cisco Villagran, ambos personas de cuenta y no vulgares »servicios, y esto sin ninguna forma de proceso, dice: *El »capitan de su guardia pidió por ellos y sirvió su favor de »que los fuese acompañando, con órden de que no volviese »á Chile. Dejo aparte algunas cabezas que hizo cortar en »aquel reino.* Tristes apartes son estos en un historiador que

»tenga entrañas de hombre; demuestran empero que un ge»neral de veintidos años no estaba maduro para mando tan »absoluto como le confió su padre, ni para tejer á sus accio»nes una Círopedia.» Pronto habrá que aludir de nuevo á este panegirista exagerado.

D. Francisco Manuel compuso la *Carta de guia de casados* y los *Avisos para Palacio*, opúsculos bien traducidos á nuestra lengua. En el segundo, y bajo el epígrafe de *Galantería*, se lee entre otras cosas.— «No implica esta obligacion »de la dignidad mostrar semblante afable á sus vasallos, »cuando le hablaren, así para que le amen como para que no »los pertube la autorídad real. Tan austero fué en ella el »prudente Felipe II, que hablándole algunas veces D. Alonso »de Ercilla y Zúñiga, siendo muy discreto hidalgo, que »compuso el poema de *La Araucana*, se perdió siempre, sin »acertar con lo que le queria decir, hasta que, conociendo el »rey por la noticia que tenia de él que su turbacion nacia del »respeto con que ponia los ojos en la Majestad, le dijo un »dia: D. Alonso, habladme por escrito. Así lo ejecutó y el rey »le despachó y hizo merced.» — Cuanto se ha dicho y demostrado acerca de varon tan ilustre quita de raiz todo asomo de verosimilitud á especie semejante.

ILUSTRACION IV.

SOBRE LA SENTENCIA DE MUERTE CONTRA ERCILLA Y PINEDA.

Como base de la ilustracion de este punto interesante se hace indispensable recordar aquellos sabidos versos de los cantos XXXVI y XXXVII de *La Araucana*.

A la Imperial llegamos, do hospedados
Fuimos de los vecinos generosos,
Y de varios manjares regalados
Hartamos los estómagos golosos.
Visto, pues, en el pueblo así ayuntados
Tantos gallardos jóvenes briosos,
Se concertó una justa y desafío
Donde mostrase cada cual su brio.
Turbó la fiesta un caso no pensado,
Y la severidad del juez fué tanta
Que estuve en el tapete ya entregado
Al agudo cuchillo la garganta:
El inorme delito exagerado
La voz y fama pública lo canta,
Que fué solo poner mano á la espada,
Nunca sin gran razon desenvainada.
....

Ni digo cómo al fin, por acidente
Del mozo capitan acelerado,
Fuí sacado á la plaza injustamente
Á ser públicamente degollado,
Ni la larga prision impertinente,
Do estuve tan sin culpa molestado,
Ni mil otras miserias de otra suerte
De comportar más graves que la muerte.

Varias son las relaciones, que existen de tan grave suceso: por órden cronológico se citarán las tres principales. D. Manuel José Quintana fué el primero que dió á conocer algunos trozos de la *Historia manuscrita de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile desde 1536 hasta 1575 por el capitan Alonso Góngora Marmolejo.* En el capítulo 29 se encuentra este pasaje á la letra.—

«D. García, estando en este tiempo en la ciudad Imperial regocijándose en juegos de cañas, y en correr sortijas y otras maneras de regocijo, quiso un dia salir de máscara disfrazado á correr ciertas lanzas en una sortija por una puerta falsa que tenia en su posada, acompañado de muchos hombres principales que iban delante, y más cerca de su persona D. Alonso de Ercilla, el que hizo *El Araucana*, y Pedro Dolmos de Aguilera, natural de Córdoba. Un otro caballero llamado D. Juan de Pineda, natural de Sevilla, se metió en medio de ambos: D. Alonso que le vido venir á entrar entre ellos revolvió hácia él echando mano á la espada: D. Juan hizo lo mismo. D. García, que vido aquella desenvoltura tomó una maza, que llevaba colgando de la silla, y arremetiendo el caballo hácia D. Alonso, como contra hombre que lo había revuelto todo, le dió un grande golpe de maza en el hombro, y tras de aquel otro. Ellos huyeron á la iglesia de nuestra Señora, y se metieron dentro: luego mandó que los sacasen y cortasen las cabezas al pié de la horca: y para el efecto se trujo un repostero y una escalera para ponellas las cabezas en lo alto de la horca; y él se fué á su po-

sada y mandó cerrar las puertas, dejando comision á don Luis de Toledo que los castigase. Mas en aquella hora muchas damas, que en la ciudad habia, queriendo estorbar el castigo, ó que no fuese con tanto rigor, quitándole alguna parte del enojo, con algunos hombres de autoridad entraron por una ventana en su casa, y se lo pidieron por merced. Condescendiendo á su ruego, los mandó desterrar de todo el reino.»

En el libro, titulado *Hechos de D. García Hurtado de Mendoza, cuarto marqués de Cañete*, el doctor Cristóbal Suarez de Figueroa cuenta el caso de este modo.—

«Con la entrada del verano se dispuso la partida de la Imperial. Súpose tres dias antes la coronacion del rey D. Felipe II por renunciacion del glorioso Cárlos, su padre, vencedor hasta de sí propio. Mandó D. García se solenizase este aviso con fiestas grandiosas. Hubo entre otros regocijos estafermo, á que salieron muchos armados. Sobre quién habia herido en mejor lugar, hubo diferencia entre D. Juan de Pineda y D. Alonso de Ercilla, pasando tan adelante que pusieron mano á las espadas. Desenvaináronse en un instante infinitas de los de á pié, que, sin saber la parte que habian de seguir, se confundian unos con otros, creciendo el alboroto con extremo. Esparcióse voz que habia sido deshecha para causar motin, y que ya los dos fingidos émulos le tenian meditado, por haber precedido algunas ocasiones, aunque ligeras. Prendiéronse de órden del general, que, para infundir terror entre los demas, los condenó á degollar, sabiendo ser cualquier severidad eficacísima para asegurar la milicia. Sosegóse el tumulto, y hecha informacion y hallado que habia sido caso improviso el de los dos, se revocó la sentencia. El conveniente rigor, con que D. Alonso fué tratado, causó el silencio en que procuró sepultar las ínclitas hazañas de D. García. Escribió en verso las guerras de Arauco, introduciendo siempre en ellas un cuerpo sin cabeza, esto es, un ejército sin memoria de general. Ingrato á muchos favores, que habia recibido de su mano, le dejó en borron, sin pintarle con los vivos colores que era justo; como si se pudieran

ocultar en el mundo el valor, virtud, providencia, autoridad y buena dicha de aquel caballero, que acompañó siempre los dichos con los hechos, siendo en él admirables unos y otros. Tanto pudo la pasion que quedó casi como apócrifa en la opinion de las gentes la historia, que llegara á lo sumo de verdadera, escribiéndose como se debia. Fué en boca de todos inculpable, apacible y humano sumamente el sujeto de quien escribo; y así pensó en vano deslustrar sus resplandores quien de propósito calló sus alabanzas. Dícese asimismo se hallaba indignado D. Alonso con Ortigosa, secretario del general, porque le parecia anteponia flojamente su persona en las ocasiones. Notóle por eso de insuficiénte para el cargo que ejercia, llegando esta murmuracion hasta los oidos del mismo secretario, que, con entenderlo todo, nunca le hizo mal oficio. Parecia al quejoso era injusta la continua comunicacion (á quien él llamaba privanza), que tenia este criado con su señor en razon de papeles, y pretendió fenecerla con menoscabar su calidad. Era Francisco de Ortigosa hidalgo de solar conocido, criado antiguo de la casa de Cañete, virtuoso, sin interés, verdadero y de bastante suficiencia; así daban todos nombre de malignidad á cualquier nota que se le quisiese poner. Erraba pues Ercilla no advirtiendo que, cuando el superior hace ministro principal á alguno de sus familiares, sin ignorar quién sea, aunque fuese de baja condicion y de poca suficiencia, conviene no poner la mira en la persona, sino en la autoridad que tiene cerca del príncipe y honrarle en su virtud. Porque el que se burla de lo que es débil en él, pone sobre sí todo lo que la fortuna le dió de gallardo; así es mejor granjearle por amigo que consumirse en juzgar si merece ó no el grado en que se halla.»

Crónica moralizada de la Orden de San Agustin en el Perú con sucesos ejemplares vistos en esta Monarquía, se titula una obra de fray Antonio de la Calancha, con varias aprobaciones de fecha del año de 1633 en Lima, é impresa en de 1638 en Barcelona. Este religioso era natural de la ciudad de La Plata: su mismo hábito vistieron el sevillano D. Juan

de Pineda y el vizcaino D. Diego de Arana, muy camarada suyo: y al escribir sus vidas, naturalmente hubo de hacer larga mencion del lance, de cuyo esclarecimiento se trata ahora. Allí está la relacion de esta suerte.—

«Se ordenaron unas cañas, jugándolas los caballeros que ya dije, y en ellas se trabaron D. Juan de Pineda y D. Alonso de Arcila, compitiendo de mayoría y presumiendo D. Juan de Pineda de más nobleza; entraron de por medio pacificadores; sosegóse la pendencia, aunque no quedaron amigos los corazones. Otro dia fué el gobernador á la iglesia, acompañado de toda la caballería y soldadesca; y como los ánimos destos dos estaban alterados, sobre hacerse cortesía en materia de asientos (que siempre hay poco en condiciones altivas) se adelantó en palabras D. Juan de Pineda, y queriendo sustentarlas con la espada, se alborotó de manera la nobleza y la milicia que, apoyando sus amigos á Pineda, y sus envidiosos y comensales á D. Alonso de Arcila, se acometian unos á otros, como pudieran infieles á católicos. La voz de la justicia no apagaba el fuego, la presencia del gobernador no negoció respeto, ni los eclasiásticos, ponderando la presencia del Santísimo Sacramento, mitigaban la pendencia. D. Juan de Pineda, como si la iglesia fuese campaña y los que hacian lado á D. Alonso fuesen indios araucanos, aumentaba el furor y pretendia las muertes; temióse mayor mal que cuchilladas, porque principios menores fueron en este reino alborotos comunes; hubo heridos y muchos agraviados. Prendieron á D. Juan de Pineda y á D. Alonso de Arcila, y dándoles por horas los términos legales, los sentenció el gobernador y su consejo á cortar la cabeza. No valieron ruegos ni se admitieron favores, borrando aquel desacato tan valerosos hechos en la guerra y tan excelentes méritos en la conquista..... Amaneció y resolvió el gobernador que les cortasen las cabezas; convocóse todo el ejército á pedir que no los justiciasen, siendo las palabras de ruego y el sonsonete de ellas de amenaza. Supo D. García Hurtado que habria repentino motin si llegaba la sentencia á ejecucion, por ser

ambos caballeros amados por valientes y bien quistos por liberales. Trocó la sentencia de muerte en destierro del reino, y sacóles de la cárcel para un navío..... Viendo D. Diego de Arana que su amigo D. Juan de Pineda se vido por un desacato sentenciado á muerte, que se ejecutara aquel dia á no inquietarse el campo real, y que por gran favor, ruegos del ejército y milagro de San Agustin, se habia conmutado la pena en destierro, conoció los vuelcos de la fortuna, los engaños de la vanidad y los seguros de la virtud..... D. Alonso de Arcila se fué á España, donde imprimió su *Araucana*, y no pudo el enojo negarle en su libro la justicia; alabó á don Juan mucho, aunque habló dél muy poco.»

Sabiéndose que el último dia de Febrero de 1558 pasó Ercilla á la isla de Chiloe; constando que D. García Hurtado de Mendoza fundó el 27 de Marzo la ciudad de Osorno, y que pasó en Valdivia la Pascua de Flores, no pudieron ser las justas de la Imperial sino en el mes de Abril ó quizá en el de Mayo. Desde luego salta á los ojos como simplemente absurdo que se celebraran para solemnizar la cesion que hizo Carlos V en su hijo Felipe II de la corona de España; acto consumado en 1556 á 16 de Enero y de importancia suma, para que no llegase á noticia de un hijo del virey del Perú hasta despues de transcurridos más de dos años. Por el istmo de Panamá iban las noticias de Europa, y mucho más conforme á la verdad parece que las de la batalla y victoria de San Quintin regocijaran á los de Chile, con el doble motivo de recordarles su simultánea gloria en el fuerte de Penco. Desde el 10 de Agosto de 1557 hasta Abril ó Mayo del siguiente año sí se concibe que tardara en llegar la fausta nueva á paises tan remotos.

Aunque varian las versiones, todas están contestes en presentar como agresor á D. Juan de Pineda: por la de Suarez de Figueroa se infiere que á la precipitacion del caudillo pudo muy bien contribuir la influencia de Ortigosa, su secretario: por la de Góngora Marmolejo y la del Padre Calancha resulta demostrada la veracidad de Ercilla al

afirmar lo extremadísimo del trance, así como tambien que la sentencia no se llevó á cabo por interponerse con voces de ruego y en ademan de motin la tropa. Si efectivamente se cerró el jefe dentro de su casa, para no dar oidos á recomendaciones, y si fueron escaladas sus ventanas, operacion más propia semeja de soldados tumultuados que de señoras suplicantes. No estaba en el carácter de nuestro D. Alonso lo de sufrir dos golpes de maza de ningun hombre, ni tampoco es presumible que á tamaño desman se propasara D. García Hurtado de Mendoza. Solo el Padre Calancha menciona la reproduccion de la riña, con la circunstancia agravante de ocurrir en el templo: de ser positiva, no la desaprovechara Suarez de Figueroa para justificar á su héroe de la nota de precipitado, y dar color de celo religioso á su conducta.

Unos cuantos versos de la descripcion de la batalla de Millarapué bastarian á patentizar el espíritu de justicia del célebre autor de *La Araucana*, sin que sobre su ánimo pesaran desagradables memorias. Sus palabras son estas con alusion á lo más récio de la jornada terrible.—

«Don García de Mendoza no paraba,
Antes, como animoso y diligente,
Unas veces airado peleaba,
Otras iba esforzando allí la gente.
Tampoco Juan Remon ocioso estaba,
Que de soldado y capitan prudente
Con igual diciplina y ejercicio
Usaba en sus lugares el oficio.
Santillan y Don Pedro de Navarra,
Avalos, Biezma, Cáceres, Bastida,
Galdamez, Don Francisco Ponce, Ibarra.
Dando muerte defienden bien su vida:
El factor Vega y contador Segarra
Habian echado aparte una partida,
Siguiéndolos Velazquez, y Cabrera,
Verdugo, Ruiz, Riberos, y Ribera.

Pasáranlo pues mal al otro lado,
Segun la mucha gente que acudia,
Si Don Felipe, Don Simon, y Prado,
Don Francisco Arias, Pardo, y Alegría,
Barrios, Diego de Lira, Coronado,
Y Don Juan de Pineda en compañía,
Con valeroso esfuerzo combatiendo,
No fueran los contrarios reprimiendo.»

Áun cuando la sentencia aparece conmutada en destierro inmediato, ni Ercilla ni Pineda salieron de Chile hasta el año siguiente, cuando ya se creia á los araucanos bajo el yugo de los españoles, pues consta que Pineda tomó el hábito de San Agustin el 27 de Marzo de 1759 en Lima, á muy pocos dias de su llegada. En América se encontraba este esclarecido hijo de Sevilla desde los tiempos de Francisco Pizarro, y á Valdivia y á Villagran tuvo por jefe. Por el año de 1606 murió como ejemplar religioso, y ya muy anciano.

ILUSTRACION V.

EXTRACTO DE LOS DOCUMENTOS RELATIVOS Á LA COMISION LLEVADA POR ERCILLA Á ZARAGOZA.

Al márgen del final párrafo de la vida del autor de *La Araucana* por Vargas Ponce se lee lo siguiente de su puño. «Puesta ya en limpio esta vida hemos adquirido noticia segura de que las hay concernientes á Ercilla en el Real archivo de Simancas: esperamos obtenerlas y se intercalarán oportunamente.» Como es notorio que Vargas Ponce jamás cita á bulto, y como tambien consta á cuantos se dedican á cultivar la historia el inteligente y eficaz y fecundo celo del Señor D. Manuel García Gonzalez, jefe de aquel archivo, ya hace muchos años, á la menor insinuacion de uno de los individuos de la Academia Española, competentemente autorizado, se apresuró á remitir copia de los documentos que tan provechosos han sido para la relacion exacta de un punto importante é ignorado hasta ahora; y siendo de interés sumo varios pormenores omitidos antes ó solo apuntados, se pone aquí una reseña de todos, no sin copiar algunos pasajes.

Ante todo existe una carta escrita por el duque de Brunsvich desde Barcelona el 14 de Octubre de 1578 en castellano muy

chapurrado. Allí dice á Felipe II que por mandato de su madre y señora la duquesa de Lorena viene juntamente con su esposa á besarle las manos; que habiéndose embarcado en Génova acababa de llegar á Barcelona en salvamento, é ignorando donde se podria holgar de ver al soberano, con toda humildad le suplicaba que expresara su buena voluntad sobre el asunto y le mandara aposentar conforme á la confianza que tenia de su Real persona; y concluia por decir que la duquesa besaba las manos á S. M. mil veces, y que por sí deseaba que nuestro Señor guardara, mantuviera y aumentara su persona y reinos.

Felipe II escribió de resultas al conde de Sástago las dos siguientes cartas, una con fecha del 23 y otra del 26 de Octubre.

«Egregio conde pariente, nuestro lugarteniente y capitan general: Por carta del Prior D. Hernando de Toledo, mi visorey de Cataluña, y del duque Erico de Bransuich, he sabido cómo era llegado á Barcelona y en su compañía madama Dorotea, su mujer, hija de la duquesa de Lorena, mi prima, con fin de venir á esta corte; y porque, teniendo yo la intencion que sabeis de ir á ese reino lo más presto que se pudiere, me ha parecido que los dichos duque y duquesa me debrian esperar en esa ciudad, se lo envio á decir con un caballero, que los va á visitar de mi parte, y creo holgarán dello, pues les viene tan á cuenta: y sobre este presupuesto sería necesario que les hagais prevenir de una buena casa, donde puedan ser aposentados conforme á la calidad de sus personas y á la cuenta y estima en que yo los tengo, que es la que podeis considerar, y que, demás desto, envieis un comisario á la raya de Cataluña que los venga hospedando y haciendo proveer de los mantenimientos y cosas necesarias hasta llegar á esa ciudad, donde terneis cuidado de les hacer el acogimiento y tratamiento que es razon; que hasta allí el Prior D. Hernando proveerá lo que conviene, como yo se lo escribo y envio á mandar con este correo, y que os avise del dia en que hubieren de partir de

Barcelona, para que por vuestra parte se haga lo que aquí os ordeno; y si acaso se hubiesen dado tanta prisa que estuviesen ya en camino, y por ventura llegasen á esa ciudad antes que el dicho caballero, conviene que los entretengais como de vuestro por el buen modo que lo sabreis hacer, como será decirles que deben esperar ahí la visita y el recaudo que los envio. Y como demas desto queremos que ni paguen derechos de lo que traen, ni que se les dé cerca desto ningun género de desabrimiento, será necesario que, comunicándolo con el vicecanciller, á quien escribo sobre ello la carta que irá con esta, se dé la traza y órden que convenga para que así se haga; y avisaréisme de lo que en todo hubiere, porque holgaré de entenderlo.»

«Egregio conde pariente, nuestro lugarteniente y capitan general: D. Alonso de Ercila, gentil-hombre de nuestra casa, que esta lleva, es el caballero que os escribí habia de enviar á visitar al duque y duquesa de Bransuich. Si no hubieren llegado á esa ciudad, advertiréisle de lo que os pareciere que debe llevar entendido, y señaladamente de la casa donde han de parar, para que él se lo pueda decir; porque, como os escribí y lo dirá D. Alonso, se han de detener ahí algunos dias; y holgaré yo mucho que sean en todo tan acariciados y bien tratados como es razon.»

Fechadas en Madrid están las dos cartas, como las dos siguientes de 26 de Octubre y de que fué portador Ercilla, una del rey para el duque y otra de la reina para la duquesa.—

«Illmo. duque, nuestro muy caro y muy amado primo: He holgado tanto de entender por vuestra carta de 14 del presente que vos y la duquesa mi sobrina hubiésedes llegado á Barcelona con salud, que, no me contentando de significároslo por carta, envio con esta á D. Alonso de Ercilla, gentilhombre de mi casa, para que os lo represente y visite de mi parte y de la reina. Ruégoos mucho le deis entera fee y creencia en todo lo que dijere, y nos envieis con él las buenas nuevas que deseamos tener de vuestra salud y camino, que

plegue á Dios sea todo muy próspero, y que os tenga, Illmo. duque, nuestro muy caro y muy amado primo, en su continua proteccion.»

«Illma. duquesa, mi muy cara y muy amada prima: Habiendo entendido la llegada del duque y vuestra con salud á Barcelona, y enviando el rey mi señor á D. Alonso de Arcila, gentil-hombre de su casa, para daros á entender lo mucho que S. M. é yo hemos holgado dello, le he mandado que os visite de mi parte y diga lo que dél entendereis. Ruégoos mucho le creais en lo que os dijere, y me aviseis con él cómo os habeis hallado despues que os desembarcastes y de lo que más ocurriere de vuestro contentamiento, por que lo recibiré yo de entender que lo tengais en todo, y que os lo dé nuestro Señor y os tenga, Illma. Duquesa, mi muy cara y muy amada prima, en su continua guarda.»

PASAJES DE CARTAS DEL CONDE DE SÁSTAGO AL REY Y AL SECRETARIO ZAYAS.

Al rey, de 6 de Noviembre.—«S. C. R. M.: Con D. Alonso de Ercilla recibí la de V. M. y á tiempo que, por haber el duque de Bransuich sentídose indispuesto, como lo salió de Bujaraloz, se habia quedado en Fuentes..... Siguiendo el órden que V. M. le daba, quiso pasar allá y ver antes la casa que para aposento de los duques estaba prevenida..... le dije que tenia aparejada la mia..... Vió el aposento D. Alonso, y satisfecho dél pasó á Fuentes, al cual no tuve que advertir, porque él es tan entendido y tiene tan buen modo que quedé yo muy confiado traeria al duque á lo que V. M. le mandaba proponer, como lo hizo; y no solo lo trajo á que se detuviese, pero le quitó la mohina con que le halló; y por haber deliberado el duque de no venir á mi casa, por haberse de detener y así quereria por sí y á solas, se vino D. Alonso á persuadírmelo y que yo viniese en ello..... Como yo no pretendo ni atiendo á otro que servir á V. M. en todo lo que hago.

sin llevar cuenta con las niñerias desta tierra, le dije fuese de la manera que el duque quisiese y le diese gusto, y así en poco rato se le paró casa de todas las cosas necesarias, y una de las mejores deste lugar, que la escogió D. Alonso...... (Tras de referir que envió coches al duque y que el dia anterior se le hizo buen recibimiento en Zaragoza, se expresa de esta suerte)..... Quedó muy contento, y asegurándole yo mucho de la venida de V. M. porque me lo preguntó muchas veces. Hoy he vuelto á visitarle y le he hallado mohino, por haberle dicho ciertos mercaderes italianos que tenian carta desa corte, en que decian no habia ruido de la venida de V. M.; procuré de deshacerlo, y él lo siente de manera que fué bien necesario que D. Alonso de Ercilla (con quien se quedó, habiéndole yo dejado) pusiese su industria y buen modo para sosegarle; y así habremos de andar con él desta manera.....»

A Zayas, de 8 de Noviembre.—Con referencia al envío del capitan de su guarda á Fuentes, para enterarse de la salud del duque, se expresa en la siguiente forma.—«Este mismo dia á la tarde llegó D. Alonso de Ercilla, de cuya llegada y trato yo he rescibido mucho contento, porque es muy discreto y tiene muy buen modo en lo que trata; trájele á mi casa..... Se fué á Fuentes, y dicho al duque cómo yo le aguardaba en mi casa y cómo la tenia aparejada, dice que le halló embarazado de lo que habia prometido al prior D. Hernando de venir á la del Justicia, que ha puesto en esto la negociacion que acostumbra en todas las cosas de aire, y que el duque habia de apearse en su casa, pues se lo habia prometido, y despues pasar á la mia. Yo no he llevado cuenta con ello, sino con hacer lo que tenia obligacion, sin otra negociacion más de lo que me obligaba lo que S. M. me tenia mandado, como lo tengo escrito, pues la autoridad de mi oficio, y hacer lo que S. M. mandaba, bastaba para que nadie se atravesase en ello; y no ha sido solo en esto en lo que lo ha hecho, que es gran cansancio haber de sufrir tanta ignorancia. Pero, atendiendo á la sustancia de las cosas y á que en

este particular no hubiese cosa que pudiese dar disgusto al duque, habiendo acordado ó por esto ó por estar con más libertad, habiéndose de tratar de venir á casa de aposento, en que estuviese solo: y vuelto aquí D. Alonso á persuadirme lo tuviese yo por bien, sin dar otra muestra vine en que se hiciese lo que al duque diese gusto..... Trae el duque veinte y cuatro arcabuceros de guarda de á pié; hízolos poner y recoger dentro de la mia, delante y detrás del coche, y la mia por los lados, y así llegamos á la posada..... Ayer fui á visitarlos con muchos caballeros, y hallé al duque mohino, que le habian dicho se diferia la venida de S. M.; hice lo que pude por sosegalle, y D. Alonso de Ercilla se quedó con él para el mismo efecto. Sospecho ha de porfiar en su pasaje ó volverse, porque así lo ha señalado..... La guarda que el duque trae parece á algunos que no la habria de llevar por el lugar; y á mí me parece lo que á S. M. pareciere, que creo que va poco en que la lleve; pero dígolo por si otros lo dijeren que hacen oficio de inquisidores y censores de todo.....»

A Zayas, de 12 de Noviembre.—«Ilustre Señor: Por no perder la ocasion deste correo y dar nueva á v. m. del duque de Bransuich hago estos renglones. Andase con él lidiando y D. Alonso trabajando de persuadirle la venida de S. M.; yo hice hacer lo que pude en ello. Amostróme una carta del Sr. D. Juan, en que trataba de sus servicios. Sospira por ver á S. M. y dice que le quiere ver antes que se muera, y que á eso viene: está aún en la cama, y buscando dinero para vivir, que no tiene sino el de las cédulas; cierto que me hace lástima. Aquí da en rostro la guarda que trae y entrar en las iglesias con los arcabuces y mechas encendidas, y estar así de ordinario á la puerta de su aposento; y pues el Sr. D. Alonso lo escribirá más en particular, él que trata ya de irse, no me alargaré yo.....»

Al Rey, de 13 de Diciembre.—«S. C. R. M: Con D. Alonso de Ercilla recibí la de V. M. de 24 del pasado; la condesa y yo besamos sus Reales manos por la merced que por ella V. M. nos hace en decir ha quedado servido de lo que aquí

hemos hecho con los duques de Bransuich; que, aunque no ha sido lo que quisiéramos, hemos hecho lo que hemos podido, llevándoles su condicion y regalándolos, aunque hasta que ahora ha venido D. Alonso no ha gustado el duque sino de estar retirado. Estos dias lo hemos regocijado que ha dado lugar á ello. Va muy contento, aunque ha tenido bien que hacer D. Alonso en darle á entender algunas cosas, que á quien no huviera tan buen modo como él le embarazaran; pero él lo ha allanado todo. Háseles proveido comisario que les acompañe hasta la raya, y la condesa y yo lo haremos hasta un rato fuera del lugar; y por los lugares donde parasen está proveido se les haga buen recogimiento, para que de todo entiendan lo que V. M. ha deseado que se les regalase; lo cual han entendido muy en particular; y la duquesa vale tanto que nos deja á todos muy aficionados y con soledad de su buen trato.....»

A Zayas, de 18 de Diciembre.—«Ilustre Señor: No he escrito á v. m. estos dias por hacerlo D. Alonso de Ercilla, y aguardar en lo que pararia la ida de los duques de Bransuich que ahora, que tenian el sí de S. M. para poderlo hacer, no han puesto mucha diligencia en ello, y han andado con D. Alonso en cosas que realmente era menester mucho seso para llevarlas y que ha habido menester D. Alonso todo el que tiene, porque el duque tiene una condicion extraña; y así ha habido que hacer en darle á entender lo de la guarda, y no queria salir sin el pasaporte. Eso y otras cosas ha allanado D. Alonso, y estándolo, mostró quererse holgar y ver danzar; y así yo le convidé á una farsa, en que hubo algunas damas de las muy de casa, porque entendí no gustaban de mucha gente, y así danzaron y cenaron aquí toda la noche. Y porque por esto vea v. m. lo que habria pasado en otras cosas, fuí aquel dia por el duque para acompañarle á venir á mi casa para lo dicho, y no se me dejó ver, diciendo que dormia, siendo entre tres y cuatro; y asi me hube de volver sin él con la duquesa; y queriendo comenzar ya la farsa de noche, se vino solo y pasamos la noche con

mucho regocijo, del cual me cupo tanta parte que hube de salir á bailar el candelero, por sacarme la duquesa; que quien esto ha hecho, no habrá dejado cosa por hacer. Otro dia hicieron una sortija delante la posada del duque, y nos tuvo él cena y sarao: cargó tanta gente que la duquesa se enfadó de ver que no daban lugar al servicio, de manera que se levantó de la mesa para hacer lugar; y la gente de aquí es harto descomedida, y porque no lo fuese con la duquesa, hube de hacer lo mismo y rogarle se asentase que yo haria avaciar la gente, pues les enfadaba, y asi lo hice. Fué la cena muy buena, y despues della se continuó el danzar hasta las cuatro. Háseles proveido de comisario para el camino, y con órden procure de que los regalen por los lugares donde parasen. Yo les he dado mi carroza y mulas, que el Sr. D. Alonso me ha dicho se serviria S. M. de ello, y hecho todo lo demas que he podido, como lo he de hacer en todo lo demas que S. M. mandare, que, si el poder fuera á medida del deseo, nadie me llevaria ventaja.....»

Poco hay que citar de la instruccion del rey á D. Alonso de Ercilla, de 26 de Octubre, ni de las cartas escritas por éste sobre su comision al secretario Gabriel de Zayas desde Zaragoza el 2, el 7 y el 12 de Noviembre, y el 6 y el 8 de Diciembre, y respectivamente el 21, el 25 y el 27 del mismo desde Tortuera, Torija y Alcalá de Henares, pues sobre su texto está calcado cuanto se dice con relacion á tal punto. De este modo empezó Ercilla á dar cuenta al Secretario Gabriel de Zayas del principio de su segundo viaje.—«Luego que llegué á esta ciudad de Zaragoza, que fué ayer á 25 de Noviembre por la mañana»..... Dos dias despues le empezaba á escribir en la siguiente forma.—«Ya escribi á v. m. con un correo portugués que á los seis deste partió de aquí con mucha prisa»..... En la carpeta de la segunda carta puso Zayas de su puño.—«Respondida el XI de Diciembre: la data de la pasada debió ser de 6 de este.»—Por bajo dice de letra del rey D. Felipe.—«No hay duda sino así debe ser; y espantábame yo cómo pudiese llegar á 25 del pasado; pues creo que aun en-

tonces no debia ser partido de ahí».—Desde Tortuera escribió Ercilla á Zayas con fecha de 22 de Diciembre; y así empieza su carta.—«El pliego que v. m. me envió, hecho el sábado á los trece deste le recibí en el Muel, cuatro leguas de Zaragoza, á los diez y siete miércoles en la noche, habiendo aquel dia partido de la ciudad; y en el principio de la carta de v. m. veo el yerro en la fecha de la postrera mia, pues por poner á seis puse á veinte y seis; y no sé mejor disculpa que poder dar del descuido que tener un portugués á mis oidos, cuando la escribia, renegando de Castilla y Aragon, porque le hacian aguardar por ella, jurando de no pasar por Madrid, aunque rodease treinta leguas, y á esto añadia cosas que me maravillo cómo no puse á ochenta y seis del mes.»

Sobre la comision importante, su última carta dice así á la letra—«Anoche, segundo dia de Pascua, entramos en esta villa de Alcalá, donde fueron los duques muy bien hospedados de Bartolomé de Santoyo y su mujer. Recibí á las diez de la noche el pliego que v. m. me envió; y lo que hay que avisar es que los duques llegaron buenos y contentos, aunque no de Guadalajara: deternánse en este lugar el tiempo que fuere menester, para que su posada se concierte y se provea lo que falta. Y cierto que no ha sido poca parte para aquietarlos el haberles yo dicho que el marqués de Ayamonte no es ido á Flandes, ni dejará el cargo que tiene; porque era de manera su prisa que habian determinado, no dándome parte dello, sino comunicándolo con Bartolomé de Santoyo, que la duquesa fuese al Escorial á verse con S. M., pensando que es tan tratable y fácil que, en llegando, sería todo negociado; y el hacer esto y otras cosas me parece que viene, aunque no lo afirmo, de tener un consejero al lado que, no pensando que yerra, anda siempre muy á su gusto, y así tengo despues mucho que hacer en sacarlos de sus propósitos, que algunos son tales como ir la duquesa sola á la ligera al Escorial. Al fin se han resuelto en enviar á Andrea de Oria, que es el que viene con ellos, á besar las manos á S. M., haciéndole saber como han llegado hasta aquí,

donde se detendrán lo que S. M. mandare. Yo quisiera llegar hoy á Madrid á ver á Doña María y volverme luego; pero los duques me han rogado que no los deje solos; que, aunque contravengo algunas veces á su voluntad, es con tanta suavidad y procuro por otra parte servirlos y entretenerlos de manera que se huelgan conmigo: iré mañana, porque les he dicho que quiero ver el aposento que les tienen hecho; y podré informar particularmente de lo que allá conviene, aunque despues enviarán un criado á verlo repartido á su modo. Nuestro Señor la muy ilustre persona de v. m. guarde, &c. En Alcalá á 27 de Diciembre de 1578.=B. L. M. A v. m.=Su mayor servidor.=D. Alonso de Ercilla.»

Todos estos documentos se hallan en el Archivo genera de Simancas y dentro del legajo número 335 de Estado.

ILUSTRACION VI.

APROBACIONES DADAS POR ERCILLA Á DIVERSAS OBRAS.

«Yo he visto este libro de las obras de Garcilaso de la Vega con las anotaciones de Hernando de Herrera, que por los señores del Consejo me ha sido cometido, para que le vea; y no siendo necesario que yo apruebe lo que Garcilaso escribió, pues de todos es tan recebido y aprobado, digo que lo que Hernando de Herrera nota y añade, muestra haberle costado mucho estudio y trabajo, y es obra provechosa, así por las curiosidades que tiene y cosas que toca como por el buen lenguaje y término con que las declara; y así me parece que merece gracias y la licencia que pide.»—No tiene fecha: la impresion es de 1580.

«Yo he visto este libro de sonetos y canciones en buen lenguaje y verso justo: tócanse en ellas cosas y fábulas de mucho gusto para los aficionados á la poesía, en las cuales muestra Hernando de Herrera su buen ingenio y gentil espíritu; y no hallo en ellas cosas por donde no se puedan imprimir.»—No tiene fecha: la impresion es de 1582.

«Yo he visto este libro que por los señores del Consejo me fué remitido, y me parece que se debe imprimir, porque en él no hallo cosa que lo impida, y tiene muchas buenas

que provocan á seguir la virtud, adornadas de sentencias de filósofos y graves hombres, por lo cual entiendo que será provechoso para todo género de gente.»—No tiene fecha: la impresion es de 1582 y la obra se titula: «Diálogos de la fantástica filosofía, de los tres en un compuesto, y de las letras y armas y del honor, donde se contienen varios y apacibles subjectos.» Su autor es D. Francisco Miranda Villafañe, chantre de la catedral de Plasencia.

«Yo he visto este libro que Lopez Maldonado compuso, que por los señores del Consejo me fué remitido, el cual es de canciones amorosas, llenas de muchos y muy buenos conceptos, declarados por gentil estilo y lenguaje en todo género de verso, sin haber en él cosa lasciva ni mal sonante, y sí muchas que á los buenos ingenios les darán gusto y recreacion. Por lo cual me parece que se puede muy bien imprimir y que merece el autor por su trabajo la merced que pide.»—No tiene fecha: la impresion es de 1586.

«Yo he visto este libro, llamado *El Caballero Asisio*, que los señores del Consejo mandaron que viese, y en él no hallo cosa mal sonante ni contra buenas costumbres; antes es obra buena y provechosa, y demas de ir muy arrimada á la historia y el celo devoto, que el autor muestra en ella, el verso es justo y limado, y contiene muchas sentencias y pasos de buen ingenio: por lo cual me parece que se puede bien imprimir. Fecha á 18 de Julio de de 1586.»—La impresion es del siguiente año.

«En este libro, que los señores del Consejo me mandaron que viese, no hallo cosa mal sonante; tiene buenos y agudos conceptos, declarados por gentil término y lenguaje, y los versos líricos son los mejores que yo he visto; por lo cual y por el trabajo é ingenio del autor merece que se le haga la merced que pide. Fecha á 7 de Enero de 1587 años.»—Se refiere á las *Rimas* de Vicente Espinel: su impresion fué en 1591.

«Yo he visto este libro, del cual es el verso muy bueno; tiene cosas de ingenio, puestas por buen estilo, sin haber alguna mal sonante, y muchos gustarán de leerle; por lo cual me parece que se puede bien imprimir. Fecha en Madrid 27 de Julio de 1587.»—Al año siguiente salió á luz esta obra, titulada *Florando de Castilla*, por el licenciado Jerónimo de Huerta.

«En este libro no hallo cosa mal sonante ni contra buenas costumbres: va todo él muy arrimado á la historia, segun la escribió Antonio de Nebrija; el verso es bueno y contiene buenos conceptos y cosas agudas y de ingenio grande. Y así me parece que se puede imprimir, y que Duarte Diaz, autor, merece bien la merced que pide, pues siendo portugués se ha podido vencer á sí mismo, poniendo su cuidado y trabajo en alabanza de los castellanos. A 17 de Noviembre de 1589.»—Del mismo año es la impresion de esta obra titulada *La conquista de Granada.*

«Yo he visto este libro de Duarte Diaz de sonetos y canciones y otras cosas de pasatiempo en lengua portuguesa y castellana y diferente género de verso; habrá muchos que gusten de leerlas; no tiene cosa deshonesta ni mal sonante por la cual se pueda dejar de imprimir.»—No puso fecha: la impresion es de 1592.

«Yo he visto este libro de *Arte poética española*, cuyo autor muestra haberle costado mucho estudio y trabajo llevar al cabo esta materia, por ser dificultosa y no bien entendida de muchos; va en buen estilo y lenguaje, y será muy provechosa para los inclinados al ejercicio de la poesía; y así será razon que ande impreso.»—No tiene fecha: del año de 1592 es la primera edicion de esta conocida obra de Rengifo.

«Yo he visto este libro, que por los señores del Consejo me ha sido cometido; y demas de ser historia española y que contiene una de las más insignes vitorias que los cristianos

contra infieles han tenido, toca el autor con gentil espíritu historias y poesías, que gustarán muchos de leerlas, que le habrá costado estudio y largo trabajo; por lo cual merece se le dé la licencia que pide.»—No tiene fecha: del año 1594 es la impresion de este poema, titulado *Las Navas de Tolosa*, por Cristóbal de Mesa.

Casi al mismo tiempo corresponden la fijacion de la residencia de Ercilla en Madrid y las leyes restrictivas de la imprenta española, con las cuales originó Felipe II la deplorable decadencia de nuestra literatura. Ni áun se atenuó su índole opresora con la creacion de un tribunal privativo, donde el ingenio juzgara al ingenio, la erudicion á la erudicion y la ciencia á la ciencia. Radicada quedó la jurisdicion sobre el entendimiento de los españoles en el Consejo de Castilla, respetable por muchos conceptos, mas no apto para fallar por sí acerca de materias varias, sin conexion alguna con los estudios de sus individuos. Así tuvo aquel Tribunal Supremo que delegar sus facultades censorias á tenor de su eleccion libre y acertada al principio sin duda alguna, guiándose por la nombradía de los sujetos en los diversos ramos de la sabiduría humana; pero muy luego reducida á frailes de las multiplicadas órdenes religiosas y á calificadores inquisitoriales, bajo cuya funesta influencia se achicó sobremanera el ingenio español y corrompióse el gusto del todo.

Por consecuencia del crédito sumo que se granjeó Ercilla con *La Araucana* y del realce que le daban su posicion y su conducta, le vino á tocar no escasa parte de aquella carga concejil de nuestros literatos. Muchas debieron ser sus aprobaciones de libros: no hay manera hábil de calcular el número de las desaprobaciones, para inquirir lo mucho que le ocupó un trabajo tan ocasionado á disgustos. Sólo se han puesto aquí diez aprobaciones: ellas bastan para avalorar su conceptuoso laconismo y su habitual cortesanía sin mengua del buen gusto, y diferenciarlas de las posteriores de otras personas ridículamente encopetadas, que tomaban pié de las

obras sometidas á su censura para hacer gala de erudicion de poliantea con redundantes giros y estilo campanudo, y pasear su nombre en público sobre ancas ajenas, segun expresion feliz de Vargas Ponce.

Una breve reseña de las obras aprobadas por D. Alonso de Ercilla dará la medida cabal de su crítica sana en términos corteses. No hay para qué hablar de las poesías de Garcilaso y de Herrera, tan conocidas de todos, á cuyos autores calificó perfectamente, no creyendo su aprobacion necesaria para lo escrito por el primero, y celebrando el buen ingenio y feliz espíritu del segundo.

Para todo género de gente consideró provechoso el libro de D. Francisco Miranda Villafañe, chantre de la catedral de Plasencia, y anduvo por demas acertado. Trece son sus diálogos: de filosofía fantástica solamente son los diez primeros, sostenidos entre un hombre llamado Bernaldo y su alma, quejosa de haber estado en ocio lo más de la vida, por dedicarse á oficios mecánicos su dueño, y habituándole en la vejez á discurrir sobre diversos puntos de importancia. Otro diálogo es entre las Armas y las Letras, y acerca de su primacía en el mundo, de modo de quedar la cuestion indecisa. Relativos al honor son los dos diálogos postreros, y Dionisio y Timoteo figuran como interlocutores. Todos los diálogos tienen muchas cosas buenas, adornadas de sentencias de filósofos y graves hombres, y que provocan á seguir la virtud sin duda. Quizá llegue dia en que la crítica logre determinar los elementos literarios con que el gran Cervantes dió la vida inmortal de su genio sublime á *D. Quijote de la Mancha;* y de juro entre los tales elementos será contado el recomendabilísimo libro de Miranda Villafañe.

Entre bastantes versos que preceden al *Cancionero* de Lopez Maldonado se hallan una cancion de Lope de Vega, unos sonetos de Vicente Espinel y un soneto y unas coplas de Miguel de Cervantes, quien dijo además sobre el mismo asunto en el escrutinio de la biblioteca de D. Quijote por boca del Cura.—«El autor de este libro es grande amigo

mio, y sus versos en su boca admiran á quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta que encanta. Algo largo fué en las églogas; pero nunca lo bueno fué mucho; quédese con los escogidos.» Con razon anduvo Ercilla más parco en las alabanzas, limitándolas al gusto y recreacion que á los buenos ingenios darian sus muchos y buenos conceptos, declarados por gentil estilo y lenguaje, pues fatiga en el alto verso, así como agrada extremadamente al parear la redondilla, siendo muy notables su definicion del amor y su pintura de la vida del tirano.

Fray Gabriel de Mata compuso la primera, segunda y tercera parte del *Caballero Asisio*. Bajo la influencia del tiempo le ocurrió dar á San Francisco de Asís el extraño corte de Caballero andante, segun se ve desde luego en la portada del libro, donde está representado el santo á caballo, vestido de todas armas, con una gran cruz en la cimera, con las cinco llagas sobre el escudo y otras varias alegorías por igual tono. Para captarse la voluntad de los lectores, les pide que tengan en cuenta

La mucha ocupacion, edad temprana,
Pues es cuasi en el año de novicio,
Do falta tiempo y nunca el ejercicio.

A tan juveniles años y en tales dias bien se puede excusar el sesgo dado á la relacion de la vida del glorioso fundador de la órden franciscana; y despues de su lectura, se halla racional que la recomendara Ercilla por la veracidad y el celo devoto, por el verso limado y justo y por sentencias y pasos de buen ingenio.

De Vicente Espinel era muy amigo el célebre autor de *La Araucana*, y se concibe que sus versos líricos le parecieran superiores á todos, pues son fáciles y sentidos y abundan en buenos y agudos conceptos, y están declarados en grato y castizo lenguaje; además de que la invencion de la décima castellana siempre mantendrá su gloria á envidiable altura.

De la andantesca familia del héroe de Ariosto es *El Flo-*

rando de Castilla del licenciado Jerónimo de Huerta. Lástima da que al desenvolvimiento de una insípida fábula dedicara su númen fecundo en versificacion fluida y galana: con fundamento encomióla Ercilla, y dijo que gustarian de leerla muchos, dando así á entender que no participaba de la aficion de sus contemporáneos á los libros de caballería andante; mas no sin añadir que *El Florando* tenia cosas de ingenio puestas por buen estilo.

Duarte Diaz no hizo más que poner en verso la crónica de Hernando de Pulgar en lo referente á la conquista de Granada; crónica ya puesta en latin por Nebrija. Lo que más llamó la atencion á nuestro D. Alonso fué que, á pesar de haber nacido portugués Duarte, se complaciera en alabar á los castellanos. Allí está referida la conquista por la série de sus diez campañas, sin alteracion de personas, épocas ni lugares, aunque pone bajo ficcion el suceso y toma de Benamaguex, Cohin y Cartama, personificando á estas tres villas para que por sí propias den cuenta de sus aventuras. También Ercilla estuvo atinado en decir que el verso de este ... es bueno y contiene buenos conceptos y cosas agudas y de ingenio grande.

Muy inferiores son los sonetos y las canciones del mismo poeta en los idiomas portugués y castellano. De muestra sirva el siguiente soneto, que se inserta aquí por el asunto.

Valerosa señora, á quien se debe
En parte agradecer el precio y gloria
De La Araucana celebrada historia,
Que á la inmortalidad por vos se mueve.
Así de las hermanas todas nueve
Alcance vuestro nombre tal memoria
Que recoja del tiempo alta vitoria,
Puesto que todo lo consuma y lleve;
Que supliqueis con tierno y dulce ruego
Al que nunca se cansa ó se despide
Del gusto de agradaros noche y dia.

Que decrete mis versos luego, luego;
Cierto lo debe hacer pues se lo pide
Del tronco de Bazan Doña María.

Ciertamente el soneto con que Duarte Diaz termina su obra no es más que nuevo testimonio del raro mérito de este portugués en preferir los castellanos á sus compatriotas, pues versa sobre la anécdota de Carlos V con referencia á moneda determinada de ambas naciones; cuando al saber que la llamada *portugués* valia por varios *castellanos*, le ocurrió mandar que en adelante el *castellano* valiera por más *portugueses*. Sin duda para evitar repeticiones se abstuvo Ercilla de insistir en tal circunstancia, limitándose á manifestar que el libro tenia cosas de pasatiempo, cuya lectura gustaria á muchos.

Sesudamente ponderó la dificultad y el provecho del libro de *Arte poética española* de Juan Diaz Rengifo, aunque lo hayan vilipendiado todos los versificadores, á la par de no dejarlo de consultar ninguno con harta frecuencia, segun repara Vargas Ponce; añadiendo que entre el despilfarro y mal gusto de su doctrina, allí están el análisis y la anatomía de nuestros metros, como en su *Selva de rimas* se halla superada la dificultad amarga para los que no tienen la espontánea y fecunda vena de Lope y otros; y notando que obra de humanidades de que se han hecho tantas reimpresiones, bien podria ser muy imperfecta, pero no dejará de ser provechosa.

Con gentil espíritu dijo Ercilla que habia tocado Cristóbal de Mesa varias historias y poesías en su libro sobre una de las más insignes victorias alcanzadas por cristianos contra infieles, y que estudio y largo trabajo le habria costado pintar la ínclita jornada de *Las Navas de Tolosa*. A todas luces se debe calificar de legítimo y merecido el elogio, pues hay verdadero estro en el poema, que llamó heróico su autor estimable, y fué el primero que salió de su pluma. Cuanto más se cotejen las obras citadas y las aprobaciones de Ercilla más resaltarán su buena crítica y su urbanidad inquebrantable.

ILUSTRACION VII.

CARTAS DE D. ALONSO DE ERCILLA Á D. DIEGO SARMIENTO DE ACUÑA: SE HALLAN EN LA BIBLIOTECA DE SALAZAR Y POR CONSIGUIENTE EN LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.

Todas están escritas de su puño ménos la primera, en la cual sólo es antógrafa la posdata.

«V. m., mi señor, piensa que no hay más sino venirse á Madrid á comer la hacienda de los amigos y á ganarles su dinero, y volverse con salud á casa; pues sepa v. m. que no ha de pasar así, porque me dejó tan picado que pienso ir á ese lugar á desquitarme, no solo de lo que v. m. me ganó, pero de lo que me comió, que cierto me ha dejado en el hospital, y con todo esto puedo certificar á v. m. que su ausencia se ha sentido mucho en esta casa, y lo poco que, hablando verdades, v. m. se sirvió de ella. Hános quedado un consuelo, el cual es que nunca se acaban en esta corte de una vez los negocios, y que v. m. ha de volver á los que dejó comenzados. Dios sabe lo que yo lo deseo y que sean tan grandes que obliguen á traer v. m. á mi señora Doña Costanza de asiento á ella, donde sirviésemos á s. m. Doña María y yo como deseamos, y á mi señora Doña Juana, que jamás me olvi-

daré de la voluntad con que me hacia merced. Besamos á sus mercedes las manos cien mil veces.

«El libro recibí y fuera mayor merced para mí que v. m. me enviara á mandar alguna cosa de su servicio; que verdaderamente no tiene v. m. mayor y más aficionado servidor que á mí. No digo esto por obligar á v. m. me la haga, pues tiene de su mano al marqués de Astorga de hacer que me pague quinientos reales que presté para comer á su tio; suplico á v. m. se lo escriba, y si fuere menester enviar la confesion del marqués á quien los presté, lo haré, y podrá v. m. tomar de ellos la paga de su trabajo, que ya sé que en este mundo nadie se mueve sin interés; y porque quede pago v. m. del que le ha de costar ver esta carta mia va el porte dentro de ella. Suplico á v. m. me avise siempre de su salud, que se la deseo como la mia propia. Désela Dios á v. m. como puede, y le guarde cien mil años. De Madrid 8 de Mayo de 1593 años.=D. Alonso de Ercilla.=Venia dentro de esta carta el medio real que traia de porte, aunque venia en pliego de D. Antonio Cabeza de Vaca, y él puso quinientos reales de porte, como parece por el sobrescripto.»

«Muy enemigo se muestra v. m. de deber á nadie cosa alguna; pues sepa v. m. que, aunque no quiera, me ha de deber el desearle mucho servir, y querria mostrarlo en este invierno yendo á besar á v. m. las manos, si ya Valladolid no se ha pasado las tres leguas más allá; que me he hecho tan perezoso que por no andarlas me quedaré en Madrid, donde aguardaré con mucho gusto que cumpla v. m. la palabra de venirse á ella, aunque no sea sino á informar al Cardenal Archiduque de los temples de las tierras. El desta se ha vuelto muy húmido, porque no cesa un punto de llover. A mi señora Doña Costanza besamos Doña María y yo las manos, junto con las de mi señora Doña Juana y la de v. m.

cuyas vidas guarde Nuestro Señor muchos años, y traya á vuestras mercedes á Madrid ó á mí me lleve á Valladolid, aunque se mude muchas leguas á los inviernos. Hoy víspera de Todos Santos de 1598 años.=Don Alonso de Ercilla y Zúñiga.=Bien pudiera v. m. enviar con la cédula de los cien reales el medio real de porte, aunque viniera dentro de la carta.»

«Yo no he estado bueno, y he guardado la cama y casa, con harto pesar mio, por no ir personalmente á ver al secretario Paredes. Téngole escrito dando priesa para que la dé al despacho de v. m.: háme asegurado que con toda brevedad se hará, poniendo á mi cargo la diligencia, porque es grande amigo mio y él lo confiesa; pero con todo eso no me ha querido enviar á decir la persona que va. Creo que es porque no sufre su oficio hacerlo, y así me lo ha enviado á decir, y como por tercera no se puede apretar, no le he replicado. Yo procuraré saberlo por esta ó por otra parte, y si lo supiere avisaré á v. m.; y lo que cierto creo es que si v. m. tiene depositado el dinero, que debe ser partida la persona, porque tienen por estilo decir que se trata dello, y están ya haciendo las informaciones. V. m. esté advertido desto y á mí me mande en que sirva, pues sabe v. m. que no tiene tan gran servidor en el mundo. Anoche salió dél don Luis Manrique y Zúñiga, yerno de D. Alonso el de la cámara, de una apoplegía que le dió sobre una erisipela; ha hecho mucha lástima por ser mozo y muy buen caballero. A mi señora Doña Costanza y á mi señora Doña Juana beso cien mil veces las manos, y Doña María las del señor Comendador, cuya vida guarde Nuestro Señor y le haga el mayor de Calatrava. De Madrid y Diciembre 22 de 1598.—Don Alonso de Ercilla.»

«Como negocio de v. m. hice la diligencia que v. m. me mandó, y aunque del Secretario Paredes no pude saber nada, con el cuidado que puse vine á entender que el caballero que va es D. Juan de Castelví, valenciano, y grande amigo mio. Yo le fuí á hablar, y servirá á v. m. con la brevedad que verá, porque se lo he pedido de manera y tiene tanta obligacion á mi amistad, que será v. m. muy servido. Parte mañana jueves 29 deste; y ántes se vino á despedir de Doña María, que tambien hizo su oficio, la cual juntamente de mancomun conmigo y á voz de uno besamos las manos de v. m. y á mis señoras Doña Costanza y Doña Juana. El Príncipe Cardenal me dijo que creia que Valladolid se habia mudado á este lugar, porque las nieblas han sido tantas que se podia creer. Nuestro Señor guarde á v. m. y le haga Comendador mayor y muy presto. Madrid á 28 de Diciembre de 1593 años. Erréme en los dias, que mañana jueves parte D. Juan, que serán á 30 del presente.=Don Alonso de Ercilla y Zúñiga.

ILUSTRACION VIII.

RELACION DE LOS DEUDOS Y CRIADOS Á QUIENES MENCIONA ERCILLA EN SU PODER PARA TESTAR Y SU CODICILO, Y DE LAS MANDAS Á CADA UNO DE ELLOS.

Doña María Hurtado de Mendoza, sobrina suya é hija de D. Pedro; la manda es de mil quinientos ducados, para ayuda de su dote.

Doña Leonor de Zúñiga; de doscientos ducados por una vez, para ayuda de su sustento.

Doña Magdalena de Zúñiga y Doña Juana, sobrinas, las dos monjas; de treinta ducados cada año por sus dias y vida.

Doña Isco Anita de Zúñiga, sobrina; de ocho mil reales, para que rogase á Dios por su alma, y que le perdonara de no poder mandarle más. Por el codicilo rebajó á la mitad la suma, en atencion á que le debia suceder en los bienes, heredados de Doña Magdalena, su hermana.

Don Pedro Hurtado de Mendoza, su sobrino; de tres mil ducados, no mandándole más porque le habia de suceder en su mayorazgo.

Cañedo, su paje; la manda es de doscientos ducados, un sayo, capa y ropilla de sus vestidos, con la advertencia de que no se le tome cuenta de lo que tuvo ó tenia á cargo de su hacienda, si no la que quisiere dar bajo su juramento.

Ulrico, su criado; de ciento y cincuenta ducados, unas calzas, herreruelo de raja y ropilla, un sombrero de su persona, y todas las sillas, frenos y gualdrapas de su caballeriza. Por el codicilo exceptuó las sillas y los frenos de sus tres caballos regalados.

Beltran de Gomez y Amatienzo y Juan Ruiz, sus criados de veinte y cinco ducados á cada uno.

Vicencio de Luca, su repostero; de treinta ducados.

Estéban, su mozo de plaza; de doce ducados.

Resel, dueña de Doña María, de dos mil reales; su nieta, á quien tambien tenia en casa; de veinte ducados.

Gonzalez, su criado; de ciento sesenta reales.

Pedro Fraile, su lacayo; de cuatrocientos reales. Por e codicilo rebajóle ciento.

Mechon, su criado; de cien reales.

Además su luto y salario dejó á todos, poniendo al fin la cláusula siguiente.—«Y no me alargo más con los dichos mis criados, porque quedan en servicio de la dicha mi mujer, que entiendo les hará mucha merced.»—De otro hace mencion especial en el codicilo con estas palabras.—«Declaró que prestó á Pereda, su criado, doscientos reales; quiere que no se cobren dél y se los perdona.»

Imposible ha sido rastrear lo denotado en estotra cláusula del codicilo.—«Declaró que deja un memorial escrito de letra del padre fray Sebastian de Villoslada, prior del monasterio de San Martin desta villa; y al fin dél firmado del dicho padre prior y del Sr. D. Sancho de La Cerda; y queda cerrado y sellado y en poder de dicho Sr. D. Sancho; quiere, manda y es su voluntad que todo lo en el dicho memorial contenido se guarde y cumpla, segun y como si fuere inserto en esta escritura.»

Por lo grave de su enfermedad no pudo Ercilla poner su

firma al pié del poder para testar ni del codicilo, otorgados ante el escribano Juan del Campillo el uno y el otro; figurando como testigos del primero, Juan Diaz, médico y vecino del Castillo, Lúcas Sanchez, Francisco Roman é Isidoro de Solís, estantes en esta corte; y del segundo, el doctor Félix del Castillo, abogado, fray Melchor Botello, procurador general de la Orden de San Bernardo, Isidro de Solís, Juan Diaz, Diego Castillo y Diego Vazquez Vela, estantes en esta corte, que para ello fueron llamados y rogados.

A nombre de la Academia Española, D. Francisco Antonio Gonzalez, bibliotecario mayor honorario y predicador de S. M. se dirigió con fecha de 15 de Junio de 1818 al señor teniente corregidor D. Angel Fernandez de los Rios en súplica de copia del poder para testar y del codicilo otorgados por D. Alonso de Ercilla. Por auto, que sirviera de mandamiento en forma, el teniente corregidor accedió á la instancia, y el escribano D. Antonio Lopez de Salazar entregó copia autorizada de ambos documentos á las cuarenta y ocho horas cabales; de suerte que el 17 de Junio ya se remitian á la Academia Española. Enviados fueron al señor Vargas Ponce, y los conservaba al tiempo de su fallecimiento: como legó todos sus papeles á la Academia de la Historia, allí hubo que acudir á investigar el paradero del poder para testar y del codicilo de Ercilla; y encontrados sin esfuerzo, se nos franqueó generosamente la oportuna copia. No ha parecido necesario transcribirlos á la letra, pues de todo lo interesante se han dado ya y se completan aquí las noticias.

ILUSTRACION IX.

EDICIONES MÁS NOTABLES DE LA ARAUCANA Y NOTICIAS VARIAS.

Ya se ha dicho que Ercilla publicó en Madrid el año de 1570 la primera parte de *La Araucana*; en el de 1578 reimprimióla con aditamento de la segunda; y al de 1589 corresponde la primera edicion de las tres partes. De esta no he logrado tener ejemplar ninguno á la vista; pero sí de la publicada tambien aquí al siguiente año. Por superior á todas como correcta se debe considerar sin duda la hecha en Madrid el año de 1597 á costa de Miguel Martinez, y en casa del licenciado Castro, donde se advierten oportunas enmiendas de Ercilla, segun todas las verosimilitudes. Cuatro años sobrevivió á la edicion de 1590, y durante ellos limó ciertamente algunos pasajes. Doña María de Bazan se mantuvo fiel á la memoria de su ilustre esposo durante los nueve años que le llevó de vida; y no es de presumir que tolerara alteraciones en el texto de *La Araucana*, que el autor no dejara escritas. Siendo esta edicion de 1597 la primera de Madrid con posterioridad á su muerte, y constando que en ella intervino un hombre de letras, lo probable es que la hiciera sobre un ejemplar proporcionado por la viuda. Durante el siglo XVI se publicaron ediciones del poema de Ercilla en

Barcelona y Zaragoza, en Perpiñan y en Amberes. Dos conozco del siglo XVII; de 1610 la una y de 1632 la otra; y de Madrid son ambas. Del siglo XVIII se tiene por mejor la de Sancha, y del siglo presente se ha preferido la de 1828 por el impresor D. Miguel Búrgos.

Enfrente de las casas llamadas del Cordon tuvo Ercilla la suya propia; y así su fe de defuncion existe en la parroquia de San Justo. Estéban Felix se llamaba el hijo de Garivay, á quien Ercilla sacó de pila en union de su esposa. Me consta que puso aprobaciones á los *Diálogos sobre las guerras de Oran*, de Baltasar de Morales, y á *La Arcadia* de Sanazzaro, traducida por D. Jerónimo Jimenez de Urrea.

Lo que á la sazon pasa en la República de Chile induce á dudar que Pedro de Valdivia tenga allí estátua, aunque no parece dudoso que de erigírsela en la capital hubo proyectos algun dia.

ÍNDICE

DE LOS CANTOS

DE LAS PARTES SEGUNDA Y TERCERA.

Pág.

Pág.

Obras publicadas por la Real Academia Española, que se hallan de venta en su despacho de la calle de Valverde, en Madrid, núm. 26 y en el de la Imprenta Nacional, calle de Carretas.

	PRECIO DE CADA EJEMPLAR.		
	En pasta. *Rs. vn.*	En rústica. *Rs. vn.*	En papel. *Rs. vn.*
Gramática de la lengua castellana.		15	
Compendio de la misma destinado á la segunda enseñanza.		4	
Epítome de la misma Gramática, dispuesto para la enseñanza elemental. . . .		2	
Diccionario de la lengua castellana, décima edicion. .	88		76
Prontuario de Ortografía de la lengua castellana.		3	
Obras poéticas del *Duque de Frias*, un tomo en 4.º mayor, edicion de todo lujo.		40	
Obras poéticas de *D. Juan Nicasio Gallego*, un tomo en 8.º prolongado.		20	
El Fuero Juzgo en latin y en castellano, un tomo en fólio.	32		

	PRECIO DE CADA EJEMPLAR.		
	En pasta. Rs. vn.	En rústica. Rs. vn.	En papel. Rs. vn.
D. Quijote con la vida de Cervantes, cinco tomos..	80	50	
Vida de Cervantes, un tomo.	30	25	
El siglo de Oro de Bernardo de Valbuena, con el poema *La Grandeza Mejicana*, un tomo.........	16		
Discursos de recepcion de la Real Academia Española, tres tomos en 8.° mayor: cada uno.............		20	
El Fuero de Avilés, con el texto en fac-símile, sus concordancias, y su vocabulario, por D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe...............		20	
La Araucana, de D. Alonso de Ercilla, dos tomos en 8.°..		30	

La venta por mayor se verifica en el citado despacho de la calle de Valverde. Á los que compren de 12 á 50 ejemplares del *Diccionario*, de la *Gramática*, y del *Compendio* y *Epítome* de la misma, se rebaja el 5 por 100 de su importe, y el 10 por 100, de 50 en adelante.

Se obtiene una rebaja de 5 por 100 en el importe de los *Prontuarios de Ortografía* tomando de una vez 200 ó más ejemplares.



